SANCTI BERNARDO ABAD DE CLARAVAL SERMONES SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.

1266-1267 SERMON I. Sobre el mismo título del libro: «El Cantar de los Cantares de Salomón.»

1. A vosotros, hermanos, se os debe hablar de manera diferente que a los del mundo, o ciertamente de otra forma. A ellos, quien sigue el ejemplo del Apóstol en la enseñanza, les da leche para beber, y no alimento sólido (I Cor. III, 2). Pues él mismo enseña con su ejemplo que a los espirituales se les debe ofrecer algo más sólido, diciendo: "Hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con la doctrina del espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual"; y también: "Hablamos sabiduría entre los perfectos" (I Cor. II, 13, 6), tales como confío que vosotros sois; a menos que en vano hayáis estado ocupados durante tanto tiempo en estudios celestiales, ejercitados en los sentidos, y meditando en la ley de Dios día y noche. Así que preparad vuestras gargantas, no para la leche, sino para el pan. Hay un pan en Salomón, y es muy espléndido y sabroso; me refiero al libro que se titula Cantar de los Cantares: que se traiga, si os place, y se parta.

2. Pues sobre las palabras del Eclesiastés, si no me equivoco, por la gracia de Dios habéis sido suficientemente instruidos para conocer y despreciar la vanidad de este mundo. ¿Y qué hay de los Proverbios? ¿No están suficientemente corregidos e informados vuestros modos de vida según la doctrina que se encuentra en ellos? Por lo tanto, habiendo probado ambos, que no obstante habéis recibido prestados del arca del amigo, acercaos también a este tercer pan, para que probéis quizás algo mejor. Pues siendo dos los males que, solos o principalmente, militan contra el alma, a saber, el vano amor del mundo y el excesivo amor propio, se sabe que esos dos libros se oponen a ambos males; uno cortando con el azadón de la disciplina todo lo malo en las costumbres y lo superfluo de la carne; el otro, con la luz de la razón, descubriendo sagazmente el engaño de la vanidad en toda la gloria del mundo, y distinguiéndolo verdaderamente de la solidez de la verdad. Finalmente, prefirió a todos los estudios humanos y deseos mundanos temer a Dios y observar sus mandamientos. Con razón, ciertamente. Pues el primer principio de la verdadera sabiduría es ese; el segundo, su consumación: si bien está claro para vosotros que no hay otra verdadera y consumada sabiduría que apartarse del mal y hacer el bien; y que nadie puede apartarse del mal perfectamente sin el temor de Dios, ni hay obra buena en absoluto sin la observancia de los mandamientos.

3. Descartados, pues, los dos males por la lectura de los dos libros, se accede ya adecuadamente a este sagrado y teórico sermón: que siendo fruto de ambos, no debe ser confiado sino a mentes y oídos sobrios. De lo contrario, antes de que la carne sea domada por los estudios de la disciplina y sometida al espíritu, antes de que se desprecie y se rechace la pompa y la carga del mundo, la lectura santa es indebidamente presumida por los impuros. Pues así como la luz rodea en vano a los ojos ciegos o cerrados, así el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (ibid., 14). Porque el Espíritu Santo de la disciplina huirá del fingimiento (Sab. I, 5), que es la vida incontinente; y tampoco tendrá nunca parte con la vanidad del mundo, siendo el Espíritu de la verdad (Juan XIV, 17). ¿Qué sociedad puede haber entre la sabiduría que es de lo alto y la sabiduría del mundo, que es necedad ante Dios (I Cor. III, 19); o la sabiduría de la carne, que también es enemiga de Dios? (Rom. VIII, 7.) Sin embargo, creo que ya no tendrá de qué murmurar contra nosotros aquel amigo que vino de camino, cuando también haya consumido este tercer pan.

4. Pero, ¿quién lo partirá? Está presente el padre de familia; reconoced al Señor en la fracción del pan. ¿Quién más idóneo? No me atrevería a atribuirme esto temerariamente. Miradme, pero no esperéis de mí. Pues yo también soy uno de los que esperan, mendigando también yo con vosotros el alimento de mi alma, el sustento del espíritu. Realmente pobre y necesitado, llamo a aquel que abre y nadie cierra, sobre el profundísimo sacramento de este sermón. Los ojos de todos esperan en ti, Señor. Los pequeños pidieron pan; no hay quien lo parta para ellos; se espera eso de tu bondad. Oh piadosísimo, parte tu pan a los hambrientos, con mis manos, si te dignas, pero con tus fuerzas.

5. Dinos, te ruego, ¿quién dice, de quién, y a quién se dice: "Béseme con el beso de su boca"? (Cant. I, 1.) ¿O qué clase de inicio tan repentino y hecho de repente en medio del discurso es este? Pues así irrumpe en palabras, como si hubiera precedido a alguien hablando, a quien consecuentemente responde e introduce a esta persona, quienquiera que sea, que pide el beso. Luego, si pide o manda ser besada por no sé quién; ¿por qué específicamente y por nombre con la boca, y con su boca; como si los que besan solieran ofrecer algo distinto a la boca, o ajeno, y no más bien su propia boca? Aunque ni siquiera dice: "Béseme con su boca": sino algo ciertamente más inusual: "Con el beso", dice, "de su boca". Y ciertamente es un discurso agradable, que comienza con un beso, y la misma cara amable de la Escritura fácilmente afecta y atrae a la lectura, de modo que lo que en ella se oculta, deleita incluso investigarlo con esfuerzo, y no fatiga la posible dificultad de la búsqueda, donde la suavidad del discurso acaricia. Pero, ¿quién no se hace muy atento con un principio de este tipo sin principio, y la novedad de la locución en un libro antiguo? De donde se concluye que esta obra no está compuesta por ingenio humano, sino por el arte del Espíritu, de modo que aunque sea difícil de entender, es sin embargo deleitable de investigar.

6. Pero, ¿qué? ¿Pasamos por alto el título? No debe perderse ni una jota (Mat. V, 18), ya que se nos manda recoger incluso las migajas de los fragmentos, para que no se pierdan (Juan VI, 12). El título es así: Comienzan los Cantares de los Cantares de Salomón. Observa en primer lugar que el nombre de Pacífico, que es Salomón, conviene al principio del libro, que comienza con un signo de paz, es decir, con un beso; y advierte al mismo tiempo que a principios de este tipo solo se invita a las mentes pacíficas a entender esta escritura, que ya pueden prevalecer para liberarse de las perturbaciones de los vicios y de los tumultos de las preocupaciones.

7. Luego, no pienses que esto también es ocioso, que no simplemente Cantares, sino Cantares de los Cantares tiene la inscripción. Pues he leído muchos cantares en las Escrituras, y ninguno de ellos recuerdo que se llame de esta manera. Israel cantó un cántico al Señor, porque había escapado tanto de la espada como del yugo del Faraón, liberado y vengado maravillosamente por el mar. Sin embargo, lo que cantó no se llamó Cantar de los Cantares; sino, si recuerdo bien: "Cantó", dice la Escritura, "Israel este cántico al Señor" (Éxodo XV, 1). También cantó Débora (Jueces V, 1), cantó Judit (Judit XVI, 1), cantó la madre de Samuel (I Sam. II, 1); también algunos profetas cantaron, y ninguno de ellos se lee que llamara a su cántico Cantar de los Cantares. Ciertamente todos, si no me equivoco, se encuentran que cantaron por cualquier beneficio recibido para sí mismos o para los suyos: por ejemplo, por la obtención de la victoria, por la evasión del peligro, o por el beneficio de cualquier cosa deseada. Así, pues, muchos cantaron, cada uno por sus propias causas, para no ser encontrados ingratos a los beneficios divinos, según aquello: "Te alabará cuando le hagas bien" (Sal. XLVIII, 19). Pero este rey Salomón, de sabiduría singular, de gloria sublime, abundante en bienes, seguro en la paz, no se conoce que haya necesitado de tales cosas por las cuales le placiera cantar esto. Ni la misma Escritura parece significar en ninguna parte algo así.

8. Así que, inspirado divinamente, cantó las alabanzas de Cristo y de la Iglesia, y la gracia del amor sagrado, y los sacramentos del eterno matrimonio; y al mismo tiempo expresó el deseo del alma santa, y compuso el cántico del epitalamio, exultante en espíritu, con un elogio gozoso, aunque figurado. Sin duda, él también velaba su rostro como Moisés (Éxodo III, 6), no menos quizás en esta parte resplandeciente, porque en aquel tiempo aún no había nadie, o era raro, quien pudiera contemplar con el rostro descubierto esta gloria. Por su excelencia, creo que este cántico nupcial fue señalado con un título de este tipo, para que merecidamente se llame singularmente Cantar de los Cantares, así como aquel a quien se canta, singularmente es llamado: "Rey de reyes, y Señor de señores" (I Tim. VI, 15).

9. Sin embargo, vosotros, si consideráis vuestra experiencia, ¿no es cierto que en la victoria, en la que vuestra fe venció al mundo, y en vuestra salida del pozo de la miseria y del lodo del fango, también cantasteis al Señor un cántico nuevo, porque hizo maravillas? Nuevamente, cuando añadió primero poner vuestros pies sobre la roca, y dirigir vuestros pasos; creo que también entonces, no obstante, por la novedad de vida concedida, se introdujo en vuestra boca un cántico nuevo, un cántico a nuestro Dios. ¿Qué cuando, al arrepentiros, no solo os perdonó los pecados, sino que además os prometió recompensas; no mucho más, regocijándoos en la esperanza de los bienes futuros, cantasteis en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor? Pero si a alguno de vosotros, quizás, algo cerrado u oscuro de las Escrituras se le ha iluminado de repente, entonces es absolutamente necesario que por el alimento celestial recibido, el sonido de la acción de gracias y la voz de alabanza resuene en las divinas orejas. Pero también en los ejercicios y batallas diarias, que no faltan en ninguna hora a los que viven piadosamente en Cristo, de la carne, del mundo, del diablo, como experimentáis incesantemente en vosotros mismos que la vida del hombre sobre la tierra es una milicia (Job VII, 1), es necesario que se renueven cánticos diarios por las victorias alcanzadas. Cuantas veces se supera una tentación, o se somete un vicio, o se evita un peligro inminente, o se descubre la trampa del insidioso, o se sana perfecta y completamente cualquier pasión del alma antigua y envejecida, o se obtiene finalmente, por don de Dios, una virtud mucho tiempo deseada y muchas veces pedida, ¿qué sino tantas veces, según el profeta, resuena la acción de gracias y la voz de alabanza (Isaías LI, 3), y a cada beneficio se bendice a Dios en sus dones? De lo contrario, será considerado ingrato, cuando venga el juicio, quien no pueda decir a Dios: "Tus justificaciones eran cánticos para mí en el lugar de mi peregrinación" (Sal. CXVIII, 54).

10. Creo que ya reconocéis en vosotros mismos aquellos que en el salterio no se llaman Cantares de los Cantares, sino Cantares de los Grados, porque a cada uno de vuestros progresos, según las ascensiones que cada uno dispuso en su corazón, se deben entonar cánticos individuales para alabanza y gloria del que promueve. De qué manera se cumple de otro modo aquel versículo no veo: "Voz de júbilo y de salvación en las tiendas de los justos" (Sal. CXVII, 15); o ciertamente aquella exhortación del Apóstol tan hermosa y saludable: "Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos espirituales" (Efes. V, 19).

11. Pero hay un cántico, que por su singular dignidad y suavidad supera con razón a todos los que hemos mencionado, y si hay otros, y con razón lo llamaría Cantar de los Cantares, porque es el fruto de todos los demás. Un cántico de este tipo solo lo enseña la unción, solo lo aprende la experiencia. Los experimentados lo reconocerán, los inexpertos arderán en deseo, no tanto de conocerlo, como de experimentarlo. Pues no es ruido de boca, sino júbilo del corazón; no sonido de labios, sino movimiento de alegrías; consonancia de voluntades, no de voces. No se oye afuera, pues no resuena en público: solo quien canta lo oye, y a quien se

canta, es decir, la esposa y el esposo. Es ciertamente un cántico nupcial, que expresa los castos y gozosos abrazos de las almas, la concordia de las costumbres, y el amor mutuo de los afectos.

12. Sin embargo, no es para cantarlo o escucharlo el alma infantil y neófita aún, y recién convertida del mundo, sino de una mente ya avanzada y erudita; que con sus progresos, promovida por Dios, haya crecido ya tanto, que haya llegado a la edad perfecta, y de algún modo a los años nupciales, años digo de méritos, no de tiempos; hecha idónea para las bodas del esposo celestial, tal como se describirá más plenamente en su lugar. Pero pasa la hora, que nos urge a salir a las obras de nuestras manos tanto la pobreza como la institución regular. Mañana, en el nombre del Señor, continuaremos lo que habíamos comenzado sobre el beso, ya que el sermón de hoy nos ha liberado del título.

SERMON II. Sobre la Encarnación de Cristo anunciada por los patriarcas y profetas, y ardientemente esperada por ellos.

1. Pensando frecuentemente en el ardor del deseo de los Padres suspirando por la presencia de Cristo en la carne, me conmuevo y me confundo en mí mismo; y ahora apenas contengo las lágrimas, tan avergonzado estoy del frío y la torpeza de estos miserables tiempos. ¿A quién de nosotros le produce tanta alegría la manifestación de esta gracia, como a los santos antiguos les encendía el deseo la promesa? He aquí cuántos se alegrarán en esta su Natividad, que está próxima a celebrarse. ¡Pero ojalá sea por la natividad, no por la vanidad! Por lo tanto, el deseo ardiente de ellos y el afecto de la piadosa expectación me inspira esta voz: "Béseme con el beso de su boca" (Cant. I, 1). Sin duda, quienquiera que entonces pudiera ser espiritual, sentía en el espíritu cuánta gracia estaba difundida en aquellos labios. Por eso, hablando en el deseo del alma, decía: "Béseme con el beso de su boca"; ciertamente deseando de todas maneras no ser privado de la participación de tanta suavidad.

2. Pues decía cualquier perfecto: ¿Para qué me sirven estas palabras a medias de los profetas? Que me bese él mismo, el más hermoso de los hijos de los hombres, con el beso de su boca. Ya no quiero oír a Moisés: pues se ha vuelto para mí de lengua más torpe (Éxodo IV, 10). Los labios de Isaías son inmundos (Isaías VI, 5): Jeremías no sabe hablar, porque es un niño (Jeremías I, 6): y todos los profetas son mudos. Que él mismo, de quien hablan, me hable: que él mismo me bese con el beso de su boca. No en ellos ya, ni por ellos me hable, pues son agua tenebrosa en las nubes del aire: sino que él mismo me bese con el beso de su boca, cuya presencia graciosa, y los manantiales admirables de su doctrina se conviertan en mí en fuente de agua que salta para vida eterna. Aquel a quien el Padre ungió con el óleo de la alegría sobre sus compañeros (Sal. XLIV, 8), ¿no me infundirá de él una gracia más abundante? si se digna besarme con el beso de su boca. Cuyo discurso vivo y eficaz es para mí un beso, no ciertamente la unión de labios, que a veces finge la paz de los ánimos; sino claramente la infusión de alegrías, la revelación de secretos, una maravillosa y de algún modo indiscreta mezcla de la luz superior y la mente iluminada. Pues adhiriéndose a Dios, es un solo espíritu (I Cor. V, 17). Por lo tanto, con razón no recibo visiones y sueños, no quiero figuras y enigmas; incluso las especies angélicas me fastidian. Pues él mismo, Jesús mío, supera a todos ellos en su aspecto y en su hermosura. No quiero, pues, a otro, sea ángel o hombre, sino que él mismo me bese con el beso de su boca. Ni ciertamente presumo que seré besado por su boca (pues esto es la única felicidad del hombre asumido y prerrogativa singular); pero humildemente pido ser besado por el beso de su boca, que es común ciertamente a muchos, que pueden decir: "Y todos nosotros de su plenitud recibimos" (Juan I, 16).

3. Prestad atención. Sea la boca que besa, el Verbo que asume; la besada, la carne que se asume: el beso, que se forma conjuntamente por el que besa y el besado, la persona misma compuesta de ambos, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Por esta razón, ninguno de los santos se atrevía a decir: "Béseme con su boca"; sino solo: "Con el beso de su boca": reservando ciertamente esta prerrogativa a aquel a quien singularmente una vez se le imprimió la boca del Verbo, cuando a él se le concedió corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Feliz beso, y admirable por su estupenda dignación, en el que no se imprime boca a boca, sino que Dios se une al hombre. Y allí, el contacto de los labios significa el abrazo de los ánimos: aquí, la confederación de las naturalezas divinas y humanas compone las que están en la tierra y las que están en los cielos, pacificando. Pues él es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efes. II, 14). A este beso suspiraba cada santo del tiempo antiguo; porque presentían que en él se atesoraban la alegría y el gozo, y que en él estaban escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3), y deseaban también ellos recibir de su plenitud.

4. Siento que os agrada lo que se dice: pero aceptad también otro sentido. No ignoraban los santos, incluso antes de la venida del Salvador, que Dios pensaba pensamientos de paz sobre el género mortal (Jeremías XXIX, 11). Pues no haría una palabra sobre la tierra, que no revelara a sus siervos los profetas (Amós III, 7). Sin embargo, esta palabra estaba oculta a muchos (Lucas XVIII, 34). Pues en aquel tiempo la fe era rara en la tierra, y la esperanza era muy tenue en muchos de aquellos que esperaban la redención de Israel. Pero los que lo sabían de antemano, ellos mismos también predecían que Cristo vendría en la carne, y con él la paz. De donde uno de ellos: "Y habrá paz", dice, "en nuestra tierra, cuando venga" (Miqueas V, 5). Más bien, predicaban con toda confianza que los hombres recuperarían la gracia de Dios por medio de él, como lo habían recibido divinamente. Lo cual también el precursor del Señor, Juan, reconoció cumplido en su tiempo, y testificó: "La gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas" (Juan I, 17): y así todo el pueblo cristiano ahora lo experimenta como verdadero.

5. Sin embargo, mientras aquellos anunciaban la paz, y el autor de la paz tardaba, la fe del pueblo vacilaba, ya que no había quien redimiera, ni quien salvara. Así que las personas se quejaban de las demoras, porque aquel príncipe de la paz tantas veces anunciado aún no venía, como había hablado por boca de sus santos, que son desde el siglo, sus profetas: y teniendo sospechas de las promesas, exigían la señal de la reconciliación prometida, que es el beso; como si uno cualquiera del pueblo respondiera a los mensajeros de paz: ¿Hasta cuándo nos quitaréis el alma? Hace tiempo que predicáis la paz, y no viene; prometéis bienes, y aún hay turbación. He aquí que esto mismo de muchas maneras, y de muchos modos, tanto los ángeles a los padres, como nuestros padres nos lo anunciaron diciendo: Paz, paz; y no hay paz (Jeremías VI, 14). Si Dios quiere persuadirme de que responde con tanta frecuencia a su beneplácito, y no lo cumple; que me bese con el beso de su boca, y así, en la señal de la paz, me haga seguro de la paz. Pues, ¿cómo creeré ya en las palabras? Es más necesario que las palabras se confirmen con obras. Que Dios pruebe que sus mensajeros son verídicos (si es que son sus mensajeros), y que él mismo los siga, como tantas veces prometieron, porque sin él no pueden hacer nada. Envió al niño, tomó el bastón, y aún no hay voz ni vida (IV Reyes IV, 29-31). No me levanto, no me despierto, no me sacudo del polvo, no respiro con esperanza, si no desciende el profeta mismo, y me besa con el beso de su boca.

6. A esto se añade que aquel que se profesa nuestro mediador ante Dios, es el Hijo de Dios, y es Dios (I Tim. II, 5). ¿Y qué es el hombre para que se le dé a conocer, o el hijo del hombre para que se le tenga en cuenta? ¿Qué confianza tengo yo para atreverme a creer en una

majestad tan grande? ¿De dónde, digo, tierra y ceniza, presumo que Dios se preocupa por mí? Además, ama a su Padre, pero no me necesita a mí, no requiere mis honores. ¿De dónde, entonces, me constará que mi mediador no está en parte alguna? Sin embargo, si verdaderamente, como decís, Dios ha decidido tener misericordia, y piensa ser aún más complaciente; que establezca un testamento de paz, y haga un pacto perpetuo conmigo en el beso de su boca. Para que lo que sale de sus labios no lo haga en vano; que se vacíe, se humille, se incline, y me bese con el beso de su boca. Para que, siendo un mediador adecuado para ambas partes, no sea sospechoso para ninguno, que el Hijo de Dios se haga hombre, se haga hijo del hombre, y me dé certeza en este beso de su boca. Con seguridad acepto al mediador, el Hijo de Dios, a quien reconozco también como mío. Ya no me será sospechoso en absoluto: porque es mi hermano y mi carne. Creo que ya no podrá despreciarme, hueso de mis huesos, y carne de mi carne.

7. Así, pues, la antigua queja exigía el sacrosanto beso, es decir, el misterio de la encarnación del Verbo, mientras la fe, fatigada por una larga y molesta espera, desfallecía, y el pueblo infiel, vencido por el tedio, murmuraba contra las promesas de Dios. Es mi invención, si no reconocéis lo mismo en las Escrituras. De ahí, sin duda, eran aquellas voces quejumbrosas y llenas de murmullo: Manda, remanda; Espera, reespera, Un poco aquí, un poco allí (Isaías XXVIII, 10). De ahí aquellas ansiosas y llenas de piedad oraciones: Da recompensa, Señor, a los que te esperan, para que tus profetas sean hallados fieles. También: Despierta, Señor, las oraciones que hablaron en tu nombre los profetas anteriores (Eclesiástico XXXVI, 18, 17). De ahí aquellas promesas amables y llenas de consuelo: He aquí que aparecerá el Señor, y no mentirá: si tarda, espéralo; porque viniendo vendrá, y no tardará (Habacuc II, 3). También: Está cerca el tiempo de su venida, y sus días no se alargarán (Isaías XIV, 1). Y en persona de la promesa: He aquí, dice, que me inclino hacia vosotros como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las naciones (Isaías LXVI, 12). En estas palabras se manifiesta suficientemente tanto la insistencia de los predicadores, como la desconfianza de los pueblos. Así, pues, el pueblo murmuraba, y la fe vacilaba; y, según la profecía de Isaías: Los ángeles de la paz lloraban amargamente (Isaías XXXIII, 7). Para que, por tanto, todo el género humano, al tardar Cristo, no pereciera en la desesperación, mientras la débil mortalidad sospechaba ser despreciada, y desconfiaba de la gracia de su reconciliación con Dios tantas veces prometida; los santos que estaban seguros por el espíritu, deseaban la certeza de la presencia de la carne, y con toda insistencia buscaban la señal de la paz renovada para los pusilánimes e incrédulos.

8. Oh raíz de Jesé, que estás como señal para los pueblos (Isaías XI, 10). ¡Cuántos reyes y profetas quisieron verte, y no te vieron! Sin embargo, feliz entre todos Simeón, cuya vejez está en abundante misericordia. Él ciertamente se regocijó al ver la señal del deseo: y vio, y se alegró; y habiendo recibido el beso de la paz, es despedido en paz, no sin antes proclamar abiertamente que Jesús había nacido como una señal a la que se contradiría (Lucas II, 25-35). Así fue en verdad. Se contradijo la señal de la paz que surgió, pero por aquellos que odiaban la paz: pues paz a los hombres de buena voluntad, pero para los malintencionados, piedra de tropiezo y roca de escándalo (ibid., 14). Herodes, en efecto, se turbó, y toda Jerusalén con él (Mateo II, 3): ya que vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Juan I, 11). Felices aquellos pastores en su vigilia, que fueron considerados dignos de la visión de esta señal. Ya entonces se ocultaba de los sabios y prudentes, y se revelaba a los pequeños. Y Herodes quiso verlo; pero como no era de buena voluntad, no lo mereció, pues era una señal de paz, dada solo a los hombres de buena voluntad; a Herodes y a sus semejantes no se les dará sino la señal del profeta Jonás. Pero a los pastores: Y esto, dice el ángel, es señal para vosotros; para vosotros humildes, para vosotros obedientes, para vosotros que no sabéis cosas altas, para

vosotros que vigiláis y meditáis en la ley de Dios día y noche: Esto, dice, es señal para vosotros. ¿Qué? Lo que los ángeles prometían, lo que los pueblos requerían, lo que los profetas predijeron, esto ha hecho el Señor ahora, y os lo ha mostrado, en lo que los incrédulos reciban fe, los pusilánimes esperanza, los perfectos seguridad. Esto, pues, es señal para vosotros. ¿Señal de qué cosa? De indulgencia, de gracia, de paz, y de una paz que no tendrá fin. Esta es, pues, la señal: Encontraréis al niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre (Lucas II, 12). Sin embargo, es Dios en él reconciliando al mundo consigo mismo (II Cor. V, 19). Morirá por vuestros pecados, y resucitará por vuestra justificación, para que justificados por la fe, tengáis paz con Dios (Rom. IV, 25; V, 1). Esta señal de paz el profeta proponía al rey Acaz que pidiera al Señor su Dios, ya sea en lo alto arriba, ya sea en lo profundo abajo. Pero el impío rey rehusó (Isaías VII, 11, 12), no creyendo el miserable que en esta señal lo bajo y lo alto se unirían en paz: para que también los infiernos, con el Señor descendiendo a la salvación, reciban en el santo beso la señal de la paz; y los espíritus celestiales igualmente, cuando él regrese a los cielos, participen de la eterna suavidad.

9. El sermón debe concluirse: pero para resumir brevemente lo que en él se ha discutido, queda claro que este santo beso fue concedido al mundo por dos razones necesarias, para que hiciera fe a los débiles, y satisficiera el deseo de los perfectos: además, que el mismo beso no es otra cosa que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos, Amén.

SERMO III. Del beso del pie, de la mano y de la boca del Señor, etc.

1. Hoy leemos en el libro de la experiencia. Convertíos a vosotros mismos, y que cada uno atienda a su conciencia sobre lo que se va a decir. Quisiera explorar si a alguno de vosotros se le ha dado alguna vez decir de corazón: Que me bese con el beso de su boca (Cantar de los Cantares I, 1). Pues no es de cualquier hombre decir esto con afecto; pero si alguno ha recibido alguna vez un beso espiritual de la boca de Cristo, este propio experimento ciertamente lo solicita, y lo repite con gusto. Yo creo que nadie puede saber lo que es, a menos que lo reciba: es, en efecto, maná escondido; y solo quien lo come, aún tendrá hambre. Es una fuente sellada, a la que no se comunica el extraño; pero solo quien bebe, aún tendrá sed. Escucha al experimentado, cómo lo busca. Devuélveme, dice, la alegría de tu salvación (Salmo L, 14). Por lo tanto, no se lo arrogue a sí misma un alma como la mía, cargada de pecados, y aún sujeta a las pasiones de su carne, que no ha sentido aún la dulzura del espíritu, ignorante y completamente inexperta de los gozos internos.

2. Sin embargo, le muestro a ella, que es de este tipo, un lugar en la salvación que le es adecuado. No se levante temerariamente hacia el rostro del serenísimo esposo, sino que yaciendo conmigo temerosa a los pies del severísimo Señor, y con el publicano mirando a la tierra temblando, no al cielo (Lucas XVIII, 13), no sea que su rostro, acostumbrado a las tinieblas, se vea oprimido por la gloria en las luminarias del cielo, y reverberado por los esplendores insólitos de la majestad, se envuelva de nuevo en una ceguera más densa de oscuridad. No te parezca, oh alma cualquiera que seas, no te parezca vil o despreciable aquel lugar donde la santa pecadora dejó sus pecados, y se vistió de santidad. Allí la etíope cambió su piel, y restaurada en un nuevo resplandor, ya entonces respondía con confianza y verdad a quienes le reprochaban la palabra: Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén (Cantar de los Cantares I, 4). ¿Te maravillas de cómo pudo hacerlo, o con qué méritos lo obtuvo? Escucha en pocas palabras. Lloró amargamente, y sacando largos suspiros de lo más profundo de sus entrañas, sacudida por sollozos saludables, vomitó los humores amargos. El médico celestial acudió rápidamente: porque su palabra corre velozmente (Salmo CXLVII, 15). ¿Acaso no es la palabra de Dios una poción? Lo es ciertamente, y fuerte y vehemente, y escudriña los

corazones y los riñones (Salmo VII, 10). En efecto, la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y es discernidora de los pensamientos (Hebreos IV, 12). Por el ejemplo de esta bienaventurada penitente, prostérnate también tú, oh miserable, para que dejes de ser miserable; prostérnate también tú en la tierra; abraza los pies, aplácalos con besos, riega con lágrimas, con las cuales, sin embargo, no lo laves a él, sino a ti, y te conviertas en una del rebaño de las esquiladas que suben del lavadero (Cantar de los Cantares IV, 2); así ciertamente tú, con el rostro cubierto de vergüenza y tristeza, no te atrevas a levantarlo antes de escuchar, tú misma: Se te perdonan tus pecados (Lucas VII, 37-48); antes de escuchar: Levántate, levántate, hija cautiva de Sion; levántate, sacúdete del polvo (Isaías LII, 1, 2).

3. Tomado, pues, el primer beso a los pies, ni siquiera así presumirás inmediatamente de ascender al beso de la boca, sino que habrá para ti un grado hacia el mismo, un beso intermedio que tomarás en segundo lugar en la mano: de lo cual recibe también esta razón. Si Jesús me dijera: Se te perdonan tus pecados; a menos que yo deje de pecar, ¿de qué servirá? Me quité mi túnica; si me la vuelvo a poner, ¿cuánto he avanzado? Si vuelvo a ensuciar mis pies, que había lavado, ¿acaso valdrá de algo haberlos lavado? Sucio de todo tipo de vicios, yací largo tiempo en el lodo de la inmundicia; pero será sin duda peor para el que recae, que para el que yace. En efecto, recuerdo que quien me sanó, él mismo me dijo: He aquí que has sido sanado, ve, y no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan V, 14). Pero quien dio la voluntad de arrepentirse, es necesario que añada también la virtud de contenerse; para que no vuelva a hacer lo que debe ser arrepentido, y haga mis últimas cosas peores que las primeras. Ay de mí, incluso arrepentido, si inmediatamente retira su mano, sin la cual no puedo hacer nada. Nada, digo, porque ni siquiera puedo arrepentirme, ni contenerme. Por lo tanto, escucho lo que aconseja el Sabio: No repitas la palabra en la oración (Eclesiástico VII, 15). Temo también lo que el juez amenaza al árbol que no da buen fruto (Mateo III, 10). Confieso que no estoy en absoluto contento con la primera gracia, por la cual ya soy penitente de los males, a menos que también reciba la segunda, para que, a saber, haga frutos dignos de penitencia; y de aquí en adelante no vuelva al vómito.

4. Esto, pues, me queda primero por pedir y recibir, antes de que presuma tocar cosas más altas y sagradas. No quiero ser súbitamente elevado; quiero avanzar poco a poco. Cuanto más desagrada a Dios la impudencia del pecador, tanto más le agrada la vergüenza del penitente. Lo aplacarás más rápidamente, si guardas tu medida, y no buscas cosas más altas que tú. Largo y arduo es el salto de los pies a la boca, pero tampoco es un acceso conveniente. ¿Qué? ¿Todavía cubierto de polvo, tocarás las sagradas bocas? ¿Ayer sacado del lodo, hoy te presentas al rostro de la gloria? Que la mano sea tu paso. Que ella primero te limpie, que ella te levante. ¿Cómo te levante? Dándote de qué presumir. ¿Qué es esto? El decoro de la continencia, y los frutos dignos de penitencia, que son las obras de piedad. Estas te levantarán del estiércol a la esperanza de atreverte a cosas mayores. Ciertamente, al recibir el don, besa la mano: esto es, no a ti, sino a su nombre da gloria. Da una vez, y da de nuevo, tanto por los crímenes perdonados, como por las virtudes concedidas. O ciertamente mira de dónde proteger tu frente contra estos golpes: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7.)

5. Ya finalmente en los dos besos teniendo una doble experiencia de la dignación divina, tal vez no te avergüences de presumir cosas más sagradas. Cuanto más creces en gracia, tanto más te expandes en confianza. De ahí resulta que amas más ardientemente, y llamas más confiadamente por lo que sientes que te falta. Pero al que llama se le abrirá. Ya aquel supremo beso, cualquiera que sea, de suma dignación y maravillosa suavidad, creo que no se

negará a quien está así afectado. Este es el camino, este es el orden. Primero caemos a los pies, y lloramos ante el Señor que nos hizo, por lo que hicimos nosotros. En segundo lugar, buscamos la mano que levanta, y fortalece las rodillas debilitadas. Finalmente, cuando obtenemos esto con muchas oraciones y lágrimas, entonces tal vez nos atrevamos a levantar la cabeza hacia el mismo rostro de la gloria, digo temblando y temiendo, no solo para contemplarlo, sino también para besarlo; porque el espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor, a quien adhiriéndonos en el santo beso, por su dignación nos hacemos un espíritu.

6. A ti, Señor Jesús, a ti con razón dijo mi corazón: Mi rostro te ha buscado; tu rostro, Señor, buscaré. Ciertamente me hiciste oír tu misericordia por la mañana, cuando primero en el polvo, y besando tus reverendas huellas, me perdonaste lo que había vivido mal. Luego, en el transcurso del día, alegraste el alma de tu siervo, cuando después en el beso de la mano también me concediste la gracia de vivir bien. Y ahora, ¿qué queda, oh buen Señor, sino que ya en la plenitud de la luz, en el fervor del espíritu, admitiéndome dignamente también al beso de la boca, me llenes de alegría con tu rostro? Muéstrame, oh dulcísimo, oh serenísimo, muéstrame dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía. Hermanos, es bueno que estemos aquí; pero he aquí que la malicia del día nos llama. Estos, en efecto, que ahora se anuncian que han llegado, nos obligan a interrumpir más que a terminar el sermón. Yo saldré a los huéspedes, para que no falte nada a los oficios de la caridad de la que hablamos, no sea que también de nosotros se diga: Dicen, y no hacen (Mateo XXIII, 3). Vosotros orad mientras tanto, para que Dios haga agradables las palabras de mi boca para vuestra edificación, y alabanza y gloria de su nombre.

SERMO IV. Del triple progreso del alma, que se realiza por el beso del pie, de la mano y de la boca del Señor.

1. Un triple progreso del alma bajo el nombre de tres besos fue abarcado por el sermón de ayer. ¿Acaso lo habéis olvidado? Este será el tema que continuaré en la discusión de hoy, según se digne preparar en su dulzura para el pobre Dios. Dijimos, si recordáis, que esos besos se toman en los pies, en la mano, en la boca, refiriendo cada uno a cada uno. En el primero, ciertamente, se dedican los comienzos de nuestra conversión; el segundo se concede a los que progresan: pero el tercero solo lo experimenta, y rara vez, la perfección. De este solo, que se puso al final, tomó su inicio esta Escritura que hemos asumido tratar, y por su causa los otros dos fueron añadidos por nosotros. ¿O acaso juzgaréis que es necesario? Pues creo que el mismo rostro del discurso fácilmente advierte que también requiere estos. Sería extraño si no notáis también que debe haber otro, o otros besos, de los cuales aquel del rostro quiso distinguir quien dijo: Que me bese con el beso de su boca (Cantar de los Cantares I, 1). ¿Por qué, cuando podría haber bastado con decir simplemente, que me bese; sin embargo, fuera del uso y costumbre del habla, añadió distintamente y significativamente, con el beso de su boca, sino para mostrar que el beso que pedía era el supremo, no el único? ¿Acaso no hablamos así entre nosotros: Bésame; o: Dame un beso: y nadie sigue diciendo Con tu boca, o, Con el beso de tu boca? ¿Qué? ¿Preparándonos para besar, dirigimos nuestras bocas el uno hacia el otro, que sin embargo no pedimos expresamente? En efecto, quien narra, por ejemplo, que el traidor fue recibido en un beso por el Señor: Y lo besó, dice, y no añadió: Con su boca, o, Con el beso de su boca. Así, sin duda, todo el que escribe, y el que habla está acostumbrado. Por lo tanto, estos son tres afectos del alma, o progresos, suficientemente conocidos y manifiestos para los experimentados, cuando obtienen, ya sea indulgencia por los males cometidos, o gracia para hacer el bien, o incluso la presencia de su indulgente y benefactor, de la manera en que es posible en un cuerpo frágil, contemplar.

2. Además, para que comprendan más claramente por qué he llamado besos al primero y al segundo, sepan que el beso es un signo de paz, como todos sabemos. Ahora bien, si, como dice la Escritura, nuestros pecados nos separan de Dios (Isaías 59, 2), al eliminar lo que nos separa, hay paz. Por lo tanto, cuando hacemos satisfacción, para que, eliminado el pecado que separa, seamos reconciliados, ¿qué otra cosa es la indulgencia que recibimos sino un cierto beso de paz? Y esto, por el momento, no debe tomarse en otro lugar que a los pies. La satisfacción debe ser humilde y modesta, para corregir la transgresión orgullosa.

3. Pero cuando, además, se nos concede una familiaridad de gracia más amplia para vivir de manera más correcta y digna de Dios, levantamos la cabeza del polvo con mayor confianza para besar la mano del dador, siempre que busquemos la gloria del autor y no la nuestra por el don recibido. De lo contrario, si te glorías en ti mismo y no en el Señor, se te convencerá de besar tu propia mano y no la del Señor: lo cual, según la sentencia del bienaventurado Job, es la mayor iniquidad y una negación de Dios (Job 31, 28). Si, por lo tanto, según el testimonio de la Escritura, buscar la propia gloria es besar la propia mano, ciertamente quien da gloria a Dios se dice, no incongruentemente, que besa la mano de Dios. Y en los hombres vemos que es así, pues los siervos de los señores ofendidos suelen besar los pies cuando les piden perdón; y los pobres besan las manos de los ricos cuando reciben un don de ellos.

4. Sin embargo, dado que Dios es espíritu (Juan 4, 24), y esa sustancia simple no está dividida en miembros corporales, habrá quien no acepte en absoluto algo así de Él, sino que me exija que le muestre las manos o los pies de Dios, y así pruebe lo que defino sobre el beso de los pies o de las manos. Pero, ¿qué si yo, a su vez, le preguntara a mi interrogador sobre la boca de Dios, para que demuestre que lo que la Escritura dice sobre el beso de la boca se refiere a Dios? O bien tiene esto junto con aquello, o carece de ambos. Pero Dios tiene boca, con la que enseña al hombre la ciencia; y tiene mano, con la que da alimento a toda carne; y tiene pies, cuyo escabel es la tierra, a los que los pecadores de la tierra se convierten y humillan para hacer satisfacción. Dios tiene todo esto por efecto, no por naturaleza. En Dios, la confesión humilde encuentra dónde humillarse; la devoción pronta, dónde renovarse; y la contemplación gozosa, dónde descansar. Él es todo para todos, quien administra todo, y nada es propio de todos. Porque, en lo que a Él respecta, habita en una luz inaccesible (1 Timoteo 6, 16), y su paz supera todo entendimiento (Filipenses 4, 7); y su sabiduría es innumerable (Salmo 147, 5), y su grandeza no tiene fin (Salmo 145, 3); ni puede verlo el hombre y vivir (Éxodo 33, 20). No porque esté lejos de cada uno, quien es el ser de todos, sin el cual todo es nada: sino, para que te maravilles más, nada es más presente que Él, y nada más incomprensible. ¿Qué hay más presente para cada cosa que su ser? ¿Qué más incomprensible para cada uno que el ser de todos? Ciertamente, diría que Dios es el ser de todos, no porque ellos sean lo que Él es, sino porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas (Romanos 11, 36). Él es, por tanto, el ser de todo lo que ha sido hecho, el creador de ellos, pero de manera causal, no material. Así, esa majestad se digna ser para sus criaturas, para todas lo que son; para los animados, lo que viven; para los que usan la razón, luz; para los que la usan correctamente, virtud; para los vencedores, gloria.

5. Y en la creación, gobierno, administración, movimiento, promoción, renovación y fortalecimiento de todas estas cosas, no necesita instrumentos corporales, quien creó todo solo con la palabra, tanto cuerpos como espíritus. Las almas necesitan cuerpos y sentidos corporales para darse a conocer mutuamente y comunicarse. Pero no así el Dios omnipotente, quien de su sola voluntad rápida tiene la eficiencia tanto para crear cosas como para ordenarlas como quiera. Puede lo que quiere, cuanto quiere, sin el servicio o ayuda de miembros corporales. ¿Acaso crees que necesita la ayuda de un sentido corporal para contemplar lo que ha creado? Nada de todo lo creado le es oculto o escapa a la luz presente

en todas partes; y, sin embargo, no necesita el ministerio de un sentido que le informe para conocer algo. No solo conoce todo sin cuerpo, sino que también se da a conocer a los puros de corazón sin cuerpo. Lo digo más ampliamente para que sea más claro. Pero quizás, debido a la limitación del tiempo para concluir el sermón, sea más prudente posponerlo para mañana.

1277 SERMON V. Sobre los cuatro tipos de espíritus, a saber, de Dios, del ángel, del hombre y del animal.

1. Conocen ustedes cuatro tipos de espíritus: el del animal, el nuestro, el angélico y el que creó a estos. No hay entre todos ellos uno que no necesite un cuerpo o semejanza corporal, ya sea por sí mismo, por otro o por ambos, excepto aquel al que toda criatura corporal y espiritual confiesa con razón, diciendo: "Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes" (Salmo 16, 2). Y el primero, ciertamente, necesita tanto del cuerpo que no puede subsistir sin él de ninguna manera. Deja de vivificar y de vivir ese espíritu cuando el animal muere. Sin embargo, nosotros vivimos después del cuerpo; pero no tenemos acceso a las cosas que nos hacen vivir bienaventuradamente, sino a través del cuerpo. Lo percibió quien dijo: "Las cosas invisibles de Dios, entendidas por medio de las cosas hechas, se ven" (Romanos 1, 20). Porque las cosas hechas, es decir, las corporales y visibles, solo llegan a nuestro conocimiento a través del instrumento del cuerpo. Por lo tanto, la criatura espiritual que somos nosotros necesita el cuerpo, sin el cual no puede alcanzar el conocimiento que es el único paso hacia aquellas cosas cuyo conocimiento hace bienaventurado. Si se me objeta sobre los niños regenerados, que se cree que pasan a la vida bienaventurada sin el conocimiento de las cosas corporales, respondo brevemente que esto se les concede por gracia, no por naturaleza. ¿Y qué me importa el milagro de Dios, cuando hablo de cosas naturales?

2. Ahora bien, que los espíritus supercelestiales necesiten cuerpos, lo confirma especialmente la verdadera y verdaderamente divina sentencia: "¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación?" (Hebreos 1, 14). ¿Cómo, entonces, cumplen su ministerio sin cuerpo, especialmente entre los que viven en el cuerpo? De hecho, no es propio de los cuerpos moverse de un lugar a otro, lo cual frecuentemente hacen los ángeles, como lo prueba una autoridad indudable y conocida. De ahí que fueron vistos por los patriarcas, entraron a sus casas, comieron y lavaron sus pies. Así, el espíritu inferior y el superior necesitan sus propios cuerpos, pero solo para ayudar, no para ser ayudados.

3. Pero el animal, por su condición servil, solo sirve para los usos de las necesidades temporales y corporales, y por eso ese espíritu pasa con el tiempo y perece con el cuerpo. Porque el siervo no permanece en la casa para siempre, aunque quienes lo usan bien, refieren todo el uso de esta servidumbre temporal al beneficio de las cosas eternas. El ángel, en cambio, se esfuerza y se afana en administrar su oficio de piedad en la libertad del espíritu, mostrándose a los mortales como un ministro dispuesto y alegre de los bienes futuros, como futuros conciudadanos y coherederos de la alegría suprema. Por lo tanto, el uno para servir con justicia, el otro para ayudar con piedad, ambos necesitan sin duda sus cuerpos para ayudar. Pues no veo en qué ellos mismos sean ayudados por ellos, en cuanto al progreso de la eternidad. Porque el espíritu irracional, aunque también perciba las cosas corporales a través del cuerpo, ¿acaso es ayudado por su cuerpo hasta el punto de que, a través de las cosas corporales y sensibles que percibe por él, también progrese hacia las cosas espirituales e inteligibles? Sin embargo, se sabe que ayuda a aquellos que, por su servicio corporal y temporal, transfieren todo el uso de las cosas temporales al fruto de las eternas, usando este mundo como si no lo usaran.

4. Ahora bien, el espíritu supercelestial, sin la ayuda del cuerpo y sin la contemplación de las cosas que se perciben por el cuerpo, es suficiente por la sola vecindad y vivacidad de su naturaleza para aprehender las cosas supremas y penetrar en las íntimas. ¿No entendió esto el Apóstol, quien al decir: "Las cosas invisibles de Dios, entendidas por medio de las cosas hechas, se ven", añadió inmediatamente, "desde la creación del mundo"? Sin duda, porque no es así desde la creación del cielo. Porque donde el espíritu envuelto en carne y habitante de la tierra, progresando desde la consideración de las cosas sensibles, se esfuerza gradualmente por llegar, allí el habitante celestial, por su innata sutileza y sublimidad, alcanza con toda rapidez y facilidad, sin el apoyo de ningún sentido corporal, sin la ayuda de ningún miembro corporal, sin la contemplación de ninguna cosa corporal. ¿Por qué buscaría entre los cuerpos los sentidos espirituales, que en el libro de la vida lee sin contradicción y entiende sin dificultad? ¿Por qué trabajaría con el sudor de su rostro para separar el grano de la paja, el vino de las uvas y el aceite de la amurca, quien tiene todo esto a mano en abundancia? ¿Quién mendigaría su sustento por casas ajenas, abundando en panes en la suya? ¿Quién se preocuparía por cavar un pozo y buscar con esfuerzo las venas de agua en las entrañas de la tierra, a quien un manantial vivo le ofrece espontáneamente aguas limpias? Ni el espíritu bruto ni el angélico son ayudados de ninguna manera por sus cuerpos para alcanzar las cosas que hacen bienaventurada a la criatura espiritual; el primero, por su innata estupidez, no lo alcanza; el segundo, por la prerrogativa de una gloria más excelente, no lo necesita.

5. Ahora bien, el espíritu del hombre, que ocupa un lugar intermedio entre el supremo y el inferior, necesita tanto el cuerpo para ambos que, sin él, no puede progresar ni beneficiar a otro. Porque, para no mencionar los demás miembros del cuerpo o las funciones de los miembros, ¿cómo, pregunto, instruyes al oyente sin lengua, o percibes al instructor sin oídos?

6. Así, sin la ayuda del cuerpo, ni el espíritu bestial puede cumplir con la deuda de su condición servil, ni la criatura espiritual y celestial puede cumplir con el ministerio de piedad, ni el alma racional puede atender a la salvación tanto del prójimo como de sí misma. Está claro que todo espíritu creado, ya sea para ayudar o para ser ayudado y ayudar, necesita absolutamente el consuelo corporal. ¿Qué si se encuentran criaturas que, en cuanto a su uso, son incómodas y no aptas para los usos de las necesidades humanas? Sin duda, son útiles a la vista, aunque no al uso; podrían ser más útiles a los corazones de los que las contemplan que a los cuerpos de los que las usan. Aunque se sepa que son nocivas, incluso perniciosas para la salud temporal de los hombres, no obstante, sus cuerpos no carecen de lo que coopera para el bien de aquellos que, según el propósito, son llamados santos; y si no ceden en alimento o prestan servicio, ciertamente ejercitan el ingenio, según aquel que está siempre presente con toda razón de uso, para el progreso de la disciplina común, por la cual "las cosas invisibles de Dios, entendidas por medio de las cosas hechas, se ven". Porque incluso el diablo y sus secuaces, aunque su intención maligna siempre es dañar, siempre desean hacerlo, pero a los buenos emuladores, a quienes se dice: "¿Quién podrá haceros daño si sois imitadores del bien?" (1 Pedro 3, 13), lejos de poder hacerlo; más bien, incluso sin quererlo, benefician y cooperan para el bien de los buenos.

7. Sin embargo, ¿son los cuerpos angélicos naturales para los mismos espíritus, como lo son para los hombres los suyos; y son animales como los hombres, aunque inmortales, lo que los hombres aún no son; y cambian y transforman esos cuerpos en la forma y especie que desean cuando quieren aparecer, densándolos y solidificándolos cuanto quieren, aunque en su verdadera naturaleza, por la sutileza de su naturaleza y sustancia, sean impalpables e inalcanzables para nuestros sentidos; o bien, subsistiendo en una simple sustancia espiritual, toman cuerpos cuando es necesario, y una vez cumplida la obra, los disuelven en la misma

materia de la que fueron tomados; no quiero que me pregunten. Los Padres parecen haber tenido diferentes opiniones sobre esto; y no me queda claro cómo enseñar una u otra cosa; y confieso que no lo sé. Pero tampoco creo que el conocimiento de estas cosas contribuya mucho a sus progresos.

8. Sin embargo, sepan que ningún espíritu creado se aplica por sí mismo a nuestras mentes, de modo que, sin el instrumento de nuestro cuerpo o del suyo, se mezcle o infunda en nosotros de tal manera que, por su participación, seamos enseñados o más sabios, o buenos o mejores. Ningún ángel, ninguna alma es así para mí comprensible, ni yo soy capaz de ello. Ni siquiera los ángeles se comprenden así entre sí. Por lo tanto, esta prerrogativa se reserva al Espíritu supremo e incircunscripto, quien solo, cuando enseña al ángel o al hombre la ciencia, no necesita el instrumento de nuestro oído corporal, como tampoco de su boca. Se infunde por sí mismo, se da a conocer por sí mismo, es captado puro por los puros. Solo Él no necesita de nadie; solo Él es suficiente por su sola voluntad omnipotente para sí mismo y para todos.

9. Sin embargo, realiza inmensas e innumerables obras a través de la criatura corporal o espiritual sujeta a Él; pero como quien manda, no como quien mendiga. He aquí, por ejemplo, que ha tomado ahora mi lengua corporal para su obra, es decir, para enseñarles a ustedes, cuando sin duda podría hacerlo más fácilmente y con más suavidad por sí mismo; ciertamente es indulgencia, no necesidad. En su progreso, busca mérito para mí, no consuelo para sí mismo. Esto mismo debe ser entendido por todo hombre que obra el bien, para que no se gloríe en sí mismo por los bienes del Señor, y no en el Señor. Sin embargo, hay quien obra el bien sin querer, ya sea un hombre malo o un ángel malo: y está claro que lo que se hace por él no se hace por él, ya que ningún bien puede beneficiar a quien no lo desea. Por lo tanto, a él solo se le ha confiado la dispensación; pero no sé cómo sentimos más gratamente y con más alegría el bien que se ministra por un mal dispensador. Esta es, por tanto, la razón por la que Dios hace el bien a los buenos a través de los malos: no porque necesite sus obras para hacer el bien.

10. Por lo tanto, ¿quién duda que Dios necesita mucho menos de las cosas que carecen de razón o sentido? Pero cuando estas también concurren a una buena obra, se muestra que todo le sirve a Él, a quien con razón se le dice: "Mío es el orbe de la tierra" (Salmo 49, 12). O ciertamente, porque sabe qué cosas se hacen más convenientemente por medio de otras; no busca la eficacia de la servidumbre de la criatura corporal, sino la conveniencia. Supongamos, entonces, que los ministerios de los cuerpos se aplican oportunamente a las obras divinas, como, por ejemplo, las lluvias para vivificar las semillas, o multiplicar las cosechas, o madurar los frutos; ¿qué tiene que hacer con su propio cuerpo, quien se sabe que tiene a su disposición, a su voluntad, todos los cuerpos celestiales y terrestres? Realmente sería superfluo tener el suyo propio, quien no encuentra ninguno ajeno. Sin embargo, si queremos concluir en este discurso todo lo que se presenta para decir en este lugar, el discurso excederá el límite y quizás las fuerzas de algunos: por eso, lo que queda, lo reservamos para ser completado en otro principio.

SERMON VI. Sobre el Espíritu supremo e incircunscripto, que es Dios: y cómo la misericordia y el juicio se llaman los pies del Señor.

1. Para que el sermón siguiente se conecte con el anterior, ¿recuerdan lo dicho anteriormente, que solo el Espíritu supremo e incircunscripto no necesita el instrumento o servicio del cuerpo para todo lo que quiere hacer o que se haga? Concedamos, pues, con seguridad la verdadera incorporeidad solo a Dios, así como la inmortalidad: que solo Él, de todos los

espíritus, trasciende toda naturaleza corporal hasta el punto de que no necesita de ningún cuerpo en ninguna obra, contento con su solo impulso espiritual, cuando quiere, para hacer lo que quiere. Solo, por tanto, es quien no necesita instrumento corporal ni por sí mismo ni por otro, esa majestad cuyo arbitrio omnipotente tiene a su disposición toda obra, toda altura se inclina, toda adversidad cede, toda criatura favorece, incluso sin la intervención o ayuda de consuelo corporal o espiritual. Enseña o advierte sin lengua; da o retiene sin manos; sin pies corre y socorre a los que perecen.

2. Esto mismo hacía con los padres en siglos anteriores; los hombres experimentaban sus beneficios constantes, pero el benefactor les era desconocido. Él ciertamente alcanzaba de un extremo al otro con fortaleza; pero disponiendo todas las cosas con suavidad, no era percibido por los hombres. Y se alegraban de los bienes del Señor; y al Señor de los ejércitos, porque juzgaba todas las cosas con tranquilidad, no lo conocían en absoluto. Eran de Él, pero no con Él; vivían por Él, pero no para Él; sabían de Él, pero no a Él, alienados, ingratos, insensatos. De ahí que lo que eran, lo que vivían, lo que sabían, no lo atribuían al autor, sino que lo ascribían a la naturaleza, o ciertamente, lo que era más insensato, a la fortuna; muchos se atribuían muchas cosas a su propia industria y virtud. ¡Cuántas cosas se usurparon los espíritus seductores, cuántas se dieron al sol y a la luna; cuántas se atribuyeron a la tierra y al agua, cuántas incluso a las obras manufacturadas y fabriles de los mortales! Se rendía culto a las hierbas, arbustos, semillas minúsculas y viles como si fueran deidades.

3. ¡Ay! ¿Así han perdido los hombres y cambiado su gloria en la semejanza de un becerro que come hierba? (Sal. CV, 20). Compadecido Dios de sus errores, saliendo dignamente del monte sombrío y denso, puso su tabernáculo en el sol (Sal. XVIII, 6). Ofreció carne a los sabios, carne por la cual aprendieran a saborear y el espíritu. Pues mientras en la carne y por la carne realiza obras, no de la carne, sino de Dios, dominando la naturaleza, superando la fortuna, haciendo necia la sabiduría de los hombres, y derrotando la tiranía de los demonios; manifiestamente se indica a sí mismo ser aquel por quien las mismas cosas se hacían antes cuando se hacían. En la carne, digo, y por la carne operó poderosamente y abiertamente maravillas, habló cosas saludables, sufrió indignidades, mostró evidentemente que él es quien poderosamente, pero invisiblemente había creado los siglos, los gobernaba sabiamente, los protegía benignamente. Finalmente, mientras evangeliza a los ingratos, ofrece señales a los infieles, ora por sus crucificadores: ¿no declara claramente ser él mismo quien con su Padre hace salir su sol cada día sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos? (Mat. V, 45). Pues esto es lo que él decía: Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis (Juan X, 37).

4. He aquí que abre la boca de su carne enseñando en el monte a los discípulos, quien en silencio enseña a los ángeles en los cielos. He aquí que al tacto de su mano corporal se cura la lepra, se ahuyenta la ceguera, se restaura el oído, se desata la lengua muda, se levanta al discípulo casi hundido; y se le reconoce sin duda alguna, a quien David había dicho mucho antes: Abres tu mano, y llenas de bendición a todo ser viviente (Sal. CXLIV, 16); y también: Al abrir tú tu mano, todos se llenarán de bondad (Sal. CIII, 28). He aquí que yaciendo junto a sus pies corporales, una pecadora arrepentida escucha: Se te perdonan tus pecados (Luc. VII, 48), y reconoce a aquel de quien había leído escrito desde tiempos antiguos: Saldrá el diablo delante de sus pies (Habac. III, 5). Pues donde se perdona el pecado, allí sin duda se expulsa al diablo del corazón del pecador. De aquí que universalmente de todos los penitentes dice: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan XII, 31): lo cual significa que Dios perdona el pecado al que humildemente confiesa; y el diablo pierde el dominio sobre aquel a quien había invadido en el corazón del hombre.

5. Finalmente, camina sobre las olas con pies carnales (Mat. XIV, 25), a quien, aún no revestido de carne, ya el Salmista había cantado: En el mar está tu camino, y tus sendas en muchas aguas; lo que significa: Pisoteas los corazones hinchados de los soberbios, y reprimes los deseos inestables de los carnales, justificando a los impíos y humillando a los soberbios. Pero como esto se hace invisiblemente, el carnal no siente por quién se hace. Por eso añade: Y tus huellas no serán conocidas (Sal. LXXVI, 20). De aquí nuevamente el Padre al Hijo: Siéntate, dice, a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal. CIX, 1); esto es: Hasta que a todos los que te desprecian, someta a tu voluntad, ya sean involuntarios y miserables, ya sean voluntarios y bienaventurados. Así que esta obra del Espíritu, porque la carne no la percibía (pues el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios [I Cor. II, 14]), fue necesario que, apoyándose corporalmente en pies corporales, y besando con labios corporales esos mismos pies, la pecadora recibiera el perdón de los pecados; y así esa mutación de la diestra del Altísimo (Sal. LXXVI, 11), por la cual justifica maravillosamente, pero invisiblemente al impío, también se hiciera conocida a los carnales.

6. Pero no debo pasar por alto esos pies espirituales de Dios, que en primer lugar el penitente debe besar espiritualmente. Conozco vuestra curiosidad, que no deja pasar nada incrustado por su propia voluntad. Y no debe considerarse despreciable conocer a qué pies la Escritura tan frecuentemente recuerda a Dios, ya sea de pie, como allí: Adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies (Sal. CXXXI, 7); ya sea caminando, como allí: Y habitaré en ellos, y andaré entre ellos (Lev. XXVI, 12; II Cor. VI, 16); ya sea corriendo, según aquello: Se alegró como un gigante para correr el camino (Sal. XVIII, 6). Si al Apóstol le pareció correcto referir la cabeza de Cristo a la Deidad (I Cor. II, 3); creo que a nosotros no nos parecerá incongruente referir los pies al hombre; de los cuales uno llamaremos misericordia, y el otro juicio. Estos dos términos os son conocidos; y de muchos lugares de la Escritura ambos aparecen juntos, si lo pensáis. Pues que Dios haya asumido en la carne, a la que se unió, el pie de la misericordia, lo enseña la epístola a los Hebreos, presentando a Cristo tentado en todo según la semejanza, pero sin pecado, para que se hiciera misericordioso (Hebr. IV, 15). ¿Y qué del otro, que se llama juicio, no es también asumido y perteneciente al hombre, como claramente lo indica el mismo Dios hombre, cuando afirma que le ha sido dada por el Padre la potestad de hacer juicio, porque es el Hijo del hombre? (Juan V, 27).

7. Así pues, con estos dos pies adecuadamente convergiendo bajo una cabeza de divinidad, nacido de mujer, hecho bajo la ley, el invisible Emmanuel fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Baruc III, 38). Con estos ciertamente transita ahora, haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, pero espiritualmente, pero invisiblemente. Con estos, digo, pies recorre las mentes devotas, inspeccionando incesantemente, escudriñando los corazones y los riñones de los fieles. Pero mira si acaso estos son los muslos del esposo, que la esposa tan magníficamente elogia en lo que sigue, comparándolos, si no me equivoco, a columnas de mármol, fundadas sobre bases de oro (Cant. V, 15). Muy bien, ya que en la Sabiduría de Dios encarnada, que se designa con el oro, la misericordia y la verdad se encontraron (Sal. LXXXIV, 11); finalmente, todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10).

8. Feliz el alma a la que el Señor Jesús ha fijado ambos pies. Reconocedla por dos signos, que necesariamente lleva consigo impresos con huellas divinas. Estos son el temor y la esperanza; aquel representando la imagen del juicio, esta de la misericordia. Con razón es el beneplácito de Dios sobre los que le temen, y en los que esperan en su misericordia (Sal. CXLVI, 11): pues el temor es el principio de la sabiduría (Prov. I, 7); la esperanza, el progreso: ya que la

caridad reclama para sí la consumación. Siendo así, no es pequeño el fruto en este primer beso, que se recibe en los pies; solo cuida de no ser privado de ninguno de ellos. Pues si ya te has compungido por el dolor del pecado y el temor del juicio, has impreso tus labios en la huella de la verdad y el juicio. Pero si moderas el temor y el dolor con la mirada de la bondad divina y la esperanza de obtener indulgencia, también sabrás que abrazas el pie de la misericordia. De lo contrario, no conviene besar uno sin el otro; porque el recuerdo solo del juicio precipita en el abismo de la desesperación, y la falsa adulación de la misericordia genera una pésima seguridad.

9. También a mí, miserable, se me ha concedido a veces sentarme junto a los pies del Señor Jesús; y abrazar ahora uno, ahora el otro con toda devoción, en cuanto su benignidad me dignaba admitir. Pero si alguna vez, olvidado de la misericordia, permanecía un poco más en el juicio, incitado por la conciencia, pronto caía abatido por un miedo increíble y una confusión miserable, y rodeado de un horror tenebroso, solo clamaba palpitante desde lo profundo: ¿Quién conoce el poder de tu ira, y por tu temor quién puede contar tu ira? (Sal. LXXXIX, 11, 12). Pero si, dejando ese, me aferraba más al pie de la misericordia, por el contrario, me disolvía en tal descuido y negligencia, que inmediatamente la oración se volvía más tibia, la acción más perezosa, la risa más pronta, la palabra más incauta, y en definitiva, todo el estado de ambos hombres aparecía más inconstante. Por tanto, instruido por la maestra experiencia, no cantaré ya solo juicio, ni solo misericordia; sino misericordia y juicio cantaré a ti, Señor (Sal. C, 1). En la eternidad no olvidaré estas justificaciones; ambas me serán cantables en el lugar de mi peregrinación, hasta que la misericordia sea exaltada sobre el juicio, la miseria enmudezca, y solo cante a ti de aquí en adelante mi gloria, y no me compunja.

SERMO VII. Del amor ardiente con el que el alma ama a Dios. También sobre la atención que debe procurarse en el tiempo de oración o salmodia.

1. Yo mismo me provoco el trabajo, al invitaros espontáneamente a preguntar. Pues porque yo, con ocasión del primer beso, me he preocupado de mostrar los pies espirituales de Dios con sus propias definiciones y nombres, y de hecho abundantemente; vosotros continuáis inquiriendo también sobre la mano, que se propone besar en segundo lugar. Accedo, os complazco; además, no muestro una mano, sino manos, y las distingo con sus propios términos. Una se llame amplitud, la otra fortaleza: porque otorga abundantemente, y defiende poderosamente lo que ha dado. Ambas ciertamente serán besadas por quien no sea ingrato, reconociendo y confesando a Dios como dador de todos los bienes, así como conservador. Creo que se ha dicho lo suficiente sobre los dos besos: veamos también sobre el tercero.

2. Que me bese, dice, con el beso de su boca (Cant. I, 1). ¿Quién lo dice? La esposa. ¿Quién es ella? El alma sedienta de Dios. Pero propongo diversas afecciones, para que lo que propiamente corresponde a la esposa, resplandezca más distintamente. Si es siervo, teme ante el rostro del Señor; si es mercenario, espera de la mano del Señor; si es discípulo, prepara el oído para el maestro; si es hijo, honra al padre; pero quien pide el beso, ama. Esta afección de amor sobresale en los dones de la naturaleza, especialmente cuando regresa a su principio, que es Dios. Y no se han encontrado nombres igualmente dulces, con los que se expresen los dulces afectos del Verbo y del alma entre sí, como esposo y esposa: pues todo lo tienen en común, no tienen nada propio, nada dividido entre ellos. Una es la herencia de ambos, una casa, una mesa, un lecho, incluso una sola carne. Finalmente, por esta razón dejará él a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán dos en una sola carne (Gen. II, 24). También se le ordena a ella olvidar igualmente a su pueblo y la casa de su padre; para que él desee su belleza (Sal. XLIV, 11, 12). Si, por tanto, amar conviene especialmente a los

esposos y principalmente, no sin razón se considera al alma que ama con el nombre de esposa. Ama, sin embargo, quien pide el beso. No pide libertad, no recompensa, no herencia, ni siquiera doctrina, sino el beso; a la manera claramente de una esposa castísima y respirando amor sagrado, y que no puede en absoluto disimular la llama que sufre. Pues mira cómo se adelanta en el inicio del discurso. Pidiendo algo grande a alguien grande, sin embargo, no usa el adorno de las lisonjas, como suele hacerse; no rodea con circunloquios lo que desea. No hace prólogo, no busca la benevolencia; sino que, brotando de repente de la abundancia del corazón, desnuda y con suficiente franqueza: Que me bese, dice, con el beso de su boca.

3. ¿No te parece que manifiestamente dice: ¿Qué tengo yo en el cielo, y qué he deseado de ti sobre la tierra? (Sal. LXXII, 25). Ama ciertamente castamente, quien busca al mismo que ama; no otra cosa de él. Ama santamente, porque no en la concupiscencia de la carne, sino en la pureza del espíritu. Ama ardientemente, quien así se embriaga de su propio amor, que no piensa en la majestad. ¿Qué pues? mira la tierra, y la hace temblar (Sal. CIII, 32); ¡y ella le pide a él que la bese! ¿Está ebria? Totalmente ebria. Y quizás entonces, cuando se lanzó a estas palabras, había salido de la bodega de vino, a la que se gloría de haber sido introducida después (Cant. I, 3; II, 4). Pues también David decía a Dios de algunos: Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y del torrente de tus delicias los harás beber (Sal. XXXV, 9). ¡Oh cuánta es la fuerza del amor! ¡Cuánta la confianza en el espíritu de libertad! ¿Qué más claro que el hecho de que la caridad perfecta echa fuera el temor? (I Juan IV, 18).

4. Sin embargo, con modestia no dirige el discurso al mismo esposo, sino a otros, como si hablara de un ausente: Que me bese, dice, con el beso de su boca. Pues se pide una gran cosa, y es necesario que la modestia acompañe la súplica, recomendando al que pide. Así que se busca el acceso a lo íntimo a través de los domésticos y cercanos, se ambiciona lo deseado. ¿Quiénes son ellos? Creemos que los santos ángeles están presentes a los que oran, ofreciendo a Dios las oraciones y votos de los hombres: siempre que vean que se levantan manos puras sin ira ni disputa. Esto lo prueba el ángel hablando así a Tobías: Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas a los muertos, y dejabas el banquete, y escondías a los muertos durante el día en tu casa, y los enterrabas de noche; yo ofrecí tu oración al Señor (Tob. XII, 12). Creo que esto os está suficientemente persuadido también por otros testimonios de la Escritura. Pues que los santos ángeles también se mezclen dignamente con los que salmodian, ¿qué más claro que lo que dice el Salmista: Los príncipes precedieron unidos a los que salmodian en medio de las doncellas tocadoras de panderos? (Sal. LXVII, 26). Por eso también decía: En presencia de los ángeles te salmodiaré (Sal. CXXXVII, 1). Me duele, por tanto, que algunos de vosotros se vean gravemente abatidos por el sueño en las vigilias sagradas, sin reverenciar a los ciudadanos del cielo, sino apareciendo como muertos en presencia de los príncipes, cuando ellos, movidos por vuestra alegría, se deleitan en participar en vuestras solemnidades. Temo que, abominando vuestra desidia, se retiren con indignación, y cada uno de vosotros comience tarde a decir a Dios. Has alejado de mí a mis conocidos, me han puesto por abominación para ellos; y aquello: Has alejado de mí al amigo y al prójimo, y a mis conocidos de la miseria (Sal. LXXXVII, 9, 19); también: Los que estaban cerca de mí, se han mantenido a distancia, y los que buscaban mi alma me hacían violencia (Sal. XXXVII, 12, 13). Pues ciertamente si los buenos espíritus se han alejado de nosotros, ¿quién soportará el ímpetu de los malignos? Digo, pues, a los que son así: Maldito el que hace la obra de Dios negligentemente (Jer. XLVIII, 10). También dice, no yo, sino el Señor: ¡Ojalá te hubiera encontrado caliente o frío! pero porque te encontré tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca (Apoc. III, 15, 16). Por eso, atended a vuestros príncipes, cuando estáis para orar o salmodiar, y estad con reverencia y disciplina; y glorificaos, porque vuestros ángeles ven cada día el

rostro del Padre (Mat. XVIII, 10). Sin duda, enviados en ministerio por nosotros, que recibimos la herencia de la salvación (Hebr. I, 14), llevan nuestra devoción a lo alto, y traen de vuelta la gracia. Usemos el oficio de aquellos con quienes compartimos la compañía, para que en la boca de los niños y lactantes se perfeccione la alabanza (Sal. VIII, 3). Digamos a ellos: Salmodiad a nuestro Dios, salmodiad; y escuchemos a ellos respondiendo a su vez: Salmodiad a nuestro Rey, salmodiad.

5. Llevando, pues, la alabanza en común con los cantores del cielo, como ciudadanos de los santos y domésticos de Dios, salmodiad sabiamente (Sal. XLVI, 7, 8). El alimento en la boca, el salmo en el corazón sabe. Solo que el alma fiel y prudente no descuide masticarlo con ciertos dientes de su inteligencia, no sea que si lo traga entero y no masticado, se frustre el paladar del sabor deseable, y más dulce que la miel y el panal. Ofrezcamos con los apóstoles en el banquete celestial y en la mesa del Señor un panal de miel (Luc. XXIV, 42). La miel en la cera, la devoción en la letra está. De lo contrario, la letra mata, si se traga sin el condimento del espíritu (II Cor. III, 6). Pero si salmodias con el espíritu, salmodias también con la mente (I Cor. XIV, 15); conocerás también tú la verdad de aquel dicho que Jesús dijo: Las palabras que os he hablado, son espíritu y son vida (Juan VI, 64); y también aquel que leemos diciendo la Sabiduría: Mi espíritu es más dulce que la miel (Ecli. XXIV, 27).

6. Así se deleitará tu alma en grosura, así tu holocausto se hará pingüe. Así aplacarás al rey, así agradarás a los príncipes, así finalmente te harás toda la corte benévola; y habiendo olido el olor de suavidad en los cielos, también de ti dirán: ¿Quién es esta que sube por el desierto, como columna de humo, perfumada con mirra e incienso, y todo polvo de perfumista? (Cant. III, 6). Príncipes, dice, de Judá, sus duces, príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí (Sal. LXVII, 28); esto es, de los confesores, de los continentes, de los contemplativos. Pues nuestros príncipes saben que al Rey le es aceptable la confesión de los que salmodian, la fortaleza de los continentes, la pureza de los contemplativos: y están solícitos en exigir de nosotros tales primicias del espíritu, que de hecho no son otra cosa que los primeros y purísimos frutos de la sabiduría. Pues lo que no ignoráis, Judá significa alabanza o confesión, y Zabulón morada de fortaleza, Neftalí ciervo suelto, que ciertamente expresa con sus saltos la agilidad de su contemplación, pero también penetra las sombras de los bosques, como aquel de los sentidos, acostumbra. Sabemos, además, quién dijo: El sacrificio de alabanza me honrará (Sal. XLIX, 23).

7. Pero si no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV, 9); ¿no tenéis por muy necesaria la virtud de la continencia, por la cual se haga que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal? Por lo demás, la continencia no tiene mérito ante Dios, que busca la gloria humana. Por eso es especialmente necesario también la pureza de intención, por la cual vuestra mente solo desee agradar a Dios, y pueda adherirse a Él. Pues adherirse a Dios no es otra cosa que ver a Dios; lo cual se concede con singular felicidad solo a los de corazón puro. David tenía un corazón puro, quien decía a Dios: Mi alma se ha adherido a ti (Sal. LXII, 9); también: Pero para mí, adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28). Viendo se adhería, y adhiriéndose veía. Por tanto, a las almas ejercitadas en estas cosas, los mensajeros celestiales se muestran familiares y frecuentes, especialmente si perciben que oran frecuentemente [de otro modo, si los ven]. ¿Quién me dará por vosotros, oh benignos príncipes, que mis peticiones se den a conocer ante Dios? No ante Dios, a quien también la cogitación del hombre confiesa, sino ante Dios; esto es, a aquellos que están con Dios, tanto a las bienaventuradas virtudes, como a los espíritus liberados de la carne. ¿Quién levantará al pobre del polvo, y al necesitado del estiércol, para que me siente con los príncipes y tenga un trono de gloria? No dudo que con gratitud recojan en el palacio a quien dignamente visitan en el muladar. Finalmente, se alegraron de la conversión: ¿y en la asunción no reconocerán?

8. Por tanto, creo que estos son a quienes se dirige la esposa en su oración, y a ellos, como si fueran los domésticos y compañeros del esposo, les revela el deseo de su corazón, cuando dice: "¡Que me bese con el beso de su boca!" Y observa la familiar y amistosa conversación del alma que suspira en la carne con las potestades celestiales. Anhela los besos, pide lo que desea; sin embargo, no nombra a quien ama, porque no duda que ellos saben de quién se trata, ya que frecuentemente suele conversar con ellos. Por eso no dice: "Que me bese aquel o aquel otro", sino simplemente: "¡Que me bese!"; así como María Magdalena no expresaba con nombre a quien buscaba, sino que simplemente decía al que pensaba que era el jardinero: "Señor, si tú lo has llevado" (Juan 20, 15). ¿A quién "lo"? No lo revela, porque cree que es evidente para todos lo que no puede apartarse de su corazón ni por un momento. Así, pues, hablando con los compañeros de su esposo, como si fueran conscientes y conocedores de ella, irrumpe de repente en estas palabras sobre su amado: "¡Que me bese con el beso de su boca!" Sobre este beso no quiero prolongar más, pero en el sermón de mañana escucharéis lo que la unción que enseña sobre todas las cosas me sugiera al respecto mientras oráis. Pues no es la carne y la sangre quien revela este secreto, sino aquel que escudriña las profundidades de Dios, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y con ellos vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO VIII. Cómo el beso de la boca de Dios significa el Espíritu Santo, que la Iglesia pide para sí para el conocimiento de la Santísima Trinidad.

1. Hoy, como recordáis por la promesa de ayer, se ha propuesto discutir sobre el supremo, es decir, el beso de la boca. Escuchad atentamente lo que es más dulce al gusto, más raro de probar y más difícil de entender. Me parece, para comenzar un poco más alto, que quien dijo: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo" (Mateo 11, 27), designó un beso inefable y desconocido para toda criatura. Porque el Padre ama al Hijo y lo abraza con un amor singular, el supremo al igual, el eterno al coeterno, el único al único. Pero no es menor el afecto con que el Hijo está ligado al Padre: pues por amor a Él muere, como Él mismo atestigua cuando dice: "Para que todos sepan que amo al Padre, levantaos, vamos" (Juan 14, 31); sin duda hacia la pasión. Así, ese mutuo conocimiento y amor del engendrador y del engendrado, ¿qué es sino un beso dulcísimo, pero secretísimo?

2. Estoy seguro de que a tan grande y santo misterio del amor divino no se admite ni siquiera a la criatura angélica. Pues, según Pablo, esa paz supera todo, incluso el sentido angélico (Filipenses 4, 7). Por eso, aunque presume mucho, no se atreve a decir: "Que me bese con su boca", reservando eso solo para el Padre; sino que pide algo menor: "¡Que me bese", dice, "con el beso de su boca!" Ved a la nueva esposa recibiendo un nuevo beso, no obstante, no de la boca, sino del beso de la boca. "Sopló", dice, "sobre ellos", sin duda Jesús a los apóstoles, es decir, a la Iglesia primitiva, "y dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20, 22). Fue ciertamente un beso. ¿Qué? ¿Aquel soplo corporal? No, sino el Espíritu invisible: que por eso fue dado en aquel soplo del Señor, para que se entendiera que procede igualmente de Él como del Padre, como un verdadero beso, que es común al que besa y al besado. Así, le basta a la esposa ser besada por el beso del esposo, aunque no sea besada por la boca. Pues no considera pequeño ni vil ser besada por el beso: que no es otra cosa que ser infundida por el Espíritu Santo. Si correctamente se entiende que el Padre es el que besa y el Hijo el besado, no estará fuera de lugar entender el beso como el Espíritu Santo, que es la paz inalterable del Padre y del Hijo, el vínculo firme, el amor indivisible, la unidad indivisible.

3. Por tanto, la esposa se atreve a pedirle a Él que se le infunda bajo el nombre de beso. Pues tiene algo que le da ocasión para presumir. Porque al decir el Hijo: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo", añadió, "y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo". Y la esposa no duda de que Él quiera, si quiere a alguien. Por tanto, pide audazmente que se le dé el beso, es decir, aquel Espíritu, en el cual se le revele tanto el Hijo como el Padre. Pues uno no se conoce sin el otro. De ahí aquello: "Quien me ve a mí, ve también a mi Padre" (Juan 14, 9); y aquello de Juan: "Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. Quien confiesa al Hijo, también tiene al Padre" (1 Juan 2, 23). De lo cual se deduce claramente que ni el Padre se conoce sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. Con razón, pues, no en el conocimiento de uno solo, sino en el de ambos, establece la suma bienaventuranza quien dice: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17, 3). Finalmente, también los que siguen al Cordero se dice que tienen "su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes" (Apocalipsis 14, 1): lo cual es gloriarse en el conocimiento de ambos.

4. Pero alguien podría decir: Entonces, ¿no es necesaria también la comprensión del Espíritu Santo, ya que al decir que la vida eterna es conocer al Padre y al Hijo, no mencionó al Espíritu Santo? Sin duda lo es: pero donde el Padre y el Hijo se conocen perfectamente, ¿cómo se ignora la bondad de ambos, que es el Espíritu Santo? Pues el hombre no se da a conocer completamente a otro mientras se oculta si es de buena o mala voluntad. Aunque también cuando se dijo: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado"; ciertamente si esa misión demuestra el beneplácito tanto del Padre que envía benignamente como del Hijo que obedece voluntariamente, no se ha pasado por alto del todo al Espíritu Santo, donde se ha hecho mención de tanta gracia de ambos. Pues el amor y la benignidad de ambos es el Espíritu Santo.

5. Por tanto, la esposa pide que se le infunda la gracia de este triple conocimiento, en la medida en que puede ser captada en la carne mortal, cuando pide el beso. Pero lo pide al Hijo; porque es del Hijo a quien quiere revelarlo. Por tanto, el Hijo se revela a sí mismo a quien quiere, y también revela al Padre. Sin duda lo revela por el beso, es decir, por el Espíritu Santo, como testifica el Apóstol, quien dice: "Pero Dios nos lo reveló por medio de su Espíritu" (1 Corintios 2, 10). Y al dar el Espíritu por el cual revela, también lo revela; al darlo, lo revela, y al revelarlo, lo da. Además, la revelación que se hace por el Espíritu Santo no solo ilumina para el conocimiento, sino que también enciende para el amor, como dice Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos 5, 5). Y por eso quizás de aquellos que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, no se lee que lo conocieran por la revelación del Espíritu Santo; porque aunque lo conocieron, no lo amaron. Así lo tienes: "Dios se lo reveló a ellos". No se añadió: "Por su Espíritu", para que las mentes impías no usurparan el beso de la esposa, que se contentaron con lo que infla, y no conocieron lo que edifica (1 Corintios 8, 1). Finalmente, que el mismo Apóstol diga por qué lo conocieron. "Por las cosas que han sido hechas, entendidas, lo contemplaron". Por lo cual también se constata que no lo conocieron perfectamente, a quien no amaron en absoluto. Pues si lo hubieran conocido completamente, no habrían ignorado la bondad por la cual quiso nacer y morir en la carne para su redención. Escucha, pues, lo que se les reveló de Dios: "Su eterno poder y divinidad" (Romanos 1, 19-21). Ves que lo que es de sublimidad, lo que es de majestad, lo investigaron en la presunción del espíritu, no de Dios, sino de sí mismos; pero lo que es manso y humilde de corazón, no lo entendieron. Y no es de extrañar, porque también su jefe Behemoth no ve nada humilde; sino que, como se lee de él, "ve todo lo sublime" (Job 41, 25). En cambio, David no andaba en

cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre sí (Salmo 130, 1, 2), para que el escudriñador de la majestad no fuera oprimido por la gloria (Proverbios 25, 27).

6. Vosotros también, para que con cautela pongáis el pie en los sentidos secretos, recordad siempre lo que advierte el Sabio: "No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú" (Eclesiástico 3, 22). Caminad en el espíritu en ellos, y no en vuestro propio sentido. La doctrina del Espíritu no agudiza la curiosidad, sino que enciende la caridad. Con razón, pues, la esposa, buscando a quien ama su alma, no se fía de los sentidos de su carne, no se conforma con los vanos razonamientos de la curiosidad humana; sino que pide el beso, es decir, invoca al Espíritu Santo, por quien recibe al mismo tiempo el gusto de la ciencia y el condimento de la gracia. Y bien, la ciencia que se da en el beso, se recibe con amor; porque el beso es un indicio de amor. Por tanto, la ciencia que infla, al estar sin caridad, no procede del beso. Ni tampoco quienes tienen el celo de Dios, pero no según ciencia, deben en absoluto atribuirse eso. Pues el don del beso lleva consigo ambos dones, la luz del conocimiento y la unción de la devoción. Es ciertamente el Espíritu de sabiduría e inteligencia, que al igual que una abeja que lleva cera y miel, tiene completamente tanto de donde encender la luz del conocimiento, como de donde infundir el sabor de la gracia. Por tanto, no piense que ha recibido el beso quien entiende la verdad, pero no la ama; ni quien ama, pero no entiende. Ciertamente, en este beso no hay lugar para el error ni para la tibieza. Por lo cual, para recibir la doble gracia del beso sacrosanto, la esposa prepara en consecuencia sus dos labios, la razón de la inteligencia, la voluntad de la sabiduría, para que, gloriándose del beso pleno, merezca escuchar: "La gracia se ha derramado en tus labios; por eso Dios te ha bendecido para siempre" (Salmo 45, 3). Así, el Padre besando al Hijo, le revela plenamente los secretos de su divinidad, y exhala la dulzura del amor, significando esto la Escritura cuando dice: "El día al día transmite el mensaje" (Salmo 19, 3). A este abrazo eterno y singularmente bienaventurado, como ya se ha dicho, no se le concede a ninguna criatura asistir, siendo solo el Espíritu de ambos testigo y consciente del mutuo conocimiento y amor. Pues, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Romanos 11, 34).

7. Pero quizás alguien me diga: Entonces, ¿cómo te ha sido revelado a ti, que afirmas que no se ha confiado a ninguna criatura? Ciertamente, "el Unigénito que está en el seno del Padre, Él lo ha contado" (Juan 1, 18), diría, no a mí, miserable e indigno, sino claramente a Juan, el amigo del esposo, cuyas son estas palabras; no solo a él, sino también a Juan el evangelista, ciertamente el discípulo a quien Jesús amaba. Pues fue grata a Dios su alma, digna absolutamente del nombre y dote de esposa, digna de los abrazos del esposo, digna finalmente de recostarse sobre el pecho del Señor. Juan bebió del seno del Unigénito lo que aquel había bebido del seno paterno. Pero no solo él, sino también todos aquellos a quienes el mismo ángel del gran consejo decía: "Os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer" (Juan 15, 15). También Pablo bebió, cuyo evangelio no es de hombre, ni lo recibió por hombre, sino por revelación de Jesucristo (Gálatas 1, 11, 12). Ciertamente, todos estos pueden decir tan feliz como verazmente: "El Unigénito que está en el seno del Padre, Él nos lo ha contado". Y esa narración, ¿qué fue para ellos sino un beso? Pero un beso del beso, y no de la boca. Escucha, pues, el beso de la boca. "Yo y el Padre somos uno"; también: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan 10, 30, 38). Es un beso tomado de boca a boca; pero nadie se acerca. Un beso ciertamente de amor y paz; pero ese amor sobrepasa todo conocimiento, y esa paz supera todo entendimiento. Sin embargo, lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, Dios lo reveló a Pablo por su Espíritu, es decir, por el beso de su boca. Por tanto, que el Hijo esté en el Padre, y el Padre en el Hijo, es un beso de la boca. Pero lo que se lee: "No hemos recibido el espíritu del mundo,

sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado" (1 Corintios 2, 12); ciertamente es un beso del beso.

8. Y para distinguir más claramente uno de otro, quien recibe la plenitud, toma el beso de la boca; pero quien recibe de la plenitud, recibe el beso del beso. Grande es Pablo: pero por mucho que extienda su boca hacia arriba, aunque se extienda hasta el tercer cielo, sin embargo, es necesario que permanezca por debajo de la boca del Altísimo, y contento con su modo, se mantenga en sí mismo; y cuando no pueda alcanzar el rostro de la gloria, humildemente pida que se le conceda y se le envíe el beso desde lo alto. Pero quien no considera usurpación ser igual a Dios (Filipenses 2, 6), de modo que se atreva a decir: "Yo y el Padre somos uno"; porque se une de igual a igual, abraza de igual a igual, no mendiga un beso desde un lugar inferior, sino que con igual altura une su boca a la boca, y con singular prerrogativa toma el beso de la boca. Por tanto, para Cristo el beso es plenitud, para Pablo participación; de modo que mientras aquel se gloría de ser besado de la boca, este se gloría de ser besado solo del beso.

9. Sin embargo, feliz es el beso, por el cual no solo se conoce a Dios, sino que también se ama al Padre: quien no se conoce plenamente, sino cuando se ama perfectamente. ¿Qué alma entre vosotros ha sentido alguna vez en el secreto de su conciencia al Espíritu del Hijo clamando: "Abba, Padre"? (Gálatas 4, 6). Esa, esa misma, presuma de ser amada con afecto paterno, quien se siente afectada por el mismo espíritu que el Hijo. Confía, quienquiera que seas, confía sin dudar. En el espíritu del Hijo, reconócete hija del Padre, esposa del Hijo o hermana. Con ambos nombres encontrarás que se llama a quien es así. Está a mano de donde puedo probarlo: no me costará mucho. Es la voz del esposo hacia ella: "Ven a mi jardín, hermana mía, esposa" (Cantar de los Cantares 5, 1). Pues es hermana, porque es del mismo Padre; esposa, porque es en el mismo Espíritu. Pues si el matrimonio carnal constituye a dos en una sola carne, ¿por qué no unirá más la unión espiritual a dos en un solo espíritu? Finalmente, quien se une al Señor, es un solo espíritu (1 Corintios 6, 17). Pero escucha también del Padre, cuán amorosamente y dignamente la llama hija, y no obstante, como si fuera su propia nuera, la invita a los dulces abrazos del Hijo. Escucha, dice, hija, y ve, e inclina tu oído; y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey deseará tu belleza (Salmo 45, 11, 12). He aquí a quien pide el beso. Oh alma santa, ten reverencia, porque Él es el Señor tu Dios, y tal vez no para ser besado, sino adorado con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO IX. Sobre los pechos del esposo, es decir, de Cristo, uno de los cuales es la longanimidad de esperar a los pecadores; el otro, la benignidad o facilidad de recibirlos.

1. Acerquémonos ya al libro, y demos razón y coherencia a las palabras de la esposa. Pues están pendientes, y vacilan abruptamente sin principio. Por tanto, es necesario anticipar a quién se adhieren competentemente. Supongamos, pues, que aquellos a quienes llamamos compañeros del esposo, han venido ahora también a visitar y saludar a la esposa, como ayer y anteayer; y la han encontrado murmurando y descontenta, y se maravillan de la causa, y como si la interrogaran de este modo. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué te vemos más triste de lo habitual? ¿Cuál es la causa de este inesperado murmullo? Ciertamente, cuando te alejabas y te apartabas tras tus amantes, con quienes te iba mal, finalmente obligada a volver a tu primer esposo, ¿no insististe con muchas súplicas y lágrimas para merecer al menos tocar sus pies? Lo recuerdo, dice. ¿Qué? Habiendo obtenido eso, y al mismo tiempo recibida en el beso de los pies la indulgencia por las ofensas, ¿no te hiciste nuevamente impaciente, y no contenta con tanta dignación, sino deseosa de mayor familiaridad, pediste e impetraste con la misma insistencia que antes una segunda gracia, de modo que en el beso de la mano obtuviste no

pocas virtudes, y no pequeñas? No lo niego, dice. Y ellos: ¿Acaso no eras tú quien solía jurar y protestar que si alguna vez se te permitía llegar al beso de la mano, ya te sería suficiente; que no pedirías nada más en adelante? Yo. ¿Qué, entonces? ¿Acaso te quejas de que te han quitado algo de lo que habías recibido? No. ¿O temes que se te reclame lo que presumiste que se te había perdonado de tu mala vida anterior? No.

2. Ahora bien, dinos cómo podemos satisfacerte. No descansaré, dice, hasta que me bese con el beso de su boca. Agradezco el beso de los pies, agradezco también el de la mano; pero si le importa algo de mí, que me bese con el beso de su boca (Cant. I, 1). No soy ingrata, pero amo. He recibido, lo confieso, más de lo que merezco, pero mucho menos de lo que deseo. Me dejo llevar por el deseo, no por la razón. No, por favor, no critiquen mi presunción, donde el afecto me apremia. La vergüenza ciertamente se opone; pero el amor prevalece. No ignoro que el honor del rey ama el juicio (Sal. XCVIII, 4); pero el amor impetuoso no espera juicio, ni se modera con consejo, ni se frena con pudor, ni se somete a la razón. Ruego, suplico, insisto, que me bese con el beso de su boca. He aquí que por su gracia, durante muchos años, me esfuerzo por vivir castamente y sobriamente, me dedico a la lectura, resisto a los vicios, me inclino frecuentemente a la oración; vigilo contra las tentaciones, reflexiono sobre mis años en la amargura de mi alma. Sin queja, me considero, en lo que a mí respecta, comportarme entre los hermanos, sometida a las autoridades superiores, saliendo y regresando bajo el mandato del anciano. No codicio lo ajeno; más bien he dado lo mío y a mí misma. Con el sudor de mi rostro como mi pan; sin embargo, en todo esto, todo se basa en la costumbre, de dulzura nada. ¿Qué soy sino, según el profeta, una novilla de Efraín enseñada a amar la trilla? (Oseas X, 11). Finalmente, en el Evangelio, quien hace solo lo que debe, es considerado un siervo inútil (Luc. XVII, 10). Quizás cumplo los mandamientos de alguna manera; pero mi alma es como tierra sin agua en ellos. Para que mi holocausto sea graso: que me bese, por favor, con el beso de su boca.

3. Muchos de ustedes también, como recuerdo, suelen quejarse en sus confesiones privadas sobre este tipo de languidez del alma árida y la torpeza de la mente necia, que no pueden penetrar en las cosas altas y sutiles de Dios, que sienten poco o nada de la dulzura del espíritu. ¿Qué hacen estos sino suspirar por el beso? Suspirar claramente, y anhelar el espíritu de sabiduría e inteligencia: inteligencia para alcanzar; sabiduría, para saborear lo que han aprehendido con la inteligencia. Creo que el Profeta oró con este mismo afecto, cuando decía: "Como de sebo y grosura se saciará mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca" (Sal. LXII, 6). Sin duda pedía el beso, y ese beso, en cuyo contacto, con los labios impregnados de la grosura de la gracia especial [o espiritual], seguiría lo que en otro lugar él mismo ruega: "Llénese mi boca de alabanza, para que cante tu gloria, todo el día tu grandeza" (Sal. LXX, 8). Finalmente, y eructó donde gustó: "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen!" (Sal. XXX, 20). Este beso nos ha retenido bastante, y aún no confío en haberlo expresado dignamente. Pero pasemos a lo demás; porque se conoce mejor impreso que expresado.

4. Sigue: "Porque mejores son tus pechos que el vino, fragantes con los mejores ungüentos" (Cant. I, 1, 2). Y de quién son estas palabras, el autor no lo dice, dejándonos libremente comentar a qué persona convienen más. A mí no me falta de dónde asignarlas congruentemente ya sea a la esposa, al esposo, o incluso a los compañeros del esposo. Y primero indicaré cómo convienen a la esposa. Mientras conversaban ella y ellos, se acercó él, de quien hablaban. Sin duda, se acerca gustoso a quienes hablan de él. Así suele ser. Así, a los que iban a Emaús y conversaban entre sí, se mostró como un compañero agradable y elocuente (Luc. XXIV, 15). Esto es lo que promete en el Evangelio: "Donde dos o tres estén

reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat. XVIII, 20); y por el profeta: "Antes de que clamen, yo responderé; y mientras aún hablan, diré: Aquí estoy" (Is. LXV, 24). Así, ahora, no llamado, estuvo presente, y deleitado con las palabras, anticipó las oraciones. Creo que a veces ni siquiera espera las palabras, sino que es convocado solo por los pensamientos. Finalmente, dice el hombre que fue hallado según el corazón de Dios: "El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, ha escuchado la preparación de su corazón" (Sal. IX, 17). Presten atención también a ustedes mismos en todo lugar, sabiendo que Dios conoce todas sus cosas, escudriñando los corazones y los riñones, quien formó individualmente sus corazones, y entiende todas sus obras. La esposa, pues, sintiendo la presencia del esposo, se detuvo (pues le avergüenza la presunción en la que se ve sorprendida, ya que pensaba que era más decoroso intentarlo a través de intermediarios); y volviéndose a él, intenta excusar su atrevimiento, en la medida de lo posible: "Porque mejores son", dice, "tus pechos que el vino, fragantes con los mejores ungüentos". Como si dijera: Si parezco tener pensamientos elevados, tú lo has hecho, oh esposo, que en la dulzura de tus pechos me has amamantado con tanta dignación, que todo temor, por tu amor, no por mi atrevimiento, ha sido expulsado, y me atrevo quizás más de lo que conviene. Me atrevo, ciertamente, recordando tu piedad, olvidando tu majestad. Esto es lo que se dice por la consecuencia de las palabras.

5. Ahora veamos cuál es esta alabanza de los pechos del esposo. Los dos pechos del esposo son dos argumentos de su innata mansedumbre, que espera pacientemente al pecador y recibe clementemente al penitente. Digo que una doble dulzura de suavidad abunda en el pecho del Señor Jesús, a saber, la longanimidad en esperar y la facilidad en perdonar. Y escucha que esto no es invención mía. Lees ciertamente sobre la longanimidad: "¿O desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad?" También: "¿O ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento?" (Rom. II, 4). Para esto, en efecto, suspende por mucho tiempo la sentencia de venganza del que desprecia, para que en algún momento otorgue la gracia del perdón al penitente. Porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Pongamos ejemplos también del otro pecho, que se ha dicho que es la facilidad para perdonar. Lees también sobre esto: "En cualquier momento que el pecador gima, su pecado le será perdonado" (Ezequiel XXXIII, 11, 12); lees: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y él tendrá misericordia de él; y a nuestro Dios, porque es amplio en perdonar" (Isaías LV, 7). David lo comprende bien en pocas palabras, diciendo: "Longánime y muy misericordioso" (Sal. CII, 10). Por la experiencia de esta doble bondad, la esposa confiesa haber crecido en confianza, para atreverse a pedir el beso. ¿Qué maravilla, dice, si así presumo de ti, oh esposo, que de tus pechos he experimentado tanta abundancia de suavidad? Así que me provoca a atreverme la dulzura de tus pechos, no la confianza en mis méritos.

6. Pero lo que dice: "Mejores son tus pechos que el vino", es esto. La grosura de la gracia que fluye de tus pechos es más eficaz para mí en el progreso espiritual que la mordaz reprensión de los superiores. No solo mejores que el vino, sino también fragantes con los mejores ungüentos; porque no solo alimentas a los presentes con la leche de la dulzura interna, sino que también perfumas a los ausentes con el grato olor de la buena reputación, teniendo buen testimonio tanto de los que están dentro como de los que están fuera. Tienes, digo, leche dentro, y fuera ungüentos; porque no habría a quienes alimentar con leche, si no atrajeras primero con el olor. Ciertamente, sobre estos ungüentos, si contienen algo digno de consideración, se verá después, cuando se llegue a donde dice en lo siguiente: "En el olor de tus ungüentos correremos" (Cant. I, 3). Ahora, según nuestra promesa, veamos si estas mismas palabras, dadas a la esposa, también convienen al esposo.

7. Hablando la esposa del esposo, de repente, como dije, él está presente, concede el deseo, da el beso, y cumple en ella la palabra que está escrita: "Le diste el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios" (Sal. XX. 3). Lo cual prueba por la plenitud de sus pechos. Sin duda, el beso santo es de tal eficacia, que de inmediato, cuando lo recibe, la esposa concibe, con los pechos ciertamente hinchados, y casi engrosados con leche en testimonio. Aquellos que tienen el hábito de orar frecuentemente, han experimentado lo que digo. A menudo nos acercamos al altar con el corazón frío y árido, nos dedicamos a la oración. Pero a los que persisten, de repente se les infunde gracia, el pecho se engruesa, las entrañas se llenan de una inundación de piedad; y si hay quien lo presione, no tardarán en derramar abundantemente la leche de la dulzura concebida. Diga, pues: Tienes, esposa, lo que pediste, y esta es tu señal, porque tus pechos se han hecho mejores que el vino. De aquí, ciertamente, sabrás que has recibido el beso, porque sientes que has concebido. Por lo cual tus pechos se han hinchado, hechos en la abundancia de la leche mejores que el vino de la ciencia secular, que ciertamente embriaga, pero con curiosidad, no con caridad; llena, pero no nutre; infla, pero no edifica; engulle, pero no fortalece.

8. Pero concedamos también a los compañeros expresar esto. Injustamente, dicen, murmuras contra el esposo; porque lo que él ya ha dado vale más que lo que tú pides. Porque lo que solicitas, ciertamente te deleita; pero los pechos, con los que alimentas a los pequeños, a quienes también engendras, son mejores, es decir, más necesarios, que el vino de la contemplación. Porque una cosa es lo que alegra el corazón del hombre, y otra lo que edifica a muchos. Pues aunque Raquel es más hermosa, Lía es más fecunda. No insistas demasiado en los besos de la contemplación; porque mejores son los pechos de la predicación.

9. Surge también otro sentido, que no había propuesto, pero no lo pasaré por alto. ¿Por qué no decir que estas palabras convienen más bien a aquellos mismos a quienes preside en la solicitud, como a pequeños, madre o nodriza? Pues las almas jóvenes y aún tiernas no soportan con ecuanimidad que ella se dedique al descanso, de cuya doctrina desean ser instruidas más plenamente, y ser formadas con ejemplos. ¿No es acaso la inquietud de tales almas reprimida en lo que sigue, donde bajo grave testimonio se les prohíbe despertar a la amada hasta que ella quiera? (Cant. II, 7). Estas, pues, sintiendo que la esposa anhela los besos, busca el secreto para sí, huye del público, declina las multitudes, y prefiere su propio descanso a su cuidado: No, dicen, no; porque el fruto es mayor en los pechos que en los abrazos. Por ellos, ciertamente, nos libras de los deseos carnales, que militan contra el alma; nos arrancas del mundo, y nos adquieres para Dios. Esto es lo que dicen: "Porque mejores son tus pechos que el vino". La voluptuosidad de la carne, dicen, en la que poco antes, como embriagadas por el vino, estábamos retenidas, es superada por estas delicias espirituales que tus pechos nos destilan.

10. Y bien comparan el afecto carnal con el vino. Pues así como la uva una vez exprimida ya no tiene nada que derramar de nuevo, sino que es condenada a una sequedad perpetua; así la carne en la presión de la muerte se seca completamente de todo su deleite, y ya no revive para las lujurias. De ahí el profeta: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba. Se secó la hierba, y cayó la flor" (Isaías XL, 6, 7); y el Apóstol: "El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción" (Gálatas VI, 8); y de nuevo: "La comida para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá tanto a este como a estas" (I Cor. VI, 13). Pero mira que no solo a la carne, sino también al mundo tal vez le convenga esta proporción. Pues también él pasa, y su concupiscencia; y aunque todas las cosas que están en el mundo tienen fin, su fin no será el fin. Pero los pechos no son así. Porque cuando han sido agotados, nuevamente del manantial del pecho materno toman lo que ofrecen a los lactantes. Por tanto, con razón se afirma que los pechos de la esposa son mejores que el amor de la carne o del

mundo, que nunca se secan por ningún número de lactantes, sino que siempre abundan de las entrañas de la caridad, para que fluyan de nuevo. Porque de su vientre fluyen ríos, y se convierte en ella una fuente de agua viva que salta para vida eterna (Juan VII, 38; IV, 14). Luego se acumula la alabanza de los pechos con la fragancia de los ungüentos, que no solo alimentan con el sabor de las palabras, sino que también perfuman con la reputación de las obras. Ya qué son los pechos, con qué leche están hinchados, con qué ungüentos están ungidos, lo mostraremos al principio de otro sermón con la ayuda de Cristo: quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMO X. De los tres ungüentos espirituales, a saber, de la contrición, devoción y piedad.

1. No soy de profundo sentido, ni de ingenio tan perspicaz, que pueda inventar algo nuevo por mí mismo; pero hay una gran e inagotable fuente en la boca de Pablo, que se abre para nosotros. De él extraigo para mí incluso ahora en la manifestación de los pechos de la esposa, como suelo hacer frecuentemente. "Gozarse con los que se gozan, llorar con los que lloran" (Rom. XII, 15). Se expresan brevemente los afectos maternales, porque ni el pequeño puede dolerse ni estar bien sin aquella que lo engendró: en ambos casos es necesario que ella se conforme a sus entrañas. Por lo tanto, según la sentencia de Pablo [o sabiduría], asignaré esas dos afecciones a los dos pechos de la esposa; la compasión a uno, y la congratulación al otro. De lo contrario, es pequeña y aún no está en edad de casarse, si aún no ha desarrollado pechos, si no se siente pronta para alegrarse ni inclinada a compadecerse. Tal, si acaso es asumida para el gobierno de las almas o para el oficio de la predicación, no beneficia a otros, y se perjudica mucho a sí misma. Por lo demás, ¿cuánta impudencia es presentarse?

2. Pero volvamos a los pechos de la esposa, y según la diversidad de los pechos, propongamos también diversas especies de leche. Pues la congratulación ciertamente derrama leche de exhortación, y la compasión leche de consolación. Por lo tanto, la madre espiritual siente que ambas especies son abundantemente rociadas desde el cielo en su piadoso pecho, tantas veces como recibe el beso. Puedes verla entonces, con los pechos llenos, dedicarse a amamantar a los pequeños; y de uno ciertamente ministrar abundantemente la consolación, y del otro la exhortación, según convenga a cada uno. Por ejemplo, si encuentra a alguno de los que ha engendrado en el Evangelio, sacudido por alguna fuerte tentación, y por ello turbado y triste, y hecho pusilánime, incapaz ya de soportar la fuerza de la tentación; ¿cómo se compadece, cómo lo calma? ¿cómo llora, cómo lo consuela? ¿cuántos argumentos de piedad encuentra de inmediato para levantar al desolado? Por el contrario, si lo encuentra dispuesto, alegre, y bien progresando; se regocija, lo aborda con saludables consejos, lo enciende aún más, lo instruye en lo que puede para que persevere, y lo exhorta a que siempre progrese para mejor. Se conforma a todos, transfiere a sí misma los afectos de todos, se prueba a sí misma como madre no menos de los que decaen que de los que progresan.

3. ¿Cuántos hoy se muestran afectados de manera diferente? Hablo de aquellos que han asumido el gobierno de las almas. Porque lo que no se puede decir sin un gemido lamentable, las afrentas de Cristo, los escupitajos, los azotes, los clavos, la lanza, la cruz y la muerte, todo esto lo funden en el horno de la avaricia, y lo destinan a la adquisición de ganancias deshonestas, y se apresuran a incluir el precio del universo en sus bolsas: diferenciándose de Judas Iscariote solo en que él compensó todo este beneficio con un pequeño número de denarios; ellos, con una voracidad más insaciable, exigen infinitas sumas de dinero. A estos se aferran con un deseo insaciable, por temor a perderlos; y cuando los pierden, se lamentan; en su amor descansan, en la medida en que les es libre de la preocupación de conservar o aumentar. La caída de las almas no se considera, ni su salvación. No son ciertamente madres, quienes, estando demasiado engordados, enriquecidos, y ensanchados del patrimonio del

Crucificado, no compadecen sobre la contrición de José. La que es madre, no disimula: tiene pechos, y no vacíos. Sabe alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran, y no cesa de expresar del pecho de la congratulación la leche de la exhortación; del pecho de la compasión la leche de la consolación. Y sobre los pechos de la esposa o la leche de los pechos, esto es suficiente.

4. Ahora indicaré también con qué ungüentos estos pechos de la esposa están perfumados, si con sus oraciones soy ayudado, para que lo que me ha sido dado sentir sobre esto, se me dé también expresarlo dignamente para la utilidad de los oyentes. Los ungüentos del esposo son diferentes de los de la esposa, así como cada uno tiene sus propios pechos. Pero sobre los del esposo, en qué lugar se debe tratar, se ha fijado anteriormente: ahora atendamos a los ungüentos de la esposa, y eso con más atención, como a aquellos que la Escritura no ha recomendado medianamente, sino que los ha pronunciado no simplemente buenos, sino óptimos. Y propongo diversas especies de ungüentos, para que de entre muchos elijamos aquellos que más convengan a los pechos de la esposa. Hay un ungüento de contrición, y hay un ungüento de devoción, y hay de piedad. El primero es punzante, causando dolor; el segundo es moderador, aliviando el dolor; el tercero es sanador, incluso expulsando la enfermedad. Ahora hablemos más ampliamente de cada uno.

5. Hay, pues, un ungüento que el alma atrapada en muchos crímenes se prepara a sí misma, si, cuando comienza a considerar sus caminos, recoge, acumula y tritura en el mortero de la conciencia muchas y variadas especies de sus pecados, y dentro de la olla del pecho ardiente cuece todo junto con un cierto fuego de penitencia y dolor, para que pueda decir con el Profeta: "Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego" (Sal. XXXVIII, 4). He aquí un ungüento que el alma pecadora debe preparar para los comienzos de su conversión, y aplicar a sus heridas recientes. Porque el primer sacrificio a Dios es un espíritu contrito. Mientras no tenga, como pobre e indigente, de dónde prepararse un ungüento mejor y más precioso; no descuide preparar entretanto este, aunque sea de especies viles; porque un corazón contrito y humillado Dios no despreciará (Sal. L, 19). Cuanto menos vil parecerá a los ojos divinos, cuanto más se haya despreciado a sí misma en la recordación de sus pecados.

6. Sin embargo, si decimos que aquel acto visible, en el que los pies corporales de Dios fueron ungidos visiblemente por la Pecadora, como se relata en el Evangelio, simboliza este acto invisible y espiritual, no podemos considerarlo del todo insignificante. ¿Qué se lee sobre aquello? "Y la casa", dice, "se llenó del olor del ungüento" (Juan 12, 3). Se derramaba de las manos de la Pecadora y se vertía sobre los miembros más bajos del cuerpo, es decir, los pies; y sin embargo, no fue tan despreciable o vil que no llenara toda la casa con la fuerza y la dulzura del aroma. Si consideramos cuánta fragancia se esparce en la Iglesia con la conversión de un solo pecador, y cuán grande es el olor de vida para vida que cualquier penitente produce, si se arrepiente pública y perfectamente, ciertamente también de esto pronunciaremos con igual certeza que "la casa se llenó del olor del ungüento". Finalmente, el olor de la penitencia alcanza incluso las moradas celestiales de los bienaventurados, de modo que, según la misma Verdad, hay gran gozo entre los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente (Lucas 15, 10). Alégrense, penitentes; cobren ánimo, los de corazón tímido. A ustedes les digo, que recién convertidos del mundo y apartándose de sus caminos perversos, han sido recibidos por la amargura y la confusión del alma penitente, y como si el dolor excesivo de heridas aún recientes los atormentara y perturbara. Que sus manos seguras destilen la amargura de la mirra en esta saludable unción; porque Dios no despreciará un corazón contrito y humillado. Esta unción no debe ser despreciada ni considerada vil, cuyo

olor no solo provoca a los hombres a la corrección, sino que también invita a los ángeles a la exultación.

7. Pero hay un ungüento mucho más precioso que este, compuesto de especies mejores. Las especies de este ungüento, para que no se busquen lejos, las encontramos fácilmente entre nosotros y sin dificultad, y de nuestros jardines tomamos fácilmente abundancia de ellas, siempre que la necesidad lo requiera. ¿Quién no tiene a mano, cuando quiere, sus propias iniquidades y pecados, si no los disimula? Estas son, como reconocen, las especies del primer ungüento que ya hemos descrito. Pero los aromas de este segundo ungüento no los produce nuestra tierra, sino que los buscamos lejos, desde los confines más remotos. Porque todo buen regalo y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces (Santiago 1, 17). Este ungüento se hace de los beneficios divinos otorgados al género humano. Feliz quien se esfuerza por recogerlos diligentemente y traerlos ante los ojos de su mente con digna acción de gracias. Ciertamente, cuando han sido triturados y machacados en el vaso del pecho con el mortero de la meditación frecuente, luego cocidos juntos al fuego del santo deseo, y finalmente enriquecidos con el aceite de la alegría, será una unción mucho más preciosa y excelente que la anterior. Basta para probarlo el testimonio de quien dice: "El sacrificio de alabanza me honrará" (Salmo 49, 23). No hay duda de que la memoria de los beneficios excita a la alabanza.

8. Además, ya que la Escritura solo testifica de aquel otro que no es despreciado, está claro que este es más recomendado, ya que también honra. Finalmente, aquel se aplica a los pies, este a la cabeza. Si en Cristo la cabeza debe referirse a la divinidad, como dice Pablo: "La cabeza de Cristo es Dios" (1 Corintios 11, 3); sin duda, quien da gracias unge la cabeza, porque toca a Dios, no al hombre. No porque no sea hombre quien es Dios, ya que Dios y hombre es uno en Cristo; sino porque todo bien viene de Dios, no del hombre, incluso lo que se ministra a través del hombre. Ciertamente, el espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada (Juan 6, 63). Por eso, maldito el que pone su esperanza en el hombre (Jeremías 17, 5); porque aunque nuestra esperanza depende totalmente con razón del hombre-Dios, no es porque sea hombre, sino porque es Dios. Así que aquel se ofrece a los pies, este a la cabeza; porque la humillación del corazón contrito se ajusta a la humildad de la carne, y la glorificación conviene a la majestad. He aquí qué tipo de ungüento les propuse, con el cual ciertamente no considera indigno ser tocada aquella cabeza temible para los principados, sino que lo juzga como una insignia de honor, diciendo: "El sacrificio de alabanza me honrará".

9. Por lo tanto, no es del pobre y necesitado, ni del alma de corazón pequeño, confeccionar tal unción, cuyas especies y aromas solo posee la confianza, que sin embargo desciende de la libertad del espíritu y la pureza del corazón. Porque el alma pusilánime y de poca fe se ve constreñida por la escasez de sus propios recursos, y no puede, debido a la pobreza, dedicarse al ocio para dedicarse a las alabanzas divinas, o a contemplar los beneficios que engendran alabanzas. Y si alguna vez intenta levantarse, inmediatamente es llamada de vuelta a sus asuntos por las urgentes preocupaciones de las necesidades domésticas, y se ve obligada a comprimirse en su propia indigencia. Si se busca la causa de esta miseria, diré que ustedes mismos, si no me equivoco, reconocerán que está o ha estado en ustedes. Esta enfermedad del alma y desconfianza parece ocurrir por dos razones, ya sea por la novedad de la conversión, o ciertamente por la tibieza de la conversación, incluso si ha tenido mucho tiempo en la conversión. Ambas cosas ciertamente humillan y deprimen la conciencia, y la hacen inquieta, mientras siente que las antiguas pasiones del alma aún no han muerto en ella, ya sea por el tiempo o por la tibieza: y por lo tanto, teniendo que dedicarse a cortar las espinas de las iniquidades y las ortigas de las pasiones del jardín del corazón, no se le permite alejarse mucho de sí misma. ¿Cómo puede quien trabaja en su gemido, al mismo tiempo exultar en las

alabanzas de Dios? ¿Cómo sonará en la boca del que gime y llora aquella acción de gracias y voz de alabanza de Isaías (Isaías 51, 3)? Porque como aprendemos del Sabio: "La música en el duelo es una narración inoportuna" (Eclesiástico 22, 6). Finalmente, la acción de gracias sigue al beneficio, no lo precede. Pero el alma que aún está en tristeza no se alegra del beneficio, sino que lo necesita. Por lo tanto, tiene de qué ofrecer oraciones, pero no de qué dar gracias. ¿Cómo recordará el beneficio que no ha recibido? Con razón, por lo tanto, dije que no es del alma pobre confeccionar este ungüento, que debe componerse de la memoria de los beneficios divinos; porque no puede ver la luz mientras contempla las tinieblas. Está en amargura, y la triste memoria de los pecados ocupa su memoria, y no le agrada admitir nada alegre al mismo tiempo. Por eso, el espíritu profético les advierte, diciendo: "Es vano para ustedes levantarse antes del amanecer" (Salmo 126, 2); lo que significa: En vano se levantan para contemplar los beneficios que deleitan, a menos que primero reciban la luz de la consolación de las culpas que perturban. Por lo tanto, este ungüento no es de los pobres.

10. Pero vean quiénes con razón se glorían de su abundancia. Los apóstoles iban gozosos del consejo, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos 5, 41). Ciertamente se habían impregnado de la unción del espíritu, cuya suavidad no cedió ni a las palabras ni a los azotes. Eran ricos en caridad, que no se agota con ningún gasto, y de ella fácilmente podían ofrecer holocaustos llenos de médula. Derramaban por todas partes el licor santo de sus pechos sudorosos, con el que estaban más plenamente imbuidos, cuando hablaban en varias lenguas las maravillas de Dios, según el Espíritu Santo les daba que hablasen (Hechos 2, 11, 4). No hay duda de que también abundaban en esos ungüentos, de los cuales el Apóstol daba testimonio, diciendo: "Doy gracias a mi Dios siempre por ustedes, por la gracia de Dios que les fue dada en Cristo Jesús; porque en todo fueron enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia, así como el testimonio de Cristo fue confirmado en ustedes, de modo que no les falta ningún don" (1 Corintios 1, 4-7). Ojalá también yo pudiera dar estas mismas gracias por ustedes, para verlos ricos en virtudes, ágiles en las alabanzas de Dios, abundando más abundantemente en esta unción espiritual en Cristo Jesús nuestro Señor.

SERMO XI. De dos cosas, es decir, el fruto y el modo, que pertenecen a la obra de la redención humana.

1. Dije al final del sermón, y no me canso de repetirlo, que deseo que todos ustedes sean partícipes de la sagrada unción, aquella en la que la santa devoción recuerda los beneficios de Dios con alegría y acción de gracias. Esto es bueno, tanto para aliviar los trabajos de la vida presente, que ciertamente se nos hacen más tolerables al exultar en la alabanza de Dios; como porque nada representa tan propiamente el estado de la habitación celestial en la tierra, como la alegría de los que alaban a Dios, como dice la Escritura: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos" (Salmo 83, 5). De este ungüento principalmente creo que habló el Profeta: "He aquí cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad; como el ungüento en la cabeza" (Salmo 132, 1). Porque no parece poder aplicarse al primero. Aunque aquel sea bueno, no es sin embargo delicioso; porque la memoria de los pecados produce amargura, no deleite. Y tampoco quienes lo hacen habitan juntos, ya que cada uno llora y lamenta sus propios pecados. Pero quienes se ocupan en la acción de gracias, solo contemplan y piensan en Dios; y por ello, verdaderamente habitan juntos. Lo que hacen es bueno, porque guardan justamente la gloria para quien pertenece, y no menos delicioso, porque deleita.

2. Por eso les aconsejo a ustedes, mis amigos, que a veces aparten el pie de la molesta y ansiosa memoria de sus caminos, y se escapen a los caminos más llanos de la memoria más serena de los beneficios de Dios; para que quienes se confunden en ustedes mismos, respiren

al contemplarlo a Él. Quiero que experimenten lo que el santo Profeta aconseja, diciendo: "Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón" (Salmo 36, 4). Y ciertamente es necesario el dolor por los pecados, pero si no es continuo. Que se intercale con la más alegre memoria de la bondad divina, no sea que por la tristeza el corazón se endurezca, y por la desesperación se pierda más. Mezclemos miel con ajenjo, para que la amargura saludable pueda dar salud, cuando, al estar templada con dulzura, pueda ser bebida. Escuchen cómo Dios mismo templa la amargura del corazón contrito, cómo llama de vuelta al pusilánime del bastón de la desesperación, cómo con la miel de una promesa suave y fiel consuela al afligido, levanta al desconfiado. Dice por el profeta: "Yo frenaré tu boca con mi alabanza, para que no perezcas" (Isaías 48, 9). Esto es: Para que no incurras en una tristeza excesiva al considerar tus crímenes, y como un caballo desenfrenado te precipites en la desesperación y perezcas; te frenaré, dice, con el freno de mi indulgencia, y te levantaré con mis alabanzas, y respirarás en mis bienes, quien te confundes en tus males, al encontrarme ciertamente más benigno de lo que te encuentras culpable. Si Caín hubiera sido frenado con este freno, no habría dicho desesperando: "Mi iniquidad es mayor de lo que merezco ser perdonado" (Génesis 4, 13). ¡Lejos de eso, lejos de eso! Porque mayor es su piedad que cualquier iniquidad. Por eso el justo no es continuamente, sino solo al principio del discurso, acusador de sí mismo (Proverbios 18, 17): pero luego acostumbra a cerrar el discurso en las alabanzas de Dios. Vean al justo procediendo en este orden. "Consideré", dice, "mis caminos, y volví mis pies a tus testimonios" (Salmo 118, 59): para que quien había experimentado contrición e infelicidad en sus propios caminos, se deleitara en el camino de los testimonios de Dios, como en todas las riquezas. Y ustedes también, siguiendo el ejemplo del justo, si sienten humildad en ustedes mismos, sientan también bondad en el Señor. Así leen en el Sabio: "Sientan del Señor en bondad, y búsquenlo con sencillez de corazón" (Sabiduría 1, 1). Esto lo persuade fácilmente a la mente la frecuente, incluso continua, memoria de la munificencia divina. De lo contrario, ¿cómo se cumplirá aquello del apóstol: "En todo den gracias" (1 Tesalonicenses 5, 17), si las cosas por las que se deben dar gracias han desaparecido del corazón? No quiero que sean marcados con el oprobio judío, de quienes la Escritura testifica que no fueron conscientes de sus beneficios, y de sus maravillas que les mostró (Salmo 77, 11).

3. Pero ya que es imposible para cualquier hombre recordar y recoger todos los bienes que el misericordioso y compasivo Señor no cesa de otorgar a los mortales; (¿quién hablará de las potencias del Señor, hará oír todas sus alabanzas? (Salmo 105, 2) al menos, que la obra principal y máxima, la obra de nuestra redención, no se aleje de la memoria de los redimidos. En esta obra, principalmente dos cosas que ahora se presentan, procuraré inculcar en sus estudios. Y esto con la mayor brevedad posible, recordando aquella sentencia: "Da ocasión al sabio, y será más sabio" (Proverbios 9, 9). Esos dos son, el modo y el fruto. Y el modo es la humillación de Dios; el fruto, nuestra plenitud de Él. Meditar en esto es semilla de santa esperanza; aquello es incentivo del amor supremo. Ambos son necesarios para nuestro progreso, para que la esperanza no sea mercenaria, si no la acompaña el amor; o para que el amor no se enfríe, si se considera infructuoso.

4. Por lo tanto, esperamos tal fruto de nuestro amor, como el mismo que amamos prometió: "Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en su regazo" (Lucas 6, 38). Esta medida, según oigo, será sin medida. Pero quisiera saber, de qué cosa será esa medida futura, o más bien esa inmensidad que se promete. "Ojo no vio, Dios, fuera de ti, lo que has preparado para los que te aman" (Isaías 64, 4). Dinos tú que preparas, ¿qué preparas? Creemos, confiamos, realmente como prometes: "Nos saciaremos de los bienes de tu casa" (Salmo 65, 5). Pero, ¿de qué bienes, o de qué tipo, te pregunto? ¿Quizás de trigo, vino y

aceite, oro y plata, o piedras preciosas? Pero estas cosas las conocemos y hemos visto; y las vemos, y las despreciamos. Buscamos aquello que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Esto agrada, esto sabe, esto deleita inquirir, sea lo que sea. "Serán todos enseñados por Dios" (Juan 6, 45), y Él será todo en todos (1 Corintios 15, 28). Según oigo, la plenitud que esperamos de Dios, no será sino de Dios.

5. Pero, ¿quién comprenderá cuán grande multitud de dulzura está contenida en esta breve frase: "Dios será todo en todos"? Para no hablar del cuerpo, en el alma veo tres cosas: razón, voluntad, memoria; y estas tres son el alma misma. Cuánto le falta a cada una de estas en el presente siglo de su integridad y perfección, lo siente [o, lo sabe] todo el que camina en el espíritu. ¿Por qué esto, sino porque Dios aún no es todo en todos? De aquí que la razón a menudo se equivoque en sus juicios, y la voluntad sea sacudida por cuatro perturbaciones, y la memoria se confunda por múltiples olvidos. A esta triple vanidad fue sujeta la noble criatura no queriendo, pero en esperanza. Porque quien saciará con bienes el deseo del alma, Él mismo será para la razón plenitud de luz, para la voluntad multitud de paz, para la memoria continuidad de eternidad. Oh verdad, caridad, eternidad! Oh bendita y beatificante Trinidad! a ti suspira miserablemente mi miserable trinidad, porque de ti infeliz exilia. Al alejarse de ti, ¡en cuántos errores, dolores, temores se ha enredado! ¡Ay de mí! ¡Qué trinidad hemos cambiado por ti! Mi corazón está turbado, y de ahí el dolor; mi fuerza me ha abandonado, y de ahí el temor; y la luz de mis ojos no está conmigo, y de ahí el error. He aquí qué trinidad tan diferente, oh trinidad de mi alma, has mostrado al exiliarte.

6. Sin embargo, ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Espera en Dios, porque aún le alabaré (Salmo 41, 6); cuando el error haya desaparecido de la razón, el dolor de la voluntad, y el temor de la memoria, y haya sucedido aquella maravillosa serenidad que esperamos, plena suavidad, eterna seguridad. La primera hará la verdad Dios; la segunda, la caridad Dios; la tercera, la suma potencia Dios, para que Dios sea todo en todos, con la razón recibiendo luz inextinguible, la voluntad alcanzando paz imperturbable, la memoria adherida eternamente a la fuente inagotable. Consideren ustedes, si asignan correctamente la primera al Hijo, la segunda al Espíritu Santo, la última al Padre, pero sin restar nada de esto al Padre, al Hijo, o al Espíritu Santo; no sea que a alguna de las personas la distinción le quite plenitud, o la perfección le quite propiedad. Al mismo tiempo, observen qué experimentan de similar los hijos de este siglo de las seducciones de la carne, de los espectáculos del mundo, y de las pompas de Satanás: cuando sin embargo todo esto es, de donde la vida presente engaña a sus miserables amantes, como dice Juan: "Todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición del siglo" (1 Juan 2, 16). Esto sobre el fruto de la redención.

7. En el modo también, que, si recordáis, definimos como la abnegación de Dios, os encomiendo principalmente que consideréis tres cosas. No fue una abnegación simple o pequeña; sino que se anonadó hasta la carne, hasta la muerte, hasta la cruz (Filipenses II, 7, 8). ¿Quién podría medir dignamente cuán grande fue la humildad, la mansedumbre, la dignación del Señor de la majestad al revestirse de carne, al ser castigado con la muerte, al ser deshonrado con la cruz? Pero alguien podría decir: ¿No pudo el Creador reparar su obra sin esta dificultad? Pudo, pero prefirió hacerlo con su propia injuria, para que el peor y más odioso vicio de la ingratitud no encontrara más ocasión en el hombre. Ciertamente asumió mucho cansancio, para que el hombre quedara en deuda de mucho amor; y la dificultad de la redención recordara la acción de gracias, que la facilidad de la creación había hecho menos devota. ¿Qué decía el hombre creado e ingrato? Fui creado gratuitamente, pero sin ningún esfuerzo o trabajo del autor: pues dijo, y fui hecho, al igual que todo lo demás. ¿Qué grande

es, por muy grande que sea, lo que has dado con la facilidad de una palabra? Así, la impiedad humana, atenuando el beneficio de la creación, tomaba de ahí materia para la ingratitud, de donde debería haber tenido causa de amor, y eso para excusar excusas en los pecados. Pero se cerró la boca de los que hablan iniquidad. Es más claro que la luz cuánto ahora, oh hombre, ha hecho por ti; no despreció hacerse siervo del Señor, pobre del rico, carne del Verbo, y del Hijo de Dios, hijo del hombre. Recuerda ya que, aunque fuiste hecho de la nada, no fuiste redimido de la nada. En seis días creó todo, y a ti entre todo. Pero durante treinta años completos trabajó tu salvación en medio de la tierra, ¡Oh cuánto trabajó soportando! Las necesidades de la carne, las tentaciones del enemigo, ¿no se agravó a sí mismo con la ignominia de la cruz, se acumuló con el horror de la muerte? Necesariamente, sí. Así, así salvaste a hombres y bestias, Señor; como multiplicaste tu misericordia, Dios (Salmo XXXV, 7, 8).

8. Meditad estas cosas, ocupad vuestro tiempo en ellas. Refrescad vuestras entrañas con tales perfumes, que durante mucho tiempo han sido atormentadas por el olor más molesto de los pecados, para que abundéis en estos ungüentos, no menos suaves que saludables. Sin embargo, no penséis aún que tenéis aquellos mejores, que se recomiendan en los pechos de la esposa. De los cuales comenzar ahora, la estrechez del discurso que ya termina lo impide. Lo que se ha dicho de otros, retenedlo en la memoria, probadlo en la vida; y sobre estos, ayudadme con vuestras oraciones, para que pueda hablar dignamente de lo que es digno de los grandes deleites de la esposa; y edificar vuestras almas al amor del esposo, nuestro Señor Jesucristo. Amén.

SERMON XII. Sobre el precioso ungüento de la piedad; y sobre la veneración que los súbditos deben mostrar hacia sus prelados.

1. Recuerdo haber entregado dos ungüentos a vosotros. Uno de contrición, que abarca muchos delitos; otro de devoción, que contiene muchos beneficios: ambos saludables, pero no ambos suaves. El primero se siente punzante, porque mueve a la compunción el amargo recuerdo de los pecados y causa dolor, mientras que el siguiente es mitigante, dando consuelo a la vista de la bondad divina, y calmando el dolor. Pero hay un ungüento que supera a ambos con creces: y este lo llamaréis de piedad, porque se hace de las necesidades de los pobres, de las ansiedades de los oprimidos, de las perturbaciones de los tristes, de las culpas de los delincuentes, y finalmente de todas las miserias de cualquier tipo de desgraciados, incluso si fueran enemigos. Estas especies parecen despreciables; pero es sobre todos los aromas el ungüento que se confecciona de ellas. Es sanador: bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mateo V, 7). Por lo tanto, muchas miserias recogidas y vistas con el ojo de la piedad, son las especies de las que se componen los mejores ungüentos dignos de los pechos de la esposa, agradables a los sentidos del esposo. Feliz el alma que ha procurado enriquecerse y engordarse con tal colección de aromas, infundiéndolos con el aceite de la misericordia, y cociéndolos con el ardor de la caridad. ¿Quién, crees, es el hombre alegre que se compadece y presta (Salmo CXI, 5), inclinado a compadecerse, pronto a socorrer, juzgando más bienaventurado dar que recibir: fácil de perdonar, difícil de enojarse, no dispuesto a vengarse en absoluto, y en todo considerando las necesidades de los prójimos como las propias? Oh, cualquier alma que esté así afectada, así impregnada del rocío de la misericordia, así abundante en las entrañas de la piedad, así haciéndote todo para todos, así hecha tú misma como un vaso perdido, para que estés siempre presente y socorriendo a los demás en todas partes; así finalmente muerta para ti, para que vivas para todos: tú ciertamente posees el tercer y mejor ungüento, y tus manos han destilado el licor de toda suavidad. No se secará en el tiempo malo, ni el fervor de la persecución lo beberá: sino que Dios siempre recordará todo tu sacrificio, y tu holocausto se hará pingüe.

2. Hay hombres de riquezas en la ciudad del Señor de las virtudes: busco si en algunos se encuentran estos ungüentos. Y el primero que me viene a la mente, como siempre, es Pablo, vaso de elección, verdaderamente vaso aromático, vaso oloroso, y lleno de todo polvo de pigmento. Porque era el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Corintios II, 15). Realmente esparcía el aroma de mucha suavidad por todas partes aquel pecho que había sido afectado por la solicitud de todas las Iglesias. Mira qué especies y qué aromas había acumulado para sí. Cada día, dice, muero por vuestra gloria (I Corintios XV, 31); y de nuevo: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Corintios XI, 29). Y con muchas otras cosas, que os son bien conocidas, abundaba este rico en componer los mejores ungüentos. Pues convenía que los pechos que amamantaban a los miembros de Cristo olieran a los primeros y más puros aromas, de los cuales Pablo era ciertamente madre, dando a luz una y otra vez, hasta que Cristo se formara en ellos (Gálatas IV, 19), y los miembros se reformaran a su cabeza.

3. Escucha también de otro rico cómo tenía a mano especies selectas, de las cuales componía los mejores ungüentos. Fuera, dice, no permaneció el peregrino. Mi puerta estaba abierta al viajero (Job XXXI, 32); asimismo: Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo. Era padre de los pobres, rompía las muelas del iniquo, y de sus dientes quitaba la presa (Job XXIX, 15-17). Si negaba lo que querían a los pobres, y hacía esperar a los ojos de la viuda. Si comía mi bocado solo, y no comía de él el huérfano. Si despreciaba al que pasaba, porque no tenía vestido, y al pobre sin cobertura. Si no me bendecían sus costados, y se calentaba con la lana de mis ovejas (Job XXXI, 16-20). ¿Cuánto, creemos, esparció este hombre de aroma sobre la tierra con estas obras? Cada obra era un aroma. Con estas había llenado su propia conciencia, para templar el hedor de la carne podrida con la exhalación de la suavidad interna.

4. José, después de haber hecho correr a todo Egipto tras él en el aroma de sus ungüentos, incluso a sus propios vendedores les ofreció finalmente la misma fragancia. Y ciertamente pronunciaba palabras de reproche con rostro airado; pero brotaban lágrimas de la gordura del corazón (Génesis XLIII, 30; XLV, 2), no indicios de ira, sino reveladoras de gracia. Samuel lloraba a Saúl (I Samuel IV, 35), quien buscaba matarlo, y al calentarse su pecho con el fuego de la caridad, derretido por dentro, la grasa de la piedad emanaba hacia afuera por los ojos. Finalmente, por el buen olor que había difundido por todas partes de su reputación, la Escritura refiere de él que todos conocieron desde Dan hasta Beerseba, que Samuel era un profeta fiel del Señor (I Samuel III, 20). ¿Qué diré de Moisés? ¿Cuánta grasa y gordura había llenado también sus entrañas? Ni aquella casa exasperante, en la que por un tiempo habitaba, pudo nunca en todo su murmullo y furia exterminar la unción del espíritu, con la que una vez había sido impregnado, para que entre continuas disputas y riñas diarias él permaneciera en su mansedumbre. Con razón el Espíritu Santo testificó de él, que era el más manso de todos los hombres que habitaban sobre la tierra (Números XII, 3). Pues con los que odiaban la paz, él era pacífico (Salmo CXIX, 7), tanto que al pueblo ingrato y rebelde no solo no se enojaba, sino que también aplacaba a Dios enojado con su intervención, como está escrito: Dijo que los destruiría, si no se hubiera interpuesto Moisés, su elegido, en la brecha ante él, para apartar su ira y no destruirlos (Salmo CV, 23). Finalmente: Si perdonas, dice, perdona; pero si no, bórrame del libro que has escrito (Éxodo XXXII, 31, 32). ¡Oh, verdaderamente hombre ungido con la unción de la misericordia! Habla claramente con el afecto de un padre, al que ninguna felicidad puede deleitar, de los que ha engendrado. Por ejemplo, si algún rico dijera a una mujer pobre: Entra a mi banquete, pero deja afuera al niño que llevas, porque llora y nos molesta: ¿lo haría? ¿No preferiría ayunar, que dejar a su querido hijo expuesto, y comer sola con el rico? Así tampoco a Moisés le agrada ser introducido solo en el gozo de su Señor, quedando fuera el pueblo; al cual, aunque inquieto e ingrato, se adhiere tanto en lugar como

en afecto de madre. Le duelen las entrañas, pero juzga más tolerable la tortura que la separación.

5. ¿Qué más manso que David, que lloraba la muerte de aquel que siempre había deseado su muerte? (II Samuel I, 11.) ¿Qué más benigno, que le doliera la muerte de aquel a quien sucedía en el reino? Pero también por la muerte de su hijo parricida, ¿cuán difícilmente admitió consuelo? (II Samuel XIX, 4.) Realmente mostraba una gran cantidad de la mejor unción tal afecto: por eso oraba seguro, diciendo: Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre (Salmo CXXXI, 1). Así que todos estos tuvieron los mejores ungüentos, con los que hoy en día perfuman suavemente por todas las iglesias. Y no solo ellos, sino también todos los que en esta vida se mostraron tan benevolentes y benéficos, que vivieron entre los hombres de manera tan humana, que toda la gracia que parecían tener, no la guardaron para sí, sino que la compartieron en común, considerando que eran deudores tanto a amigos como a enemigos, a sabios como a insensatos. Y como fueron útiles para todos, humildes en todo, y sobre todos fueron amados por Dios y por los hombres; cuya fragancia está en bendición. Todos los que, digo, tales precedieron, perfumaron en sus tiempos, y hoy perfuman con los mejores ungüentos. Tú también, si el don que has recibido de lo alto, lo compartes libremente con nosotros, tus compañeros; si te muestras en todo lugar entre nosotros servicial, afectuoso, agradecido, tratable, humilde, tendrás testimonio de todos, que también perfumas con los mejores ungüentos. Todo en vosotros, que soporta pacientemente las debilidades fraternas, tanto del cuerpo como del alma, no solo las soporta pacientemente, sino que además, si es posible, y si puede, ayuda con servicios, conforta con palabras, informa con consejos [en otras versiones se añade y alivia], si no puede hacerlo por disciplina, al menos no cesa de consolar al enfermo con oraciones solícitas: todo, digo, que hace tales obras entre vosotros, esparce un buen olor entre los hermanos, y un olor de los mejores ungüentos. Bálsamo en la boca, tal hermano en la congregación; se señala con el dedo, y todos dicen de él: Este es el amante de los hermanos y del pueblo de Israel; este es el que ora mucho por el pueblo, y por toda la santa ciudad (II Macabeos XV, 14).

6. Pero volvamos al Evangelio, y busquemos algo que tal vez se refiera también a estos ungüentos. María Magdalena, y María de Jacobo y Salomé, compraron aromas, para que viniendo ungieran a Jesús (Marcos XVI, 1). ¿Cuáles son estos ungüentos, tan preciosos que se preparan y comparan para el cuerpo de Cristo, tan abundantes que son suficientes para todo? Pues ninguno de los dos anteriores se lee que haya sido comprado, o hecho especialmente para la obra del Señor, o que haya sido difundido en todo el cuerpo. Pero de repente se introduce una mujer, en un lugar besando los pies, y ungiéndolos con ungüento (Lucas VII, 38; Juan XII, 3); en otro lugar, ya sea ella misma, o otra, teniendo un alabastro de ungüento, y derramándolo sobre la cabeza (Marcos XIV, 3). Sin embargo, ahora, compraron, dice, aromas, para que viniendo ungieran a Jesús. Compran no ungüentos, sino aromas: y la unción en servicio del Señor no se toma hecha, sino que se confecciona nueva; ni para ungir solo alguna parte del cuerpo, por ejemplo, los pies o la cabeza; sino como está escrito: Para que viniendo ungieran a Jesús; lo que es una totalidad, no una distinción de partes.

7. Tú también, si te revistes de entrañas de misericordia, te muestras liberal y benigno, no solo con tus padres o parientes, o aquellos a quienes tienes como benefactores o esperas que lo sean: pues también los gentiles hacen esto (Mateo V, 47); sino, según el consejo de Pablo, te esfuerzas por hacer el bien a todos (Gálatas VI, 10), de modo que por amor a Dios no consideres negar o retirar el oficio de humanidad corporal o espiritual incluso al enemigo: es evidente que también abundas en los mejores ungüentos, y no solo has asumido ungir la cabeza o los pies del Señor, sino, en cuanto depende de ti, ungir todo el cuerpo, que es la Iglesia. Y tal vez por eso el Señor Jesús no quiso que se gastara en su cuerpo muerto la

confección preparada para él, para reservarla para el vivo. Pues vive la Iglesia, que come el pan vivo que descendió del cielo. Ella es el cuerpo más querido de Cristo, que para que no gustara la muerte, aquel otro cuerpo fue entregado a la muerte, ningún cristiano lo ignora. Desea que ella sea ungida, que ella sea cuidada, que sus miembros débiles sean aliviados con atenciones más cuidadosas. Por lo tanto, reservó para ella los preciosos ungüentos, anticipando la hora, y acelerando la gloria, no eludió la devoción de las mujeres, sino que las instruyó. Rehusó ser ungido, pero ahorrando, no despreciando; no rechazando el servicio, sino reservando el provecho. Digo provecho, no de este ungüento material y corporal, sino claramente espiritual, que en este se designó. En este, pues, el Maestro de la piedad ahorró los mejores ungüentos de la piedad, que desearía que se exhibieran a sus miembros necesitados tanto corporal como espiritualmente. De hecho, poco antes, cuando se derramaba ungüento sobre su cabeza, o incluso sobre sus pies, y este era bastante precioso, ¿acaso lo prohibió? Al contrario, se opuso a los que lo prohibían. Pues a Simón, que se indignaba porque se dejaba tocar por una pecadora, le tejió una larga parábola de reprensión; y a otros que alegaban la pérdida del ungüento, les respondió, diciendo: ¿Por qué molestáis a esta mujer?

8. A veces yo, para hacer un pequeño exceso, cuando me sentaba a los pies de Jesús afligido, y ofrecía el sacrificio de un espíritu contrito en el recuerdo de mis pecados; o ciertamente a la cabeza, si alguna vez rara vez me paraba, y me regocijaba en el recuerdo de sus beneficios, escuché a los que decían: ¿Para qué esta pérdida? Alegando que vivía solo para mí, que, como pensaban, podría ser útil para muchos. Y decían: Pues podría haberse vendido por mucho, y dado a los pobres (Mateo XXVI, 8-10). Pero no es buen negocio para mí, aunque gane todo el mundo, perderme a mí mismo, y hacer detrimento de mí. Por lo cual, entendiendo que estas palabras son las que la Escritura llama, moscas muertas, que pierden la suavidad del ungüento (Eclesiastés X, 1), recordé aquella sentencia divina: Pueblo mío, los que te bendicen, te inducen al error (Isaías III, 12). Pero que escuchen al Señor excusándome, y respondiendo por mí, quienes me acusan de ocio: ¿Por qué, dice, molestáis a esta mujer? que es: Vosotros veis en la apariencia, y por eso juzgáis según la apariencia. No es un hombre, como pensáis, que pueda poner la mano en lo fuerte, sino una mujer. ¿Por qué intentáis imponerle un yugo, para el cual yo lo veo menos suficiente? Hace una buena obra en mí. Que permanezca en el bien, mientras no pueda avanzar a lo mejor. Si alguna vez progresa de mujer a hombre, y a hombre perfecto, podrá ser asumido también en la obra de la perfección.

9. Hermanos, respetemos a los obispos, pero temamos sus trabajos. Si consideramos los trabajos, no deseamos los honores. Reconozcamos nuestras fuerzas desiguales, y no nos deleite poner hombros blandos y femeninos bajo las cargas de los hombres; no los observemos, sino que los honremos. Pues es inhumano reprochar las obras de aquellos cuyos cargos rehúyes. Temerariamente objurga el hombre que vuelve de la batalla a la mujer que hila en casa. Digo, si el que está en el claustro, al que se mueve entre el pueblo, a veces lo encuentra menos estrictamente o menos circunspectamente comportándose, por ejemplo, en la palabra, en la comida, en el sueño, en la risa, en la ira, en el juicio; no salte inmediatamente a juzgar, sino recuerde lo escrito: Mejor es la iniquidad de un hombre, que una mujer que hace el bien (Eclesiástico XLII, 14). Pues tú, vigilante en la custodia de ti mismo, haces bien; pero quien ayuda a muchos, hace mejor, y más virilmente. Y si no puede cumplir sin alguna iniquidad, es decir, sin cierta desigualdad de vida y conversación, recuerda que la caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Estas cosas se han dicho contra la doble tentación, por la cual a menudo los hombres religiosos son incitados por instigaciones diabólicas a ambicionar la gloria de los obispos o a juzgar temerariamente sus excesos.

10. Pero volvamos a los ungüentos de la esposa. ¿Ves cuán preferible es este ungüento de piedad sobre los demás, del cual solo no se permite que se haga perdición? Tanto es así que no se permite la perdición de él, que ni siquiera el don de agua fría queda sin recompensa (Mat. X, 42). Sin embargo, es bueno el ungüento de contrición, que se elabora con el recuerdo de los pecados y se aplica en los pies del Señor; porque un corazón contrito y humillado Dios no despreciará (Sal. L, 19). Sin embargo, considero que es mucho mejor el llamado de devoción, hecho del recuerdo de los beneficios de Dios; ya que se considera adecuado para la cabeza, de modo que Dios testifica de él: El sacrificio de alabanza me honrará (Sal. XLIX, 23). Pero ambos son superados por la unción de piedad, que se hace por la consideración de los miserables y se difunde por todo el cuerpo de Cristo. Digo cuerpo, no el crucificado, sino el que fue adquirido por su pasión. Verdaderamente es un ungüento excelente, en cuya comparación los demás ni siquiera se muestran dignos de ser mirados, quien dice: Misericordia quiero, y no sacrificio (Mat. IX, 13). Por tanto, creo que sobre todo entre las demás virtudes, los pechos de la esposa exhalan este aroma, que ansía en todo concordar con la voluntad del esposo. ¿No exhalaba también Tabita el aroma de la misericordia incluso en la muerte? Y por eso pronto se recuperó de la muerte (Hech. IX, 39-41), porque prevaleció el aroma de la vida.

11. Pero escuchad una palabra abreviada sobre el presente capítulo. Cualquiera que embriague con palabras y exhale beneficios, considere que se le dice: Porque tus pechos son mejores que el vino, fragantes con los mejores ungüentos (Cant. I, 1, 2). ¿Y quién es idóneo para esto? ¿Quién de nosotros posee al menos uno de estos íntegra y perfectamente, para que no sea a veces más estéril en el hablar y más tibio en el actuar? Pero hay quien con razón y sin duda se gloría de este elogio, ciertamente la Iglesia, a la cual nunca le falta de su totalidad tanto de donde embriagar como de donde exhalar. Porque lo que le falta en uno, lo tiene en otro, según la medida del don de Cristo y la moderación del Espíritu, que distribuye a cada uno como quiere (Efes. IV, 7; I Cor. XII, 11). La Iglesia exhala en aquellos que se hacen amigos con el mamón de la iniquidad; embriaga en los ministros de la palabra, que infunden el vino de la alegría espiritual en la tierra, la embriagan y dan fruto con paciencia. Ella audaz y segura se llama a sí misma esposa, como quien verdaderamente tiene pechos mejores que el vino y fragantes con los mejores ungüentos. Y aunque ninguno de nosotros se atreva a arrogarse esto, para que alguien se atreva a llamar a su alma esposa del Señor; sin embargo, como somos de la Iglesia, que con razón se gloría de este nombre y de la realidad del nombre; no sin razón usurpamos una parte de esta gloria. Porque lo que todos poseemos plenamente e íntegramente juntos, esto participamos individualmente sin contradicción. Gracias a ti, Señor Jesús, que te has dignado agregarnos a tu queridísima Iglesia, no solo para que fuéramos fieles, sino también para que nos uniéramos a ti en abrazos agradables, castos y eternos, contemplando con rostro revelado tu gloria, que te es común con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON XIII. De la gloria y alabanza que siempre se debe atribuir a Dios por todos sus bienes otorgados a nosotros.

1. El origen de todas las fuentes y ríos es el mar: de las virtudes y ciencias, el Señor Jesucristo. ¿Quién es el Señor de las virtudes, sino él mismo, el rey de la gloria? Pero también según el cántico de Ana, él mismo es el Señor de las ciencias (I Sam. II, 3). La continencia de la carne, la diligencia del corazón, la rectitud de la voluntad, manan de esa fuente. No solo eso, sino que si alguien es hábil en ingenio, si alguien brilla en elocuencia, si alguien agrada en sus costumbres, de allí proviene. De allí el discurso de la ciencia, de allí el de la sabiduría. Porque todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia están escondidos allí (Col. II, 3). ¿Qué? ¿No son riachuelos de esa fuente los consejos castos, los juicios justos, los deseos santos? Y

si las abundancias de aguas regresan incesantemente a los mares por recorridos secretos y subterráneos, para que de allí nuevamente broten para nuestra vista y uso con un servicio continuo e incansable; ¿por qué no también los ríos espirituales, para que no dejen de regar los campos de las mentes, sean devueltos sin fraude y sin interrupción a su propia fuente? Que los ríos de gracias regresen al lugar de donde salen, para que fluyan de nuevo. Que el flujo celestial sea devuelto a su principio, para que se derrame más abundantemente sobre la tierra. ¿Cómo, preguntas? Como dice el Apóstol: Dando gracias en todo (I Tes. V, 18). Cualquier cosa de sabiduría, cualquier cosa de virtud que confíes tener, atribúyela a la virtud de Dios y a Cristo, la sabiduría de Dios.

2. ¿Y quién es tan insensato, dices, como para presumir de otra fuente? Nadie, ciertamente, tanto que incluso el fariseo da gracias (Luc. XVIII, 11), cuya justicia, sin embargo, no es alabada por Dios. Porque esa acción de gracias, si recuerdas bien el Evangelio, no lo hace más grato. ¿Por qué? Porque cualquier cosa devota que pronuncie con la boca, no basta para excusar la hinchazón del corazón ante aquel que conoce lo alto desde lejos (Sal. CXXXVII, 6). Dios, oh fariseo, no se burla. ¿Crees que tienes algo que no has recibido? Nada, dices; y por eso doy gracias al dador. Si absolutamente nada, entonces no precedió en ti ningún mérito, para que recibieras aquellas cosas de las que te glorías. Y si lo admites, en primer lugar, te inflas en vano contra el publicano, quien no tiene lo que tú, porque no recibió como tú. Luego, también mira que no devuelvas íntegramente sus dones a Dios, y al inclinarte algo de la gloria y honor de él hacia ti, con razón seas acusado de fraude, y fraude contra Dios. Porque si de las cosas que presumes, te atribuyes algo de ti mismo, creería que te engañas más que deseas defraudar, y corregiría el error. Pero ahora, porque al dar gracias, pruebas que no te atribuyes nada a ti mismo, sino que reconoces prudentemente que tus méritos son dones de Dios, ciertamente al despreciar a los demás, demuestras que hablas desde el corazón, y con el corazón, prestando una lengua al engaño, y usurpando la gloria de la verdad. Porque no juzgarías al publicano despreciable en comparación contigo, si no consideraras que debes ser honrado sobre él. Pero, ¿qué respondes al Apóstol, que prescribe y dice: Al único Dios honor y gloria? (I Tim. I, 17.) ¿Qué al ángel que distingue y enseña qué le place retener para sí mismo a Dios, y qué digna compartir con los hombres? Porque: Gloria, dice, en lo alto a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). ¿Veis al fariseo dando gracias, honrando a Dios con los labios, pero con el juicio del corazón a sí mismo? Así, más por costumbre que por sentido o afecto, se advierte que la acción de gracias resuena en la boca de muchos, tanto que incluso los hombres más malvados suelen dar gracias a Dios por sus fechorías y crímenes, porque, según ellos, les ha ido bien y prósperamente en la realización de sus perversas voluntades. Escucharás, por ejemplo, a un ladrón, cuando ha llevado a casa el botín mal deseado de su impía maquinación, exultando en secreto y diciendo: Gracias a Dios, no he vigilado en vano, no he perdido mi trabajo nocturno. De manera similar, quien mata a un hombre, ¿no se gloría y da gracias porque prevaleció contra su rival o se vengó de un enemigo? Y no obstante, el adúltero, saltando de alegría, se regocija en alabanzas a Dios, porque finalmente ha conseguido el tan deseado concubinato.

3. Por tanto, no toda acción de gracias es aceptable a Dios, sino aquella que procede de la pureza y simplicidad sincera del corazón. Dije pura, ciertamente, por aquellos que, gloriándose de sus malas acciones, suelen dar gracias a Dios, como si Dios se alegrara con ellos cuando hacen el mal y se regocijara en cosas perversas. Escuchará quien es así: Pensaste inicuamente que yo sería como tú; te reprenderé y te pondré delante de tu cara (Sal. XLIX, 21). Añadí sincera por los hipócritas, que, glorificando a Dios por sus bienes, pero solo de palabra, retienen en el corazón lo que han ofrecido con la boca; y porque actúan con engaño ante él, su iniquidad se encuentra para odio. Aquellos impíamente atribuyen sus males a Dios,

estos fraudulentamente se apropian de los bienes de Dios para sí mismos. Y ciertamente, lo primero es tan necio, tan secular, y de algún modo incluso bestial, que no necesito advertiros sobre ello: sin embargo, lo siguiente suele acechar especialmente a los hombres religiosos y espirituales. Es una gran y rara virtud, de hecho, que, aunque obres grandes cosas, no te conozcas grande, y que, aunque tu santidad sea manifiesta para todos, solo tú no te percibas. Que aparezcas admirable y te consideres despreciable; esto juzgo más admirable que las mismas virtudes. Eres verdaderamente un siervo fiel si, de la gran gloria de tu Señor, aunque no salga de ti, sin embargo, al pasar por ti, nada se adhiere a tus manos. Entonces, según el profeta, rechazas la avaricia de la calumnia, y sacudes tus manos de todo soborno (Isa. XXXIII, 15). Entonces, según el mandato del Señor, tu luz brilla ante los hombres, no para glorificarte a ti, sino al Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Pero también, como imitador de Pablo y de los predicadores fieles, no predicando a ti mismo, tampoco buscas lo que es tuyo, sino lo que es de Jesucristo (II Cor. IV, 5; Fil. II, 21). Por lo cual, también escucharás: Bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho (Mat. XXV, 21).

4. José, cuando sabía que la casa y todos los bienes de su amo egipcio le habían sido confiados, no ignoró que la esposa estaba exceptuada; y por eso no consintió en tocarla. No hay, dijo, de todos los bienes de mi señor, nada que no esté en mi poder, o que no me haya entregado, excepto a ti, que eres su esposa (Gén. XXXIX, 9). Sabía que la mujer era la gloria del hombre, y juzgó injusto hacer deshonroso a quien lo había hecho glorioso. El hombre de Dios, prudente en sabiduría, advirtió que el hombre celaba a su esposa con fuerza, como su propia gloria, y que se la había reservado para sí mismo, no confiándola a otro; y no se atrevió a extender la mano a lo no concedido. ¿Qué, entonces? ¿El hombre cela su gloria, y se atreve a defraudar a Dios de la suya, como si no la celara? Pero escucha lo que dice: Mi gloria no la daré a otro (Isa. XLVIII, 11). ¿Qué darás, entonces, Señor, qué nos darás? La paz, dice, os doy, la paz os dejo (Juan XIV, 27). Me basta: recibo con gratitud lo que dejas, y dejo lo que retienes. Así me place, así no dudo que me conviene. Renuncio por completo a la gloria, no sea que, si usurpo lo no concedido, pierda merecidamente lo ofrecido. Quiero paz, deseo paz, y nada más. A quien no le basta la paz, no le bastas tú. Porque tú eres nuestra paz, que hiciste de ambos uno (Efes. II, 14). Esto me es necesario, esto me basta, reconciliarme contigo, reconciliarme conmigo. Porque desde que me pusiste contrario a ti, me he vuelto también pesado para mí mismo (Job VII, 20). Soy cauteloso, ni ingrato por el beneficio de la paz dada, ni sacrílego invasor de tu gloria. Que tu gloria, Señor, permanezca intacta contigo; conmigo se actúa bien, si tengo paz.

5. El pueblo se alegró con la paz recuperada al ser derribado Goliat, pero David fue singularmente glorioso. Josué, Jefté, Gedeón, Sansón, y también Judit, aunque mujer, triunfaron gloriosamente en sus días sobre los enemigos; pero mientras los demás disfrutaban de la paz con alegría, nadie compartió con ellos la gloria. Judas Macabeo, también ilustre por muchas victorias, cuando frecuentemente había otorgado paz al pueblo exultante luchando valientemente, ¿acaso alguna vez compartió la gloria con alguien? Y fue, dice, no gloria, sino gran alegría en el pueblo (I Mac. IV, 58). ¿Qué menos hizo el Creador de todo que estos, para que no deba gloriarse singularmente? Él solo creó todo, él solo triunfó sobre el enemigo, él solo liberó a los cautivos: ¿y tendrá un compañero en la gloria? Y mi brazo, dice, me ayudó; también: He pisado el lagar solo, y de los pueblos no hay hombre conmigo (Isa. LXIII, 5, 3). ¿Qué tengo yo, entonces, con la victoria, si ni siquiera estuve en la batalla? Muy impudentemente me arrogo o la gloria sin victoria, o la victoria sin lucha. Pero recibid, montes, la paz para el pueblo, recibid la paz para vosotros, no la gloria, reservándola solo para él, que solo luchó y venció. Así, os ruego, así sea: Gloria en lo alto a Dios, y en la tierra

paz a los hombres de buena voluntad. Pero de hecho, no es de buena, sino de muy mala voluntad, quien no contento con la paz, con ojo soberbio y corazón insaciable, inquieto anhela también la gloria de Dios, no reteniendo por tanto la paz, ni alcanzando la gloria. ¿Quién creería a una pared, si dijera que da a luz un rayo, que recibe por la ventana? O si las nubes se glorían de haber engendrado lluvias, ¿quién no se reiría? Me consta claramente que ni de los canales brotan los ríos de agua, ni de los labios o dientes las palabras de prudencia, aunque el sentido corporal no alcance más allá.

6. Si ciertamente veo algo digno de alabanza o admiración en los santos, examinando con la clara luz de la verdad, encuentro que uno aparece laudable o admirable, y otro lo es: y alabo a Dios en sus santos, ya sea Eliseo, ya sea el gran Elías, resucitadores de muertos. Ellos ciertamente no con su propio poder, sino con su ministerio, exhiben externamente para nosotros cosas nuevas e insólitas; pero Dios, permaneciendo en ellos, es quien hace las obras. Invisible e inaccesible en sí mismo, es visible y admirable en sus santos, y solo admirable, quien hace maravillas solo (Sal. LXXI, 18). Ni la alabanza es del cálamo, sino de la pintura o escritura; ni la gloria de la lengua o labios, sino del buen discurso. Es tiempo de que también hable el profeta. ¿Se gloriará, dice, el hacha contra quien corta con ella? ¿O se exaltará la sierra contra quien la maneja? Como si se elevara la vara contra quien la levanta, y se exaltara el bastón, que ciertamente es madera (Isa. X, 15); así contra el Señor todo el que se gloría, si no se gloría en el Señor (II Cor. X, 17). Si hay que gloriarse, Pablo me enseñó de qué y en quién. Esta es nuestra gloria, dice, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Seguro me glorío, si con el testimonio de la conciencia no me usurpo nada de la gloria del Creador; seguro ciertamente, porque ya no contra el Señor, sino en el Señor. Esta gloria no solo no se nos prohíbe, sino que se nos aconseja, cuando se dice: Buscáis la gloria unos de otros, y no queréis la gloria que es solo de Dios (Juan V, 44). Realmente gloriarse solo en Dios, no es sino de Dios. Y no es poca esta gloria, ciertamente tan verdadera, como de la verdad, y en la verdad tan rara, que apenas o pocos perfectos se glorían perfectamente en ella. Que vayan, pues, los hijos vanos de los hombres, los hijos mentirosos de los hombres; que vayan, y se engañen a sí mismos de vanidad en vanidad (Sal. LXI, 10). Porque el sabio gloriador probará su obra, y la examinará diligentemente a la luz de la verdad; y así tendrá en sí mismo la gloria, y no en la boca de otro. Soy necio, si confío mi gloria a la cajita de tus labios, y comienzo a mendigarla de ti cuando quiera tenerla. ¿No está acaso en tu poder probarme o desaprobarme, como quieras? Pero la retengo conmigo, yo mismo la guardo más fielmente. Más bien, ni siquiera me la confío a mí mismo: la deposito más bien en él, que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día (II Tim. I, 12), cauteloso en custodiar, fiel en restituir. Entonces, la alabanza será segura para cada uno de Dios, solo para aquellos que hayan despreciado las alabanzas humanas. Porque la gloria está en la confusión de aquellos que piensan en lo terrenal, diciendo también David: Los que agradan a los hombres, están confundidos, porque Dios los ha despreciado (Sal. LII, 6).

7. Hermanos, si sabéis esto, que ninguno de vosotros quiera ser alabado en esta vida; porque cualquier favor que aquí busques y no lo refieras a Dios, se lo robas a él. ¿De dónde te viene la gloria, polvo podrido, de dónde a ti? ¿De la santidad de vida? Pero es el Espíritu quien santifica, digo el espíritu, no el tuyo, sino el de Dios. Aunque resplandezcas en prodigios y señales, se hacen en tu mano, pero por el poder de Dios. ¿O te halaga el favor popular, porque has pronunciado una buena palabra, y quizás bien? Pero Cristo te ha dado boca y sabiduría. Porque, ¿qué es tu lengua, sino un cálamo de escriba? Y esto mismo lo has recibido prestado. Se te ha confiado un talento, que se te pedirá con usura. Si te encuentras diligente en la obra, fiel en devolver el fruto, recibirás tu recompensa por tu trabajo. Si no, se te quitará el talento, y sin embargo se te exigirá el lucro, y serás llamado siervo malo y perezoso. Toda alabanza,

por tanto, de los bienes de la multiforme gracia que aparece en vosotros, sea referida a él, autor y dador de todos los laudables; y no de manera hipócrita, como los hipócritas, ni solo por costumbre, como los seculares; pero tampoco por necesidad, como los animales se aplican a llevar cargas: sino como conviene a los santos, con sinceridad fiel, devoción solícita, alegría grata, pero no disoluta. Ofreciendo así el sacrificio de alabanza, y cumpliendo nuestros votos día tras día, cuidemos con toda vigilancia de unir el sentido al uso, el afecto al sentido, la exultación al afecto, la gravedad a la exultación, la humildad a la gravedad, la libertad a la humildad: para que a veces avancemos con pasos libres de una mente purificada, y excedamos a través de ciertas inusitadas afecciones espirituales de alegría en las amenidades de los jubileos, en la luz de Dios, en la suavidad, en el Espíritu Santo; probándonos comprendidos en aquellos que el profeta contemplaba, cuando decía: Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia se exaltarán (Sal. LXXXVIII, 16, 17).

8. Pero tal vez alguien me diga: Bien adviertes, pero si dijeras cosas que se ajustaran a tu propósito. Esperen un poco; no he olvidado. ¿No está en nuestras manos tratar lo que se dice, "Tu nombre es como un ungüento derramado"? (Cant. I, 2.) Este es el trabajo, esta es la labor. Y lo que hemos mencionado antes, si fue necesario, ustedes lo verán. Ahora, en lo que a mí respecta, porque no son ajenos a esto, presten atención a unas pocas cosas. ¿No recuerdan que en los pechos de la esposa se encomió la fragancia de los ungüentos? ¿Qué es más consecuente, entonces, que la esposa reconozca que esa misma fragancia no se la atribuye a sí misma, sino al beneficio del esposo? A este sentido claramente se subordinan todas las cosas que hemos mencionado antes. Que mis pechos huelan así, y así agraden, no lo atribuyo a mis esfuerzos ni méritos, sino a tu generosidad, oh esposo; ciertamente del ungüento derramado, de tu nombre. Esto según la secuencia de la letra.

9. Sin embargo, la explicación del mismo capítulo, cuya ocasión sobre el vicio nequísimo de la ingratitud ha prolongado tanto el presente discurso, requiere otro tiempo y otro comienzo de discurso. Ahora basta con que sean advertidos de esto solo, si la esposa ciertamente no se atreve a atribuirse nada de toda su virtud o gracia; cuánto menos las jóvenes, tal vez como nosotros somos. Digamos, por tanto, siguiendo las huellas de la esposa, digamos: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria" (Sal. 113, 1). Digamos no solo de palabra y lengua, sino de obra y verdad, no sea que (lo que temo demasiado) se diga también de nosotros: "Porque lo amaron con su boca, y con su lengua le mintieron; pero su corazón no era recto con él, ni fueron fieles en su pacto" (Sal. 77, 36, 37). Digamos, pues, digamos, clamando más con la médula del corazón que con los labios de la boca: "Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre las naciones, para que confesemos tu santo nombre, no el nuestro; y nos gloriemos en la alabanza, no nuestra, sino tuya" (Sal. 105, 47), por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XIV. Sobre la Iglesia de los fieles cristianos; y sobre la Sinagoga de los judíos infieles.

1. Conocido en Judea es Dios, en Israel grande es su nombre (Sal. 75, 2). El pueblo de los gentiles que caminaba en tinieblas vio una gran luz (Isa. 9, 2), que estaba en Judea y en Israel, y quiso acercarse e iluminarse, para que quienes alguna vez no fueron pueblo, ahora sean pueblo (1 Ped. 2, 10); y una piedra angular recibiera en sí misma a ambos muros que venían de diferentes direcciones, y de ahí en adelante fuera en paz su lugar. Además, la voz del que invita, que ya había sonado, daba confianza: "Alégrense, naciones, con su pueblo" (Deut. 32, según LXX; Rom. 15, 10). Por lo tanto, quiso acercarse; pero la Sinagoga lo prohibió,

afirmando que la Iglesia de los gentiles era impura e indigna, reprochándole la escoria de la idolatría y la ceguera de la ignorancia, y decía: ¿Con qué mérito? No me toques. ¿Por qué dice? ¿Es acaso Dios solo de los judíos? ¿No también de los gentiles? (Rom. 3, 29.) Y si ciertamente me falta mérito, pero no a él la misericordia. ¿Es solo justo? También es misericordioso. Señor, "vengan a mí tus misericordias y viviré"; y de nuevo: "Tus misericordias son muchas, Señor; vivifícame según tu juicio" (Sal. 118, 77, 156); que ciertamente es misericordia templada. ¿Qué hará el justo y misericordioso Señor, cuando una se gloría en la ley, y se aplaude a sí misma por su justicia, no necesitando misericordia, sino despreciando a la que la necesita; y la otra, por el contrario, reconociendo sus propios delitos, confesando su indignidad, rechazando el juicio, clamando por misericordia? ¿Qué, digo, hará el juez, y ese juez, para quien juzgar y tener misericordia son tan familiares, que ninguno es más familiar que el otro? ¿Qué puede ser más conveniente, que cada una reciba según su deseo, juicio aquella, misericordia esta? El judío busca juicio, y lo tenga; pero las naciones honren a Dios por su misericordia. Y es juicio, que quienes desprecian la misericordiosa justicia de Dios, y quieren establecer la suya propia (que ciertamente no justifica, sino acusa), sean dejados a su propia justicia, más para ser oprimidos que justificados.

2. Porque es de la ley, que nunca llevó a nadie a la perfección; es un yugo que ni ellos ni sus padres pudieron llevar jamás. Pero la Sinagoga es fuerte, no le importa el yugo leve ni el suave. Está sana, no necesita médico, ni la unción del Espíritu. Confía en la ley, que la libere si puede. Pero no se dio la ley que pueda vivificar, además mata: "La letra mata" (2 Cor. 3, 6). Por eso, dice, "les digo: Morirán en sus pecados" (Juan 8, 24). Este es, pues, el juicio, oh Sinagoga, que reclamas para tu error. Ciega y contenciosa serás abandonada, hasta que la plenitud de los gentiles (a quienes desprecias con soberbia y rechazas con envidia) entre, y también ella reconozca a aquel que es conocido en Judea como Dios, y cuyo nombre es grande en Israel. Porque para juicio vino Jesús a este mundo; para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan 9, 39). Sin embargo, en parte; porque el Señor no rechazará a su pueblo (Sal. 93, 14), guardándose para sí mismo a los apóstoles y a la multitud de creyentes, cuyo corazón era uno y su alma una. Pero tampoco rechazará al final, salvando a los restos. Porque de nuevo recibirá a Israel su siervo; y se acordará de su misericordia (Luc. 1, 54), para que allí tampoco el juicio sea abandonado por la misericordia, donde no encontró lugar. De lo contrario, si recibiera según los méritos; ciertamente el juicio sería sin misericordia para quien no hace misericordia (Sant. 2, 13). Porque Judea tiene mucho aceite del conocimiento divino, y lo retiene en sí misma como en un vaso cerrado con avaricia. Pido, y no se compadece, ni presta. Solo ella quiere poseer el culto de Dios, solo ella el conocimiento, solo ella el gran nombre de él; y no es celosa para sí, sino que me envidia a mí.

3. Por tanto, tú, Señor, juzga mi juicio, y que tu gran nombre sea aún más magnificente, y que el aceite que es mucho, se multiplique más. Que crezca, que brote, que se derrame, que se derive también a las naciones, y que toda carne sienta la salvación de Dios. ¿Cómo es que, como quiere el ingrato judío, toda la unción salvadora permanezca en la barba de Aarón? No es de la barba, sino de la cabeza. Pero la cabeza no es solo de la barba, sino también de todo el cuerpo. Que la barba lo reciba primero, pero no solo. Que devuelva también a los miembros inferiores lo que recibió de arriba. Que descienda, que descienda también a los pechos de la Iglesia el licor supremo (pues ansiosa no desprecia extraerlo de la barba); y rociada con el rocío de la gracia, para no mostrarse ingrata, diga: "Tu nombre es como un ungüento derramado" (Cant. I, 2). Pero que abunde, por favor, aún más y llegue hasta el borde de la vestidura, en mí, ciertamente el último e indignísimo de todos, pero de la vestidura. Porque yo también lo reclamo para mí de los pechos maternos, como un niño en Cristo, con todo derecho de piedad. Y si murmura el hombre, cuyo ojo es malo por la bondad;

Señor, responde por mí, que mi juicio salga de tu rostro, y no de la ceja de Israel. Más bien responde por ti, y di al calumniador: Porque a ti te calumnia, que das gratis; dile, por tanto: "Quiero dar también a este último lo mismo" (Mat. 20, 14). Desagrada al fariseo. ¿Por qué murmuras? Mi derecho es la voluntad del juez. ¿Qué es más justo para el mérito, qué más rico para la recompensa? ¿No le es lícito hacer lo que quiere? Para mí ciertamente es misericordia, pero para ti no es injusticia. Toma lo que es tuyo, y vete. Si ha decidido salvarme también a mí, ¿qué pierdes tú?

4. Exagera cuanto quieras los méritos, y exalta los sudores: mejor es la misericordia del Señor sobre las vidas (Sal. 62, 4). Confieso, no soporté el peso del día y el calor; pero llevo el yugo suave y la carga ligera por el beneplácito del padre de familia. Mi obra apenas es de una hora; y si más, por amor no lo siento. El judío ejercita sus propias fuerzas; a mí me gusta probar cuál es la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta. De ella ciertamente reparo las pérdidas de obra y tiempo. Él se apoya en el pacto de la convención, yo en el beneplácito de la voluntad; creo, y no para mi insensatez: porque la vida está en su voluntad. Ella me reconcilia con el Padre, ella me restituye la herencia, incluso con gracia más abundante; suscita para mí las alegrías más célebres de la sinfonía, el canto, los banquetes, y toda la familia exultante. Si se indigna mi hermano mayor, que prefiere comer un cabrito con sus amigos afuera, que conmigo en la casa paterna el becerro engordado, se le responderá: "Es necesario celebrar y alegrarse, porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado" (Luc. 15, 32). Aún la Sinagoga se banqueteará afuera con sus amigos demonios, a quienes les agrada bastante, que insensatamente devora el cabrito del pecado tragándolo, y de algún modo ocultándolo, y guardándolo para sí en el vientre de su pereza e insensatez, mientras desprecia la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, dice que no tiene pecado, ni necesita la muerte del becerro engordado, considerándose pura y justa por las obras de la ley. Pero la Iglesia, rasgado el velo de la letra que mata en la muerte del Verbo crucificado, audazmente irrumpe en sus secretos guiada por el espíritu de libertad, es reconocida, agrada, ocupa el lugar de la rival, se convierte en esposa, disfruta de los abrazos arrebatados; y en el calor del espíritu, adherida a Cristo el Señor, a quien se frota, con el aceite de su unción de alegría goteando y fluyendo por todas partes, recibiendo esto ella más que sus compañeras, dice: "Tu nombre es como un ungüento derramado". ¿Qué maravilla si es ungida, quien abraza al Ungido?

5. La Iglesia, por tanto, se sienta adentro, pero la Iglesia de los perfectos por ahora. Sin embargo, hay esperanza también para nosotros. Velemos afuera quienes somos menos perfectos, regocijándonos en la esperanza. El esposo y la esposa estén solos por ahora adentro, disfruten de sus abrazos mutuos y secretos, sin ruido de deseos carnales, sin tumulto perturbador de imaginaciones corporales. Pero la multitud de jóvenes, que aún no pueden estar sin tales inquietudes, esperen afuera; y esperen con seguridad, sabiendo que les concierne lo que leen: "Serán llevadas al rey vírgenes tras ella, sus compañeras serán traídas a ti" (Sal. 44, 15). Y para que cada una sepa de qué espíritu es, llamo vírgenes a aquellas que, unidas a Cristo antes, que unidas a los abrazos del mundo, perseveran firmemente en aquel a quien se han consagrado tanto más felizmente cuanto más temprano; y compañeras a aquellas que, avergonzándose finalmente de su antigua deformidad, en la que alguna vez conformes a este mundo, se prostituyeron torpemente a los príncipes del mundo, es decir, a los espíritus impuros, en toda concupiscencia carnal, y saliendo, se apresuran a reformarse en la forma del nuevo hombre, tanto más sinceramente cuanto más tarde. Que tanto estas como aquellas avancen, no decaigan ni se cansen, aunque aún no sientan plenamente en sí mismas, de dónde puedan decir también ellas: "Tu nombre es como un ungüento derramado". Porque las jóvenes no se atreven a hablar por sí mismas al esposo. Sin embargo, si se esfuerzan por

seguir más de cerca las huellas de la maestra, al menos se deleitarán con el olor del ungüento derramado, y serán incitadas también por la percepción del olor a desear y buscar cosas mejores.

6. Frecuentemente yo mismo, lo que no me avergüenza confesar, especialmente al inicio de mi conversión, duro y frío de corazón, y buscando a quien mi alma quisiera amar: porque aún no podía amar a quien no había encontrado, o ciertamente amaba menos de lo que quisiera, y por eso buscaba amar más; a quien de ninguna manera buscaría, si ya no lo amara en alguna medida. Entonces, cuando lo buscaba, en quien mi espíritu, ciertamente torpe y languideciente, pudiera calentarse y descansar; y de ninguna parte aparecía quien pudiera socorrerme, por quien ciertamente la escarcha rígida que oprimía mis sentidos se disolviera, y aquella suavidad primaveral y espiritual amenidad regresara: entonces más y más languidecía, y me cansaba, y mi alma dormitaba; por el tedio, triste y casi desesperada, y murmurando para sí: "¿Quién soportará este frío?" (Sal. 147, 17.) Cuando de repente, tal vez al hablar o incluso al ver a algún hombre espiritual y perfecto, a veces incluso solo al recordar a un difunto o ausente, soplaba el espíritu, y las aguas fluían; y aquellas lágrimas eran para mí pan día y noche. ¿Qué es esto, sino el olor de la unción exhalante, con la que estaba él ungido? Porque no era la unción, que ciertamente no llegaba a mí sino mediante un hombre. Y por eso, aunque me alegraba del don, sin embargo me confundía y humillaba, porque solo una tenue exhalación, y no una rica aspersión, había llegado a mí. Deleitado por el olor, no por el tacto, me reconocía indigno de que Dios me endulzara por sí mismo. Y ahora, si sucede lo mismo, recibo ávidamente el don concedido, y lo tengo por grato; pero dolido me duele no haberlo merecido por mí mismo, y, como se dice, no haberlo recibido de mano en mano, aunque lo pidiera fervientemente. Me avergüenza ciertamente ser movido más por la memoria de un hombre que por la de Dios. Y entonces con gemido clamo: "¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios?" (Sal. 41, 3.) Considero que algunos de ustedes han experimentado lo mismo, y aún lo experimentan a veces. ¿Qué se debe pensar en esto, sino que nuestra soberbia es convencida, o nuestra humildad es guardada, o la caridad fraterna es nutrida, o el deseo es excitado? Un mismo alimento es medicina para los enfermos, y dieta para los que se enferman: además, fortalece a los débiles, y deleita a los fuertes. Un mismo alimento sana la languidez, y preserva la salud; y nutre el cuerpo, y agrada al paladar.

7. Pero volvamos a las palabras de la esposa, y cuidemos de escuchar lo que dice, para que nos esforcemos también por saborear lo que saborea. La esposa, como dije, es la Iglesia. Ella es a quien más se le ha perdonado, y quien más ama. Lo que la rival le reprocha como insulto, ella misma lo vuelve a su favor. De ahí más dócil a la corrección, de ahí más paciente al trabajo; de ahí más ardiente al amor, de ahí más sagaz a la cautela; de ahí más humilde por la conciencia, de ahí más aceptable por la modestia; de ahí más dispuesta a obedecer, de ahí más devota y solícita en la acción de gracias. Finalmente, aquella, como se ha dicho, murmurando y recordando sus méritos, y trabajos, y el peso del día y el calor, la Iglesia recuerda el beneficio diciendo: "Tu nombre es como un ungüento derramado".

8. Este es ciertamente el testimonio de Israel para confesar el nombre del Señor; pero no de Israel según la carne, sino de aquel que es según el espíritu. Porque ¿cómo diría esto él? No porque no tenga aceite, sino porque no lo tiene derramado. Lo tiene, pero guardado; lo tiene en los códices, pero no en los corazones. Se queda afuera en la letra; toca con las manos un vaso lleno, pero cerrado, y no lo abre para ungirse. Dentro, dentro está la unción del espíritu; abre y úngente, y ya no serás casa provocadora. ¿Qué hace el aceite en los vasos, si no lo sientes también en los miembros? ¿De qué te sirve leer piadosamente el nombre del Salvador en los libros, si no tienes piedad en las costumbres? Es aceite; derrámalo, y sentirás su virtud, que es triple. Pero el judío desprecia estas cosas; ustedes, escuchen. Quiero decir por qué el

nombre del esposo se compara con el aceite, lo que aún no había dicho. Y se presentan tres causas de esto. Pero como se le llama con muchos nombres, porque no se encuentra ninguno con el que propiamente se le pueda llamar (pues es inefable); primero debemos invocar al Espíritu Santo, para que de muchos uno, el que quiere que se entienda en este lugar (pues no quiso designarlo por escrito), se digne abrirnos por sí mismo. Pero esto también en otra ocasión. Porque aunque ahora estuvieran todas las cosas a mano, y ni ustedes estuvieran cargados, ni yo fatigado, la hora sin embargo indica el fin. Retengan en lo que los he hecho atentos, para que no sea necesario repetir mañana. Esto es lo que urge, esto es lo que está en manos, enseñar ciertamente por qué el nombre del esposo se compara con el aceite; y lo que sobre los nombres. Y como no puedo decir nada por mí mismo, se ha ordenado la oración, para que el mismo esposo nos lo revele por su Espíritu, Jesucristo nuestro Señor, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XV. Cómo el nombre de Jesús es medicina saludable para los fieles cristianos en todas las adversidades.

1. Benigno es el Espíritu de sabiduría (Sab. I, 6), y no suele ser difícil para quienes lo invocan, quien a menudo, incluso antes de ser invocado, dice: "Aquí estoy" (Isaías LXV, 24). Escuchen ahora lo que, a través de mí, se digna indicarles sobre lo que ayer pospusimos para este mismo propósito, y reciban el fruto oportuno de sus oraciones. He aquí que muestro un nombre que con razón se compara con el aceite; y por qué razón, lo diré. Muchos son los nombres del Esposo que leen dispersos por toda la página divina, pero los abarcaré todos en dos. No encontrarán ninguno, creo yo, que no suene a gracia de piedad o a poder de majestad. Así lo dice el Espíritu también a través de su órgano más familiar: "Dos cosas he oído: que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia" (Salmo LXI, 12, 13). Así, según la majestad: "Santo y terrible es su nombre" (Salmo CX, 9); según la piedad: "No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en el que debamos ser salvos" (Hechos IV, 12). Pero será más claro con ejemplos. Este es, dice, el nombre con el que lo llamarán, el Señor, nuestra justicia (Jeremías XXIII, 6). Es un nombre de poder. También: "Y su nombre será llamado Emmanuel" (Isaías VII, 14); insinúa piedad. También él mismo sobre sí: "Vosotros me llamáis", dice, "Maestro y Señor" (Juan XIII, 13). El primero es de gracia, el segundo de majestad. No es menos piadoso enseñar al alma el conocimiento que proporcionar alimento al cuerpo. De nuevo el profeta: "Su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de paz" (Isaías IX, 6). El primero, tercero y cuarto suenan a majestad; los restantes, a piedad. ¿Cuál de estos, entonces, se derrama? De hecho, el nombre de majestad y poder, de alguna manera se transfiere al de piedad y gracia, y se derrama abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador. El nombre, por ejemplo, que es Dios, ¿no se disuelve y se agota en el que es Dios con nosotros (Mateo I, 23), es decir, en Emmanuel? Así Admirable, en el que es Consejero; así Dios y fuerte, en los que son Padre del siglo futuro y Príncipe de paz; y el Señor nuestra justicia, en misericordioso y misericordioso Señor (Salmo CX, 4). No digo nada nuevo: también en otro tiempo Abram se derramó en Abraham, y Sarai en Sara (Génesis XVII, 5, 15); y ya entonces recordamos el misterio celebrado y prefigurado de la efusión salvífica.

2. ¿Dónde está ahora aquello que entre los antiguos solía resonar tan terriblemente como frecuentemente: "Yo soy el Señor, yo soy el Señor"? (Éxodo XX, 2). Se me dicta una oración cuyo principio, con el dulce nombre paterno, ofrece confianza para obtener las peticiones siguientes. Los siervos son llamados amigos (Juan XV, 14, 15), y la resurrección no se anuncia solo a los discípulos, sino a los hermanos (Mateo XXVIII, 10). No me sorprende que cuando llegó la plenitud del tiempo, se hiciera la efusión del nombre; pues Dios cumplía lo

que había prometido a través de Joel, y derramaba de su Espíritu sobre toda carne (Joel II, 28); cuando leo que algo similar ocurrió entre los hebreos en otro tiempo. Creo que ya se adelantan y saben lo que quiero decir. ¿Cómo era, digo, lo que primero se respondió a Moisés cuando preguntó: "Yo soy el que soy"? y: "El que es, me ha enviado a vosotros" (Éxodo III, 14). No sé si incluso Moisés lo habría comprendido así, si no se hubiera derramado. Pero se derramó, y se comprendió; no solo se derramó, sino que también se difundió: pues ya estaba infundido. Ya los cielos lo tenían, ya era conocido por los ángeles. Sin embargo, fue enviado afuera; y lo que a los ángeles les era infundido de manera privada, se derramó también en los hombres, de modo que ya entonces con razón se clamaba desde la tierra: "Tu nombre es aceite derramado" (Cantar de los Cantares I, 2): si no hubiera obstaculizado la obstinada aversión del pueblo ingrato. Dice: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Éxodo III, 6, 15).

3. Corran, naciones; la salvación está a mano, el nombre ha sido derramado, y quienquiera que lo invoque, será salvo. Dios de los ángeles, también se nombra a sí mismo Dios de los hombres. Envió aceite a Jacob, y cayó en Israel. Digan a sus hermanos: "Denos de su aceite" (Mateo XXV, 8). Si no quieren, pidan al Señor del aceite que también les envíe a ustedes. Digan: "Quita nuestro oprobio" (Isaías IV, 1). No permitas, te ruego, que el malvado insulte a tu amada, a quien te ha placido llamar desde los confines de la tierra, tanto más dignamente cuanto menos digna. ¿Conviene, te suplico, que el siervo malvado excluya a los invitados del padre de familia benigno? "Yo soy", dices, "el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob". ¿Y no más? Derrama, derrama; abre tu mano aún, y llena a todo ser viviente de bendición. Que vengan del oriente y del occidente, y se sienten con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mateo VIII, 11). Que vengan, que vengan las tribus, las tribus del Señor; el testimonio de Israel para confesar el nombre del Señor (Salmo CXXI, 4). Que vengan y se sienten, banqueteen y se deleiten en alegría, y que una sola voz resuene en júbilo y confesión del banquete (Salmo XLI, 5); "Tu nombre es aceite derramado". Sé una cosa, si tenemos a Felipe y Andrés como porteros, no sufriremos rechazo alguno quienes pidamos aceite, quienes deseemos ver a Jesús. Sin dudarlo, Felipe dirá a Andrés; y Andrés y Felipe dirán a Jesús. ¿Y qué hará Jesús? De hecho, lo que Jesús. Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII, 22-25). Que muera, pues, el grano, y surja la cosecha de las naciones. Es necesario que Cristo padezca, y resucite de entre los muertos, y se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados, no solo en Judea, sino también en todas las naciones; para que de un solo nombre, que es Cristo, miles de miles de creyentes sean llamados cristianos, y digan: "Tu nombre es aceite derramado".

4. Reconozco el nombre que leí en Isaías: "A sus siervos los llamará con otro nombre, en el cual quien sea bendecido en la tierra, será bendecido en el Señor, amén" (Isaías LXV, 15, 16). ¡Oh nombre bendito! ¡Oh aceite derramado por doquier! ¿Hasta dónde? Desde el cielo a Judea, y de allí a toda la tierra se extiende; y desde todo el orbe clama la Iglesia: "Tu nombre es aceite derramado". Derramado claramente, que no solo ha llenado cielos y tierras, sino que también ha salpicado los infiernos, de modo que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese (Filipenses II, 10, 11), y diga: "Tu nombre es aceite derramado". He aquí Cristo, he aquí Jesús, ambos infundidos en los ángeles, ambos derramados en los hombres, y aquellos hombres que se habían corrompido como bestias en su estiércol, salvando a hombres y bestias, como multiplicó su misericordia Dios. ¡Cuán querido, cuán vil! Vil, pero saludable. Si no fuera vil, no se me derramaría; si no fuera saludable, no me ganaría. Soy partícipe del nombre, soy también de la herencia, soy cristiano; soy hermano de Cristo. Si soy lo que se me

llama, soy heredero de Dios, coheredero con Cristo (Romanos VIII, 17). ¿Y qué maravilla si el nombre del esposo se ha derramado, cuando él mismo también se ha derramado? Pues se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II, 7). Finalmente dice: "Como agua he sido derramado" (Salmo XXI, 15). Se ha derramado la plenitud de la Divinidad, habitando corporalmente sobre la tierra, para que de esa plenitud todos, que llevamos el cuerpo de la muerte, tomemos, y llenos del aroma vital digamos: "Tu nombre es aceite derramado". He aquí qué nombre se ha derramado, y cómo, y hasta dónde.

¿Por qué aceite? Pues esto aún no lo he dicho. En el sermón anterior comencé a decirlo; pero de repente intervino algo más que parecía digno de ser predicado. Aunque he interrumpido más de lo que creía: no creo que sea otra cosa, sino que la mujer fuerte, la Sabiduría, extendió la mano al cuello, y sus dedos tomaron el huso. Pues sabe cómo convertir un poco de lana o lino en un hilo largo, y extenderlo en la anchura de la tela, y así vestir a todos sus domésticos con dobles vestiduras (Proverbios XXXI, 19, 21). Sin duda hay una similitud entre el aceite y el nombre del esposo; y no en vano el Espíritu Santo comparó uno con otro. Yo digo, sin embargo, en una triple cualidad del aceite, que brilla, alimenta y unge, si ustedes no tienen algo mejor. Alimenta el fuego, nutre la carne, alivia el dolor; luz, alimento, medicina. Vean ahora lo mismo del nombre del esposo. Brilla cuando se predica, alimenta cuando se medita, alivia y unge cuando se invoca. Y recorramos cada uno.

6. ¿De dónde crees que en todo el mundo ha surgido tanta y tan repentina luz de fe, sino del predicado Jesús? ¿No es en la luz de este nombre que Dios nos ha llamado a su luz admirable, a quienes iluminados, y viendo en esta luz la luz, dice con razón Pablo: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor" (Efesios V, 8). Este nombre fue ordenado al mismo apóstol para llevarlo ante reyes, y naciones, y los hijos de Israel (Hechos IX, 15); y llevaba el nombre como luz, e iluminaba la patria, y clamaba en todas partes: "La noche ha pasado, el día se ha acercado. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz: andemos como de día, honestamente" (Romanos XIII, 12, 13). Y mostraba a todos la lámpara sobre el candelero, anunciando en todo lugar a Jesús, y a este crucificado. ¿Cómo brilló esta luz y deslumbró los ojos de todos los que miraban, cuando de la boca de Pedro, como un relámpago, saliendo, solidificó las plantas corporales de un cojo y sus bases, e iluminó espiritualmente a muchos ciegos? ¿No esparció fuego cuando dijo: "En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda"? (Hechos III, 6). No solo es luz el nombre de Jesús, sino que también es alimento. ¿No te fortaleces tantas veces como lo recuerdas? ¿Qué iguala el alimento del alma que no se infunde con este aceite? ¿Qué es tan insípido si no se condimenta con esta sal? Si escribes, no me sabe a nada si no leo allí a Jesús. Si discutes o conversas, no me sabe a nada si no suena allí Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón. Pero también es medicina. ¿Está alguno de ustedes triste? Que venga a su corazón Jesús, y de allí salte a su boca; y he aquí que al surgir el nombre, toda nube se disipa, regresa la serenidad. ¿Cae alguien en pecado, corre además al lazo de la muerte por desesperación? ¿No es cierto que si invoca el nombre de la vida, inmediatamente respirará hacia la vida? ¿A quién alguna vez se le ha resistido la dureza del corazón, como suele suceder, la pereza, el rencor del alma, la languidez de la acedia, al nombre salvador? ¿A quién, si el manantial de lágrimas se ha secado, al invocar a Jesús, no ha brotado de inmediato más abundante, ha fluido más dulce? ¿A quién, en peligros palpitante y tembloroso, el nombre invocado de la virtud no le ha proporcionado inmediatamente confianza, ha disipado el miedo? ¿A quién, pregunto, en dudas agitado y vacilante, no ha brillado de repente la certeza al invocar el claro nombre? ¿A quién en adversidades desconfiado, ya a punto de desfallecer, si ha sonado el nombre del auxilio, le ha faltado la fortaleza? Sin duda, estas son las enfermedades y languideces del alma, aquello es

la medicina. Finalmente, se puede probar: "Invócame", dice, "en el día de la tribulación; te libraré, y me honrarás" (Salmo XLIX, 15). Nada así contiene el ímpetu de la ira, calma la hinchazón de la soberbia, sana la herida de la envidia, restringe el flujo de la lujuria, extingue la llama de la libido, modera la sed de la avaricia, y ahuyenta la comezón de toda indecencia. Pues cuando nombro a Jesús, me propongo un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso y en todo aspecto honesto y santo, y al mismo tiempo Dios todopoderoso, que con su ejemplo me sana, y con su ayuda me fortalece. Todo esto me suena a la vez cuando suena Jesús. Tomo, pues, ejemplos del hombre, y ayuda del poderoso; aquellos como especies de perfumería, esto como lo que las humedece: y hago una confección, que ningún médico puede igualar.

7. Este electuario tienes, oh alma mía, guardado en el frasco de este nombre, que es Jesús, ciertamente salutífero, y que nunca se encuentra ineficaz para ninguna de tus plagas. Que siempre esté en tu seno, siempre en tu mano, para que todos tus sentidos y actos se dirijan a Jesús. Finalmente, se te invita: "Ponme", dice, "como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo" (Cantar de los Cantares VIII, 6). Pero esto en otro momento. Ahora bien, tienes de dónde sanar tanto el brazo como el corazón. Tienes, digo, en el nombre de Jesús, de dónde corregir tus actos, ya sean torcidos o menos perfectos; y también de dónde guardar tus sentidos para que no se corrompan; o, si se corrompen, sanarlos.

8. También tuvo Judea algunos Jesús, cuyos vacíos nombres se glorían. Pues aquellos ni iluminan, ni alimentan, ni sanan. Por eso la Sinagoga está en tinieblas hasta ahora, sufriendo hambre e infirmitud; y no será sanada ni saciada, hasta que sepa que mi Jesús domina en Jacob y en los confines de la tierra, y se convierta al atardecer, y sufra hambre como perros, y rodee la ciudad (Salmo LVIII, 14, 7). Y aquellos fueron enviados antes, como un bastón que precede al Profeta muerto, y no pudieron interpretar sus nombres; pues estaban vacíos. El bastón fue puesto sobre el muerto, y no había voz ni sentido, porque era un bastón. Descendió quien envió el bastón (IV Reyes IV, 29-35): y de inmediato salvó a su pueblo de sus pecados, probando ser lo que se decía: "¿Quién es este, que también perdona pecados?" (Lucas VII, 49). Sin duda, quien dice: "Yo soy la salvación del pueblo" (Salmo XXXIV, 3). Ya hay voz, ya hay sentido; y se muestra que no lleva un nombre vacío como los anteriores. Se siente la salvación infundida, y el beneficio no se calla. Dentro hay sentido, fuera hay voz. Me conmuevo, y confieso, y la confesión indica vida: "Porque del muerto, como quien no es, perece la confesión" (Eclesiástico XVII, 26). He aquí la vida, he aquí el sentido. Estoy resucitado perfectamente, la resurrección es completa. ¿Qué otra cosa es la muerte del cuerpo, sino cuando se priva del sentido y de la vida? El pecado, que es la muerte del alma, no me había dejado ni el sentido de la compunción, ni la voz de la confesión, y estaba muerto. Vino aquel que perdona los pecados, y restituyó ambos, y dice a mi alma: "Yo soy tu salvación". ¿Qué maravilla si cede la muerte, donde desciende la vida? Ya se cree con el corazón para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10). Ya bosteza el niño, y bosteza siete veces (IV Reyes IV, 35), y dice: "Siete veces al día te alabo" (Salmo CXVIII, 164), Señor. Vean este septenario. Es un número sagrado; no es vano. Pero mejor lo reservamos para otro sermón, al que acudamos hambrientos y no fastidiosos a tan buenos manjares, invitándonos el esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XVI. De la contrición del corazón, y de las tres especies de verdadera confesión.

1. ¿Qué significa, entonces, este septenario? No sé si hay alguien tan simple entre nosotros que piense que estas vueltas son ociosas, y que este número es fortuito. Tampoco creo que sea vano que el profeta, inclinándose sobre el muerto, se contrajera al tamaño del cuerpo

infantil, uniendo su boca a la de él, sus ojos a los ojos de él, y sus manos a las manos (IV Reyes XXXIV). El Espíritu Santo hizo que todo se hiciera y se escribiera así, sin duda para la instrucción de aquellos espíritus a quienes la infiel sociedad del cuerpo corrupto rodea, y la necia sabiduría del mundo enseña a desvariar. Pues el cuerpo que se corrompe, grava el alma; y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Por eso, que nadie se asombre ni lo tome a mal si en estas investigaciones, como en ciertas despensas del Espíritu Santo, soy curioso, sabiendo que así se vive, y en tales cosas está la vida de mi espíritu. Sin embargo, digo a aquellos que, adelantándose con ingenio, en todo discurso casi exigen el final antes de tener el principio, que soy deudor también a los más lentos, y principalmente; pero tampoco es mi afán tanto exponer palabras, como imbuir corazones. Y debo tanto extraer como ofrecer: lo cual no se hace rápidamente recorriendo, sino tratando diligentemente, y exhortando frecuentemente. Aunque también, más allá de mi esperanza, la discusión de los sacramentos nos ha retenido mucho tiempo. Pensé, confieso, que un solo sermón sería suficiente para esto, y que atravesaríamos rápidamente este bosque umbroso y oculto de alegorías, y llegaríamos a la llanura de los sentidos morales en el transcurso de un día, como si fuera uno solo: pero ocurrió de otra manera. Ya hemos gastado dos días en ello, y aún queda camino. La mirada de un golpe de vista volaba sobre las cimas de los árboles y las cumbres de las montañas; pero la vasta extensión de los valles y la densidad de los matorrales frustraban la vista. ¿Podría, por ejemplo, prever el milagro de Eliseo, porque al disertar sobre la vocación de las naciones y el rechazo de los judíos, de repente surgiera en medio? Y ahora que hemos caído en ello, no nos moleste detenernos un poco, para luego volver a lo que interrumpimos, si bien este también es alimento para las almas. También a los perros y cazadores a menudo les sucede dejar a la bestia que habían atacado, y seguir a otra que les ha salido al encuentro inesperadamente.

2. No me falta un pequeño apoyo de confianza, ya que aquel gran profeta, poderoso en obra y palabra, descendiendo del alto monte de los cielos, se dignó visitarme, siendo yo ceniza y polvo; compadecerse del muerto, inclinarse hacia el que yace, contraerse y equipararse al pequeño, compartir su luz con el ciego, y liberar con un beso la boca muda de su propio rostro, y fortalecer las manos débiles con su contacto. Suavemente medito estas cosas, y mis entrañas se llenan, y mi interior se sacia, y todos mis huesos brotan alabanza. Esto lo concedió una vez a la humanidad; esto sentimos que se realiza diariamente en cada uno de nosotros, y ciertamente se otorga al corazón la luz de la inteligencia, a la boca la palabra de edificación, y a las manos la obra de justicia. Da sentir fielmente, da expresar útilmente, da cumplir eficazmente. Y es un cordón triple, que difícilmente se rompe, para extraer las almas de la cárcel del diablo, y atraerlas tras de sí a los reinos celestiales, si sientes correctamente, si hablas dignamente, si confirmas viviendo. Tocó mis ojos con los suyos, adornando la frente del hombre interior con luces claras, fe e intelecto. Unió su boca a la mía, e imprimió el signo de la paz al muerto; porque cuando aún éramos pecadores, nos reconcilió con Dios, muertos a la justicia. Aplicó su boca a la mía, inspirando de nuevo en mi rostro el aliento de vida, pero más santo que el primero. Pues primero me creó en un alma viviente; en segundo lugar, me reformó en un espíritu vivificante. Puso sus manos sobre las mías, ofreciendo un ejemplo de buenas obras, una forma de obediencia. O ciertamente envió sus manos a lo fuerte, para enseñar mis manos a la batalla, y mis dedos a la guerra.

3. Y bostezó, dice, el niño siete veces (IV Reg. IV, 35). Bastaba para la gloria de manifestar el milagro haber bostezado una vez; pero la multiplicidad y el número significativo del misterio advierten. Si consideras aquel gran cuerpo exánime del género humano universal, ves a la Iglesia en todas partes, desde que recibió vida con la inclinación del profeta, como bostezando siete veces; porque acostumbra a decir alabanza siete veces al día. Si te observas

a ti mismo, te conoces viviendo en esta vida espiritual, y cumpliendo este número místico, si sometes el quíntuple de tu sensualidad al binario de la caridad, y presentas, según el Apóstol, tus miembros para servir a la justicia en santificación, que antes presentaste para servir a la iniquidad a la iniquidad (Rom. VI, 19); o ciertamente si impartes el mismo quíntuple a la salvación de los prójimos, para completar el séptuple añades estos dos, a saber, cantar misericordia y juicio a Dios.

4. Tengo también otros siete bostezos, siete experiencias, sin las cuales la verdadera y cierta salvación del espíritu revivido no se establece: cuatro pertenecen al sentido de la compunción, tres al sonido de la confesión. Si vives, si hay voz, si hay sentido, tú también reconoces lo mismo en ti. Además, sabes que has recuperado el sentido por completo, si sientes que tu conciencia es mordida por una compunción cuádruple; doble vergüenza, y doble miedo: pues la vida para completar el séptuple es atestiguada por una triple especie de confesión, de las cuales se verá después. ¿No observa también el santo Jeremías este número en su lamento? Y tú, por tanto, teniendo en tu lamentación por ti mismo la forma profética, piensa en Dios, tu creador, piensa también en el benefactor, piensa en el padre, piensa en el Señor. Eres culpable ante todos; llora por cada uno. Al primero y al último responde tu miedo, a los dos del medio la vergüenza. Ciertamente el padre no es temido, siendo padre. Porque es propio del padre siempre compadecerse y perdonar. Y si golpea, golpea con la vara, no con el bastón; y cuando ha golpeado, sana. Es voz paterna: Heriré y yo sanaré (Deut. XXXII, 39). No hay, por tanto, razón para temer al padre, quien aunque a veces golpea para corregir, nunca lo hace para vengarse. Pero al pensar que he ofendido al padre, ciertamente hay razón para avergonzarse, aunque no para temer. Voluntariamente me engendró con la palabra de verdad, no me expulsó con el estímulo de la concupiscencia carnal, como el padre de mi carne. Además, no escatimó a su Unigénito por este engendrado. Así, él ciertamente se mostró como padre para mí, pero yo no me mostré a él como hijo. ¿Con qué rostro levanto ahora mis ojos al rostro de un padre tan bueno, siendo yo un hijo tan malo? Me avergüenza haber actuado indignamente de mi linaje, me avergüenza haber vivido degenerado de un padre tan grande. Que fluyan ríos de agua, mis ojos; que la confusión cubra mi rostro, que la vergüenza inunde mi semblante, y que la oscuridad lo ocupe. Que mi vida se consuma en dolor, y mis años en gemidos. ¡Oh vergüenza! ¿qué fruto tuve en aquello de lo que ahora me avergüenzo? Si sembré en la carne, de la carne no cosecharé sino corrupción (Gál. VI, 8); si en el mundo, y él mismo pasa, y su concupiscencia (I Juan II, 17). ¿Qué? ¿preferí, infeliz e insensato, cosas caducas, vanas, y casi nulas, y cuyo fin es la muerte, al amor y honor del Padre eterno? Me confundo, me confundo al escuchar: Si yo soy padre, ¿dónde está mi honor? (Malach. I, 6.)

5. Pero incluso si no fuera Padre, me abrumaría con beneficios. Levanta contra mí testigos, para no mencionar otros innumerables, el sustento de este cuerpo, y el uso de este tiempo, y sobre todo la sangre del amado Hijo clamando desde la tierra. Me avergüenza la ingratitud, aunque para colmo de confusión, se me acuse también de haber devuelto mal por bien, y odio por amor. Ciertamente no debo temer al benefactor, como tampoco al padre. Verdaderamente es un benefactor verdadero, dando abundantemente, y sin reprochar (Jac. I, 5). No reprocha los dones, porque son dones; y me dio sus beneficios, no los vendió. Finalmente, sus dones son sin arrepentimiento. Pero cuanto más benignamente pienso de él, tanto más indignamente debo pensar de mí. Avergüénzate, y duele no obstante, alma mía; porque aunque no es propio de él repetir y reprochar, sin embargo, es totalmente impropio de nosotros haber sido ingratos y olvidadizos. ¡Ay! ¿qué le devolveré al Señor por todos los beneficios que me ha dado?

6. Pero si la vergüenza, quizás más lenta, cumple menos sus funciones, el miedo ciertamente se despierte en ayuda. Despiértese, para que despierte. Aparta por un momento las palabras

piadosas de benefactor y padre, y conviértete a las más austeras. Pues el que es llamado: Padre de misericordias, y Dios de toda consolación (II Cor. I, 3); es llamado también: Dios de las venganzas, Señor (Sal. XCIII, 1); es llamado; Dios juez justo y fuerte (Sal. VII, 12); es llamado: Terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. LXV, 5); es llamado: Dios celoso (Éxod. XX, 5). Que sea padre, que sea benefactor, es para ti; que sea Señor y creador, es para él; pues por sí mismo hizo todas las cosas, según la Escritura (Prov. XVI, 4). El que defiende y guarda lo que es tuyo para ti; ¿crees que no celará alguna vez por sí mismo? ¿crees que no requerirá el honor de su principado? Por esto irritó el impío a Dios, porque dijo en su corazón: No requerirá (Sal. IX, 13). ¿Y qué es decir en su corazón: No requerirá, sino no temer que requiera? Pero requerirá hasta el último cuadrante: requerirá y retribuirá abundantemente a los que actúan con soberbia (Sal. XXX, 24). Requerirá del redimido el servicio, el honor y la gloria de aquel a quien formó.

7. Supón que el padre disimula, que el benefactor perdona; pero no el Señor y Creador; y el que perdona al hijo, no perdonará al moldeado, no perdonará al siervo malo. Considera cuán temible y horroroso es haber despreciado a tu creador y al de todos, haber ofendido al Señor de la majestad. Es propio de la majestad ser temido, es propio del Señor ser temido, y especialmente de esta majestad, y de este Señor. Pues si está sancionado por las leyes humanas que el culpable de la majestad real, aunque humana, sea castigado con la muerte; ¿cuál será el fin de los que desprecian la omnipotencia divina? Toca los montes, y humean (Sal. CXLIII, 5); y ¿se atreve a irritar tan tremenda majestad un vil polvo, que con un solo soplo leve será dispersado, y de ninguna manera recogido? Él, él es de temer, quien después de haber matado el cuerpo, tiene poder para enviar al infierno (Luc. XII, 5). Temo el infierno, temo el rostro del juez, temido incluso por las potestades angélicas. Tiemblo ante la ira del poderoso, ante el rostro de su furor, ante el estruendo del mundo que se derrumba, ante la conflagración de los elementos, ante la tempestad violenta, ante la voz del arcángel, y ante la palabra áspera. Tiemble ante los dientes de la bestia infernal, ante el vientre del infierno, ante los rugientes preparados para la presa. Horroriza el gusano roedor, y el fuego abrasador, el humo, y el vapor, y el azufre, y el espíritu de las tormentas; horroriza las tinieblas exteriores. ¿Quién dará a mi cabeza agua, y a mis ojos una fuente de lágrimas (Jerem. IX, 1), para prevenir con llantos el llanto, y el crujir de dientes, y las duras cadenas de manos y pies, y el peso de las cadenas que oprimen, aprietan, queman, y no consumen? ¡Ay de mí, madre mía! ¿por qué me engendraste hijo de dolor, hijo de amargura, de indignación y de llanto eterno? ¿Por qué fui recibido en las rodillas, por qué fui amamantado en los pechos, nacido para la combustión, y alimento del fuego?

8. Quien así se afecta, sin duda ha recuperado el sentido, y en este doble miedo, y también en aquella doble vergüenza tiene cuatro bostezos. Añadirá los tres restantes de la voz de la confesión, y ya no se dirá de él que no hay voz ni sentido, si sin embargo de un corazón humilde, simple y fiel procede aquella confesión. Confiesa, pues, humildemente todo lo que remuerde la conciencia, puramente, fielmente; y has cumplido estas funciones. Hay quienes se glorían cuando han hecho mal, y se regocijan en cosas malas (Prov. II, 14); a quienes el profeta señala: Sus pecados, dice, los proclamaron como Sodoma (Isai. III, 9). Pero a estos los aparto de esta discusión, como seculares: pues ¿qué nos importa de los que están fuera?

9. Aunque también de aquellos que están vestidos religiosamente, y han profesado la religión, a veces hemos oído a algunos recordar y jactarse impudentemente de sus males pasados; que, por ejemplo, alguna vez llevaron a cabo con fuerza en un conflicto gladiatorio, o con agudeza en un conflicto literario, o alguna otra cosa favorable según la vanidad del mundo, pero nociva, perniciosa, dañina según la salvación del alma. Esto es aún indicio de un ánimo secular; y el humilde hábito que llevan tales personas, no es mérito de una santa novedad,

sino un encubrimiento de la antigua vetustez. Algunos recuerdan tales cosas, como si dolidos y arrepentidos; pero buscando gloria con intención, no diluyen sus faltas, sino que se engañan a sí mismos: pues Dios no se burla (Gál. VI, 7). No han despojado al hombre viejo, sino que lo cubren con el nuevo. No se revela ni se arroja el viejo fermento con esa confesión; sino que se establece, según aquello: Se envejecieron mis huesos, mientras clamaba todo el día (Sal. XXXI, 3). Me avergüenza recordar la tanta insolencia de algunos, que no les avergüenza jactarse con lamentable exultación, de que incluso después de haber tomado el santo hábito han engañado astutamente a alguien, y han defraudado en el negocio a un hermano; o que han devuelto audazmente talión por injuria o maldición, es decir, mal por mal; o maldición por maldición.

10. Pero hay una confesión tanto más peligrosamente nociva, cuanto más sutilmente vana, cuando no tememos descubrir incluso lo deshonesto y vergonzoso de nosotros, no porque seamos humildes, sino para que se nos considere así. Pero buscar alabanza por humildad, no es virtud de humildad, sino subversión. El verdadero humilde quiere ser considerado vil, no ser proclamado humilde. Se regocija en su desprecio, solo en esto ciertamente soberbio, que desprecia las alabanzas. ¿Qué hay más perverso, o más indigno, que la confesión, guardiana de la humildad, milite para la soberbia, y que quieras parecer mejor por aquello en lo que pareces peor? Admirable género de jactancia, que no puedas ser considerado santo, si no apareces como malvado. Pero tal confesión, teniendo apariencia de humildad, no virtud, no solo no merece perdón, sino que provoca ira. ¿Acaso le sirvió a Saúl, que confesó haber pecado ante la reprensión de Samuel? (I Reg. XV, 30.) Sin duda fue culpable aquella confesión, que no diluyó la culpa. Pues ¿cuándo despreciaría el maestro de la humildad una confesión humilde, a quien ciertamente es innato dar gracia a los humildes? No podía no ser aplacado, si la humildad que sonó en la boca, hubiera brillado en el corazón. He aquí por qué dije que la confesión debe ser humilde.

11. Pero también debe ser simple. No te deleites en excusar la intención (quizás porque está oculta a los hombres), si es culpable; ni aligerar la culpa, que es grave; ni encubrir con el consejo ajeno, cuando nadie te ha obligado contra tu voluntad. Lo primero no es confesión, sino defensa; no aplaca, sino provoca. Lo siguiente muestra ingratitud; y cuanto menor se considera la culpa, tanto se disminuye la gloria del indulgente. Pero ciertamente menos gustosamente se da un beneficio, que se siente menos agradecido o menos necesario. Por tanto, se niega a sí mismo el perdón, quien atenúa el don del dador: lo cual hace todo aquel que intenta aliviar con palabras su culpa. Ya del último, el ejemplo del primer hombre disuada, ni siquiera negando la culpa, pero no obteniendo el perdón, sin duda por la mezcla de la culpa de la mujer (Gen. III, 2). Es un tipo de excusa, cuando se te acusa, acusar a otro. Además, querer excusarte cuando te corrigen, cuán poco fructífero y pernicioso es, pregunta al santo David. Pues llama palabras de malicia, excusas en pecados, rogando y suplicando que su corazón no decline en ellas (Sal. CXL, 4). Con razón. Pues peca contra su alma quien se excusa, rechazando por tanto de sí la medicina de la indulgencia, y así cerrándose la vida con su propia boca. ¿Y qué mayor malicia, que armarse contra su propia salvación, y con el filo de su lengua apuñalarse a sí mismo? Finalmente, ¿quién es bueno para sí mismo si es malo? (Eccli. XIV, 5.)

12. Pero que la confesión sea también fiel, para que confieses con esperanza, sin dudar en absoluto de la indulgencia, no sea que con tu boca no te justifiques, sino que te condenes. Judas ciertamente, traidor del Señor, y Caín fratricida confesaron, y desconfiaron: uno: He pecado, dice, entregando sangre justa (Matth. XXVII, 4); el otro: Mi iniquidad es mayor de lo que merezco perdón (Gen. IV, 13); y aunque veraz, nada les sirvió la infiel confesión. Estas

tres observancias de la confesión, unidas a las cuatro superiores de la compunción, completan el séptuple.

13. Ahora bien, así compungido, y así confesado, y por tanto seguro de la vida propia, también estás seguro, sin embargo, de que no se llama a Jesús con un nombre vacío, aquel que quiso y pudo obrar tales cosas en ti, ni que el bastón que envió fue en vano. No vino en vano, porque no vino vacío. Pues ¿cómo vacío, en quien habitó la plenitud? Pues no se le dio el espíritu por medida. Finalmente, vino en la plenitud del tiempo (Gál. IV, 4), indicando por tanto que venía lleno. Bien lleno, a quien el Padre ungió con el óleo de la alegría sobre sus compañeros (Sal. XLIV, 8); ungió y envió lleno de gracia y verdad (Joan. I, 14). Ungió para ungir. Todos fueron ungidos por él, quienes merecieron recibir de su plenitud. Por eso dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió, me envió a anunciar a los mansos; para sanar a los quebrantados de corazón, para predicar a los cautivos la indulgencia, y a los cerrados la apertura, para predicar el año agradable al Señor (Isai. LXI, 1, 2). Venía, como oyes, a ungir nuestras contriciones, y a aliviar los dolores; por eso vino ungido, vino manso y humilde, y de mucha misericordia para todos los que lo invocan. Sabía que descendía a los enfermos, y se mostró como convenía. Y como eran muchas las enfermedades, también el médico previsor cuidó de traer muchos remedios. Trajo el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de ciencia y piedad, y el espíritu de temor del Señor.

14. Ves cuántas frascos llenos de fragancias preparó el médico celestial para sanar las heridas de aquel miserable que cayó en manos de ladrones. Son siete en número, quizás acomodadas para excitar los bostezos antes mencionados. Pues el espíritu de vida estaba en los frascos. De estos ciertamente vertió aceite en mis heridas; vertió también vino, pero menos que aceite. Así convenía a mis debilidades, que la misericordia se exaltara sobre el juicio, como el aceite se prefiere al vino vertido. Trajo por tanto cinco cántaros de aceite, de vino solo dos. Pues el vino fue solo temor y fortaleza; los otros cinco designan el aceite por su propia suavidad. En el espíritu de fortaleza, como un poderoso embriagado de vino (Sal. LXXVII, 65), descendió a los infiernos, rompió las puertas de bronce, y quebró los cerrojos de hierro; ató al fuerte, y arrebató los vasos de la cautividad. Descendió también en el espíritu de temor, pero temible, no temeroso.

15. ¡Oh Sabiduría! ¡con cuánta habilidad de curar restauras la salud de mi alma en vino y aceite, fuerte suavemente, y suavemente fuerte! fuerte por mí, y suave para mí. Finalmente, alcanzas de un extremo al otro con fortaleza, y dispones todas las cosas suavemente, alejando al enemigo, y cuidando al enfermo. Sáname, Señor, y seré sanado; cantaré y confesaré tu nombre, y diré: Tu nombre es aceite derramado (Cant. I, 2). No vino derramado (pues no quiero que entres en juicio con tu siervo), sino aceite, porque me coronas con misericordia y compasiones (Sal. CII, 4). Aceite ciertamente, que mientras flota sobre todos los líquidos con los que se mezcla, designa claramente aquel nombre, que está sobre todo nombre. ¡Oh nombre suavísimo y dulcísimo! ¡oh nombre clarísimo, elegido y excelso, y exaltado por los siglos! Este es verdaderamente el aceite que alegra el rostro del hombre, que unge la cabeza del que ayuna, para que no sienta el aceite del pecador. Este es el nombre nuevo, que la boca del Señor nombró (Isai. LXII, 2). Que también fue llamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre (Luc. II, 21). Este no solo el judío, sino cualquiera que lo invoque será salvo (Joel. II, 32); hasta tal punto se ha derramado por todas partes. Este el Padre lo dio al Hijo, esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XVII. Sobre la observancia del acceso y retiro del Espíritu Santo, y sobre la envidia del diablo hacia el género humano.

1. ¿Pensamos que hemos avanzado lo suficiente en el santuario de Dios al investigar el maravilloso sacramento, o nos atrevemos a seguir al espíritu hacia el interior para examinar si queda algo? Este espíritu, en efecto, no solo escudriña los corazones y los riñones de los hombres, sino también las profundidades de Dios: y ya sea hacia lo nuestro o hacia lo alto, lo sigo con seguridad a donde quiera que vaya. Solo que guarde nuestros corazones y nuestras inteligencias, no sea que cuando no esté presente, pensemos que está, y sigamos nuestro propio sentido desviándonos. Porque viene y va como quiere; y nadie sabe fácilmente de dónde viene o a dónde va (Juan 3, 8). Pero tal vez se puede ignorar esto sin daño para la salvación: sin embargo, ignorar cuándo viene o cuándo se va, es claramente peligrosísimo. Pues cuando estas dispensaciones del Espíritu Santo alrededor de nosotros no se observan con la máxima vigilancia, sucede que ni deseas al ausente, ni glorificas al presente. Porque se retira para ser buscado con más avidez; ¿cómo se busca si no se sabe que está ausente? Y nuevamente, regresa dignamente para consolar; ¿cómo se recibe dignamente según su majestad, si no se siente su presencia? Por lo tanto, la mente que ignora la ausencia está abierta a la seducción; y la que no observa el regreso, será ingrata a la visita.

2. Eliseo pidió algo a su maestro cuando percibió que su partida era inminente; y no lo obtuvo, como sabéis, sino bajo la condición de que viera cuando fuera arrebatado de él (2 Reyes 2, 9-10). Esto les sucedió a ellos en figura, pero está escrito para nosotros. Se nos enseña y advierte con el ejemplo profético a estar vigilantes y solícitos en la obra de nuestra salvación (que el Espíritu, con maravillosa sutileza y dulzura de su arte divino, realiza incesantemente en nuestro interior). Nunca, ciertamente, sin nuestra conciencia, la unción maestra, que enseña sobre todas las cosas, será arrebatada de nosotros, si no queremos ser defraudados de un doble don. Nunca, cuando venga, nos encuentre desprevenidos, sino siempre con los rostros levantados y los senos abiertos para la abundante bendición del Señor. ¿Cómo los busca? Similares a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas (Lucas 12, 36): quienes ciertamente nunca regresan con las manos vacías de las copiosas delicias de la mesa celestial. Por lo tanto, hay que vigilar, y vigilar en todo momento, porque no sabemos a qué hora vendrá el Espíritu, o cuándo se irá de nuevo. El Espíritu va y viene; y quien se mantiene en pie cuando él sostiene, necesariamente caerá cuando él se retire; pero no se golpeará, porque el Señor nuevamente pone su mano debajo. Y no cesa de alternar estas vicisitudes en aquellos que son espirituales, o a quienes más bien él mismo intenta hacer espirituales, visitando al amanecer y probando de repente. Finalmente, el justo cae siete veces y se levanta siete veces (Proverbios 24, 16): si bien cae durante el día, para que vea que cae, y sepa que ha caído, y desee levantarse, y busque la mano que ayuda, y diga: Señor, en tu voluntad has dado fuerza a mi belleza; apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado (Salmo 29, 8).

3. Una cosa es dudar de la verdad, lo cual es necesario sufrir cuando el Espíritu no sopla; y otra cosa es saber la falsedad, lo cual es fácil evitar si no ignoras tu propia ignorancia, para que también digas: Y si algo ignoré, mi ignorancia está conmigo (Job 19, 4). Es sentencia del santo Job; reconózcanla. De la pésima madre ignorancia, dos hijas igualmente pésimas son la falsedad y la duda: aquella más miserable, esta más lamentable; aquella más perniciosa, esta más molesta. Cuando el Espíritu habla, ambas ceden: y no solo hay verdad, sino también verdad cierta. Porque es el Espíritu de verdad, al cual la falsedad es contraria; y es también de sabiduría, que siendo el resplandor de la vida eterna, y alcanzando en todas partes por su pureza, no admite la oscuridad de lo ambiguo. Ciertamente, cuando este Espíritu no habla,

hay que evitar, si no la molesta duda, ciertamente la falsedad execrable. Porque una cosa es sentir bajo la incertidumbre, opinando esto o aquello, y otra cosa es afirmar temerariamente lo que no sabes. O bien, que el Espíritu hable siempre, lo cual ciertamente no está en nuestro poder; o cuando le place callar, que indique esto mismo, y hable al menos su silencio, para que no, creyendo falsamente que nos precede, sigamos nuestro error en su lugar con mala seguridad; y si nos suspende en la ambigüedad, no nos deje en la mentira. Hay quien profiere una mentira dudosa, y no miente; y hay quien afirma una verdad que no conoce, y miente. Pues aquel no dice que lo que no es, es; sino que dice que cree lo que cree, y dice la verdad, aunque no sea verdad lo que cree; y este, cuando dice que está seguro de lo que no está seguro, no dice la verdad, aunque sea verdad lo que afirma.

4. Habiendo dicho esto para la cautela de los inexpertos, seguiré ahora al Espíritu, como confío, precediéndome, con la misma cautela, si puedo, que he mencionado antes; e intentaré hacer yo mismo lo que enseño, para que no se me diga también a mí: Tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo? (Romanos 2, 21). Ciertamente, hay que distinguir entre lo manifiesto y lo dudoso, para no poner en duda aquello, ni afirmar temerariamente esto. Esto mismo debe esperarse del magisterio del Espíritu: pues nuestra industria no es en absoluto suficiente para ello. ¿Quién de los hombres sabe si lo que entre los hombres fue juzgado por la palabra superior de Dios (de la cual, si bien recuerdo, este es el cuarto) ya ha precedido en juicio en las alturas?

5. Lo que digo es esto. ¿Crees que aquel Lucifer, que brillaba en la mañana, pero se elevó precipitadamente, antes de convertirse en tinieblas, envidió también al género humano la infusión del aceite [o efusión], para que ya entonces murmurara indignado, diciendo dentro de sí de alguna manera: ¿Por qué esta pérdida? No afirmo que el Espíritu diga esto, pero tampoco digo que lo contradiga; pues no lo sé. Sin embargo, pudo haber sucedido, si no se considera increíble, que lleno de sabiduría y perfecto en belleza, pudo haber previsto a los hombres futuros, e incluso progresando en igual gloria. Pero si lo previó, sin duda lo vio en la palabra de Dios, y en su envidia lo envidió, y se esforzó por tenerlos sujetos, desdeñando ser socios. Son más débiles, dice, y de naturaleza inferior; no es apropiado que sean conciudadanos, ni iguales en gloria. ¿O tal vez esa ascensión presuntuosa, y la sesión que significa magisterio, revela esta impía maquinación suya: Subiré, dice, sobre el monte alto, y me sentaré en los lados del norte (Isaías 14, 13), para obtener así la semejanza del Altísimo, si, como él sentado sobre los querubines, gobierna toda la creación angélica; así también él sentado en lo alto, gobernara el género humano? ¡Lejos de ello! Meditó iniquidad en su lecho, que la iniquidad mienta para sí misma. No reconocemos otro juez que el autor. No el diablo, sino el Señor juzgará la tierra, y él mismo será nuestro Dios por los siglos de los siglos; él nos gobernará por siempre.

6. Por lo tanto, concibió dolor en el cielo, y en el paraíso dio a luz iniquidad, prole de malicia, madre de muerte y de penas; y la primera madre de todas, la soberbia. Pues aunque por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo (Sabiduría 2, 24), sin embargo, el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico 10, 15). Pero, ¿de qué le sirvió? No obstante, tú estás en nosotros, Señor, y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros; y dice el pueblo de adquisición, dice la Iglesia de los redimidos: Tu nombre es aceite derramado. Aunque yo sea expulsado, tú lo derramas después de mí, y en mí; porque cuando te enojes, recordarás la misericordia. Sin embargo, Satanás recibió un reino sobre todos los hijos de la soberbia, hecho príncipe de estas tinieblas, para que incluso la soberbia sirva al reino de la humildad, mientras en su único principado temporal, y tal, constituye a muchos humildes como reyes excelsos y eternos. Un juicio gozoso, para que aquel soberbio forjador de los humildes, sin saberlo, les fabrique coronas perpetuas, combatiendo a todos, y sucumbiendo a todos. Pues en

todas partes y siempre el Señor juzgará a los pueblos, y salvará a los hijos de los pobres, y humillará al calumniador. En todas partes, y siempre defenderá a los suyos, rechazará a los nocivos, y quitará la vara de los pecadores de sobre la suerte de los justos, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad (Salmo 124, 3); y finalmente será cuando rompa por completo el arco, y quiebre las armas, y queme los escudos con fuego. Tú, miserable, colocas tu sede en el norte, región nebulosa y fría; y he aquí que los pobres se levantan del polvo, y los indigentes del estiércol, para sentarse con los príncipes, y tener el trono de gloria, y te duela ver cumplido aquello: El pobre y el indigente alabarán tu nombre (Salmo 74, 21).

7. Gracias a ti, padre de los huérfanos y juez de las viudas, el monte coaguló sobre nosotros, monte pingüe, los cielos destilaron ante el rostro de Dios Sinaí, se derramó el aceite, se extendió el nombre, que el inicuo nos envidiaba; se extendió, digo, hasta los corazones y las bocas de los pequeños, y en la boca de los niños y lactantes se perfecciona la alabanza. Pero el pecador verá y se enojará; y será como ira implacable, así llama inextinguible, que ya está preparada para él y sus ángeles. El celo del Señor de los ejércitos hará esto. ¿Cómo me amas, Dios mío, mi amor? ¿Cómo me amas, recordándome en todas partes, celando en todas partes la salvación del necesitado y del pobre, no solo contra los hombres soberbios, sino también contra los ángeles sublimes? En el cielo y en la tierra juzgas, Señor, a los que me dañan, combates a los que me combaten; en todas partes ayudas, en todas partes asistes, en todas partes estás a mi derecha, Señor, para que no me conmueva. Esto cantaré al Señor en mi vida, salmodiaré a mi Dios mientras viva. Estas son sus virtudes, estas son sus maravillas que ha hecho. Este es el primer y mayor juicio, que me reveló aquella virgen consciente de los secretos: Derribó, dice, a los poderosos de sus tronos, y exaltó a los humildes. Llenó de bienes a los hambrientos, y despidió a los ricos con las manos vacías (Lucas 1, 52-53). El segundo es semejante a este, que ya habéis oído, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan 9, 39). En estos dos juicios se consuela el pobre, y dice: Recordé tus juicios desde la antigüedad, Señor, y me consolé (Salmo 118, 52).

8. Pero volvamos a nosotros mismos, y escudriñemos nuestros caminos; y para que podamos hacerlo en verdad, invoquemos al Espíritu de verdad, y llamémoslo de lo alto de donde nos había sacado, para que nos preceda incluso hacia nosotros, ya que sin él no podemos nada. No hay que temer que se digne condescender a nosotros, quien más bien, si intentamos algo sin él, se indigna. Porque no es él quien va y no regresa, sino que nos lleva y nos trae de claridad en claridad, como el Espíritu del Señor, a veces arrebatándonos hacia él en su luz, a veces adaptándose a nosotros, e iluminando nuestras tinieblas, para que ya sea por encima de nosotros, ya sea con nosotros, siempre caminemos en la luz, siempre como hijos de la luz. Hemos pasado las sombras de las alegorías; hemos llegado a investigar lo moral. Se ha edificado la fe, que se instruya la vida; se ha ejercitado el intelecto, que se dicte el acto. Pues el buen entendimiento es para todos los que lo practican (Salmo 110, 10), si sin embargo tanto el acto como la inteligencia se dirigen a la alabanza y gloria de nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XVIII. De las dos operaciones del Espíritu Santo, una llamada efusión, y otra infusión.

1. Tu nombre es aceite derramado (Cantar de los Cantares 1, 2). ¿Qué nos demuestra ciertamente el Espíritu Santo en nosotros con ocasión de este capítulo? En verdad, lo que se presenta por ahora es la experiencia de una cierta doble operación suya; una, por la cual primero nos solidifica interiormente con virtudes para la salvación; y otra, por la cual también nos adorna exteriormente con dones para el provecho. Aquellas las recibimos para nosotros, estos para los nuestros. Por ejemplo, la fe, la esperanza, la caridad nos son dadas para

nosotros mismos; sin estas, ciertamente no podemos ser salvos. Pero el don de la ciencia o de la sabiduría, la gracia de la curación, la profecía, y similares, de los cuales podemos carecer con integridad incluso de nuestra propia salvación, sin duda se nos otorgan para ser gastados en la salvación de los demás. Y estas operaciones del Espíritu Santo, que experimentamos ya sea en nosotros, ya sea en otros, para que reciban nombres según la cosa, llamémoslas, si os place, infusión y efusión. ¿A cuál de estas corresponde: Tu nombre es aceite derramado? ¿No a la efusión? Pues de la infusión habría dicho más bien infundido, que derramado. Finalmente, por el buen olor de los pechos perfumados exteriormente, dice la esposa: Tu nombre es aceite derramado; atribuyendo el mismo olor al nombre del esposo, como aceite derramado sobre los pechos. Y cualquiera que se sienta perfumado con el don de la gracia exterior, para que también él pueda retribuir a otros, también a este se le puede decir: Tu nombre es aceite derramado.

2. Pero ciertamente hay que tener cuidado en estas cosas, de no dar lo que hemos recibido para nosotros; o de retener lo que hemos recibido para ser distribuido. Retienes para ti la cosa del prójimo, si, por ejemplo, lleno de virtudes, y adornado además con dones de ciencia y elocuencia, por miedo o pereza, o por una humildad menos discreta, atas con un silencio inútil, e incluso condenable, la buena palabra que podría beneficiar a muchos; ciertamente maldito el que esconde el grano en el pueblo (Proverbios 11, 26). Nuevamente, desperdicias y pierdes lo que es tuyo, si antes de que te infundas por completo, apresuras a derramar semilleno, arando contra la ley en el primogénito del buey, y esquilando el primogénito de la oveja (Deuteronomio 15, 19). Sin duda, te privas de la vida y la salvación que das a otro, mientras vacío de sana intención, te inflas con el viento de la vana gloria, o te infectas con el veneno de la codicia terrenal, y hinchado por un absceso letal, pereces.

3. Por lo tanto, si eres sabio, te mostrarás como una concha, y no como un canal. Este, en efecto, casi al mismo tiempo recibe y devuelve; aquella, en cambio, espera hasta llenarse; y así lo que sobreabunda, lo comunica sin daño propio, sabiendo que es maldito quien hace su parte peor. Y para que no consideres despreciable mi consejo, escucha a alguien más sabio que yo: El necio, dice Salomón, profiere todo su espíritu de una vez, el sabio lo reserva para el futuro (Proverbios 29, 11). Pero hoy tenemos muchos canales en la Iglesia, y muy pocas conchas. Tan caritativos son aquellos por quienes nos llegan los manantiales celestiales, que prefieren derramar antes que ser infundidos, más dispuestos a hablar que a escuchar, y prestos a enseñar lo que no han aprendido, y deseosos de presidir sobre otros, quienes no saben gobernarse a sí mismos. Yo no considero que haya ningún grado de piedad para la salvación que deba anteponerse a aquel que el Sabio puso, diciendo: Ten misericordia de tu alma agradando a Dios (Eclesiástico 30, 24). ¿Y si no tengo sino un poco de aceite para ungirme, crees que debo dártelo a ti, y quedarme vacío? Lo guardo para mí, y en absoluto no lo saco sino por mandato del profeta. Si algunos de estos insisten rogando, quienes tal vez piensan de mí más de lo que ven en mí, o escuchan algo de mí, se les responderá: No sea que no nos baste a nosotros y a vosotros, id más bien a los que venden, y comprad para vosotros (Mateo 25, 9). Pero la caridad, dices, no busca lo suyo (1 Corintios 13, 5). ¿Y sabes por qué? No busca lo suyo, ciertamente porque no le falta. ¿Quién busca lo que tiene? La caridad que tiene lo suyo, es decir, lo necesario para su propia salvación, nunca carece de ello; no solo lo tiene, sino que también abunda. Quiere abundar para sí misma, para poder también para todos; guarda para sí lo que le basta, para no faltar a nadie. De lo contrario, si no está llena, no es perfecta.

4. Sin embargo, tú, hermano, cuya salvación personal aún no es firme, cuya caridad es aún inexistente o tan frágil y débil que cede a cualquier soplo, cree en cualquier espíritu, se deja

llevar por cualquier viento de doctrina; o cuya caridad es tan grande que, más allá del mandato, amas a tu prójimo más que a ti mismo: y, al mismo tiempo, tan pequeña que, en contra del mandato, se disuelve por el favor, se debilita por el miedo, se perturba por la tristeza, se contrae por la avaricia, se extiende por la ambición, se inquieta por las sospechas, se agita por las injurias, se desgarra por las preocupaciones, se hincha por los honores, se consume por la envidia: tú, digo, sintiéndote así en tus propios asuntos, ¿con qué locura, te pregunto, te preocupas o te conformas con los asuntos ajenos? Pero escucha lo que aconseja la caridad cauta y vigilante. No para que haya alivio para otros, dice, y tribulación para vosotros, sino por igualdad (II Cor. VIII, 13). No seas demasiado justo (Ecl. VII, 17). Basta con que ames a tu prójimo como a ti mismo; esto es, de hecho, por igualdad. Dice David: Como de sebo y de grosura se saciará mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca (Sal. LXII, 6): deseando primero ser llenado y así derramar; y no solo ser llenado primero, sino también ser colmado, para que de la plenitud rebose, no bostece de vacío. Con cautela: para que lo que es alivio para otros, no sea tribulación para sí mismo; y sin embargo, castamente, imitando a aquel de cuya plenitud todos hemos recibido. Aprende tú también a no derramar sino de lo lleno, ni quieras ser más generoso que Dios. La concha imita a la fuente. No mana en un arroyo, ni se extiende en un lago, hasta que se sacia con sus propias aguas. No le avergüence a la concha no ser más pródiga que su fuente. Finalmente, la misma fuente de vida, llena en sí misma y de sí misma, ¿no primero, brotando y saltando en los secretos cercanos de los cielos, llenó todo de bondad; y entonces, habiendo llenado las partes superiores y más secretas, irrumpió hacia la tierra, y de su superabundancia salvó a los hombres y a las bestias, como multiplicó su misericordia? Primero llenó lo interno; y así, desbordando en sus muchas misericordias, visitó la tierra, y la embriagó, multiplicó para enriquecerla. Haz tú lo mismo. Llénate primero, y así cuida de derramar. La caridad benigna y prudente acostumbra a afluir, no a desbordarse. Hijo mío, no te desbordes, dice Salomón; y el Apóstol: Por eso, dice, debemos prestar atención a lo que se dice; no sea que nos desbordemos (Hebr. II, 1). ¿Qué entonces? ¿Más santo que Pablo, más sabio que Salomón? De lo contrario, no me conviene enriquecerme de ti vaciado. Si eres malo para ti mismo, ¿para quién serás bueno? Desde la abundancia, si puedes, ayúdame; si no, cuídate.

5. Pero ahora escuchen, qué y cuán necesarias son las cosas para la propia salvación, qué y cuán necesarias son para ser infundidas, antes de que nos atrevamos a derramar, lo que sin embargo, por el momento, podré resumir brevemente. La hora ya ha avanzado mucho, y el discurso urge a su fin. Se acerca el médico al herido, el espíritu al alma. ¿A cuál no encuentra herida por la espada del diablo, incluso después de que la herida del antiguo delito ha sido sanada por el medicamento del bautismo? Por lo tanto, al alma que dice: Se pudrieron y corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6); cuando se acerca el espíritu, ¿qué es lo primero que se necesita? Que el tumor o la úlcera, que tal vez ha crecido sobre la herida y puede impedir la sanidad, sea ante todo amputado. Córtese, pues, con el hierro de la aguda compunción la úlcera de la costumbre inveterada. Pero es un dolor amargo; suavícese, por tanto, con el ungüento de la devoción, que no es otra cosa que la exultación concebida por la esperanza del perdón. Esta facultad de contenerse la produce, y la victoria sobre el pecado. Ya da gracias, y dice: Rompiste mis cadenas, te ofreceré sacrificio de alabanza (Sal. CXV, 16, 17). Luego se aplica el medicamento de la penitencia, el bálsamo de los ayunos, vigilias, oraciones, y si hay otros ejercicios de penitentes. En el trabajo debe ser alimentado con el alimento de la buena obra, para que no desfallezca. Qué obra sea el alimento, de ahí se te enseña: Mi alimento es, dice, hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV, 34). Así que acompañen los trabajos de la penitencia las obras de piedad que fortalezcan. La limosna, dice, proporciona gran confianza ante el Altísimo (Tob. IV, 12). El alimento excita la sed; debe ser saciado. Acompañe al alimento de la buena obra la bebida de la oración,

componiendo en el estómago de la conciencia lo que se ha hecho bien, y encomendándolo a Dios. Orando se bebe el vino que alegra el corazón del hombre, el vino del espíritu, que embriaga, e infunde el olvido de los placeres carnales. Humedece las entrañas de la conciencia seca, digiere los alimentos de las buenas acciones, y los conduce a través de ciertos miembros del alma, fortaleciendo la fe, confortando la esperanza, vigorizando y ordenando la caridad, y enriqueciendo las costumbres.

6. Tomado el alimento y la bebida, ¿qué queda ya, sino que el enfermo descanse, y se incline al reposo de la contemplación después de los sudores de la acción? Durmiendo en la contemplación sueña con Dios; pues por espejo y en enigma, no obstante, no cara a cara por ahora lo contempla. Sin embargo, así, no tanto visto, como conjeturado, y eso rápidamente y como bajo cierto destello de una chispa pasajera, apenas tocado, arde en amor, y dice: Mi alma te ha deseado en la noche, pero también mi espíritu dentro de mí (Isaías XXVI, 9). Tal amor es celoso; este conviene al amigo del esposo, es necesario que arda el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia. Este llena, este hierve, este brota, este ya seguro derrama, desbordando y erupcionando, y diciendo: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29.) Predique, fructifique, renueve señales, y cambie maravillas: no hay lugar para que se mezcle la vanidad, donde todo lo ocupa la caridad. Pues la plenitud de la ley y del corazón es la caridad (Rom. XIII, 10), si es que está llena. Finalmente, Dios es caridad (I Juan IV, 16), y no hay nada en las cosas que pueda llenar a la criatura hecha a imagen de Dios, sino la caridad de Dios, que solo es mayor que ella. Aún no alcanzada, se promueve peligrosamente, por muchas otras virtudes que parezca poseer. Si tuviera toda la ciencia, si diera toda su sustancia a los pobres, si entregara su cuerpo para ser quemado; sin caridad está vacío. He aquí cuántas cosas deben ser infundidas primero, para que nos atrevamos a derramar, dando de la plenitud, no de la escasez: primero, la compunción; luego, la devoción; tercero, el trabajo de la penitencia; cuarto, la obra de piedad; quinto, el estudio de la oración; sexto, el ocio de la contemplación; séptimo, la plenitud del amor. Todo esto lo obra un mismo Espíritu según la operación, que se llama infusión; para que lo que se ha llamado efusión, se administre ya pura, y por ello segura, para alabanza y gloria de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON XIX Sobre la naturaleza, modo y propiedades del amor angélico hacia Dios, discurre según los distintos órdenes de los ángeles.

1. Aún la esposa habla amorosamente, aún prosigue más allá en las alabanzas del esposo; y provoca la gracia, mientras muestra que la que ya había recibido, no fue en vano en ella. Escucha, pues, lo que añade a continuación: Por eso, dice, las doncellas te amaron mucho (Cant. I, 2). Como diciendo: No en vano ni inútilmente fue derramado tu nombre, oh esposo, y vertido en mis pechos; porque por eso las doncellas te amaron mucho. ¿Por qué? Por el nombre derramado, y por los pechos perfumados por él. De ahí se excitaron al amor del esposo, de ahí tomaron para amar. La esposa recibiendo el don infundido, ellas pronto sintieron la fragancia, que no podían estar lejos de la madre; y llenas de esa suavidad dicen: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por lo tanto, la esposa, alabando la devoción de ellas, dice: Este, oh esposo, es el fruto de tu nombre derramado, por lo cual las doncellas te amaron. Pues sienten que ha sido derramado, lo que no podían captar íntegro; por eso te amaron. La efusión hace el nombre capaz, el captado amable, pero solo para las doncellas. Los que son más capaces se alegran con lo íntegro, no necesitan de lo derramado.

2. La criatura angélica, con la mirada de la mente sin reflejo, contempla el abismo de los juicios divinos, de cuya suma equidad, con inefable deleite, se regocija además de que se lleven a cabo por su ministerio, y se hagan manifiestos; y por eso ama con razón al Señor Cristo. ¿No son todos, dice, espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación? (Hebr. I, 14.) Por otra parte, a los arcángeles (para concederles algo diferente de aquellos que son simplemente ángeles) les deleita maravillosamente que también ellos sean admitidos más familiarmente a los consejos de la eterna Sabiduría, y que los mismos sean dispensados por ellos en los lugares y tiempos con suma moderación. Y esta es la causa por la que también ellos aman al Señor Cristo. Aquellas bienaventuranzas, que tal vez se llamaron virtudes por el hecho de que fueron ordenadas divinamente para investigar y admirar las causas ocultas y perpetuas de las virtudes y prodigios, exhiben poderosamente señales, cuando y donde quieren, de todos los elementos de la tierra: y ellas también, por eso, no sin razón, arden en amor al Señor de las virtudes, y a Cristo, la virtud de Dios. Pues está lleno de suavidad y gracia, contemplar en la misma sabiduría las cosas inciertas y ocultas de la sabiduría: lleno, no obstante, de honor y gloria, dirigir al mundo las eficiencias de las causas ocultas en el Verbo de Dios, para que sean vistas y admiradas en la mano de ellos.

3. Pero también aquellos espíritus, que se llaman potestades, mientras se deleitan en contemplar y magnificar la omnipotencia divina de nuestro Crucificado, que toca fuertemente en todas partes, reciben poder para expulsar, derrotar y combatir las potestades contrarias de demonios y hombres, por aquellos que heredan la salvación. ¿Y no tienen ellos también una causa justísima para amar al Señor Jesús? Hay también sobre estos los principados, que contemplando más alto, y viendo claramente que es el principio del universo, y el primogénito de toda criatura, por lo tanto, se les concede tal dignidad de principado, que tienen poder en todas partes de la tierra, como desde un cierto cardenal supremo de las cosas, para cambiar y ordenar reinos, principados, y cualquier dignidad a su arbitrio; para hacer primeros a los últimos, y últimos a los primeros; para deponer a los poderosos de su trono, y exaltar a los humildes. Y esta es también la razón de su amor. Pero también aman las dominaciones. ¿Por qué? Se lanzan con una cierta presunción laudable a investigar algo más sutil y sublime sobre el dominio interminable e irrefragable de Cristo: que, aunque es poderoso y presente en todas partes del universo, obliga con el curso más recto de los tiempos, los movimientos de los cuerpos, los impulsos de las mentes, a obedecer su voluntad rectísima; y eso con una vigilancia tan atenta, que no se le permite en absoluto sustraer el servicio debido a ninguno de estos, ni siquiera por un punto o una jota; sin embargo, con una obra tan fácil, que el gobernador no siente ninguna turbación o ansiedad. Contemplando, pues, al Señor de los ejércitos juzgando todas las cosas con tanta tranquilidad, arrebatados por el asombro inmenso, pero sensato, de la contemplación más intensa y dulce, se retiran a un cierto retiro más secreto de maravillosa tranquilidad, donde disfrutan de tanta paz y seguridad, que, mientras descansan, por la reverencia de la prerrogativa, parece que el resto de la multitud les sirve y milita como verdaderas dominaciones.

4. En los tronos se sienta Dios. Y creo que para estos espíritus, sobre todos los que han sido mencionados, hay una causa más justa y una materia más copiosa para amar. Pues si entras en el palacio de cualquier rey humano, ¿no es cierto que cuando se ve lleno de sillas, bancos y tronos, el trono real se ve colocado en un lugar eminente? Y no es necesario buscar dónde suele sentarse el rey: ciertamente, su trono manifiesto se presenta de inmediato, más alto y más adornado que los demás asientos. Así también entiende que estos espíritus, en los que la divina majestad ha elegido residir con un don especial de dignación asombrosa, sobresalen en todo ornato de decoro sobre todos los demás. Porque si la sesión significa magisterio; creo

que aquella, que es nuestro único maestro en el cielo y en la tierra, la Sabiduría de Dios, Cristo, aunque toca en todas partes por su pureza, ilumina de manera especial y principal a estos, como su propio trono, y desde allí, como desde un solemne auditorio, enseña al ángel, enseña al hombre ciencia. Desde allí los ángeles reciben el conocimiento de los juicios divinos, desde allí los arcángeles los consejos; allí las virtudes escuchan cuándo, dónde y qué señales deben mostrar. Allí, finalmente, todos, ya sean potestades, principados o dominaciones, aprenden ciertamente qué deben hacer por oficio, qué deben presumir por dignidad, y, lo que se ha advertido especialmente a todos, no abusar del poder recibido para su propia voluntad o gloria.

5. Sin embargo, aquellas huestes celestiales, que se llaman querubines, si se les conserva la interpretación de su nombre, creo que no tienen nada que recibir de ellos o por ellos: ya que se les permite beber plenamente de la misma fuente, siendo introducidos dignamente por el mismo Señor Jesús en toda la plenitud de la verdad, revelando abundantemente los tesoros de sabiduría y ciencia, que todos están escondidos en él. Pero tampoco aquellas que se llaman serafines, ya que la misma caridad Dios las ha atraído y absorbido tanto en sí, y las ha arrebatado al mismo ardor de santa afección, que parecen ser un solo espíritu con Dios; a semejanza ciertamente del fuego, que cuando inflama el aire, mientras le imprime todo su calor y le da su color, se ve que no lo ha hecho encendido, sino fuego. Aman, pues, principalmente contemplar en Dios aquellos espíritus la ciencia cuya cantidad no tiene número; estos, sin embargo, la caridad, que de ninguna manera falla. De donde también recibieron estos nombres de aquello en lo que parecen sobresalir: pues querubines significa plenitud de ciencia; serafines, sin embargo, significa encendidos o incendiados.

6. Por lo tanto, Dios es amado por los ángeles por la suma equidad de sus juicios; por los arcángeles, por la suma moderación de sus consejos; por las virtudes, por la benignísima exhibición de milagros, por los cuales dignamente atrae a los incrédulos a la fe; por las potestades, por aquella fuerza de la más justísima potencia, con la que suele repeler y alejar la crueldad de los malignos de los piadosos; por los principados, por aquella eterna y original virtud, con la que da ser y principio de ser a toda criatura superior e inferior, espiritual y corporal, alcanzando desde el fin hasta el fin con fortaleza; por las dominaciones, por la voluntad placidísima, con la que, aunque domina en todas partes con la fortaleza de su brazo, dispone todas las cosas suavemente con una potencia más poderosa por su innata mansedumbre y tranquilidad imperturbable. Es amado también por los tronos por la benevolencia de la maestra sabiduría que se comunica sin envidia, y la unción que enseña gratuitamente sobre todas las cosas. Sin embargo, por los querubines es amado porque Dios es el Señor de las ciencias; y sabiendo lo que cada uno necesita para la salvación, distribuye discretamente y providencialmente sus dones a los que los piden dignamente, según sabe que conviene; por los serafines también, porque es caridad, y no odia nada de lo que ha hecho, y quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad.

7. Así pues, todos, según su capacidad, aman. Pero las jóvenes, al ser menos sabias, también comprenden menos y no están del todo preparadas para cosas tan sublimes: son pequeñas en Cristo, necesitan ser alimentadas con leche y aceite. Por lo tanto, deben tomar de los pechos de la esposa lo necesario para amar. La esposa tiene aceite derramado, cuyo aroma las jóvenes perciben, gustando y sintiendo cuán dulce es el Señor. Y cuando, ardiendo de amor, lo perciben, volviéndose hacia el esposo, dicen: "¿Tu nombre es aceite derramado, por eso las jóvenes te han amado tanto?" ¿Qué significa "tanto"? Mucho, intensamente, ardientemente. O ciertamente, el discurso espiritual os toca más indirectamente a vosotros, que habéis llegado recientemente, reprendiendo vuestra vehemencia menos discreta, incluso intemperancia

obstinada en exceso, que hemos intentado reprimir frecuentemente. No queréis contentaros con la vida común. No os basta el ayuno regular, ni las vigilias solemnes, ni la disciplina impuesta, ni la medida que os damos en vestimentas y alimentos; preferís lo privado a lo común. Vosotros, que una vez nos confiasteis vuestro cuidado, ¿por qué os entrometéis de nuevo en vuestros asuntos? Pues esa voluntad propia vuestra, con la que tantas veces ofendisteis a Dios, siendo testigos vuestras conciencias, ahora de nuevo la tenéis como maestra, no a mí. Ella os enseña a no perdonar a la naturaleza, a no someteros a la razón, a no obedecer el consejo o el ejemplo de los mayores, a no obedecernos. ¿Acaso ignoráis que es mejor obedecer que sacrificar? (I Sam. XV, 22). ¿No habéis leído en vuestra Regla que todo lo que se hace sin la voluntad o el consentimiento del padre espiritual se considerará vanagloria, no mérito? (Regla de San Benito, cap. 49). ¿No habéis leído en el Evangelio qué forma de obediencia enseñó el niño Jesús a los niños santos? Pues, cuando se quedó en Jerusalén y dijo que debía estar en las cosas de su Padre, aunque sus padres no lo comprendieron, no despreció seguirlos a Nazaret, siendo Maestro de discípulos, Dios de hombres, Verbo y Sabiduría de un carpintero y una mujer. ¿Qué más? La historia sagrada añade: "Y estaba sujeto a ellos" (Luc. II, 43-51). ¿Hasta cuándo seréis sabios a vuestros propios ojos? Dios se somete y se sujeta a los mortales; ¿y vosotros aún camináis en vuestros propios caminos? Habéis recibido un buen espíritu; pero no lo usáis bien. Temo que recibáis otro en lugar de este, que bajo la apariencia de bien os engañe: y que, habiendo comenzado en el espíritu, terminéis en la carne. ¿No sabéis que el ángel de Satanás muchas veces se transforma en ángel de luz? (II Cor. XI, 14). Dios es sabiduría, y quiere ser amado no solo dulcemente, sino también sabiamente. Por eso el Apóstol dice: "Vuestro culto racional" (Rom. XII, 1). De lo contrario, tu celo fácilmente será burlado por el espíritu de error, si descuidas el conocimiento; y el astuto enemigo no tiene un ardid más eficaz para eliminar el amor del corazón, que si logra que se camine en él sin cautela y sin razón. Por lo tanto, pienso en enseñaros algunos modos que vale la pena observar para quienes aman a Dios. Pero como este discurso necesita un final, mañana intentaré explicarlos, si Dios me concede vida y el tiempo libre que ahora tenemos para discutir. Entonces, con los sentidos recreados por el descanso nocturno y, lo que es más importante, con la oración previa, nos reuniremos con más ánimo, como es justo, para el discurso sobre el amor, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON XX. Sobre el triple modo de amor con el que amamos a Dios.

1. Para comenzar el discurso con las palabras del Maestro: "El que no ama al Señor Jesús, sea anatema" (I Cor. XVI, 22). Debo amarlo mucho, por quien soy, vivo y entiendo. Si soy ingrato, soy indigno. Es digno de muerte quien, Señor Jesús, se niega a vivir para ti, y está muerto; y quien no te entiende, es insensato; y quien se preocupa por ser sino por ti, es nada y no es nada. En definitiva, ¿qué es el hombre, sino porque tú te le has dado a conocer? (Sal. CXLIII, 3). Por ti mismo, Dios, hiciste todas las cosas; y quien quiere ser para sí y no para ti, comienza a no ser nada entre todas las cosas: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos; esto es, dice, todo el hombre" (Ecl. XII, 13). Por lo tanto, si esto es todo el hombre, sin esto nada es todo el hombre. Inclina hacia ti, Dios, ese poco que te dignaste hacerme ser; y de mi miserable vida recibe, te ruego, el resto de mis años; por aquellos que perdí viviendo, porque viví perdidamente, un corazón contrito y humillado, Dios, no despreciarás. Mis días han declinado como sombra, y han pasado sin fruto. Es imposible que los recupere; permíteme que los recuerde ante ti en la amargura de mi alma. Ya sobre la sabiduría, ante ti está todo mi deseo y el propósito de mi corazón; si hubiera alguna en mí, la guardaría para ti. Pero, Dios, tú conoces mi insensatez; salvo que tal vez esto mismo sea sabiduría, que yo también la

reconozca, y ciertamente por tu don. Auméntalo en mí, no ingrato por el pequeño don; pero preocupado por lo que falta. Por estas razones, así te amo, cuanto puedo.

2. Pero hay algo que me mueve más, me urge más, me enciende más. Sobre todo, digo, te hace amable para mí, buen Jesús, el cáliz que bebiste, la obra de nuestra redención. Esto ciertamente reclama todo nuestro amor para sí. Esto, digo, es lo que atrae más dulcemente nuestra devoción, lo exige más justamente, lo estrecha más firmemente, y lo afecta más vehementemente. Mucho trabajó en ello el Salvador, y en toda la obra del mundo no asumió tanto cansancio el autor. En efecto, dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Sal. XXXII, 9). Pero aquí soportó contradictores en sus palabras, observadores en sus hechos, burladores en sus tormentos, y reprochadores en su muerte. He aquí cómo amó. Añade que no devolvió este amor, sino que lo añadió. Pues, ¿quién le dio primero, para que se le retribuya? (Rom. XI, 35). Pero como dice el santo evangelista Juan: "No porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque él nos amó primero" (I Juan IV, 10). En definitiva, amó incluso a los que no existían; pero añade amar también a los que resistían, según el testimonio de Pablo que dice: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la sangre de su Hijo" (Rom. V, 10). De lo contrario, si no hubiera amado a los enemigos, aún no tendría amigos, como tampoco habría quienes así amara, si no hubiera amado a quienes aún no existían.

3. Amó, sin embargo, dulcemente, sabiamente, fuertemente. Dulce, diría, porque se encarnó; cauteloso, porque evitó la culpa; fuerte, porque soportó la muerte. Pues a quienes visitó en la carne, no los amó carnalmente, sino en la prudencia del espíritu. En efecto, el Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor (Lam. IV, 20), emulándonos con el celo de Dios, no del hombre, y ciertamente más sano que el primer Adán a su Eva. Así, a quienes buscó en la carne, los amó en el espíritu, los redimió en virtud. Pleno de toda dulzura es ver al hombre, Creador del hombre. Pero al elegir prudentemente la naturaleza sin culpa, también poderosamente apartó la muerte de la naturaleza. En la asunción de la carne condescendió conmigo, en la evitación de la culpa se aconsejó a sí mismo, en la aceptación de la muerte satisfizo al Padre; amigo dulce, consejero prudente, ayudador fuerte. A este me confío seguro, que quiere salvarme, sabe, puede. A quien buscó, a este llamó por su gracia; ¿acaso al que viene lo echará fuera? Pero no temo en absoluto violencia ni engaño alguno, que pueda arrebatarme de su mano; quien venció a la muerte que todo lo vence, y al seductor de la humanidad, la serpiente, lo engañó con un arte más santo; más prudente que este, más poderoso que aquella. Asume la verdad de la carne, pero la semejanza del pecado; mostrando en ella una dulce consolación al débil, y en esta ocultando prudentemente el lazo del engaño al diablo. Además, para reconciliarnos con el Padre, soporta y somete la muerte con fortaleza, derramando el precio de nuestra redención, su sangre. Por lo tanto, si no hubiera amado dulcemente, esa majestad no me habría buscado en la cárcel; pero unió a la afección la sabiduría, con la que engañó al tirano; unió también la paciencia, con la que aplacó al Dios Padre ofendido. Estos son los modos que os prometí; pero los he presentado en Cristo, para que los tengáis más recomendables.

4. Aprende, oh cristiano, de Cristo, cómo amar a Cristo. Aprende a amar dulcemente, a amar prudentemente, a amar fuertemente. Dulcemente, para no ser seducido; prudentemente, para no ser engañado; fuertemente, para no ser apartado del amor del Señor por las adversidades. Que no te aparten la gloria del mundo ni los placeres de la carne, que te sea dulce sobre estas cosas la sabiduría de Cristo; que no te engañe el espíritu de mentira y error, que te ilumine la verdad de Cristo; que no te fatiguen las adversidades, que te fortalezca la virtud de Dios, Cristo. Que tu celo sea inflamado por la caridad, informado por el conocimiento, fortalecido por la constancia. Que sea ferviente, circunspecto, invicto. Que no tenga tibieza, que no

carezca de discreción, que no sea temeroso. Y mira si acaso estos tres también te han sido dados en la ley, cuando Dios dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza" (Deut. VI, 5). Me parece (si no se presenta otro sentido más adecuado en esta triple distinción) que el amor del corazón se refiere a un cierto celo de afecto; el amor del alma a la industria o juicio de la razón; y el amor de la fuerza a la constancia o vigor del ánimo. Ama, pues, al Señor tu Dios con todo el afecto pleno del corazón; ámalo con toda la vigilancia y circunspección de la razón; ámalo también con toda la fuerza, para que no temas morir por su amor, como está escrito en lo que sigue: "Porque fuerte es el amor como la muerte, dura como el infierno la emulación" (Cant. VIII, 6). Que el Señor Jesús sea dulce y amable para tu afecto, contra las ciertamente mal dulces seducciones de la vida carnal; y que la dulzura venza a la dulzura, como el clavo expulsa al clavo. Pero que sea no obstante luz previa al entendimiento y guía a la razón, no solo para evitar las trampas del engaño herético y guardar la pureza de la fe de sus astucias, sino también para que seas cauteloso de evitar la vehemencia excesiva e indiscreta en tu conversación [o conversión]. Que tu amor sea también fuerte y constante, ni cediendo a los terrores, ni sucumbiendo a los trabajos. Por lo tanto, amemos afectuosamente, circunspectamente y con fuerza, sabiendo que el amor del corazón, que llamamos afectuoso, sin el que se llama del alma, es dulce, pero seducible; este sin el que es de la fuerza, es razonable, pero frágil.

5. Y observa que el amor del corazón es de algún modo carnal, porque afecta más al corazón humano hacia la carne de Cristo y lo que en la carne Cristo hizo o mandó. Lleno de este amor, fácilmente se conmueve ante cualquier discurso sobre estas cosas. No escucha nada más gustosamente, no lee nada más diligentemente, no recuerda nada más frecuentemente, no medita nada más suavemente. De ahí que ofrezca holocaustos de oraciones, como de la grasa de un becerro cebado. Ante el que ora, está la sagrada imagen del Hombre de Dios, ya sea naciendo, lactando, enseñando, muriendo, resucitando o ascendiendo; y cualquier cosa semejante que ocurra, debe necesariamente oprimir el ánimo hacia el amor de las virtudes o expulsar los vicios de la carne, huir de las seducciones, calmar los deseos. Creo que esta fue la principal causa para el Dios invisible, que quiso ser visto en la carne, y como hombre convivir con los hombres, para que, en efecto, las afecciones carnales, que no podían ser amadas sino carnalmente, primero las atrajera hacia el amor saludable de su carne, y así gradualmente las condujera al amor espiritual. ¿No estaban aún en este grado quienes decían: "He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido"? (Mat. XIX, 27). Solo por el amor de la presencia corporal habían dejado todo, tanto que no podían soportar ni siquiera escuchar el discurso sobre la futura pasión y muerte salvadora, pero tampoco mirar con tristeza la gloria del que ascendía [o recibirla]. Esto es lo que les decía: "Porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón" (Juan XVI, 6). Así, por la sola gracia de su carne presente, los había suspendido del amor de toda carne.

6. Pero después les mostraba un grado más alto de amor, cuando decía: "El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada" (Juan VI, 64). Creo que ya había ascendido a este quien decía: "Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos" (II Cor. V, 16). Quizás el profeta también estaba en este mismo estado cuando decía: "El Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor". Pues lo que añade: "Bajo su sombra viviremos entre las naciones" (Lam. IV, 20), me parece que lo añadió desde la perspectiva de los principiantes, para que al menos descansen en la sombra, quienes se sienten menos capaces de soportar el ardor del sol; y sean alimentados con la dulzura de la carne, mientras aún no pueden percibir las cosas que son del Espíritu de Dios. La sombra de Cristo, creo que es su carne, de la cual también fue sombreada María (Luc. I, 35), para que su objeto templara el fervor y esplendor del Espíritu para ella. Por lo tanto, que se consuele en la devoción de la carne quien aún no

tiene el Espíritu vivificante, de la manera en que lo tienen aquellos que dicen: "El Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor"; y también: "Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos". Pues de otro modo, ciertamente no se ama a Cristo en la carne sin el Espíritu Santo, aunque no en esa plenitud. Sin embargo, la medida de esta devoción es tal, que toda la dulzura ocupa el corazón, reclamándolo todo para sí del amor de toda carne y seducción carnal. Esto es amar con todo el corazón. De lo contrario, si prefiero alguna consanguinidad o placer de mi carne a la carne de mi Señor, por lo cual me resulta menos posible cumplir lo que, permaneciendo en la carne, me enseñó con palabra y ejemplo; ¿no está claro que no amo con todo el corazón, cuando lo tengo dividido, pareciendo dedicar una parte a su carne y otra a la propia? En definitiva, dice: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mat. X, 37). Por lo tanto, para decirlo brevemente, amar con todo el corazón es posponer todo lo que halaga de la carne propia o ajena al amor de su carne sacrosanta. En esto también incluyo la gloria del mundo, porque la gloria del mundo es gloria de la carne, y quienes se deleitan en ella, no hay duda de que son carnales.

8. Aunque ciertamente es un don, y un gran don del Espíritu, esta devoción hacia la carne de Cristo; sin embargo, diría que este amor es carnal, en comparación con aquel amor en el que no tanto el Verbo hecho carne es saboreado, sino el Verbo como sabiduría, el Verbo como justicia, el Verbo como verdad, el Verbo como santidad, piedad, virtud; y si hay algo más que pueda decirse de esta manera. Y todas estas cosas son Cristo, quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I, 30). ¿Te parece que están igualmente y de la misma manera afectados, aquel que compadece piadosamente a Cristo sufriente, se conmueve y es fácilmente llevado al recuerdo de los sufrimientos que soportó, y se alimenta de la dulzura de esta devoción, y se fortalece para todo lo saludable, honesto, piadoso: y también aquel que siempre está encendido con el celo de la justicia, que en todas partes anhela la verdad, que arde en los estudios de la sabiduría; a quien le es amiga la santidad de vida, y la disciplina de las costumbres; cuyos modales se sonrojan ante la jactancia, aborrecen la detracción, desconocen la envidia, detestan la soberbia, huyen de toda gloria humana, no solo la evitan, sino que también la desprecian y la desestiman; abominan y persiguen vehementemente toda impureza de la carne y del corazón; finalmente, rechazan como naturalmente malo todo lo que es malo, y abrazan lo que es bueno? ¿No es cierto que si comparas las afecciones de ambos, resulta evidente que de alguna manera aquel es superior, en comparación con este, amando casi carnalmente?

9. Sin embargo, este amor carnal es bueno, por el cual se excluye la vida carnal, se desprecia y se vence el mundo. Se progresa en él cuando se hace racional; se perfecciona cuando se convierte también en espiritual. Ahora bien, es racional cuando en todo lo que debe pensarse de Cristo, la razón de la fe se mantiene tan firme que no se desvía en absoluto de la pureza del sentido eclesiástico por ninguna apariencia de verdad, ni por ninguna circunvención herética o diabólica. Asimismo, cuando en la propia conversación se guarda aquella cautela, de modo que la medida de la discreción no se exceda por ninguna superstición o ligereza, o por la vehemencia de un espíritu aparentemente más fervoroso. Y esto es amar a Dios con toda el alma, como ya hemos dicho. Pero si también se añade tal vigor del Espíritu que nunca se abandone la justicia por miedo a las vilezas o tormentos, ni siquiera a la muerte; en esto también se ama con toda la fuerza, y es amor espiritual. Creo que este nombre conviene especialmente a este amor, por la prerrogativa de la plenitud del espíritu, en la que sobresale. Y esto es suficiente para lo que dice la esposa: Por eso las doncellas te amaron mucho (Cántico I, 2). En lo que sigue, dígnese abrirnos los tesoros de su misericordia el mismo

guardián de ellos, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXI. Cómo la esposa, es decir, la Iglesia, desea ser atraída tras el esposo, es decir, Cristo.

1. Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos (Cant., 3). ¿Qué? ¿Es necesario entonces que la esposa sea atraída, y esto tras el esposo? Como si de verdad lo siguiera a regañadientes y no de buena gana. Pero no todo el que es atraído, es atraído contra su voluntad. Pues no le molesta al enfermo o al débil, aquel que no puede ir por sí mismo, ser llevado al baño o al banquete, aunque al culpable le moleste ser llevado al juicio o al castigo. En definitiva, desea ser atraída quien también lo pide: no lo pediría, si pudiera seguir por sí misma al amado, como quisiera. ¿Por qué no puede? ¿Acaso confesamos que la esposa está enferma? Si alguna de las doncellas dijera que está enferma y pidiera ser llevada, no nos sorprenderíamos. Pero en cuanto a la esposa, que parecía capaz de atraer a otros, como fuerte y perfecta, ¿a quién no le sonaría duro que ella misma necesite ser llevada, como si fuera débil o enferma? ¿Acaso lo diría la Iglesia, al contemplar al amado ascendiendo, deseando seguirlo y ser asumida con él en la gloria? Aunque cualquier alma, por muy perfecta que sea, mientras gime bajo el cuerpo de esta muerte, y está retenida en la cárcel de este siglo malo, atada por necesidades, torturada por crímenes, necesariamente se eleva más lentamente y con más pesadez para contemplar las cosas sublimes, y no tiene completamente libre seguir al esposo dondequiera que vaya. De ahí aquella voz llorosa del que gime: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). De ahí aquella súplica suplicante: Saca mi alma de la cárcel (Sal. CXLI, 8). Por tanto, que diga, que diga con gemido también la esposa: Atráeme tras de ti; porque el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). ¿O dice esto deseando disolverse y estar con Cristo, especialmente cuando ve que aquellas por las que parecía necesario que permaneciera en la carne (Filip. I, 23, 24), progresan bien amando ya al esposo, y están firmes en la seguridad de la caridad? Pues bien, había dicho antes: Por eso, dice, las doncellas te amaron. Ahora, por tanto, como si dijera, He aquí que las doncellas te aman, y amando se adhieren firmemente a ti, y ya no me necesitan, no hay razón para que permanezca más en esta vida; por eso dice, Atráeme tras de ti.

2. Esto pensaría, si hubiera dicho, Atráeme hacia ti. Pero ahora que dice, tras de ti, parece más bien que pide aquello, que pueda seguir las huellas de su conversación, que pueda emular su virtud, y mantener la norma de vida, y pueda aprender la disciplina de las costumbres. En estas cosas ciertamente se necesita ayuda, para que pueda negarse a sí misma, y tomar su cruz, y así seguir a Cristo. Aquí ciertamente la esposa necesita ser atraída, y ciertamente no ser atraída por otro que por aquel mismo que dice: Sin mí no podéis hacer nada (Juan XV, 5). Sé, dice, que de ninguna manera puedo llegar a ti, si no es caminando tras de ti; pero ni siquiera esto, si no soy ayudada por ti: por eso ruego que me atraigas tras de ti. Bienaventurado aquel cuyo auxilio es de ti; ha dispuesto ascensiones en su corazón en el valle de lágrimas (Sal. LXXXIII, 6), para llegar algún día a ti en los montes de gozo. ¡Qué pocos quieren ir tras de ti, oh Señor Jesús! cuando sin embargo nadie puede llegar a ti que no quiera, sabiendo todos que las delicias están a tu derecha para siempre (Sal. XV, 11). Y por eso todos quieren disfrutar de ti, pero no así imitarte; desean reinar contigo, pero no compadecer contigo. De estos era aquel que decía: Muera mi alma la muerte de los justos, y sea mi fin como el de ellos (Num. XXIII, 10). Deseaba para sí el fin de los justos, pero no así el principio. Los carnales desean para sí la muerte de los espirituales, aunque aborrecen su vida, sabiendo que es preciosa la muerte de los santos: porque cuando da sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor (Sal. CXXVI, 2, 3); y porque bienaventurados los muertos que

mueren en el Señor (Apoc. XIV, 13): mientras que, por el contrario, según el dicho del profeta, la muerte de los pecadores es pésima (Sal. XXXIII, 22). No se preocupan por buscar, a quien sin embargo desean encontrar; desean alcanzar, pero no seguir. No así aquellos a quienes decía: Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones (Luc. XXII, 28). ¡Bienaventurados los que fueron dignos de tu testimonio, benigno Jesús! Ellos realmente iban tras de ti, tanto con los pies como con los afectos. Les hiciste conocer los caminos de la vida, llamándolos tras de ti, porque tú eres el camino y la vida, y dices, Venid tras de mí, y os haré pescadores de hombres (Mat. IV, 19); también: El que me sirve, sígame: y donde yo esté, allí estará también mi servidor (Juan XII, 26). Decían, pues, gloriándose: He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mat. XIX, 27).

3. Así también tu amada, dejando todo por ti, desea siempre ir tras de ti, siempre adherirse a tus huellas, y seguirte dondequiera que vayas: sabiendo que tus caminos son caminos hermosos, y todas tus sendas son pacíficas; y que el que te sigue, no camina en tinieblas. Sin embargo, ruega ser atraída, porque tu justicia es como los montes de Dios, y no le bastan sus fuerzas. Ruega ser atraída, como suele; porque nadie viene a ti, si tu Padre no lo atrae (Juan VI, 44). Ahora bien, a quienes el Padre atrae, tú también los atraes. Porque las obras que el Padre hace, estas también las hace el Hijo de la misma manera. Pero más familiarmente pide ser atraída por el Hijo, como por su propio esposo, a quien el Padre envió para encontrarse con ella como guía y maestro, que le precediera en el camino de las costumbres, y preparara el camino de las virtudes, y la instruyera como a sí mismo, y le enseñara el camino de la prudencia, y le entregara la ley de la vida y la disciplina; y así con razón ella deseara su belleza.

4. Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos. Por eso necesito ser atraída, porque el fuego de tu amor se ha enfriado un poco en nosotros; y no podemos correr ahora, como ayer y anteayer, a causa de este frío. Sin embargo, correremos después, cuando devuelvas la alegría de tu salvación, cuando regrese una mejor temperatura de gracia, cuando el Sol de justicia vuelva a calentar, y pase la nube de tentación, que se ve cubriéndolo por un momento, y al suave soplo de una brisa más amable de lo habitual comiencen a derretirse los ungüentos, y a fluir los aromas, y a dar su olor. Entonces correremos, correremos al olor de eso. Al exhalar los ungüentos, correremos, porque desaparecerá la pereza que ahora hay, y volverá la devoción, y ya no necesitaremos ser atraídos, pues excitados por el olor, correremos espontáneamente. Ahora bien, entretanto, atráeme tras de ti. ¿Ves cómo aquel que camina en el espíritu, no permanece en un estado, ni siempre progresa con la misma facilidad, y que no está en el hombre su camino; sino que, como el espíritu moderador le dispensa, según quiere, ahora más lentamente, ahora más rápidamente olvida lo que queda atrás, y se extiende hacia lo que está adelante? Creo que, si prestáis atención a esto, vuestra experiencia interna os responde lo que yo hablo externamente.

5. Por tanto, cuando te sientas afectado por la pereza, la acedia o el tedio, no por eso desconfíes o desistas del estudio espiritual; sino busca la mano del que ayuda, rogando ser atraído al ejemplo de la esposa, hasta que, despertada de nuevo la gracia, hecho más dispuesto y más ágil, corras, y digas: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón (Sal. CXVIII, 32). Así, cuando la gracia está presente, disfruta de ella, de modo que no pienses que posees el don de Dios por derecho hereditario, es decir, tan seguro de él, como si nunca pudieras perderlo: no sea que de repente, cuando tal vez retire su mano, y retire el don, te desmorones en el ánimo, y te vuelvas más triste de lo que conviene. Por tanto, no digas en tu abundancia, No seré movido para siempre; no sea que también lo que sigue, te veas obligado a decirlo con gemido: Apartaste tu rostro de mí, y me quedé turbado (Sal. XXIX, 7, 8). Más bien, si eres sabio, procura, según el consejo del Sabio, no

olvidar los bienes en el día de los males, y no olvidar los males en el día de los bienes (Ecli. XI, 27).

6. Por tanto, en el día de tu virtud no estés seguro, sino clama a Dios con el Profeta, y di: Cuando mi fuerza falle, no me abandones (Sal. LXX, 9). Por otro lado, en el tiempo de la tentación consuélate, y di con la esposa: Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos. Así no te abandonará la esperanza en el tiempo malo, ni en el bueno te faltará la providencia, y estarás entre adversidades y prosperidades de los tiempos cambiantes, manteniendo una cierta imagen de eternidad, es decir, esta igualdad inviolable e inconmovible de un ánimo constante, bendiciendo al Señor en todo tiempo, y por tanto reivindicando para ti incluso en los inciertos eventos de este mundo inestable, y en sus defectos ciertos, un estado de inmutabilidad de alguna manera perpetua, cuando comiences a renovarte y reformarte en aquella antigua insignia de la semejanza del eterno Dios, en quien no hay cambio, ni sombra de variación (Sant. I, 17). Porque así como él es, así también serás tú en este mundo, ni temeroso en las adversidades, ni disoluto en las prosperidades. En esto, digo, la noble criatura hecha a imagen y semejanza de aquel que la hizo, indica que ya está recuperando y recibiendo la dignidad del antiguo honor, cuando considera indigno conformarse a este mundo decadente, más bien esforzándose por reformarse, según la doctrina de Pablo, en la novedad de su sentido (Rom. XII, 2), en aquella semejanza en la que sabe que fue creada; y por esto también obligando, como es digno, a este mundo, que fue hecho por ella, a conformarse de alguna manera a sí misma, cuando todas las cosas comienzan a cooperar para su bien, como en su propia y natural forma, reconociendo al Señor suyo, para quien fueron creadas para servir.

7. Por lo cual creo que aquella palabra que dijo de sí mismo el Unigénito, a saber, que si fuera exaltado de la tierra, atraería a todos hacia sí mismo; también puede ser común a todos sus hermanos, a aquellos a quienes el Padre predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y yo también, si fuera exaltado de la tierra, digo audazmente, atraeré a todos hacia mí mismo (Juan XII, 32). Pues no usurpo temerariamente para mí, hermanos míos, la voz, cuya semejanza me pongo. Si es así, no piensen los ricos de este mundo que los hermanos de Cristo solo poseen las cosas celestiales, porque oyen decir: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). No piensen, digo, que solo poseen las cosas celestiales, quienes oyen que solo estas están en la promesa. Poseen también las terrenales, y de hecho como si no tuvieran nada, pero poseyéndolo todo: no mendigando, como miserables, sino poseyendo como señores, ciertamente más señores cuanto menos codiciosos. En efecto, para el hombre fiel todo el mundo es riqueza. Todo, ciertamente: porque tanto las adversidades como las prosperidades le sirven igualmente, y cooperan para su bien.

8. Por tanto, el avaro ansía las cosas terrenales como un mendigo, el fiel las desprecia como un señor. Aquel mendiga poseyendo, este guarda despreciando. Pregunta a cualquiera de aquellos que con corazón insaciable ansían las ganancias temporales, qué piensa de aquellos que vendiendo lo suyo y dándolo a los pobres, compran el reino de los cielos con su sustancia terrenal, si actúan sabiamente o no. Sin duda responderá: Sabiamente. Pregunta también por qué no hace lo que aprueba. No puedo, dirá. ¿Por qué? Porque la avaricia, su señora, no lo permite; porque no es libre; porque no son suyas las cosas que parece poseer; ni tampoco es dueño de sí mismo. Si realmente son tuyas, gástalas en ganancias, y cambia las cosas terrenales por las celestiales. Si no puedes, confiesa que no eres dueño de tu dinero, sino su siervo; guardián, no poseedor. En efecto, te conformas a tu bolsa, como siervo a su señora, mientras, como él necesariamente se alegra con ella cuando se alegra, y se entristece cuando se entristece, tú también creces en ánimo cuando crece tu bolsa, y decreces cuando decrece.

Pues te contraes de tristeza cuando se vacía; y te sueltas de alegría, o ciertamente te inflas de soberbia, cuando se llena. Esto es lo que hace él. Nosotros, sin embargo, cuidemos de emular la libertad y constancia de la esposa, que como bien instruida en todo, y educada de corazón en sabiduría, sabe tanto abundar como padecer necesidad. Cuando ruega ser atraída, muestra qué le falta, no de dinero, sino de virtud. Nuevamente, cuando se consuela no obstante con la esperanza de la gracia que ha de volver; aunque desfallezca, no se muestra sin embargo desesperada.

9. Dice, pues: Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos. ¿Y qué maravilla si necesita ser atraída, quien corre tras un gigante, quien se esfuerza por alcanzar a aquel que salta sobre los montes, salta sobre las colinas? Rápidamente, dice, corre su palabra (Sal. CXLVII, 15). No puede correr a la par, no puede contender con él con igual rapidez, quien se exalta como un gigante para correr el camino (Sal. XVIII, 6); no puede con sus propias fuerzas y por eso ruega ser atraída. Estoy cansada, dice, desfallezco, no me abandones, sino atráeme tras de ti, para que no comience a vagar tras otros amantes, para que no corra como en vano. Atráeme tras de ti; porque es mejor para mí que me atraigas, que de alguna manera me fuerces, ya sea aterrorizándome con amenazas, o castigándome con azotes, que dejándome en mi pereza mal segura. Atráeme de alguna manera contra mi voluntad, para que me hagas voluntaria; atrae a la perezosa, para que la hagas correr. Habrá un momento en que no necesitaré un guía, porque voluntariamente y con toda prontitud correremos. No correré yo sola, aunque haya pedido ser atraída sola: correrán también las doncellas conmigo. Correremos juntas, correremos al unísono; yo al olor de tus ungüentos, ellas excitadas por mi ejemplo y exhortación: y por tanto todas correremos al olor de tus ungüentos. La esposa tiene imitadores suyos, así como ella es de Cristo, y por eso no dice singularmente, Correré; sino correremos.

10. Pero surge la cuestión de por qué, al pedir ser atraída, no incluyó también a las jóvenes, diciendo "Atráenos" en lugar de "Atráeme". ¿Acaso la esposa necesita ser atraída y las jóvenes no? ¡Oh hermosa, oh feliz, oh bienaventurada! Explícanos la razón de esta distinción. Dices "Atráeme". ¿Por qué "a mí" y no "a nosotras"? ¿Acaso nos envidias este bien? ¡De ninguna manera! Pues no habrías dicho que las jóvenes correrían contigo si hubieras querido ir sola tras el esposo. ¿Por qué, entonces, pediste ser atraída singularmente, pero luego dijiste en plural "correremos"? La caridad, dice, lo exigía así. Aprende de esta palabra a esperar de mí en el ejercicio espiritual una doble ayuda de lo alto: corrección y consolación. Una actúa externamente, la otra visita internamente. Aquella reprime la insolencia, esta levanta en confianza; aquella obra la humildad, esta consuela la pusilanimidad; aquella hace cautos, esta devotos. Aquella enseña el temor del Señor; esta templa ese mismo temor con la alegría salvadora infundida, como está escrito: "Alégrese mi corazón para que tema tu nombre" (Salmo 85, 11); y también: "Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor" (Salmo 2, 11).

11. Somos atraídos cuando somos ejercitados con tentaciones y tribulaciones; corremos cuando, visitados por consolaciones e inspiraciones internas, respiramos como en ungüentos fragantes. Por tanto, lo que parece austero y duro, lo retengo para mí, como fuerte, como sana, como perfecta, y digo singularmente "Atráeme". Lo que es suave y dulce, lo comparto contigo como débil, y digo "Correremos". Sé que las jóvenes son delicadas y tiernas, y menos aptas para soportar tentaciones; por eso quiero que corran conmigo, pero no que sean atraídas conmigo; quiero tener compañeras de consolación, pero no de trabajo. ¿Por qué? Porque son débiles, y temo que desfallezcan, que sucumban. "A mí", dice, "oh esposo, corrígeme, ejercítame, tienta, atráeme tras de ti; porque estoy preparada para los azotes y soy capaz de

soportar". Sin embargo, correremos juntas: seré atraída sola, pero correremos juntas. Correremos, correremos, pero en el olor de tus ungüentos, no en la confianza de nuestros méritos: ni confiamos en la magnitud de nuestras fuerzas para correr, sino en la multitud de tus misericordias. Pues incluso cuando corrimos y fuimos voluntarias, no fue del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. 9, 16). Que vuelva la misericordia, y correremos. Tú, en tu poder, como un gigante y fuerte, corres: nosotros, a menos que tus ungüentos exhalen, no correremos. Tú, a quien el Padre ungió con el óleo de la alegría más que a tus compañeros (Salmo 44, 8), corres en esa unción; nosotros correremos en su olor: tú en la plenitud, nosotros en el olor. Sería tiempo de cumplir lo que recuerdo haber prometido sobre los ungüentos del esposo mucho más arriba, si no fuera porque la extensión de este sermón lo impide. Lo pospongo, pues la dignidad del tema no permite ser restringida por una brevedad molesta. Rogad al Señor de la unción, que se digne hacer agradables las palabras de mi boca para insinuar en vuestros deseos la memoria de la abundancia de su dulzura, que está en el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SERMON XXII. Sobre los cuatro ungüentos del esposo; y las cuatro virtudes cardinales.

1. Si los ungüentos de la esposa se han encontrado tan preciosos, tan magníficos, como escuchasteis cuando se trataron; ¿cómo serán los del esposo? Y aunque no somos capaces de explicarlos dignamente como son, no hay duda de que su virtud es más excelente y su gracia más eficaz, cuyo solo olor no solo excita a las jóvenes, sino también a la misma esposa a correr. Pues si te das cuenta, no se atrevió a prometer tal cosa de sus propios ungüentos. Y aunque se gloría de que son óptimos, no dice, sin embargo, que en ellos haya corrido o corra; lo que promete solo en el olor de estos. ¿Qué, si sintiera la unción misma derramada sobre ella, cuya tenue fragancia la alegra tanto que corre? Sería sorprendente si no volara. Pero alguien dirá: Deja ya de alabar; cuando comiences a asignarlos, se verá qué son. No. No prometo eso. Ciertamente, si son las mismas cosas que se sugieren al alma que deben decirse, créeme, aún confieso que no lo sé. Pues creo que el esposo tiene varias especies de aromas y ungüentos, y no pocas: y hay algunas en las que la esposa se deleita singularmente, como más cercana y familiar; otras que llegan hasta las jóvenes; otras que alcanzan incluso a los que están lejos y extraños, para que no haya quien se esconda de su calor. Pero aunque el Señor es dulce para todos, especialmente lo es para los domésticos; y cuanto más se acerca alguien a él por los méritos de la vida y la pureza de la mente, tanto más creo que siente la fragancia de los aromas más frescos y de la unción más dulce.

2. Además, en este tipo de cosas, la inteligencia no alcanza más de lo que la experiencia toca. Yo, en verdad, no me atribuiría temerariamente la prerrogativa de la esposa. El esposo sabe con qué delicias del espíritu alimenta a su amada, con qué inspiraciones singularmente refresca sus sentidos, y la acaricia con fragancias. Que tengas una fuente propia, en la que no participe un extraño, ni beba de ella un indigno; pues es un jardín cerrado, una fuente sellada (Cant. 4, 12). Sin embargo, las aguas se derivan de allí a las plazas. Confieso tenerlas a mano, siempre que nadie me sea molesto o ingrato, si de lo público extraigo y ofrezco. Pues para alabar un poco mi ministerio en esta parte, ciertamente es de alguna fatiga y trabajo, salir diariamente y extraer incluso de los riachuelos manifiestos de las Escrituras, y de ellos servir a las necesidades de cada uno, para que sin su trabajo cada uno de vosotros tenga a disposición aguas espirituales para toda obra; por ejemplo, para lavar, para beber, para cocinar alimentos. Sin duda, el agua de la sabiduría salvadora es la palabra divina, no solo bebiendo, sino también lavando, como dice el Señor: "Y vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan 15, 3). Pero también el divino discurso cocina los pensamientos crudos de la carne, encendidos por el fuego del Espíritu Santo, y los convierte

en sentidos espirituales y alimentos del alma, de modo que digas: "Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego" (Salmo 38, 4).

3. Aquellos que con una mente más pura son capaces de comprender por sí mismos cosas más sublimes de lo que nosotros podemos expresar, no solo no los prohíbo, sino que me congratulo mucho, mientras ellos nos permitan ministrar cosas más simples a los más simples. ¿Quién me dará que todos profeticen? ¡Ojalá no me fuera necesario ocuparme en estas cosas! ¡Ojalá esta tarea recayera en otro, o ciertamente, lo que preferiría, no hubiera entre vosotros quien las necesitara, y todos fueran enseñados por Dios, y yo pudiera descansar y ver que el esposo es Dios! Ahora bien, a quien no se me permite, no digo contemplar, sino ni siquiera buscar (lo que no digo sin lágrimas), al rey en su belleza sentado sobre los querubines, sentado sobre un trono alto y elevado, en esa forma en la que es igual al Padre en los esplendores de los santos antes del lucero, en la que los ángeles siempre desean contemplarlo, Dios con Dios: al menos hablo como hombre a hombres según esa forma en la que, para manifestarse con su excesiva dignación y amor, fue hecho menor que los ángeles y puso su tabernáculo en el sol, y él mismo como esposo saliendo de su cámara (Salmo 18, 6). Hablo más suave que sublime, y ungido, no alto, tal como el Espíritu del Señor lo ungió, y lo envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar indulgencia a los cautivos, y apertura a los cerrados, a predicar el año agradable al Señor (Isaías 61, 1-2).

4. Por tanto, salvando a cada uno lo que quizás más sublime y sutilmente se le ha dado a sentir y experimentar por especial don sobre los ungüentos del Esposo, yo lo que he recibido de lo común, lo ofrezco en común. Pues él mismo es la fuente de vida, él mismo es la fuente sellada, brotando dentro del jardín cerrado, que a través de la boca de Pablo, su conducto, como verdaderamente esa sabiduría que según la sentencia del bienaventurado Job "se extrae de lo oculto" (Job 38, 18), se difundió en cuatro ríos, y se derivó a las plazas, donde evidentemente nos asigna que él fue hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención (1 Cor. 1, 30). De estos cuatro ríos, como de ungüentos preciosísimos: pues nada impide entender ambos, agua y unción; agua, porque purifican; unción, porque fragante: de estos, digo, cuatro mencionados, como de ungüentos preciosísimos, sobre los montes de aromas compuestos de especies celestiales, tal dulzura de olor llenó las narices de la Iglesia, que pronto, excitada por esa dulzura desde las cuatro partes del mundo, se apresuró hacia el esposo, como verdaderamente aquella reina del sur apresurándose desde los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, provocada por el olor de su fama (1 Reyes 10, 1-7).

5. Ciertamente, la Iglesia no pudo correr antes en el olor de su Salomón, hasta que aquel que desde la eternidad era sabiduría del Padre, fue hecho para ella en el tiempo sabiduría del Padre, para que pudiera percibir su olor. Así, justicia, así santificación, así también redención no menos le fue hecho, para que también pudiera correr en el olor de estos, cuando todas estas cosas igualmente eran en sí antes de todo. Pues en el principio era el Verbo (Juan 1, 1); pero entonces los pastores vinieron apresuradamente a verlo, cuando se anunció que había sido hecho. De hecho, se dicen entre sí: "Pasemos hasta Belén, y veamos esta palabra que ha sido hecha, que el Señor ha hecho y nos ha mostrado". Y sigue, que "vinieron apresuradamente" (Lucas 2, 15-16). Antes no se movían, mientras el Verbo era solo con Dios. Pero cuando el Verbo, que era, fue hecho, cuando el Señor lo hizo y lo mostró; entonces vinieron apresuradamente, entonces corrieron. Así como en el principio era el Verbo, pero el Verbo era con Dios, fue hecho para que comenzara a ser también con los hombres: así también en el principio era sabiduría, era justicia, era santificación y redención, pero para los ángeles; para que fuera también para los hombres, el Padre lo hizo todas estas cosas, y lo hizo lo que el Padre. De hecho, "quien fue hecho para nosotros sabiduría de Dios"

(1 Cor. 1, 30). No dice simplemente, "quien fue hecho sabiduría"; sino, "quien fue hecho para nosotros sabiduría": porque lo que era para los ángeles, fue hecho también para nosotros.

6. Pero, dices, no veo cómo fue redención para los ángeles. Pues la autoridad de las Escrituras en ninguna parte parece asentir que alguna vez estuvieron cautivos por el pecado o sujetos a la muerte, para que necesitaran redención, excepto aquellos que, cayendo por la soberbia de manera irremediable, no merecen ser redimidos en adelante. Si, por tanto, los ángeles nunca fueron redimidos, unos porque no lo necesitaban, otros porque no lo merecían; unos, porque no cayeron; estos, porque son irrevocables, ¿cómo dices que el Señor Jesucristo fue redención para ellos? Escucha brevemente. Quien restauró al hombre caído, dio al ángel que estaba de pie que no cayera, así liberándolo de la cautividad, como defendiendo a este de la cautividad. Y de esta manera fue igualmente redención para ambos, liberando a aquel, y preservando a este. Por tanto, está claro que el Señor Cristo fue redención para los santos ángeles, así como justicia, así como sabiduría, así como santificación: y no obstante, estas mismas cuatro cosas fueron hechas para los hombres, que no pueden contemplar las cosas invisibles de Dios sino a través de las que han sido hechas, entendidas (Rom. 1, 20). Así, pues, todo lo que era para los ángeles, fue hecho para nosotros. ¿Qué? Sabiduría, justicia, santificación, redención. Sabiduría en la predicación, justicia en la absolución de los pecados, santificación en la conversación que tuvo con los pecadores; redención en la pasión que sufrió por los pecadores. Donde, pues, fue hecho estas cosas por Dios; entonces la Iglesia sintió el olor, entonces corrió.

7. Mira ahora la unción cuádruple, mira la suavidad más abundante e inestimable de aquel a quien el Padre ungió con el óleo de la alegría más que a sus compañeros. Estabas sentado, oh hombre, en tinieblas y en sombra de muerte por la ignorancia de la verdad; estabas sentado atado con cadenas de delitos. Descendió a ti en la cárcel, no para atormentarte, sino para liberarte del poder de las tinieblas. Y primero, como doctor de la verdad, disipó la sombra de tu ignorancia con la luz de su sabiduría. Luego, por la justicia que es por la fe, desató las cuerdas de los pecados, justificando gratuitamente al pecador. Con este doble beneficio cumplió aquella palabra del santo David: "El Señor desata a los encarcelados, el Señor ilumina a los ciegos" (Salmo 145, 7-8). Añadió también vivir santamente entre los pecadores, y así entregar una forma de vida, como de camino, por el cual regresaras a la patria. Finalmente, para colmo de piedad, entregó su alma a la muerte, y de su propio costado sacó el precio de la satisfacción, con el cual aplacar al Padre; por lo que claramente atrajo hacia sí aquel versículo: "Con el Señor hay misericordia, y copiosa redención con él" (Salmo 129, 7). Verdaderamente copiosa; porque no fue una gota, sino una ola de sangre que fluyó abundantemente por cinco partes del cuerpo.

8. ¿Qué debía hacer por ti, y no lo hizo? Iluminó al ciego, desató al cautivo, devolvió al errante, reconcilió al culpable. ¿Quién no correrá tras él con gusto y alegría, quien libera del error y disimula los errores; quien luego entrega méritos viviendo, conquista premios muriendo? ¿Qué excusa tiene quien no corre en el olor de estos ungüentos, sino aquel a quien quizás el olor no ha llegado? Pero el olor de vida ha salido a toda la tierra; porque la misericordia del Señor llena la tierra, y sus misericordias sobre todas sus obras. Por tanto, quien no siente esta fragancia vital esparcida por todas partes, y por eso no corre, o está muerto, o está podrido. La fragancia es fama. Llega el olor de la opinión, excita a correr, conduce a la experiencia de la unción, al premio de la visión. Una sola voz de los que se alegran, de todos los que llegan: "Como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos" (Salmo 48, 9). Sin duda, por la mansedumbre que se predica en ti, corremos tras de ti, Señor Jesús, escuchando que no desprecias al pobre, no temes al pecador. No temiste al ladrón confesante, no a la pecadora llorosa, no a la cananea suplicante, no a la

sorprendida en adulterio, no al que estaba en el telonio, no al publicano suplicante, no al discípulo negador, no al perseguidor de los discípulos, no a tus mismos crucificadores. En el olor de estos corremos. Además, percibimos el olor de tu sabiduría por el hecho de que hemos oído que si alguien necesita sabiduría, la pida a ti, y tú se la darás. Dicen que das a todos abundantemente, y no reprochas (Santiago 1, 5). Pero el olor de tu justicia se esparce por todas partes, de modo que no solo eres justo, sino que también eres llamado justicia, y justicia justificante. Tan poderoso eres para justificar, como abundante para perdonar. Por lo tanto, quienquiera que, compungido por sus pecados, tiene hambre y sed de justicia, crea en ti que justificas al impío, y solo justificado por la fe, tendrá paz con Dios. La santidad también huele dulcemente y copiosamente no solo en tu conversación, sino también en tu concepción. Pues no cometiste pecado, ni lo contrajiste. Por tanto, quienes desean y deliberan seguir la santidad, sin la cual nadie verá a Dios; escuchen tu clamor: "Sed santos, porque yo soy santo" (Levítico 19, 2). Consideren tus caminos, y aprendan de ti que eres justo en todos tus caminos, y santo en todas tus obras (Salmo 145, 17). Ahora, ¿cuántos hace correr el olor de la redención? Cuando eres exaltado de la tierra, entonces ciertamente atraes todo hacia ti mismo. Tu pasión es el último refugio, el remedio singular. Cuando la sabiduría falla, la justicia no es suficiente, los méritos de la santidad sucumben, esa acude en ayuda. Pues, ¿quién presumirá de su propia sabiduría, o justicia, o santidad como suficiente para la salvación? "No que seamos suficientes para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios" (2 Cor. 3, 5). Por tanto, cuando mi fuerza falla, no me turbo, no desconfío. Sé qué haré: tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Salmo 115, 13). Ilumina mis ojos, Señor, para que sepa qué es aceptable ante ti en todo tiempo (Sabiduría 9, 10), y soy sabio. No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ignorancias (Salmo 25, 7), y soy justo. Guíame, Señor, en tu camino (Salmo 85, 11), y soy santo. Sin embargo, a menos que tu sangre interceda por mí, no soy salvo. Por todas estas cosas corremos tras de ti: déjanos ir, porque clamamos tras de ti.

9. No corremos todos igualmente en el aroma de todos los ungüentos: pero puedes ver a algunos arder más intensamente en el estudio de la sabiduría, a otros más animados a la penitencia por la esperanza de indulgencia, a otros más provocados al ejercicio de las virtudes por el ejemplo de su vida y conversación, y a otros más encendidos por la memoria de la pasión. ¿Creemos que podemos encontrar ejemplos de cada uno? Corrían en el aroma de la sabiduría aquellos que fueron enviados por los fariseos, cuando regresaron diciendo: "Nunca hombre alguno ha hablado así" (Juan VII, 46); admirando la doctrina y confesando la sabiduría. Corría en este mismo aroma el santo Nicodemo, quien vino a Jesús de noche (Juan III, 2), en el gran esplendor de la sabiduría: pues se retiró instruido y enseñado sobre muchas cosas. Pero en el aroma de la justicia corrió María Magdalena, a quien se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho (Lucas VII, 47). Justa y santa, y ya no pecadora, como el fariseo reprochaba, ignorando que la justicia o santidad de Dios es un don, no una obra del hombre; y porque no solo es justo, sino también bienaventurado, aquel a quien el Señor no imputa pecado. ¿Acaso había olvidado cómo al tocar su propia lepra corporal o la de otro, la había ahuyentado, no contraído? Así, tocado por la pecadora, el justo imparte justicia, no la pierde; ni se mancha con la suciedad del pecado, sino que la limpia. Corrió también el publicano, quien al implorar humildemente propiciación para sus pecados, descendió justificado, según la misma Justicia (Lucas XVIII, 14). Corrió Pedro, quien habiendo caído lloró amargamente (Lucas XXII, 62), para lavar su culpa y recuperar la justicia. Corrió David, quien reconociendo y confesando su culpa, mereció escuchar: "Y el Señor ha quitado tu pecado" (II Samuel XII, 13). Además, en el aroma de la santificación, Pablo testifica que corre, cuando se gloría de ser imitador de Cristo, diciendo a los discípulos: "Sed imitadores

de mí, como yo lo soy de Cristo" (I Corintios XI, 1). Corrieron también todos los que decían: "He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido" (Mateo XIX, 27). Pues por el deseo de seguir a Cristo, dejaron todo. Esta sentencia exhorta a todos en general al mismo aroma: "El que dice que permanece en Cristo, debe andar como Él anduvo" (I Juan II, 6). Ahora, si quieres escuchar sobre aquellos que corrieron en el aroma de la pasión, considera a todos los mártires. Aquí tenéis asignados cuatro ungüentos: el primero, de sabiduría; el segundo, de justicia; el tercero, de santificación; el cuarto, de redención. Conservad los nombres, percibid el fruto; y no busquéis el modo de composición, ni el número de especies con las que fueron confeccionados. Pues no es fácil que estos estén disponibles para nosotros en los ungüentos del esposo, como lo estuvieron en los de la esposa. En Cristo, ciertamente, hay plenitud de cosas sin número y sin medida. Porque su sabiduría es innumerable (Salmo CXLVI, 5); y su justicia es como los montes de Dios (Salmo XXXV, 7), como montes eternos; y su santidad es singular, y su redención inexplicable.

10. Debe decirse también que en vano los sabios de este siglo han discutido tanto sobre las cuatro virtudes, que sin embargo no pudieron alcanzar en absoluto, ya que no conocieron a aquel que se hizo para nosotros sabiduría de Dios enseñando prudencia; y justicia perdonando delitos; y santificación, viviendo continentemente como ejemplo de templanza; y redención, muriendo valientemente como ejemplo de paciencia. Quizás alguien diga: Todo lo demás encaja bien, pero la santificación parece menos propiamente referirse a la templanza. A lo cual se responde primero, que la continencia es lo mismo que la templanza. Luego, es común en las Escrituras que la santificación se ponga por continencia o pureza. Finalmente, ¿qué eran aquellas frecuentes santificaciones entre los hebreos sino ciertas purificaciones de hombres que se abstenían de comida, bebida, coito y cosas semejantes? Pero escucha especialmente al Apóstol, cuán familiar le es usar o emplear la santificación en este sentido. Esta es, dice, la voluntad de Dios, vuestra santificación, que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación, y no en pasión de deseo; también: Porque Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación (I Tesalonicenses IV, 3-7). Está claro que pone la santificación por templanza.

11. Habiendo sacado a la luz lo que parecía oscuro, regreso a lo que había dejado. ¿Qué tenéis que ver con las virtudes, quienes ignoráis a Cristo, la virtud de Dios? ¿Dónde, pregunto, está la verdadera prudencia, sino en la doctrina de Cristo? ¿De dónde la verdadera justicia, sino de la misericordia de Cristo? ¿Dónde la verdadera templanza, sino en la vida de Cristo? ¿Dónde la verdadera fortaleza, sino en la pasión de Cristo? Solo aquellos que están imbuidos de su doctrina deben ser llamados prudentes; solo justos, quienes han obtenido el perdón de los pecados por su misericordia; solo templados, quienes se esfuerzan por imitar su vida; solo fuertes, quienes sostienen valientemente en las adversidades las enseñanzas de su paciencia. Por tanto, en vano trabaja alguien en la adquisición de virtudes, si piensa que deben esperarse de otro lugar que no sea del Señor de las virtudes: cuya doctrina es el semillero de la prudencia; cuya misericordia, la obra de la justicia; cuya vida, el espejo de la templanza; cuya muerte, el emblema de la fortaleza. A Él el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXIII. Sobre los tres modos de contemplación en torno a Dios, bajo la figura de tres celdas.

1. El rey me introdujo en sus bodegas. He aquí de dónde viene el aroma, he aquí hacia dónde se corre. Había dicho que se debía correr, y en qué se debía correr; pero no había dicho hacia dónde se debía correr. Por tanto, se corre hacia las bodegas, y se corre en el aroma que de ellas procede, la esposa percibiéndolo con su habitual sagacidad, y deseando ser introducida

en su plenitud. Pero, ¿qué pensamos que se debe entender por estas bodegas? Pensemos en ellas como lugares fragantes junto al esposo, llenos de aromas, repletos de delicias. En este tipo de taller se guardan las mejores cosas del jardín o del campo. Hacia allí corren juntos. ¿Quiénes? Las almas fervientes en espíritu. Corre la esposa, corren las doncellas; pero quien ama más ardientemente, corre más rápido y llega antes. Al llegar, no sufre rechazo, ni siquiera demora. Se le abre sin demora, como a una doméstica, como a una queridísima, como a una especialmente amada y singularmente grata. ¿Y las doncellas? Siguen de lejos; pues, siendo aún débiles, no pueden correr con igual devoción que la esposa, ni imitar completamente su deseo y fervor; por lo tanto, llegando más tarde, permanecen afuera. Pero la caridad de la esposa no descansa, ni se ensoberbece, como suele suceder, con sus éxitos, para olvidarlas, consolándolas más bien y exhortándolas a la paciencia, para que soporten con ecuanimidad tanto su rechazo como su ausencia. Finalmente, les anuncia el gozo que ha recibido, no por otra razón, sino para que se alegren con ella, confiando en que no será ajeno a ellas cualquier gracia que haya recibido la madre. Pues ella no se preocupa por avanzar de tal manera que descuide su cuidado; ni considera que sus progresos deben ser en detrimento de ellas. Por tanto, por cualquier prerrogativa de méritos que se eleve sobre ellas, es necesario que siempre esté con ellas en caridad y piadosa solicitud. Es necesario que imite a su esposo, quien ascendiendo a los cielos, sin embargo, prometió estar en la tierra con los suyos hasta la consumación del siglo. Así también ella, por mucho que progrese, por mucho que avance; nunca se aparta de aquellas que ha engendrado en el Evangelio, nunca olvida sus entrañas.

2. Dígales, pues: Alegraos, confiad. El rey me ha introducido en sus bodegas [o, en su cámara]: pensad que también vosotras habéis sido introducidas. Parezco ser la única introducida; pero no será solo para mí. Todo mi progreso es de todas vosotras: progreso para vosotras, compartiré con vosotras cualquier cosa que haya merecido más que vosotras. ¿Quieres saber sin duda que habló en este sentido y afecto? Escucha lo que ellas responden. Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti. En ti, dicen, nos regocijaremos y nos alegraremos: pues en nosotras aún no lo merecemos. Y añaden, Recordando tus pechos, es decir, soportamos con ecuanimidad hasta que vengas, sabiendo que regresarás a nosotras con pechos llenos. Entonces confiamos en regocijarnos y alegrarnos, recordando mientras tanto tus pechos. Lo que añaden, más que el vino (Cantar de los Cantares I, 3), significa que aún, por su imperfección, son golpeadas por el recuerdo de los deseos carnales, que el vino designa; pero esos deseos son vencidos por la memoria de la abundancia de dulzura, que ya han experimentado fluyendo de los pechos. Habría hablado de los pechos, si no recordara haberlo dicho suficientemente antes (sermón 9). Ahora bien, ves cómo confían en la madre, cómo consideran sus ganancias y alegrías como propias, consolándose de la injuria de su rechazo con la introducción de ella. No confiarían así, si no reconocieran a la madre. Que escuchen esto los prelados, que siempre quieren ser un temor para los suyos, rara vez una utilidad. Sed instruidos, los que juzgáis la tierra. Aprended que debéis ser madres de vuestros súbditos, no señores; esforzaos más por ser amados que temidos: y si a veces es necesaria la severidad, que sea paterna, no tiránica. Mostraos madres al nutrir, padres al corregir. Sed mansos, dejad la ferocidad; suspendid los castigos, ofreced los pechos; que los pechos se engorden con leche, no se hinchen con soberbia. ¿Por qué agraváis vuestro yugo sobre aquellos cuyos pesos debéis llevar? ¿Por qué el niño mordido por la serpiente huye de la conciencia del sacerdote, a quien más bien debería recurrir como al seno de una madre? Si sois espirituales, instruid a tal en espíritu de mansedumbre; considerando cada uno a sí mismo, no sea que también él sea tentado (Gálatas VI, 1). De lo contrario, él morirá en su pecado: pero su sangre, dice, de tu mano la demandaré (Ezequiel III, 20). Pero esto en otro momento.

3. Ahora, dado que la consecuencia de las letras de lo que hemos dicho antes es manifiesta, veamos ya qué debemos entender espiritualmente sobre las bodegas. En lo que sigue se menciona también el jardín y la cámara, que ahora junto a estas bodegas, y las asumo en la presente discusión: pues tratadas juntas se entenderán mejor unas a otras. Y busquemos, si os parece, estos tres en las Sagradas Escrituras, el jardín, la bodega, la cámara. En ellas, ciertamente, el alma sedienta de Dios se mueve y mora con gusto, sabiendo que sin duda allí encontrará a quien anhela. Sea, pues, el jardín la historia simple y llana; sea la bodega el sentido moral; sea la cámara el arcano de la contemplación teórica.

4. Y primero, creo que la historia no sin razón se asigna al jardín, porque en ella se encuentran hombres de virtudes, como árboles frutales en el jardín del esposo y en el paraíso de Dios, de cuyos buenos actos y costumbres tomas ejemplos, como recoges frutos. ¿O acaso alguien duda que el buen hombre es plantación de Dios? Escucha lo que el santo David canta sobre el buen hombre. Será, dice, como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae (Salmo I, 3). Escucha a Jeremías cantando con el mismo espíritu, y casi con las mismas palabras. Será como árbol, dice, plantado junto a corrientes de aguas, que extiende sus raíces hacia la humedad, y no temerá cuando venga el calor (Jeremías XVII, 8). También el Profeta: El justo florecerá como la palma, crecerá como el cedro del Líbano (Salmo XCI, 13). Y de sí mismo: Pero yo, como olivo fructífero en la casa de Dios (Salmo LI, 10). Por tanto, la historia es un jardín, y ella misma tripartita. En ella se contiene la creación del cielo y la tierra, la reconciliación, y la reparación. La creación, como siembra o plantación del jardín. La reconciliación, como germinación de lo sembrado o plantado. En su tiempo, ciertamente, con los cielos lloviendo desde arriba, y las nubes lloviendo al justo, la tierra se abrió y germinó al Salvador (Isaías XLV, 8), por quien se hizo la reconciliación del cielo y la tierra. Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efesios II, 14), pacificando en su sangre lo que está en la tierra y lo que está en los cielos (Colosenses I, 20). La reparación será en el fin del siglo. Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra: y los buenos serán recogidos de entre los malos, como frutos del jardín, para ser guardados en los almacenes de Dios. En aquel día, como está escrito, el renuevo del Señor será en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra será sublime (Isaías IV, 2). Tienes, pues, tres tiempos en el jardín del sentido histórico.

5. En la disciplina moral también se observan tres cosas, como tres celdas en una bodega. Y quizás por eso dijo bodegas en plural, y no bodega, pensando en este número de celdas. Más adelante se gloría de haber sido introducida en la celda del vino (Cantar de los Cantares II, 4). Nosotros, pues, porque leemos: Da ocasión al sabio, y será más sabio (Proverbios IX, 9): teniendo ocasión del término que el Espíritu Santo dejó para esta celda, pongamos también nombres a las otras dos, llamando a una aromática, y a la otra de ungüentos. Veremos las razones de estos nombres después. Ahora, sin embargo, observa que todo en el esposo se encuentra saludable, todo agradable; vino, ungüentos, aromas. El vino, según la Escritura, alegra el corazón del hombre (Salmo CIII, 15). También se dice que el rostro se exalta con el aceite (ibid.), en el cual se infunde el polvo de los pigmentos para hacer ungüentos. Los aromas no solo son agradables por su fragancia, sino también útiles por su poder curativo. Con razón se regocija la esposa de haber sido introducida allí, donde tanta abundancia de gracia se derrama.

6. Pero tengo otros nombres que creo que llevan una razón más evidente de sí mismos. Y para nombrarlos en su orden, llamaría a la primera de disciplina; a la segunda, de naturaleza; a la última, de gracia. En la primera aprendes, según la razón de la parte ética, a ser inferior, en la siguiente igual, en la última superior: esto es, estar bajo otro, con otro, sobre otro; o así, estar sujeto, coexistir, presidir. Primero, pues, aprendes a ser discípulo, segundo compañero,

tercero y maestro. Y ciertamente, todos los hombres nacieron iguales por naturaleza. Pero como el bien de la naturaleza fue corrompido por la soberbia en las costumbres, los hombres se hicieron impacientes de igualdad, contendiendo entre sí por ser superiores, deseando sobrepasarse mutuamente, y ávidos de vana gloria, envidiándose mutuamente, provocándose mutuamente: primero de todo, en la celda primera, la insolencia de las costumbres debe ser domada por el yugo de la disciplina, hasta que, desgastada por las duras y prolongadas leyes de los mayores, se humille y sane la voluntad obstinada, y recupere el bien de la naturaleza que había perdido por la soberbia, obedeciendo; cuando, ya solo por el afecto natural, no por el miedo a la disciplina, haya aprendido a comportarse social y pacíficamente, en cuanto de él dependa, con todos los socios de su naturaleza, es decir, con todos los hombres, pasando finalmente a la celda de la naturaleza, experimentando lo que está escrito: He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad, como el ungüento en la cabeza (Salmo CXXXII, 1, 2). Ciertamente, a las costumbres disciplinadas, como a las especies trituradas, se añade el aceite de la alegría, el bien de la naturaleza; y se hace un ungüento bueno y agradable. Con lo cual, como ungido, el hombre se vuelve suave y manso, un hombre sin reproche, que no engaña a nadie, no perturba a nadie, no daña a nadie, no se exalta ni se prefiere a nadie, e incluso comparte libremente en la razón de lo dado y lo recibido.

7. Creo que, si has entendido bien las propiedades de ambas celdas, testificarás que no las he llamado incongruentemente una de ungüentos, y la otra aromática. En aquella, como el mortero extrae y exige violentamente las fuerzas y fragancia de los pigmentos, así la fuerza del Magisterio y la severidad de la disciplina extraen y expresan de algún modo la fuerza natural de las costumbres rectas. En esta, sin embargo, la mansedumbre grata de la afectividad voluntaria y casi innata corre espontáneamente, como el ungüento que está en la cabeza, descendiendo y fluyendo por todo al leve toque del calor. Así, en la celda de la disciplina, se contienen como especies secas y simples de aromas, y por eso pensé que debía llamarse aromática. En la que se llama de la naturaleza, ya que se guardan y conservan como ungüentos ya preparados, también recibió su nombre de la cosa, para ser llamada de ungüentos. Pues la celda del vino tampoco creo que tenga otra razón de su nombre, sino que en ella se guarda el vino del celo en la caridad ferviente. Y no debe presidir en absoluto sobre otros, quien aún no ha merecido ser introducido en ella. Debe arder con este vino quien preside sobre otros, como ardía el Doctor de los Gentiles, cuando decía: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Corintios XI, 29). De lo contrario, deseas presidir sobre aquellos a quienes no te preocupas por beneficiar; y cuya salvación no celas, reclamas demasiado ambiciosamente su sujeción para ti. También llamé a esta celda de gracia; no porque sin gracia se puedan obtener las otras dos en absoluto, sino por la plenitud que se percibe singularmente en esta. Finalmente, la plenitud de la ley es la caridad; y, el que ama al hermano, ha cumplido la ley (Romanos XIII, 10, 8).

8. Has visto la razón de los vocablos; observa también la diferencia de las celdas. No es de igual facilidad o capacidad reprimir los sentidos petulantes y vagos y el apetito intemperante de la carne con el temor del maestro y contenerlos con la rígida censura de la disciplina, que convenir espontáneamente con los compañeros; vivir con costumbres corregidas bajo la vara y llevar una conducta grata a los iguales solo por la voluntad como maestra. Pues tampoco se puede decir que es mérito o virtud de uno solo vivir socialmente y presidir útilmente. Cuántos, en efecto, viven tranquilos bajo un preceptor, pero si se les libera del yugo, se ve que no pueden permanecer en paz ni mantenerse inofensivos con sus iguales. Asimismo, verás innumerables que se comportan sencillamente y sin queja entre los hermanos, pero que no solo son inútiles, sino también insensatos y malvados sobre los hermanos. Algunos, en

efecto, están contentos con una cierta buena mediocridad, como Dios les ha repartido la medida de la gracia; no necesitan un maestro, pero tampoco son aptos para el magisterio. Los que siguen a los primeros en costumbres los superan; pero son superiores a ambos los que saben ser superiores. Finalmente, reciben en la promesa quienes presiden bien, ser constituidos sobre todos los bienes de su Señor (Mat. XXIV, 48). Pero pocos son los que presiden útilmente; menos aún, los que presiden humildemente. Sin embargo, quien ha adquirido perfectamente la madre de las virtudes, la discreción, y se embriaga con el vino de la caridad hasta el desprecio de su propia gloria, hasta el olvido de sí mismo, y no para buscar lo suyo, cumple fácilmente ambos. Esto se obtiene solo con el admirable magisterio del Espíritu Santo dentro de la bodega. La virtud de la discreción yace sin el fervor de la caridad, y el fervor vehemente precipita sin el temperamento de la discreción. Por lo tanto, es loable aquel a quien no le falta ninguno: de modo que el fervor eleve la discreción y la discreción gobierne el fervor. Así debe ser el carácter de quien preside. Diría que es óptimo en costumbres y que ha aprehendido perfectamente la suma de esta disciplina, a quien se le ha concedido recorrer y circular por todas estas celdas sin tropiezo: que en nada se oponga a los superiores, ni envidie a los iguales, ni falte en el cuidado de los súbditos, ni presida con soberbia; obediente a los prelados, congruente con los compañeros, condescendiente útilmente con los súbditos: lo cual, sin duda, concedería como insignia de perfección a la esposa. Esto también lo insinúa el discurso que dijo, porque el rey me introdujo en sus bodegas, al mostrar que fue introducida no en una sola celda, sino en las bodegas en plural.

9. Vayamos ya al dormitorio. ¿Qué es esto? ¿Y me atrevo a saber qué es? No me atribuyo la experiencia de tan gran cosa, ni me glorío en la prerrogativa que se reserva solo a la bienaventurada esposa, cauteloso según aquello de los griegos, conocerme a mí mismo; para saber también con el Profeta, qué me falta (Sal. XXXVIII, 5). Sin embargo, si no supiera nada en absoluto, no diría nada. Lo que sé, no os lo envidio, ni lo oculto: lo que no sé, que os lo enseñe quien enseña al hombre la ciencia (Sal. XCIII, 10). Dije, y recordáis, que en el arcano de la contemplación teórica del rey debe buscarse el dormitorio. Pero así como sé que dije de los ungüentos, que hay muchos y diversos en poder del esposo, y no todos están disponibles para todos, sino que se otorgan a cada uno según la diversidad de los méritos: así también creo que el rey no tiene un solo dormitorio, sino varios. Pues no hay una sola reina, sino varias: y hay muchas concubinas, y no hay número de doncellas. Y cada una encuentra un secreto con el esposo, y dice: Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí (Is. XXIV, 16). No a todos se les da disfrutar en un solo lugar de la grata y secreta presencia del esposo, sino según lo que le ha preparado su Padre. No lo elegimos a él, sino que él nos eligió a nosotros, y nos puso; y donde cada uno ha sido puesto por él, allí está. Finalmente, una mujer compungida junto a los pies del Señor Jesús obtuvo un lugar (Luc. VII, 38) cuando otra encontró el fruto de su devoción en la cabeza (Mat. XXVI, 7), si es que fue otra. Por otra parte, Tomás en el costado, Juan en el pecho, Pedro en el seno del Padre, Pablo en el tercer cielo, alcanzaron la gracia de este secreto.

10. ¿Quién de nosotros puede distinguir dignamente estas variedades de méritos, o más bien de premios? Sin embargo, para que no parezca que hemos pasado por alto lo que sabemos [o hemos movido]; la primera mujer se estableció en la seguridad de la humildad; la segunda, en el trono de la esperanza; Tomás, en la solidez de la fe; Juan, en la amplitud de la caridad: Pablo, en lo íntimo de la sabiduría; Pedro, en la luz de la verdad. Así, pues, hay muchas mansiones con el esposo, y ya sea reina, concubina, o incluso del número de las doncellas, cada una recibe allí un lugar y un término adecuado a sus méritos, hasta que le sea permitido avanzar en la contemplación e ingresar en el gozo de su Señor, y explorar los dulces secretos del esposo. Lo cual, en su lugar, intentaré demostrar más distintamente, según él mismo se

digne sugerir. Ahora bien, basta saber que a ninguna de las doncellas, a ninguna de las concubinas, a ninguna de las reinas se le permite en absoluto el acceso a aquel secreto del dormitorio, que el esposo guarda para su paloma hermosa, perfecta, única. Por lo cual, ciertamente no me indigno si no soy admitido allí, especialmente cuando me consta que ni siquiera la esposa misma ha llegado aún a todo el secreto que desea. Finalmente, también pide que se le indique dónde apacienta, dónde reposa al mediodía (Cant. I, 6).

11. Pero escuchad hasta dónde he llegado, o he creído haber llegado. No debe considerarse jactancia lo que expongo para vuestro progreso. Hay un lugar con el esposo, desde donde decreta sus derechos, y dispone los consejos el mismo gobernador del universo, estableciendo leyes para toda criatura, peso, medida y número. Y este lugar es alto y secreto, pero de ningún modo tranquilo. Pues aunque él, en cuanto a sí mismo, dispone todas las cosas suavemente, sin embargo, las dispone; y no permite que el contemplador, que tal vez haya llegado a ese lugar, descanse; sino que, de manera maravillosa, aunque deleitable, fatiga al que indaga y admira, y lo hace inquieto. La esposa expresa bellamente ambos aspectos en lo que sigue, tanto el deleite de este tipo de contemplación como la inquietud, donde confiesa que duerme y su corazón vela (Cant. V, 2). Pues en el sueño de un estupor suavísimo y de una plácida admiración, siente descanso; pero en las vigilias de una curiosidad igualmente inquieta y de un ejercicio laborioso, experimenta fatiga. De aquí el bienaventurado Job: Si durmiera, dice, diría, ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde (Job. VII, 4). ¿Sientes en estas palabras que el alma santa quiere a veces declinar de algún modo la suavidad molesta, y de nuevo desear la misma molestia suave? Pues no habría dicho, ¿Cuándo me levantaré?, si le hubiera agradado por completo aquel descanso de su contemplación: pero si le hubiera desagradado por completo, no habría esperado de nuevo la hora del descanso, es decir, la tarde. Por tanto, este lugar no es el del dormitorio, donde de ningún modo se descansa completamente.

12. Hay también un lugar, desde donde sobre la criatura racional reprobada vigila una observación secretísima e inmóvil del justo juez de Dios, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Se contempla, digo, en este lugar a Dios, con su justo pero oculto juicio, sin borrar los males de los reprobados ni aceptar sus bienes; además, endureciendo sus corazones, para que no se arrepientan, se conviertan y él los sane. Y esto no sin una razón cierta y eterna, lo cual es tanto más temible cuanto más inmutablemente está fijado en la eternidad. Es muy de temer lo que leemos en el profeta sobre estos, donde Dios, hablando a sus ángeles, dice: Tengamos misericordia del impío. A lo que ellos, temerosos y preguntando, ¿No aprenderá entonces a hacer justicia? No, dice; añadiendo la causa: En la tierra de los santos actuó inicuamente; y no verá la gloria del Señor (Is. XXVI, 10). Que teman los clérigos, que teman los ministros de la Iglesia, que en las tierras de los santos que poseen, actúan tan inicuamente, que no contentos con los estipendios que deberían ser suficientes, retienen impía y sacrílegamente los superfluos con los que se debería sustentar a los necesitados; y no temen consumir en los usos de su soberbia y lujuria el sustento de los pobres, pecando con una doble iniquidad, porque despojan lo ajeno y abusan sacrílegamente de lo sagrado en sus vanidades y torpezas.

13. Por tanto, cuando a estos se les perdona y se les tiene misericordia en el presente, para que no se les perdone en la eternidad, cuyos juicios son un abismo profundo, ¿quién buscará descanso en este lugar? Esta visión tiene el temor del juicio, no la seguridad del dormitorio. Este lugar es terrible y carece totalmente de descanso. Me he estremecido por completo, si alguna vez he sido arrebatado a él, repitiendo con temor aquella sentencia: ¿Quién sabe si es digno de amor o de odio? (Ecl. IX, 1). No es de extrañar si yo tambaleo allí (una hoja llevada por el viento, y una paja seca (Job XIII, 25), donde también aquel gran contemplador confiesa

que sus pies casi se movieron, casi se deslizaron sus pasos; y decía: Me enojé contra los impíos, viendo la paz de los pecadores. ¿Por qué? Porque no están en el trabajo de los hombres, y no serán azotados con los hombres; por eso los ha tomado la soberbia (Sal. LXXII, 3-6), para que no se humillen al arrepentimiento, sino que sean condenados por la soberbia con el soberbio diablo y sus ángeles. Pues quienes no están en el trabajo de los hombres, ciertamente estarán en el trabajo de los demonios, dice el juez: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Sin embargo, este lugar también es de Dios, claramente no otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo. Aquí se dice que Dios es temido; aquí su nombre es santo y terrible, y como la entrada de la gloria: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX, 9, 10).

14. No te sorprenda que haya dado el principio de la sabiduría a este lugar y no al anterior. Allí, en un cierto auditorio suyo, escuchamos a la Sabiduría maestra enseñando sobre todas las cosas, aquí la recibimos; allí somos instruidos, pero aquí somos afectados. La instrucción hace doctos, la afección hace sabios. El sol no calienta a todos a quienes ilumina; así la Sabiduría enseña a muchos qué se debe hacer, pero no los enciende inmediatamente para hacerlo. Es una cosa saber de muchas riquezas, otra poseerlas; y no es la noticia la que hace rico, sino la posesión. Así, ciertamente, es una cosa conocer a Dios, y otra temerlo; y no es el conocimiento lo que hace sabio, sino el temor, que también afecta. ¿Llamarías sabio a quien su ciencia infla? ¿Quién llamaría sabios a aquellos, sino el más insensato, que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias? Yo más bien siento con el Apóstol, quien claramente pronuncia insensato su corazón (Rom. I, 21). Y bien, el principio de la sabiduría es el temor del Señor; porque entonces primero Dios sabe al alma, cuando la afecta para temer, no cuando la instruye para saber. Temes la justicia de Dios, temes su poder; y te sabe justo y poderoso Dios, porque el temor es sabor. Por lo demás, el sabor hace sabio, como la ciencia hace sabio, como las riquezas hacen rico. ¿Qué, pues, el lugar anterior? Solo prepara para la sabiduría. Allí te preparas para iniciarte aquí. La preparación es el conocimiento de las cosas. Pero esta fácilmente sigue al tumor de la elación, si no lo reprime el temor, de modo que con razón se diga: El principio de la sabiduría es el temor del Señor, que se opone primero a la peste de la insensatez. Allí, pues, hay un acceso a la sabiduría, aquí también una entrada. Pero ni aquí ni allí hay perfecta quietud para el que especula; porque allí Dios aparece como solícito, aquí como turbado. No busques, pues, el dormitorio en estos lugares, de los cuales uno parece más bien un auditorio del maestro, el otro un pretorio del juez.

15. Pero hay un lugar donde verdaderamente se ve a Dios descansando y en reposo; un lugar en absoluto, no de juez, no de maestro, sino de esposo: y que para mí, al menos, pues de otros no sé, ciertamente es un dormitorio, si alguna vez me ha tocado ser introducido en él. Pero, ¡ay! rara hora, y breve estancia. Allí se reconoce claramente la misericordia del Señor desde la eternidad, y hasta la eternidad sobre los que le temen. Y feliz quien puede decir: Soy partícipe de todos los que te temen, y de los que guardan tus mandamientos (Sal. CXVIII, 63). El propósito de Dios permanece, la sentencia de paz sobre los que le temen, disimulando sus males y recompensando sus bienes: de modo que de manera maravillosa, no solo los bienes, sino también los males cooperan para bien. ¡Oh, el único verdaderamente bienaventurado, a quien el Señor no imputará pecado! (Sal. XXXI, 2). Pues quien no ha tenido pecado, nadie. Todos han pecado, y todos necesitan la gloria de Dios (Rom. III, 23). ¿Quién acusará, sin embargo, contra los elegidos de Dios? (Rom. VIII, 33). Me basta para toda justicia tener solo propicio a aquel a quien solo he pecado. Todo lo que él mismo ha decidido no imputarme, es como si no hubiera sido. No pecar es justicia de Dios; la justicia del hombre, la indulgencia de Dios. Vi estas cosas, y entendí la verdad de aquella sentencia:

Todo el que ha nacido de Dios, no peca; porque la generación celestial lo guarda (I Juan III, 9). La generación celestial es la predestinación eterna, por la cual Dios amó y gratificó a sus elegidos en su amado Hijo antes de la constitución del mundo, apareciendo así santos ante él, para que vieran su virtud y su gloria, para que fueran partícipes de su herencia, de la cual también aparecieran conformes a su imagen. A estos, pues, advertí como si nunca hubieran pecado; porque aunque parezca que han cometido alguna falta en el tiempo, no aparecen en la eternidad; porque la caridad de su Padre cubre la multitud de pecados. Y dijo bienaventurados, cuyos pecados han sido perdonados, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. XXXI, 1); cuando de repente también surgió en mí una confianza tan grande sobre mí mismo y una alegría infundida, que ciertamente en el lugar del horror, es decir, en el lugar de la segunda visión, no había precedido tal temor, de modo que me pareció ser como uno de esos bienaventurados. ¡Oh, si hubiera durado! Visítame de nuevo, Señor, en tu salvación, para ver en la bondad de tus elegidos, para alegrarme en la alegría de tu pueblo (Sal. CV, 4, 5).

16. ¡Oh, lugar de verdadero descanso, y que no sin razón he considerado digno de la denominación de dormitorio! en el que Dios no se ve como turbado por la ira, ni como distraído por la preocupación; sino que se prueba su voluntad en él buena, agradable y perfecta. Esta visión no aterra, sino que deleita; no excita la curiosidad inquieta, sino que la calma; no fatiga los sentidos, sino que los tranquiliza. Aquí verdaderamente se descansa. Dios tranquilo tranquiliza todo; y mirar al que está en reposo, es descansar. Ver al rey después de las diurnas como disputas de causas forenses, despidiendo a las multitudes, declinando las molestias de las preocupaciones, buscando de noche un alojamiento, entrando en el dormitorio con los de paz, a quienes digna con este secreto y esta familiaridad, ciertamente más seguro cuanto más secreto, más sereno cuanto más plácido mirando solo a los que ama. En este arcano y en este santuario de Dios, si alguno de vosotros alguna vez ha sido arrebatado y escondido de tal manera que no lo distraiga ni perturbe ni el sentido actuante, ni la preocupación punzante, ni la culpa mordiente, ni ciertamente, lo que más difícilmente se aparta, las imágenes corporales que irrumpen; podrá ciertamente aquí, cuando regrese a nosotros, gloriarse y decir: El rey me introdujo en su dormitorio (Cant. I, 3). Sin embargo, si es el mismo del que se regocija la esposa, no lo afirmaría temerariamente. Sin embargo, es un dormitorio, y un dormitorio del rey; porque de los tres, que asignamos a la triple visión, solo este lugar se ha hecho en paz. Pues como se ha mostrado claramente, en el primero se percibe escasa, y en el segundo ninguna quietud: ya que allí apareciendo admirable, ejercita la curiosidad para indagar; y aquí, dándose a conocer terrible, sacude la debilidad. Pero en este tercer lugar, no se digna aparecer ni terrible, ni tan admirable como amable, sereno y plácido, suave y manso, y de mucha misericordia para todos los que lo miran.

17. Ahora, para que vuestra memoria retenga un compendio de lo que se ha discutido en un discurso más largo sobre la bodega, el jardín, el dormitorio; recordad tres tiempos, tres méritos, tres como premios. En el jardín advertid los tiempos, los méritos en la bodega, los premios en la triple contemplación de quien busca el dormitorio. Y de la bodega, estas cosas sean suficientes. Pero si sobre el jardín o el dormitorio hay algo que añadir, o algo diferente de lo que se ha dicho, que ahora se deba advertir, no lo pasemos por alto en su lugar. Si no, sean suficientes las cosas que se han dicho, y no se repitan, para que nunca, ¡Dios no lo quiera!, lleguen a ser fastidiosas las cosas que se pronuncian para alabanza y gloria del esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

1346 SERMO XXIV. Trata principalmente contra el detestable vicio de la detracción; y en qué consiste principalmente la rectitud del hombre.

1. Finalmente, hermanos, en este tercer regreso nuestro desde la Ciudad, un ojo más clemente desde el cielo nos ha mirado, y un rostro más sereno finalmente nos ha sonreído desde lo alto. La furia leonina ha cesado, la malicia ha llegado a su fin, la Iglesia ha recuperado la paz. Ha sido reducido a la nada ante sus ojos el maligno que durante casi ocho años la había perturbado con un cisma cruel. ¿Acaso seré devuelto a ustedes sin razón después de tantos peligros? He sido concedido a sus deseos, me preparo para sus progresos: vivo por sus méritos, deseo vivir por sus estudios y su salvación. Y lo que antes comenzaron a seguir en los Cánticos, lo acepto con gusto y considero más digno reparar el discurso interrumpido que comenzar algo nuevo. Sin embargo, temo que el ánimo desacostumbrado por el tiempo y mantenido distante por tanto tiempo, no solo a cosas tan diversas, sino también a cosas tan indignas, no permita que la dignidad de la materia, como corresponde, sea admitida. Pero si tengo algo, eso les doy; Dios podrá, incluso con mi fiel servicio, darme lo que no tengo para que lo dé. Si no; que se culpe al ingenio, no a la voluntad.

2. El lugar donde debemos comenzar, si no me equivoco, es este: Recti diligunt te. Antes de comenzar a explicarlo, veamos qué significa, de quién es, quién lo dice. Se nos exige algo que el autor no dice. Y tal vez mejor se lo damos a los jóvenes, para que lo añadan con sus propias palabras. Pues cuando dijeron: Exsultabimus et laetabimur in te, memores uberum tuorum super vinum (y no hay duda de que hablaban a la madre), en el discurso continuo también añaden esto: Recti diligunt te (Cant. I, 3). Creo que es por algunas de su número, que no pensaban lo mismo, aunque parecían correr juntas; que buscaban lo suyo y no caminaban con sencillez ni sinceridad, sino que envidiaban la gloria especial de la madre y buscaban ocasión para murmurar contra ella, precisamente porque ella sola había entrado en las bodegas. Lo cual no es otra cosa que lo que el Apóstol dice: Periculum in falsis fratribus (II Cor. XI, 26). Son ellas, en definitiva, a quienes, reprochándolas, se ve obligada a responder por sí misma, donde les dice: Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem (Cant. I, 4). Así que por las murmuradoras y blasfemadoras se dice por aquellas que son buenas, que son sencillas, que son humildes y mansas; por ellas, digo, se dice para consolar a la esposa: Recti diligunt te. No te preocupes, dicen, por la injusta reprensión de estas blasfemas, ya que está claro que Recti diligunt te. Buena consolación, cuando somos blasfemados por los malos haciendo el bien, si los rectos nos aman. Sin duda, basta contra la boca de los que hablan iniquidades, la opinión de los buenos con el testimonio de la conciencia. En el Señor se alabará mi alma, oigan los mansos, y se alegren. Mansos, dice, alegrense (Psal. XXXIII, 2). Que agrade a los mansos, y escucho con ecuanimidad cualquier cosa que la envidia de los perdidos quiera lanzar contra mí.

3. Por lo tanto, en este sentido creo que se aplica, Recti diligunt te. Y no absurdamente, según estimo: ya que casi en todas partes en el coro de las jóvenes se encuentran tales que observan curiosamente los actos de la esposa, con el fin de criticar, no de imitar. Se atormentan con los bienes de sus mayores, se alimentan de los males. Se les ve caminar aparte, reunirse y sentarse juntas, y pronto soltar lenguas atrevidas en detestables murmuraciones. Una se une a otra, y no hay respiro en ellas; tal es la lujuria de criticar, de escuchar al que critica. Inician familiaridades para maldecir, concordes para la discordia. Conciliando entre sí amistades enemistadas, y con un afecto de malignidad igualmente consentido, se celebra una odiosa conversación. No de otro modo actuaron en otro tiempo Herodes y Pilato, de quienes narra el Evangelio que se hicieron amigos en aquel día (Luc. XXIII, 12), es decir, en el día de la pasión del Señor. Reuniéndose así en uno, no es comer la cena del Señor, sino más bien beber el cáliz de los demonios; mientras con lenguas importunas el veneno de la perdición de otros, las orejas de otros reciben con gusto la muerte que entra. Así, según el profeta, entra la

muerte por nuestras ventanas (Jer. IX, 21), cuando con oídos y bocas que pican, nos esforzamos por ministrarnos mutuamente la copa letal de la detracción. No venga mi alma en el consejo de los que critican, porque Dios los odia, dice el Apóstol: Detractores Deo odibiles (Rom. I, 30). Escucha cómo Dios mismo confirma esta sentencia hablando en el salmo: Detrahentem, dice, proximo suo, hunc persequebar (Psal. C, 5).

4. Y no es de extrañar, ya que este vicio en particular se conoce por atacar y perseguir la caridad, que es Dios, más agudamente que los demás, como también ustedes pueden advertir. Todo el que critica, primero se delata a sí mismo vacío de caridad. Luego, ¿qué otra cosa intenta al criticar, sino que aquel a quien critica venga a ser odiado o despreciado por aquellos ante quienes critica? Por lo tanto, hiere la caridad en todos los que escuchan su lengua maliciosa, y en cuanto depende de él, la mata y extingue por completo: no solo eso, sino también en todos los ausentes, a quienes la palabra volando tal vez llegue a través de aquellos que están presentes. Ves cuán fácilmente y en breve una multitud ingente de almas puede ser infectada rápidamente por la corrupción de esta malicia. Por eso dice el espíritu profético de tales: Quorum os maledictione et amaritudine plenum est, veloces pedes eorum ad effundendum sanguinem (Psal. XIII, 3). Sin duda tan veloces como rápidamente corre la palabra. Uno es el que habla, y una sola palabra pronuncia; y sin embargo, esa única palabra, en un solo momento, mientras infecta los oídos de la multitud de oyentes, mata las almas. Pues el corazón amargo con el veneno de la envidia no puede esparcir sino amargura a través del instrumento de la lengua, dice el Señor: Ex abundantia cordis os loquitur (Luc. VI, 45). Y hay especies de esta peste, mientras algunos, en efecto, desnuda y descaradamente, como les viene a la boca, vomitan el veneno de la detracción; otros, sin embargo, con un cierto tinte de falsa modestia, intentan disimular la malicia concebida que no pueden retener. Se ven profundos suspiros preceder, y así con cierta gravedad y lentitud, con rostro triste, cejas caídas, y voz plañidera, sale la maldición, y tanto más persuasiva cuanto se cree por los que escuchan, que se pronuncia con corazón reacio, y más con afecto condoliente que malicioso. Digo, me duele mucho, porque lo amo bastante, y nunca pude corregirlo en este asunto. Y otro: A mí, dice, me constaba bien esto de él; pero por mí nunca se habría sabido. Pero ya que por otro se ha revelado el asunto, no puedo negar la verdad: lo digo con dolor, en verdad es así. Y añade: ¡Gran pérdida! pues en otras cosas ciertamente es valioso; pero en esta parte, para decir la verdad, no puede ser excusado.

5. Habiendo mencionado brevemente este vicio malignísimo, volvamos al orden de la explicación, y demostremos quiénes deben ser entendidos aquí como Recti. No creo que alguien de recta inteligencia sienta que se llaman rectos según el cuerpo a aquellos que aman a la esposa. Por lo tanto, debemos demostrar la rectitud espiritual, es decir, del alma o del corazón. Es el espíritu el que habla, comparando cosas espirituales con espirituales. Así que según el alma, no según la materia terrena y vil, Dios hizo al hombre recto. Pues lo creó a su imagen y semejanza (Gen. I, 27). Él mismo, como cantas: Rectus Dominus Deus noster, et non est iniquitas in eo (Psal. XCI, 16). Así que Dios recto hizo al hombre recto semejante a sí mismo, es decir, sin iniquidad, como no hay iniquidad en él. Ahora bien, la iniquidad es un vicio del corazón, no de la carne, para que sepas que en la porción espiritual de ti, y no en la sustancia gruesa y lodosa, debe conservarse o repararse la semejanza de Dios. Pues Dios es espíritu, y aquellos que quieren ser semejantes a él o perseverar, o hacerse, deben entrar al corazón, y en el espíritu llevar a cabo esa tarea: donde con el rostro descubierto contemplando la gloria de Dios, se transformen en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18).

6. Aunque también Dios dio al hombre la estatura recta del cuerpo; tal vez para que esta rectitud corporal del vil y exterior moldeado advirtiera al hombre interior, hecho a imagen de

Dios, de la rectitud espiritual que debe conservarse, y el decoro del barro reprochara la deformidad del alma. Pues, ¿qué es más indecente que tener un alma torcida en un cuerpo recto? Es una cosa perversa y fea que el vaso de barro, que es el cuerpo de tierra, tenga ojos hacia arriba, mire libremente al cielo, y se deleite con los luminares del cielo; mientras que la criatura espiritual y celestial arrastra sus ojos, es decir, sus sentidos internos y afectos, hacia la tierra abajo; y que debiendo ser nutrida en púrpura, se aferre al lodo, como una de las cerdas, y abrace el estiércol (Thren. IV, 5). Avergüénzate, alma mía, de haber cambiado la semejanza divina por la de un animal; avergüénzate de revolcarte en el fango, tú que eres del cielo. Avergüénzate, alma, dice el cuerpo, al considerarme. Creada semejante al Creador recta, también recibiste de mí una ayuda semejante a ti, ciertamente según los lineamientos de la rectitud corporal. A donde quiera que te vuelvas, ya sea hacia Dios arriba, ya sea hacia mí abajo (pues nadie odió jamás su propia carne), en todas partes te encuentras con la imagen de tu decoro, en todas partes tienes para el estado de tu dignidad una familiar advertencia de la sabiduría. Así que mientras yo retengo y conservo mi prerrogativa, que recibí por ti; ¿cómo no te avergüenzas de haber perdido la tuya? ¿Por qué el Creador ve en ti su semejanza abolida, mientras conserva la tuya en mí, y te la representa continuamente? Ya toda la ayuda que de mí se te debía, la has convertido en confusión para ti; abusas de mi servicio, indignamente habitas un cuerpo humano, espíritu bruto y bestial.

7. Almas de este tipo, por lo tanto, no pueden amar a la esposa, ya que no son amigas del esposo, siendo del mundo. Quien quiere, dice, ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios (Jac. IV, 4). Así que buscar y pensar en las cosas de la tierra es curvatura del alma; y por el contrario, meditar y desear las cosas de arriba es rectitud. Y para que sea perfecta, debe definirse en el sentido y el consentimiento. Llamaré recto al que siente rectamente en todo, y no disiente en sus acciones. La fe y la acción anuncian el estado del alma invisible. Juzga recto al que pruebas que es católico en la fe y justo en la obra. Si no, no dudes en considerarlo torcido. Así lo tienes: Si recte offers et recte non dividis, peccasti (Gen. IV, 7). Rectamente ofreces cualquiera de estas cosas, pero no rectamente las divides de otra. No seas un oferente recto y un divisor torcido. ¿Por qué divides la acción de la fe? Divides injustamente, matando tu fe: pues la fe sin obras está muerta (Jac. II, 20). ¿Ofreces a Dios un don muerto? Pues si el alma de la fe es la misma devoción, ¿qué es la fe que no obra por amor, sino un cadáver sin vida? ¿Honras bien a Dios con un don fétido? ¿aplacas bien al asesino de tu fe? ¿Cómo puede haber una ofrenda pacífica donde hay una discordia tan cruel? No es de extrañar que Caín se levantara contra su hermano, quien primero había matado su fe. ¿Por qué te sorprendes, oh Caín, si no mira a tus ofrendas quien te desprecia? (Gen. IV, 5.) Ni esto es de extrañar si no mira a ti, que estás tan dividido en ti mismo. Si das la mano a la devoción, ¿por qué das el alma a la envidia? No concilias a Dios contigo, discordante contigo mismo, no aplacas, sino que pecas; y aún no impíamente llevando, pero sin embargo no dividiendo rectamente. Aunque aún no eres fratricida, ya te tienes como asesino de la fe. ¿Acaso eres recto, incluso cuando extiendes la mano a Dios, cuyo corazón arrastra la envidia y el odio fraterno? ¿Cómo eres recto, cuya fe está muerta, cuya obra es muerte, cuya devoción es nula, mucha amargura? Había fe en el oferente, pero no amor en la fe; ofrenda recta, pero división cruel.

8. La muerte de la fe es la separación de la caridad. ¿Crees en Cristo? haz las obras de Cristo, para que tu fe viva. Que tu fe sea animada por el amor, probada por la acción. No incline la obra terrenal, a quien la fe celestial levanta. Quien dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo. Pero si buscas tu propia gloria, envidias al que florece, criticas al ausente, devuelves al que te hiere: esto no lo hizo Cristo. Confiesas conocer a Dios, pero lo niegas con tus hechos. No rectamente, claramente, sino impíamente has dado la lengua a Cristo, el alma

al diablo. Escucha, pues, lo que dice: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isa. XXIX, 13). No eres ciertamente recto, que divides tan incorrectamente. No puedes levantar la cabeza oprimida por el yugo del diablo. No puedes erguirte, a quien domina la iniquidad. Tus iniquidades han sobrepasado tu cabeza, y como carga pesada te han agobiado (Psal. XXXVII, 5). La iniquidad, en definitiva, se sienta sobre el talento de plomo (Zach. V, 7). Ves que no hace al hombre recto la fe incluso recta, que no obra por amor. Pero quien está sin amor, no tiene de dónde amar a la esposa. Pero tampoco las obras, aunque rectas, son suficientes para hacer recto el corazón sin fe. ¿Quién llamará recto al hombre que no agrada a Dios? Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebr. XI, 6). Quien no agrada a Dios, no puede agradar a Dios. Pues a quien agrada Dios, no puede desagradar a Dios. Por lo tanto, a quien no agrada Dios, tampoco la esposa de Dios. ¿Cómo, pues, es recto, quien no ama a Dios ni a la Iglesia de Dios, a quien se dice: Recti diligunt te? Si, por lo tanto, ni la fe sin obras, ni las obras sin fe son suficientes para la rectitud del alma; nosotros que creemos en Cristo, hermanos, esforcémonos por hacer rectos nuestros caminos y nuestros estudios. Levantemos nuestros corazones con nuestras manos a Dios, para que seamos hallados totalmente rectos, comprobando la rectitud de nuestra fe con actos rectos, amantes de la esposa, amados por el esposo Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXV. De la negrura y hermosura de la esposa, es decir, de la Iglesia.

1. He aquí lo que dije en el sermón, que la esposa se verá obligada a responder a las provocaciones de los celosos, que en cuerpo parecen ser del número de las jóvenes, pero en alma están lejos. Dice, en efecto: Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem (Cant. I, 4). Es evidente que le criticaban, reprochándole su negrura. Pero observa la paciencia y benignidad de la esposa. No solo no devolvió maldición por maldición, sino que además bendijo, llamando hijas de Jerusalén a las que más bien por su maldad merecían ser llamadas hijas de Babilonia, o hijas de Baal, o cualquier otro nombre de reproche que se le ocurriera. Ciertamente había aprendido del profeta, o más bien de la misma unción que enseña suavidad, que no se debe quebrar la caña cascada, ni apagar el pábilo que humea (Isa. XLII, 3). Por eso no pensó en irritar más a las ya bastante alteradas, ni añadir nada a los estímulos de la envidia que las atormentaba. Más bien, con aquellos que odian la paz, se esforzó por ser pacífica, sabiendo que también es deudora a los insensatos. Prefirió, pues, halagarlas con un término favorable, porque le preocupaba más la salvación de las enfermas que su propia venganza.

2. Esta perfección es deseable para todos; pero es especialmente la forma de los mejores prelados. Saben, en efecto, los buenos y fieles superiores, que se les ha confiado el cuidado de las almas enfermas, no la pompa. Y cuando descubren el murmullo interno de alguna de ellas por el indicio de una voz quejumbrosa, incluso si se desborda en insultos y contumelias contra ellos; reconociéndose médicos y no señores, se preparan de inmediato contra la frenesí del alma, no con venganza, sino con medicina. Esta es la razón por la que la esposa llama hijas de Jerusalén a aquellas que soporta como maliciosas y maldicientes: a saber, para calmar a las murmuradoras con un discurso amable, apaciguar la conmoción, sanar la envidia. Pues está escrito: La lengua pacífica apacigua las contiendas (Prov. XXV, 15). Sin embargo, en verdad son hijas de Jerusalén de alguna manera, y no falsamente las llama así la esposa. Ya sea por los sacramentos de la Iglesia, que reciben indistintamente con los buenos; ya sea por la confesión común de la fe, ya sea por la sociedad corporal de los fieles, o incluso por la esperanza de la futura salvación, de la cual no están completamente desesperadas mientras vivan aquí, por más desesperadamente que vivan; no incongruentemente se les llama hijas de Jerusalén.

3. Veamos ya qué significa decir: Nigra sum, sed formosa. ¿No hay contradicción en estas palabras? ¡De ninguna manera! Lo digo por los simples, que no saben distinguir entre color y forma, ya que la forma se refiere a la composición, la negrura es un color. No todo lo que es negro es inmediatamente deforme. La negrura, por ejemplo, en la pupila no desagrada; y algunas piedras negras en los ornamentos son agradables; y los cabellos negros en rostros blancos incluso aumentan el decoro y la gracia. Así también puedes fácilmente advertirlo en innumerables cosas. Aunque son innumerables las cosas que en la superficie encuentras descoloridas, en la composición son decorosas. De tal manera puede la esposa, con la belleza de la composición, no carecer de una mancha de negrura; pero ciertamente en el lugar de su peregrinación. De lo contrario, será cuando el esposo la presente a sí mismo gloriosa en la patria, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante. Pero ahora, si dijera que no tiene negrura, se engañaría a sí misma, y la verdad no estaría en ella. Por lo tanto, no te sorprendas de que haya dicho: Nigra sum, y nuevamente, no obstante, se gloríe de ser formosa. Pues, ¿cómo no ser formosa a quien se le dice: Ven, formosa mía? (Cant. II, 10.) A quien se le dice: Ven, aún no ha llegado, no sea que alguien piense que esto se dice, no a esta negra, que aún trabaja viniendo en el camino; sino a aquella bienaventurada, que ya sin negrura reina en la patria.

4. Pero escucha por qué se llama a sí misma negra y hermosa. ¿Acaso negra por la vida desordenada que antes llevaba bajo el príncipe de este mundo, llevando aún la imagen del hombre terrenal; y hermosa por la semejanza celestial que después adquirió, caminando ya en la novedad de vida? Pero si es así, ¿por qué no dice más bien del pasado, fui negra, y no soy negra? Sin embargo, si a alguien le agrada este sentido, lo que sigue, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón (Cant. I, 4), debe entenderse de tal manera que de la antigua vida se diga tienda de Cedar, y de la nueva, tienda de Salomón. Pues el profeta muestra que las cortinas son lo mismo que la tienda, diciendo: De repente fueron destruidas mis tiendas, de repente mis cortinas (Jerem. IV, 20). Primero, pues, negra, como las más viles tiendas de Cedar; después hermosa, como las cortinas del glorioso rey.

5. Pero veamos cómo ambos aspectos se refieren más bien al estado de una vida superior. Si consideramos el aspecto exterior de los santos, el que está en la cara, cuán humilde y despreciable es, y descuidado por cierta negligencia; mientras que, al mismo tiempo, contemplando con el rostro descubierto la gloria de Dios, se transforman en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18): ¿no parecerá con razón que cualquier alma así puede responder a quienes le reprochan su negrura: Soy negra, pero hermosa? ¿Quieres que te muestre un alma tanto negra como hermosa? Las cartas, dicen, son severas; pero la presencia corporal es débil, y el discurso despreciable (II Cor. X, 10). Ese era Pablo. Así que, hijas de Jerusalén, juzgáis a Pablo por la presencia corporal, y lo despreciáis como descolorido y deforme, porque veis a un hombrecillo afligido por el hambre y la sed, el frío y la desnudez, en muchos trabajos, en azotes más allá de lo debido, en muertes frecuentes (II Cor. XI, 23, 27). Estas son las cosas que ennegrecen a Pablo. Por estas cosas, el doctor de los gentiles es considerado sin gloria, ignoble, negro, oscuro; como un desecho de este mundo. Pero, ¿no es él quien es arrebatado al paraíso, quien, caminando de un lado a otro, penetra hasta el tercer cielo por su pureza? ¡Oh, verdaderamente hermosa alma! que, aunque habite un cuerpo débil, la belleza celestial no despreció admitir, la sublimidad angélica no rechazó, la claridad divina no repudió. ¿Decís que es negra? Negra es, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Negra a vuestro juicio, hermosa al juicio divino y angélico. Aunque sea negra, es exteriormente. Para sí misma, es de poca importancia ser juzgada por vosotros, o por aquellos que juzgan según la apariencia. Porque el hombre ve la apariencia, pero Dios mira el corazón (I Sam. XVI, 7). Por eso, aunque negra por fuera, es hermosa por dentro, para agradar a aquel

a quien se ha probado. No para vosotros: a quienes si aún agradara, no sería sierva de Cristo. Feliz negrura, que engendra la blancura de la mente, la luz del conocimiento, la pureza de la conciencia.

6. Escucha, pues, lo que Dios promete a través del profeta a estos negros, a quienes la humildad del arrepentimiento o el celo de la caridad, como el calor del sol, parece haber descolorido. Si vuestros pecados fueran como la grana, serán emblanquecidos como la nieve; y si fueran rojos como el carmesí, serán como lana blanca (Isa. I, 18). No debe despreciarse en los santos esta negrura exterior, que produce un candor interior, y por tanto prepara un asiento para la sabiduría. Porque el candor de la vida eterna es la sabiduría, como define el Sabio (Sab. VII, 26): y el alma debe ser blanca, en la que ella misma elija su asiento. Y si el alma del justo es el asiento de la sabiduría, sin duda diré que el alma del justo es blanca. Y tal vez la justicia misma es candor. Pero Pablo era justo, a quien le estaba reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 8). Por tanto, el alma de Pablo era blanca, y la sabiduría residía en ella, de modo que hablaba sabiduría entre los perfectos, sabiduría en misterio escondida, que ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Además, este candor de sabiduría y justicia en él, lo producía o lo merecía aquella negrura exterior de la presencia corporal débil, de muchos trabajos, de muchos ayunos y vigilias. Y por eso, lo que es negro en Pablo, es más hermoso que cualquier adorno exterior, incluso que cualquier esplendor regio. No se comparará con él cualquier belleza de la carne, ni la piel brillante y ardiente, ni el rostro coloreado cercano a la putrefacción, ni la vestidura preciosa sujeta a la vejez, ni la apariencia del oro, ni el brillo de las gemas, ni cualquier cosa semejante, que todas están destinadas a la corrupción.

7. Con razón, pues, todo el cuidado de los santos, despreciando el adorno y el culto superfluo de su hombre exterior, que ciertamente se corrompe, se dedica y ocupa con toda diligencia en embellecer y adornar aquel interior, que es a imagen de Dios, y se renueva de día en día. Porque están seguros de que nada puede ser más aceptable a Dios que su propia imagen, si ha sido restaurada a su decoro propio. Por eso, toda su gloria está dentro, no fuera; esto es, no en la flor de la hierba, ni en la boca del vulgo, sino en el Señor. Por eso dicen: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12): porque Dios es el único juez de la conciencia, a quien solo desean agradar; y agradar a quien es la única verdadera y suprema gloria. No es poca gloria la que está dentro, en la que se digna gloriarse también el Señor de la gloria, diciendo David: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV, 14). Y es más segura la gloria de cada uno, mientras la tiene en sí mismo, y no en otro. Pero no solo en el candor interior, sino también en la negrura exterior y exterior hay que gloriarse, para que nada se pierda en absoluto para los santos, sino que todo coopera para el bien. No solo, pues, en la esperanza, sino también gloriarse en las tribulaciones. Con gusto, dice, me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo. Deseable debilidad, que se compensa con el poder de Cristo. ¿Quién me dará no solo debilitarme, sino también ser despojado y desfallecer completamente de mí mismo, para ser fortalecido con el poder del Señor de los ejércitos? Porque el poder se perfecciona en la debilidad. Finalmente dice: Cuando soy débil, entonces soy fuerte y poderoso (II Cor. XII, 9, 10).

8. Siendo así, la esposa sabiamente convierte en gloria para sí lo que sus rivales le lanzan como reproche; gloriándose no solo de ser hermosa, sino también negra. No se avergüenza de la negrura, que sabe que precedió también en el esposo: ¿cuánta gloria es parecerse a él? No considera, pues, nada más glorioso que llevar el oprobio de Cristo. De ahí aquella voz de exultación y salvación: ¡Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de mi Señor Jesucristo! (Gál. VI, 14.) Agradable ignominia de la cruz para quien no es ingrato al Crucificado. Es negrura, pero forma y semejanza del Señor. Ve al santo Isaías, y te describirá cómo lo vio en

espíritu. ¿A quién más llama varón de dolores, y experimentado en sufrimientos; y que no tenía aspecto ni hermosura? Y añadió: Nosotros lo consideramos como leproso, herido de Dios, y humillado. Pero él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados; y por sus llagas fuimos sanados (Isa. LIII, 3, 5). He aquí por qué es negro. Añade también lo del santo David: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3); y tienes todo en el esposo, lo que la esposa de sí misma ha testificado en este lugar.

9. ¿No te parece que él mismo, según lo que se ha dicho, puede responder a sus rivales judíos: Soy negro, pero hermoso, hijos de Jerusalén? Negro ciertamente, a quien no había aspecto ni hermosura; negro, porque soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres, y desprecio del pueblo (Sal. XXI, 7). Finalmente, se hizo pecado (II Cor. V, 21): ¿y temeré llamarlo negro? Míralo ciertamente cubierto de harapos, lívido por las heridas, manchado de escupitajos, pálido por la muerte; y entonces, sin duda, lo confesarás negro. Pregunta también a los apóstoles, cómo lo vieron en el monte; o ciertamente a los ángeles, en quién desean mirar; y no obstante, lo admirarás hermoso. Por tanto, hermoso en sí mismo, negro por ti. ¡Cuán hermoso te reconozco en mi forma, Señor Jesús! no solo por los divinos milagros con los que resplandeces, sino también por la verdad, la mansedumbre y la justicia. Bienaventurado quien, observándote diligentemente en estas cosas, hombre entre los hombres, se ofrece a sí mismo, en la medida de sus fuerzas, como imitador tuyo. Este ya ha recibido el don de la bienaventuranza, las primicias de su dote; ni se niega a imitar lo que es hermoso en ti; ni se avergüenza de soportar lo que es negro. Por eso decía: Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén; y añadió la semejanza: Como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. Pero esto es oscuro, y no debe ser tocado por los fatigados. Tenéis tiempo para llamar. Si no os desanimáis, vendrá quien revela los misterios; y no tardará en abrir, quien invita a llamar. Porque él es quien abre, y nadie cierra (Apoc. III, 7), el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

1353 SERMO XXVI. En el que el beato Bernardo llora la muerte de su hermano Gerardo.

1. Como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón (Cant. I, 4). Aquí debemos comenzar, porque aquí terminó el sermón anterior. Esperáis escuchar qué significa esto, y cómo se adapta al capítulo tratado anteriormente, porque es una semejanza. Pues esto pudo haber sido añadido de tal manera que ambas partes de la semejanza respondan solo a lo que precedió allí: Soy negra. O también, que estas dos cosas se refieran a aquellas dos, es decir, cada una a cada una. Ese sentido es más simple, este más oscuro. Pero intentemos ambos: y primero este, que parece más difícil. Sin embargo, la dificultad no está en los dos primeros, sino solo en los dos últimos. Porque Cedar, que se interpreta como tinieblas, parece convenir claramente con la negrura; pero las cortinas de Salomón no tanto con la hermosura. Por otra parte, ¿quién no ve que las tiendas también concurren en la misma conveniencia? ¿Qué son las tiendas, sino nuestros cuerpos, en los que peregrinamos? Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII, 14). Y también militamos en ellas, como en tiendas; ciertamente los violentos arrebatan el reino. Finalmente, la vida del hombre sobre la tierra es una milicia (Job VII, 1); y mientras militamos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, es decir, de la luz. Porque el Señor es luz; y en cuanto alguien no está con él, en tanto está en tinieblas, esto es, en Cedar. Por tanto, reconozca su voz lamentable: ¡Ay de mí, porque se ha prolongado mi destierro! He habitado con los habitantes de Cedar, mucho tiempo ha sido mi alma extranjera (Sal. CXIX, 5, 6). Por tanto, esta morada de nuestro cuerpo no es la mansión de un ciudadano, ni la casa de un nativo; sino la tienda de un soldado, o el albergue de un viajero. Es, digo, este cuerpo una tienda, y una tienda de Cedar, que ciertamente priva al alma, como con su obstáculo, de la visión del inabarcable resplandor; y

no permite verla en absoluto, sino a través de un espejo y en enigma, no cara a cara (I Cor. XIII, 12).

2. ¿Ves de dónde la negrura de la Iglesia, de dónde cierta herrumbre se ha adherido incluso a las almas más bellas? De la tienda de Cedar, del ejercicio de la laboriosa milicia, de la duración del miserable destierro, de las angustias del exilio penoso, del cuerpo frágil y pesado; porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Por eso desean disolverse, para que, liberadas del cuerpo, vuelen a los abrazos de Cristo. Por eso una de las miserables decía gimiendo: ¡Desdichado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24.) Sabe ciertamente quien es así, que no puede en la tienda de Cedar estar libre de toda mancha o arruga, ni de alguna negrura; y desea salir, para poder despojarse de ella. Y esta es la razón por la que la esposa se llamó a sí misma negra como las tiendas de Cedar. Pero, ¿cómo hermosa, como las cortinas de Salomón? Pero siento algo sublime y sagrado envuelto en estas cortinas, que no me atrevería a tocar en absoluto, sino a la señal de aquel que las ha reservado y sellado. Pues he leído: El que escudriña la majestad, será abrumado por la gloria (Prov. XXV, 27). Por tanto, me abstengo y difiero. Mientras tanto, será vuestra preocupación obtener el favor con vuestras oraciones; para que regresemos a lo que requiere ánimos más atentos, con más alegría cuanto más confiados. Y tal vez el piadoso que llama encontrará lo que el temerario que escudriña no podría. Aunque también el dolor impone un fin, y la calamidad que sufro.

3. ¿Hasta cuándo disimulo, y el fuego que escondo dentro de mí mismo quema mi triste pecho, devora mis entrañas? Encerrado se extiende más ampliamente, arde más intensamente. ¿Qué tengo yo que ver con este cántico, que estoy en amargura? La fuerza del dolor aparta mi atención, y la indignación del Señor ha consumido mi espíritu. Pues, al haber sido privado de aquel por quien mis estudios en el Señor solían ser de alguna manera libres, mi corazón me ha abandonado. Pero hice violencia a mi alma, y disimulé hasta aquí; para que el afecto no pareciera vencer a la fe. Finalmente, mientras otros lloraban, yo, como pudisteis notar, seguí el funeral no deseado con ojos secos, estuve con ojos secos junto a la tumba, hasta que se completaron todos los ritos funerarios. Vestido con las vestiduras sacerdotales, completé las oraciones habituales sobre él con mi propia boca, arrojé tierra con mis manos sobre el cuerpo del amado, tierra que pronto será. Los que me miraban lloraban, y se maravillaban de que yo no llorara, cuando no a él, sino a mí, que lo había perdido, todos compadecían. Pues, ¿quién no se conmovería allí por mí, a quien vería sobrevivir a Gerardo? Pérdida común; pero no se consideraba en comparación con mi infortunio. Pero yo, con las fuerzas que podía de la fe, resistía al afecto, esforzándome, aunque a regañadientes, por no ser movido en vano por la atracción de la naturaleza, la deuda de la universalidad, el uso de la condición, el mandato del poderoso, el juicio del justo, el castigo del terrible, la voluntad del Señor. Por estas cosas siempre desde entonces y en adelante exigí de mí mismo no ceder mucho al llanto, aunque muy turbado y triste. No pude imponerme a la tristeza, quien pude al llanto; pero, como está escrito: Me turbaba, y no hablaba (Sal. LXXVI, 5). Pero el dolor reprimido echó raíces más profundamente dentro, haciéndose, como siento, más amargo, cuanto más no se le permitió salir. Confieso, he sido vencido. Debe salir lo que sufro dentro. Que salga, ciertamente, a los ojos de los hijos, que conociendo el daño, consideren el llanto más humano, consuelen más dulcemente.

4. Sabéis, hijos, cuán justo es mi dolor, cuán lamentable es mi herida. Veis, ciertamente, cómo un compañero me ha dejado en este camino por el que caminaba, cuán diligente en el trabajo, cuán amable en los modales. ¿Quién me era tan necesario? ¿a quién era yo igualmente querido? Era hermano por nacimiento, pero más hermano por religión. Lamentad,

os ruego, por mi causa, vosotros que conocéis estas cosas. Estaba enfermo de cuerpo, y él me llevaba; era débil de corazón, y él me fortalecía; perezoso y negligente, y él me despertaba; imprudente y olvidadizo, y él me recordaba. ¿A dónde me has sido arrebatado? ¿a dónde me has sido arrancado de las manos, hombre unánime, hombre según mi corazón? Nos amamos en vida; ¿cómo hemos sido separados en muerte? ¡Amarguísima separación! y que no podría haber sido efectuada sino por la muerte. ¿Cuándo me dejarías vivo estando vivo? Totalmente obra de la muerte, horrenda separación. ¿Quién no habría perdonado a un vínculo tan dulce de nuestro amor mutuo, sino la muerte, enemiga de toda dulzura? Bien muerte, que arrebatando a uno, furiosa mató a dos. ¿No es también muerte para mí? Más aún para mí, a quien ciertamente una vida más infeliz que cualquier muerte ha sido reservada. Vivo para morir viviendo; ¿y llamaría a esto vida? ¡Cuán más suavemente me privarías, oh austera muerte, del uso de la vida, que de su fruto! pues la vida sin fruto es una muerte más grave. Finalmente, al árbol infructuoso se le prepara un doble mal, el hacha y el fuego (Mat. III, 10). Por tanto, envidiando mis trabajos, alejaste de mí al amigo y cercano, por cuyo estudio principalmente eran, si alguna vez eran, fructuosos. Por tanto, me habría sido más conveniente arriesgar la vida, que tu presencia, oh Gerardo, quien eras el incitador solícito, el ayudante fiel, el examinador cauteloso de mis estudios en el Señor. ¿Por qué, os pregunto, nos amamos o nos perdimos? Dura condición, pero mi fortuna lamentable, y no la suya. Pues tú, querido hermano, si perdiste a los queridos, ciertamente recibiste a los más queridos. Pero, ¿qué consuelo me queda ya a mí, miserable, después de ti, mi único consuelo? La compañía de los cuerpos nos fue igualmente placentera por la concordia de los modales; pero solo a mí la separación me ha herido. Lo que fue placentero fue común; lo que es triste y lamentable, mío: en mí pasaron las iras, en mí se confirmó el furor. La presencia del uno al otro era grata a ambos, dulce la compañía, suave la conversación; pero yo perdí todas esas delicias de ambos, tú las cambiaste. Y ciertamente, con el cambio, mucha retribución.

5. ¡Cuánto interés de gozos y cúmulo de bendiciones nos falta hoy, hermano queridísimo! Ciertamente tienes reservada para ti la presencia de Cristo en lugar de mí; y no sientes la pérdida de tu ausencia de nosotros, mezclado con los coros de los ángeles. No hay, por tanto, razón para que te quejes de nuestra presencia como si te hubiera sido sustraída, a ti a quien el Señor de la majestad ha concedido en abundancia la compañía de los suyos. Pero, ¿qué puedo hacer yo por ti? ¡Cuánto desearía saber qué piensas ahora de mí, tu único, tambaleándome entre preocupaciones y penas, privado de ti, el bastón de mi debilidad! si es que aún te es permitido pensar en los miserables, habiendo entrado en el abismo de la luz, y absorbido en ese océano de felicidad eterna. Pues aunque nos conociste según la carne, ahora ya no nos conoces: y puesto que has entrado en las potencias del Señor, recuerdas solo su justicia, olvidado de nosotros. Sin embargo, quien se adhiere a Dios, es un solo espíritu (I Cor. VI, 17), y se transforma completamente en un afecto divino, y ya no puede sentir ni saber sino a Dios, y lo que Dios siente y sabe, lleno de Dios. Pero Dios es caridad, y cuanto más unido está uno a Dios, más lleno está de caridad. Por otra parte, Dios es impasible, pero no incompasivo, pues es propio de Él tener siempre misericordia y perdonar. Por lo tanto, también tú debes ser misericordioso, quien se adhiere al misericordioso, aunque ya no seas miserable: y aunque no padezcas, sin embargo, compadeces. Así pues, tu afecto no ha disminuido, sino que ha cambiado; y no porque te hayas revestido de Dios, te has despojado del cuidado por nosotros; pues también a Él le importa de nosotros (I Pedro V, 7). Has desechado lo que es débil, pero no lo que es piadoso. Finalmente, la caridad nunca falla (I Cor. XIII, 8): no me olvidarás para siempre.

6. Me parece oír a mi hermano diciendo: ¿Acaso puede una madre olvidar al hijo de su vientre? Aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré (Isa. XLIX, 15). No conviene en absoluto.

Sabes dónde estoy, dónde yago, dónde me dejaste; no hay quien extienda la mano. Ante cualquier cosa que surja, miro a Girardo como solía, y no está. ¡Ay! entonces gimo miserable, como un hombre sin ayuda. ¿A quién consultaré en las dudas? ¿En quién confiaré en las adversidades? ¿Quién llevará las cargas? ¿Quién alejará los peligros? ¿No eran los ojos de Girardo los que precedían mis pasos por todas partes? ¿No era tu pecho, Girardo, más conocido por mis preocupaciones que el mío propio, más familiarmente invadido, más intensamente urgido? ¿No era en tu lengua, aquella apacible y poderosa, que frecuentemente me rescatabas de las palabras del mundo, y me devolvías al silencio amigo? El Señor le había dado una lengua erudita, para que supiera cuándo debía pronunciar una palabra. Así, en la prudencia de sus respuestas, y en la gracia dada desde lo alto, satisfacía tanto a los de casa como a los de fuera, de modo que casi nadie me buscaba, si antes se encontraba con Girardo. Se adelantaba a los que llegaban, interponiéndose para que no interrumpieran de repente mi descanso. Si no podía satisfacer a algunos por sí mismo, los traía a mí, y a los demás los despedía. ¡Oh hombre industrioso! ¡Oh amigo fiel! Y cumplía con el amigo, y no faltaba a los deberes de la caridad. ¿Quién se fue de él con las manos vacías? Si era rico, recibía consejo; si pobre, ayuda. No buscaba lo suyo, quien se involucraba en las preocupaciones para que yo pudiera estar libre. Esperaba, como era muy humilde, un mayor fruto de mi tranquilidad que si él mismo estuviera libre. Sin embargo, a veces pedía ser liberado y ceder a otro que pudiera prever mejor. Pero, ¿dónde se encontraría tal persona? Y no se detenía en su deber por algún afecto caprichoso, como suele suceder, sino solo por la mirada de la caridad. Pues trabajaba más que todos, y recibía menos que todos; de modo que a menudo, mientras proporcionaba lo necesario a otros, él mismo carecía de muchas cosas, por ejemplo, de comida o ropa. Finalmente, cuando sintió que se acercaba su muerte, dijo: «Dios, tú sabes que en cuanto dependía de mí, siempre deseé la tranquilidad; dedicarme a mí mismo, estar libre para ti. Pero me retuvo el temor a ti, la voluntad de los hermanos, y el deseo de obedecer, sobre todo el amor genuino del abad y del hermano». Así es. Gracias a ti, hermano, por todo el fruto de mis estudios en el Señor, si es que hay alguno. Te debo si he progresado, si he sido útil. Tú te enredabas, y yo, gracias a ti, me sentaba libre, o ciertamente me ocupaba más santamente en los servicios divinos, o me dedicaba más útilmente a la enseñanza de los hijos. ¿Por qué no estaría seguro dentro, sabiendo que tú actuabas fuera como mi mano derecha, la luz de mis ojos, mi pecho, y mi lengua? Y ciertamente una mano incansable, un ojo sencillo, un pecho de consejo, una lengua que habla juicio, como está escrito: La boca del justo meditará sabiduría, y su lengua hablará juicio (Salmo XXXVI, 30).

7. Pero, ¿qué dije que actuaba fuera? como si Girardo no conociera lo interno, y careciera de dones espirituales. Los que lo conocieron espiritualmente saben cuánto sus palabras exhalaban espíritu. Saben los compañeros de habitación cuánto sus costumbres y estudios no sabían a carne, sino que ardían en espíritu. ¿Quién más riguroso que él en la custodia de la disciplina? ¿Quién más estricto en castigar su cuerpo, más elevado o sublime en la contemplación, más sutil en el discurso? Cuántas veces, discutiendo con él, aprendí lo que no sabía; y quien había venido a enseñar, más bien me iba enseñado. No es de extrañar en mi caso, cuando hombres grandes y sabios también testifican que les sucedió lo mismo con él. No conoció la literatura; pero tenía el sentido inventor de las letras, y tenía el Espíritu que ilumina. No solo en las cosas grandes, sino también en las pequeñas era grande. ¿Qué, por ejemplo, en edificios, en campos, jardines, aguas, en todas las artes u obras de los campesinos? ¿Qué, digo, en este tipo de cosas escapó al conocimiento de Girardo? Era fácilmente maestro de albañiles, carpinteros, agricultores, jardineros, zapateros y tejedores. Y aunque por el juicio de todos era más sabio que todos, no era sabio a sus propios ojos. Ojalá muchos, aunque menos sabios, no fueran más tocados por aquella maldición: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos! (Isa. V, 21). Hablo a los que saben estas cosas, y aún más y

mayores de las que se conocen de él. Sin embargo, me abstengo, porque es mi carne, y es mi hermano. Esto, sin embargo, añado con seguridad: me fue útil en todo, y sobre todo; fue útil en lo pequeño y en lo grande, en lo privado y en lo público, fuera y dentro. Con razón dependía totalmente de él, quien era todo para mí. Casi solo me dejó el honor y el nombre de proveedor: pues él hacía la obra. Yo era llamado abad, pero él presidía en la preocupación. Con razón mi espíritu descansaba en él, por quien podía deleitarme en el Señor, predicar más libremente, orar más seguro. Por ti, digo, hermano mío, mente sobria y descanso grato, palabra más eficaz, discurso más rico, lectura más frecuente y afecto más ferviente.

8. ¡Ay! Has sido arrebatado, y con ello todo esto. Contigo se han ido todas mis delicias y alegrías. Ya las preocupaciones irrumpen, ya las molestias golpean de un lado a otro, y las angustias por todas partes me han encontrado solo, solo me han dejado al irte, solo gimo bajo la carga. O debo dejarla, o ser aplastado, porque tú has retirado tus hombros. ¿Quién me dará morir pronto después de ti? Pues no quisiera por ti, ni privarte de tu gloria. Pero sobrevivirte, es trabajo y dolor. Viviré, mientras viva, en amargura; viviré en tristeza: y esta será mi consolación, ser afligido por el duelo. No me detendré; y ayudaré a la mano del Señor: porque la mano del Señor me ha tocado. Me ha tocado, digo, y me ha golpeado, no a él, a quien llamó al descanso; me ha matado, al cortarlo a él. ¿Acaso alguien diría que ha sido asesinado, quien ha sido plantado en la vida? Pero lo que para él fue la puerta de la vida, para mí es claramente la muerte; y diría que he muerto con esa muerte, no él que ha dormido en el Señor. Salid, salid, lágrimas que desde hace tiempo deseáis; salid, porque aquel que os obstruía el paso ha partido. Que se abran las cataratas de esta cabeza miserable; y que broten fuentes de aguas, si acaso bastan para lavar las manchas de las culpas, por las que merecí la ira. Cuando el Señor me haya consolado, entonces tal vez yo también merezca ser consolado, si no me detengo de la tristeza: porque los que lloran, ellos serán consolados (Mat. V, 5). Por eso, que todo santo se compadezca de mí, y en espíritu de mansedumbre quien es espiritual, soporte al que lamenta. Que mi duelo sea considerado con afecto humano, no con costumbre. Vemos, ciertamente, a los muertos llorar a sus muertos todos los días: mucho llanto, y ningún fruto. No culpamos el afecto, sino cuando excede el límite; sino la causa. Aquello es de la naturaleza, y su turbación es el castigo del pecado: esto es vanidad y pecado. Pues allí, si no me equivoco, solo se lloran las pérdidas de la gloria de la carne, las incomodidades de la vida presente. Y lloran los que así lloran. ¿Acaso yo así? Similar es mi afecto, pero otra es la causa, y diferente la intención. No tengo queja alguna de todas las cosas del mundo. En estas ciertamente que son de Dios, lamento la pérdida de una ayuda fiel, un consejo salvador. Lloro a Girardo: Girardo es la causa, hermano de carne, pero próximo en espíritu, compañero en propósito.

9. Mi alma se adhirió a su alma; y no fue la consanguinidad, sino la unanimidad la que hizo una de dos. Ciertamente no faltó el vínculo de la carne; pero más unió la sociedad del espíritu, el consenso de las almas, la conformidad de las costumbres. Así que, siendo un solo corazón y una sola alma, este mismo alma mía y suya fue atravesada por la espada, y al dividirse, colocó una parte en el cielo, y dejó una parte en el lodo. Yo, yo esa parte miserable que yace en el lodo, truncada de parte de sí misma, y de la parte mejor; y se me dice: ¿No llorarás? Mis entrañas han sido arrancadas de mí; y se me dice: ¿No sentirás? Siento, siento aunque no quiera, porque ni la fortaleza de las piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce; siento ciertamente y me duele, y mi dolor está siempre ante mí. No podrá acusarnos de dureza e insensibilidad aquel que golpea, como a aquellos de quienes dijo: Los herí, y no dolieron (Jer. V, 3). He confesado mi afecto, y no lo he negado. Alguien podría llamarlo carnal: yo no niego que sea humano, como tampoco niego que soy hombre. Si esto no es suficiente, tampoco negaré que sea carnal. Pues también yo soy carnal, vendido bajo el

pecado, destinado a la muerte, sujeto a penas y sufrimientos. No soy, lo confieso, insensible a las penas, temo mi muerte y la de los míos. Girardo era mío, ciertamente mío. ¿No era mío, quien fue hermano de sangre, hijo por profesión, padre por preocupación, compañero en espíritu, íntimo en afecto? Se ha ido de mí; siento, he sido herido, y gravemente.

10. Perdonadme, hijos: más bien, si sois hijos, sentid la pérdida paterna. Compadeceos de mí, compadeceos de mí, al menos vosotros, mis amigos, que ciertamente consideráis cuán graves cosas he recibido de la mano del Señor por mis pecados. Con la vara de su indignación me ha golpeado, dignamente por mis méritos, duramente por mis fuerzas. ¿Alguien diría que es leve vivir sin Girardo, sino quien ignora lo que Girardo era para mí? Sin embargo, no contradigo las palabras del santo; ni repruebo el juicio, por el cual cada uno ha recibido lo que merece: él, la corona que mereció; yo, el castigo que debía. ¿Acaso porque siento el castigo, repruebo la sentencia? Eso sería humano, esto impío. Humano, digo, y necesario es afectarse por los queridos, ya sea con deleite cuando están presentes, ya sea con molestia cuando están ausentes. No será ociosa la conversación social, especialmente entre amigos: y lo que el amor mutuo ha logrado en los presentes, lo indica el horror de la separación, y el dolor de los separados. Lloro por ti, Girardo queridísimo, no porque seas digno de llanto, sino porque has sido arrebatado. Y por eso tal vez debería llorar más bien por mí, que bebo el cáliz de la amargura. Y solo soy digno de llanto, porque solo bebo: no así tú. Solo yo sufro lo que suelen sufrir juntos los que se aman, cuando se pierden.

11. ¡Ojalá no te haya perdido, sino que te haya enviado por delante! ¡Ojalá al menos tarde o temprano te siga a dondequiera que hayas ido! No hay duda de que has ido a aquellos a quienes en medio de la última noche invitabas a alabar, cuando con rostro y voz de júbilo de repente estallaste en aquel salmo de David, asombrando a los que estaban presentes: Alabad al Señor desde los cielos, alabadle en las alturas (Salmo CXLVIII, 1). Ya para ti, hermano mío, en medio de la noche amanecía, y la noche se iluminaba como el día. Ciertamente esa noche fue tu iluminación en tus delicias. Fui llamado a ese milagro, a ver a un hombre exultante en la muerte, y burlándose de la muerte. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Ya no es aguijón, sino júbilo. Ya cantando muere el hombre, y muriendo canta. Eres usurpada para la alegría, madre del dolor; eres usurpada para la gloria, enemiga de la gloria; eres usurpada para la entrada al reino, puerta del infierno; y fosa de perdición, para la invención de la salvación: y eso por un hombre pecador. Justamente, porque tú injustamente usurpaste temerariamente poder sobre un hombre inocente y justo. Has muerto, oh muerte, y has sido perforada por el anzuelo que incauta tragaste, cuya voz es aquella en el profeta: Oh muerte, seré tu muerte; seré tu mordedura, infierno (Ose. XIII, 14). Perforada por ese anzuelo, a los fieles que pasan por tu medio les abres una salida ancha y alegre hacia la vida. Girardo no te teme, figura fantasmal. Girardo pasa por tus fauces hacia la patria, no solo seguro, sino también jubiloso y alabando. Cuando llegué, y ya había completado los últimos versos del salmo, me oyó, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46). Y repitiendo la misma frase, y frecuentemente repitiéndola: Padre, Padre, volviéndose hacia mí, con el rostro iluminado, dijo: «¡Cuánta dignación de Dios, ser el padre de los hombres! ¡Cuánta gloria de los hombres, ser hijos de Dios y herederos! Pues si hijos, también herederos». Así cantaba aquel a quien lloramos: en quien, confieso, mi duelo casi se convirtió en canto, mientras, atento a su gloria, casi olvido mi propia miseria.

12. Pero me devuelve a mí mismo el dolor punzante, y fácilmente de esa serena visión, como de un leve sueño, me despierta la ansiedad apremiante. Lloraré, pues, pero sobre mí, porque sobre él ya la razón lo prohíbe. Pues creo que, si se diera la oportunidad, ahora nos diría: No lloréis por mí, sino llorad por vosotros mismos. Con razón David lloró por su hijo parricida

(II Reg. XIX, 1), a quien sabía que perpetuamente se le había cerrado la salida del vientre de la muerte por el peso del crimen. Con razón por Saúl y por Jonatán (II Reg. I, 17); a quienes igualmente, una vez absorbidos, ya no se espera que emerjan. Y ciertamente resucitarán, pero no para vida; más bien para vida, para que vivos en la muerte mueran más infelices. Aunque sobre Jonatán puede no sin razón quedar en suspenso la sentencia. Pero aunque no tengo esa razón para llorar, no carezco de alguna. Lloro primero por mi propia herida, y por la pérdida de esta casa; lloro luego por las necesidades de los pobres, de los cuales Girardo era padre; lloro ciertamente también por todo el estado de nuestra orden y nuestra profesión, que tomaba no poco vigor de tu celo, consejo y ejemplo, Girardo; lloro finalmente, aunque no sobre ti, sin embargo por ti. De aquí, ciertamente, de aquí me afecta gravemente, porque amo intensamente. Y que nadie me moleste, diciendo que no debo afectarme así; cuando el benigno Samuel por el rey reprobado (I Reg. XVI, 1), y el piadoso David por su hijo parricida satisfacieron su afecto, y no en detrimento de la fe, no en deshonra del juicio supremo. Absalón, hijo mío, dijo el santo David, hijo mío Absalón (II Reg. XVIII, 33): y he aquí más que Absalón aquí. También el Salvador, viendo la ciudad de Jerusalén, y previendo su ruina, lloró sobre ella (Luc. XIX, 41). ¿Y yo no sentiré mi propia desolación presente? ¿No doleré por mi herida reciente y grave? Él lloró compadeciéndose, ¿y yo sufriendo no me atreveré? Y ciertamente en la tumba de Lázaro no reprendió a los que lloraban, ni los prohibió de llorar, además lloró con los que lloraban: Y lloró Jesús (Juan XI, 35). Aquellas lágrimas fueron ciertamente testigos de la naturaleza, no indicios de desconfianza. Pues inmediatamente salió a su voz el que estaba muerto, para que no pienses que el afecto doliente es un prejuicio para la fe.

13. Así tampoco nuestro llanto es señal de infidelidad, sino indicio de condición; ni porque lloro al ser golpeado, acuso al que hiere, sino que provoco la piedad, trato de inclinar la severidad. Por eso mis palabras están llenas de dolor, pero no de murmuración. ¿Acaso no he expresado lleno de justicia, que con el cumplimiento de una sola sentencia ha sido castigado quien debía, y coronado quien merecía? Y aún digo: Bien ha hecho en ambos el dulce y recto Señor. Misericordia y juicio cantaré para ti, Señor. Que te cante la misericordia que hiciste con tu siervo Girardo; que te cante el juicio que nosotros llevamos. En uno serás alabado como bueno, en el otro como justo. ¿Es solo alabanza de bondad? También es de justicia. Justo eres, Señor, y recto es tu juicio (Salmo CXVIII, 137). Tú diste a Girardo, tú lo quitaste: y si lamentamos su pérdida, no olvidamos que fue dado, y damos gracias por haber merecido tenerlo, de quien no queremos carecer en tanto que no conviene.

14. Recuerdo, Señor, mi pacto y tu misericordia, para que seas más justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado. Cuando por causa de la Iglesia el año pasado estábamos en Viterbo, aquel enfermó, y al agravarse su enfermedad, cuando ya parecía cercana su llamada, yo, llevando con gran pesar dejar a mi compañero de peregrinación, y a ese compañero en tierra extranjera, sin poder entregarlo a quienes me lo habían confiado, ya que era amado por todos, pues era muy amable; volví a la oración con llanto y gemido: Espera, digo, Señor, hasta el regreso. Restituido a los amigos, llévatelo ya, si quieres, y no me quejaré. Me escuchaste, Dios: se recuperó, cumplimos la obra que nos habías encomendado, regresamos con júbilo trayendo gavillas de paz. Sin embargo, casi he olvidado mi convenio, pero tú no. Me avergüenzan estos sollozos, que me acusan de prevaricación. ¿Qué más? Reclamaste al encomendado, recibiste lo tuyo. Las lágrimas ponen fin a las palabras; tú, Señor, les has impuesto fin y medida.

1360 SERMON XXVII. Sobre el adorno de la esposa, y cómo se dice que el alma santa asciende al cielo.

1. Como hemos acompañado con los debidos oficios de humanidad al amigo que regresa a la patria, vuelvo, hermanos, al propósito de edificar lo que había interrumpido. Pues es incongruente llorar mucho tiempo al que se alegra; y es inoportuno derramar muchas lágrimas sobre el que se sienta a la mesa. Pero incluso si lloramos nuestras desgracias, tampoco es conveniente hacerlo en exceso, no sea que parezca que no lo amamos a él, sino que buscábamos nuestro propio beneficio de él. Que el gozo del amado modere la tristeza de los desolados; y que nos sea más tolerable que no esté con nosotros, porque está con Dios. Confiado, pues, en vuestras oraciones, quiero sacar a la luz, si puedo, lo que sea eso que siento cubierto por aquellas pieles, que se han presentado como ejemplo del adorno de la esposa. Esto, si lo recordáis [o, como recordáis], fue tocado, pero quedó sin discutir: sin embargo, discutido y declarado, cómo es negra como las tiendas de Cedar. ¿Cómo, pues, es hermosa como las pieles de Salomón (Cant. I, 4), como si Salomón en toda su gloria tuviera algo digno del adorno de la esposa y de la gloria de su ornamento? Y ciertamente, si no dijéramos que estas pieles miran al adorno de la esposa, sino más bien a la negrura, como las tiendas de Cedar, tal vez sería adecuado, y no faltaría de dónde mostrar que eso es congruente, como también lo mostraremos. Pero si pensamos que el adorno de cualquier piel debe compararse con la claridad de la esposa, aquí ciertamente necesitamos la ayuda de aquel a quien habéis llamado, para que podamos dignamente abrir este misterio. Pues, ¿qué de lo que brilla en la superficie, si se compara con la belleza interna de algún alma santa, no parecerá vil y feo al justo evaluador? ¿Qué, digo, muestra en sí la figura pasajera de este mundo, que pueda igualar la apariencia de aquella alma, que despojada de la vejez del hombre terrenal, se viste con el adorno de aquel que es del cielo, adornada con las mejores costumbres como joyas, más pura que el mismo éter, más resplandeciente que el sol? No mires, pues, a este Salomón, cuando deseas indagar de qué tipo de pieles se gloría la esposa en su adorno.

2. ¿Qué es, pues, lo que dice: Soy hermosa como las pieles de Salomón? Algo grande y maravilloso, según estimo: si, sin embargo, no miramos a este, sino a aquel de quien se dice: Aquí hay más que Salomón (Mat. XII, 42). Pues tanto es mi Salomón, que no solo se le llama pacífico (que es lo que Salomón significa), sino también paz misma, según Pablo testifica que él es nuestra paz (Efes. II, 14). En este Salomón no dudo que se pueda encontrar algo que no dude en comparar con el adorno de la esposa. Y especialmente de sus pieles advierte en el Salmo: Extiende, dice, el cielo como una piel (Sal. CIII, 2). No fue ciertamente aquel Salomón, aunque muy sabio y muy poderoso, quien extendió el cielo como una piel; sino más bien aquel que no es tanto sabio como la misma Sabiduría, él ciertamente lo extendió y lo creó. De él, y no de aquel, es esa voz: Cuando preparaba los cielos, sin duda Dios Padre, yo estaba allí. Sin duda estaba presente con el que preparaba los cielos su poder y su sabiduría. Y no pienses que estaba presente ociosa, como para solo observar, porque dijo, estaba allí, no también, preparaba. Mira un poco más abajo, y encontrarás que claramente añade, porque estaba con él componiendo todas las cosas (Prov. VIII, 27-30). Finalmente dice: Porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Juan V, 19). Y él también extendió el cielo como una piel. Hermosísima piel, que a modo de una gran tienda cubriendo toda la faz de la tierra, con la variedad del sol, la luna y las estrellas, deleita tan espectacularmente la vista humana. ¿Qué hay más hermoso que esta piel? ¿Qué más adornado que el cielo? Sin embargo, de ninguna manera debe compararse con la gloria y el adorno de la esposa, sucumbiendo en eso mismo, que esta figura suya también pasa, como corporal, y sujeta a los sentidos corporales. Pues lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 18).

3. Pero hay una cierta especie racional de la esposa, y una figura espiritual; y ella misma es eterna, porque es imagen de la eternidad. Su adorno, por ejemplo, es la caridad, y la caridad, como leéis, nunca falla (I Cor. XIII, 8). Ciertamente es también justicia: Y su justicia, dice, permanece para siempre (Sal. CXI, 3). También es paciencia; y leéis igualmente que la paciencia de los pobres no perecerá para siempre (Sal. IX, 19). ¿Qué de la pobreza voluntaria? ¿Qué de la humildad? ¿No es una la que merece el reino eterno (Mat. V, 3), y la otra igualmente la exaltación eterna? (Luc. XIV, 11.) También se refiere al temor del Señor santo, que permanece para siempre (Sal. XVIII, 10). Así la prudencia, así la templanza, así la fortaleza, y si hay otras virtudes, ¿qué son sino ciertas perlas en el adorno de la esposa, resplandeciendo con perpetuo esplendor? Perpetuo, digo, porque son la sede y el fundamento de la perpetuidad. Pues no hay lugar en el alma para la vida perpetua y bienaventurada, sino mediando e interponiéndose las virtudes. Por eso el Profeta a Dios, que ciertamente es vida bienaventurada: Justicia, dice, y juicio son la preparación de tu trono (Sal. LXXXVIII, 15). Y el Apóstol dice: Que Cristo habite, no de cualquier manera, sino señaladamente por la fe en nuestros corazones (Efes. III, 17). También al Señor que iba a montar sobre un asno, sus discípulos extendieron sus vestiduras (Mat. XXI, 7, 8); significando que el Salvador o la salvación no se sienta en un alma desnuda, que no encuentre vestida con la doctrina y las costumbres de los apóstoles. Y por eso la Iglesia, teniendo la promesa de la futura felicidad, cuida mientras tanto de prepararse y adornarse en vestidura dorada, rodeada de la variedad de gracias y virtudes, para que sea hallada digna y capaz de la plenitud de la gracia.

4. Sin embargo, a esta tan hermosa variedad espiritual, que recibió por ahora de la primera estola en una vestidura de su santificación, de ninguna manera yo compararía en adorno este cielo visible y corporal, aunque en su género ciertamente es muy hermoso por la variedad estelar. Pero hay un cielo de cielos, del cual el Profeta dice: Cantad al Señor, que asciende sobre el cielo de los cielos al oriente (Sal. LXVII, 33, 34). Y este cielo es intelectual y espiritual: y quien hizo los cielos con entendimiento (Sal. CXXXV, 5), lo creó y lo estableció para siempre, y él mismo lo habita. No pienses que la devoción de la esposa queda por debajo de ese cielo, en el que sabe que habita su amado: porque donde está su tesoro, allí también está su corazón (Mat. VI, 21). Ciertamente emula a los que asisten al rostro al que suspira, y a quienes por ahora no puede asociarse viendo, se esfuerza por conformarse viviendo, clamando más con las costumbres que con las voces: Señor, he amado el adorno de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria (Sal. XXV, 8).

5. De este cielo ciertamente no considera indigno tomar similitud. Este extendido como una piel, no por espacios de lugares, sino por afectos de almas; este distinguido por las maravillosas y diversas obras del artífice. Las divisiones, sin embargo, no son de colores, sino de bienaventuranzas. Pues a unos puso ángeles; a otros, arcángeles; a otros, virtudes; a otros, dominaciones; a otros, principados; a otros, potestades; a otros, tronos; a otros, querubines, y a otros, serafines. Así está estrellado este cielo; así está pintada esta piel. Esta es una de las pieles de mi Salomón, y esta es la principal en todo el adorno de su multiforme gloria. Pero esta gran piel tiene en sí muchas pieles igualmente de Salomón, ya que cada bienaventurado y santo que está allí es ciertamente una piel de Salomón. Pues son benignos y extendidos en caridad, alcanzando hasta nosotros, a quienes no envidian la gloria que tienen, sino que la desean; tanto que no se gravan en demorarse entre nosotros por esta razón, solícitos por nosotros, y cuidando de nosotros, todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación (Hebr. 1, 14). Por lo cual, así como el cielo de los cielos se dice singularmente de toda aquella multitud reunida de bienaventurados; así también los cielos de los cielos por cada uno, que ciertamente son cielos, se nombran, y a cada uno le corresponde lo que se dice: Extendiendo el cielo como una piel (Sal. CIII, 2).

Creo que ves cuáles son esas pieles, y de qué Salomón son, de cuya similitud se gloría la esposa.

6. Ahora contemplad su gloria, que se compara al cielo, y a ese cielo, que es tanto más glorioso cuanto más divino. Y no sin razón usurpa de allí la similitud, de donde toma su origen. Pues si por el cuerpo, que tiene de la tierra, se asemeja a las tiendas de Cedar, ¿por qué no también por el alma, que es del cielo, se gloría de ser igualmente semejante al cielo, especialmente cuando la vida testifica el origen, testifica la dignidad de la naturaleza y de la patria? Adora y cultiva a un solo Dios, como los ángeles, ama a Cristo sobre todas las cosas, como los ángeles, es casta, como los ángeles, y eso en carne de pecado y cuerpo frágil, lo que no los ángeles, finalmente busca y saborea lo que está entre ellos, no lo que está sobre la tierra. ¿Qué más evidente insignia de origen celestial, que retener la semejanza innata, y en la región de la disimilitud, la gloria de la vida célibe en la tierra, y ser usurpada por el exiliado, en un cuerpo finalmente casi bestial vivir como un ángel? Estas son cosas de poder celestial, no terrenal, y lo que verdaderamente es del cielo el alma que puede estas cosas, lo indica claramente. Escucha, sin embargo, más claramente: Vi, dice, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, preparada por Dios, como una esposa adornada para su esposo; y añadió: Y oí una gran voz del trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos (Apoc. XXI, 2, 3). ¿Para qué? Creo que para adquirir para sí una esposa de entre los hombres. ¡Cosa admirable! Venía a la esposa, y sin esposa no venía. Buscaba una esposa, y la esposa estaba con él. ¿Acaso eran dos? ¡De ninguna manera! Porque una es, dice, mi paloma. Pero así como quiso hacer uno de diversos rebaños de ovejas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16), así teniendo una esposa adherida a él desde el principio, la multitud de ángeles, le agradó también convocar de entre los hombres a la Iglesia, y unirla a aquella que es del cielo, para que sea una esposa, y un esposo. Por lo tanto, con esta añadida, aquella es perfecta, no duplicada, y reconoce de sí misma lo dicho: Una es mi perfecta (Cant. VI, 8). Pero una la hace la conformidad, ahora en una devoción similar, después en una gloria igual.

7. Tienes, pues, ambos del cielo, tanto al esposo, Jesús, como a la esposa, Jerusalén. Y él, para ser visto, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre (Filip. II, 7). Pero aquella, ¿en qué forma o especie, o en qué hábito, creemos, la vio descender aquel que la vio? ¿Acaso en la multitud de ángeles, que vio descender y ascender sobre el Hijo del hombre? (Juan I, 51). Pero mejor decimos que vio a la esposa entonces, cuando vio al Verbo en carne, reconociendo a dos en una sola carne. Pues mientras ese santo Emmanuel trajo a la tierra la enseñanza de la disciplina celestial, mientras una cierta imagen visible de aquella Jerusalén superior y de su adorno nos fue expresada y conocida en él y por él: ¿qué sino en el esposo vimos a la esposa, admirando al mismo Señor de la gloria, y al esposo adornado con corona, y a la esposa adornada con sus joyas? Él, pues, que descendió, es también el que ascendió, para que nadie suba al cielo, sino el que descendió del cielo, uno y el mismo Señor, y esposo en la cabeza, y esposa en el cuerpo. No en vano fue visto en la tierra como hombre celestial, cuando de los terrenales hizo a muchos celestiales semejantes a él, para que sea lo que se lee: Como el celestial, tales también los celestiales (I Cor. XV, 48). Desde entonces, pues, se vive en la tierra al modo de los celestiales, mientras a semejanza de aquella bienaventurada y superior criatura, esta también, que vino de los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, se adhiere con amor casto al varón celestial, y aunque aún no como aquella unida por la apariencia, sin embargo desposada por la fe, según la promesa de Dios diciendo por el profeta: Te desposaré conmigo en misericordia y compasiones, y te desposaré conmigo en fe (Ose. II, 19). Por eso se esfuerza más y más por conformarse a la forma que vino del cielo, aprendiendo de ella a

ser modesta y sobria, aprendiendo a ser casta y santa, aprendiendo a ser paciente y compasiva, finalmente aprendiendo a ser mansa y humilde de corazón. Y por eso con costumbres de este tipo se esfuerza por agradar incluso ausente a aquel en quien los ángeles desean mirar, para que mientras arde con deseo angélico, pruebe ser por tanto ciudadana de los santos, y doméstica de Dios, pruebe ser amada, pruebe ser esposa.

8. Yo creo que toda alma tal no solo es celestial por el origen, sino que también puede no sin razón ser llamada cielo por la imitación. Y entonces claramente muestra que verdaderamente su origen es de los cielos, cuando su conversación está en los cielos. Es, pues, cielo un alma santa, teniendo al sol como intelecto, a la luna como fe, a las estrellas como virtudes. O ciertamente el sol, el celo de la justicia o la caridad ferviente; y la luna la continencia. Pues así como la claridad, dicen, de la luna no es sino del sol, así sin caridad o justicia el mérito de la continencia no es nada. De ahí el Sabio: ¡Oh cuán hermosa es, dice, la generación casta con caridad! (Sab. IV, 1). Por lo tanto, no me arrepiento de haber dicho que las virtudes son estrellas, considerando la congruencia de la similitud. Así como las estrellas brillan en la noche, se ocultan en el día, así la verdadera virtud, que a menudo no aparece en la prosperidad, resplandece en la adversidad. Esto ciertamente es de cautela, aquello de necesidad. Por lo tanto, la virtud es estrella, y el hombre de virtudes, cielo. A menos que alguien, al leer que Dios dijo por el profeta: El cielo es mi trono (Isa. LXVI, 1); piense que se refiere a este cielo voluble y visible, y no más bien a aquel, del cual en otro lugar la Escritura menciona más claramente: El alma del justo es sede de la sabiduría. Pero quien, según la doctrina del Salvador, sabe que Dios es espíritu, y debe ser adorado en espíritu (Juan IV, 24); tampoco duda en asignarle una sede espiritual. Yo ciertamente lo haría confiadamente, no menos en el espíritu del hombre justo, que en el espíritu angélico. Me confirma en este sentido especialmente aquella fiel promesa: Yo y el Padre, dice el Hijo, vendremos a él, es decir, al hombre santo, y haremos morada en él (Juan XIV, 23). Tampoco creo que el profeta haya dicho de otro cielo: Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel (Sal. XXI, 4). Manifiestamente, el Apóstol dice que Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Efes. III, 17).

9. Y no es de extrañar, si el Señor Jesús habita gustosamente este cielo, que ciertamente, no como los demás, dijo solamente para que fuera hecho, sino que luchó para adquirirlo, murió para redimirlo. Por eso, después del trabajo, habiendo obtenido su deseo, dice: Este es mi descanso para siempre; aquí habitaré, porque lo he elegido (Sal. CXXXI, 14). Y bienaventurada a quien se le dice: Ven, mi elegida, y pondré en ti mi trono. ¿Por qué estás triste ahora, oh alma mía, y por qué me turbas? ¿Acaso piensas que también tú encontrarás lugar para el Señor en ti? ¿Y quién de nosotros tiene un lugar en nosotros adecuado para esta gloria, suficiente para la majestad? Ojalá al menos merezca adorar en el lugar donde estuvieron sus pies. ¿Quién me dará al menos adherirme a las huellas de alguna alma santa, que él eligió para su morada? Sin embargo, si se digna infundir también mi alma con la unción de su misericordia, y así extenderla como una piel, que ciertamente cuando se unge se dilata, para que también yo pueda decir: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón (Sal. CXVIII, 32); podré también yo quizás mostrar en mí mismo, aunque no un gran aposento preparado, donde pueda recostarse con sus discípulos; al menos donde al menos recline su cabeza. Desde lejos contemplo ciertamente a aquellos bienaventurados, de quienes se dice: Y habitaré en ellos, y andaré en ellos (II Cor. VI, 16).

10. ¡Oh, cuán grande es la amplitud de esa alma, cuán grande es también la prerrogativa de sus méritos, que se encuentra digna de recibir la presencia divina y es capaz de contenerla! ¿Qué decir de aquella que tiene espaciosos lugares para deambular, para la obra de la

majestad? Ciertamente no está enredada en causas forenses ni en preocupaciones mundanas, ni entregada al vientre y a la lujuria; tampoco es curiosa de ver, ni ávida de dominar, ni hinchada por el dominio. Es necesario que el alma esté vacía de todas estas cosas para que se convierta en cielo y morada de Dios. De lo contrario, ¿cómo podrá vacar y ver que Él es Dios? Además, no se debe consentir en absoluto el odio, la envidia o el rencor, porque la sabiduría no entrará en un alma maliciosa (Sab. I, 4). Luego, es necesario que crezca y se dilate para ser capaz de Dios. Su amplitud es su amor, como dice el Apóstol: "Dilatad vuestros corazones en la caridad" (II Cor. VI, 13). Aunque el alma, siendo espíritu, no recibe cantidad corporal, la gracia le confiere lo que la naturaleza le niega. Crece y se extiende, pero espiritualmente; crece no en sustancia, sino en virtud; crece en gloria; crece también en templo santo en el Señor; crece finalmente y progresa hasta el hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo (Efes. IV, 13). Por tanto, la cantidad de cada alma se estima por la medida de la caridad que posee, de modo que, por ejemplo, la que tiene mucha caridad es grande; la que tiene poca, pequeña; y la que no tiene nada, nada, como dice Pablo: "Si no tengo caridad, nada soy" (I Cor. XIII, 3). Pero si comienza a tener aunque sea un poco, de modo que al menos se preocupe por amar a quienes la aman, y saludar a sus hermanos y a quienes la saludan, ya diría que esa alma es algo, que al menos retiene la caridad social en la razón de dar y recibir. Sin embargo, según el dicho del Señor, ¿qué hace más? (Mat. V, 47). No consideraría, por tanto, amplia ni grande, sino claramente estrecha y pequeña, el alma que conozco de tan poca caridad.

11. Pero si crece y progresa, de modo que, al pasar el límite de este amor estrecho y servil, aprehende con toda libertad de espíritu los amplios confines de la bondad gratuita, extendiéndose a todo prójimo con un amplio seno de buena voluntad, amando a cada uno como a sí misma; ¿no se le dirá ya con razón: "¿Qué haces más?", puesto que se hace a sí misma tan amplia? Lleva, digo, un amplio seno de caridad, que abarca a todos, incluso a aquellos con quienes no se conoce unida por ningún vínculo de carne, no atraída por la esperanza de recibir algún beneficio, no obligada por ninguna retribución percibida, no atada en absoluto por ninguna deuda, salvo aquella, ciertamente, de la que se dice: "No debáis nada a nadie, sino amaros unos a otros" (Rom. XIII, 8). Pero si además te esfuerzas por hacer violencia al reino de la caridad, para que puedas prevalecer como un piadoso invasor hasta ocupar sus últimos términos, considerando que no debes cerrar las entrañas de la piedad ni siquiera a los enemigos; hacer el bien también a los que te odian, orar por los que te persiguen y calumnian, y esforzarte por ser pacífico incluso con los que odian la paz: entonces, ciertamente, la amplitud del cielo es la amplitud de tu alma; y la altura no es diferente, ni la belleza disímil; y se cumple en ella lo que se dice: "Extiende el cielo como una piel" (Sal. CIII, 2): en el cual, ya de maravillosa amplitud, altura y belleza, el sumo e inmenso y glorioso no solo habita dignamente, sino que también deambula espaciosamente.

1365 12. ¿Ves qué cielos tiene en sí la Iglesia, siendo ella misma, en su universalidad, un gran cielo, extendido de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra? Observa también, en consecuencia, a quién y en esto mismo se asemeja, si no se te ha olvidado lo que poco antes se mencionó como ejemplo de esto, a saber, del cielo del cielo, y de los cielos de los cielos (Supra num. 9). Así, a ejemplo de aquella que está arriba, nuestra madre, esta que aún peregrina, tiene sus cielos, hombres espirituales, conspicuos en vida y opinión, puros en fe, firmes en esperanza, amplios en caridad, suspendidos en contemplación. Y estos, lloviendo la lluvia de la palabra salvadora, truenan con reprensiones, resplandecen con milagros. Estos narran la gloria de Dios, estos extendidos como pieles sobre toda la tierra, muestran en sí mismos la ley de vida y disciplina escrita con el dedo de Dios, para dar

conocimiento de salvación a su pueblo: muestran también el Evangelio de la paz, porque son pieles de Salomón.

13. Reconoce ya en estas pieles la imagen de aquellas celestiales, que en el ornato del esposo se describían no mucho más arriba (Supra num. 3). Reconoce igualmente a la reina que está a su derecha, vestida con ornamentos similares, aunque no iguales (Sal. XLIV, 10). Pues aunque también en este lugar de su peregrinación, y en el día de su poder, en los esplendores de los santos, no es pequeña la porción de claridad y decoro; sin embargo, la integridad y consumación de la gloria de los bienaventurados la corona de manera diferente. Aunque también diría que la esposa es perfecta y bienaventurada, pero en parte. Pues en parte es el tabernáculo de Cedar; sin embargo, hermosa, ya sea en aquella porción de sí misma que ya reina bienaventurada; o incluso en los hombres ilustres, que, incluso en esta noche, con su sabiduría y virtudes, adornan como el cielo con sus estrellas. De donde el profeta: "Los que sean sabios, brillarán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan a muchos la justicia, como las estrellas por toda la eternidad" (Dan. XII, 3).

14. ¡Oh humildad! ¡Oh sublimidad! Y tabernáculo de Cedar, y santuario de Dios; y morada terrenal, y palacio celestial; y casa de barro, y aula regia; y cuerpo de muerte, y templo de luz; y desprecio finalmente para los soberbios, y esposa de Cristo. Negra es, pero hermosa, hijas de Jerusalén: aunque el trabajo y el dolor del largo exilio la decoloran, sin embargo, la belleza celestial la adorna, la adornan las pieles de Salomón. Si teméis lo negro, admirad también lo hermoso; si despreciáis lo humilde, mirad lo sublime. ¿Cuán cauteloso, cuán lleno de consejo, lleno de discreción y congruencia es esto, que en la esposa esta humillación y esta altura, según el tiempo, se moderan entre sí de tal manera que, entre las vicisitudes de este mundo, la sublimidad levanta al humilde, para que no desfallezca en las adversidades; y la humildad reprime al sublime, para que no se desvanezca en las prosperidades? Ambas cosas, aunque contrarias entre sí, cooperan en bien de la esposa, sirven para la salvación.

15. Y esto en cuanto a que la esposa parece introducir la semejanza de las pieles de Salomón. Sin embargo, queda por explicar aquel sentido sobre el mismo capítulo, que al principio mencioné y prometí, a saber, cómo toda la semejanza se refiere únicamente a la negrura: promesa de la cual no seréis defraudados. Pero esto debe diferirse a otro comienzo de sermón; tanto porque la longitud de este ya lo exige; como también para que preceda, como es costumbre, la oración que debe referirse a la alabanza y gloria del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

1366 SERMO XXVIII. De la negrura y hermosura del esposo, y cómo el oído más que la vista vale en las cosas de la fe, y para el conocimiento de la verdad.

1. Tenéis, creo, de qué y de cuáles pieles de Salomón siento que se compara la belleza de la esposa, si, sin embargo, la semejanza dada de estas se refiere a la manifestación y recomendación de la belleza. Pero si se piensa que debe referirse más bien a la negrura, como aquella de los tabernáculos de Cedar: no se me ocurre nada de tales pieles de Salomón, salvo las que tal vez el rey solía usar para el tabernáculo, si alguna vez le placía habitar en tiendas; las cuales, si es que las hubo, sin duda debieron ser oscuras y sombrías, como las que estarían expuestas al sol diario y a las injurias frecuentes de las lluvias. Y no sin razón, sino para que el ornamento que estaba dentro se conservara más brillante. Con este ejemplo, la esposa no niega la negrura, sino que la excusa; ni considera un deshonor cualquier hábito que la caridad forme, que el juicio de la verdad no repruebe. Finalmente, ¿quién se enferma, con quien no se enferma? ¿Quién se escandaliza, y no se quema? (II Cor. XI, 29). Se viste del lunar de la

compasión, para aliviar o sanar la enfermedad en el otro; se ennegrece por el celo del candor, por el lucro de la belleza.

2. Muchos se vuelven blancos por la denigración de uno, no cuando se tiñe de culpa, sino cuando se afecta de cuidado. "Conviene", dice, "que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación" (Juan XI, 50): conviene que uno se denigre por todos en la semejanza de la carne del pecado, y no toda la nación sea condenada por la negrura del pecado: el esplendor y figura de la sustancia de Dios se oscurezca en la forma de siervo por la vida del siervo: el candor de la vida eterna se ennegrezca en la carne, para purificar la carne: el más hermoso de los hijos de los hombres, para iluminar a los hijos de los hombres, se oscurezca en la pasión, se desfigure en la cruz, palidezca en la muerte: en absoluto no tenga en él ni apariencia ni belleza, para adquirir para sí una esposa, la Iglesia, sin mancha y sin arruga. Reconozco la piel de Salomón, más bien abrazo a Salomón mismo en la piel negra. También Salomón tiene negrura, pero en la piel; negro por fuera, negro en la piel, no por dentro: de lo contrario, toda su gloria es de la hija del rey desde dentro (Sal. XLIV, 3, 14). Dentro está el candor de la divinidad, el decoro de las virtudes, el esplendor de la gloria [alias, gracia], la pureza de la inocencia: pero estas cosas las cubre un color más despreciable de debilidad; y como si su rostro estuviera oculto y despreciado, mientras es tentado en todo por semejanza sin pecado. Reconozco la forma de la naturaleza denigrada; reconozco aquellas túnicas de piel, el hábito de los primeros padres pecadores (Gén. III, 21). Finalmente, se denigró a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre (Filip. II, 7). Reconozco bajo la piel del cabrito, que significa pecado, la mano que no hizo pecado, y el cuello por el que no pasó el pensamiento malo; por lo tanto, no se halló engaño en su boca (Isa. LIII, 9). Sé que eres de naturaleza suave, manso y humilde de corazón, amable de aspecto, dulce de espíritu, y ciertamente ungido con el óleo de la alegría más que tus compañeros (Sal. XLIV, 8). ¿De dónde, entonces, ahora como Esaú, peludo y áspero? ¿De quién es esta imagen rugosa y sombría, y de dónde estos pelos? Son míos: pues las manos peludas expresan la semejanza del pecador. Reconozco estos pelos míos; y en mi piel veo a Dios mi Salvador.

3. Sin embargo, no fue Rebeca quien lo vistió así, sino María; tanto más digno de recibir la bendición cuanto más santa la que lo dio a luz. Y bien en mi hábito; porque para mí se reclama la bendición, para mí se pide la herencia. Pues había oído: "Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión" (Sal. II, 8). "Tu", dice, "herencia, y tu posesión te daré". ¿Cómo se la darás, si es suya? ¿Y cómo le aconsejas que la pida? ¿O cómo es suya, si necesita pedirla? Por tanto, la pide para mí, quien se vistió de mi forma para asumir mi causa. Pues "la disciplina de nuestra paz fue sobre él", dice el profeta, "y el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros" (Isa. LIII, 5, 6): por lo cual "debía asemejarse en todo a sus hermanos", como dice el Apóstol, "para ser misericordioso" (Heb. II, 17). Por eso "la voz es la voz de Jacob; pero las manos son las manos de Esaú" (Gén. XXVII, 22). Lo que se oye de él es suyo: lo que se ve en él, nuestro. Lo que habla, es espíritu y vida: lo que aparece, mortal y muerte. Se ve una cosa, y se cree otra. El sentido anuncia negro, la fe prueba blanco y hermoso. Es negro, pero a los ojos de los insensatos: pues a las mentes de los fieles, muy hermoso: es negro, pero hermoso: negro a la reputación de Herodes, hermoso a la confesión del ladrón, a la fe del centurión.

4. ¿Cuán hermoso lo advirtió quien exclamó: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" Pero en qué lo advirtió, debe advertirse. Pues si atendiera a lo que aparecía, ¿cómo hermoso, cómo Hijo de Dios? ¿Qué sino deforme y negro a los ojos de los espectadores se presentaba, cuando con las manos extendidas en la cruz, en medio de dos malhechores, daba risa a los malvados, llanto a los fieles? Y era el único para la risa, quien solo podía ser para el

terror, solo debía ser para el honor. ¿De dónde, pues, advirtió la hermosura del Crucificado, y que él es el Hijo de Dios, quien fue contado entre los inicuos? (Isa. LIII, 12). Responder algo a esto no es ni lícito ni necesario; pues la diligencia del evangelista no lo pasó por alto. Así lo tienes: "Viendo el centurión que estaba frente a él, que así clamando había expirado, dijo: ¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" (Mar. XV, 39). Por tanto, creyó a la voz, reconoció al Hijo de Dios por la voz, y no por la vista. Era tal vez de sus ovejas, de las que dice: "Mis ovejas oyen mi voz" (Juan X, 17).

5. El oído encontró lo que no la vista; el ojo fue engañado por la apariencia, el oído fue infundido por la verdad. El ojo proclamaba débil, el ojo feo, el ojo miserable, el ojo condenado a la muerte más vergonzosa; al oído se le hizo conocer al Hijo de Dios, al oído hermoso; pero no al de los judíos, porque estaban incircuncisos de oídos. Con razón Pedro cortó la oreja del siervo, para hacer camino a la verdad, y la verdad lo liberara, es decir, lo hiciera libre. Aquel centurión era incircunciso, pero no de oído, quien a una sola voz del que expiraba, bajo tantos indicios de debilidad, reconoció al Señor de la majestad. Por eso no despreció lo que vio, porque creyó lo que no vio. No creyó por lo que vio; sino sin duda por lo que oyó, porque la fe viene del oír (Rom. X, 17). Era digno que por las superiores ventanas de los ojos la verdad entrara al alma; pero esto se nos reserva, oh alma, para el futuro, cuando veamos cara a cara. Ahora, sin embargo, por donde entró la enfermedad, por allí entre el remedio, y por los mismos pasos siga la vida a la muerte, la luz a las tinieblas, el antídoto de la verdad al veneno de la serpiente; y sane el ojo que está turbado, para que sereno vea lo que turbado no puede. El oído, primera puerta de la muerte, sea la primera en abrirse a la vida; el oído que llevó, repare la vista; porque a menos que creamos, no entenderemos. Por tanto, el oído para el mérito, la vista para el premio. De donde el Profeta dice: "A mi oído darás gozo y alegría" (Sal. L, 10): que la fiel retribución de la audición sea la visión bienaventurada, y el mérito de la visión bienaventurada la fiel audición. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Por lo tanto, es necesario que el ojo que vea a Dios sea purificado por la fe, como tienes: "Purificando sus corazones por la fe" (Hech. XV, 9).

6. Mientras tanto, pues, mientras la vista no está preparada, que el oído se despierte, que el oído se ejercite, que el oído reciba la verdad. Feliz aquel a quien la Verdad atestigua, diciendo: "En el oído de mi boca me obedeció" (Sal. XVII, 45). Digno de ver, si antes de ver, se me encuentra obedeciendo; seguro veré, a quien el don de mi obediencia ha precedido. ¡Cuán bienaventurado el que dice: "El Señor Dios me abrió el oído, y yo no contradigo, no me retiro" (Isa. L, 5). Donde tienes también la forma de la obediencia voluntaria, y el ejemplo de la longanimidad. Porque quien no contradice, es espontáneo; y quien no se retira, persevera. Ambos son necesarios; porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7), y el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Ojalá el Señor me abra también el oído, entre en mi corazón la palabra de la verdad, limpie el ojo, y prepare para la visión gozosa, para que yo también diga a Dios: "La preparación de mi corazón oyó tu oído" (Sal. IX, 17); para que yo también oiga de Dios, junto con los demás obedientes: "Y vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan XV, 3). No todos los que oyen son limpiados, sino los que obedecen: "Bienaventurados los que oyen y guardan" (Luc. XI, 28). Tal oído requiere quien manda diciendo: "Escucha, Israel" (Deut. VI, 3); tal ofrece quien dice: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (I Sam. III, 9); tal promete quien dice: "Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios" (Sal. LXXXIV, 9).

7. Y para que sepas que también el Espíritu Santo observa este orden en el progreso espiritual del alma, es decir, que primero forma el oído antes de alegrar la vista: Escucha, dice, hija, y ve (Salmo 44, 11). ¿Por qué te esfuerzas en ver? Prepara el oído. ¿Deseas ver a Cristo? Es

necesario que primero lo escuches, que escuches sobre Él, para que puedas decir cuando lo veas: Como hemos oído, así hemos visto (Salmo 47, 9). La claridad es inmensa, la visión es majestuosa, y no puedes alcanzarla. Puedes hacerlo con el oído, pero no con la vista. Finalmente, como pecador, no veía a Dios clamando: Adán, ¿dónde estás? (Génesis 3, 9), pero lo escuchaba. Sin embargo, el oído restaurará la vista, si ha sido precedido por la piedad, la vigilancia y la fidelidad. La fe purificará lo que la impiedad turbó; y lo que la desobediencia cerró, la obediencia abrirá. Finalmente: De tus mandamientos, dice, he entendido (Salmo 118, 104): lo que la observancia de los mandamientos devuelve al entendimiento, lo que la transgresión quitó. Observa aún en el santo Isaac cómo el oído prevaleció sobre los demás sentidos en su vejez. Los ojos del patriarca se oscurecen, el paladar es engañado, la mano se equivoca, pero el oído no se engaña. ¿Qué maravilla que el oído perciba la verdad, cuando la fe viene del oír, el oír por la palabra de Dios (Romanos 10, 17), y la palabra de Dios es verdad? La voz, dice, es la voz de Jacob. Nada más verdadero. Pero las manos son las manos de Esaú (Génesis 27, 22). Nada más falso. Te engañas: la similitud de las manos te ha engañado. Ni en el gusto hay verdad, aunque haya dulzura. Pues, ¿cómo puede haber verdad en quien cree estar comiendo caza, cuando se alimenta de carne de cabritos domésticos? Mucho menos en el ojo que no ve nada. No hay verdad en el ojo, ni sabiduría. ¡Ay de los que son sabios, dice, en sus propios ojos! (Isaías 5, 21). No es buena la sabiduría que es maldecida. Es del mundo, y por tanto, necedad ante Dios (1 Corintios 3, 19).

8. La buena y verdadera sabiduría se extrae de lo oculto, como dice el bienaventurado Job (Job 28, 18). ¿Por qué la buscas fuera, en el sentido corporal? El sabor está en el paladar, la sabiduría en el corazón. No busques la sabiduría en el ojo de la carne, porque la carne y la sangre no la revelan, sino el espíritu (Mateo 16, 17). No en el gusto de la boca: pues no se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente (Job 28, 13). No en el tacto de la mano, cuando el santo dice: Si he besado mi mano con mi boca, lo cual es una gran iniquidad y negación de Dios (Job 31, 27, 28). Esto creo que sucede cuando el don de Dios, que es la sabiduría, no se atribuye a Dios, sino a los méritos de las acciones. Isaac fue sabio, pero erró en los sentidos. Solo el oído tiene la verdad, que percibe la palabra. Con razón se prohíbe a la mujer carnalmente sabia tocar la carne resucitada del Verbo; pues da más importancia al ojo que al oráculo, es decir, al sentido de la carne que a la palabra de Dios. Porque quien lo vio muerto, no creyó que resucitaría, aunque Él mismo lo prometió. Finalmente, el ojo no descansó hasta que se sació la vista; porque no había consuelo en la fe, ni la promesa de Dios era firme. ¿No pasarán antes el cielo y la tierra, y todo lo que el ojo de la carne puede alcanzar, que una jota o un ápice de todo lo que Dios ha dicho? Y sin embargo, cesó de llorar en la visión del ojo, quien no quiso consolarse en la palabra del Señor; valorando más la experiencia que la fe. Pero la experiencia es engañosa.

9. Por tanto, se envía a una más segura comprensión de la fe; que ciertamente aprehende lo que el sentido no sabe, lo que la experiencia no encuentra. No me toques, dice: esto es: Despréndete de este sentido engañoso; apóyate en la palabra, acostúmbrate a la fe. La fe no sabe fallar, la fe comprende lo invisible, no siente la penuria del sentido. Finalmente, trasciende los límites incluso de la razón humana, el uso de la naturaleza, los términos de la experiencia. ¿Por qué preguntas al ojo lo que no puede alcanzar? ¿Y qué intenta explorar la mano que está por encima de ella? Es menos lo que él o ella pueden anunciar. Ciertamente, que la fe pronuncie sobre mí, que no disminuya nada a la majestad. Aprende a tener por más seguro, a seguir por más seguro, lo que ella aconseje. No me toques, porque aún no he subido a mi Padre (Juan 20, 17). Como si, cuando ya haya subido, quisiera o pudiera ser tocado por ella. Y ciertamente podrá, pero con el afecto, no con la mano; con el deseo, no con el ojo; con la fe, no con los sentidos. ¿Por qué quieres tocarme ahora, que estimas la gloria de la

resurrección con el sentido del cuerpo? ¿No sabes que en el tiempo de mi mortalidad, los ojos de los discípulos no pudieron soportar la gloria del cuerpo transfigurado por un momento? (Mateo 17, 6). Aún me adapto a tus sentidos, presentando la forma servil que reconoces por costumbre. Sin embargo, mi gloria se ha hecho maravillosa y fortalecida, y no podrás alcanzarla. Por tanto, difiere el juicio, suspende la sentencia, y no creas al sentido la definición de tan gran asunto, resérvala para la fe. Ella definirá más dignamente, más ciertamente, lo que comprenderá más plenamente. Finalmente, comprende en su seno místico y profundo, cuál es la longitud, la anchura, la altura y la profundidad. Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, ella lo lleva en sí como en un envoltorio cerrado, y lo guarda sellado.

10. Por tanto, ella me tocará dignamente, quien me recibirá sentado junto al Padre, ya no en un hábito humilde, sino en el celestial: con la misma carne, pero en otra apariencia. ¿Por qué quieres tocar lo deforme? Espera para tocar lo hermoso. Pues quien ahora es deforme, entonces será hermoso; deforme al tacto, deforme a la vista; deforme, finalmente, para ti, que te adhieres más a los sentidos, menos a la fe. Sé hermosa, y tócame; sé fiel, y eres hermosa. Hermosa tocarás al hermoso más dignamente y más felizmente. Tocarás con la mano de la fe, con el dedo del deseo, con el abrazo de la devoción; tocarás con el ojo de la mente. ¿Acaso aún negro? ¡De ninguna manera! Tu amado es blanco y rubicundo. Hermoso ciertamente, rodeado de flores de rosas y lirios de los valles; esto es, de los coros de mártires y vírgenes: y yo, que resido en medio, no disiento de ninguno de los coros, virgen y mártir. ¿Cómo, finalmente, no concuerdo con los coros blancos de las vírgenes, siendo virgen, hijo de Virgen, y esposo de virgen? ¿Cómo no con los rosados de los mártires, siendo causa, virtud, fruto y forma del martirio? Tal como eres, toca tal y di: Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre mil (Cantar de los Cantares 5, 10). Miles de miles con el amado, y decenas de miles alrededor del amado, y nadie hacia el amado. ¿No temerás acaso, no sea que por error caigas en alguno de la multitud, buscando a quien amas? No dudarás en absoluto a quién elegir. Fácilmente se presentará el escogido entre mil, más notable que todos, y dirás: Este es hermoso en su vestidura, caminando en la multitud de su fortaleza (Isaías 63, 1). No, por tanto, en piel negra, que hasta ahora ciertamente debía presentarse a los ojos de los perseguidores, para que despreciaran al que debía ser muerto; o incluso a los amigos, para que reconocieran al resucitado. No, digo, ya en piel negra, sino en vestidura blanca, hermoso en forma, no solo más que los hijos de los hombres, sino también más que los rostros de los ángeles. ¿Por qué quieres tocarme en un hábito humilde, en forma servil, en apariencia despreciable? Toca en apariencia celestial, decorado, coronado de gloria y honor; temible por la majestad divina, pero agradable y placentero por la serenidad innata.

11. Entre estas cosas, observa la prudencia de la esposa y la profundidad de sus palabras, que bajo la figura de las pieles de Salomón, es decir, en la carne, ha descubierto a Dios, en la muerte la vida; la suma de la gloria y el honor entre los oprobios, y finalmente bajo el hábito negro del crucificado, la blancura de la inocencia y el esplendor de las virtudes, como aquellas pieles, aunque negras y despreciadas, guardaban en sí los preciosos y resplandecientes ornamentos del rey riquísimo. Con razón no desprecia la negrura en las pieles, observando el decoro que está bajo las pieles. Y por eso algunos la despreciaron, porque no conocieron esto: pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Corintios 2, 8). Herodes no lo conoció, y por eso lo despreció; no lo conoció la Sinagoga, que reprochándole la negrura de la pasión y la debilidad, decía: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Cristo, rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Mateo 27, 42). Pero lo conoció el ladrón desde la cruz, aunque en la cruz, quien confesó también la pureza de la inocencia. Este, diciendo, ¿qué mal ha hecho? y al mismo tiempo

proclamó la gloria de la majestad real: Acuérdate de mí, diciendo, cuando vengas en tu reino (Lucas 23, 41, 42). Lo conoció el centurión, quien clama Hijo de Dios (Mateo 27, 54); lo conoce la Iglesia, que también emula la negrura, para participar del decoro. No se avergüenza de parecer negra, de ser llamada negra, para decirle al amado: Los oprobios de los que te reprochan han caído sobre mí (Salmo 68, 10). Pero ciertamente negra como las pieles de Salomón, es decir, por fuera, y no por dentro: pues mi Salomón no tiene negrura por dentro. Finalmente, no dice: Soy negra como Salomón; sino, como las pieles de Salomón: lo que es negrura de verdad solo en la superficie del pacífico. La negrura del pecado está dentro; y primero mancha el interior con culpa, antes de salir a los ojos. Finalmente, del corazón salen los malos pensamientos, los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias: y estas son las que contaminan al hombre (Mateo 15, 19, 20); pero lejos esté de Salomón. En absoluto encontrarás tales contaminaciones en el verdadero pacífico. Es necesario que sea sin pecado quien quita los pecados del mundo, para que, hallado idóneo para reconciliar a los pecadores, con derecho reclame para sí el nombre de Salomón.

12. Pero hay una negrura de la penitencia afligente, cuando se asume el lamento por los delitos. Tal vez Salomón no la rechace en mí, si la asumo voluntariamente por mis pecados; porque un corazón contrito y humillado Dios no despreciará (Salmo 50, 19). También hay una de la compasión afectante, si te duele el infortunio del afligido; y el inconveniente fraterno te decolora. Tampoco creo que nuestro pacífico la considere rechazable, ya que él mismo dignamente la asumió por nosotros, quien llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2, 24). También hay una de la persecución: que incluso se considera como el mayor ornamento, si se sufre por la justicia y la verdad. De donde es aquello: Los discípulos se iban gozosos de la presencia del concilio, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos 5, 41); finalmente: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mateo 5, 10). Creo que la Iglesia se gloría principalmente en esta, que imita más libremente de las pieles del esposo. Finalmente, tiene en promesa: Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán (Juan 15, 20).

13. Por eso añade la esposa: No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha quemado (Cantar de los Cantares 1, 5), esto es: No me notéis como deforme, porque me veis menos floreciente por la persecución inminente, menos coloreada según la gloria del mundo. ¿Por qué reprocháis la negrura que el ardor de la persecución, no la vergüenza de la conducta, ha traído? O llama sol al celo de la justicia, con el que se asciende y se ciñe contra los malvados, diciendo a Dios: El celo de tu casa me ha consumido (Salmo 68, 10); y aquello: Me ha hecho desfallecer mi celo, porque mis enemigos han olvidado tus palabras; también aquello: Me ha tomado el desfallecimiento por los pecadores que abandonan tu ley (Salmo 118, 139, 53); también: ¿No odiaba yo, Señor, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? (Salmo 138, 21). También observa cautelosamente aquello del Sabio: Hijas tienes, no muestres rostro alegre hacia ellas (Eclesiástico 7, 26): para que, a las remisas y blandas y que huyen de la disciplina, no les muestre el candor de la serenidad, sino la oscuridad de la severidad. O ser decolorado por el sol, es encenderse en caridad fraterna, llorar con los que lloran, enfermarse con los que enferman, arder por los escándalos de cada uno. O así: El Sol de justicia, Cristo, me ha decolorado, por cuyo amor languidezco. Esta languidez es una especie de exterminación del color, y un defecto en el deseo del alma: de donde dice: Me acordé de Dios, y me deleité, y me ejercité y desfalleció mi espíritu (Salmo 76, 3). Por tanto, como un sol ardiente, el ardor del deseo decolora al peregrino en el cuerpo, mientras hace impaciente al que anhela la gloria, lo exaspera la repulsa, y lo atormenta la dilación. ¿Quién de nosotros arde así con santo amor, que por el deseo de ver a Cristo, desprecia y abandona todo color de la gloria presente, y con aquella voz profética testifica: Y no deseé el día del hombre, tú lo

sabes (Jeremías 17, 16); también con el santo David: Mi alma rehusó ser consolada (Salmo 76, 7); es decir, desprecia ser coloreada con la vana alegría de los bienes presentes? O ciertamente el sol me ha decolorado, por la comparación de su esplendor, al acercarme a él, me encuentro oscura, negra, me desprecio fea. Sin embargo, de otro modo soy hermosa; ¿por qué decís que soy morena, sucumbiendo solo a la belleza del sol? Pero las palabras que siguen parecen más acordes con el sentido anterior. Añadiendo, de hecho: Los hijos de mi madre lucharon contra mí; claramente indica que ha sufrido persecución. Pero de esto comenzaremos otro principio de discurso, ya que pueden ser suficientes por ahora las cosas que hemos recibido sobre la gloria del esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, por su don, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XXIX. De la queja de la Iglesia contra sus atacantes, o contra aquellos que atacan la unidad fraterna.

1. Los hijos de mi madre lucharon contra mí (Cantar de los Cantares 1, 5). Anás y Caifás, y Judas Iscariote, fueron hijos de la Sinagoga: y estos lucharon acerbamente contra la Iglesia, igualmente hija de la Sinagoga, en su mismo nacimiento, colgando en el madero a su recolector Jesús. Ya entonces, ciertamente, Dios cumplió por medio de ellos lo que antiguamente había prefigurado por el profeta, diciendo: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas (Zacarías 13, 7). Y tal vez esa es su voz en el cántico de Ezequías: Mi vida ha sido cortada como por un tejedor, mientras aún comenzaba, me ha cortado (Isaías 38, 12). Por tanto, de estos y otros, que se sabe que de esa gente han contradicho al nombre cristiano, parece dicho por la esposa: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Y bien llama hijos de su madre, no de su padre, a aquellos que no tenían a Dios por padre, sino que eran del padre diablo; homicidas, como él era homicida desde el principio (Juan 8, 44). Por eso no dice: Mis hermanos; o: Hijos de mi padre; sino Los hijos, dice, de mi madre lucharon contra mí. De otro modo, si no distinguiera así, parecería que también el apóstol Pablo estaba comprendido entre aquellos de quienes se queja, ya que él también alguna vez persiguió a la Iglesia de Dios (1 Corintios 15, 9), pero alcanzó misericordia, porque lo hizo ignorante permaneciendo en incredulidad (1 Timoteo 1, 13); y probó tener a Dios por padre, ser hermano de la Iglesia tanto por padre como por madre.

2. Pero observa cómo nombra específicamente a los hijos de su madre, y solo a ellos acusa, como si solo ellos fueran culpables. ¿Cuánto ha sufrido también de los extraños? según aquello en el profeta: Muchas veces me han combatido desde mi juventud; y: Sobre mi espalda han fabricado los pecadores (Salmo 128, 1-3). ¿Por qué, entonces, acusas singularmente a los hijos de tu madre, que no ignoras que has sido impugnada frecuentemente también por otras y otras naciones? Al ser llamado a la mesa del rico, considera diligentemente, dice, lo que se te pone delante. Hermanos, estamos sentados a la mesa de Salomón. ¿Quién más rico que Salomón? No hablo de las riquezas terrenales, aunque también de ellas Salomón abundaba; pero mirad la mesa presente, cómo está llena de delicias celestiales. Son espirituales y divinas las que se nos ponen en ella. Por tanto, considera diligentemente, dice, lo que se te pone delante, sabiendo que tales cosas debes preparar (Proverbios 23, 1, 2). Yo, ciertamente, en lo que a mí respecta, atiendo diligentemente a que se me ponga esto en las palabras de la esposa, y que se refiera completamente a mi doctrina y cautela, que así se exprese por nombre y solo se mencione la persecución de los domésticos; y se callen tantas y tan graves cosas que en todo el mundo, de toda nación que está bajo el cielo, se sabe que ha sufrido igualmente de infieles, de herejes y cismáticos. Conozco la prudencia de la esposa; ni pensaría que por casualidad ella ha pasado por alto esto, o como si lo hubiera olvidado. Pero ciertamente lamenta más expresamente lo que siente más diferentemente, y lo que considera que debemos evitar más vigilante. ¿Qué es

esto? El mal, ciertamente, interno y doméstico. Esto se te expresa claramente en el Evangelio por boca del mismo Salvador, cuando dice: Y los enemigos del hombre serán los de su casa (Mateo 10, 36). Esto también en el profeta: El hombre, dice, de mi paz, que comía mis panes, ha magnificado sobre mí la traición (Salmo 40, 10); también: Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado; y si el que me odia hubiera hablado grandes cosas contra mí, tal vez me habría escondido de él. Pero tú, hombre unánime, mi guía, y mi conocido, que conmigo tomabas dulces alimentos (Salmo 54, 13-15), esto es: Lo que sufro de ti, mi compañero y conviviente, lo siento más molesto, lo soporto más dolorosamente. Sabéis de quién es esta queja, y de quién se trata.

3. Reconozcan, pues, también a la esposa que se queja con afecto de los hijos de su madre, ya que en el mismo espíritu dice: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Por eso, en otro lugar dice: Mis amigos y mis cercanos se acercaron contra mí y se detuvieron (Sal. XXXVII, 12). Mantengan siempre lejos de ustedes este mal tan abominable y detestable, ustedes que han experimentado, y experimentan diariamente, cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad (Sal. CXXXII, 1), si es que están en unidad y no en escándalo. De lo contrario, no es en absoluto agradable ni bueno, sino pésimo y muy molesto. ¡Ay de aquel hombre por quien se turba el vínculo agradable de la unidad! Sin duda, llevará el juicio quienquiera que sea. Antes prefiero morir que escuchar entre ustedes a alguien clamando con justicia: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. ¿No son todos ustedes, como hijos de una misma madre, hermanos unos de otros en esta congregación presente? ¿Qué puede entonces perturbarlos o entristecerlos desde afuera, si están bien internamente y se alegran en la paz fraterna? Finalmente, ¿quién podrá hacerles daño, dice, si son celosos del bien? (I Pedro III, 13). Por lo tanto, emulen los mejores carismas (I Cor. XII, 31), para que se demuestren buenos emuladores. El carisma óptimo es la caridad; claramente incomparable, que el esposo celestial de la nueva esposa se preocupaba por inculcar tantas veces, diciendo ahora: En esto conocerán todos que son mis discípulos, si tienen amor los unos por los otros; y ahora: Un mandamiento nuevo les doy, que se amen unos a otros (Juan XIII, 35, 34); y: Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros (Juan XV, 12); también orando para que sean uno, como él y el Padre son uno (Juan XVII, 11). Y ve si no es el mismo Pablo, quien te invita a los mejores carismas, quien entre otras cosas pone la caridad en lo más alto, ya sea cuando dice que es mayor que la fe y la esperanza y que sobrepasa el conocimiento; o cuando, enumerando varios y maravillosos dones de la gracia celestial, finalmente nos envía por un camino más excelente; sin duda, definiendo ese camino como la caridad. Finalmente, ¿qué podríamos considerar comparable a esto, que se prefiere incluso al martirio y a la fe que mueve montañas? (I Cor. XII, 31; XIII, 3). Esto es lo que digo: Que la paz esté entre ustedes; y todo lo que desde fuera parece amenazar, no asusta, porque no daña. Pues, al contrario, cualquier cosa que desde fuera parezca halagar, no es en absoluto consuelo, si internamente, ¡Dios no lo quiera! ha germinado la semilla de la discordia.

4. Por lo tanto, amadísimos, tengan paz entre ustedes, y no se hieran unos a otros, ni con hechos, ni con palabras, ni con señales de ningún tipo: y que nadie, tal vez exacerbado y atrapado por la pusilanimidad del espíritu y la tempestad, se vea obligado a interpelar a Dios contra aquellos que lo han herido o entristecido, y pueda llegar a pronunciar una palabra grave: Los hijos de mi madre lucharon contra mí. Porque al pecar contra el hermano, pecan contra Cristo, quien dijo: Lo que hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron (Mat. XXV, 40, 45). No solo hay que cuidarse de las ofensas más graves, por ejemplo, de la abierta injuria o maldición, sino también del susurro clandestino y venenoso. No basta, digo, con guardar la boca de estas y otras cosas similares; también deben evitarse las leves: si es que debe llamarse leve cualquier cosa que presumas contra un hermano con la

voluntad de herir; ya que solo con enojarte con él, te haces culpable del juicio divino (Mat. V, 22). Con razón: porque lo que tú consideras leve, y por eso lo mandas con ligereza, a menudo otro lo percibe de manera diferente, como un hombre que ve en la apariencia y juzga según la apariencia, dispuesto a sospechar una viga en una paja, y a considerar una chispa como un horno. No todos tienen esa caridad que todo lo cree (I Cor. XIII, 7). Los sentidos y pensamientos del hombre están inclinados a sospechar el mal más que a creer el bien: especialmente donde la disciplina del silencio no te permite excusarte, ni a él abrir la herida de la sospecha que sufre, para que sea curada. Así, él se quema y muere con una herida cerrada y letal, gimiendo dentro de sí mismo, mientras, lleno de ira y disputa, no puede pensar en otra cosa en silencio que en la injuria que ha recibido. No puede orar, no puede leer, no puede meditar en algo santo o espiritual: y así, interceptado el espíritu vital, mientras su alma, privada de sus alimentos, va hacia la muerte, por la cual Cristo murió, ¿qué ánimo tienes tú, te pregunto? ¿Qué sabor tiene para ti tu oración, o la obra que hagas mientras tanto, contra quien Cristo clama ansiosamente desde el pecho de tu hermano a quien has entristecido: Hijo, dice, de mi madre lucha contra mí, y quien conmigo compartía dulces alimentos, me ha llenado de amargura?

5. Si dijeras que él no debió haberse turbado tan gravemente por una causa tan leve, te respondo: Cuanto más leve es, más fácilmente pudiste no haberlo cometido. Aunque no sé cómo puedes llamar leve, como ya dije, cualquier cosa que sea más que enojarse, cuando incluso eso mismo lo has recibido de la boca del juez como sujeto a juicio. ¿Qué dirás? ¿Llamarás leve aquello en lo que Cristo es ofendido, por lo cual serás llevado al juicio de Dios, cuando es horrendo caer en manos del Dios vivo? (Heb. X, 31). Así que, si alguna vez recibes una injuria (lo cual a veces es difícil que no ocurra en estas comunidades), no te apresures inmediatamente, como un secular, a responder al hermano con una respuesta oblicua, ni te atrevas, bajo la apariencia de corregir, a herir con una palabra aguda y ardiente el alma por la cual Cristo se dignó ser clavado en la cruz, no gruñas como increpando, no murmures con los labios como murmurando, no frunzas la nariz o te rías como burlándote, no frunzas el ceño como increpando o amenazando. Que tu conmoción muera allí donde nace, y no se le permita salir lo que lleva la muerte, para que no mate; para que puedas decir también tú con el Profeta: Me turbé, y no hablé (Sal. LXXVI, 5).

6. Algunos he entendido que interpretan esto más profundamente, como si se dijera del diablo y sus ángeles, quienes, aunque fueron también hijos de Jerusalén, la que está arriba es nuestra madre, desde que cayeron, no cesan de atacar a su hermana la Iglesia. Pero tampoco me opongo, si alguien quiere usar esto en un buen sentido, según el cual los espirituales, que están en la Iglesia, luchan contra sus hermanos carnales con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17), hiriéndolos para la salvación, y promoviendo a los espirituales con tales combates. Ojalá me corrija el justo con misericordia, y me reprenda, golpeando y sanando, matando y vivificando, para que yo también me atreva a decir: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. II, 20). Sé, dice, conciliador con tu adversario mientras estás con él en el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al verdugo (Mat. V, 25). Buen adversario, con quien si estoy de acuerdo, no habrá motivo para que el juez me acuse, ni el verdugo. Yo, en verdad, si alguna vez he entristecido a alguno de ustedes por estas cosas, no me arrepiento; pues se entristecieron para la salvación. Y ciertamente no sé que lo haya hecho nunca sin también gran tristeza mía, según aquello: La mujer cuando da a luz, tiene tristeza (Juan XVI, 21). Pero lejos esté de mí recordar la presión, teniendo el fruto de mi dolor, mientras veo a Cristo formado en la descendencia. Sin embargo, no sé cómo, pero están más tiernamente ligados a mí aquellos que, después de las reprensiones y por las reprensiones,

finalmente se recuperaron de la debilidad, que aquellos que permanecieron fuertes desde el principio, sin necesitar tal medicamento.

7. Por lo tanto, en este sentido, la Iglesia, o el alma que ama a Dios, puede decir que el sol la ha descolorido, enviando y armando a los hijos de su madre que la atacaron saludablemente, y la llevaron cautiva a la fe y al amor de él, herida ciertamente con muchas de esas flechas, de las cuales está escrito: Flechas agudas de poderoso (Sal. CXIX, 4); y también: Tus flechas están clavadas en mí. Por eso sigue y dice: Porque no hay salud en mi carne (Sal. XXXVII, 3, 4); para que, hecho más sano y más fuerte según el alma, diga: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. XXVI, 41); y con el Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10). ¿Ves cómo la debilidad de la carne aumenta y proporciona fuerzas al espíritu? Así, al contrario, debes saber que la fortaleza de la carne produce la debilidad del espíritu. ¿Y qué maravilla, si debilitado el enemigo, te haces más fuerte? A menos que insensatamente consideres amiga a aquella que no cesa de desear contra el espíritu (Gál. V, 17). Mira, pues, si no es prudente pedir ser herido y atacado saludablemente, cuando dice en oración: Clava con tu temor mi carne (Sal. CXVIII, 120). Excelente es esa flecha del temor, que hiere y mata los deseos de la carne, para que el espíritu sea salvo. Pero también quien castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre, ¿no te parece que también ayuda a la mano del que lucha contra sí mismo?

8. Hay también una flecha, la palabra de Dios viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos (Heb. IV, 12), de la cual el Salvador dice: No he venido a traer paz, sino espada (Mat. X, 34). También es una flecha elegida el amor de Cristo, que atravesó no solo el alma de María, sino que la traspasó, para no dejar ninguna parte vacía de amor en el pecho virginal, sino que amara con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, y fuera llena de gracia. O ciertamente la traspasó, para que llegara hasta nosotros, y de esa plenitud todos recibiéramos, y se convirtiera en madre de la caridad, cuyo padre es la caridad Dios, engendrando y poniendo su tabernáculo en el sol, para que se cumpliera la Escritura que dice: Te he dado como luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra (Isa. XLIX, 6). Esto se cumplió por María, quien dio a luz en la carne al que invisible no recibió ni de carne ni con carne. Y ella ciertamente recibió en sí una gran y dulce herida de amor: yo, en verdad, me consideraría feliz si al menos sintiera que la punta de esta espada me hiere, para que, al recibir al menos una pequeña herida de amor, también mi alma diga: Estoy herida de amor (Cant. II, 5). ¿Quién me dará ser herido de esta manera, no solo herido, sino completamente atacado hasta la exterminación del color y calor de aquel que milita contra el alma?

9. Si las hijas de este siglo reprochan a esa alma que es así, diciendo que es pálida y sin color; ¿no te parecerá que puede responder adecuadamente: No me miren porque soy morena, porque el sol me ha descolorido? Y si recuerda haber llegado a esto por las exhortaciones o reprensiones de algunos siervos de Dios, que la emulan con el celo de Dios; ¿no podrá consecuentemente y verdaderamente añadir: porque los hijos de mi madre lucharon contra mí? Por lo tanto, el sentido será, según lo dicho, que la Iglesia o cualquier alma devota diga esto, no como gimiendo o quejándose, sino como alegrándose y dando gracias, e incluso gloriándose, de que por el nombre y amor de Cristo sea digna de ser morena o descolorida y decirlo: y atribuya esto no a su propia industria, sino a la gracia y misericordia que la precede, y la envía a ella. Porque, ¿cómo creería sin un predicador? ¿y cómo predicarían si no fueran enviados? (Rom. X, 14, 15). Recuerda que los hijos de su madre lucharon contra ella, no como enojada, sino como no ingrata. Por eso sigue: Me pusieron por guardiana de las viñas. Esta palabra, si se examina espiritualmente, creo que no parecerá tener en sí ninguna queja o rencor, sino más bien algo favorable. Pero para llegar a eso, antes de atrevernos a

poner la mano (pues el lugar es santo), debemos reconciliarnos con nuestras acostumbradas oraciones, y así consultar a aquel Espíritu que escudriña las profundidades de Dios; o ciertamente al Unigénito que está en el seno del Padre, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXX. Cómo el pueblo de los fieles o las almas de los elegidos se significan por las viñas, de las cuales la Iglesia se dice guardiana; y sobre la prudencia de la carne, que es muerte.

1. Me pusieron por guardiana de las viñas (Cant. I, 5). ¿Quiénes? ¿Acaso esos mismos atacantes que mencionaste recientemente? Escuchen y entiendan, si no se confiesa ella misma promovida por aquellos mismos de quienes también sufrió. Sin embargo, no es de extrañar, si la causa de luchar fue la intención de corregir. Porque, ¿quién no sabe que muchos han sido atacados amistosa y útilmente muchas veces? ¿Cuántos experimentamos diariamente que, por los piadosos ataques de los superiores, progresan hacia lo mejor, se elevan a lo más alto? Por lo tanto, demostremos más bien, si podemos, cómo se ha luchado contra la Iglesia por los hijos de su madre, con ánimo hostil, y con daño útil. Pues eso es más agradable, cuando los que intentan dañar, benefician sin querer. La interpretación anterior sostiene ambos sentidos: ya que no faltaron quienes la emularan bien y quienes la emularan mal, luchando con diversa intención; pero ambos beneficiaron. En tal medida, de hecho, se gloría de haber progresado por lo que ha sufrido de los celosos, que por una viña, que parece que le quitaron, se alegra de haber sido puesta sobre muchas. Esto, dice, me lo proporcionaron luchando contra mí y contra mi viña, quienes dicen: Destruyan, destruyan hasta el fundamento en ella (Sal. CXXXVI, 7), para que una la cambiara por muchas. Esto es lo que añade, Mi viña no la guardé: como una causa que subyace a lo que le ha sucedido, que no está puesta ya en una, sino en muchas. Y la letra es así.

2. Pero si la seguimos simplemente, contentos solo con lo que parece sonar en la superficie, pensaremos que leemos en la Sagrada Escritura sobre esas viñas corpóreas y terrenales que diariamente vemos recibir del rocío del cielo y de la grasa de la tierra, de donde vierten vino, en el cual hay lujuria: y así, no pareceremos haber traído nada, no digo digno de la esposa del Señor, sino ni siquiera congruente con cualquiera de las demás, de tan santa y divina Escritura. ¿Qué tienen que ver las esposas y la custodia de las viñas? Pero incluso si se considera que conviene, ¿de dónde enseñaremos que alguna vez la Iglesia fue asignada a tal oficio? ¿Acaso a Dios le importa las viñas? Pero si interpretamos espiritualmente las viñas como las Iglesias, es decir, los pueblos fieles, según el sentido del profeta que dice, La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isa. V, 7), comenzará tal vez a iluminarnos cómo no es indigno de la esposa ser hecha guardiana de las viñas.

3. Creo que no poca prerrogativa aparecerá además en esto mismo, si alguien cuida diligentemente de advertir cuánto ha extendido sus límites por todo el mundo en tales viñas desde el día en que fue atacada y expulsada de Jerusalén por los hijos de su madre, junto con aquella primera plantación suya; la multitud, digo, de creyentes, de quienes se lee que tenían un solo corazón y una sola alma (Hechos IV, 32). Y esa es la que ahora confiesa no haber guardado, pero no para su insensatez. Pues no fue arrancada de allí en la persecución, para no ser plantada en otro lugar, y ser entregada a otros labradores, que den sus frutos a su tiempo. No, no pereció, sino que emigró; incluso creció y se extendió, como a quien el Señor bendijo. Finalmente, levanta tus ojos, y ve si no cubrió los montes con su sombra, y sus arbustos los cedros de Dios; si no extendió sus sarmientos hasta el mar y sus brotes hasta el río (Sal. LXXIX, 11, 12). Y no es de extrañar, pues es obra de Dios, es agricultura de Dios (I Cor. III, 9). Él la fecunda, él la propaga, él la poda y la purga, para que lleve más fruto. ¿Cuándo,

pues, dejaría su cuidado u obra, la que plantó su diestra? No debe ser tenida en negligencia, en la que los apóstoles son los sarmientos, el Señor la vid, y su Padre el labrador (Juan XV, 2, 5, 1). Plantada en la fe, en la caridad echa raíces, cavada con el azadón de la disciplina, abonada con las lágrimas de los penitentes, regada con las palabras de los predicadores: y así ciertamente abundante en vino en el cual hay alegría, pero no lujuria; vino de toda suavidad, de ninguna lujuria. Este vino ciertamente alegra el corazón del hombre; este se sabe que también los ángeles beben con alegría. Finalmente, se alegran en la conversión y penitencia de los pecadores, sedientos de la salvación de los hombres. Las lágrimas de los penitentes son su vino, que en ellos es el olor de la vida, el sabor de la gracia, el gusto del perdón, la alegría de la reconciliación, la salud de la inocencia que regresa, la dulzura de la conciencia serenada.

4. Entonces, de aquella única viña que parecía haber sido destruida por la tempestad de una cruel persecución, ¿cuántas han florecido de nuevo propagadas por toda la tierra? Y en todas estas, la esposa ha sido puesta como guardiana, para que no se entristezca por no haber cuidado la primera viña. Consuélate, hija de Sion: si la ceguera en parte ha ocurrido en Israel, ¿qué pierdes tú? Admira el misterio y no llores la pérdida: extiende tu seno y recoge la plenitud de las naciones. Di a las ciudades de Judá: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazasteis y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hechos XIII, 46). A Moisés ciertamente le fue ofrecido por Dios, si quería abandonar al pueblo transgresor y exponerlo a la divina venganza, que él mismo podría convertirse en una gran nación; pero él se negó (Éxodo XXXII, 9-13). ¿Por qué? Sin duda, por el excesivo amor con el que estaba fuertemente unido a ese pueblo; y porque no buscaba lo que era suyo, sino el honor de Dios, y no lo que le fuera útil a él, sino lo que fuera útil a muchos. Y así fue él.

5. Sin embargo, yo creo que este don fue reservado divinamente por su magnitud para la esposa, para que ella, y no Moisés, fuera enviada a una gran nación. No era apropiado que el amigo del esposo arrebatara la bendición de la esposa; y por eso no fue Moisés, sino la nueva esposa, a quien se le dice: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15); ella, digo, fue enviada a una gran nación. ¿Acaso pudo ser a una mayor que a la universalidad? Y fácilmente la universalidad cedió a quien llevaba la paz, ofreciendo gracia. Pero no como la gracia, así también la ley. Con qué diferente rostro se presentan a toda conciencia la suavidad de esta y la austeridad de aquella. ¿Quién, en verdad, mirará por igual al que condena y al que consuela, al que exige y al que perdona, al que castiga y al que abraza? No será aceptada con igual deseo la sombra y la luz, la ira y la paz, el juicio y la misericordia, la figura y la verdad, la vara y la herencia, el freno y el beso. Finalmente, las manos de Moisés eran pesadas, con Aarón y Hur como testigos (Éxodo XVII, 12); el yugo de la Ley era pesado, con los mismos apóstoles como testigos, quienes claman que esto era insoportable tanto para ellos como para sus padres (Hechos XV, 10); un yugo pesado y una recompensa vil: pues la tierra es la promesa. Por tales cosas, Moisés no fue enviado a una gran nación. Pero tú, madre Iglesia, teniendo la promesa de la vida que es ahora y la futura, fácilmente obtienes de todos que te reciban, tanto por el yugo suave como por el reino sublime. Expulsada de la ciudad, eres recibida por la universalidad, mientras lo que prometes provoca de tal manera que lo que impones no asusta. ¿Por qué aún lloras la pérdida de una sola viña, que te ha sido compensada con tanto interés? Por haber sido abandonada y odiada, y no haber quien pasara por ti: Te pondré, dice, en la soberbia de los siglos, alegría de generación en generación; y mamarás la leche de las naciones, y serás amamantada por los pechos de los reyes; y sabrás que yo soy el Señor que te salva, y tu redentor, el fuerte de

Jacob (Isaías LX, 15, 16). De esta manera, la esposa dice que ha sido puesta como guardiana en las viñas, y que no cuidó su viña.

6. Yo, por la ocasión de este lugar, suelo reprenderme a mí mismo por haber asumido el cuidado de las almas, cuando no sería suficiente para cuidar la mía; interpretando las almas como viñas. Si apruebas también esta nuestra interpretación, observa también consecuentemente si decimos correctamente que la fe es la vid; las virtudes, los sarmientos; el racimo, la obra; la devoción, el vino. Pues ni el sarmiento sin la vid, ni la virtud sin la fe es algo. Sin fe, en efecto, es imposible agradar a Dios (Hebreos XI, 6); tal vez incluso será necesario desagradarle. Finalmente, todo lo que no es de fe, es pecado (Romanos XIV, 23). Esto, por tanto, debieron considerar aquellos que me pusieron como guardián en las viñas, si acaso hubiera cuidado la mía. ¿Y cuánto tiempo estuvo inculta y desierta, reducida a soledad? Completamente había faltado el vino de ella, con los sarmientos de las virtudes marchitos por la esterilidad de la fe. Había fe, pero muerta. ¿Cómo no iba a estar muerta sin obras? Y eso en la vida secular. Pero convertido al Señor, comencé, confieso, a cuidar mejor; no obstante, no como debía. ¿Y quién es, en efecto, idóneo para esto? Ni siquiera el santo Profeta, quien dice: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Salmo CXXVI, 1). Cuántas insidias recuerdo haber sufrido entonces de aquel que dispara en lo oculto al inmaculado. ¿Cuánto nos fue arrebatado, oh mi viña, por maquinaciones furtivas en ese mismo tiempo en que comenzamos a atender más vigilantes al cuidado y custodia de nosotros mismos? ¿Cuántos y qué tipos de racimos de obras piadosas fueron sofocados por la ira, o llevados por la jactancia, o manchados por la vana gloria? ¿Cuánto soportamos de la tentación de la gula, cuánto del espíritu de acedia, cuánto de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? Así era yo: y sin embargo, me pusieron como guardián en las viñas, sin considerar qué haría o había hecho con la mía, ni escuchando al maestro que reprende y dice: Si alguno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios? (I Timoteo III, 5).

7. Me asombra la audacia de muchos, a quienes vemos no recoger de sus viñas sino espinas y abrojos, y sin embargo no temen inmiscuirse también en las viñas del Señor. Son ladrones y salteadores, no guardianes ni cultivadores. Esto es para ellos. ¡Ay de mí también ahora por el peligro de mi viña! Más aún ahora, cuando, atento a muchos, me veo obligado a ser menos diligente y menos solícito con una sola. No es posible rodearla de esperanza, ni cavar un lagar en ella. ¡Ay! ¡Su cerca ha sido destruida, y la vendimian todos los que pasan por el camino! (Salmo LXXIX, 13). Está expuesta a la tristeza, la ira y la impaciencia. La demuelen ciertas zorras diligentes de las necesidades inmediatas; irrumpen por todas partes ansiedades, sospechas, preocupaciones; rara vez faltan las molestias de las causas discordantes. No hay posibilidad de prohibir, ni de declinar, ni siquiera de orar. ¿Con qué lluvia de lágrimas podré regar la esterilidad de mi alma? (Salmo XXXIV, 12). Quise decir de mi viña, pero así surgió del salmo por el uso, y el sentido es el mismo; no me pesa el error que recuerda la similitud, porque no se trata de la viña, sino del alma. Por tanto, se debe pensar en el alma cuando se lee viña; ya que bajo esta apariencia y nombre se deplora la esterilidad de aquella. ¿Con qué lágrimas regaré la esterilidad de mi viña? Todos sus sarmientos se han secado por la escasez; yacen sin fruto, porque no tienen humedad, ¡Jesús bueno! ¿Cuántos haces de sarmientos de ellos en tu sacrificio diario consume el fuego de mi corazón contrito, tú que eres testigo? Que sea, te ruego, sacrificio para ti el espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios, no lo despreciarás (Salmo L, 19).

8. Y yo, en verdad, así por mi imperfección, aplico a mí mismo el presente capítulo. Pero todo perfecto será quien pueda decir de otra manera: No cuidé mi viña; en el sentido, claro está, en que el Salvador habla en el Evangelio: Quien pierda su vida por mí, la encontrará (Mateo X, 39). Idóneo y digno es quien se pone como guardián en las viñas, a quien el

cuidado de su propia viña no impide ni retrasa la diligencia y solicitud de las encomendadas; mientras no busca lo que es suyo, ni lo que le es útil, sino lo que es útil a muchos. Por eso, ciertamente, a Pedro se le confió este cuidado en tantas viñas, que eran de la circuncisión, porque era un hombre preparado para ir a la cárcel y a la muerte (Lucas XXII, 33), hasta el punto de que no estaba detenido por el amor a su viña, es decir, a su alma, para no atender al cuidado de las encomendadas. Con razón también a Pablo se le confió entre los gentiles una tan inmensa selva de viñas, porque él mismo fue hallado mínimamente curioso en la custodia de su viña; de tal manera que no solo estaba dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesucristo (Hechos XXI, 13). Finalmente: Nada de esto temo, dice, ni hago mi vida más preciosa que a mí mismo (Hechos XX, 24). El mejor evaluador de las cosas, que no considera que nada de lo suyo deba ser preferido a sí mismo.

9. ¡Cuántos han preferido una pequeña y vil suma de dinero a su propia salvación! Pablo ni siquiera a su vida. No, dice, la hago más preciosa que a mí mismo. Entonces, ¿haces diferencia entre tú y tu alma? Prudente eres, ciertamente, tú eres más valioso para ti que cualquier cosa tuya. Pero, ¿cómo no es tu alma tú? Creo que porque Pablo ya entonces caminaba en el espíritu, y consentía con la mente a la ley de Dios porque es buena (Romanos VII, 16); por eso, consideró que esta misma mente suya, como algo principal y supremo de sí mismo, era más digno de ser designado con su nombre que cualquier otra cosa suya; mientras que lo restante, que consta de una naturaleza inferior, y por lo tanto de una esencia inferior y más vil, que es el cuerpo, se adhiere no solo al oficio de vivificar y sensibilizar, sino también al deseo de alimentar y nutrir: esto, digo, el hombre espiritual juzgando indigno de ser llamado por su nombre, lo consideró más bien entre sus cosas, que ser expresado personalmente por ello. Cuando digo yo, dice, entiende lo más excelente que hay en mí, en lo que estoy por la gracia de Dios, es decir, la mente y la razón. Cuando hablo de mi alma, entiende esto inferior, que ves acomodado para animar la carne, incluso unido en la concupiscencia. Reconozco que fui eso, pero ya no lo soy, porque no camino según la carne, sino según el espíritu (Romanos VIII, 4). Vivo yo, ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gálatas II, 20). Según la mente yo, según la carne no yo. ¿Qué si ahora también el alma concupiscente carnalmente? Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Romanos VII, 17). Y por eso no diría yo, sino mío lo que en mí carnalmente siente, y eso no es otra cosa que el alma misma. En verdad, la porción carnal de su afecto y vida, que administra al cuerpo, es del alma. Por tanto, Pablo despreciaba su alma en comparación consigo mismo, dispuesto por el Señor no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén, y así perder su alma según el consejo del Señor.

10. Tú también, si abandonas tu propia voluntad, si renuncias completamente a los placeres del cuerpo, si crucificas tu carne con sus vicios y concupiscencias, y mortificas tus miembros que están sobre la tierra: probarás que eres imitador de Pablo, que no haces tu alma más preciosa que tú mismo; probarás también ser discípulo de Cristo, incluso perdiéndola saludablemente. Y ciertamente, más prudentemente la pierdes para conservarla, que la conservas para perderla. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá (Mateo XVI, 25). ¿Qué decís aquí, observadores de alimentos, descuidadores de costumbres? Hipócrates y sus seguidores enseñan a salvar las almas en este mundo; Cristo y sus discípulos, a perderlas. ¿A cuál de los dos maestros elegís seguir? Pero se manifiesta quien así discute: esto daña a los ojos, esto a la cabeza, y aquello al pecho o al estómago. En verdad, cada uno presenta lo que ha aprendido de su maestro. ¿Acaso leíste estas diferencias en el Evangelio, o en los profetas, o en las cartas de los apóstoles? La carne y la sangre ciertamente te revelaron esta sabiduría, no el espíritu del Padre; porque esta es la sabiduría de la carne. Pero escucha lo que nuestros médicos piensan de ella. La sabiduría de la carne es muerte; también: La sabiduría de la carne

es enemiga de Dios (Romanos VIII, 6, 7). ¿Debí proponer la sentencia de Hipócrates o Galeno, o ciertamente de la escuela de Epicuro? Soy discípulo de Cristo; hablo a los discípulos de Cristo: si introduzco una doctrina extraña, yo mismo he pecado. Epicuro y Hipócrates prefieren, uno el placer del cuerpo, el otro la buena salud; mi Maestro predica el desprecio de ambas cosas. La vida del alma en el cuerpo, que con sumo cuidado este busca cómo sustentar, aquel cómo deleitar, el Salvador aconseja perder.

11. ¿Qué otra cosa te ha sonado del auditorio de Cristo, cuando poco antes se clamó: Quien ama su vida, la perderá? (Juan XII, 25). La perderá, dijo, ya sea entregándola como mártir, ya sea afligiéndola como penitente. Aunque es un tipo de martirio, mortificar las obras de la carne por el espíritu; en verdad, en el que los miembros son cortados con hierro, ciertamente menos horroroso, pero más molesto por su duración. ¿Ves cómo esta sentencia de mi Maestro condena la sabiduría de la carne, por la cual ciertamente se disuelve en el lujo del placer, o incluso se busca la buena salud del cuerpo más allá de lo necesario? Finalmente, que la verdadera sabiduría no se disuelve en placeres, lo has oído ciertamente del Sabio, que ni siquiera se encuentra en la tierra de los que viven suavemente (Job XXIII, 13). Pero quien la encuentra, dice: Sobre la salud y toda belleza amé la sabiduría (Sabiduría VII, 10). Si sobre la salud y la belleza, ¿cuánto más sobre el placer y la fealdad? ¿Qué provecho hay en abstenerse de los placeres, y gastar el cuidado diario investigando las diferencias de las complexiones, y las variedades de los alimentos? Las legumbres, dice, son ventosas, el queso pesa en el estómago, la leche daña la cabeza, el pecho no soporta el agua, las coles nutren la melancolía, los puerros encienden la bilis, los peces de estanque o de agua lodosa no son en absoluto adecuados para mi complexión. ¿Cómo es esto, que en todos los ríos, campos, huertos o bodegas apenas se puede encontrar algo que comer?

12. Supón, por favor, que eres monje, no médico; no se debe juzgar por la complexión, sino por la profesión. Perdona, te ruego, primero a tu descanso, perdona luego al trabajo de los servidores, perdona a la carga de la casa, perdona a la conciencia. Digo conciencia, no la tuya, sino la de otro; de aquel que, sentado cerca, y comiendo lo que se le ofrece, murmura de tu singular ayuno. Porque ciertamente es escándalo para él, ya sea tu odiosa superstición, o la dureza que tal vez piensa de aquel que debe proveerte. Se escandaliza, digo, en tu singularidad el hermano que te juzga supersticioso, como buscando cosas superfluas; o ciertamente me acusa de duro, quien no busca lo necesario para tu sustento. En vano algunos se halagan con el ejemplo de Pablo, exhortando a su discípulo a no beber agua, sino a usar un poco de vino por su estómago y sus frecuentes enfermedades (I Timoteo V, 23). Quienes deben atender primero que el Apóstol no se aconseja a sí mismo en este asunto, ni tampoco el discípulo lo exige igualmente para sí. Luego, no se le indica esto a un monje, sino a un obispo, cuya vida sería muy necesaria para la Iglesia aún tierna y naciente. Este era Timoteo. Dame otro Timoteo; y yo lo alimentaré, si quieres, incluso con oro, y lo haré beber bálsamo. Sin embargo, tú te dispensas a ti mismo, compadecido de ti. Sospechosa me es, confieso, tu propia dispensación en ti; y temo que se te engañe bajo el manto y nombre de la discreción por la prudencia de la carne. Al menos quiero que sepas esto, que si te agrada tanto la autoridad del Apóstol sobre beber vino, no omitas lo que él añadió, un poco. Y sobre esto, basta. Pero volvamos a la esposa, y aprendamos de ella a no cuidar sus propias viñas de manera útil, especialmente nosotros que parecemos ser designados guardianes en las viñas del esposo, la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXXI. De la excelencia de la visión divina; y cómo en el presente a los santos varones se les varía el gusto de la presencia divina, según los diversos deseos del alma.

1. Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Cantar de los Cantares I, 6). A las mentes estudiosas, el Verbo esposo frecuentemente se les aparece, y no bajo una sola forma. ¿Por qué así? Ciertamente porque aún no se ve como es. Sin duda, esa visión permanece, porque la forma que entonces se ve permanece; es, pues, y no admite de lo que es, fue, o será, cambio alguno. Quita, pues: Fue y Será; ¿de dónde ya la transmutación o la sombra de la vicisitud? Pero todo lo que viene de lo que Fue no cesa de tender hacia lo que Será, ciertamente pasa por Es, pero en absoluto es. Pues, ¿cómo es, lo que nunca permanece en el mismo estado? Solo, por tanto, verdaderamente es, lo que ni es precedido por Fue, ni es borrado por Será; sino que solo y de manera inexpugnable le queda Es, y permanece lo que es. Ni el fue ciertamente le quita el ser desde la eternidad; ni el Será el ser en la eternidad: y por esto se reivindica el verdadero ser, es decir, increado, interminable, invariable. Cuando, por tanto, él mismo que así es, más bien que no es así o así, se ve como es; permanece, como dije, esa visión, porque ninguna vicisitud la interpola. Y entonces aquel del Evangelio uno para todos, que así ven, se les devuelve el denario (Mateo XX, 9) en una sola forma que se ofrece. Pues lo que aparece, como es invariable en sí mismo, así invariablemente está presente a los que lo contemplan; y a quienes aparece, no desean ver nada más deseable, ni pueden algo más deleitable. ¿Cuándo, pues, esa avidez se saciará, o se sustraerá la suavidad, o defraudará la verdad, o faltará la eternidad? Si, por tanto, se extiende en la eternidad la abundancia de ver y la voluntad; ¿cómo no será plena la felicidad? Pues nada falta ya a los que siempre ven, ni sobra a los que siempre desean.

2. Y tal visión no es de la vida presente, sino que se reserva para los últimos tiempos, únicamente para aquellos que pueden decir: Sabemos que cuando Él aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Y ahora se aparece a quienes Él quiere; pero tal como Él quiere, no tal como es. Ni el sabio, ni el santo, ni el profeta pueden verlo tal como es en este cuerpo mortal; pero podrán en el inmortal, quien sea considerado digno. Así que se le ve también aquí, pero como Él se muestra, y no tal como es. Pues ni siquiera este gran luminar (hablo de este sol que ves cada día) lo has visto alguna vez tal como es, sino solo como ilumina, por ejemplo, el aire, la montaña, la pared. Lo cual tampoco podrías en absoluto, si no fuera porque de alguna manera la luz de tu cuerpo, por su innata serenidad y transparencia, es semejante a la luz celestial. Ningún otro miembro del cuerpo es capaz de la luz, debido a su gran disimilitud. Pero ni siquiera el ojo, cuando está turbado, se acercará a la luz, ciertamente por la pérdida de semejanza. Así que el que está turbado, de ninguna manera ve el sol sereno debido a la disimilitud; el sereno lo ve de alguna manera debido a cierta semejanza. De hecho, si tuviera igual pureza, lo vería completamente sin ofensa en su mirada, debido a la completa semejanza. Así también el sol de justicia, aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, puede ser visto en este mundo, como ilumina, iluminado puede, como ya en algo semejante; tal como es, no puede en absoluto, como aún no perfectamente semejante. Por eso dice: Acérquense a Él y serán iluminados, y sus rostros no se avergonzarán (Salmo 33, 6). Así es, pero si nos iluminamos lo suficiente, para que con el rostro descubierto contemplemos la gloria de Dios, seamos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (2 Cor. 3, 18).

3. Por lo tanto, debemos acercarnos a Él, no precipitarnos, para que el investigador irreverente de la majestad no sea oprimido por la gloria (Prov. 25, 27). Y no debemos acercarnos a lugares, sino a claridades; y no a las corporales, sino a las espirituales, como por el Espíritu del Señor. Del Señor ciertamente, y no de nuestro propio, aunque en nuestro propio. Así que el que es más claro, está más cerca; pero ser clarísimo es haber llegado. Ahora bien, para los presentes no es otra cosa ver tal como es, que ser tal como es, y no confundirse por alguna disimilitud. Pero eso será entonces, como dije. Mientras tanto, toda

esta variedad de formas y la multitud de especies en las cosas creadas, ¿qué son sino ciertos rayos de la Deidad, que muestran que verdaderamente existe de quien son, pero no definen completamente qué es? Así que ves de Él, pero no a Él. Pero cuando de Él, a quien no ves, ves las demás cosas, sabes indudablemente que existe a quien debes buscar, para que la gracia no defraude al que busca, ni la ignorancia excuse al negligente. Pero este tipo de visión es común. Está al alcance, según el Apóstol, de todo el que usa la razón, contemplar las cosas invisibles de Dios, entendidas por las cosas que han sido hechas (Rom. 1, 20).

4. Sin duda, otro es el modo en que a los Padres de antaño se les concedió dignamente aquella frecuente y ambiciosa familiaridad de la presencia divina, aunque ni siquiera a ellos tal como es, sino como se dignó. Y no de una sola manera para todos, sino, como dice el Apóstol, de muchas maneras y en muchas formas (Heb. 1, 1); aunque Él en sí mismo es uno, diciendo Él mismo a Israel, El Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. 6, 4). Y esta demostración, no es común; pero sin embargo se hizo externamente, ciertamente exhibida a través de imágenes que aparecen externamente, o voces sonoras. Pero hay una inspección divina, diferente de estas en cuanto es interior, cuando Dios se digna visitar por sí mismo el alma que lo busca, que sin embargo se ha dedicado a buscarlo con todo su deseo y amor. Y este es el signo de tal llegada suya, como nos enseña quien lo ha experimentado: Un fuego irá delante de Él, y quemará a su alrededor a sus enemigos (Salmo 96, 3). Porque es necesario que el ardor del santo deseo preceda su rostro a toda alma a la que Él va a venir, que consuma toda la herrumbre de los vicios, y así prepare el lugar para el Señor. Y entonces el alma sabe que el Señor está cerca, cuando se siente encendida por ese fuego, y dice con el profeta, Desde lo alto envió fuego en mis huesos, y me instruyó (Lamentaciones 1, 13): y aquello, Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego (Salmo 38, 4).

5. A un alma que suspira frecuentemente, más bien sin cesar ora, y se aflige por el deseo, cuando a veces el deseado, que así es buscado, se compadece y se encuentra con ella; creo que le conviene decir de su propia experiencia con el santo Jeremías: Bueno eres, Señor, para los que esperan en ti, para el alma que te busca (Lamentaciones 3, 25). Pero también su ángel, que es uno de los compañeros del esposo, asignado para esto mismo, ciertamente ministro y árbitro del saludo secreto y mutuo; ese, digo, ángel, cómo danza, cómo se regocija y se deleita, y vuelto hacia el Señor dice: Te doy gracias, Señor de la majestad, porque le has concedido el deseo de su corazón, y no le has defraudado la voluntad de sus labios. Él es quien en todo lugar, como un diligente acompañante del alma, no cesa de instarla, y con sugerencias continuas advertirle, diciendo, Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón: y de nuevo, Espera en el Señor, y guarda su camino (Salmo 36, 4, 34); también, Si tarda, espéralo, porque vendrá, y no tardará (Habacuc 2, 3). Al Señor, sin embargo: Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así anhela esta alma a ti, Dios (Salmo 41, 2). Te deseó en la noche, pero también tu espíritu en sus entrañas de mañana te vigiló (Isaías 26, 9). Y de nuevo: Todo el día extendió sus manos hacia ti (Salmo 88, 10), déjala ir porque clama tras de ti (Mateo 15, 23): vuélvete un poco, y sé propicio sobre ella (Salmo 89, 13). Mira desde el cielo, y ve, y visita la desolada. Fiel paranympho, que consciente del amor mutuo, pero no envidioso, no busca lo suyo, sino la gracia del Señor: corre entre el amado y la amada, ofreciendo votos, trayendo dones. Excita a esta, apacigua a aquel. A veces también, aunque raramente, los presenta juntos, ya sea arrebatando a esta, ya sea trayendo a aquel: pues es doméstico y conocido en el palacio, y no teme el rechazo, y diariamente ve el rostro del Padre.

6. Pero ten cuidado de no pensar que sentimos algo corporal o imaginario en esta unión del Verbo y el alma. Hablamos de lo que dice el Apóstol, que el que se une a Dios, es un espíritu con Él (1 Cor. 6, 17). Expresamos con las palabras que podemos el éxtasis de la mente pura

en Dios, o el piadoso descenso de Dios en el alma, comparando lo espiritual con lo espiritual. Así que esta unión se realiza en el espíritu, porque Dios es espíritu, y desea la belleza de aquella alma que advierte que camina en el espíritu, y no cumple los deseos de la carne, especialmente si la ve ardiendo en amor por Él. Por lo tanto, un alma así afectada y así amada, no estará en absoluto contenta con aquella manifestación del esposo que se hace a muchos a través de las cosas que han sido hechas, ni con aquella que se hace a pocos a través de visiones y sueños, a menos que también con una prerrogativa especial lo reciba infundido en sus afectos más íntimos y en las mismas entrañas de su corazón, y lo tenga presente a quien desea no figurado, sino infundido; no aparente, sino afectante; y sin duda más placentero cuanto más dentro, no fuera. Pues es Verbo, no sonante, sino penetrante; no locuaz, sino eficaz; no resonante en los oídos, sino halagador en los afectos. Es un rostro no formado, sino formante; no deslumbra los ojos del cuerpo, sino que alegra el rostro del corazón: grato ciertamente por el don del amor, no por el color.

7. Sin embargo, no diría aún que aparece tal como es, aunque no exhiba de esta manera algo diferente de lo que es. Pues ni siquiera así estará continuamente presente, aunque a las mentes más devotas, ni de manera uniforme a todas. Porque es necesario que el gusto de la presencia divina varíe según los diversos deseos del alma, y el sabor infundido de la dulzura celestial deleite de manera diferente el paladar del alma que desea cosas diversas. De hecho, has notado en este cántico amoroso cuántas veces ha cambiado de rostro, y en cuánta multitud de su dulzura se ha dignado transformarse ante la amada; y cómo a veces, como un esposo tímido, busca los abrazos secretos del alma santa, y se deleita en los besos; a veces, sin embargo, aparece como médico en aceite y ungüentos, ciertamente para las almas tiernas e infirmas que aún necesitan tales cuidados y medicinas: por lo cual también se designan con el delicado nombre de jovencitas. Si alguien murmura, oirá que no necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Mateo 9, 12). Ahora de nuevo, como un viajero que se asocia con la esposa y las jovencitas en el camino, con sus conversaciones agradabilísimas alivia a toda la compañía del cansancio del camino, de modo que al irse dicen: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros de Jesús, mientras nos hablaba en el camino? (Lucas 24, 32). Compañero elocuente, que en la suavidad de sus palabras y costumbres, como en una cierta fragancia de ungüentos que exhalan, hace correr tras de sí a todos: por lo cual también dicen, En el olor de tus ungüentos correremos (Cantar de los Cantares 1, 3). También a veces encontrándose, como un padre de familia muy rico, que abunda en panes en su casa; más bien como un rey magnífico y poderoso, que parece levantar la pusilanimidad de la esposa pobre, provocar su deseo, mostrándole todos los deseos de su gloria, las riquezas de los lagares y almacenes, las abundancias de jardines y campos, finalmente incluso introduciéndola en los secretos mismos de la cámara. Ciertamente confía en ella el corazón de su esposo, y no hay nada de todo lo que considera que debe ocultarle, a quien ha redimido pobre, ha probado fiel, abraza amable. Y así no cesa, ya sea de esta manera o de aquella, de aparecer continuamente al conspecto de quienes lo buscan, para que se cumpla la palabra que dijo: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo 28, 20).

8. Y en todo esto es suave y amable, y de mucha misericordia. Pues en los besos ciertamente afectuoso y tierno, en el aceite y en los pigmentos y ungüentos clemente y abundante en entrañas de piedad y compasión: por otro lado, en el camino alegre, afable, lleno de gracia y consuelo; en la ostentación de riquezas y posesiones se muestra munificente y generoso como un remunerador por la liberalidad real. Así a lo largo de todo el texto de este cántico encontrarás al Verbo sombreado por tales similitudes. Por lo cual creo que está significado en el profeta, donde dice, El Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor; en su sombra viviremos entre las naciones (Lamentaciones 4, 20): que ciertamente veamos ahora por

espejo y en enigma, y aún no cara a cara. Pero esto ciertamente mientras vivamos entre las naciones: pues entre los ángeles de otra manera; cuando ya con una felicidad completamente indiferente con ellos lo veremos a Él y nosotros, tal como es, esto es en la forma de Dios, y no en sombra. Pues así como decimos que entre los antiguos existió la sombra y figura, para nosotros por la gracia de Cristo en la carne presente brilla la verdad misma; así también respecto al siglo futuro no negará que vivimos por ahora en una sombra de la verdad, a menos que no acepte al Apóstol diciendo, En parte conocemos, y en parte profetizamos (1 Cor. 13, 9); y aquello, No creo haberlo alcanzado (Filipenses 3, 13). Pues ¿cómo no hay distinción entre el que camina por fe, y aquel que por visión? Por lo tanto, el justo vive por la fe (Habacuc 2, 4), el bienaventurado se regocija en la visión: y por eso el hombre santo vive por ahora en la sombra de Cristo, el santo ángel se gloría en el esplendor del rostro de la gloria.

9. Y buena es la sombra de la fe, que templa la luz al ojo que se oscurece, y prepara el ojo para la luz; pues está escrito: Purificando sus corazones por la fe (Hechos 15, 9). La fe, por lo tanto, no extingue la luz, sino que la guarda. Ciertamente, lo que sea que vea el ángel, esto me guarda la sombra de la fe, guardado en su seno fiel, para ser revelado en su tiempo. ¿No conviene acaso tenerlo envuelto, lo que desnudo no puedes captar? De hecho, también la Madre del Señor vivía en la sombra de la fe, a quien se le dijo: Y bienaventurada la que creyó. También tuvo la sombra del cuerpo de Cristo, quien escuchó: Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lucas 1, 35, 45). Pues no es una sombra vil, la que se forma del poder del Altísimo. Y verdaderamente poder en la carne de Cristo, que cubrió con su sombra a la virgen, para que lo que era imposible para una mujer mortal, sin embargo, con la interposición del envoltorio del cuerpo vivificante soportara la presencia de la majestad, y soportara la luz inaccesible. Poder ciertamente, en el cual toda fortaleza contraria fue derrotada; y poder y sombra que ahuyenta a los demonios, protege a los hombres; o ciertamente poder que da vigor, sombra que refresca.

10. Vivimos, por lo tanto, en la sombra de Cristo, quienes caminamos por fe, y nos alimentamos de su carne para vivir. Pues la carne de Cristo verdaderamente es comida (Juan 6, 56). Y ten cuidado de que por eso también ahora se describa en este lugar apareciendo, como en el esquema pastoral, donde la esposa parece dirigirse a Él, como a uno de los pastores, diciendo: Indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas (Juan 10, 11): la vida por ellas, la carne para ellas; aquella en precio, esta en alimento. ¡Cosa maravillosa! Él mismo es pastor, Él mismo es pasto, Él mismo es redención. Pero el discurso se alarga, pues el lugar es amplio, y contiene grandes cosas, y no se explicará en pocas palabras; y por esta necesidad me parece que ya debe ser interrumpido más bien que terminado. Sin embargo, es necesario que, puesto que la materia está pendiente, la memoria esté alerta; para que donde se haya pausado, de allí se retome y se trate, según el Señor lo conceda, Jesucristo el esposo de la Iglesia, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XXXII. Cómo Cristo es recibido por el alma santa como esposo, y por el alma enferma como médico. También sobre la diferencia de pensamientos, de dónde surgen.

1. Indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Cantar de los Cantares 1, 6). Aquí estamos, de aquí partimos. Pero antes de que comience a tratarse esta visión y conversación, creo que es necesario recapitular brevemente sobre las otras visiones que precedieron, cómo pueden aplicarse espiritualmente a nosotros según los deseos y méritos de cada uno, para que, habiéndolas comprendido, si esto se nos concede, el entendimiento brille más fácilmente en la discusión de esta. Pero eso es muy difícil. Pues aunque las palabras con las que se describen las visiones o similitudes parecen sonar a cuerpos y cosas corporales; sin

embargo, son espirituales las que se nos ministran en ellas, y por lo tanto también en el espíritu deben buscarse las causas y razones de ellas. ¿Y quién es capaz de investigar y comprender tantos afectos y progresos del alma, por los cuales esta gracia tan multiforme de la presencia del esposo se dispensa? Sin embargo, si entramos en nosotros mismos, y el Espíritu Santo en su luz se digna mostrarnos, lo que en su obra no se digna dejar de actuar continuamente en nosotros, creo que no quedaremos completamente sin entendimiento en estas cosas. Confío, de hecho, en que no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (1 Cor. 2, 12).

2. Por lo tanto, si para alguno de nosotros con el santo Profeta es bueno adherirse a Dios (Salmo 72, 28), y, para hablar más claramente, si hay alguno entre nosotros que sea un hombre de deseo, que desee disolverse y estar con Cristo, pero desee vehementemente, ardientemente tenga sed, medite continuamente; ciertamente recibirá el Verbo en el tiempo de la visitación, en la hora en que sienta que se le infunde la dulzura del amor santo, como en la forma de esposo. Pues el deseo de su corazón le será concedido, aunque aún peregrinando en el cuerpo, en parte, y eso por un tiempo, y un tiempo breve. Pues cuando con vigilias, y súplicas, y mucho trabajo y lluvia de lágrimas haya sido buscado, vendrá de repente cuando se cree que se le tiene, se escapa; y de nuevo, al que llora y persigue, se encuentra, se deja atrapar, pero no retener, pues de repente de nuevo como si se escapara de las manos. Aunque la devota alma insista con oraciones y lágrimas, volverá de nuevo, y no le defraudará la voluntad de sus labios; pero de nuevo pronto desaparecerá, y no se verá, a menos que de nuevo se le busque con todo deseo. Así, pues, también en este cuerpo puede haber frecuente alegría de la presencia del esposo, pero no abundancia; porque aunque la visitación alegra, la vicisitud molesta. Y esto es necesario que la amada lo sufra hasta que, una vez puesta la carga del cuerpo, ella misma vuele levantada por las alas de sus deseos, emprendiendo libremente el camino por los campos de la contemplación, y con la mente siga expedita al amado dondequiera que vaya.

3. Sin embargo, no estará presente en el tránsito para toda alma, sino solo para aquella que una gran devoción, un vehemente deseo y un dulcísimo afecto prueban como esposa digna, a la cual la gracia de la visita del Verbo se acercará revestida de belleza, tomando la forma del esposo. Porque quien aún no se encuentra así afectado, sino más bien compungido por el recuerdo de sus actos, hablando en la amargura de su alma dice a Dios: "No me condenes" (Job 10, 2); o tal vez incluso aún es tentado peligrosamente, abstraído y seducido por su propia concupiscencia: este tal no busca al esposo, sino al médico; y por lo tanto no recibirá besos ni abrazos, sino solo remedios para sus heridas, ciertamente en aceite y ungüentos. ¿No sentimos y experimentamos a menudo así al orar, nosotros, que aún somos tentados diariamente por nuestros excesos presentes, mordidos por los pasados? ¿De cuánta amargura me has liberado frecuentemente al venir, buen Jesús? ¿Cuántas veces, después de llantos ansiosos, gemidos y sollozos inenarrables, has ungido mi conciencia herida con la unción de tu misericordia, y me has empapado con el aceite de la alegría? ¿Cuántas veces la oración, que me recibió casi desesperado, me ha devuelto exultante y confiado en el perdón? Aquellos que se sienten de manera similar, he aquí que saben que verdaderamente el Señor Jesús es médico, quien sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas (Salmo 146, 3). Quienes no lo han experimentado, crean en lo que Él mismo dice: "El Espíritu del Señor me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón" (Isaías 61, 2; Lucas 4, 17, 21). Si aún dudan, acérquense y prueben, y así aprendan en sí mismos qué significa: "Misericordia quiero, y no sacrificio" (Mateo 9, 13). Pero veamos también lo demás.

4. Hay quienes, fatigados en los estudios espirituales, y convertidos en tibieza, y puestos en una especie de defecto del espíritu, caminan tristes por los caminos del Señor, con el corazón árido y tedioso se acercan a lo que se les encomienda, frecuentemente murmuran; se quejan de los largos días y las largas noches, hablando con el santo Job: "Si me acuesto, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde" (Job 7, 4). Entonces, cuando sucede que padecen algo así, si el Señor, compadecido, se acerca a nosotros en el camino por el que caminamos, y comienza a hablar desde el cielo quien es del cielo, y también a cantarnos algo favorable de los cánticos de Sion, a narrar sobre la ciudad de Dios, sobre la paz de la ciudad, sobre la eternidad de la paz, sobre el estado de la eternidad: os digo, será para el alma dormida y perezosa un relato alegre, de modo que aleje todo tedio del ánimo del oyente, y del cuerpo la fatiga. ¿O te parece que aquel que dice: "Mi alma ha dormitado por el tedio, confírmame en tus palabras", padece o pide otra cosa? ¿Y no clamará cuando lo obtenga: "¡Cuánto amo tu ley, Señor! Todo el día es mi meditación"? (Salmo 118, 97, 28). Hay ciertas palabras del Verbo esposo hacia nosotros, nuestras meditaciones sobre Él y su gloria, elegancia, poder, majestad. No solo eso, sino que cuando con mente ávida repasamos sus testimonios y los juicios de su boca, y meditamos en su ley día y noche; sepamos con certeza que el esposo está presente, y nos habla, para que no nos fatiguemos en los trabajos, deleitados por sus palabras.

5. Tú, entonces, cuando sientas que algo así se mueve en tu ánimo, no pienses que es tu pensamiento, sino reconoce a aquel que dice a través del profeta: "Yo, que hablo justicia" (Isaías 63, 1). Porque los pensamientos de nuestra mente son muy similares a las palabras de la Verdad que habla en nosotros; y no es fácil discernir qué engendra nuestro corazón internamente, o qué escucha, a menos que uno advierta prudentemente al Señor hablando en el Evangelio, que "del corazón salen los malos pensamientos" (Mateo 15, 19); y aquello: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?" (Mateo 9, 4). Y: "El que habla mentira, de lo suyo habla" (Juan 8, 44). Pero el Apóstol dice: "No que seamos suficientes para pensar algo como de nosotros mismos" (subentendido [Tiraq. subentendido] bueno); "sino que nuestra suficiencia es de Dios" (2 Corintios 3, 5). Por tanto, cuando revolvemos el mal en el corazón, es nuestro pensamiento; si es bueno, es la palabra de Dios. Aquello lo dice nuestro corazón, esto lo escucha. "Escucharé", dice, "lo que hable en mí el Señor Dios, porque hablará paz a su pueblo" (Salmo 84, 9). Así que Dios habla en nosotros paz, piedad, justicia; y no pensamos tales cosas de nosotros mismos, sino que las escuchamos en nosotros. Sin embargo, homicidios, adulterios, robos, blasfemias, y cosas semejantes, salen del corazón (Mateo 15, 19): no las escuchamos, sino que las decimos. Finalmente, "dijo el insensato en su corazón: No hay Dios" (Salmo 13, 1). Y por esto "el impío irritó a Dios", porque "dijo en su corazón: No lo requerirá" (Salmo 9, 13). Pero hay además algo que se siente en el corazón, pero no es palabra del corazón. Porque no sale del corazón, como nuestro pensamiento, ni es aquello que dijimos que se hace en el corazón, es decir, la palabra del Verbo, cuando es malo. Sin embargo, es introducido por poderes contrarios, como se hacen las insinuaciones por ángeles malos; tal como, por ejemplo, se lee que el diablo puso en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, que entregara al Señor (Juan 13, 2).

6. Pero, ¿quién es tan vigilante y diligente observador de sus movimientos internos, ya sea hechos en sí mismo o por sí mismo, que pueda discernir claramente en cada sentimiento ilícito de su corazón entre la enfermedad de la mente y la mordedura de la serpiente? Yo no creo que esto sea posible para ningún mortal, a menos que, iluminado por el Espíritu Santo, haya recibido especialmente aquel don que el Apóstol, entre otros carismas que enumera, llama discernimiento de espíritus (1 Corintios 12, 10). Porque por mucho que alguien, según Salomón, guarde su corazón con toda diligencia (Proverbios 4, 23), y observe con la más

vigilante atención todo lo que se mueve dentro de sí; aunque tal vez haya tenido un largo ejercicio y frecuente experiencia en estas cosas, no podrá, sin embargo, distinguir y discernir en sí mismo con pureza el mal innato del mal sembrado. Pues, ¿quién entiende los errores? Y no importa mucho saber de dónde viene el mal en nosotros, con tal que sepamos que está presente: más bien debemos vigilar y orar para que, venga de donde venga, no consintamos. Finalmente, el profeta ora contra ambos males, diciendo: "Líbrame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo" (Salmo 18, 13, 14). Y yo, no puedo transmitiros lo que no he recibido. No he recibido, confieso, de dónde asignar una noción cierta entre el parto del corazón y la siembra del enemigo. Porque ambos males, ambos del mal; ambos en el corazón, pero no ambos del corazón. Esto es todo lo que tengo claro en mí, aunque incierto qué atribuir al corazón, qué al enemigo. Y eso, como dije, sin peligro.

7. Pero ciertamente hay donde se yerra peligrosamente, incluso condenablemente, y allí con razón se nos da una regla cierta, para que no demos a nosotros lo que es de Dios en nosotros, pensando que la visita del Verbo es nuestro pensamiento. Por tanto, cuanto dista el bien del mal, tanto distan estos dos entre sí: porque ni del Verbo sale el mal, ni del corazón sale el bien, a menos que primero lo haya concebido del Verbo; porque no puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos (Mateo 7, 18). Pero creo que se ha dicho bastante sobre qué es de Dios y qué es nuestro en nuestro corazón; y no superfluamente, creo, sino para que los enemigos de la gracia sepan que, sin la gracia, el corazón humano no es suficiente ni siquiera para pensar el bien, sino que su suficiencia es de Dios; la voz de Dios, el bien que se piensa, no es prole del corazón. Tú, entonces, si escuchas su voz, ya no ignores de dónde viene, ni a dónde va; sabiendo que sale de Dios, y va al corazón. Pero mira cómo la palabra que sale de la boca de Dios no vuelve a Él vacía, sino que prospera y hace todo para lo que la envió, para que tú también puedas decir que "la gracia de Dios en mí no fue en vano" (1 Corintios 15, 10). Feliz la mente, para la cual el Verbo es compañero indivisible, que en todas partes se muestra afable, cuya suavidad de elocuencia, incesantemente deleitada, se libera de las molestias de la carne y de los vicios en todo momento, redimiendo el tiempo de los días malos (Efesios 5, 16). No se cansará, no se molestará; porque, como dice la Escritura: "No entristecerá al justo, cualquier cosa que le suceda" (Proverbios 12, 21).

8. Ahora bien, creo que el esquema del gran Padre de familia o de la majestad del reino aparece a aquellos que, acercándose [o ascendiendo] al corazón alto, hechos más magnánimos por una mayor libertad del espíritu y pureza de conciencia, acostumbran a atreverse a cosas mayores, inquietos y curiosos penetran en lo más secreto, y aprehenden lo más sublime, y prueban lo más perfecto, no solo de los sentidos, sino también de las virtudes. Porque estos, por la magnitud de la fe, son hallados dignos de ser introducidos en toda plenitud; y no hay en absoluto en todos los almacenes de la sabiduría de los que el Señor de las ciencias considere que deben ser excluidos los ávidos de la verdad, no conscientes de la vanidad. Tal era Moisés, quien se atrevía a decir a Dios: "Si he hallado gracia a tus ojos, muéstrame a ti mismo" (Éxodo 33, 13, 18). Tal era Felipe, quien pedía que se le mostrara al Padre para él y sus condiscípulos (Juan 14, 8); tal también Tomás, quien se negaba a creer a menos que tocara con su mano la herida y el costado perforado (Juan 20, 25). Pequeña fe, pero descendiendo de la magnitud del ánimo de manera admirable. Tal también David, quien decía a Dios: "A ti dijo mi corazón: Buscó tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré" (Salmo 26, 8). Tales, por tanto, se atreven a grandes cosas, porque son grandes: y lo que se atreven, lo obtienen según la palabra de la promesa para ellos, que es de este tipo: "Cualquier lugar que pise la planta de vuestro pie, será vuestro" (Deuteronomio 11, 24). En efecto, la gran fe merece grandes cosas; y hasta donde extiendas el pie de la confianza en los bienes del Señor, hasta allí poseerás.

9. Finalmente, Dios habla a Moisés cara a cara; y merece ver al Señor claramente, no a través de enigmas y figuras, mientras que a otros profetas se dice que se les aparece solo en visión, y les habla en sueños (Números 12, 6-8). También a Felipe, según la petición de su corazón, se le mostró el Padre en el Hijo, sin duda en aquello que escuchó de inmediato: "Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre"; y, "Porque yo estoy en el Padre, y el Padre en mí" (Juan 14, 9, 10). Pero también a Tomás, según el deseo de su corazón, se le ofreció para ser palpado (Juan 20, 27), y no le defraudó la voluntad de sus labios. ¿Y qué de David? ¿No indica también que no se le defraudó completamente su deseo, cuando dice que no dará sueño a sus ojos, ni dormitará a sus párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor? (Salmo 131, 4, 5). Por lo tanto, a estos grandes espíritus se les encontrará un gran Esposo, y magnificará hacer con ellos, enviando su luz y su verdad, guiándolos y llevándolos a su monte santo, y a sus tabernáculos, de modo que quien es de este tipo diga: "Porque ha hecho grandes cosas conmigo el que es poderoso" (Lucas 1, 49). Sus ojos verán al Rey en su hermosura (Isaías 33, 17); precediéndolos a los hermosos lugares del desierto, a las flores de las rosas, y a los lirios de los valles, a los amenos jardines, a las fuentes irrigadas, a las delicias de las bodegas, y a los aromas de los perfumes, finalmente a los mismos secretos de la alcoba.

10. Estos son los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos con el esposo, estos son los pastos de vida preparados para la recreación de las almas santas. Bienaventurado el hombre que ha llenado su deseo de ellos. Solo debe ser advertido de no querer tener solo para sí lo que puede ser suficiente para muchos. Por eso, tal vez, después de todo esto, el esposo es descrito como apareciendo como pastor, para que así el que ha alcanzado tantos dones sea advertido de pastorear el rebaño de los más simples, que ciertamente no pueden por sí mismos aprehender estas cosas, como tampoco se atreven las ovejas a salir a los pastos sin pastor. Finalmente, la esposa, prudentemente advirtiendo esto, pide que se le indique dónde él pastorea y reposa bajo el calor del mediodía, preparada (como se da a entender por esto) para ser pastoreada y pastorear con él, y bajo él. Pues no considera seguro llevar el rebaño lejos del supremo Pastor, ciertamente por las incursiones de los lobos, especialmente de aquellos que vienen a nosotros con vestiduras de ovejas: y por eso se esfuerza en pastorear con él en los mismos pastos, y reposar en las sombras. Y pone la causa: "No comience", dice, "a vagar tras los rebaños de tus compañeros". Ellos son los que quieren parecer amigos del esposo, y no lo son: y cuando su cuidado es pastorear sus propios rebaños, no los de él; sin embargo, insidiosos aquí y allá dicen: "He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí está" (Marcos 13, 21), evidentemente para seducir a muchos, y apartarlos de los rebaños de Cristo, y unirlos a los suyos. Esto según el texto de la letra. Ahora bien, esperad el sentido espiritual que se oculta en ella bajo otro principio de discurso, sea lo que sea, que el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, se digne compartir con vosotros en su misericordia mientras oráis, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XXXIII. De las cosas que siempre deben ser seguidas por una mente devota. Qué es el mediodía, y sobre los cuatro tipos de tentaciones que siempre deben evitarse.

1. Indícame, oh tú a quien ama mi alma, dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía (Cantar de los Cantares 1, 6). Y otro dice: "Indícame", dice, "por qué me juzgas así" (Job 10, 2). Donde ciertamente no se queja de la sentencia, sino que investiga la causa, pidiendo ser instruido por los azotes, no ser liberado. Asimismo, otro ora, diciendo: "Tus caminos, Señor, muéstramelos, y enséñame tus sendas" (Salmo 24, 4). Cuáles sean esos caminos o sendas, lo manifiesta en otro lugar: "Me condujo", dice, "por sendas de justicia" (Salmo 23, 3). Por lo tanto, estas tres cosas la curiosa alma de Dios no cesa de buscar; justicia, juicio, y el lugar de la morada de la gloria del esposo: como camino en el que andar, cautela con la que andar, y mansión a la que andar. De la cual mansión tienes así en el profeta: "Una cosa he pedido al

Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida" (Salmo 26, 4); y de nuevo: "Señor, he amado la hermosura de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria" (Salmo 25, 8). Pero de las otras dos: "Justicia y juicio", dice, "preparación de tu trono" (Salmo 89, 15). Con razón la mente devota busca estas tres cosas, como sede de Dios, y preparación de la sede. Y bellamente en la prerrogativa de la esposa concurren todas juntas a la consumación de las virtudes, para que de la forma de la justicia sea hermosa, de la notificación de los juicios cauta, del deseo de la presencia o gloria del esposo casta. Tal debe ser la esposa del Señor, hermosa, instruida y casta. Por lo tanto, la petición que puse última; es de este lugar. Pues pide al que ama su alma, que se le indique dónde pastorea, y dónde reposa al mediodía.

2. Y primero advierte cuán elegantemente distingue el amor del espíritu del afecto de la carne, al querer expresar al amado más por el afecto mismo que por el nombre, no simplemente: "A quien amo"; sino: "Oh, a quien ama mi alma", designando una dilección espiritual. Luego, observa cuidadosamente qué es lo que tanto le deleita en el lugar del pasto. Pero tampoco pase por alto lo de la hora meridiana, y que se explora principalmente ese lugar, en el cual quien pastorea, reposa al mismo tiempo: lo cual es indicio de gran seguridad. Pues creo que por esto se añadió, "Reposa", porque en ese lugar no es necesario estar de pie, y vigilar sobre la custodia del rebaño, cuando el rebaño, incluso mientras el pastor reposa y descansa bajo las sombras, discurre libremente en los pastos. Feliz región, en la que las ovejas entran y salen a su antojo, y no hay quien las aterrorice. ¿Quién me dará veros, y a mí también pastar en los montes junto con aquellas noventa y nueve que se leen dejadas allí, cuando su pastor dignamente descendió por una que se había extraviado? (Mateo 18, 12). Sin duda, reposa seguro cerca, quien no dudó en alejarse lejos, sabiendo que las dejaría en seguro. Con razón suspira la esposa por allí, con razón anhela el lugar del pasto y de la paz, pero de la quietud, pero de la seguridad, pero de la exultación, pero de la admiración, pero del estupor. Pues incluso a mí, miserable, ¡ay! que habito lejos y saludo desde lejos, he aquí que el mismo recuerdo de ello me provoca a lágrimas, claramente según el afecto y la voz de los que dicen: "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion" (Salmo 136, 1). Me gustaría exclamar también yo con la esposa y con el Profeta: "Alaba a tu Dios, Sion; porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti. Él ha puesto paz en tus confines, y te sacia con lo mejor del trigo" (Salmo 147, 12-14). ¿Quién no desearía vehementemente pastar allí, tanto por la paz, como por la abundancia, como por la saciedad? Allí no se teme nada, no se aborrece nada, no falta nada. El paraíso es una morada segura, el Verbo es un dulce alimento, la eternidad es una opulencia muy grande.

3. También yo tengo la Palabra, pero en la carne; y se me ofrece la verdad, pero en sacramento. El ángel se alimenta del grano puro del trigo, y se sacia con el grano desnudo; a mí me conviene, por ahora, estar contento con una especie de cáscara del sacramento, con el salvado de la carne, la paja de la letra, el velo de la fe. Y estas cosas son tales que, si no reciben al menos un poco del condimento de las primicias del espíritu, traen la muerte al ser gustadas. Verdaderamente hay muerte en la olla para mí, a menos que sea endulzada con la harina del profeta (IV Reg. IV, 40, 41). En definitiva, sin el espíritu, el sacramento se toma para juicio, y la carne no aprovecha nada, y la letra mata, y la fe está muerta. Pero es el espíritu el que vivifica, para que yo viva en ellos. Sin embargo, por mucha abundancia del espíritu que engorden estas cosas, no se toma con igual deleite la cáscara del sacramento y la grasa del trigo, la fe y la especie [en otras versiones erróneamente, esperanza], la memoria y la presencia, la eternidad y el tiempo, el rostro y el espejo, la imagen de Dios y la forma de siervo. En todos estos, la fe es rica para mí, el entendimiento pobre. ¿Acaso el sabor es igual para el entendimiento y la fe, cuando esta es para mérito, aquel para premio? Ves, entonces,

que hay tanta diferencia entre los alimentos como entre los lugares; y así como los cielos se elevan sobre la tierra, así los que habitan en ellos abundan en bienes superiores.

4. Apresurémonos, pues, hijos, apresurémonos al lugar más seguro, al alimento más dulce, al campo más fértil y abundante. Apresurémonos a habitar sin miedo, a abundar sin carencia, a banquetear sin hastío. Porque tú, Señor de los ejércitos, que juzgas todo con tranquilidad, también alimentas todo allí con seguridad. El mismo eres Señor de los ejércitos y pastor de ovejas. Por tanto, alimentas y descansas a la vez, pero no aquí. De hecho, estabas de pie cuando desde el cielo mirabas a una de tus ovejitas (hablo de Esteban) rodeada de lobos sobre la tierra (Act. VII, 55). Y por eso, te ruego, indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía; esto es, todo el día: porque ese mediodía es todo el día, y no conoce el atardecer. Y por eso, mejor es un día en tus atrios que mil (Psal. LXXXIII, 11), porque no conoce el ocaso. Quizás tuvo un amanecer, cuando por primera vez el día santificado brilló para nosotros, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el Oriente desde lo alto (Luc. I, 78). Verdaderamente entonces recibimos, Dios, tu misericordia en medio de tu templo (Psal. XLVII, 10), cuando en medio de la sombra de la muerte surgió la luz del amanecer para nosotros, y por la mañana vimos la gloria del Señor. ¡Cuántos reyes y profetas quisieron ver, y no vieron! ¿Por qué? sino porque era noche, y aún no había llegado aquella mañana esperada, a la que se le había prometido misericordia. Por eso también oraba alguien diciendo: Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado (Psal. CXLII, 8).

5. Hubo, en efecto, una cierta aurora de este día, desde que el sol de justicia fue anunciado a la tierra por el arcángel Gabriel, y la Virgen concibió a Dios en su vientre por el Espíritu Santo y la Virgen dio a luz, y desde entonces, mientras fue visto en la tierra y convivió con los hombres. Pues durante todo ese tiempo, la luz fue pequeña, y como una verdadera luz de aurora apareció, de modo que casi toda la humanidad ignoró que era día. De hecho, si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Y ciertamente a esos pocos discípulos se les decía: Aún un poco de luz está en vosotros (Joan. XII, 35); porque era aurora y principio, o más bien indicio del día, mientras el Sol aún ocultaba sus rayos, y no los esparcía sobre la tierra. Pablo también decía que la noche había pasado, y el día se había acercado (Rom. XIII, 12), significando que entonces aún había tan poca luz, que prefirió decir que el día se había acercado, más que había llegado. ¿Cuándo decía esto? Precisamente cuando el Sol, regresado de los infiernos, ya se había elevado a lo alto del cielo. Cuánto más cuando aún la semejanza de la carne del pecado cubría la aurora como una densa nube, junto con todas las pasiones de nuestro cuerpo, de modo que ni la amarga muerte, ni la cruz vergonzosa faltaron. Cuánto más, digo, entonces fue una luz exigua y tenue, y que parecía provenir más de la presencia de la aurora que del Sol.

6. Era, por tanto, aurora, y bastante oscura, toda aquella conversación de Cristo sobre la tierra, hasta que, al ponerse y volver a salir, con la luz más clara de su presencia solar disipó la aurora, y al hacerse la mañana, la noche fue absorbida en victoria. De hecho, tienes: Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al sepulcro, ya salido el sol (Marc. XVI, 2). ¿No fue mañana cuando salió el Sol? Sin embargo, trajo un nuevo esplendor de la resurrección, y una luz más serena de lo habitual, porque aunque lo conocíamos según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Está escrito en el Profeta: Se vistió de esplendor, se vistió de fortaleza, y se ciñó (Psal. XCII, 1); que sacudió las debilidades de la carne, como ciertas nubes, vistiéndose de un manto de gloria. Ciertamente desde entonces el Sol se elevó, y poco a poco, difundiendo sus rayos sobre la tierra, comenzó a aparecer más claro en todas partes, y a sentirse más ardiente. Pero por mucho que se caliente y fortalezca, multiplique y extienda sus rayos por todo el curso de nuestra mortalidad (pues estará con

nosotros hasta la consumación del siglo (Matth. XXVIII, 20); sin embargo, no llegará a la luz meridiana, ni se verá ahora en aquella plenitud en la que debe ser visto después, solo por aquellos a quienes él mismo dignará con esta visión. ¡Oh verdadero mediodía, plenitud de calor y luz, estación del sol, exterminio de sombras, desecación de pantanos, expulsión de fetideces! ¡Oh solsticio perenne, cuando ya no se inclinará el día! ¡Oh luz meridiana, oh templado clima primaveral, oh belleza estival, oh abundancia otoñal; y, para no parecer que he pasado algo por alto, oh descanso y festividad invernal! O ciertamente, si prefieres esto, solo entonces el invierno se ha ido y ha retrocedido. Este lugar, dice, de tanta claridad, paz y plenitud, indícame, para que, como Jacob aún permaneciendo en el cuerpo vio al Señor cara a cara, y su alma fue salvada (Gen. XXXII, 30); o ciertamente como Moisés lo vio, no a través de figuras y enigmas, ni a través de sueños, como otros profetas, sino de un modo claramente superior y desconocido para los demás, conocido por él y por Dios (Num. XII, 6-8); o como Isaías, con los ojos del corazón revelados, lo vio sobre un trono alto y elevado (Isa. VI, 1); o incluso como Pablo, arrebatado al paraíso, oyó palabras inefables (II Cor. XII, 4), y vio a su Señor Jesucristo con sus propios ojos; así también yo merezca contemplarte en tu luz y en tu esplendor, por un exceso de mente, pastoreando más abundantemente, descansando más seguramente.

7. Porque también aquí pastoreas, pero no en saciedad; ni se permite descansar, sino que es necesario estar de pie y vigilar por los temores nocturnos. ¡Ay! ni luz clara, ni plena satisfacción, ni morada segura: y por eso indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Me dices bienaventurado cuando tengo hambre y sed de justicia (Matth. V, 6). ¿Qué es esto en comparación con la felicidad de aquellos que están llenos de los bienes de tu casa (Psal. LXIV, 5), que banquetean y se regocijan en la presencia de Dios, y se deleitan en la alegría? (Psal. LXVII, 4.) Pero incluso si sufro por la justicia, no obstante me proclamas bienaventurado (Matth. V, 9). Y ciertamente pastar donde temes sufrir tiene alegría, pero no seguridad. Pero pastar y sufrir al mismo tiempo, ¿no es una alegría molesta? Aquí todo me sucede sin perfección, muchas cosas fuera de mi deseo, y nada seguro. ¿Cuándo me llenarás de alegría con tu rostro? (Psal. XV, 11.) Tu rostro, Señor, buscaré (Psal. XXVI, 8). Tu rostro es el mediodía. Indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Sé bien dónde pastoreas sin descansar; indícame dónde pastoreas y descansas. No ignoro dónde sueles pastorear en otros tiempos; pero quisiera saber dónde pastoreas al mediodía. Pues en el tiempo de mi mortalidad, y en el lugar de mi peregrinación, he acostumbrado ciertamente a pastar bajo tu custodia, y a pastar en la ley, y en los profetas, y en los salmos sobre ti; y también en los pastos evangélicos, y entre los apóstoles igualmente he descansado; frecuentemente también de los hechos de los santos, y de sus palabras y escritos, he mendigado alimento para mí y para los míos como he podido; pero más frecuentemente (pues este estaba más a mano) he comido el pan del dolor, y he bebido el vino de la compunción; y mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Psal. XLI, 4.) Excepto que de tu mesa; pues has preparado una mesa ante mí en presencia de los que me afligen (Psal. XXII, 5): de ella, digo, por el beneficio de tu misericordia, recibo, en lo que de alguna manera respiro, cada vez que mi alma está triste, y cada vez que me perturba. Estos pastos conozco y he frecuentado siguiéndote a ti, pastor; pero indícame, te ruego, también los que no conozco.

8. Hay ciertamente otros pastores, que dicen ser tus compañeros, y no lo son, teniendo sus rebaños, y sus límites llenos de pasto de muerte, en los que pastorean ni contigo, ni por ti, cuyos límites no he cruzado, ni me he acercado a ellos. Son ellos los que dicen: He aquí está Cristo, he aquí está allí (Marc. XIII, 21); prometiendo pastos más abundantes de sabiduría y conocimiento, y se les cree, y muchos acuden a ellos, y los hacen hijos del infierno el doble

que ellos. ¿Por qué esto, sino porque no hay allí mediodía y luz clara, para que la verdad se conozca claramente; y fácilmente se recibe la falsedad en lugar de ella por la verosimilitud, que no se distingue fácilmente de la verdad en la oscuridad, especialmente porque las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso? (Prov. IX, 17.) Y por eso te ruego, que me indiques dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía, es decir, en lo manifiesto, para que no, seducido, comience a vagar tras los rebaños de tus compañeros, como ellos también vagan, sin estabilidad en la certeza de la verdad, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III, 7). Esto lo dice la esposa por las diversas y vanas doctrinas de los filósofos y herejes.

9. A mí, sin embargo, me parece que no solo por ellas, sino también por los engaños de los poderes invisibles, como son los espíritus seductores, que se sientan al acecho, y preparan sus flechas en la aljaba, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón: por estos, digo, y principalmente, me parece que ese mediodía es deseable también para nosotros, para que con luz clara descubramos las astucias del diablo, y al ángel de Satanás, que se transforma en ángel de luz (II Cor. XI, 14), lo distingamos fácilmente de nuestro ángel. Pues de otro modo no podemos guardarnos del asalto y del demonio meridiano (Psal. XC, 6), sino en igual luz meridiana. Este demonio, creo, se llama meridiano porque hay algunos del número de los malignos, que aunque por la noche de su voluntad tenebrosa y obstinada son noche y noche perpetua, saben sin embargo simular el día para engañar, y no solo el día, sino también el mediodía, como su príncipe, no contento con ser igual a Dios, también se opone, y se exalta sobre lo que se dice, o lo que se adora como Dios (II Thess. II, 4). Así que, a menos que al corazón de aquel, a quien tal demonio meridiano haya sido dado para tentar, le haya brillado el verdadero mediodía, el Oriente desde lo alto, que convenza y exponga al falso, no podrá en absoluto guardarse, sino que lo tentará y lo engañará sin duda bajo la apariencia de bien, persuadiendo el mal como bien al incauto e imprudente. Y entonces el mediodía, es decir, la mayor claridad, aparece, tentando, cuando presenta la imagen de un bien mayor.

10. Cuántas veces, por ejemplo, ha sugerido anticipar las vigilias, para que en las solemnidades de los hermanos se burle del que duerme. Cuántas veces, prolongar los ayunos, para que lo haga inútil para los oficios divinos, haciéndolo débil. Cuántas veces, envidiando a los que progresan bien en los monasterios, ha persuadido a buscar el desierto bajo el pretexto de una mayor pureza, y los pobres han conocido al fin cuán verdadero es el dicho que en vano leyeron: ¡Ay del solo, porque si cae, no tiene quien lo levante! (Eccle. IV, 10). Cuántas veces ha incitado a las obras de las manos más de lo necesario, y al quebrarse en fuerzas, lo ha hecho inválido para los demás ejercicios regulares. A cuántos ha persuadido una no pequeña ejercitación del cuerpo, que según el Apóstol vale poco (I Tim. IV, 8), y los ha privado de piedad. De hecho, vosotros mismos habéis experimentado cómo algunos, para vergüenza de aquellos, que antes no podían ser contenidos (así eran llevados con ímpetu a todo), después han llegado a tal pereza, que según aquello del Apóstol, habiendo comenzado en el espíritu, ahora consumen en la carne (Gál. III, 3): qué vergonzoso pacto han hecho con sus cuerpos, a los que antes habían declarado una guerra cruel. Verás, ¡oh vergüenza!, buscar importunamente lo superfluo, quienes antes obstinadamente rechazaban lo necesario. Aunque si algunos en su invicta obstinación persisten, absteniéndose indiscretamente, y con notable singularidad perturbando a aquellos con quienes deben habitar de un mismo modo en la casa; no sé ciertamente si se creen retener la piedad, cuando tales me parecen haberla arrojado aún más lejos. Porque aquellos que, sabios en sus propios ojos, han decidido no someterse ni al consejo ni al precepto, vean qué responden, no a mí, sino al que dice: Porque como pecado de adivinación es la rebeldía, y como crimen de idolatría el no querer someterse. Pero había dicho antes que mejor es la obediencia que el sacrificio y escuchar más que ofrecer la grasa

de carneros (I Reg. XV, 22, 23), es decir, la abstinencia de los contumaces. Por eso el Señor por el Profeta: ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? (Psal. XLIX, 13), significando que los ayunos de los soberbios o impuros no le son en absoluto aceptos.

11. Pero ciertamente temo, no sea que condenando a los supersticiosos, parezcamos aflojar las riendas a los glotones; y escuchen aquellos para su peligro, lo que se dice para remedio de estos. Por lo cual escuchad, ambas partes, que hay cuatro tipos de tentaciones, y se nos describen así en el lenguaje profético. Su verdad te rodeará como un escudo; no temerás el terror nocturno, la flecha que vuela de día, la peste que camina en la oscuridad, el asalto y el demonio meridiano (Psal. XC, 5, 6). Prestad atención también vosotros otros, lo que espero será útil para todos. Todos sentimos y hemos sentido en nosotros, los que nos hemos convertido al Señor, lo que dice la Sagrada Escritura: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, permanece en el temor, y prepara tu alma para la tentación (Eccli. II, 1). Así que los comienzos de nuestra conversión, según la razón de la experiencia común, el primer temor los agita, que la vida más estricta inmediatamente infunde horror, y la austeridad insólita de la disciplina. Y ese temor se llama nocturno, o porque la noche en las Escrituras suele designar adversidades, o porque aquello por lo que nos disponemos a sufrir adversidades, aún no se ha revelado. Porque si ese día brillara, en cuya luz veríamos tanto los trabajos como las recompensas; no habría temor alguno de cualquier trabajo ante el deseo de las recompensas. ya que con luz clara aparecería que no son dignos de comparación los sufrimientos de este tiempo presente con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Ahora bien, como están ocultos a nuestros ojos, y es noche por ahora en esta parte; ciertamente somos tentados por el temor nocturno, y por los bienes que no vemos, tememos soportar los adversos que están presentes. Por tanto, es necesario vigilar y orar primero para los que entran contra esta primera tentación, no sea que, sorprendidos de repente por la pusilanimidad del espíritu y la tempestad, retrocedan del buen comienzo, ¡Dios no lo quiera!

12. Superada esta tentación, armémonos no obstante también contra las alabanzas de los hombres, que toman materia principalmente de la vida loable. De lo contrario, seremos vulnerables a la flecha que vuela de día, que es la vana gloria. Pues la fama vuela; y por eso de día, porque es de las obras de luz. Si esta se disipa como un vano soplo, queda que se ofrezca algo más sólido de las riquezas y honores del mundo, si acaso quien no se preocupa por las alabanzas, apetece las dignidades. Y mira si no se guardó este orden de tentación en nuestro Señor, a quien después de sugerirle el precipicio hacia la sola vanidad, se le mostraron todos los reinos del mundo y se le ofrecieron (Matth. IV, 6, 8). Tú, pues, siguiendo el ejemplo del Señor, rechaza también esto. De otro modo, es necesario ser engañado por la peste que camina en la oscuridad, que es la hipocresía. Pues esta desciende de la ambición, y en las tinieblas es su morada: porque oculta lo que es, y miente lo que no es. Negocia en todo tiempo, reteniendo la forma de piedad para ocultarse, pero negando su poder, y comprando honores.

13. La última tentación es el demonio del mediodía, que suele acechar principalmente a los perfectos, quienes, como hombres de virtudes, han superado todo; placeres, favores, honores. ¿Qué le queda ya al tentador, en qué puede luchar abiertamente contra tales personas? Viene entonces oculto, pues no se atreve a manifestarse; y a quien ha comprobado que aborrece todo mal manifiesto, intenta engañarlo con un falso bien. Pero aquellos que pueden decir con el Apóstol: "No ignoramos sus artimañas" (II Cor. II, 11); cuanto más progresan, más se cuidan de este lazo. De ahí que María se turbe con la salutación del ángel (Luc. I, 29), sospechando, si no me equivoco, un engaño; y Josué no recibe al ángel como amigo hasta

saber que lo es. Finalmente, le pregunta si es de los suyos o de los adversarios (Josué V, 13-15), como quien ha experimentado las astucias del demonio del mediodía. También los apóstoles, cuando remaban con dificultad, con el viento en contra y la barca sacudida, al ver al Señor caminando sobre el mar, y pensando que era un fantasma, hasta el punto de gritar de miedo, ¿no mostraron una clara sospecha del demonio del mediodía? Y recordad la Escritura que dice que "en la cuarta vigilia de la noche vino a ellos caminando sobre el mar". Por tanto, en cuarto lugar, es decir, en el lugar más alto, debe temerse esta tentación, y cuanto más alto se vea uno, más vigilante debe estar para protegerse del ataque y del demonio del mediodía. Sin embargo, a los discípulos se les manifestó el verdadero mediodía en lo que oyeron: "Soy yo, no temáis" (Mat. XIV, 25-27); y la sospecha del falso fue apartada de ellos. Ojalá que también a nosotros, cada vez que la falsedad disfrazada intente infiltrarse, el verdadero mediodía, que surge desde lo alto, envíe su luz y su verdad para descubrirla, y separe la luz de las tinieblas, para que no seamos señalados por el profeta como "los que ponen la luz por tinieblas, y las tinieblas por luz" (Isai. V, 20).

14. Aún, si la longitud del discurso no os cansa, intentaré asignar estas cuatro tentaciones en su orden al mismo cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Y he aquí que lo recorro lo más brevemente posible. Ved la Iglesia primitiva, si no fue primero asolada con gran dureza por el temor nocturno. Era de noche cuando todo el que mataba a los santos pensaba que rendía servicio a Dios. Pero vencida esta tentación y calmada la tempestad, se hizo ilustre, y según la promesa hecha a ella, pronto fue puesta en la soberbia de los siglos. Y el enemigo, dolido por haber sido frustrado, se volvió astutamente del temor nocturno a la flecha que vuela de día, y en ella hirió a algunos de la Iglesia. Y se levantaron hombres vanos, ávidos de gloria, y quisieron hacerse un nombre: y saliendo de la Iglesia, durante mucho tiempo afligieron a su misma madre con doctrinas diversas y perversas. Pero esta plaga también fue apartada con la sabiduría de los santos, así como la primera con la paciencia de los mártires.

15. He aquí que estos tiempos están libres, por la misericordia de Dios, de ambas maldades; pero claramente feos por el negocio que deambula en las tinieblas. ¡Ay de esta generación por la levadura de los fariseos, que es la hipocresía! si es que debe llamarse hipocresía, la cual ya no puede ocultarse por su abundancia, y por su impudencia no busca esconderse. Hoy se extiende una podredumbre fétida por todo el cuerpo de la Iglesia, y cuanto más se extiende, más desesperada; y cuanto más peligrosa, más interior. Pues si se levantara un enemigo abierto, un hereje, sería expulsado y se secaría; si un enemigo violento, tal vez se escondería de él. Pero ahora, ¿a quién expulsará, o de quién se esconderá? Todos son amigos, y todos enemigos; todos necesarios, y todos adversarios; todos domésticos, y ninguno pacífico; todos próximos, y todos buscan lo suyo. Son ministros de Cristo, y sirven al Anticristo. Caminan honrados con los bienes del Señor, quienes no honran al Señor. De ahí el brillo meretriz que ves a diario, el hábito histriónico, el aparato regio. De ahí el oro en los frenos, en las sillas y espuelas, y más brillan las espuelas que los altares. De ahí las mesas espléndidas con manjares y copas; de ahí las comilonas y borracheras; de ahí la cítara, la lira y la flauta; de ahí los lagares rebosantes, y los almacenes llenos, eructando de esto en aquello. De ahí los barriles de especias, de ahí las bolsas repletas. Por estas cosas quieren ser y son los prelados de las iglesias, decanos, arcedianos, obispos, arzobispos. Pues no ceden estas cosas por mérito, sino por el negocio que deambula en las tinieblas.

16. Hace tiempo fue predicho, y ahora ha llegado el tiempo de su cumplimiento: "He aquí que en la paz mi amargura es amarguísima" (Isai. XXXVIII, 17). Amarga antes en la muerte de los mártires, más amarga después en el conflicto con los herejes, amarguísima ahora en las costumbres de los domésticos. No puede ahuyentarlos, ni huir de ellos; así han prevalecido, y se han multiplicado más allá del número. Es una plaga interna e incurable de la Iglesia; y por

eso en la paz su amargura es amarguísima. Pero, ¿en qué paz? Y hay paz, y no hay paz. Paz de los paganos, y paz de los herejes; pero no ciertamente de los hijos. Voz de quien llora en este tiempo: "Crié hijos y los engrandecí, pero ellos me despreciaron" (Isai. I, 2). Me despreciaron y me mancharon con vida torpe, con ganancia torpe, con comercio torpe, con el negocio que deambula en las tinieblas. Resta que ya se haga presente el demonio del mediodía para seducir a los que en Cristo aún permanecen en su simplicidad. Pues ha absorbido los ríos de los sabios, y los torrentes de los poderosos, y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca (Job XL, 18), es decir, los simples y humildes que están en la Iglesia. Él es el Anticristo, que no solo se mentirá a sí mismo como día, sino también como mediodía, y se exaltará sobre lo que se llama o se adora como Dios: a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida (II Tes. II, 4, 8), como verdadero y eterno Mediodía, esposo y abogado de la Iglesia, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXXIV. En el que se trata de la humildad y la paciencia.

1. Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres, sal y sigue tras los rebaños de tus compañeros, y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores (Cant. I, 7). Antiguamente, el santo Moisés, porque presumía mucho de la gracia y familiaridad que había encontrado ante Dios, aspiraba a una gran visión, de modo que decía a Dios: "Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame a ti mismo". Pero recibió en su lugar una visión mucho inferior, de la cual, sin embargo, podría algún día llegar a la que deseaba (Éxodo XXXIII, 13-23). También los hijos de Zebedeo, caminando en la simplicidad de su corazón, se atrevieron a algo grande, pero igualmente fueron llevados a un grado por el cual debían ascender (Mat. XX, 21-23). Así también ahora la esposa, porque parece pedir algo grande, es reprimida ciertamente con una respuesta más austera, pero claramente útil y fiel. Es necesario que quien aspira a cosas más altas piense humildemente de sí mismo, no sea que, al elevarse sobre sí mismo, caiga de sí mismo, a menos que esté firmemente consolidado en sí mismo por la verdadera humildad. Y porque sin el mérito de la humildad las cosas más grandes no se obtienen en absoluto, por eso quien ha de ser promovido, es humillado con corrección, y merece por la humildad. Por tanto, cuando te veas humillado, ten esto como señal de un buen argumento de la gracia que se aproxima. Pues así como antes de la ruina se exalta el corazón (Prov. XVI, 18), así antes de la exaltación se humilla. Ciertamente lees ambos, que Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). ¿No es cierto que a su siervo Job, cuando después de un triunfo insigne, consideró que su paciencia tan probada debía ser recompensada con una bendición abundante, primero se preocupó de humillarlo con muchas y estrictas preguntas, y así preparar el camino para la bendición (Job XXXVIII, sqq.)?

2. Pero es poco cuando Dios nos humilla por sí mismo, si entonces lo aceptamos de buen grado, a menos que también cuando lo hace por medio de otro, lo aceptemos de igual manera. Por lo cual, tomad un admirable ejemplo de esto en el santo David. Alguna vez fue maldecido incluso por un siervo; pero él no sintió la injuria acumulada, porque previó la gracia. "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia?" (II Sam. XVI, 10). ¡Oh verdaderamente hombre según el corazón de Dios, que pensó que debía enojarse más con quien se vengaba que con quien le reprochaba! Por lo cual hablaba con una conciencia segura: "Si he devuelto mal a quienes me hacían mal, caiga merecidamente vacío ante mis enemigos" (Sal. VII, 4). Prohibió, pues, que se impidiera al maldiciente que lo injuriaba, considerando las maldiciones como ganancia. Y añade: "El Señor lo ha enviado a maldecir a David" (II Sam. XVI, 10). Verdaderamente según el corazón de Dios, quien llevaba la sentencia del corazón de Dios. La lengua maldiciente se enfurecía, y él atendía a lo que Dios hacía en secreto. La voz del maldiciente en los oídos, y el ánimo se inclinaba hacia la bendición. ¿Acaso Dios estaba en la

boca del blasfemo? ¡De ninguna manera! Pero lo usó para humillar a David. Ni el Profeta lo ignoró; pues Dios le había manifestado las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría (Sal. L, 8), y por eso dice: "Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones" (Sal. CXVIII, 71).

3. ¿Ves que la humildad nos justifica? Dije humildad; y no: Humillación. ¿Cuántos son humillados, que no son humildes? Algunos son humillados con rencor, otros pacientemente, otros incluso de buen grado. Los primeros son culpables, los siguientes son inocentes, los últimos son justos. Aunque también la inocencia es parte de la justicia, pero su consumación está en el humilde; y quien puede decir: "Bueno es para mí que me hayas humillado", ese es verdaderamente humilde. No puede decir esto quien soporta a regañadientes; menos aún, quien murmura. A ninguno de estos prometemos gracia, porque es humillado: y aunque ciertamente estos dos difieren mucho entre sí, y uno en su paciencia posee su alma, el otro perece en su murmuración. Pero aunque uno evite la ira, ninguno de ellos merece la gracia; porque Dios no da gracia a los humillados, sino a los humildes. Es humilde quien convierte la humillación en humildad, y él es quien dice a Dios: "Bueno es para mí que me hayas humillado". A nadie en absoluto, lo que soporta pacientemente, le es bueno, sino claramente molesto. Pero sabemos que Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). Por eso, cuando ayunamos, se nos manda ungir nuestra cabeza con aceite y lavar nuestro rostro (Mat. VI, 17), para que nuestra obra buena se condimente con una cierta alegría espiritual, y nuestro holocausto se haga graso. Pues solo la humildad alegre y absoluta merece la gracia que prefiere. Porque la que ha sido forzada o extorsionada, como ciertamente es en el hombre paciente que posee su alma; esta, digo, humildad, aunque obtiene la vida por la paciencia, sin embargo, por la tristeza no tendrá gracia. No le conviene, quien es de tal modo, aquello de la Escritura: "Gloríese el humilde en su exaltación" (Jac. I, 9); porque no se humilla voluntariamente, ni de buen grado.

4. ¿Quieres ver al humilde gloriándose correctamente, y verdaderamente digno de gloria? "Con gusto", dice, "me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo" (II Cor. XII, 9). No dice que soporta pacientemente sus debilidades; sino que se gloría, y se gloría con gusto en ellas, probando incluso para sí mismo que es bueno que sea humillado; ni le basta en absoluto poseer su alma como pacientemente humillado, a menos que también reciba gracia como voluntariamente humillado. Escucha de aquí una regla general: "Todo el que se humilla", dice, "será exaltado" (Luc. XIV, 11). Significa ciertamente que no toda humildad será exaltada, sino solo aquella que viene de la voluntad, no de la tristeza, ni de la necesidad. Pues no por el contrario todo el que es exaltado, será humillado; sino solo el que se exalta, será humillado, ciertamente por la vanidad voluntaria. Así, pues, no el que es humillado, sino el que voluntariamente se humilla, será exaltado; ciertamente por el mérito de la voluntad. Supón que la materia de la humildad es ministrada por otro, por ejemplo, afrentas, pérdidas, castigos; sin embargo, no por eso será correctamente llamado humillado por otro, sino por sí mismo, aquel que con conciencia silenciosa y alegre, ha decidido soportar todo eso por causa de Dios.

5. Pero, ¿a dónde nos dirigimos? Pacientemente, como siento, soportáis el exceso en la palabra sobre la humildad y la paciencia; pero volvamos al lugar del que nos hemos desviado. Pues eso nos ocurrió por la ocasión de la respuesta, en la que el esposo juzgó que la esposa, que presumía de cosas grandes, debía ser reprimida, no para su insensatez; sino para que claramente se le diera ocasión de una humildad más probable y mayor, por la cual se hiciera más digna de cosas mejores, y de aquellas mismas que pedía, más capaz. Sin embargo, como aún estamos en las puertas de este capítulo presente, comencemos la discusión de su inicio al principio, si os place, de otro sermón, especialmente para que las palabras del esposo no sean

recitadas con tedio, ni escuchadas. Que Jesús Cristo nuestro Señor, quien es sobre todo Dios bendito por los siglos, lo evite de sus siervos. Amén.

SERMO XXXV. De la dura reprensión que hace el esposo a la esposa; y de la doble ignorancia que debe ser temida y evitada en exceso.

1. "Si te ignoras, sal" (Cant. I, 7). Dura y áspera reprensión, lo que dice, "sal". Pues esta palabra suelen escuchar los siervos de los amos muy enojados e indignados, o las siervas de sus amas, cuando las han ofendido gravemente: Sal de aquí, sal de mi presencia y de esta casa. Por tanto, con esta palabra áspera y bastante amarga, y extremadamente reprensiva, usa ahora el esposo contra la amada, bajo la condición, sin embargo, de que si se ignora a sí misma. Pues nada más fuerte o más eficaz para aterrar pudo dirigirle, que amenazarle con salir. Lo cual también puedes advertir, si bien atiendes de dónde a dónde se le ordena salir. ¿De dónde, a dónde piensas, sino del espíritu a la carne, de los bienes del alma a los deseos mundanos, de la paz interna de la mente al ruido del mundo, y a la inquietud de las preocupaciones externas? En todas estas cosas no hay sino trabajo y dolor, y aflicción del espíritu. Pues, ¿qué alma que una vez ha aprendido y recibido del Señor entrar en sí misma, y en sus íntimos suspirar y buscar siempre la presencia de Dios; pues Dios es espíritu; y quienes lo buscan, deben caminar en espíritu, y no en carne, para que vivan según el espíritu: tal alma, digo, no sé si consideraría experimentar incluso el mismo infierno por un tiempo más horrible o más penoso, que después de haber probado una vez la suavidad de este estudio espiritual, salir de nuevo a las seducciones, o más bien a las molestias de la carne, y repetir la curiosidad insaciable de los sentidos, diciendo el Eclesiastés: "El ojo no se sacia de ver, ni el oído de oír" (Ecl. I, 8). Escucha al hombre experimentado en lo que hablamos: "Bueno eres, Señor, para los que esperan en ti, para el alma que te busca" (Lam. III, 25). Si alguien intentara apartar a esa santa alma de este bien, creo que no lo aceptaría de otro modo, que si se viera a sí misma derribada del paraíso, y del mismo umbral de la gloria. Escucha aún a otro semejante a este: "A ti dijo mi corazón, buscó tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré" (Sal. XXVI, 8). Por eso también decía: "Pero para mí, el acercarme a Dios es bueno" (Sal. LXXII, 28); y hablando a su alma dice: "Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha beneficiado" (Sal. CXIV, 7). Digo, pues, a vosotros: No hay nada que tanto tema, quienquiera que haya recibido este beneficio una vez, como que, abandonado por la gracia, tenga que salir de nuevo a las consolaciones de la carne, más bien desolaciones; y de nuevo soportar los tumultos de los sentidos carnales.

2. Por tanto, terrible y extremadamente temible amenaza: "Sal, y apacienta tus cabritos". Lo cual es: Conócete indigna de esa tu familiar y dulce contemplación de las cosas celestiales, inteligibles, divinas. Por lo cual, sal de mi santuario, tu corazón, donde solías dulcemente beber los secretos y sagrados sentidos de la verdad y la sabiduría; y más bien, como una de las mundanas, enredarte en apacentar y deleitar los sentidos de tu carne. Pues los cabritos (que significan el pecado, y en el juicio serán colocados a la izquierda) dicen los sentidos vagos y petulantes del cuerpo, por los cuales el pecado, como la muerte por las ventanas, entró al alma. Y bien le conviene lo que sigue en la Escritura: "Junto a las tiendas de los pastores". Pues no sobre, como los corderos, sino junto a las tiendas de los pastores se apacientan los cabritos. Los pastores que son verdaderos pastores, aunque tienen tiendas de tierra y en la tierra, es decir, sus cuerpos, en los días en que ahora militan; no obstante, no de la tierra, sino de los pastos celestiales acostumbran a apacentar los rebaños del Señor: pues no predican su voluntad, sino la del Señor. Pero los cabritos, que son los sentidos del cuerpo, no buscan las cosas celestiales; sino junto a las tiendas de los pastores, en todos los bienes sensibles de este mundo, que es la región de los cuerpos, toman, de donde no tanto sacian como irritan sus deseos.

3. ¡Qué cambio tan vergonzoso de estudios! Aquel que antes se dedicaba a alimentar su alma peregrina y exiliada con sagradas meditaciones, como si fueran bienes celestiales, a buscar el beneplácito de Dios y los misterios de su voluntad, a penetrar los cielos con devoción y recorrer con la mente las moradas celestiales, a saludar a los padres y apóstoles, a admirar los triunfos de los mártires y a asombrarse de los bellísimos órdenes de los ángeles: ahora, dejando todo esto, se entrega a la vergonzosa servidumbre del cuerpo para obedecer a la carne, satisfacer el vientre y la gula, y mendigar por toda la tierra, de modo que de la figura pasajera de este mundo pueda consolar de alguna manera su siempre hambrienta curiosidad. Que las corrientes de agua fluyan de mis ojos sobre un alma así, que habiendo sido nutrida en púrpura, finalmente abraza el estiércol (Lam. IV, 5). Pues alimentó, según la sentencia del hombre bienaventurado, a la estéril que no tenía hijos, y no hizo bien a la viuda (Job XXIV, 21). Y mira, porque no simplemente dice: sal; sino que dice: sal y ve tras los rebaños de tus compañeros, y apacienta tus cabritos. En esto, como me parece, nos advierte de algo grande. ¿Qué es esto? ¡Ay! que la egregia criatura, ya hecha del rebaño, y ahora miserablemente cayendo en lo peor, no se le permite al menos permanecer entre los rebaños, sino que se le ordena ir detrás. ¿Cómo, preguntas? Como lees: El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13). He aquí cómo de rebaño se hizo la egregia criatura. Creo que las bestias dirían, si les fuera permitido hablar: He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros (Gen. III, 22). Cuando estaba en honor, dice. ¿En qué honor, preguntas? Habitaba en el paraíso, y su conversación estaba en el lugar de la delicia. No sentía molestia ni necesidad, rodeado de manzanas fragantes, sostenido por flores, coronado de gloria y honor, y constituido sobre las obras de las manos del Creador; pero más aún sobresalía por la insigne semejanza divina; y tenía suerte y sociedad con el pueblo de los ángeles, y con toda la milicia del ejército celestial.

4. Pero cambió esa gloria de Dios en la semejanza de un becerro que come heno. De ahí que el pan de los ángeles se haya hecho heno puesto en el pesebre, ofrecido a nosotros como a bestias. Pues la Palabra se hizo carne (Juan I, 14), y según el profeta: Toda carne es heno. Pero ese heno no se secó, ni de él cayó la flor, porque reposó sobre él el Espíritu del Señor. Por esto, en algún momento vino el fin de toda carne, porque el espíritu de vida se había retirado. Finalmente dice: No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne (Gen. VI, 3). Entiende que en este lugar el nombre de carne designa el vicio, no la naturaleza: pues la naturaleza no expulsa al espíritu, sino el vicio. Por el vicio, pues, toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno. Se secó, dice, el heno, y cayó la flor; pero no aquella flor que subió del tronco y raíz de Jesé, porque reposó sobre él el Espíritu del Señor (Is. XI, 1, 2); ni aquel heno que la Palabra se hizo, porque sigue en el profeta, pero la Palabra del Señor permanece para siempre (Is. XL, 6-8). Pues si el heno es la Palabra, y la Palabra permanece para siempre, también es necesario que el heno permanezca para siempre. De lo contrario, ¿cómo da vida eterna, si él mismo no permanece para siempre? Pues dice: Si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Y aclara qué pan dice cuando añade: Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo (Juan VI, 52). ¿Cómo, pues, no es eterno aquello por lo que se vive eternamente?

5. Pero recuerda ahora conmigo la voz del Hijo hablando al Padre en el salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción (Sal. XV, 10). No hay duda de que habla del cuerpo, que yacía sin vida en el sepulcro. Pues esto es lo que el ángel que anunció a la Virgen llamó Santo, diciendo: Y lo que nacerá de ti Santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35). ¿Cómo, entonces, podría el santo heno ver corrupción, que del perpetuo verdor del vientre incorrupto,

de pastos florecientes, puede incluso atraer las miradas ávidas de los ángeles, para ser insaciablemente deleitados? Que pierda el heno su verdor, si María pierde su virginidad. Por tanto, el alimento del hombre se transformó en pasto de bestia, al transformarse el hombre en bestia. ¡Ay, triste y lamentable cambio! que el hombre, habitante del paraíso, señor de la tierra, ciudadano del cielo, doméstico del Señor de los ejércitos, hermano de los espíritus bienaventurados, y coheredero de las virtudes celestiales, se encuentre de repente, por una conversión repentina, y por la debilidad, yaciendo en un establo, y por la semejanza bestial necesitado de heno, y por la ferocidad indomable atado al pesebre, como está escrito: Con freno y brida sujeta sus mandíbulas, los que no se acercan a ti (Sal. XXXI, 9). Reconoce, sin embargo, oh buey, a tu dueño; y tú, asno, el pesebre de tu señor; para que los profetas de Dios sean hallados fieles, que predijeron estas maravillas de Dios. Reconoce, bestia, a quien no reconociste como hombre; adora en el establo a quien huías en el paraíso; honra el pesebre cuyo imperio despreciaste; come heno, a quien pan, y pan angélico despreciaste.

6. Pero, ¿cuál es la causa, preguntas, de tan gran degradación? Sin duda, que el hombre, cuando estaba en honor, no entendió. ¿Qué no entendió? No lo dice: digámoslo nosotros. Puesto en honor, no entendió que era barro, deleitándose en la cumbre del honor; y enseguida experimentó en sí mismo lo que mucho después un hombre de los hijos de la cautividad prudentemente advirtió y verdaderamente expresó, diciendo: El que se cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo (Gal. VI, 3). ¡Ay del miserable, que no hubo quien ya entonces le dijera: ¿Por qué te enorgulleces, tierra y ceniza? (Ecli. X, 9). De aquí que la egregia criatura fue mezclada con el rebaño, de aquí que la semejanza de Dios fue cambiada en semejanza bestial, de aquí que se estableció sociedad con las bestias en lugar de la compañía de los ángeles. ¿Ves cuán temible es para nosotros esta ignorancia, de la cual tantos miles de males han provenido para toda nuestra raza? Pues dice que el hombre fue comparado con las bestias insensatas, porque no entendió. Por tanto, debe evitarse de todas las maneras la ignorancia, no sea que, si aún sin entendimiento, y después de la aflicción, seamos hallados, muchos más y más graves males que los anteriores nos encuentren, y se diga de nosotros: Curamos a Babilonia, y no ha sido sanada (Jer. LI, 9). Con razón, porque ni siquiera la aflicción dio entendimiento al oído.

7. Y mira si acaso también de aquí el esposo, cuando con tanto trueno de reprensión aterraba a la amada por la ignorancia, por eso no dijo: Sal con los rebaños; o: Sal a los rebaños; sino: Sal, dice, tras los rebaños de tus compañeros. ¿Por qué esto? Sin duda para mostrar que la segunda ignorancia es más temible y vergonzosa que la primera, porque aquella hizo al hombre igual a las bestias, y esta lo hace posterior. Pues los hombres, ciertamente por ignorancia ignorados, es decir, reprobados, tienen que estar en aquel temible juicio, y ser entregados al fuego perpetuo, pero no así las bestias. Y no hay duda de que será peor para aquellos que así serán, que para aquellos que no serán en absoluto. Mejor le fuera, dice, si no hubiera nacido ese hombre (Marc. XIV, 21). No ciertamente si no hubiera nacido en absoluto, sino si no hubiera nacido hombre; sino, por ejemplo, o bestia, o alguna otra criatura: que como no tendría juicio, no vendría a juicio, y por tanto tampoco al castigo. Sepa, pues, el alma racional, que se avergüenza de sí misma por la ignorancia anterior, que tiene a las bestias como compañeras en disfrutar de los bienes de la tierra; pero no las tendrá igualmente como compañeras en soportar los tormentos del infierno; y entonces será expulsada con deshonra incluso de los rebaños de sus compañeros animales; y ya no irá con ellos, sino claramente detrás, cuando ellos no sientan ningún mal, y ella sea expuesta a todos los males: de los cuales no será liberada para siempre, si añade ignorancia a la segunda. Sale, pues, el hombre, y solitario va tras los rebaños de sus compañeros, cuando solo es arrojado al infierno inferior. ¿No te parece que ocupa un lugar posterior, quien con las manos y pies atados es

arrojado a las tinieblas exteriores? Y ciertamente los últimos de ese hombre serán peores que los primeros, cuando quien antes era igual a las bestias, ahora es incluso pospuesto.

8. Creo que incluso en la vida presente, si lo consideras bien, juzgarás que el hombre va detrás de las bestias. ¿No te parece que de alguna manera el hombre dotado de razón, y no viviendo según la razón, es más bestial que las mismas bestias? Pues la bestia, si no se guía por la razón, tiene excusa de la naturaleza, de la cual este don le fue completamente negado; no así el hombre, a quien le fue dado por especial prerrogativa. Con razón, pues, se considera que el hombre sale, y va detrás de los animales gregarios, porque solo este animal, con una conducta degenerada, transgrede las leyes de la naturaleza, imitando a los irracionales en costumbres y afectos. Se demuestra, pues, que el hombre va detrás de los rebaños, ahora por la depravación de la naturaleza, y luego por la extremidad del castigo.

9. Así será maldecido el hombre que sea hallado con ignorancia de Dios. ¿De Dios digo, o de sí mismo? Sin duda ambas: ambas ignorancias son condenables, cualquiera de ellas basta para la perdición. ¿Quieres saber que así es? Pero de la de Dios no dudas, si te consta que no hay otra vida eterna, que conocer al Padre, el único Dios verdadero, y a quien envió, Jesucristo (Juan XVII, 3). Escucha, pues, al esposo condenando clara y abiertamente la ignorancia del alma incluso del alma. ¿Qué dice? No dice si de Dios, sino: Si ignoras a ti misma, dice, etc. Está claro, pues, que el ignorante será ignorado (I Cor. XIV, 38), ya sea que ignore a sí mismo o a Dios. De ambas ignorancias tendremos, si Dios pone su mano, una discusión muy útil. No ahora, sin embargo; no sea que fatigados, y sin haber precedido la oración como de costumbre, o yo menos diligentemente prosiga con lo necesario, o vosotros menos atentamente, lo que solo debe ser recibido con gran deseo, escuchéis. Pues si el alimento del cuerpo, cuando lo tomas sin apetito y estando saciado, no solo no aprovecha, sino que daña mucho; mucho más el pan del alma tomado con desdén, no será alimento de ciencia, sino más bien tormento de conciencia. Que nos lo evite el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XXXVI. Que la ciencia de las letras es buena para la instrucción, pero la ciencia de la propia debilidad es más útil para la salvación.

1. He aquí que cumplo mi promesa; he aquí que satisfago vuestros deseos; he aquí que también sirvo a Dios por deber. Como veis, por tres razones me veo obligado a hablar; por la verdad del pacto, por la caridad fraterna, por el temor del Señor. Si callo, mi boca me condenará. ¿Qué, si hablo? Ciertamente temo el mismo juicio, no sea que hablando, y no haciendo, igualmente mi boca me condene. Ayudadme con vuestras oraciones, para que siempre pueda tanto hablar lo que conviene, como cumplir con obras lo que hablo. No ignoráis que hoy nos hemos propuesto un sermón sobre la ignorancia, o más bien sobre las ignorancias; pues se propusieron dos, una de nosotros mismos, y otra de Dios: y advertimos que ambas deben evitarse, porque ambas son condenables. Resta que aclare esto mismo, lo explique más plenamente. Pero primero creo que debemos preguntar si toda ignorancia es condenable: Y a mí me parece que no lo es: pues no toda ignorancia condena; sino que hay muchas e innumerables cosas que se pueden ignorar sin detrimento de la salvación. Por ejemplo, si ignoras el arte de la carpintería, o la albañilería, y cualesquiera otras artes de este tipo, que son ejercidas por los hombres para los usos de esta vida presente, ¿acaso impide la salvación? Incluso sin todas aquellas artes, que se llaman liberales (aunque se aprenden y ejercen en estudios más honestos y útiles), muchísimos hombres han sido salvados, agradando con sus costumbres y obras: cuántos enumera el Apóstol en la Epístola a los Hebreos, hechos amados, no en la ciencia de las letras, sino en la conciencia pura y la fe no fingida (Hebr. XI). Todos agradaron a Dios en su vida, por los méritos de la vida, no por la

ciencia. Pedro, y Andrés, y los hijos de Zebedeo, y todos los demás condiscípulos, no fueron tomados de la escuela de los retóricos o filósofos; y sin embargo, el Salvador obró por medio de ellos la salvación en medio de la tierra. No en la sabiduría que había en ellos más que en todos los vivientes (Ecle. I, 16) (como confesó algún santo de sí mismo), sino en su fe y mansedumbre los hizo salvos, incluso santos, incluso maestros. Finalmente hicieron conocidas al mundo las vías de la vida, y no en la sublimidad del discurso, ni en palabras doctas de sabiduría humana, sino como agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de su predicación, porque el mundo no conoció a Dios en su sabiduría (I Cor. II, 1; I, 17, 21).

2. Quizás parezca que soy excesivo en la crítica de la ciencia, y como si reprendiera a los doctos, y prohibiera los estudios de las letras. ¡Lejos de mí! No ignoro cuánto han beneficiado y benefician a la Iglesia sus letrados, ya sea para refutar a los que están en contra, ya sea para instruir a los simples. Finalmente leí: Porque tú rechazaste la ciencia, yo también te rechazaré, para que no ejerzas el sacerdocio para mí (Oseas IV, 6): leí: Los que sean doctos brillarán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos (Dan. XII, 3). Pero también sé dónde leí: La ciencia envanece (I Cor. VIII, 1): y de nuevo: El que añade ciencia, añade dolor (Ecli. I, 18). Ves que hay diferencia de ciencias, cuando una infla, otra entristece. Pero quisiera que supieras cuál de estas te parece más útil o más necesaria para la salvación, si la que se enorgullece o la que duele. Pero no dudo que prefieras la que duele a la que se enorgullece, porque la salud, que el tumor simula, el dolor la solicita. Y quien solicita, se acerca a la salud; porque quien pide recibe (Luc. XI, 10). Finalmente, quien sana a los contritos de corazón, aborrece a los soberbios, diciendo la Sabiduría, porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). Y el Apóstol decía: Digo, pues, por la gracia que me es dada, a todos los que están entre vosotros, que no piensen de sí más de lo que deben pensar, sino que piensen con sobriedad (Rom. XII, 3). No prohíbe pensar, sino más de lo que deben. ¿Qué es, pues, pensar con sobriedad? Observar con la mayor vigilancia qué es lo que más conviene saber primero. Pues el tiempo es breve. Es, sin embargo, que en sí misma toda ciencia es buena, que sin embargo esté apoyada en la verdad: pero tú que con temor y temblor trabajas por tu propia salvación, por la brevedad del tiempo, cuida de saber más y mejor lo que sientas más cercano a la salvación. ¿Acaso los médicos de los cuerpos no definen una porción de medicina en la elección de los alimentos, qué primero, qué después, y de qué manera debe tomarse cada cosa? Pues, aunque se sabe que los alimentos son buenos, que Dios creó, tú sin embargo, si no observas el modo y el orden al tomarlos, los haces para ti claramente no buenos. Por tanto, lo que digo de los alimentos, esto mismo sentid de las ciencias.

3. Pero mejor os remito al Maestro. Pues no es esta nuestra sentencia, sino la suya; más aún, es nuestra, porque es de la Verdad. El que se cree saber algo, aún no sabe cómo debe saber (I Cor. VIII, 2). Ves que no aprueba al que sabe mucho, si no sabe el modo de saber. Ves, digo, cómo establece el fruto y la utilidad de la ciencia en el modo de saber. ¿Qué, pues, dice que es el modo de saber? ¿Qué, sino que sepas en qué orden, con qué estudio, con qué fin debes conocer cada cosa? En qué orden, para que primero lo que más madura para la salvación: con qué estudio, para que más ardientemente lo que más vehementemente para el amor: con qué fin, para que no sea para vana gloria, o curiosidad, o algo similar, sino solo para tu edificación o la del prójimo. Pues hay quienes quieren saber solo para saber; y es curiosidad vergonzosa. Y hay quienes quieren saber para ser conocidos; y es vanidad vergonzosa. Quienes ciertamente no escaparán del satírico burlón, y de quien es así cantando: Tu saber no es nada, si otro no sabe que lo sabes. (PERSIO, sátira 1, verso 27.) Y hay también quienes quieren saber para vender su ciencia; por ejemplo, por dinero, por honores: y es ganancia

vergonzosa. Pero también hay quienes quieren saber para edificar; y es caridad. Y también quienes quieren saber para ser edificados; y es prudencia.

4. De todos estos, solo los dos últimos no se encuentran en el abuso de la ciencia, ya que desean entender para hacer el bien. Finalmente: "Buen entendimiento tienen todos los que lo practican" (Salmo 110, 10). Todos los demás escuchen: "Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado" (Santiago 4, 17); como si dijera por similitud: Al que toma alimento y no lo digiere, le es perjudicial. El alimento no digerido, y que no tiene buena cocción, genera malos humores y corrompe el cuerpo, y no nutre. Así también, mucha ciencia introducida en el estómago del alma, que es la memoria, si no es cocida al fuego de la caridad, y así transferida y digerida a través de ciertos miembros del alma, es decir, las costumbres y los actos, de modo que ella misma, de los bienes que conoce, se haga buena con la vida y las costumbres atestiguando; ¿no se reputará esa ciencia como pecado, como alimento convertido en humores perversos y nocivos? ¿No es acaso un mal humor pecado? ¿No son malos humores malas costumbres? ¿No sufrirá inflaciones y torturas en la conciencia quien es así, sabiendo el bien y no haciéndolo? ¿No tendrá tantas veces en sí mismo la respuesta de muerte y condenación, cuantas veces le venga a la mente la palabra que dijo Dios, que "el siervo que conoce la voluntad de su señor y no hace lo que es digno, recibirá muchos azotes" (Lucas 12, 47)? Y mira si acaso el profeta lloraba en la persona de tal alma, diciendo: "Me duele el vientre, me duele el vientre" (Jeremías 4, 19). A menos que esa repetición parezca insinuar un doble sentido, para que además de este que hemos dicho, busquemos también otro. Creo que el Profeta pudo haber dicho esto en su propia persona, que lleno de ciencia, ardiendo en caridad, y deseando completamente derramarse, no encontraba quien quisiera escuchar; y así, su ciencia era como una carga para él, que no podía compartir. Lamenta, pues, el piadoso doctor de la Iglesia tanto a aquellos que desprecian saber cómo se debe vivir, como a aquellos que, sabiendo, viven mal de todos modos. Y esto porque el Profeta repite el mismo discurso.

5. ¿Te das cuenta ya de cuán cierto sintió el Apóstol que "la ciencia envanece"? Quiero, por tanto, que el alma primero de todo se conozca a sí misma, porque lo exige la razón tanto de utilidad como de orden. Y de orden, ciertamente, porque lo que somos es lo primero para nosotros; de utilidad, porque tal ciencia no envanece, sino que humilla, y es una cierta preparación para edificar. Pues si no es sobre el estable fundamento de la humildad, el edificio espiritual no puede sostenerse en absoluto. Por lo demás, para humillarse, el alma no puede encontrar nada más vivaz o adecuado que si se encuentra en la verdad: solo que no disimule, que no haya engaño en su espíritu, que se ponga ante su propia faz, y no se aparte de sí misma. ¿No encontrará, al mirarse así con la clara luz de la verdad, que está en la región de la disimilitud: y suspirando miserable, ya que no podrá ocultarse que verdaderamente es miserable, no clamará con el Profeta al Señor: "En tu verdad me has humillado" (Salmo 118, 75)? Pues, ¿cómo no se humillará verdaderamente en este verdadero conocimiento de sí misma, cuando se perciba cargada de pecados, agobiada por el peso de este cuerpo mortal, enredada en cuidados terrenales, infectada por la escoria de los deseos carnales, ciega, encorvada, enferma, implicada en muchos errores, expuesta a mil peligros, temerosa de mil miedos, ansiosa por mil dificultades, sujeta a mil sospechas, afligida por mil necesidades, inclinada a los vicios, débil para las virtudes? ¿De dónde le vendrá la altivez de los ojos, de dónde levantar la cabeza? ¿No se convertirá más bien en su aflicción, mientras es herida por la espina (Salmo 31, 4)? Se convertirá, digo, en lágrimas, se convertirá en llanto y gemidos, se convertirá al Señor, y en humildad clamará: "Sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Salmo 40, 5). Pero convertida al Señor recibirá consuelo, porque es el Padre de las misericordias, y el Dios de toda consolación.

6. Yo, mientras me miro a mí mismo, mi ojo permanece en amargura. Pero si miro y levanto mis ojos hacia la ayuda de la divina misericordia; la visión amarga de mí mismo será inmediatamente templada por la visión alegre de Dios, a quien digo: "Mi alma está turbada dentro de mí, por eso me acordaré de ti" (Salmo 41, 7). No es una visión mediocre de Dios, experimentar que es piadoso y accesible, como realmente es benigno y misericordioso, y se muestra superior a la maldad (Joel 2, 13), ya que su naturaleza es bondad, y es propio de él siempre tener misericordia y perdonar. Por tal experiencia y en tal orden se conoce saludablemente a Dios, cuando primero el hombre se conoce a sí mismo en necesidad, y clama al Señor, y él lo escucha, y dice: "Te libraré, y me honrarás" (Salmo 49, 15). Y de este modo, el conocimiento de ti mismo será un paso hacia el conocimiento de Dios; y de su imagen, que se renueva en ti, él será visto, mientras tú, con el rostro descubierto contemplando con confianza la gloria del Señor, te transformas en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3, 18).

7. Pero ahora advierte cómo ambos conocimientos son necesarios para tu salvación, de modo que no puedas carecer de ninguno con la salvación. Pues, si ignoras a ti mismo, no tendrás el temor de Dios en ti, ni humildad. ¿Acaso sin el temor de Dios y sin humildad puedes presumir de salvación? Tú lo verás. Bien hicisteis al gruñir para significar que no pensáis así, más bien que no desvariáis así, para que no nos detengamos en lo que es evidente. Pero prestad atención a lo demás. ¿O más bien debemos detenernos por los somnolientos? Pensaba que con un solo sermón cumpliría lo que prometí sobre la doble ignorancia; y lo habría hecho, si no pareciera demasiado largo para los fastidiosos. Pues veo a algunos bostezando, y a otros incluso durmiendo. No es de extrañar: las vigilias de la noche anterior (pues fueron larguísimas) los excusan. Pero, ¿qué diré a aquellos que también durmieron entonces, y ahora igualmente duermen? Pero no voy a seguir ahora más adelante avergonzando su vergüenza: basta con haberlo tocado. Creo que vigilarán mejor en adelante, temiendo el cauterio de nuestra observación. Con esta esperanza, les complacemos esta vez; y lo que la razón exigía continuar, por su caridad, aunque la discusión quede pendiente, lo dividimos, haciendo fin donde no había fin. Ellos, por la indulgencia hecha a ellos, glorifiquen con nosotros al Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XXXVII. Sobre el doble conocimiento, y la doble ignorancia; y sobre los males o daños que producen.

1. Creo que ahora no tenemos necesidad de exhortar a la vigilancia, ya que sin duda el sermón de ayer, aún reciente, ha despertado a algunos. Por tanto, recordáis que sostengo vuestro consentimiento, que nadie se salva sin el conocimiento de sí mismo: del cual ciertamente nace la humildad, madre de la salvación, y el temor del Señor, que es tanto el principio de la sabiduría como de la salvación. Nadie, digo, se salva sin ese conocimiento, quien tenga edad y capacidad para conocer. Lo digo por los niños y por los necios, cuya razón es otra. ¿Qué, si ignoras a Dios? ¿Podrá haber esperanza de salvación con la ignorancia de Dios? Tampoco. Pues no puedes amar a quien no conoces, ni tener a quien no has amado. Conócete, por tanto, para que temas a Dios; conócelo a él, para que igualmente lo ames. En uno te inicias en la sabiduría, en el otro te perfeccionas, porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo 110, 10), y la plenitud de la ley es la caridad (Romanos 13, 10). Por tanto, ambas ignorancias deben ser evitadas por ti, ya que sin el temor y el amor de Dios no puede haber salvación. Las demás son indiferentes, no tienen salvación si se conocen, ni condenación si se desconocen.

2. Sin embargo, no digo que se deba despreciar o descuidar el conocimiento de las letras, que adorna el alma, y la instruye, y hace que pueda también instruir a otros. Pero es necesario y

conveniente que precedan aquellos dos, en los cuales la razón superior declaró que se constituye la suma de la salvación. Y mira si no contemplaba y enseñaba este orden quien decía: "Sembrad para vosotros justicia, cosechad esperanza de vida; y entonces iluminad para vosotros, dice, la luz del conocimiento" (Oseas 10, 12). Puso la ciencia al final, como una pintura, que no puede tener estado sobre el vacío: y por eso precedió y subordinó aquellos dos a ella, como si pusiera algo sólido bajo la pintura. Ya seguro me dedicaré a la ciencia, si antes por el beneficio de la esperanza he recibido seguridad para la vida. Tú, por tanto, has sembrado para ti justicia, si de un verdadero conocimiento de ti mismo has despertado a temer a Dios, te has humillado, has derramado lágrimas, has prodigado limosnas, y te has dedicado a las demás acciones de piedad, si con ayunos y vigilias has afligido el cuerpo, si has fatigado el pecho con golpes, los cielos con clamores. Esto es sembrar para justicia. Las semillas son buenas obras, buenos estudios; las semillas son lágrimas. "Iban, dice, y lloraban llevando sus semillas". Pero, ¿qué? ¿Siempre llorarán? ¡De ninguna manera! Sino que "vendrán con exultación llevando sus gavillas" (Salmo 125, 6). Con razón "con exultación", cuando recogen las gavillas de gloria. A eso, dices, en la resurrección en el último día, y es una espera demasiado larga. No te desanimes, no desfallezcas por pusilanimidad de espíritu; tienes mientras tanto de las primicias del espíritu, lo que ahora cosechas con exultación. "Sembrad, dice, para vosotros justicia, cosechad esperanza de vida". No te envía ahora al último día, cuando la cosa ya será en realidad, y no en esperanza; sino que habla del presente. Realmente gran alegría y mucha exultación, cuando venga la vida.

3. Pero, ¿habrá esperanza de tanta alegría sin alegría? "Gozosos en la esperanza", dice el Apóstol (Romanos 12, 12). Y David no dijo que se alegraría, sino que se alegró, porque esperaba ir a la casa del Señor (Salmo 121, 1). Aún no tenía la vida, pero ciertamente había cosechado la esperanza de vida; y experimentaba en sí mismo la verdad de la Escritura que dice que no solo la recompensa, sino también la misma expectativa de los justos es alegría. Esto engendra en el ánimo de aquel que ha sembrado para sí justicia, la indulgencia anticipada de los pecados, si sin embargo esa indulgencia es atestiguada por la eficacia de la gracia recibida para vivir más santamente en adelante. Todo en vosotros que siente que esto se actúa dentro de sí, sabe lo que dice el Espíritu, cuya voz y operación nunca disienten entre sí. Por eso entiende lo que se dice, porque lo que oye afuera, lo siente adentro. Pues, quien habla en nosotros, obra en vosotros el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere (1 Corintios 12, 11): a unos hablar, a otros obrar lo que es bueno.

4. Cualquiera de vosotros que después de esos amargos y lacrimosos comienzos de su conversión se alegra de haber respirado en esperanza y de haberse elevado con las alas de la gracia a un cierto sereno de consolación celestial; ese ciertamente ya cosecha, recibiendo el fruto temporal de sus lágrimas; y él ha visto a Dios, y ha oído la voz que dice: "Dad a él del fruto de sus manos" (Proverbios 31, 31). Pues, ¿cómo no ha visto a Dios, quien ha gustado y visto que el Señor es bueno? ¡Cuán dulce y amable te ha sentido, Señor Jesús, a quien no solo le han sido perdonados los pecados, sino que también se le ha concedido el don de la santidad; y no solo eso, sino que además se le ha añadido la promesa de la vida eterna! ¡Feliz quien ya ha cosechado tanto, teniendo mientras tanto su fruto en santificación, y el fin la vida eterna! Con razón quien se encontró llorando, se alegró al ver al Señor: a cuya mirada de misericordia ya ha levantado tantas gavillas, el perdón, la santificación, la esperanza de vida. ¡Oh cuán verdadero es el dicho que se lee en el Profeta: "Los que siembran con lágrimas, cosecharán con exultación" (Salmo 125, 5). Donde brevemente se comprende ambos conocimientos: el de nosotros mismos sembrando en lágrimas; y el de Dios, cosechando en alegría.

5. Con este doble conocimiento precediéndonos, ya cualquier ciencia que pueda sobrevenir no envanece, ya que no puede aportar nada de beneficio o honor terrenal que no sea ciertamente inferior a la esperanza concebida, y a la alegría de la esperanza ya más profundamente arraigada en el alma. Pero la esperanza no defrauda; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5, 5). Por eso aquella no defrauda, porque esta infunde certeza. Pues por esta el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8, 16). ¿Qué puede, entonces, provenirnos de nuestra ciencia, por grande que sea, que no sea menor que esta gloria, en la que somos contados entre los hijos de Dios? He dicho poco: ni siquiera el mundo mismo y su plenitud pueden compararse en su comparación, aunque todo nos ceda a cada uno de nosotros en posesión. Sin embargo, si nos retiene la ignorancia de Dios, ¿cómo esperamos en aquel a quien ignoramos? Si de nosotros mismos, ¿cómo seremos humildes, pensando que somos algo, cuando no somos nada? Pero sabemos que ni los soberbios, ni los desesperados tienen parte o sociedad en la suerte de los santos.

6. Mira, pues, ahora conmigo, con cuánta diligencia y solicitud debemos rechazar de nosotros ambas ignorancias, de las cuales una engendra el principio de todo pecado, y la otra su consumación: así como de dos conocimientos opuestos, uno engendra el principio de la sabiduría, y el otro su perfección; aquel el temor del Señor, este el amor. Pero esto de los conocimientos se mostró arriba. Ahora mira sobre las ignorancias. Pues, así como el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclesiástico 1, 16), así el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico 10, 15): y como la perfección de la sabiduría se atribuye al amor de Dios, así la desesperación se atribuye toda la consumación de la maldad. Y así como del conocimiento de ti mismo viene a ti el temor de Dios, y del conocimiento de Dios viene también el amor de Dios; así, por el contrario, de la ignorancia de ti mismo viene la soberbia, y de la ignorancia de Dios viene la desesperación. Así, la ignorancia de ti mismo te engendra soberbia, cuando tu pensamiento, engañado y engañador, te miente que eres mejor de lo que eres. Esto es, de hecho, la soberbia, el principio de todo pecado, cuando eres mayor en tus ojos que ante Dios, que en la verdad. Y por eso, quien primero pecó este gran pecado (hablo del diablo), de él se dijo que "no permaneció en la verdad, sino que es mentiroso desde el principio" (Juan 8, 44); porque lo que fue en su pensamiento, no fue en la verdad. ¿Qué, si en eso discordara de la verdad, para pensar que es menor e inferior de lo que la verdad tendría? Su ignorancia lo excusaría sin duda, y no se reputaría soberbio, ni se encontraría su iniquidad para odio, sino que su humildad quizás para gracia. Pues si conociéramos en qué estado nos tiene Dios a cada uno de nosotros, no deberíamos apartarnos ni arriba ni abajo, en todo aquiesciendo a la verdad. Pero ahora, porque este consejo ha puesto las tinieblas como su escondite, y la palabra está oculta de nosotros, de modo que nadie sabe si es digno de amor o de odio (Eclesiastés 9, 1); más justamente y con más seguridad, según el consejo de la misma Verdad, elegimos para nosotros el último lugar, del cual después con honor seamos llevados más arriba, que presumamos uno más alto, del cual pronto debamos ceder con vergüenza (Lucas 14, 10, 9).

7. No hay, pues, peligro, por mucho que te humilles, por mucho que te consideres menor de lo que eres, es decir, de lo que la verdad te tiene. Pero es un gran mal, y un peligro horrendo, si te elevas temerariamente más de lo verdadero, si te prefieres en tu pensamiento a uno que quizás la verdad juzga igual a ti, o incluso superior. Así como si pasaras por una puerta cuyo dintel, para hablar con claridad, es demasiado bajo, no te perjudica por mucho que te inclines; pero te perjudica si te elevas más de lo que la medida de la puerta permite, de modo que tropieces y te golpees la cabeza; así en el alma no es en absoluto temida cualquier humillación, pero es horrenda y muy temida cualquier elevación temerariamente presumida.

Por tanto, no te compares, hombre, con los mayores, ni con los menores, ni con algunos, ni con uno. ¿Qué sabes, hombre, si aquel a quien quizás consideras el más vil y miserable de todos, cuya vida escandalosa y singularmente abominable aborreces, y por eso lo consideras despreciable no solo ante ti, que quizás ya confías en vivir sobria, justa y piadosamente, sino también ante todos los demás malvados como el más malvado de todos: qué sabes, digo, si será mejor que tú y que ellos por el cambio de la diestra del Altísimo en sí mismo en el futuro, y ya está en Dios? Y por eso no quiso que eligiéramos un lugar no mediocre, ni penúltimo, ni siquiera entre los últimos: sino "siéntate, dice, en el último lugar"; para que te sientes como el último de todos, y no te atrevas a compararte, no digo a preferirte, a nadie. He aquí cuánto mal viene de la ignorancia de nosotros mismos, ciertamente el pecado del diablo, y el principio de todo pecado, la soberbia. Lo que también engendra la ignorancia de Dios, lo veremos en otro momento. Pues ahora la brevedad de la hora no lo permite, ya que hoy nos reunimos tarde. Así que basta con que cada uno sea advertido ahora de no ignorarse a sí mismo, no solo por nuestro sermón, sino también por la dignación del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XXXVIII. Cómo de la ignorancia de Dios nace la desesperación, y cómo la esposa es llamada hermosa entre las mujeres.

1. ¿Qué engendra entonces la ignorancia de Dios? Pues por aquí debemos comenzar, como recordarán que aquí se terminó ayer. ¿Qué engendra entonces? Dijimos que la desesperación, pero expliquemos de qué manera. Tal vez alguien, volviendo en sí mismo y disgustado consigo por todos los males que ha hecho, pensando en arrepentirse y regresar de todo camino malo y de su vida carnal, si ignora cuán bueno es Dios, cuán suave y amable, y cuán dispuesto a perdonar, ¿no le acusará su pensamiento carnal y le dirá: ¿Qué haces? ¿Quieres perder esta vida y la futura? Tus pecados son grandes y demasiados: de ninguna manera podrás satisfacer por tantos y tan grandes, ni aunque te desollases. Tu complexión es delicada, tu vida ha sido refinada, difícilmente vencerás la costumbre. Por estas y otras razones similares, el miserable desesperado retrocede, ignorando cuán fácilmente la Bondad omnipotente, que no quiere que nadie perezca, disolvería todo esto: y sigue la impenitencia, que es el mayor delito y la blasfemia imperdonable. Él mismo, perturbado por una tristeza excesiva, es absorbido y llevado a lo profundo, de modo que ya no emergerá para recibir consuelo, como está escrito: "El impío, cuando llega al fondo de los males, desprecia" (Prov. XVIII, 3); o ciertamente, disimulando y halagándose a sí mismo con alguna razón verosímil, se revoca irrevocablemente al mundo, para disfrutar y deleitarse en todos sus bienes, mientras le sea posible. Pero cuando diga: "Paz y seguridad", entonces le sobrevendrá repentina destrucción, como el dolor a la que está encinta, y no escapará (I Tes. V, 3). Así, pues, de la ignorancia de Dios viene la consumación de toda malicia, que es la desesperación.

2. El Apóstol dice que algunos tienen ignorancia de Dios (I Cor. XV, 34). Pero yo digo que todos ignoran a Dios, quienes no quieren convertirse a Él. Pues sin duda no rehúsan por otra razón, sino porque imaginan que es severo y duro, cuando es piadoso; implacable, cuando es misericordioso; feroz y terrible, cuando es amable: y la iniquidad se miente a sí misma, formando un ídolo de lo que Él no es. ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? ¿Que no quiera perdonar los pecados? Pero los clavó en la cruz con sus propias manos. ¿Que sois delicados y refinados? Pero Él conoce nuestra fragilidad. ¿Que estáis mal acostumbrados y atados por el hábito de pecar? Pero el Señor libera a los cautivos (Sal. CXLV, 7). ¿Quizás teme que, irritado por la enormidad y multitud de crímenes, se demore en extender su mano de ayuda? Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). ¿O estáis preocupados por el vestido, la comida y otras necesidades corporales, y por eso dudáis en dejar lo vuestro?

Pero sabe que necesitáis todas estas cosas (Mat. VI, 25-32). ¿Qué más queréis? ¿Qué os impide ya la salvación? Pero esto es lo que digo: ignoráis a Dios, y tampoco creéis en nuestro testimonio. Desearía que al menos creyerais a los que han experimentado, porque, si no creéis, no entenderéis. Pero no todos tienen fe.

3. Sin embargo, no pensemos que la esposa, advertida de tal ignorancia de Dios, quien ha sido dotada no solo de conocimiento, sino de amistad e intimidad con su esposo y Dios, mereciendo frecuentes coloquios y besos, y ahora habla con audacia familiar: "Dime dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía". Donde ciertamente no pide que se le indique a Él, sino el lugar de su gloria, aunque no es diferente Él de su lugar o gloria. Pero se la reprende por su presunción y se le recuerda su propio conocimiento, en el cual parece haber oscurecido un poco, al considerarse digna de tan gran visión, ya sea menos atenta por su exceso, que estaba en el cuerpo, o esperando en vano, incluso permaneciendo en el cuerpo, poder acceder a esa claridad inaccesible. Por lo tanto, es inmediatamente devuelta a sí misma, convencida de ignorancia y castigada por insolencia. "Si no te conoces", dice, "sal" (Cant. I, 6, 7). El esposo truena terriblemente en la amada, no como esposo, sino como maestro; y no como enojado, sino para que, aterrorizada, sea purificada, y purificada, se haga digna de esa visión a la que aspira. Esa visión está reservada para los puros de corazón.

4. Hermosamente, la llama hermosa, no de manera absoluta, sino hermosa entre las mujeres, con distinción; para que así sea más reprimida y sepa lo que le falta. Pues creo que con el nombre de mujeres se designan aquí las almas carnales y mundanas, que no tienen nada de viril, nada fuerte o constante en sus acciones, sino todo relajado, todo femenino y blando en lo que viven y hacen. Pero el alma espiritual, aunque ya es hermosa por no caminar según la carne, sino según el espíritu; sin embargo, por vivir aún en el cuerpo, progresa todavía hacia la perfección de la belleza, y por lo tanto no es hermosa de manera absoluta, sino hermosa entre las mujeres, es decir, entre las almas terrenales, y que no son, como ella, espirituales, no entre las bienaventuranzas angélicas, no entre las virtudes, potestades, dominaciones. Como uno de los padres fue encontrado y llamado justo en su generación (Gen. VI, 9), es decir, ante todos de su tiempo y generación; y Tamar se dice justificada por Judá (Gen. XXXVIII, 26), es decir, ante Judá; y en el Evangelio se refiere que el publicano descendió del templo justificado, pero justificado ante el fariseo (Luc. XVIII, 14); y cómo aquel gran Juan fue magníficamente alabado, que no tenía superior, pero esto entre los nacidos de mujer (Luc. VII, 28), no entre los coros de los bienaventurados y espíritus celestiales; así también la esposa ahora es llamada hermosa, pero aún entre las mujeres, y no entre las bienaventuranzas celestiales.

5. Por lo tanto, que deje de investigar curiosamente las cosas celestiales mientras esté en la tierra, no sea que, al escrutar la majestad, sea oprimida por la gloria. Que deje, digo, mientras se mueve entre las mujeres, de inquirir sobre lo que está entre aquellas sublimes potestades, visibles solo para ellas, permitidas solo a ellas, como celestiales a los celestiales para ver. Admirable es, dice, esta visión que pides que te sea mostrada: y ahora no puedes contemplar la claridad meridiana y maravillosa en la que habito. Pues dijiste: "Dime dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía". Pero ser llevada a las nubes, penetrar en la plenitud de la luz, irrumpir en los abismos de claridad, y habitar la luz inaccesible, no es de este tiempo ni de este cuerpo. Eso te está reservado para el final, cuando te presente a mí gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. ¿No sabes que mientras vivas en este cuerpo, estás lejos de la luz? ¿Cómo, siendo aún no completamente hermosa, te consideras capaz de contemplar la totalidad de la belleza? ¿Cómo, finalmente, buscas verme en mi claridad, cuando aún no te conoces a ti misma? Pues si te conocieras plenamente, sabrías que, agobiada por el cuerpo que se corrompe, de ninguna manera puedes levantar los ojos y fijarlos en aquel resplandor

en el que los ángeles desean mirar. Será, cuando aparezca, que serás toda hermosa, como yo soy todo hermoso: y muy semejante a mí, me verás tal como soy. Entonces oirás: "Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti" (Cant. IV, 7). Ahora, aunque ya en parte semejante, en parte aún disímil, conténtate con conocer en parte. Atiende a ti misma, y no busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú (Ecli. III, 22). De lo contrario, si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres (Cant. I, 7); pues yo también te llamo hermosa, pero entre las mujeres, es decir, en parte; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte será abolido (I Cor. XIII, 10): si no te conoces; pero lo que sigue ya ha sido dicho, y no es necesario repetirlo. Prometí hablar útilmente sobre la doble ignorancia: si parece que no lo he cumplido, perdonad al que lo desea. Pues el querer está en mí, pero no encuentro cómo realizarlo, sino en cuanto el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos, se digne concederlo para vuestra edificación. Amén.

SERMO XXXIX. Sobre los carros de Faraón, es decir, del diablo, y sobre los príncipes del ejército, que son la malicia, la lujuria y la avaricia.

1. A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado, amiga mía (Cant. I, 8). Ante todo, en estas palabras aceptamos de buen grado que el tipo de la Iglesia precedió en los padres, y que los sacramentos de nuestra salvación fueron prefigurados. En la salida de Israel de Egipto, y en aquel doble servicio admirable del mar, tanto dando paso al pueblo como vengándose de los enemigos, se expresa claramente la gracia del bautismo, que salva a los hombres y sumerge los crímenes. Todos, dice, estuvieron bajo la nube, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar (I Cor. X, 1, 2). Pero es necesario señalar la consecuencia, como solemos, de las palabras, y unir lo que sigue a lo anterior; y así finalmente extraer algo agradable, si podemos, que sirva para instruir las costumbres. Donde, pues, la presunción de la esposa fue reprimida con una dura y severa reprensión; para que no quedara más triste, se le recuerdan algunos bienes que ya había recibido, y se le prometen algunos que aún no había recibido; pero también se le vuelve a llamar hermosa y se le llama amiga. Lo que te he dicho duramente, amiga mía, no tengas ninguna sospecha de odio o rencor en mí hacia ti. Pues las señales de mi amor por ti son evidentes en mis propios dones, con los que te he honrado y adornado. Y no tengo intención de retirarlos, sino más bien de añadir mayores. O así: No te molestes, amiga mía, por no recibir ahora lo que pides, habiendo recibido ya tanto de mí: y recibirás cosas mayores que estas, si caminas en mis preceptos y perseveras en mi amor. Esto en cuanto a la consecuencia de la letra.

2. Ahora veamos qué tipo de cosas se recuerda haberle dado. Y lo primero es que la comparó a su caballería en los carros de Faraón, liberándola ciertamente del yugo del pecado, mortificando todas las obras de la carne; así como aquel pueblo fue liberado de la servidumbre de Egipto, con todos los carros de Faraón subvertidos y sumergidos (Éxodo XIV, 28). Eso es ciertamente una gran misericordia, en la que yo también, si quisiera gloriarme, no sería insensato: pues diría la verdad. Confieso y confesaré: Si el Señor no me hubiera ayudado, mi alma habría habitado casi en el infierno (Sal. XCIII, 17). No soy ingrato, no he olvidado; las misericordias del Señor cantaré eternamente (Sal. LXXXVIII, 1). Pero hasta aquí conmigo y la esposa. En lo que sigue, ella, por una singular dignación, después de ser liberada, es admitida como amiga, se viste de decoro como esposa del Señor, aunque por ahora solo en las mejillas y en el cuello. A esto se le prometen collares para su adorno, y estos de oro por su valor, pero también adornados con plata por su belleza. ¿A quién no le agradaría mucho el orden mismo de los dones? Primero, es liberada misericordiosamente; segundo, es dignamente amada; tercero, es benignamente lavada y purificada; finalmente, recibe la promesa de un adorno excelente.

3. No dudo que algunos de vosotros ya reconozcáis en vosotros mismos lo que se dice, y que, advertidos por vuestra propia experiencia, os adelantéis a la comprensión. Pero ciertamente, recordando aquel versículo: La declaración de tus palabras ilumina, y da entendimiento a los pequeños (Sal. CXVIII, 130); considero digno explicar un poco más ampliamente lo mismo para tales personas. Pues el Espíritu de sabiduría es benigno (Sab. I, 6), y le agrada el maestro benigno y diligente, que desea satisfacer a los estudiosos, sin rehusar complacer a los más lentos. Finalmente: Los que me esclarecen, tendrán vida eterna, dice la misma Sabiduría (Ecli. XXIV, 31): de la cual recompensa yo no quisiera ser privado. Aunque incluso en aquellas cosas que parecen claras, a veces se ocultan tales cosas, que incluso para aquellos que parecen más capaces y adelantados en ingenio, no será inútil si se declaran con más diligencia.

4. Pero observa ya la similitud de Faraón y su ejército, y el equitativo del Señor. No se dio similitud entre los mismos ejércitos, sino de ellos. Pues ¿qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿O qué parte tiene el creyente con el incrédulo? Pero entre el alma santa y espiritual, y el equitativo del Señor, hay claramente comparación, y entre Faraón y el diablo, y los ejércitos de ambos. Y no te maravilles de que un alma sea comparada a la multitud de un equitativo, si consideras cuántas legiones de virtudes hay en esa única alma, que sin embargo es un alma santa; cuánta ordenación en los afectos, cuánta disciplina en los modales, cuánta armadura en las oraciones, cuánta fortaleza en las acciones, cuánta terror en el celo, cuánta finalmente en el conflicto con el enemigo, la asiduidad de los combates, la multitud de los triunfos. Finalmente, en lo que sigue se lee: Terrible como un ejército en orden de batalla (Cant. VI, 3); y también: ¿Qué verás en la Sunamita, sino coros de ejércitos? (Cant. VII, 1.) O si eso no te agrada, debes saber que tal alma nunca está sin la custodia de los ángeles, que la celan con el celo de Dios, solícitos de guardarla para su esposo, y presentarla como virgen casta a Cristo. Y no digas en tu corazón: ¿Dónde están? ¿Quién los ha visto? Los vio el profeta Eliseo, e incluso hizo que Giezi los viera orando (IV Reg. VI, 16, 17). Tú no los ves, porque no eres profeta, ni siervo de profeta. Los vio el patriarca Jacob, y dijo: "Este es el campamento de Dios" (Gen. XXXII, 2). También los vio el doctor de los gentiles, quien decía: "¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación?" (Hebr. I, 14).

5. Por lo tanto, apoyada por ministerios angélicos, y rodeada por un ejército celestial, la esposa avanzando es semejante al equitativo del Señor; aquel ciertamente, que una vez triunfó en los carros de Faraón con tan asombroso milagro de ayuda divina. Pues si consideras diligentemente, encontrarás aquí igualmente admirables todas las cosas que allí admiras magníficamente realizadas. A menos que ahora se triunfe más magníficamente en que lo que allí precedió corporalmente, aquí se cumple espiritualmente. ¿No te parece mucho más fuerte y mucho más glorioso derribar al diablo que a Faraón; y vencer a las potestades aéreas que subvertir los carros de Faraón? Allí se luchó contra carne y sangre; aquí contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12). Y sigue ahora conmigo cada uno de los miembros de la proporción. Allí el pueblo fue sacado de Egipto, aquí el hombre del mundo; allí Faraón es derribado, aquí el diablo; allí los carros de Faraón son subvertidos, aquí los deseos carnales y mundanos, que militan contra el alma, son subvertidos; aquellos en las olas, estos en las lágrimas; aquellos marinos, estos amargos. Creo que ahora también los demonios claman, si acaso les toca encontrarse con tal alma: "Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por él" (Éxodo XIV, 25). ¿Quieres que también te designe algunos de los príncipes de Faraón con sus propios nombres, y te describa los carros, para que tú mismo puedas encontrar otros, si los hay, por ti mismo? Un gran príncipe espiritual e invisible del

rey de Egipto es ciertamente la Malicia, grande la Lujuria, grande la Avaricia. Y estos ciertamente poseen sus dominios bajo su rey, como a cada uno le han sido asignados. Pues la Malicia domina en toda la región de los maleficios y crímenes; la Lujuria preside sobre toda inmundicia y deshonra de la carne; la Avaricia ha obtenido el principado en las partes de la rapiña y el fraude.

6. Ahora también recibe qué tipo de carros ha preparado Faraón para estos sus príncipes para perseguir al pueblo de Dios. Pues la Malicia tiene su carro, consistente en cuatro ruedas: Crueldad, Impaciencia, Audacia, Desvergüenza. Muy veloz es el carro en derramar sangre, que no se detiene por la inocencia, ni se retarda por la paciencia, ni se frena por el temor, ni se inhibe por la vergüenza. Es arrastrado por dos caballos muy veloces y muy dispuestos para toda destrucción, el Poder terrenal y la Pompa secular. Entonces, la cuadriga de la malicia corre muy rápidamente, cuando por un lado el efecto del poder está al servicio de sus maliciosos intentos; por otro lado, el aplauso de la pompa sonríe a los crímenes perpetrados, para que se cumpla la palabra escrita: "Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el iniquo es bendecido" (Sal. IX, 3); y otra Escritura: "Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas" (Luc. XXII, 52). Además, dos aurigas presiden estos dos caballos, el Orgullo y la Envidia; y el orgullo guía la pompa, la envidia el poder. Pues aquel que se lleva por el amor rápido de las pompas diabólicas, cuyo corazón primero se hinchó en sí mismo. Pues lo que está firmemente establecido en sí mismo, comprimido por el temor, modesto por la gravedad, sólido por la humildad, sano por la pureza, no será fácilmente llevado por el viento de esta vanidad. Asimismo, el caballo de la potencia terrenal no es conducido por la envidia, y como si fuera impulsado por ciertos espolones de la envidia, se agita continuamente por el temor de ceder y el miedo de sucumbir. Pues una cosa es que se sospeche de un sucesor, y otra que se tema a un invasor. Con estos estímulos, la potencia terrenal es continuamente agitada. Y el carro de la malicia se comporta así.

7. El carro de la lujuria, sin embargo, avanza con la cuadriga de los vicios: la gula del vientre, la lujuria del coito, la blandura de las vestiduras, y la resolución del ocio y el sueño. Es arrastrado por dos caballos, la prosperidad de la vida y la abundancia de bienes; y quienes los dirigen son dos, la pereza de la indolencia y la seguridad infiel: porque la abundancia disuelve la pereza, y, según la Escritura: La prosperidad de los necios los destruirá (Prov. I, 32); no por otra razón, sino porque los hace sentirse falsamente seguros: Cuando digan, Paz y seguridad; entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina (I Tes. V, 3). Estos no tienen espuelas, ni látigos, ni nada por el estilo, sino que usan un dosel para hacer sombra y un abanico para provocar viento. El dosel es la disimulación, que hace sombra y protege del calor de las preocupaciones. Es propio del alma blanda y delicada disimular incluso las preocupaciones necesarias, y para no sentir las ansiedades ardientes, esconderse bajo el refugio de la disimulación. El abanico es la prodigalidad, que trae el viento de la adulación. Los lujuriosos son generosos, comprando con oro el viento de la boca de los aduladores. Y sobre esto basta.

8. Ahora bien, la avaricia también se mueve sobre ruedas de cuatro vicios, que son la pusilanimidad, la inhumanidad, el desprecio de Dios, y el olvido de la muerte. Los animales que tiran de ella son la tenacidad y la rapacidad; y a estos dos los dirige un solo auriga, el ardor de poseer. La avaricia, en efecto, no permite contratar a más, y se contenta con un solo servidor. Este, muy dispuesto y incansable ejecutor de la tarea encomendada, utiliza látigos muy agudos para urgir a los animales que tiran, la lujuria de adquirir y el miedo a perder.

9. Hay también otros príncipes del rey de Egipto que tienen sus propios carros en la expedición de su señor, como la soberbia, que es uno de los principales príncipes; como la impiedad enemiga de la fe, que también ocupa un gran lugar en la casa y el reino de Faraón; y hay muchos otros sátrapas y jinetes de orden inferior, cuyo número es incontable en el ejército de Faraón; cuyos nombres, funciones, armas y equipo dejo a vuestro estudio, para que os ejercitéis en ellos. En la fortaleza de estos príncipes y de sus carros, el Faraón invisible, corriendo por todas partes, se ensaña tiránicamente con toda la familia del Señor, con las fuerzas que puede, y en estos días también persigue a Israel que sale de Egipto. Pero este, ni llevado en carros, ni protegido por armas, fortalecido solo por la mano del Señor, canta con seguridad: Cantemos al Señor, porque se ha glorificado; caballo y jinete arrojó al mar (Éxodo XV, 1); y también: Estos en carros y aquellos en caballos; pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios (Salmo XIX, 8). Y esto se ha dicho por la similitud traída del ejército del Señor y de los carros de Faraón.

10. Después de esto, se le llama amigo. Pues él ya era amigo antes de la liberación, de lo contrario no habría liberado a quien no amaba; pero ella, llevada por el beneficio de la liberación, se convirtió en amiga. Escucha, pues, su confesión. No porque nosotros lo hayamos amado, dice, sino que él nos amó primero (I Juan IV, 10). Recuerda ahora a Moisés y la etíope, y reconoce ya entonces el matrimonio prefigurado del Verbo y el alma pecadora; y discierne, si puedes, qué te sabe más dulce en la consideración del suavísimo sacramento, si la benignísima dignación del Verbo, o la gloria inestimable del alma, o la inesperada confianza del pecador. Pero Moisés no pudo cambiar la piel de la etíope, Cristo sí pudo. Sigue: Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola. Pero esto se reservará para otro sermón; para que siempre, tomando con avidez lo que se nos ofrece en la mesa del Esposo, lo proclamemos en alabanza y gloria de Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMON XL. Que la intención es el rostro del alma: cuál es su belleza o deformidad; cuál es su soledad y audacia.

1. Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola (Cant. I, 9). La modestia de la esposa es tierna; y creo que su rostro, ruborizado por la reprensión del esposo, aparece más hermoso, y de inmediato escucha: Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola. Pero cuida de no pensar carnalmente en la coloración de la carne putrefacta, y en la purulencia del humor amarillo o sanguinolento, que cubre la superficie de la piel vítrea de manera uniforme y pareja: de los cuales, moderadamente mezclados entre sí, el rubor pálido se templa en la eficacia de la belleza corporal de las mejillas. De lo contrario, aquella sustancia incorpórea e invisible del alma, ni está distinguida por miembros corporales, ni está teñida por colores visibles. Tú, sin embargo, alcanza, si puedes, la esencia espiritual con una mirada espiritual, y para adaptar el esquema de la similitud propuesta, considera el rostro del alma, la intención de la mente; de la cual, sin duda, se estima la rectitud de la obra, así como la belleza del cuerpo se estima por el rostro. Por lo tanto, entiende la modestia como el color en el rostro, porque esta virtud en particular aporta belleza y aumenta la gracia. Hermosas, por tanto, son tus mejillas, como las de la tórtola. Podría haber usado más comúnmente el término rostro y describirlo como hermoso, como suele decirse de quien se alaba su belleza, que es de hermoso rostro o de rostro decoroso: pero no sé qué quiso decir, que prefirió decir mejillas en plural, en lugar de rostro en singular, a menos que no crea que sea en vano. Pues habla el Espíritu de sabiduría, al que no es lícito atribuirle nada en absoluto como vano, o dicho de manera inapropiada. Hay, sin duda, una razón, cualquiera que sea, por la cual prefirió decir mejillas en plural, en lugar de rostro en singular. Y si no tienes algo mejor, yo te revelo lo que me parece.

2. Se requieren necesariamente dos cosas en la intención, que hemos dicho que es el rostro del alma: el objeto y la causa; es decir, qué intencionas y por qué. Y de estos dos, sin duda, se juzga la belleza o la deformidad del alma; de modo que, por ejemplo, el alma que tiene ambos rectos y castos, se le puede decir con razón y verdad: Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola. Pero la que carece de uno de estos, no podrá decirse de ella que sus mejillas son hermosas como las de la tórtola, debido a la deformidad que aún tendrá en parte. Mucho menos podrá convenirle esto a quien no se encuentra que tenga ninguno de estos dos loables. Pero todo esto se hará más claro con ejemplos. Si, por ejemplo, alguien intenciona su mente en la búsqueda de la verdad, y lo hace solo por amor a la verdad; ¿no te parece que tiene tanto el objeto como la causa honesta, y con razón puede reclamar para sí lo que se dice: Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola? pues en ninguna de sus mejillas aparece mancha de reproche. Pero si no es por deseo de la verdad, sino por vanagloria o por la obtención de algún otro beneficio temporal que intenciona en la verdad: ya, aunque parezca tener una de las mejillas hermosa, no dudarás, creo, en juzgarla al menos en parte deforme, cuya otra cara ha sido desfigurada por la fealdad de la causa. Pero si ves a un hombre que no intenciona en estudios honestos, sino atrapado en las seducciones de la carne, entregado al vientre y a la lujuria, como aquellos cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza, que piensan en cosas terrenales (Filip. III, 19): ¿qué de este? ¿no lo juzgarás extremadamente feo en ambos lados, en cuya intención se encuentra tanto el objeto como la causa reprobable?

3. Por lo tanto, intencionar no en Dios, sino en el mundo, es propio del alma mundana, que no tiene ninguna mejilla hermosa. Intencionar como en Dios, pero no por Dios, es propio del alma hipócrita: que aunque una cara parece decorosa, porque de alguna manera intenciona en Dios; sin embargo, esa simulación extermina toda belleza en ella, e introduce más bien fealdad por completo. Pero si intenciona en Dios solo o principalmente por las necesidades de la vida presente; no decimos que sea pútrida con la hez de la hipocresía, pero sí oscura por el vicio de la pusilanimidad, y menos aceptable. Por el contrario, intencionar en otra cosa que no sea Dios, pero por Dios; no es el ocio de María, sino el negocio de Marta. ¡Lejos de mí decir que tal cosa tiene algo deforme! Sin embargo, no afirmaría que ha alcanzado la perfección de la belleza: pues aún está preocupada y turbada por muchas cosas, y no puede evitar ser salpicada por el fino polvo de los actos terrenales. Que, sin embargo, la intención casta y la interrogación de la buena conciencia en Dios lo limpia rápida y fácilmente, incluso en la hora de la santa dormición. Por lo tanto, buscar solo a Dios por él mismo, esto es tener ambas caras de la intención dividida muy hermosas; y esto es propio y especial de la esposa, a quien con razón le conviene escuchar con singular prerrogativa: Hermosas son tus mejillas, como las de la tórtola.

4. ¿Por qué, como la tórtola? Es un ave casta, y se dice que su vida no es con muchos, sino que se contenta con vivir solo con su pareja, de modo que si la pierde, no busca otra, sino que vive sola en adelante. Tú, pues, que escuchas esto, para que no escuches en vano lo que está escrito para ti, y ahora se discute y se trata por ti: tú, digo, si te mueves a estos estímulos del Espíritu Santo, y ardes en dar esfuerzo, cómo hacer de tu alma la esposa de Dios; esfuérzate por tener ambas mejillas de tu intención hermosas, para que, imitador del ave castísima, te sientes, según el profeta, solitario, porque te has elevado sobre ti (Lamentaciones III, 28). Sin duda, es sobre ti, desposarse con el Señor de los ángeles. ¿No es sobre ti, adherirse a Dios y ser un solo espíritu con él? Siéntate, pues, solitario, como la tórtola. Nada para ti con las multitudes, nada con la multitud de los demás; y también olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, y el rey deseará tu belleza (Salmo XLV, 11, 12). Oh alma santa, sé sola, para que te guardes a ti misma solo para aquel a quien de todos has elegido. Huye del público, huye incluso de los domésticos; sepárate de amigos e íntimos, incluso de aquel que te sirve. ¿No

sabes que tienes un esposo pudoroso, y que de ninguna manera quiere concederte su presencia en presencia de los demás? Sepárate, pues, pero con la mente, no con el cuerpo; sino con la intención, con la devoción, con el espíritu. Porque el Espíritu ante tu rostro es Cristo el Señor, y requiere la soledad del espíritu, no del cuerpo, aunque a veces no es en vano que te separes también corporalmente, cuando puedes oportunamente, especialmente en el tiempo de oración. También tienes en esto el mandato del esposo, y el ejemplo: Tú, dice, cuando ores, entra en tu habitación y cierra la puerta, ora (Mateo VI, 6). Y lo que dijo, lo hizo. Pasaba la noche solo en oración, no solo escondiéndose de las multitudes, sino que no admitía a ninguno de los discípulos, ni a ninguno de los domésticos (Lucas VI, 12, 13). Finalmente, había llevado consigo a tres de sus íntimos, cuando voluntariamente se apresuraba a la muerte; se apartó incluso de ellos cuando quiso orar (Mateo XXVI, 37-39). Por lo tanto, haz tú lo mismo, cuando quieras orar.

5. En lo demás, se te indica la soledad de la mente y del espíritu. Estás solo, si no piensas en cosas comunes, si no deseas las cosas presentes, si desprecias lo que muchos admiran, si desprecias lo que todos desean, si evitas las disputas, si no sientes las pérdidas, si no recuerdas las injurias. De lo contrario, ni siquiera si estás solo en cuerpo, estás solo. ¿Ves que puedes estar solo, incluso cuando estás entre muchos; y entre muchos, cuando estás solo? Estás solo en cualquier multitud de personas en la que te encuentres: solo cuida de no ser un curioso explorador de la conversación ajena, ni un juez temerario. Incluso si descubres que algo se ha hecho mal, no juzgues al prójimo, más bien excusa. Excusa la intención, si no puedes la obra; piensa en la ignorancia, piensa en el error, piensa en el accidente. Pero si la certeza del asunto rechaza toda disimulación, sin embargo, persuádete a ti mismo, y di para ti mismo: La tentación fue demasiado fuerte, ¿qué habría hecho conmigo si hubiera tenido el mismo poder sobre mí? Y recuerda que ahora me dirijo a la esposa, y no instruyo al amigo del esposo, a quien le corresponde observar más diligentemente para que nadie peque, y explorar si peca, y corregir si ha pecado. De esta necesidad, la esposa está libre, viviendo solo para sí misma, y para aquel a quien ama, su esposo y Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMON XLI. Cómo la esposa recibe mientras tanto gran consuelo de la contemplación de la claridad divina, antes de llegar a la clara visión de ella.

1. Tu cuello es como collares (Cant. I, 9). Suele adornarse el cuello con collares, no compararse a ellos. Pero esto lo hacen aquellas a quienes, como no tienen belleza propia, necesitan mendigar de otro lugar, para fingirse hermosas. Pues el cuello de la esposa es tan hermoso en sí mismo, y tan decentemente formado por la naturaleza, que no requiere adorno externo. ¿Qué necesidad hay de aplicar colores ajenos, a quien le basta su propia belleza, como si fuera innata, hasta el punto de poder igualar el brillo de los mismos collares que se buscan para adornar? Esto es lo que quiso dar a entender, quien no dijo que los collares cuelgan del cuello, como suele ser, sino que el mismo es como collares. Ahora debemos invocar al Espíritu Santo, para que, así como nos concedió encontrar las mejillas espirituales de la esposa, también se digne mostrarnos su cuello espiritual. Y a mi entendimiento (porque me corresponde hablar de lo que siento) nada me parece más verosímil o probable, que el intelecto del alma se designe con el nombre de cuello. Tú también aprobarás lo mismo, creo, si consideras la razón de la similitud. ¿No te parece que el cuello de alguna manera hace las veces del intelecto, por el cual tu alma introduce en sí misma los alimentos vitales del espíritu, y los transfiere a las entrañas de los modales y afectos? Este cuello de la esposa, es decir, el intelecto puro y simple, como brilla suficientemente por sí mismo con la verdad desnuda y abierta, no necesita ornamento; sino que más bien, como un collar precioso, adorna decentemente al alma, y por lo tanto se describe como similar a los collares. El buen collar es

la verdad, el buen collar es la pureza o la simplicidad, el buen collar es saber con sobriedad. El intelecto de los filósofos o herejes no tiene este brillo de pureza y verdad en sí mismo: y por eso se preocupan mucho por colorearlo y adornarlo con las galas de las palabras, y las sutilezas de los silogismos, para que, si aparece desnudo, no se vea también la fealdad del error.

2. Sigue: Haremos para ti collares de oro, adornados con plata. Si hubiera dicho, haré, en singular, y no en plural, haremos, habría declarado absolutamente e indudablemente que esto lo dice el esposo. Pero ahora ve si más bien lo asignamos a sus compañeros, que consuelan a la esposa con tal promesa, que hasta que llegue a la visión de aquel por quien arde de deseo, le harán collares hermosos y preciosos, que son adornos de las orejas. Y esto, creo, porque la fe viene por el oído; y mientras se camina por la fe y no por la vista, se debe dar más esfuerzo a instruir el oído, que a ejercitar la vista. Pues en vano se dirige el ojo que no está purificado por la fe, ya que solo a los que tienen el corazón puro se les promete la visión (Mateo V, 8). Está escrito: Purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 9). Porque la fe viene por el oído, y de ella es la purificación de la vista, con razón se dedicaban a adornar las orejas, ya que el oído, como la razón ha enseñado, es preparación para la vista. Tú, dicen, oh esposa, anhelas contemplar la claridad del amado; pero esto es para otro tiempo. Ahora te damos adornos para tus oídos, que serán para ti mientras tanto consuelo, y preparación para lo que pides, como si le dijeran las palabras del profeta: Escucha, hija, y ve (Salmo XLV, 11). Deseas ver, pero escucha primero. El oído es un paso hacia la vista. Por lo tanto, escucha, e inclina tu oído a los adornos que te hacemos, para que por la obediencia del oído llegues a la gloria de la visión. Nosotros damos gozo y alegría a tu oído. Pues no es nuestro dar al ojo (en el que está la plenitud del gozo y la satisfacción de tu deseo), sino de aquel a quien ama tu alma. Él, para que tu gozo sea pleno, se mostrará a ti; él te llenará de alegría con su rostro. Mientras tanto, recibe para consuelo estos collares de nuestra mano; pero las delicias están en su diestra para siempre.

3. Debemos observar qué tipo de adornos le ofrecen: "Aureos", dice, "y decorados con plata". El oro es el resplandor de la divinidad, el oro es la sabiduría que viene de lo alto. Este oro, que brilla como ciertos signos de la verdad, prometen moldearlo aquellos cuyo ministerio es, los orfebres celestiales, e insertarlo en los oídos internos del alma. No creo que esto sea otra cosa que tejer ciertas similitudes espirituales e introducir en la contemplación del alma los sentidos purísimos de la divina sabiduría, para que vea, al menos a través de un espejo y en enigma, lo que aún no puede contemplar cara a cara. Son cosas divinas, y completamente desconocidas para los inexpertos, de las que hablamos; cómo, en este cuerpo mortal, mientras la fe aún tiene su lugar, y la sustancia clara de la luz aún no se ha revelado, sin embargo, la contemplación pura de la verdad a veces se atreve a actuar dentro de nosotros, al menos en parte; de modo que a alguno de nosotros, a quien esto le haya sido dado desde lo alto, le sea permitido usurpar aquello del Apóstol: "Ahora conozco en parte"; también, "Conocemos en parte, y en parte profetizamos" (1 Cor. XIII, 12, 9). Pero cuando algo más divino brilla rápidamente, como en la velocidad de un rayo de luz, en la mente que excede en espíritu, ya sea para moderar el exceso de esplendor, o para el uso de la doctrina, inmediatamente, no sé de dónde, aparecen ciertas similitudes imaginativas de cosas inferiores, adecuadamente acomodadas a los sentidos infundidos divinamente, por las cuales de alguna manera el rayo purísimo y resplandeciente de la verdad se hace más tolerable para el alma misma, y más comprensible para aquellos con quienes desea compartirlo. Sin embargo, creo que estas son formadas en nosotros por las sugerencias de los santos ángeles, así como, por el contrario, no hay duda de que las malas y contrarias son introducidas por los ángeles malos.

4. Y tal vez de aquí proviene ese espejo y enigma, como dije, a través del cual el Apóstol veía (1 Cor. V, 12), fabricado como por las manos de ángeles a partir de estas puras y hermosas imaginaciones: para que podamos sentir que lo que se ve puro y sin ninguna fantasía de imágenes corporales es de Dios; y que cualquier similitud elegante, con la que esto aparezca dignamente vestido, la atribuyamos al ministerio angélico. Esto parece haber sido expresado más claramente por otra interpretación, diciendo: "Haremos para ti similitudes de oro, con distinciones de plata" (Cant. I, 10, según los LXX. Es lo mismo, con distinciones de plata, y decoradas con plata. En lo cual me parece significar no solo que las similitudes son sugeridas internamente por los ángeles, sino también que el brillo del discurso es ministrado externamente por ellos, para que, adornadas adecuadamente y con decoro, sean más fácilmente comprendidas por los oyentes, y más deleitables. Pero si dijeras: ¿Qué tiene que ver el discurso con la plata? el profeta te dice: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego" (Sal. XI, 7). Así, pues, esos espíritus celestiales administradores hacen para la esposa peregrina en la tierra adornos de oro, decorados con plata.

5. Observa, sin embargo, cómo ella desea una cosa y recibe otra: y al que se esfuerza por la tranquilidad de la contemplación se le impone el trabajo de la predicación; y al que anhela la presencia del esposo, se le encomienda la preocupación de engendrar y alimentar a los hijos del esposo. Y no solo ahora le sucede esto; sino que en otra ocasión, como recuerdo, cuando suspiraba por los abrazos y besos del esposo, se le respondió: "Cuán mejores son tus pechos que el vino" (Cant. I, 1); para que entendiera que era madre, y que se le llamaba a dar leche a los pequeños y a nutrir a los hijos. Tal vez también en otros lugares de este cántico, esto mismo tú también, a menos que seas perezoso para investigar, podrás advertir por ti mismo. ¿No se prefiguraba esta cosa en el santo patriarca Jacob, cuando frustrado de los abrazos deseados y largamente esperados de Raquel, recibió, sin querer y sin saberlo, a la fecunda y lega en lugar de la estéril y hermosa? (Gen. XXIX, 23, 23.) Así, pues, ahora la esposa deseando saber e inquiriendo dónde en las horas meridianas el amado apacienta y reposa, recibe en su lugar adornos de oro, decorados con plata; es decir, sabiduría con elocuencia; sin duda para la obra de la predicación.

6. Aprendemos de esto ciertamente, que a menudo deben interrumpirse los dulces besos por los pechos lactantes; y que nadie debe vivir para sí mismo, sino para todos. ¡Ay de aquellos que han recibido el don de pensar y hablar bien de Dios, si consideran la piedad como una ganancia; si convierten en vana gloria lo que recibieron para distribuir en beneficio de Dios; si siendo sabios en lo alto, no consienten con los humildes! Tiemblen por lo que se lee en el profeta, diciendo el Señor: "Les di mi oro y mi plata; pero ellos hicieron de mi plata y mi oro a Baal" (Ose. II, 8). Escucha, pues, lo que la esposa, habiendo recibido de aquí una reprensión, y de allí una promesa, respondió. Pues ni se enorgullece por las promesas, ni se enoja por el rechazo; sino, como está escrito: "Corrige al sabio, y te amará" (Prov. IX, 8); y también en lo que respecta a las donaciones y promesas: "Cuanto más grande eres, humíllate en todo" (Ecli. III, 20); lo cual se hará más claro por su respuesta. Pero esta discusión, si te place, se posponga para otro comienzo de sermón, y de lo que se ha dicho, glorifiquemos al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XLII. Sobre la doble humildad: una, a saber, que engendra la verdad; y otra, que inflama la caridad.

1. Cuando el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su fragancia (Cant. I, 11). Estas son las palabras de la esposa, que hemos pospuesto hasta el día de hoy; esta es la respuesta que dio cuando fue reprendida por el esposo, pero no al esposo, sino a sus compañeros: lo cual es

fácil de advertir por las mismas palabras. Pues al no decir, como a la segunda persona: "Cuando estabas en tu lecho", sino: "Cuando estaba en su lecho", está claro que no habla a él, sino de él. Imagina, pues, que el esposo, habiéndola corregido o reprimido (según fue visto), al percibir la vergüenza enrojecida de sus mejillas, se retiró, para que ella, en su ausencia, hablara más libremente lo que sentía; pero también, si se había vuelto más temerosa de lo que debería, y más abatida de ánimo, las consolaciones de sus compañeros la levantaran. Sin embargo, no dejó de hacer esto por sí mismo, tanto como juzgó necesario en el momento. Pues para dejar claro cuánto le complació en esa corrección, ya que la sintió digna y como debía ser aceptada, ciertamente no se ausentó antes de que, de la abundancia (lo cual no es dudoso) del corazón, brotara en alabanzas de él, y elogiara la belleza de sus mejillas y cuello. Por eso, quienes permanecen con ella, le hablan amablemente y le ofrecen regalos, sabiendo la voluntad del Señor. Así que su respuesta es para ellos. Y la conexión literal del esquema es así.

2. Pero antes de que comencemos a extraer el núcleo del espíritu de esta cáscara, diré brevemente una cosa. Feliz aquel cuya reprensión responde así, como tenemos el modelo en el presente lugar. ¡Ojalá no fuera necesario reprender a nadie! pues eso sería mejor. Pero ya que en muchos ofendemos todos, no me es lícito callar, a quien por oficio incumbe reprender a los pecadores, más aún me urge la caridad. Pero si reprendo y hago lo que me corresponde, y esa reprensión no hace lo que le corresponde, ni logra aquello para lo que la envié, sino que regresa a mí vacía, como un dardo que golpea y rebota: ¿qué creen que siento entonces, hermanos? ¿No me angustio, no me atormento? Y para usar algo de las palabras del Maestro, ya que no puedo hacerlo de la sabiduría; ciertamente estoy "apretado entre dos, y no sé qué elegir" (Filip. I, 23, 22): ¿me complace en lo que he dicho, porque he hecho lo que debía; o me arrepiento de mi palabra, porque no he recibido lo que quería? Quería ciertamente destruir al enemigo y liberar al hermano; y no lo hice así, más bien sucedió lo contrario: pues herí el alma, y aumenté la culpa, ya que se añadió el desprecio. "No quieren escucharte", dice, "porque no quieren escucharme" (Ezequiel III, 7). Ves qué majestad es despreciada. No pienses que solo a mí me han despreciado. El Señor ha hablado; y lo que dijo al profeta, lo dijo también a los apóstoles: "El que a vosotros desprecia, a mí me desprecia" (Lucas X, 16). No soy profeta, no soy apóstol; y sin embargo, me atrevo a decir que ejerzo la función de profetas y apóstoles: y aunque no igualo sus méritos, comparto sus preocupaciones; aunque para mi gran confusión, y aunque para mi gran peligro, me siento en la cátedra de Moisés, cuya vida no reclamo para mí, ni experimento su gracia. ¿Qué, entonces? ¿Acaso no se debe respetar la cátedra porque está ocupada por un indigno? Aunque los escribas y fariseos se sienten en ella, dice: "Haced lo que dicen" (Mateo XXIII, 2, 3).

3. A menudo también se une la impaciencia al desprecio, de modo que alguien no solo no se preocupa por ser corregido cuando es reprendido, sino que además se indigna con el que lo reprende, como un frenético que rechaza la mano del médico. ¡Qué perversidad tan extraña! Se enoja con el que lo cura, pero no con el que lo hiere. Hay quien dispara en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo X, 3), y ahora te ha herido de muerte; ¿y no te conmueves contra él? ¿Te enojas conmigo, que deseo que te cures? "Enójate", dice, "y no peques" (Salmo IV, 5). Si te enojas con el pecado, no solo no pecas, sino que exterminas lo que habías pecado. Pero ahora retienes el pecado rechazando el remedio, y añades pecado al pecar irracionalmente al enojarte; y es un pecado que peca en exceso.

4. A veces se añade la impudencia, de modo que no solo soporta impacientemente ser corregido, sino que también defiende impúdicamente aquello por lo que es reprendido. Esto es claramente desesperación. "Tu frente se ha hecho como la de una mujer adúltera; no quisiste avergonzarte" (Jeremías III, 3): y dice: "Mi celo se apartará de ti, y no me enojaré

más contigo" (Ezequiel XVI, 42). Solo al oírlo me estremezco. ¿Sientes cuán peligrosa y horrenda es la defensa del pecado? Dice de nuevo: "Yo a los que amo, los reprendo y castigo" (Apocalipsis III, 19). Si, pues, el celo te ha abandonado; también el amor: y no serás digno de amor, quien es considerado indigno de castigo. Ves que Dios se enoja más cuando no se enoja. "Tengamos misericordia del impío", dice, "y no aprenderá a hacer justicia" (Isaías XXVI, 10). Esta misericordia no la quiero. Sobre toda ira es esta misericordia, que me cierra los caminos de la justicia. Es mejor para mí, según el consejo del Profeta, "aprehender la disciplina, no sea que se enoje el Señor, y perezca del camino justo" (Salmo II, 12). Quiero que te enojes conmigo, Padre de misericordias; pero con esa ira con la que corriges al desviado, no con la que lo expulsas del camino. Aquello lo produce tu benigna corrección, esto lo nutre tu temible disimulo. No es cuando no sé, sino cuando siento que estás enojado, cuando más confío en que eres propicio: pues cuando te enojes, recordarás la misericordia. "Dios", dice, "fuiste propicio con ellos, y vengador de todas sus invenciones" (Salmo XCVIII, 8). Habla de Moisés y Aarón, y de Samuel, a quienes había mencionado antes; y llama propiciación a que Dios no perdonó sus excesos. Ve ahora tú, y excluye esto para ti eternamente, defendiendo el error y acusando la corrección. ¿No es esto llamar al mal bien, y al bien mal? ¿No brotará de esta odiosa impudencia la impenitencia, madre de la desesperación? Pues ¿quién se arrepentirá de lo que considera bueno? "¡Ay de ellos!", dice (Isaías V, 20). Este "¡ay!" es eterno. Es una cosa ser tentado por la propia concupiscencia, siendo atraído y seducido; y otra cosa es buscar el mal voluntariamente como si fuera bueno, apresurándose hacia la muerte como si fuera la vida, con una falsa seguridad. Por estos, digo, preferiría haber callado y disimulado lo que vi que se hacía mal, que haber reprendido para tal perdición.

5. Tal vez me digas que mi bien me será devuelto, y que he liberado mi alma, y que estoy limpio de la sangre del hombre a quien he anunciado y hablado, para que se apartara de su mal camino y viviera. Pero aunque añadas innumerables cosas de este tipo, sin embargo, no me consolarán, viendo la muerte del hijo. Como si hubiera buscado mi propia liberación con esa reprensión, y no más bien la de él. Pues ¿qué madre, aunque sepa que ha aplicado todo el cuidado y diligencia posible a su hijo enfermo, si al final se ve frustrada, y todos sus esfuerzos son completamente ineficaces, no obstante, al morir él, ha dejado de llorar? Y ella lo hace por la muerte temporal; cuánto más me espera a mí el llanto y el lamento por la muerte eterna de mi hijo, aunque no me acuse de no haberle anunciado. Ves también de cuántos males, por el contrario, nos libera a nosotros y a sí mismo, quien responde mansamente cuando es corregido, acepta con modestia, obedece con humildad, confiesa con humildad. A esta alma me declaro deudor en todo, a esta me ofrezco como ministro y siervo, como a la esposa dignísima de mi Señor, y que verdaderamente puede decir: "Cuando el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su fragancia".

6. Buen olor de humildad, que ascendiendo de este valle de lágrimas, perfumando las regiones circundantes, también rocía con grata suavidad el lecho real. La nardo es una hierba humilde, que los que han explorado con más curiosidad las virtudes de las hierbas dicen que tiene una naturaleza cálida. Y por eso me parece que no es inconveniente en este lugar tomar la virtud de la humildad, pero que arde con los vapores del santo amor. Lo digo, ciertamente, porque hay una humildad que nos engendra la verdad, y no tiene calor: y hay una humildad que la caridad forma e inflama. Y esta, ciertamente, consiste en el afecto, aquella en el conocimiento. Pues tú, si te miras a ti mismo a la luz de la verdad y sin disimulo, y te juzgas sin adulación; no dudo que te humillarás en tus propios ojos, haciéndote más vil para ti mismo por este verdadero conocimiento de ti, aunque tal vez aún no te permitas serlo en los ojos de los demás. Serás, pues, humilde, pero de la obra de la verdad por ahora, y no aún de

la infusión del amor. Pues, si de la misma verdad, que te mostró veraz y saludablemente a ti mismo, así como iluminado por su esplendor, también hubieras sido afectado por su amor; sin duda habrías querido, en lo que depende de ti, que todos tuvieran la misma opinión de ti que la que la misma verdad tiene de ti. Ciertamente, he dicho "en lo que depende de ti"; porque a menudo no conviene que todos conozcan todo lo que sabemos de nosotros mismos, y por la misma caridad de la verdad, y la verdad de la caridad, se nos prohíbe querer que se haga público lo que perjudicaría al que lo conoce. De lo contrario, si retenido por el amor propio, detienes igualmente dentro de ti el juicio de la verdad, ¿quién duda que amas menos la verdad, a la que prefieres tu propio beneficio o honor?

7. Ves, pues, que no es lo mismo que un hombre no piense ya altivamente de sí mismo, redargüido por la luz de la verdad; y consentir humildemente con los humildes, ayudado por el don de la caridad. Aquello es de necesidad, esto de voluntad. "Se despojó a sí mismo", dice, "tomando forma de siervo" (Filip. II, 7), y dando forma de humildad. Él se despojó a sí mismo, él se humilló a sí mismo, no por necesidad de juicio, sino por amor a nosotros. Podía, ciertamente, mostrarse vil y despreciable, pero claramente no considerarse así, porque se conocía a sí mismo. Por lo tanto, fue humilde por voluntad, y no por juicio, quien se ofreció tal como no se conocía a sí mismo; más bien, le agradó ser considerado el menor, quien no ignoraba que era el mayor. Finalmente, dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo XI, 29). Dijo "de corazón", del afecto del corazón, es decir, de la voluntad. Así, pues, excluyó la necesidad, quien confesó la voluntad. No como yo o tú encontramos en la verdad que somos dignos de deshonra y desprecio, dignos de toda extremidad e inferioridad, dignos incluso de castigos, dignos de azotes; no, digo, así él: sin embargo, experimentó todas estas cosas, porque quiso, como humilde de corazón; humilde, a saber, con esa humildad que el afecto del corazón sugiere, no la que la discusión de la verdad extorsiona.

8. Por eso dije que esta especie de humildad voluntaria no es creada por la redargución de la verdad, sino por la infusión de la caridad dentro de nosotros, porque es del corazón, porque es del afecto, porque es de la voluntad: pero si es correcto, tú juzga. También esto sea examinado por tu juicio, si dignamente la he asignado al Señor, a quien consta que fue despojado por caridad, disminuido por caridad de los ángeles, sometido por caridad a los padres, inclinado por caridad a las manos del Bautista, sufrido por caridad en la carne débil, finalmente sujeto a la muerte por caridad, crucificado sin gloria. Pero también esto uno más sea de tu consideración, si correctamente he pensado que esta misma humildad, así calentada por la caridad, está designada por la hierba humilde y cálida, es decir, el nardo. Y si apruebas todo esto (lo aprobarás, pues te someterás a la razón más manifiesta) entonces, si ya te has humillado a ti mismo con esa humildad necesaria, que la Verdad que escudriña los corazones y los riñones infunde en los sentidos del alma vigilante; añade la voluntad, y haz de la necesidad virtud, pues no hay virtud sin la conveniencia de la voluntad [o, connivencia de la voluntad]. Así se hará esto, si no quieres parecer exteriormente otro de lo que te encuentras interiormente. De lo contrario, teme, no sea que leas de ti mismo: "Porque actuó engañosamente en su presencia, para que se encontrara su iniquidad para odio" (Salmo XXXV, 3). "Peso", dice, "y peso es abominación para Dios" (Proverbios XX, 10). ¿Qué, entonces? ¿te deprecias a ti mismo en secreto ante ti mismo, ponderado en la balanza de la verdad; y exteriormente, mintiendo, te vendes a nosotros con un peso mayor del que recibiste de ella? Teme a Dios, y no hagas esta cosa pésima, que a quien la verdad humilla, la voluntad exalte: pues esto es resistir a la verdad, esto es luchar contra Dios. Más bien, sométete a Dios, y que la voluntad esté sujeta a la verdad; no solo sujeta, sino también devota. "¿No estará mi alma sujeta a Dios?" (Salmo LXI, 2).

9. Pero no basta con estar sujeto a Dios, si no lo estás también a toda criatura humana por amor a Dios; ya sea al abad, como al que sobresale; o a los priores, como a los establecidos por él. Yo digo más, sométete a los iguales, sométete también a los menores. Pues así conviene, dice, cumplir toda justicia (Mat. III, 15). Ve tú también al menor, si deseas ser perfecto en justicia; cede al inferior, inclínate ante el más joven. Haciendo esto, atraerás hacia ti las palabras de la esposa que dijo: Porque mi nardo ha dado su fragancia. El olor es devoción, el olor es buena reputación, que llega a todos, para que seas buen olor de Cristo en todo lugar, visible para todos, amable para todos. No puede esto aquel humilde, a quien la verdad obliga a la humildad; porque la tiene para sí mismo, y no le permite salir para que, esparcida afuera, exhale su fragancia. Más aún, no tiene olor, porque no tiene devoción, como quien no se humilla voluntaria ni gustosamente. La humildad de la esposa, como el nardo, esparce su fragancia, ardiendo en amor, vigorosa en devoción, exhalando buena reputación. La humildad de la esposa es voluntaria, es perpetua, es fructífera. Su olor no se extingue ni con la reprensión ni con la alabanza. Había oído: Hermosas son tus mejillas como las de la tórtola, y tu cuello como collares (Cant. I, 9). Había recibido también la promesa de un adorno de oro, y sin embargo, responde con humildad: y cuanto más se escucha grande, tanto más se humilla en todo. No se gloría en sus méritos, ni entre sus alabanzas olvida la humildad, que humildemente confiesa bajo el nombre de nardo; como si dijera con la voz de la Virgen María: No soy consciente de ningún mérito para tal dignación, sino que Dios miró la humildad de su sierva (Luc. I, 48). Pues, ¿qué es otra cosa mi nardo ha dado su fragancia, sino: Mi humildad ha agradado? No mi sabiduría, dice, no mi nobleza, no mi belleza, que no tenía, sino que la única que tenía, la humildad, dio su fragancia, es decir, la habitual. Habitualmente agrada a Dios la humildad; habitualmente y de manera acostumbrada el Señor excelso mira a los humildes: y por eso, cuando el rey estaba en su lecho, es decir, en su alto aposento, allí también ascendió el olor de la humildad. Habita en lo alto, dice, y mira a los humildes en el cielo y en la tierra (Sal. CXII, 5, 6).

10. Por tanto, cuando el rey estaba en su lecho, el nardo de la esposa dio su fragancia. El lecho del rey es el seno del Padre; porque el Hijo está siempre en el Padre. No dudes que este rey es clemente, para quien el lecho perpetuo es la morada de la benignidad paterna. Con razón el clamor de los humildes asciende a él, para quien la fuente de piedad es mansión, para quien la dulzura familiar, para quien la bondad sustancial, o más bien consustancial es: para quien todo lo que es, es del Padre, para que nada en la majestad real, sino lo paterno, sospeche la inquietud de los humildes. Finalmente: Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor (Sal. XI, 6). Consciente de esto, la esposa, como doméstica y queridísima, no se cree rechazada por la gracia del esposo por la penuria de méritos, confiando solo en la humildad. Finalmente, nombra al rey, pues no se atreve a llamarlo esposo por temor a la reprensión; y confiesa que habita en lo alto, y aun así no desconfía la humildad.

11. Puedes adaptar este discurso a la Iglesia primitiva, si recuerdas aquellos días en que, habiendo ascendido el Señor a donde estaba antes, y sentado a la derecha del Padre, en aquel su antiguo noble y glorioso lecho, los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar, perseverando unánimes en oración con las mujeres y María, la madre de Jesús, y sus hermanos (Hech. I, 13, 14). ¿No te parece que en verdad en aquel tiempo el nardo de la pequeña y temerosa esposa daba su fragancia? Finalmente, cuando de repente se produjo un sonido del cielo, como de un viento impetuoso que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados (Hech. II, 2), ¿no pudo con razón la pobre entonces decir: Cuando el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su fragancia? Fue evidente para todos los que estaban en el lugar, cuán grato a los humildes y cuán placentero había ascendido el olor, al que pronto se respondió

con una recompensa tan copiosa y gloriosa. Sin embargo, ella no fue ingrata por el beneficio. Escucha cómo, llena de devoción, se prepara para soportar todos los males por su nombre: pues sigue: Mi amado es para mí un racimo de mirra, que descansará entre mis pechos. Mi debilidad, que conocéis, no me permite avanzar más. Solo digo esto, que bajo el nombre de mirra dice estar preparada para soportar las amarguras de las tribulaciones por amor al amado. Continuaremos con el resto del capítulo en otra ocasión, si el Espíritu Santo, invocado por vosotros, está presente para hacernos entender las palabras de la esposa, que él mismo inspirando formó, como sabe que conviene a las alabanzas de aquel, cuyo Espíritu es, del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XLIII. Cómo la consideración de la pasión y los trabajos de Cristo hace que la esposa, es decir, el alma, avance ilesa entre las prosperidades y adversidades de este mundo.

1. Mi amado es para mí un racimo de mirra, que descansará entre mis pechos (Cant. I, 12). Antes rey, ahora amado; antes en el lecho regio, ahora entre los pechos de la esposa. Gran virtud de la humildad, a la que incluso la majestad de la Deidad se inclina tan fácilmente. Pronto el nombre de reverencia se ha transformado en el vocablo de amistad: y el que estaba lejos, en breve se ha hecho cercano. Mi amado es para mí un racimo de mirra. La mirra, cosa amarga, dura y áspera, significa tribulaciones. Previendo que por causa del amado se avecinan, lo dice con alegría, confiando en que lo soportará todo con valentía. Iban, dice, los discípulos gozosos del consejo, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hech. V, 41). Por eso, finalmente, no dice fardo, sino racimo amado, porque considera leve por amor a él cualquier trabajo y dolor que se avecine. Bien racimo, porque un niño nos ha nacido (Isa. IX, 6). Bien racimo, porque las pasiones de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Pues lo que en el presente es momentáneo y leve tribulación nuestra, produce en nosotros un eterno peso de gloria en sublimidad (II Cor. IV, 17). Será, por tanto, algún día para nosotros un gran cúmulo de gloria, que ahora es un racimo de mirra. ¿No es racimo, cuyo yugo es suave y su carga ligera? (Mat. XI, 30.) No porque sea leve en sí (pues no es leve la aspereza de la pasión, la amargura de la muerte), pero sí leve para el amante. Y por eso no dice solo: Mi amado es un racimo de mirra; sino: Para mí, que amo, es un racimo. De donde también lo llama amado, mostrando que la fuerza del amor supera la molestia de todas las amarguras, y porque el amor es fuerte como la muerte (Cant. VIII, 6). Y para que sepas que no se gloría en sí misma, sino en el Señor, ni presume de fortaleza por su propia virtud, sino por la ayuda del Señor; dice que él morará entre sus pechos, a quien segura canta: Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo (Sal. XXII, 4).

2. Recuerdo haber definido en uno de los sermones anteriores (Serm. 10, num. 1) los dos pechos de la esposa como la alegría y la compasión, según la doctrina de Pablo, que dice: Gozarse con los que se gozan, llorar con los que lloran (Rom. XII, 15). Pues bien, al moverse entre adversidades y prosperidades, sabe que en ambos lados no faltan peligros; quiere tener al amado en medio de estos pechos suyos, cuya continua protección contra ambos la mantenga segura, para que ni las alegrías la ensalcen, ni las tristezas la derriben. Tú también, si eres sabio, imitarás la prudencia de la esposa, y este racimo de mirra tan querido no permitirás que se aparte de tu pecho principal ni por un momento; reteniendo siempre en la memoria todas aquellas amarguras que sufrió por ti, y revolviéndolas en meditación continua, para que también tú puedas decir: Mi amado es para mí un racimo de mirra, que descansará entre mis pechos.

3. Y yo, hermanos, desde el inicio de mi conversión, por la falta de méritos que sabía que me faltaban, me he preocupado de atar este racimo para mí, y colocarlo entre mis pechos, recogido de todas las angustias y amarguras de mi Señor: primero, las necesidades de su infancia; luego, los trabajos que soportó predicando, las fatigas recorriendo, las vigilias orando, las tentaciones ayunando, las lágrimas compadeciéndose, las insidias conversando; finalmente, los peligros entre falsos hermanos, los insultos, los escupitajos, los golpes, las burlas, las recriminaciones, los clavos, y cosas semejantes, que para la salvación de nuestro género se sabe que la selva evangélica ha producido abundantemente. Donde ciertamente entre tantos ramitos de esta mirra fragante no he considerado dejar de lado aquella mirra con la que fue dado a beber en la cruz; ni tampoco aquella con la que fue ungido en la sepultura. En la primera aplicó a sí mismo la amargura de mis pecados; en la segunda dedicó la futura incorruptibilidad de mi cuerpo. Proclamaré la memoria de la abundancia de su dulzura mientras viva; en la eternidad no olvidaré estas misericordias, porque en ellas he sido vivificado.

4. Estas misericordias buscaba con lágrimas el santo David: Vengan a mí tus misericordias, y viviré (Sal. CXVIII, 77). Estas también otro de los santos recordaba con gemido, diciendo: Muchas son las misericordias del Señor. Cuántos reyes y profetas desearon ver, y no vieron. Ellos trabajaron, y yo he entrado en sus labores; yo he cosechado la mirra que ellos plantaron; para mí se ha guardado este racimo salvador; nadie lo quitará de mí, entre mis pechos morará. Dije que meditar en esto es sabiduría, en esto he establecido para mí la perfección de la justicia, en esto la plenitud del conocimiento, en esto las riquezas de la salvación, en esto la abundancia de méritos. De esto a veces tengo una bebida de saludable amargura, de esto nuevamente una suave unción de consolación. Esto me levanta en las adversidades, me reprime en las prosperidades, y al caminar por el camino real entre las alegrías y tristezas de la vida presente, me proporciona una guía segura en ambos lados, repeliendo los males que amenazan. Esto me concilia con el juez del mundo, mientras figura al temido por las potestades como manso y humilde; mientras no solo lo representa como apacible, sino también como imitable, a él que es inaccesible a los príncipes, temible entre los reyes de la tierra. Por eso estas cosas están frecuentemente en mi boca, como vosotros sabéis; siempre en mi corazón, como Dios sabe; muy familiares a mi pluma, como se ve; esta es mi filosofía más sublime por ahora, conocer a Jesús, y a este crucificado. No busco, como la esposa, dónde reposa al mediodía (Cant. I, 6), a quien abrazo con ternura morando entre mis pechos. No busco dónde apacienta al mediodía, a quien contemplo Salvador en la cruz. Aquello es más sublime, esto más dulce; aquello es pan, esto es leche; esto nutre las entrañas de los pequeños, esto llena los pechos de las madres: y por eso entre mis pechos morará.

5. Y vosotros también, amadísimos, recoged para vosotros este racimo tan amado, insertadlo en las entrañas de vuestro corazón, proteged con él la entrada de vuestro pecho, para que también entre vuestros pechos more. Tenedlo siempre no en la espalda, sino ante los ojos, para que no, llevándolo y no oliéndolo, el peso os oprima y el olor no os levante. Recordad que Simeón lo tomó en sus brazos (Luc. II, 28); María lo llevó en su vientre, lo cuidó en su regazo, la esposa lo colocó entre sus pechos. Y, para no omitir nada, la palabra se hizo en la mano del profeta Zacarías, y también de algunos otros. Creo que José, el esposo de María, frecuentemente lo habrá tenido sobre sus rodillas. Todos ellos lo tuvieron ante sí, y ninguno detrás. Sean, pues, ejemplo para vosotros, para que hagáis lo mismo. Porque si lo tenéis ante los ojos a quien lleváis, ciertamente viendo las angustias del Señor, llevaréis más fácilmente las vuestras, con la ayuda del esposo de la Iglesia, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

1420 SERMON XLIV. Sobre cómo la corrección debe ser moderada según el carácter de los pecadores, de modo que los humildes y obedientes sean corregidos con suavidad, y los duros y obstinados con severidad.

1. Mi amado es para mí un racimo de ciprés en las viñas de Engaddi (Cant. I, 13). Si el amado es en la mirra, mucho más en la suavidad del racimo. Por tanto, mi Señor Jesús es para mí mirra en la muerte, racimo en la resurrección, se ha preparado a sí mismo para mí como una bebida muy saludable, en lágrimas en medida. Murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25), para que muertos a los pecados vivamos para la justicia (I Pe. II, 24). Así que tú, si has llorado tus pecados, has bebido amargura; pero si ya has respirado en la esperanza de una vida más santa, se ha transformado para ti la amargura de la mirra en vino, que alegra el corazón del hombre. Y tal vez esto significó aquello que fue ofrecido al Salvador en la cruz [en otras versiones se añade vino] mirrado, y por eso no quiso beber, porque esto deseaba. Así que tú, después de las amarguras de la mirra, como dije, experimentando el vino de la alegría, no temerariamente podrás decir también: Mi amado es para mí un racimo de ciprés en las viñas de Engaddi. Engaddi tiene una doble interpretación, y ambas sirven al mismo entendimiento. Se dice fuente del cabrito, y bautismo de las naciones; y claramente designa las lágrimas de los pecadores. Se dice también ojo de la tentación, que igualmente derrama lágrimas; y contempla las tentaciones, que nunca faltan en la vida del hombre sobre la tierra. Pero también el pueblo de las naciones, que andaba en tinieblas, nunca por sí mismo pudo conocer las trampas de las tentaciones, y por tanto tampoco evitarlas, hasta que por la gracia de aquel que ilumina a los ciegos, recibió los ojos de la fe, hasta que llegó a la Iglesia, que tiene el ojo de la tentación; hasta que se entregó a los hombres espirituales para ser instruido, quienes iluminados por el espíritu de sabiduría, y enseñados por su propia experiencia, pueden verdaderamente decir que no ignoramos las astucias del diablo, y sus pensamientos (II Cor. II, 11).

2. Se dice que en Engaddi crecen arbustos de bálsamo, que son cultivados por los lugareños como viñas: y de ahí quizás las llamó viñas. De lo contrario, ¿qué haría un racimo de ciprés en las viñas de Engaddi? ¿quién alguna vez ha transportado racimos de viñas a viñas? pues el vino suele ser llevado de otro lugar donde falta, no donde abunda. Por tanto, llama viñas de Engaddi a los pueblos de la Iglesia, que tienen el licor del bálsamo, el espíritu de mansedumbre, en el que cuida con ternura la debilidad de los pequeños aún en Cristo, y consuela los dolores de los penitentes. Pero también si algún hermano ha sido sorprendido en alguna falta, el hombre eclesiástico, que ya ha recibido este espíritu, se preocupará de instruir a tal persona de inmediato en el mismo espíritu de suavidad, considerando a sí mismo, no sea que él también sea tentado (Gál. VI, 1). En este tipo, todos los que van a ser bautizados, incluso corporalmente, la Iglesia acostumbra a ungirlos con aceite material.

3. Pero como las heridas de aquel que cayó en manos de ladrones, y fue llevado al establo de la Iglesia en el jumento del cuerpo del buen Samaritano, no reciben sanidad solo con aceite, sino con vino y aceite juntos (Luc. X, 30-34): el médico espiritual necesita también el vino del celo ferviente junto con el aceite de la mansedumbre, a quien ciertamente conviene no solo consolar a los pusilánimes, sino también corregir a los inquietos. Pues si ve que aquel que ha sido herido, es decir, que ha pecado, no se enmienda con las exhortaciones suaves y blandas que se le han dado, sino que tal vez incluso abusa de su mansedumbre, y se vuelve más negligente, y en su pecado incluso duerme más seguro: frustrado el aceite tan suave de los consejos, será necesario ciertamente usar medicamentos más mordaces, e infundir el vino de la compunción; es decir, tratar con él con reprensiones e invectivas más duras, y, si la causa lo requiere, y la dureza es tanta, incluso golpear al despreciador con el bastón de la censura eclesiástica. Pero, ¿de dónde le viene este vino? Pues en las viñas de Engaddi no se

encuentra vino, sino aceite. Búsquelo, pues, en Chipre: pues esa isla es fértil en vino, y vino de la mejor calidad; y tomando de allí para sí un gran racimo, que en otro tiempo los exploradores de Israel llevaban en un palo (Núm. XIII, 24), figurando con hermoso esquema al coro profético precediendo, y al apostólico siguiendo, y en medio a Jesús: tomando, pues, este racimo para sí, diga: Mi amado es para mí un racimo de ciprés.

4. Hemos visto el racimo; veamos cómo se exprime de él el vino del celo. Pues si el hombre pecador no se indigna con el hombre que peca, sino que más bien le muestra un afecto piadoso de compasión, sudando sobre él como un rocío de bálsamo suavísimo; sabemos de dónde viene esto, y ya lo habéis oído, pero quizás no lo habéis advertido. Pues se ha dicho que a cada uno le viene de la consideración de sí mismo ser manso con todos, mientras el hombre, siguiendo el consejo del sapientísimo Pablo, para que sepa condescender piadosamente con los sorprendidos en pecado, considera a sí mismo, no sea que él también sea tentado (Gál. VI, 1). ¿No es de aquí, finalmente, de donde el amor al prójimo toma su raíz, del que se manda en la ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo? (Luc. X, 27.) De los más íntimos afectos humanos toma sus principios el amor fraterno, y de la dulzura natural innata al hombre hacia sí mismo, como de un humor terreno, toma sin duda su vegetación y fuerza, por la cual, soplando ciertamente la gracia desde lo alto, produce frutos de piedad: para que lo que el alma naturalmente desea para sí, no considere negarlo al consorte de la naturaleza, es decir, a otro hombre, por un cierto derecho de humanidad, donde pueda y deba, sino que lo imparta espontáneamente y con gusto. Por tanto, está en la naturaleza, si el pecado no la corrompe, un licor de esta clase de suavidad grata y excelente, para que se sienta y se muestre más blanda para compadecerse de los pecadores, que más áspera para indignarse.

5. Pero porque, según la sentencia del Sabio, las moscas muertas corrompen el ungüento de suavidad (Ecles. X, 1), y la naturaleza no tiene en sí misma de dónde reparar lo que una vez ha perdido, siente que se derrumba por un cambio lamentable en aquello que verdaderamente dice la Escritura: La inclinación del corazón del hombre es hacia el mal desde su juventud (Gén. VIII, 21). No es buena la juventud en la que el hijo menor pide que se le separe la parte de la herencia paterna, y comienza a querer dividir el bien que se posee más dulcemente en común; y tener solo lo que no se disminuye con la participación, pero se pierde con la partición. Finalmente: Disipó todos sus bienes viviendo disolutamente con prostitutas (Luc. XV, 11, 13). ¿Quiénes son estas prostitutas? Mira no sean ellas mismas las que corrompen el ungüento de suavidad, a saber, las concupiscencias carnales, de las cuales la Escritura te advierte saludablemente: No sigas tus concupiscencias (Ecli. XVIII, 30). Y con razón el Sabio las describe como mortales; porque el mundo pasa, y su concupiscencia (I Juan II, 17). Por lo tanto, mientras queremos satisfacerlas singularmente, nos privamos de la singular suavidad del bien social y común. Estas son ciertamente moscas sucias y punzantes, que en nosotros mancillan la belleza de la naturaleza, desgarran la mente con preocupaciones y ansiedades, exterminan la suavidad de la gracia social. De aquí que el hombre sea llamado hijo menor, porque la naturaleza, corrompida por un cierto desliz insensato de la juventud, ha perdido todo el jugo de la madurez y sabiduría viril; y, vuelto áspero, con el alma árida, desprecia a todos los demás, hecho sin afecto.

6. Por lo tanto, desde la juventud incipiente, los sentidos y pensamientos del hombre están inclinados al mal, y la naturaleza está más dispuesta a indignarse que a compadecerse. De ahí que el hombre, como despojado completamente de humanidad, aunque desea que los hombres le ayuden cuando lo necesita, no quiere él mismo ayudar a los hombres necesitados. Más bien, juzga, desprecia, se burla el hombre de los hombres, pecador que delinque, sin

considerar a sí mismo, no sea que él también sea tentado. De este mal la naturaleza no se levantará por sí misma, como dije, ni recuperará el aceite de la mansedumbre innata, que una vez fue exterminado en ella. Sin embargo, lo que la naturaleza no puede, la gracia puede. A quien la unción del espíritu se digne compadecer y perfundir de nuevo con su benignidad, ese volverá inmediatamente a ser hombre, y además recibirá algo mejor de la gracia que de la naturaleza. En la fe y la mansedumbre lo hará santo, y le dará no aceite, sino bálsamo en las viñas de Engadi.

7. No hay duda de que del manantial del cabrito fluyen carismas mejores, cuya unción ciertamente convierte a los cabritos en corderos, y transfiere a los pecadores de la izquierda a la derecha, abundantemente antes perfundidos con la unción de la misericordia, para que, donde abundaron los delitos, sobreabunde la gracia (Rom. V, 20). ¿No te parece verdaderamente que ese hombre ha vuelto de algún modo a ser hombre, quien, dejando la ferocidad del alma secular, y recuperando, incluso con el interés de la gracia, la unción humana de la mansedumbre, que en él las moscas de las concupiscencias carnales habían exterminado por completo; de su propio hombre que lleva, más bien que él mismo es, toma materia y forma para compadecerse de otros hombres, de modo que aborrezca como un rito fúnebre, no solo hacer a alguien lo que no quisiera sufrir, sino también no hacer a todos lo que quisiera que le hicieran?

8. He aquí de dónde el aceite. ¿El vino de dónde? Ciertamente del racimo de Chipre. Pues si amas al Señor Jesús con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza; ¿acaso si ves sus injurias y desprecio, podrás soportarlo con ánimo sereno? De ninguna manera: sino que, arrebatado por el espíritu de juicio y el espíritu de ardor, y como un poderoso embriagado de vino (Sal. LXXVII, 65), lleno del celo de Finees, dirás con David: Me ha consumido el celo, porque mis enemigos han olvidado tus palabras (Sal. CXVIII, 139); y con el Señor: El celo de tu casa me ha consumido (Sal. LXVIII, 10; Juan II, 17). El vino es, por tanto, este fervoroso celo, exprimido del racimo de Chipre, y la copa embriagadora del amor de Cristo. Finalmente, nuestro Dios es fuego consumidor (Deut. IV, 24), y el profeta decía que el fuego había sido enviado desde lo alto en sus huesos (Lam. I, 13), porque ardía de amor divino. Teniendo así del fraterno el aceite de la mansedumbre, y del amor divino el vino de la emulación, acércate seguro a sanar las heridas de aquel que cayó en manos de ladrones, el mejor imitador del piadosísimo Samaritano. También di con seguridad tú con la esposa: Mi amado es para mí un racimo de Chipre en las viñas de Engadi: esto es, el celo de la justicia, el amor de mi amado en los afectos de la piedad. Y de esto basta. Pues mi debilidad también indica que debo descansar, como a menudo lo hace; de modo que muchas veces me veo obligado a dejar inacabadas, como sabéis, las disertaciones, y reservar los capítulos restantes para otro día. Pero, ¿qué? Estoy preparado para los azotes (Sal. XXXIII, 18), sabiendo que aún recibo cosas muy inferiores a mis méritos. Que sea azotado, que sea azotado como malhechor, si acaso los golpes se cuentan como méritos: tal vez se apiade del azotado, quien no encontró en mí bien que recompensar, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XLV. Sobre la doble belleza del alma; y cómo el alma habla al Verbo de Dios, y el Verbo al alma: y cuáles son sus lenguas.

1. He aquí que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa; tus ojos son de palomas (Cantar de los Cantares I, 14). Hermosa, excelente, por amor, la presunción de la esposa; por amor, la indignación del esposo. Esto lo prueba el resultado del asunto. Pues a la presunción siguió la corrección, a la corrección la enmienda, a la enmienda la recompensa. Llega el amado, se aparta el maestro, desaparece el rey, se despoja de la dignidad, se deja la

reverencia. Cede, pues, la altivez, donde prevalece el afecto. Y así como en otro tiempo Moisés hablaba como amigo a amigo (Éxodo XXXIII, 11), y el Señor respondía: así también ahora entre el Verbo y el alma, como entre dos vecinos, se celebra una conversación muy familiar. Y no es de extrañar. De una misma fuente de amor fluye para ambos amarse mutuamente, ser consolados juntos. Por lo tanto, las palabras vuelan de aquí para allá más dulces que la miel, se dirigen miradas de toda suavidad mutua, santos indicios de amor. Finalmente, él la llama amiga, la proclama hermosa, repite hermosa, recibiendo lo mismo de ella a su vez. No es ociosa la repetición, que es confirmación del amor, y tal vez insinúa algo que debe buscarse.

2. Busquemos la doble belleza del alma: esto es lo que me parece insinuar. El adorno del alma es la humildad. No lo digo por mí mismo, ya que el profeta lo dijo antes: Rocíame con hisopo, y seré limpio (Sal. L, 9); significando la humildad con la hierba humilde y purgativa del pecho. Con esta se confía el rey y profeta en lavarse después de una grave caída, y así recuperar un cierto candor níveo de inocencia. Pero en aquel que ha pecado gravemente, aunque es digna de amar, no es sin embargo admirable la humildad. Pero si alguien retiene la inocencia, y sin embargo une la humildad, ¿no te parece que posee una doble belleza del alma? Santa María no perdió la santidad, y no careció de humildad: y por eso el Rey deseó su belleza, porque unió la humildad a la inocencia; finalmente: Ha mirado la humildad de su sierva (Luc. I, 48). Por lo tanto, bienaventurados los que guardan sus vestiduras limpias, a saber, de simplicidad e inocencia, si además añaden el adorno de la humildad. En verdad oirá quien se encuentre de esta manera: He aquí que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa. Ojalá dijeras al menos una vez a mi alma, Señor Jesús: He aquí que eres hermosa. Ojalá me guardes la humildad, pues la primera vestidura la he guardado mal. Soy tu siervo. Ni siquiera me atrevo a profesar ser amigo, quien no escucha el testimonio de mi belleza con repetición. Me basta si lo escucho una vez. Pero, ¿qué, si también esto está en cuestión? Sé lo que haré: veneraré a la amiga como siervo, admiraré el adorno acumulado en ella como un hombrecillo deforme; me alegraré al oír la voz del esposo, admirando no obstante tanta belleza. ¿Quién sabe si al menos por esto encontraré gracia a los ojos de la amiga, para que por su gracia también yo sea hallado entre los amigos? Finalmente, el amigo del esposo está, y se goza con gran alegría por la voz del esposo. He aquí su voz en los oídos de la amada: escuchemos y alegrémonos. Están juntos, hablan entre sí; estemos también nosotros: que ningún cuidado del mundo, ninguna atracción del cuerpo nos aparte de esta conversación.

3. He aquí, dice, que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa. He aquí es voz de admiración, el resto de alabanza. Con razón admirable, a quien la santidad perdida no trajo humildad, sino que la admitió conservada. Con razón se encuentra hermosa, a quien no le faltó ninguna de las dos bellezas. Rara ave en la tierra, o no perder la santidad, o que la humildad no sea excluida por la santidad: y por eso bienaventurada la que retuvo ambas. Finalmente se ha probado: no es consciente de nada en sí misma, y no rehúsa la corrección. Nosotros, incluso cuando pecamos gravemente, apenas soportamos ser reprendidos; pero ella escucha con ánimo sereno las amarguras contra sí misma sin haber pecado. Pues, si desea ver la claridad del esposo, ¿qué mal hay? más bien es de alabanza. Y sin embargo, reprendida, hace penitencia, y dice: Mi amado es para mí un racimo de mirra, entre mis pechos se hospedará (Cantar de los Cantares I, 12): esto es: Me basta, ya no quiero saber sino a Jesús, y a este crucificado. ¡Gran humildad! Actuando inocente, asume el afecto del penitente; y quien no tiene de qué arrepentirse, sin embargo tiene para arrepentirse. ¿Por qué, entonces, preguntas, fue reprendida, si no hizo nada malo? Pero escucha ahora la disposición y prudencia del esposo. Así como la obediencia de Abraham fue probada en otro tiempo, así también ahora la humildad de la esposa. Y como aquel, cumplida la obediencia, entonces

escuchó: Ahora sé que temes a Dios (Gén. XXII, 12): así también a esta ahora se le dice, como bajo otras palabras: Ahora sé que eres humilde; esto es lo que significa: He aquí que eres hermosa. Y por eso repite el elogio, para señalar el adorno de la humildad añadido a la gloria de la santidad. He aquí que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa. Ahora sé que eres hermosa, no solo por mi amor, sino también por tu humildad. No digo ahora hermosa entre las mujeres, ni hermosa en las mejillas, ni en el cuello, como decía antes: sino que confieso simplemente hermosa, no hermosa por comparación, no con distinción, no en parte.

4. Y añade: Tus ojos son de palomas. Claramente aún se encomia la humildad. Esto se refiere a que ella, reprendida por su alta inquisición, inmediatamente no dudó en descender a cosas más simples, de modo que dijera: Mi amado es para mí un racimo de mirra. Mucho dista ciertamente entre el rostro de la gloria y el racimo de mirra: y por eso es un gran signo de humildad, aquiescer a ser llamada de allí aquí. Por lo tanto, tus ojos son de palomas. Ya, dice, no andas en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre ti: sino que, a semejanza de la más simple de las aves, te contentas con cosas más simples, anidando en las hendiduras de la roca, permaneciendo en mis heridas, y mirando con gusto solo las cosas que son de mí encarnado y padecido, con ojo de paloma.

5. O ciertamente, porque en la figura de esta ave apareció el Espíritu Santo (Mat. III, 16), se encomia más el entendimiento espiritual que el simple con el nombre de paloma. Y si esto agrada, debes referir el presente capítulo a lo que poco antes las compañeras le prometieron hacerle collares de oro (Cantar de los Cantares I, 10), no pretendiendo, como enseñé entonces, adornar las orejas del cuerpo, sino formar el oído del corazón. Así pudo suceder que, con la fe que es por el oído, purificado más el corazón, se volviera más instruida para ver lo que antes no podía. Y puesto que, por los collares recibidos, en la visión más aguda pareció haber progresado hacia la inteligencia espiritual; agradó al esposo, a quien siempre, en lo que a él respecta, le agrada más ser visto en espíritu; y añadiendo esto también a sus alabanzas, dice: Tus ojos son de palomas. Ya, dice, mírame en espíritu, porque el espíritu ante tu rostro es Cristo el Señor (Lam. IV, 20). Y tienes de dónde puedas hacerlo, porque tus ojos son de palomas. Antes no tenías, y por eso debiste ser reprimida: pero ahora ten la capacidad de vivir, porque tus ojos son de palomas, es decir, espirituales. No ciertamente la capacidad que pedías: ni siquiera ahora puedes aún a esa, pero que sin embargo pueda bastar por ahora. Ciertamente debes ser llevada de claridad en claridad: y por eso mira, como puedes, ahora; y cuando puedas más, más verás.

6. No creo, hermanos, no creo que esta visión sea mediocre, ni común a todos, aunque sea inferior a aquella en la que ha de ser visto en el futuro. Finalmente, advertid por lo que sigue. Pues sigue: He aquí que eres hermoso, amado mío, he aquí que eres hermoso. Ves cuán en lo alto está, y ha elevado la cima de su mente a lo sublime, quien reclama para sí al Señor del universo con cierta propiedad como amado. Atiende, pues, cómo no simplemente, Amado; sino, amado mío, dice, para designarlo como propio. Gran visión ciertamente, de la cual esta creció en tal confianza y autoridad, que al Señor de todos, no lo conoce como señor, sino como amado. Pues creo que en esta ocasión no fueron importadas a sus sentidos imágenes de carne, ni de cruz, ni otras cualesquiera semejanzas corporales de debilidades. En estas, según el profeta, no había en él belleza ni hermosura (Is. LIII, 2). Pero esta, habiéndolo contemplado, ahora lo proclama hermoso y decoroso, significando que le apareció en una visión mejor. Pues cara a cara, como en otro tiempo con el santo Moisés (Éxodo XXXIII, 11), habla con la esposa; y claramente, no por enigmas y figuras, ve a Dios. Finalmente, lo pronuncia con la boca tal como lo contempla con la mente, en una visión ciertamente sublime y suave. Sus ojos han visto al Rey en su hermosura, no obstante no como rey, sino como

amado. Que lo haya visto alguien sobre un trono alto y elevado; y otro también haya testificado que le apareció cara a cara: sin embargo, me parece que hay eminencia en esta parte con la esposa, porque allí se lee que fue visto el Señor, aquí el amado. Pues así tienes: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado (Is. VI, 1); y también: Vi al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada (Gén. XXXII, 30). Pero si yo soy Señor, dice, ¿dónde está mi temor? (Mal. I, 6). Si a ellos se les hizo la revelación con temor; porque donde está el Señor, allí está el temor: yo ciertamente, si se me diera la opción, tanto más libremente, tanto más cariñosamente abrazaría la visión de la esposa, cuanto en un afecto mejor, que es el amor, veo que se hizo. Pues el temor lleva consigo castigo, pero el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Mucho ciertamente interesa aparecer terrible en los consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. LXV, 15), y aparecer hermoso en forma sobre los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 5). He aquí que eres hermoso, amado mío, y decoroso. Estas palabras ciertamente resuenan amor, no temor.

7. Pero tal vez suben pensamientos en tu corazón, y te preguntas dudoso en ti mismo, diciendo: ¿De qué manera se refieren las palabras del Verbo al alma, y nuevamente del alma al Verbo, de modo que ella haya escuchado la voz que le hablaba, y que le testificaba que era hermosa, y a su vez devolviera el mismo elogio a su laudador? ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Pues hablamos con palabras, no el Verbo. Y además el alma no tiene de dónde hablar, a menos que la boca del cuerpo le forme palabras para hablar. Bien preguntas: pero atiende que el espíritu habla, y que lo que se dice debe entenderse espiritualmente. Por tanto, cada vez que oyes o lees que el Verbo y el alma conversan juntos, y se miran mutuamente; no te imagines que median voces corporales, como tampoco que aparecen imágenes corporales de los que conversan. Escucha más bien lo que debes pensar en estos casos. El Verbo es espíritu, y el alma es espíritu, y tienen sus lenguas, con las que se hablan mutuamente, y se indican presentes. Y la lengua del Verbo es el favor de su dignación: la del alma, el fervor de la devoción. El alma es muda e infantil que no tiene esta, y no puede de ninguna manera tener conversación con el Verbo. Por lo tanto, cuando el Verbo mueve su lengua de esta clase, queriendo hablar al alma, el alma no puede no sentirlo. Pues la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y del espíritu (Hebr. IV, 12). Y nuevamente, cuando el alma mueve la suya, el Verbo mucho menos podrá ocultarse; no solo porque está presente en todas partes, sino más por esto, que, a menos que él mismo la estimule, la lengua de la devoción de ninguna manera se mueve para hablar.

8. Por lo tanto, decir el Verbo al alma, eres hermosa, y llamarla amiga, es infundirle de dónde también ame, y se presuma amada. Y a su vez, llamar ella al Verbo amado, y confesarlo hermoso; es atribuirle sin ficción ni fraude lo que ama y lo que es amado, y admirar la dignación, y asombrarse de la gracia. Pues la belleza de él es su amor; y por eso mayor, porque es preveniente. Por lo tanto, con las entrañas del corazón y las voces íntimas de las afecciones, clama tanto más y más ardientemente que debe ser amado, cuanto antes se sintió amada que amado. Así que la locución del Verbo es infusión del don, la respuesta del alma con acción de gracias es admiración. Y por eso ama más, porque se siente vencida en amar: y por eso se asombra más, porque se reconoce prevenida. De donde no se contenta con decir una vez hermoso, sino que repite y decoroso, designando con esa repetición la eminencia del decoro.

9. O ciertamente en ambas naturalezas de Cristo expresó un decoro digno de toda admiración, en una de la naturaleza, en otra de la gracia. ¡Cuán hermoso eres para tus ángeles, Señor Jesús, en la forma de Dios, en el día de tu eternidad, en los esplendores de los santos,

engendrado antes del lucero, esplendor y figura de la sustancia del Padre, y ciertamente perpetuo y sin mancha, candor de vida eterna! ¡Cuán hermoso eres para mí, Señor mío, en esta misma posición de tu decoro! Pues donde te vaciaste, donde despojaste la luz de tus rayos naturales; allí brilló más la piedad, allí resplandeció más la caridad, allí la gracia resplandeció aún más. ¡Cuán clara me apareces, Estrella de Jacob (Núm. XXIV, 17), cuán luminoso Floreces de la raíz de Jesé (Isaías XI, 1), cuán agradable luz en las tinieblas me visitaste, Oriente desde lo alto! (Luc. I, 78.) ¡Cuán admirable y asombroso incluso para las Virtudes celestiales en la concepción del Espíritu, en el nacimiento de la Virgen, en la inocencia de vida, en los flujos de doctrina, en los destellos de milagros, en las revelaciones de los sacramentos! ¡Cuán resplandeciente finalmente después del ocaso, Sol de justicia, resurges del corazón de la tierra! ¡Cuán hermoso en tu vestidura finalmente (Isaías LXIII, 1), Rey de gloria, te recibes en lo alto de los cielos! ¿Cómo no dirán por todas estas cosas todos mis huesos: Señor, ¿quién es como tú? (Salmo XXXIV, 10).

10. Por tanto, piensa que la esposa, al contemplar estas y otras semejantes en el amado, dijo: He aquí que eres hermoso, amado mío, y decoroso. Y no solo esto, sino además algo sin duda del decoro de la naturaleza superior, que completamente escapa a nuestra vista y experiencia. Por lo tanto, la repetición designó el decoro de ambas naturalezas. Escucha luego cómo se regocija ante la vista y el saludo del amado, y ante él canta con júbilo las cosas del amor en un cántico nupcial. Pues sigue: Nuestro lecho es florido, las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros techos de ciprés. Pero guardemos el cántico de la esposa para un principio más reciente, para que también nosotros, hechos más ágiles por el descanso, exultemos y nos regocijemos en él para alabanza y gloria del mismo esposo Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XLVI. Sobre el estado y composición de toda la Iglesia. Asimismo, cómo a través de la vida activa, que se lleva a cabo bajo obediencia, se llega a la contemplativa.

1. Nuestro lecho es florido, las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros techos de ciprés (Cántico I, 15, 16). Canta un epitalamio, describiendo con hermoso discurso el lecho y los aposentos. Invita al esposo al descanso. Pues es mejor descansar y estar con Cristo. Sin embargo, es necesario salir a ganar almas para salvarlas. Pero ahora, habiendo encontrado la oportunidad, como cree, anuncia el ornamento del tálamo, y señalando el lecho con el dedo, como dije, invita al amado al descanso, y no soportando el ardor del corazón con los que van a Emaús, lo lleva al hospedaje de la mente, lo obliga a pasar la noche con él (Luc. XXIV, 29, 32), y habla con Pedro: Señor, bueno es que estemos aquí (Mat. XVII, 4).

2. Ahora busquemos qué contienen espiritualmente estas cosas. Y en la Iglesia, de hecho, creo que el lecho en el que se descansa son los claustros y monasterios, en los que se vive en tranquilidad, alejados de las preocupaciones del mundo y de las ansiedades de la vida. Y ese lecho se muestra florido cuando, con los ejemplos e instituciones de los padres, como si estuviera salpicado de flores bien olorosas, resplandece la conversación y vida de los hermanos. Por otra parte, entiende por casas las reuniones populares de los cristianos: a quienes aquellos que están en la cima, ciertamente los príncipes cristianos de ambos órdenes, como vigas, sujetan firmemente las paredes con leyes justas, para que no vivan cada uno según su propia ley o voluntad, como paredes inclinadas y muros derribados que se separan de sí mismos, y así toda la estructura del edificio, al derrumbarse, se disipe. Los techos, que cuelgan firmemente de las vigas y adornan notablemente las casas, creo que designan las costumbres mansuetas y disciplinadas del clero bien instituido y los oficios administrados correctamente. Pues, ¿cómo se mantendrán los órdenes del clero y sus administraciones, si no son sostenidos y protegidos por el beneficio y la munificencia de los príncipes, como vigas?

3. Pero que las vigas se describan como de cedro y los techos de ciprés, sin duda la naturaleza tiene en estas especies de maderas algo que conviene a los órdenes mencionados. Y el cedro, ya que es una madera imputrescible, fragante y de gran altura, indica suficientemente qué tipo de hombres deben ser asumidos en lugar de vigas. Por lo tanto, es necesario que sean fuertes y constantes aquellos que son puestos sobre otros, así como pacientes en la esperanza, y que eleven la cima de su mente hacia lo alto, quienes también, esparciendo por todas partes el buen olor de su fe y conversación, puedan decir con el Apóstol: Porque somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. II, 15). Asimismo, el ciprés, también de buen olor y madera igualmente imputrescible, demuestra que cualquiera del clero debe ser de vida y fe incorrupta, para que con razón se le asigne al ornamento de la casa y al adorno del techo. Pues está escrito: La santidad conviene a tu casa, Señor, por la longitud de los días (Salmo XCII, 5). Donde ciertamente se expresa tanto el decoro de la santidad como la perseverancia de la gracia indeficiente. Por lo tanto, es necesario que el hombre que es asumido para el ornamento y decoro de la casa esté adornado con buenas costumbres; y aunque siempre esté dentro, debe tener buen testimonio incluso de los que están fuera. Hay también otras cosas en la naturaleza de estas maderas que son adecuadas a lo que se discute espiritualmente: pero por causa de la brevedad las paso por alto.

4. Sin embargo, es notable que todo el estado de la Iglesia esté bellamente comprendido en un solo versículo breve; a saber, la autoridad de los prelados, el decoro del clero, la disciplina del pueblo, la tranquilidad de los monjes. En la consideración de estos, cuando todo está bien, la santa madre Iglesia se regocija, y entonces también los ofrece para ser contemplados por el amado, cuando refiere todo a su bondad, como autor de todo, no atribuyéndose nada de todo a sí misma. Pues lo que dice, nuestro y nuestras, no es señal de usurpación, sino de amor: porque con la confianza excesiva de la caridad, no considera nada de aquel a quien ama mucho como ajeno a sí misma. Pues no cree que deba ser excluida de la compañía del esposo, ni del consorcio de su descanso, quien siempre ha acostumbrado a buscar no lo que es suyo, sino lo que es de él: y esta es la razón por la que se atrevió a pronunciar como comunes para sí misma y para el esposo, ya sea el lecho, ya sea las casas. Pues dijo: Nuestro lecho; y, las vigas de nuestras casas; y, nuestros techos: asociándose audazmente en la posesión con aquel a quien no duda estar unida en amor. No así aquella que aún no ha renunciado a su propia voluntad, sino que yace por sí misma, habita por sí misma: más bien no por sí misma, sino que vive lujosamente con meretrices, hablo de las concupiscencias de la carne, con las que disipa sus bienes, y la porción de la sustancia que pidió que se le dividiera (Luc. XV, 12, 13).

5. Pero tú que escuchas o lees estas voces del Espíritu Santo, ¿crees que puedes aplicar algo de lo que se dice a ti mismo, y reconocer algo de la felicidad de la esposa, que en este cántico de amor es cantado por el mismo Espíritu, en ti mismo, para que no se te diga también a ti, que escuchas su voz, y no sabes de dónde viene, ni a dónde va? Tal vez tú también deseas la tranquilidad de la contemplación, y haces bien: solo que no olvides las flores con las que lees que el lecho de la esposa está salpicado. Por lo tanto, cuida también de rodear el tuyo de flores de buenas obras, de ejercicio de virtudes, como de flores, para anticipar el fruto del santo ocio. De lo contrario, desearás dormir en un ocio demasiado delicado, si no deseas descansar ejercitado, y descuidando la fecundidad de Lía, deseas deleitarte solo en los abrazos de Raquel. Pero también es un orden preposteroso exigir la recompensa antes del mérito, y tomar el alimento antes del trabajo, cuando dice el Apóstol: El que no trabaja, que no coma (II Tes. III, 10). De tus mandamientos he entendido, dice (Salmo CXVIII, 104): para que sepas que, a menos que sea por la obediencia a los mandamientos, el gusto de la contemplación no debe ser en absoluto. Por lo tanto, no pienses que por amor a tu propia tranquilidad, se debe hacer en modo alguno perjuicio a los actos de santa obediencia, ni a las

tradiciones de los ancianos. De lo contrario, el esposo no dormirá contigo en un solo lecho [o, en un solo lecho pequeño], especialmente en aquel que has salpicado para ti con cicutas y ortigas de desobediencia en lugar de flores de obediencia. Por lo cual no escuchará tus oraciones, y llamado no vendrá: pues no dará a un desobediente la abundancia de sí mismo, siendo tan gran amante de la obediencia, que prefirió morir antes que no obedecer. Ni aprueba el ocio vano de tu contemplación, quien dice por el profeta: Me he cansado, esperando (Jer. VI, 11); significando el tiempo en que, exiliado del cielo y de la patria de la suma tranquilidad, obró la salvación en medio de la tierra. Más bien temo que también te envuelva aquella temible sentencia, así tronando contra la perfidia de los judíos: No soportaré vuestras lunas nuevas, ni vuestros sábados, ni otras festividades; también: Mis entrañas aborrecen vuestras calendas y solemnidades, se me han vuelto molestas (Isaías I, 13, 14). Y el profeta llorará por ti, y dirá: Vieron sus enemigos, y se burlaron de sus sábados (Lamentaciones I, 7). Pues, ¿por qué no ha de burlarse el enemigo de lo que el amado rechaza?

6. Me maravilla mucho la impudencia de algunos que están entre nosotros, quienes, habiéndonos turbado a todos con su singularidad, irritado con su impaciencia, despreciado con su contumacia y rebelión, se atreven, no obstante, a invitar con toda instancia de oraciones al Señor de toda pureza a un lecho tan sucio de su conciencia. Pero cuando extendáis, dice, vuestras manos, apartaré mis ojos, y cuando multipliquéis la oración, no escucharé (Isaías I, 15). ¿Qué pues? el lecho no es florido, más bien es pútrido; ¿y tú arrastras allí al Rey de gloria? ¿Lo haces para descansar, o para acusar? El centurión prohíbe que entre bajo su techo por su indignidad, cuya fe, sin embargo, fragante en todo Israel (Mat. VIII, 8, 10): ¿y tú lo obligas a entrar en ti, manchado de tanta suciedad de vicios? Clama el príncipe de los apóstoles: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador (Luc. V, 8); ¿y tú dices: Entra en mí, Señor, porque soy santo? Todos, dice, sed unánimes en la oración, amad a la fraternidad (I Pedro II, 17). Y el vaso de elección: Levantando manos puras, dice, sin ira ni disensión (I Tim. II, 8). ¿Ves cómo concuerdan entre sí, y hablan con el mismo espíritu sobre la paz y tranquilidad del alma, que debe tener quien ora, el príncipe de los apóstoles y el doctor de los gentiles? Prosigue, pues, tú todo el día extendiendo tus manos a Dios, quien molestas a los hermanos todo el día, atacas la unanimidad, te separas de la unidad.

7. ¿Y qué quieres que haga, dices? En verdad, que primero limpies tu conciencia de toda contaminación de ira y disensión, y murmuración, y envidia; y que te apresures a expulsar del habitáculo del corazón todo lo que se conoce como contrario a la paz de los hermanos o a la obediencia de los ancianos. Luego también rodearte de flores de cualquier buena acción y de estudios loables, y de fragancias de virtudes; es decir, todo lo que es verdadero, todo lo que es puro, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de disciplina; piensa en estas cosas (Filipenses IV, 8), cuida de ejercitarte en ellas. A este tipo de lecho invitarás al esposo con seguridad: porque cuando lo hayas introducido, podrás decir verdaderamente también tú, que nuestro lecho es florido, con la conciencia ciertamente fragante de piedad, pero de paz, pero de mansedumbre, pero de justicia, pero de obediencia, pero de alegría, pero de humildad. Y del lecho, así.

8. En cuanto a la casa de Dios, que cada uno se reconozca a sí mismo como casa espiritual, quien ya no camina en la carne, sino en el espíritu: Porque el templo de Dios, dice, es santo, y vosotros sois ese templo (I Cor. III, 17). Cuidaos, pues, hermanos, de que este edificio espiritual, que sois vosotros, no vacile y caiga cuando comience a avanzar hacia lo alto, si no está sostenido y unido por maderas fuertes: cuidaos, digo, de darle vigas imputrescibles e inamovibles; a saber, el temor del Señor puro, aquel que permanece para siempre (Salmo

XVIII, 10); la paciencia, de la cual está escrito que la paciencia de los pobres no perecerá para siempre (Salmo IX, 19); también la longanimidad, que perseverando inflexible bajo cualquier peso de la estructura, se extiende a los infinitos siglos de la vida bienaventurada, hablando el Salvador en el Evangelio: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22); más bien sobre todo la caridad, que nunca falla, porque fuerte es, dice, como la muerte el amor, dura como el infierno la emulación (Cántico VIII, 6). Esforzaos luego en colocar y unir a estas vigas otras maderas igualmente preciosas y hermosas, que sin embargo estén a mano para la obra de los techos para el ornamento de la casa; a saber, la palabra de sabiduría o de ciencia, la profecía, la gracia de curaciones, la interpretación de lenguas, y otras cosas semejantes, que se conocen más bien como aptas para el ornamento, que necesarias para la salvación. De estas no tengo precepto, pero doy consejo: pues ciertamente se sabe que estas maderas se buscan laboriosamente, se encuentran con dificultad, y se elaboran peligrosamente (pues también se encuentran raramente, especialmente en estos tiempos, que nuestra tierra las produzca), aconsejo y exhorto a no buscarlas mucho; más bien a preparar los techos con otras maderas, que aunque parezcan menos espléndidas, no se prueban menos fuertes, además de que se poseen más fácilmente y con más seguridad.

9. Ojalá también yo tuviera abundancia de aquellas maderas, con las que el jardín del Esposo, la Iglesia, está densamente poblado, paz, bondad, benignidad, gozo en el Espíritu Santo, misericordia en alegría, dar en simplicidad, gozar con los que gozan, llorar con los que lloran (Rom. XII, 8, 15). ¿No considerarías tú aquella casa (en lo que respecta a los techos) suficientemente y abundantemente adornada, si la vieras suficientemente y ordenadamente tabicada con tales maderas? Señor, he amado el decoro de tu casa (Salmo XXV, 8). Dame siempre estas maderas, te ruego, para que siempre te ofrezca un tálamo de conciencia adornado: digo de mi conciencia, y de la de otro. Con estas estaré contento. Habrá también quienes quieran adherirse a mi consejo en esta materia, porque también creo que tú estarás contento: dejo las demás a los santos apóstoles y a los hombres apostólicos. Pero también vosotros, amadísimos, aunque no tengáis aquellas maderas; no obstante, si tenéis estas, confiad; no obstante, con toda confianza acercaos a la piedra angular, escogida, preciosa; no obstante, sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y vosotros mismos como piedras vivas, edificaos sobre él, casas espirituales, sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios, por Jesucristo (Efesios II, 19-22, y I Pedro II, 4-9), el esposo de la Iglesia, nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO XLVII. Sobre la triple flor, a saber, de la virginidad, del martirio y de la buena obra - y sobre la devoción que se debe tener hacia el oficio divino.

1. Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles (Cántico II, 1). Creo que esto se refiere a lo que la esposa había alabado del lecho salpicado de flores. Pues para que no se atribuyera a sí misma aquellas flores, con las que el lecho parecía decorado y el tálamo embellecido, el esposo introduce que él es la flor del campo; y que las flores no provienen del tálamo, sino del campo; y que es por su don y participación suya que resplandece y que huele bien. Para que nadie pudiera reprocharle y decirle: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7), él mismo, como amante ambicioso, así como instructor benigno, muestra piadosa y dignamente a su amada a quién debe atribuir el brillo del que se gloriaba y la fragancia del lecho. Yo soy la flor del campo, dice: de mí es de quien te glorías. Se nos advierte muy saludablemente también en este lugar, que no debemos gloriarnos en absoluto: y si alguien se gloría, que se gloríe en el Señor (II Cor. X, 17). Y según la letra esto: ahora ya busquemos, con la ayuda de aquel de quien se habla, el sentido espiritual que se oculta en ella.

2. Y primero advierte ahora conmigo un cierto triple estado de la flor; en el campo, en el jardín, en el tálamo: para que después de esto también se haga más fácilmente evidente por qué eligió llamarse principalmente la flor del campo. Y en el campo y en el jardín nace la flor, pero en el tálamo no. Huele y brilla en él, pero no erguida y de pie, como en el jardín o el campo; sino que yace, como quien ha sido traído, no nacido. Por eso es necesario reponer frecuentemente, y siempre poner flores más frescas, porque no retienen su fragancia ni su belleza por mucho tiempo. Si, como dije en otro sermón, el lecho salpicado de flores es la conciencia llena de buenas obras (Serm. anterior, núm. 7); ves ciertamente, para que se mantenga la similitud, que no basta con hacer el bien una o dos veces, a menos que añadas continuamente nuevas a las anteriores, para que sembrando en bendiciones, coseches también de bendiciones. De lo contrario, la flor de la buena obra yace y se marchita, y en breve todo su brillo y vigor se extingue, si no se renueva continuamente con otros y otros actos de piedad. Esto en el tálamo.

3. En el jardín, sin embargo, no es así: ni tampoco en el campo de manera similar. Pues una vez que han producido flores, continúan suministrando de sí mismas, de modo que la belleza innata persiste en ellas por mucho tiempo. Sin embargo, también difieren entre sí, ya que el jardín, para florecer, es cultivado por la mano y el arte del hombre, mientras que el campo produce flores naturalmente por sí mismo, sin ninguna ayuda de la diligencia humana. ¿Crees que ya has advertido quién es ese campo, que no ha sido surcado por el arado, ni cavado con la azada, ni fertilizado con estiércol, ni sembrado por la mano del hombre; pero que, no obstante, está adornado con esa noble flor sobre la cual se dice que reposó el Espíritu del Señor? He aquí, dice, el olor de mi hijo es como el olor de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido (Gén. XXVII, 27). Aún no había tomado su forma esa flor del campo, y ya daba su fragancia, cuando el santo y anciano Patriarca, marchito en cuerpo, pero sagaz en olfato, lo percibió en espíritu y exclamó de alegría. Por lo tanto, no debía proclamarse flor del tálamo, que es una flor que siempre florece; ni tampoco del jardín, para que no pareciera haber sido generada por obra humana. Pero bellamente y de manera muy adecuada, dice: Soy la flor del campo, que surgió sin la industria humana, y a la que, una vez surgida, ninguna corrupción ha dominado después, para que se cumpla la palabra que dijo: No permitirás que tu Santo vea corrupción (Sal. XV, 10).

4. Pero, si te place, acepta también otra razón de esto, que, a mi juicio, no debe despreciarse. No sin causa el sabio describe al espíritu de manera múltiple, sino porque bajo una sola corteza de la letra suele ocultar diversos entendimientos de sabiduría. Así, según la mencionada división del estado de la flor, la flor es la virginidad, la flor es el martirio, la flor es la buena acción. En el jardín, la virginidad; en el campo, el martirio; la buena obra en el tálamo. Y bien en el jardín la virginidad, a la que le es familiar la modestia, huyendo de lo público, gozando de los escondites, paciente en la disciplina. Finalmente, en el jardín la flor está cerrada, que en el campo se expone y se esparce en el tálamo. Y tienes: Jardín cerrado, fuente sellada (Cant. IV, 12). Esto sin duda señala el claustro de la modestia en la virgen, y la custodia inviolada de la santidad: si es que tal es, que sea santa en cuerpo y espíritu. Bien también en el campo el martirio, mientras los mártires son expuestos al escarnio de todos, hechos espectáculo para ángeles y hombres. ¿No es su voz lamentable en el salmo: Nos hemos convertido en oprobio para nuestros vecinos, en burla y escarnio para los que nos rodean? (Sal. LXXVIII, 4). Bien también en el tálamo la buena acción, que hace la conciencia tranquila y segura. Después de la buena obra, se duerme más seguro en la contemplación, y tanto más confiadamente se atreve uno a mirar e investigar las cosas sublimes, cuanto más consciente es de no haber faltado a las obras de caridad por amor a su propio descanso.

5. Y todo esto según algo es el Señor Jesús. Él mismo es la flor del jardín, virgen nacido de una virgen. Él mismo es la flor del campo, mártir, corona de los mártires, forma del martirio. Finalmente, fue llevado fuera de la ciudad, sufrió fuera del campamento, fue elevado en el madero, para ser visto por los hombres, escarnecido por todos. Él mismo es también la flor del tálamo, espejo y ejemplo de toda beneficencia, como él mismo protestó a los judíos, diciendo: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre (Juan X, 32); y también la Escritura sobre él: Pasó haciendo el bien y sanando a todos (Hechos X, 38). Si, por lo tanto, el Señor es estas tres cosas, ¿cuál fue la causa de que prefiriera llamarse a sí mismo flor del campo? Sin duda, para animarla a la tolerancia, a quien sabía que, si quería vivir piadosamente en Cristo, le sobrevendría la persecución. Por eso se profesa más gustosamente aquello a lo que principalmente quiere tener un seguidor; y esto es lo que dije antes, porque siempre ella busca el descanso, y él la incita al trabajo, anunciándole que es necesario entrar en el reino de los cielos a través de muchas tribulaciones (Hechos XIV, 21). Por lo cual, cuando la Iglesia, recién desposada en la tierra, se disponía a regresar al Padre, le decía: Viene la hora en que todo el que os mate pensará que rinde servicio a Dios (Juan XVI, 2); y también: Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán (Juan XV, 20). También tú puedes recoger en el Evangelio muchas cosas similares a esta denuncia de males que deben soportarse.

6. Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Ella, por lo tanto, mostrando el lecho, él llama al campo, provoca al ejercicio. No cree que haya nada más persuasivo para ella para entrar en la contienda, que si se propone a sí mismo como ejemplo del que lucha o como premio. Yo soy la flor del campo. Ciertamente, en este discurso se da a entender cualquiera de las dos cosas, ya sea que sea la forma del que lucha, o la gloria del que triunfa. Eres para mí, Señor Jesús, tanto espejo del sufrimiento como premio del que sufre. Ambos provocan fuertemente y encienden intensamente. Tú enseñas mis manos para la batalla con el ejemplo de tu virtud, tú coronas mi cabeza después de la victoria con la presencia de tu majestad; ya sea porque te veo luchando, ya sea porque te espero no solo coronando, sino también como la corona: en ambos me atraes maravillosamente; ambos lazos son muy poderosos para atraerme. Atráeme tras de ti: te sigo gustosamente, más gustosamente disfruto de ti. Si eres tan bueno, Señor, con los que te siguen, ¿cómo serás con los que te alcanzan? Yo soy la flor del campo. Quien me ama, venga al campo, no rehúse entrar en la contienda conmigo y por mí, para que pueda decir: He peleado la buena batalla (II Tim. IV, 7).

7. Y puesto que no los soberbios o arrogantes, sino más bien los humildes, que no saben presumir de sí mismos, son idóneos para el martirio; añade que también es el lirio de los valles, es decir, la corona de los humildes, designando la gloria especial de su futura exaltación con la eminencia de esta flor. Porque vendrá el tiempo cuando todo valle será llenado, y todo monte y colina serán humillados (Isa. XL, 4): y entonces aquel candor de vida eterna, lirio ciertamente, no de las colinas, sino de los valles, aparecerá. El justo florecerá como el lirio, dice (Oseas XIV, 6). ¿Quién es justo, sino el humilde? Finalmente, cuando el Señor se inclinó ante las manos del siervo Bautista, y este se asustó ante la majestad, dijo: Permite, porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mat. III, 15), estableciendo la consumación de la justicia en la perfección de la humildad. Por lo tanto, el justo es humilde, el justo es valle. Y si somos hallados humildes, floreceremos también nosotros como el lirio, y floreceremos eternamente ante el Señor. ¿No se comprobará verdaderamente entonces que es el lirio de los valles, cuando reformará el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria? (Filip. III, 21). No dice, nuestro cuerpo, sino, el cuerpo de nuestra humillación: para significar con el maravilloso y eterno candor de este lirio que solo los

humildes serán iluminados. Y estas cosas se han dicho en cuanto a que el esposo se ha proclamado flor del campo y lirio de los valles.

8. Ya también sería bueno escuchar qué proclama de su queridísima: pero la hora no lo permite. Pues según nuestra Regla, no se permite anteponer nada a la obra de Dios (Reg. S. Benedicti, cap. 43). Con este nombre, ciertamente, el Padre Benito quiso que se llamaran las solemnes alabanzas que se rinden a Dios diariamente en el oratorio, para que de esto se abriera más claramente cuánto quería que estuviéramos atentos a esa obra. Por lo cual os exhorto, amadísimos, a participar siempre pura y diligentemente en las alabanzas divinas. Diligentemente, para que así como reverentemente, también con alegría asistáis al Señor: no perezosos, no somnolientos, no bostezando, no ahorrando las voces, no cortando las palabras a la mitad, no saltando las completas, no sonando con voces quebradas y débiles algo balbuceante y femenino desde la nariz; sino con sonido y afecto viril, como es digno, pronunciando las voces del Espíritu Santo. Y puramente, para que no penséis en nada más mientras cantáis, que en lo que cantáis. No digo solo que se deben evitar los pensamientos vanos y ociosos: también deben evitarse aquellos, en esa hora y en ese lugar, que los hermanos oficiales por necesidad común, como por necesidad, frecuentemente se ven obligados a admitir. Pero, tampoco aconsejaría recibir entonces, ciertamente, aquellos que tal vez poco antes, sentados en el claustro, habíais leído en los códices, tales como ahora, escuchando mi voz viva, lleváis frescos de este auditorio del Espíritu Santo. Son saludables, pero no los revolváis saludablemente mientras cantáis. Porque el Espíritu Santo en esa hora no recibe con agrado, cualquier cosa que ofrezcas, que no sea lo que debes, descuidando lo que debes. Que siempre podamos hacer su voluntad según su voluntad, inspirados por él mismo, por la gracia y misericordia del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XLVIII. De la alabanza recíproca que se hace entre el esposo y la esposa, y cómo a través de la sombra de Cristo se entiende su cuerpo y su fe.

1. Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas (Cantar de los Cantares II, 2). No son buenas hijas las que pinchan. Observa el pésimo brote de aquel a quien se maldijo, de nuestra tierra. Cuando, dice, la cultives, te producirá espinas y abrojos (Gén. III, 18). Mientras el alma esté en la carne, ciertamente se mueve entre espinas; y es necesario que sufra las inquietudes de las tentaciones y los aguijones de las tribulaciones. Si es el lirio mismo según la palabra del esposo, vea cuán vigilante y solícita debe ser sobre su custodia, rodeada por todas partes de espinas, con aguijones extendidos de un lado a otro. Pues la delicadeza de la flor no soporta en absoluto ni la más leve punción de la espina, sino que tan pronto como se presiona un poco, se perfora. ¿Sientes cuán merecidamente y necesariamente nos exhorta el profeta a servir al Señor con temor (Sal. II, 11); y también el Apóstol, con temor y temblor a obrar nuestra propia salvación? (Filip. II, 12). Sin duda, sostenían por propia experiencia la verdad de esta sentencia, como amigos del esposo, que no dudaban en absoluto de que lo que se dice se refiere a sus almas: Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas. Finalmente, uno de ellos dice: Me volví en mi aflicción, mientras se clavaba la espina (Sal. XXXI, 4). Bien clavado, quien se volvió desde entonces. Bien eres pinchado, si te compunges. Muchos, cuando sienten el castigo, corrigen la culpa; y tal puede decir: Me volví en mi aflicción, mientras se clavaba la espina. La espina es culpa, la espina es castigo, la espina es un falso hermano, la espina es un mal vecino.

2. Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas. ¡Oh lirio blanco! ¡Oh flor tierna y delicada! Los incrédulos y subversores están contigo: mira cómo debes caminar cautelosamente entre las espinas. El mundo está lleno de espinas: están en la tierra, están en

el aire, están en tu carne. Moverse entre ellas y no ser herido, es obra del poder divino, no de tu virtud. Pero confiad, dice, porque yo he vencido al mundo (Juan VI, 33). Aunque, por lo tanto, veas que se extienden a tu alrededor los aguijones de las tribulaciones, como de tribulaciones; no se turbe tu corazón ni tema, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda (Rom. V, 3-5). Considera los lirios del campo, cómo entre las espinas prosperan y resplandecen. Si Dios cuida así de la hierba que hoy es y mañana se echa al horno (Mat. VI, 28-30), ¿cuánto más de su amiga y esposa queridísima? Finalmente, el Señor guarda a todos los que le aman (Sal. CXLIV, 20). Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas. No es un título mediocre de virtud vivir bien entre los malos, y entre los malvados retener el candor de la inocencia y la suavidad de los modales: más aún si a los que odian la paz te muestras pacífico y amigo a tus enemigos. Esto ciertamente te dará la similitud dada del lirio con un cierto derecho de propiedad especial, que no cesa de iluminar y embellecer con su propio candor a las espinas que lo pinchan. ¿No te parece, por lo tanto, que el lirio cumple de algún modo la perfección del Evangelio, en la que se nos manda orar por los que nos calumnian y persiguen, hacer el bien a los que nos odian? (Luc. VI, 27, 28). Haz tú también lo mismo, y tu alma será amiga del Señor, y te alabará de ti, diciendo que como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.

3. Sigue: Como el manzano entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos. La esposa devuelve el favor del elogio al esposo que la alaba, porque ser alabado por él es hacerse digno de alabanza, y alabarlo a él es entender y admirar al digno de alabanza. Y así como por la eminente flor se figura el elogio de ella por parte del esposo, así, en cambio, y por el excelente árbol, ella demuestra la singular gloria y eminencia de él. Sin embargo, me intriga este árbol, que no parece ser de tanta excelencia como algunos de los otros: y por eso menos digno de ser asumido en la obra de la similitud, ya que no parece suficiente para cumplir con el favor del elogio. Como el manzano entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos. De hecho, ni la esposa parece haberlo estimado mucho, que solo se preocupó por destacarlo entre los árboles del bosque, ciertamente estériles, que no llevan frutos aptos para el sustento humano. ¿Por qué, entonces, dejando de lado los árboles mejores y más nobles, se ha traído a colación la mediocridad de este árbol para formar el elogio del esposo? ¿Acaso debía recibir el elogio a medida, quien no recibió el Espíritu a medida? Esto ciertamente hace la similitud dada de ese árbol, que parece tener un superior, quien no tiene igual. ¿Qué diremos a esto? Confieso, es un pequeño elogio, porque es el elogio de un pequeño. No se alaba aquí al gran Señor y muy digno de alabanza (Sal. CXLIV, 3), sino al pequeño Señor y muy amable, ciertamente al pequeño que ha nacido para nosotros (Isa. IX, 6).

4. Por lo tanto, no se exalta aquí la majestad, sino que se encomia la humildad; y digna y razonablemente lo que es débil y necio de Dios se antepone a la fortaleza y sabiduría de los hombres. Ellos son ciertamente los árboles silvestres e infructuosos, porque, según el Profeta, todos se han desviado, juntos se han vuelto inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. XIII, 3). Como el manzano entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos. Una entre los árboles del bosque es el Señor Jesús, árbol que da fruto, según el hombre ciertamente, y aunque es preferido a los hombres, es menor que los ángeles (Sal. VIII, 6). De un modo maravilloso, se sometió a los ángeles hecho carne, y permaneciendo Dios, retuvo a los ángeles sujetos a él. Finalmente: Veréis, dice, a los ángeles subir y bajar sobre el Hijo del Hombre (Juan I, 51): lo cual en un mismo hombre Cristo Jesús tanto sostienen la debilidad, como se asombran de la majestad. Porque, por lo tanto, a la esposa le sabe más dulce lo que se ha disminuido, exalta más gustosamente la gracia, prefiere la

misericordia, se asombra de la dignación. Le agradó, por lo tanto, admirar al hombre entre los hombres, no al Dios entre los ángeles, como el manzano entre los árboles del bosque, y no ciertamente entre las plantaciones de los jardines. Ni cree que se disminuyan las alabanzas, donde por la consideración de la debilidad se exalta la bondad de la piedad. Pues en cuanto modera algo las alabanzas, en cuanto a algo más alaba, menos prosiguiendo la gloria de la dignidad, para que resalte la gracia de la dignación. Así como, por lo tanto, el Apóstol dice que lo necio y débil de Dios es más sabio y más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25), pero no que los ángeles; y como el Profeta proclama hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3), y no más que los ángeles; así ciertamente ella, hablando en el mismo espíritu, bajo el símbolo del árbol fructífero y de los árboles silvestres, quiso exaltar aquí al Hombre Dios sobre toda la gracia de los hombres, pero no sobre la excelencia de los ángeles.

5. Como el manzano entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos. Y bien entre los hijos; porque siendo el único de su Padre, se esforzó por adquirirle muchos hijos sin envidia, a quienes no se avergüenza de llamar hermanos, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Con razón, por lo tanto, se le antepone a todos los adoptados por gracia aquel que es hijo por naturaleza. Como el manzano entre los árboles del bosque, así mi amado entre los hijos. Con razón como el manzano, que a semejanza de un árbol fructífero tiene sombra de refrigerio y lleva fruto excelente. ¿No es verdaderamente un árbol fructífero, cuyos flores son fruto de honor y honestidad? (Ecli. XXIV, 23). Finalmente, es árbol de vida para los que lo toman (Prov. III, 18). No se compararán con él todos los árboles del bosque, porque, aunque sean árboles hermosos y grandes, que parecen ofrecer ayuda orando, ministrando, enseñando, ayudando con ejemplos, solo la Sabiduría de Dios, Cristo, es árbol de vida, solo él es el pan vivo que descendió del cielo y da vida al mundo (Juan VI, 41, 33).

6. Por eso dice: Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba, y su fruto es dulce a mi paladar (Cantar de los Cantares II, 3). Con razón deseaba su sombra, de quien recibiría tanto refrigerio como alimento. Pues los demás árboles del bosque, aunque ofrecen sombra de consuelo, no proporcionan alimento de vida ni frutos perpetuos de salvación. Porque hay un solo autor de la vida, un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), quien dice a su esposa: Yo soy tu salvación (Salmo XXXIV, 3). No fue Moisés, dice, quien os dio este pan del cielo, sino mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo (Juan VI, 32). Por eso deseaba especialmente la sombra de Cristo, porque es el único que no solo refresca del calor de los vicios, sino que también llena de la delectación de las virtudes. Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba. Su sombra es su carne; su sombra es la fe. La carne de su propio Hijo cubrió a María; a mí, la fe del Señor. Aunque también a mí, ¿cómo no me cubre su carne, si en el misterio la como? Y la santa Virgen igualmente experimentó la sombra de la fe, a quien se le dijo: Bienaventurada la que creyó (Lucas I, 45). Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba. Y el profeta dice: El Espíritu, dice, ante nuestro rostro es Cristo el Señor; viviremos a su sombra entre las naciones (Lamentaciones IV, 20). En la sombra entre las naciones, en la luz con los ángeles. Estamos en la sombra mientras caminamos por la fe y no por la vista; y por eso el justo está en la sombra, quien vive por la fe. Pero quien vive por el entendimiento, es bienaventurado; porque ya no está en la sombra, sino en la luz. David era justo y vivía por la fe cuando decía a Dios: Dame entendimiento para aprender tus mandamientos y vivir (Salmo CXVIII, 73, 144); sabiendo que al entendimiento sucederá la fe, al entendimiento se revelará la luz de la vida, y la vida de la luz. Primero es llegar a la sombra, y así pasar a aquello de lo que es sombra, porque, si no creéis, dice, no entenderéis (Isaías VII, 9, según la LXX).

7. Ves que la fe es vida, y la sombra de la vida. Pues la vida que se lleva en delicias, porque no es de fe, es muerte y sombra de muerte. Porque la viuda que vive en delicias, dice, viviendo está muerta (I Tim. V, 6). Finalmente, la sabiduría de la carne es muerte (Rom. VIII, 6). Pero también es sombra de muerte, de aquella que atormenta eternamente. Nosotros también alguna vez nos sentamos en tinieblas y en sombra de muerte, viviendo carnalmente y no por la fe; muertos ya a la justicia, a punto de ser absorbidos por la segunda muerte. Pues así como la sombra está cerca del cuerpo del que es sombra, así ciertamente nuestra vida se acercó al infierno. Finalmente: Si el Señor no me hubiera ayudado, dice, poco faltó para que mi alma habitara en el infierno (Salmo XCIII, 17). Ahora, sin embargo, hemos pasado de la sombra de muerte a la sombra de vida; más aún, hemos sido trasladados de la muerte a la vida (I Juan III, 14), viviendo en la sombra de Cristo, si es que vivimos, y no estamos muertos. Pues no creo que inmediatamente, al estar alguien en su sombra, viva en ella, porque no todo el que tiene fe vive por la fe. Porque la fe sin obras está muerta; ni puede dar vida, si no la tiene ella misma. Por eso el profeta, después de haber dicho: El Espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor, no se contentó con seguir diciendo: Estamos en su sombra; sino que dijo: Vivimos en su sombra entre las naciones. Y tú, por tanto, procura vivir como el profeta en su sombra, para que algún día reines en su luz. Pues no solo tiene sombra, también tiene luz. Él es sombra de la fe por la carne, él es luz del entendimiento por el Espíritu. Y es carne, y es espíritu. Carne, para los que permanecen en la carne; espíritu, ante nuestro rostro, es decir, en el futuro; si es que olvidando lo que queda atrás, nos extendemos hacia lo que está delante, para que al llegar experimentemos de la palabra que dijo: La carne no aprovecha nada, el espíritu es el que da vida (Juan VI, 64). No ignoro que alguien, permaneciendo aún en la carne, dijo: Y si conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Pero eso lo dijo él: nosotros, que aún no hemos merecido ser arrebatados al paraíso, ni al tercer cielo, nos alimentamos mientras tanto de la carne de Cristo, veneramos los misterios, seguimos los ejemplos, guardamos la fe; y ciertamente vivimos en la sombra.

8. Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba. Tal vez se gloría de haber experimentado algo más feliz en esto, al decir que se sentó en la sombra: no, como el profeta, vivir, sino sentarse. Sentarse es descansar. Pero es más descansar en la sombra que vivir, así como vivir es más que simplemente estar en ella. Por tanto, lo que es común a muchos, el profeta lo asume para sí: Vivimos en su sombra, dice; pero la esposa, teniendo la prerrogativa, se gloría de haber estado sentada singularmente bajo ella. Pues no como él pluralmente: Vivimos; así tampoco ella: Nos sentamos dijo; sino singularmente, me senté, para que reconozcas la prerrogativa. Donde nosotros vivimos con esfuerzo, conscientes de nuestros pecados, sirviendo con temor, allí ella, devota y amante, descansa suavemente. Finalmente, el temor lleva consigo castigo, el amor suavidad. Por eso dice: Y su fruto es dulce a mi paladar; significando el gusto de la contemplación, que había obtenido suavemente elevada por el amor. Pero esto en la sombra, porque es por espejo y en enigma. Vendrá el tiempo cuando las sombras declinen con el aumento de la luz, o más bien desaparezcan por completo, y entrará como visión clara y perpetua; y será no solo dulzura al paladar, sino también saciedad al vientre; sin embargo, sin hastío. Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba, y su fruto es dulce a mi paladar. También nosotros, donde la esposa descansa, descansemos igualmente, glorificando al padre de familia por el gusto recibido, quien nos invitó a tales banquetes, al esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON XLIX. Cómo la caridad se ordena por la discreción, para que todos los miembros de la Iglesia, es decir, los elegidos, se unan entre sí.

1. Me introdujo el rey en la bodega, ordenó en mí la caridad (Cantar de los Cantares II, 4). Según parece indicar la letra del capítulo propuesto, después de haber tenido un dulce y familiar coloquio con el amado, al irse él, la esposa regresa a las doncellas, tan renovada y encendida por su presencia y palabras, que parecía similar a una ebria. Y como si ellas, asombradas por la novedad, preguntaran la causa, respondió que no era de extrañar que ardiera de vino, quien había entrado en la bodega. Y según la letra, así es. Según el espíritu, tampoco niega estar ebria, pero de amor, no de vino, a menos que el amor sea vino. Me introdujo el rey en la bodega. Cuando el esposo está presente, y la esposa dirige la palabra a él; entonces se le llama esposo o amado, o, a quien ama mi alma, dice; pero hablando de él a las doncellas, lo llama rey. ¿Por qué esto? Creo que porque a la esposa amante y amada le conviene usar más familiarmente, en lo que a ella respecta, los nombres del amor, y a las doncellas, como necesitan disciplina, les conviene ser contenidas por el reverente término de majestad.

2. Me introdujo el rey en la bodega. ¿Cuál es esta bodega? Paso a decirlo, porque recuerdo haberlo dicho antes. Sin embargo, si el discurso se refiere a la Iglesia, cuando los discípulos llenos del Espíritu Santo fueron considerados ebrios de mosto por el pueblo; entonces, como amigo del esposo, Pedro, en medio de ellos, en representación de la esposa, dijo: No, como vosotros pensáis, estos están ebrios. Observa, sin embargo, que no negó que estuvieran ebrios, sino que negó que estuvieran ebrios como ellos pensaban. Porque estaban ebrios, pero del Espíritu Santo, no de mosto. Y como si testificaran al pueblo, realmente haber sido introducidos en la bodega, nuevamente Pedro por todos: Pero esto es, dice, lo que fue dicho por el profeta Joel: Y será en los últimos días, dice el Señor; derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. ¿No te parece que aquella casa donde estaban reunidos los discípulos era una bodega, cuando de repente vino del cielo un sonido como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados (Hechos II, 13-17, 2), y cumplió la profecía de Joel? ¿Y no cada uno de ellos, saliendo embriagado de la abundancia de aquella casa, y saciado del torrente de tal deleite, podía decir con razón: Porque me introdujo el rey en la bodega?

3. Pero también tú, si recogiendo tu espíritu, con mente sobria y libre de preocupaciones, entras solo en la casa de la oración, y estando ante Dios en uno de los altares, tocas la puerta del cielo con la mano del santo deseo, y presentado ante los coros de los santos, con tu devoción penetrante (pues la oración del justo penetra los cielos) en su presencia lamentas tus miserias y calamidades; con frecuentes suspiros y gemidos inenarrables expones tu necesidad, imploras piedad; si, digo, haces esto, confío en aquel que dijo: Pedid, y recibiréis (Mateo VII, 7), que si perseveras llamando, no saldrás vacío. Pero cuando te devuelvas a nosotros lleno de gracia y caridad, y no puedas, ferviente en espíritu, disimular el don recibido, que compartirás sin envidia; y serás para todos en la gracia que te fue dada, no solo grato, sino quizás también admirable; podrás también tú verdaderamente protestar, porque me introdujo el rey en la bodega; solo ten cuidado de no gloriarte en ti, sino en el Señor. Ni todo don, aunque espiritual, diría que proviene de la bodega, pues hay también otras bodegas o despensas junto al esposo, que tienen en sí diversos dones y carismas, según las riquezas de su gloria: de las cuales recuerdo haber discutido más ampliamente en otro lugar (supra, serm. 23). ¿No están guardados, dice, conmigo, y sellados en mis tesoros? (Deut. XXXII, 34). Por tanto, por la diversidad de bodegas, hay divisiones de gracias, y a cada uno se le manifiesta el Espíritu para provecho. Y aunque a uno se le da palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otro profecía, a otro gracia de curaciones, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de palabras, y otras cosas similares a otros (I Cor. XII, 7-11), sin embargo,

ninguno de estos podrá decir por esto que fue introducido en la bodega. Pues estas cosas se toman de otras bodegas o tesoros.

4. Pero si alguien orando obtiene salir de sí mismo hacia el misterio divino, de donde regresa inmediatamente ardiendo vehementemente de amor divino, y ardiendo de celo por la justicia, y también en todos los estudios y oficios espirituales excesivamente ferviente, de modo que pueda decir: Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mis meditaciones se encendió fuego (Salmo XXXVIII, 4): este claramente, cuando comienza a eructar la buena y saludable embriaguez de la alegría del vino de la abundancia de la caridad, no sin razón se dirá que ha sido introducido en la bodega. Pues siendo dos los excesos de la bienaventurada contemplación, uno en el intelecto y otro en el afecto; uno en la luz, otro en el fervor; uno en el conocimiento, otro en la devoción: el afecto piadoso, y el pecho ardiendo de amor, y la infusión de la santa devoción, y también el vehemente espíritu lleno de celo, no se reportan de otro lugar que de la bodega: y a quien se le concede levantarse de la oración con esta abundancia, puede hablar con verdad, porque me introdujo el rey en la bodega.

5. Sigue: Ordenó en mí la caridad. Totalmente necesario. Pues el celo sin conocimiento es insoportable. Donde hay un celo vehemente, allí es especialmente necesaria la discreción, que es la ordenación de la caridad. Siempre, en efecto, el celo sin conocimiento se encuentra menos eficaz, menos útil; pero a menudo también se siente muy pernicioso. Por tanto, cuanto más ferviente es el celo, y más vehemente el espíritu, y más profusa la caridad; tanto más se necesita una vigilancia del conocimiento, que suprima el celo, temple el espíritu, ordene la caridad. Por tanto, para que la esposa no sea temida por las doncellas como excesiva e insoportable por el ímpetu del espíritu, que parece haber traído de la bodega, especialmente añade que también recibió lo que es de discreción, es decir, el orden de la caridad. Pues la discreción pone orden a toda virtud; el orden da medida y decoro, y también perpetuidad. Finalmente dice: Por tu ordenación persevera el día (Salmo CXVIII, 91); llamando día a la virtud. Por tanto, la discreción no es tanto una virtud, como una moderadora y guía de las virtudes, ordenadora de los afectos, y maestra de las costumbres. Quita esto, y la virtud será vicio, y el mismo afecto natural se convertirá más en perturbación, y en exterminio de la naturaleza. Ordenó en mí la caridad. Esto se hizo cuando en la Iglesia dio a algunos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores para la perfección de los santos (Efes. IV, 11, 12). Pero es necesario que a todos ellos una sola caridad los una, y los contemple en la unidad del cuerpo de Cristo: lo cual no podrá hacer en absoluto, si ella misma no está ordenada. Pues si cada uno se deja llevar por su propio ímpetu según el espíritu que ha recibido, y a lo que quiera indiferentemente, según se sienta, y no vuela con el juicio de la razón; mientras nadie estará contento con el oficio que se le ha asignado, sino que todos intentarán todo con administración indiscreta, no habrá unidad, sino más bien confusión.

6. Ordenó en mí la caridad. Ojalá el Señor Jesús ordene en mí siquiera un poco de la caridad que ha dado; para que así me preocupen todas las cosas que son suyas, pero que sin embargo lo que se sabe que es principalmente de mi propósito u oficio, lo cuide antes que nada: pero ciertamente así eso primero, que sin embargo me afecte más a muchas cosas que no me atañen especialmente. Pues no siempre lo que debe ser cuidado primero, también debe ser amado más: ya que a menudo lo que es primero en solicitud, es menos en utilidad, y por tanto debe ser menos también en afecto. Frecuentemente, por tanto, lo que se antepone por lo encomendado, se pospone por juicio: y lo que la verdad juzga que debe ser antepuesto, eso debe ser más amado según el orden de la caridad. ¿No es cierto, por ejemplo, que por lo encomendado me incumbe el cuidado de todos vosotros? Ahora bien, cualquier cosa que anteponga a esta obra, por la cual debo vigilar digna y útilmente según mis fuerzas; aunque

parezca hacerlo por caridad, sin embargo, la razón del orden no lo consiente. Pero si antes que nada, como debo, atiendo a este cuidado, pero no me alegro más por los mayores logros de Dios que descubra realizados por otro, está claro que en parte tengo el orden de la caridad, en parte no. Si, sin embargo, me muestro tanto solícito por lo que principalmente me incumbe, y no obstante más afectado por lo que es mayor, donde no me atañe especialmente; de modo que en ambos casos me encuentro habiendo alcanzado el orden de la caridad, y no hay razón para que no pueda decir también yo, porque ordenó en mí la caridad.

7. Pero si dices que es difícil que alguien se alegre más por un gran bien ajeno que por un pequeño propio, ciertamente advertirás por esto la excelencia de la gracia en la esposa, y que no es para cualquier alma decir, porque ordenó en mí la caridad. ¿Por qué han caído los rostros de algunos de vosotros ahora con este sermón? Pues los profundos suspiros testifican la tristeza de los ánimos, y la deyección de las conciencias. Sin duda, midiéndonos a nosotros mismos por nosotros mismos, sentimos algunos de nosotros por nuestra experiencia de imperfección, cuán rara virtud es no envidiar la virtud ajena, mucho menos alegrarse por ella, mucho menos aún congratularse tanto más por ella que por la propia, cuanto se percibe superado en virtud. Aún hay un poco de luz en nosotros, hermanos, cuantos de nosotros así sentimos. Caminemos mientras tenemos luz, para que no nos alcancen las tinieblas (Juan XII, 35). Caminar es progresar. Caminaba el Apóstol, quien decía: No creo haberlo alcanzado; y añade: Una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, me extiendo hacia lo que está delante (Filip. III, 13). ¿Qué es, una cosa hago? Una cosa hago, dice, como si me quedara un remedio, una esperanza, un consuelo. ¿Qué es eso? Olvidando lo que queda atrás, me extiendo hacia lo que está delante. ¡Gran confianza! que el gran vaso de elección, negando ser perfecto, confiesa progreso. Yo no estoy en peligro de ser alcanzado por las tinieblas de la muerte, sino sentado. ¿Y quién está sentado, sino el que no se preocupa por progresar? Evita eso: y si eres sorprendido por la muerte, estarás en refrigerio. Dirás a Dios: Mi imperfección vieron tus ojos, y en tu libro, sin embargo, dice, todos serán escritos. ¿Quiénes todos? Ciertamente los que se encuentran en el deseo de progresar. Pues sigue: Se formarán los días, y nadie en ellos (Salmo CXXXVIII, 16); entiendes: Perecerá. Entiende días como progresos, que si son sorprendidos por la muerte, en lo que les falta serán perfeccionados. Se formarán, y nadie en ellos quedará sin forma.

8. ¿Y cómo, dices, puedo yo progresar si envidio a mi hermano que progresa? Si te duele que envidias, sientes, pero no consientes. Es una pasión que a veces debe ser sanada, no una acción que debe ser condenada. Solo no permanezcas allí, meditando iniquidad en tu lecho, pensando en cómo fomentar la enfermedad, satisfacer la plaga, perseguir al inocente, calumniando, deprimiendo, pervirtiendo y obstaculizando lo que él hace bien. De lo contrario, no perjudica al que camina y se extiende hacia lo mejor, lo que ya no hace él, sino el pecado que habita en él (Rom. VII, 20). No hay, por tanto, condenación para aquel que no entrega sus miembros como armas de iniquidad, ni su lengua para detractar, ni ninguna otra parte de su cuerpo para herir o dañar de alguna manera; más bien, se siente avergonzado de estar tan mal afectado: y confesando el vicio arraigado desde hace tiempo, llorando, orando, intenta expulsarlo; y cuando no prevalece, se encuentra más amable con todos y más humilde consigo mismo. ¿Quién condenaría a un hombre sabio y sano que ha aprendido del Señor a ser manso y humilde de corazón? (Mat. XI, 29.) ¡Lejos esté que se encuentre sin salvación el imitador del Salvador, esposo de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos! Amén.

SERMO L. Sobre la doble caridad, es decir, actual y afectiva; y su ordenación.

1. Vosotros quizás esperáis que se trate lo siguiente, pensando que el versículo que se trató últimamente está concluido. Pero yo tengo otro propósito: tengo algo más que añadir de los fragmentos del banquete de ayer, que recogí para que no se perdieran. Se perderán, sin embargo, si no los ofrezco a nadie: pues si quisiera tenerlos solo para mí, yo mismo perecería. No quiero, por tanto, privaros de ellos, de los cuales conozco bien vuestra avidez: especialmente porque son del plato de la caridad, dulces por lo sutiles; sabrosos por lo pequeños. De lo contrario, es muy contrario a la caridad privar de la misma caridad. Así que aquí estoy: Ordenó en mí la caridad (Cant. II, 4).

2. Hay caridad en el acto, y también en el afecto. Y sobre aquella que es de obra, creo que se ha dado la ley a los hombres, y se ha formulado el mandato: ¿quién tiene en el afecto como se manda? Por lo tanto, aquella se manda para el mérito, esta se da como premio. No negamos que su inicio y progreso puedan ser experimentados en la vida presente por la gracia divina; pero claramente defendemos que su consumación pertenece a la felicidad futura. ¿Cómo, entonces, iba a ser ordenada, si de ninguna manera podía ser cumplida? O si te agrada más que el mandato se haya dado sobre la afectiva, no discuto sobre eso, siempre que tú también estés de acuerdo conmigo en que de ninguna manera puede, ni pudo ser cumplida en esta vida por ningún hombre. ¿Quién se atrevería a arrogarse lo que el mismo Pablo confiesa no haber alcanzado? (Filip. III, 13.) No ignoraba el preceptor que el peso del precepto excedía las fuerzas humanas; pero juzgó útil que por esto mismo se les recordara su insuficiencia, y para que supieran, ciertamente, hacia qué fin de justicia debían esforzarse con todas sus fuerzas. Por lo tanto, al mandar imposibles, no hizo a los hombres transgresores, sino humildes, para que toda boca se cierre, y todo el mundo quede sometido a Dios; porque por las obras de la ley no se justificará toda carne ante Él (Rom. III, 19, 20). Recibiendo el mandato, y sintiendo el delito, clamaremos al cielo, y Dios tendrá misericordia de nosotros: y sabremos en aquel día, que no por obras de justicia que hayamos hecho nosotros, sino según su misericordia nos salvó (Tit. III, 5).

3. Y esto diría, si estuviéramos de acuerdo en que la ley afectiva fue mandada. Pero parece más conveniente que esto se refiera a la actual, especialmente porque cuando el Señor dijo: Amad a vuestros enemigos, inmediatamente añadió sobre las obras: Haced bien a los que os odian (Luc. VI, 27). También la Escritura: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber (Rom. XII, 20). Y aquí tienes sobre el acto, no sobre el afecto. Pero escucha también al Señor mandando sobre el amor a sí mismo: Si me amáis, guardad mis mandamientos (Juan XIV, 15). Y aquí también somos enviados a las obras por la observancia impuesta de los mandamientos. Sin embargo, habría sido inútil advertir sobre la obra, si ya hubiera habido amor en el afecto. Así que debes entender también aquello que se te ordena amar a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XXII, 39), aunque no esté expresado tan claramente. ¿No juzgarías, en definitiva, que es suficiente para cumplir este mandato de amor al prójimo, si observas perfectamente aquello que a todo hombre se prescribe correctamente por la ley natural: Lo que no quieras para ti, no lo hagas a otro? (Tob. IV, 16.) Y también aquello: Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros a ellos (Mat. VII, 12).

4. No digo esto para que estemos sin afecto, y con el corazón árido movamos solo las manos a las obras. He leído, entre otras cosas que escribe el Apóstol sobre grandes y graves males de los hombres, que también se cuenta esto: ser sin afecto (Rom. I, 31). Pero hay un afecto que la carne engendra; y hay uno que la razón gobierna, y hay otro que la sabiduría establece. El primero es el que el Apóstol dice que no está sujeto a la ley de Dios, ni puede estarlo (Rom. VIII, 7); el segundo, que afirma estar de acuerdo con la ley de Dios, porque es buena (Rom. VII, 16); y no hay duda de que hay una diferencia entre el contencioso y el conforme. Pero el

tercero está muy lejos de ambos, que gusta y sabe que el Señor es dulce (Sal. XXXIII, 9), eliminando el primero, recompensando el segundo. Pues el primero es dulce, pero vergonzoso; el segundo es seco, pero fuerte; el último es rico y dulce. Por lo tanto, por el segundo se hacen las obras, y en él reside la caridad, no aquella afectiva, que al ser sazonada con la sal de la sabiduría se enriquece y trae a la mente una gran multitud de la dulzura del Señor; sino más bien una cierta caridad actual, que aunque aún no refresca suavemente con ese dulce amor, sin embargo, enciende vehementemente con el amor del mismo amor. No amemos, dice, de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad (I Juan III, 18).

5. Ves cómo prudentemente camina en medio entre el amor vicioso y el afectuoso, distinguiendo igualmente de ambos esta caridad actual y saludable. Ni recibe en este amor la ficción de la lengua mentirosa, ni exige el gusto de la sabiduría afectiva. Amemos, dice, de obra y en verdad: que nos movamos a obrar bien más por un impulso de la verdad viva, que por el afecto de esa caridad sabrosa. Ordenó en mí la caridad. ¿Cuál de estas crees? Ambas, pero en orden opuesto. Pues la actual prefiere las cosas inferiores, la afectiva las superiores. En una mente bien afectada no hay duda, por ejemplo, de que el amor a Dios se antepone al amor al hombre, y entre los mismos hombres, los más perfectos a los más débiles, el cielo a la tierra, la eternidad al tiempo, el alma a la carne. Sin embargo, en una acción bien ordenada, a menudo, o incluso siempre, se encuentra el orden opuesto. Pues en el cuidado del prójimo nos urgimos más y nos ocupamos más frecuentemente; y asistimos con más diligencia a los hermanos más débiles; y nos dedicamos más a la paz de la tierra que a la gloria del cielo, por derecho de humanidad y por la misma necesidad; y la inquietud de las preocupaciones temporales apenas nos permite sentir algo de lo eterno; y servimos casi continuamente a las enfermedades de nuestro cuerpo, posponiendo el cuidado del alma; y finalmente, a nuestros miembros más débiles les damos mayor honor, según la sentencia del Apóstol (I Cor. XII, 23): de alguna manera haciendo la palabra del Señor, de la cual tienes: Los últimos serán primeros, y los primeros últimos (Mat. XX, 16). ¿Quién duda que el hombre orante habla con Dios? Sin embargo, cuántas veces por amor somos apartados y alejados de ello, por aquellos que necesitan nuestra obra o palabra; cuántas veces la pía quietud cede piadosamente a los tumultos de los negocios; cuántas veces se deja el libro con buena conciencia, para sudar en la obra de las manos; cuántas veces, para administrar las cosas terrenales, justamente dejamos de celebrar los solemnes oficios de las misas. Orden inverso: pero la necesidad no tiene ley. Así, la caridad actual sigue su orden según la orden del padre de familia, comenzando por los últimos (ibid., 8). Ciertamente piadosa y justa, que no es aceptadora de personas; ni considera los precios de las cosas, sino las necesidades de los hombres.

6. Pero no así la afectiva: pues esta lleva el orden desde los primeros. Es sabiduría, por la cual cada cosa sabe según es: para que, por ejemplo, lo que la naturaleza tiene en mayor estima, también el afecto lo sienta en mayor estima, lo menor en menor, lo mínimo en lo mínimo. Y aquel orden de caridad lo hace la verdad; pero este orden de la verdad lo reclama para sí la caridad. Pues también es verdadera caridad en esto, que los que más necesitan, reciban primero: y nuevamente en esto aparece la verdad querida, si mantenemos el orden en el afecto, que ella en la razón. Tú, por tanto, si amas al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza (Mat. XXII, 37); y saltando con un afecto más ferviente aquel amor del amor, con el que se contenta la caridad actual, tomando de cerca el mismo amor divino, al cual es un grado, recibido en la plenitud del espíritu, te inflamas totalmente: ciertamente te sabe Dios, aunque no dignamente del todo como es (lo cual es imposible para toda criatura), ciertamente como es tu saber. Luego también te sabrás a ti mismo como eres, cuando sientas que no tienes nada en absoluto, de donde te ames, sino en cuanto eres de Dios: pues todo lo que amas, lo has derramado en Él. Te sabrás, digo, a ti mismo como eres,

cuando con la misma experiencia de tu amor, y del afecto que tendrás hacia ti mismo, no encuentres nada digno de ser amado por ti mismo, sino por Él, sin el cual tú eres nada.

7. Ahora bien, el prójimo, a quien verdaderamente debes amar como a ti mismo, para que también te sepa como es, no te sabrá de otra manera que tú a ti mismo, que eres lo mismo que tú: es hombre. Así que tú, que no te amas a ti mismo, sino porque amas a Dios; consecuentemente amas a todos los que de igual manera lo aman, como a ti mismo. Pero al hombre enemigo, porque no es nada, por no amar a Dios; no puedes amarlo como a ti mismo, que amas a Dios; sin embargo, lo amarás para que ame. No es lo mismo, sin embargo, amar para que ame, que amar porque ama. Por tanto, para que también te sepa como es, te sabrá, no ciertamente lo que es, que ciertamente no es nada; sino lo que quizás será. que es casi nada, ya que aún pende en la duda. Pues de quien se sabe que no volverá al amor de Dios, te sabrá necesariamente, no casi nada, sino nada en absoluto, ya que en la eternidad es nada. Excepto aquel, por tanto, que no solo ya no debe ser amado, sino que además debe ser odiado, según aquello: ¿No odio, Señor, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? (Sal. CXXXVIII, 21.) En lo demás, a ningún hombre, por muy enemigo que sea, se le niega un poco de afecto, la caridad ciertamente en esta parte ambiciosa lo permite. ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas?

8. Dame un hombre, que antes que nada ame a Dios con todo su ser; a sí mismo y al prójimo, en cuanto lo aman; al enemigo, como quizás algún día lo amará; a sus padres carnales más íntimamente, por la naturaleza; a sus maestros espirituales más profusamente, por la gracia; y que de esta manera se dirija a las demás cosas con amor ordenado de Dios, despreciando la tierra, mirando al cielo, usando de este mundo como no usándolo, y discerniendo con un cierto sabor íntimo de la mente entre lo que se debe usar y lo que se debe disfrutar, para que cuide de las cosas transitorias transitoriamente, y solo en lo que es necesario, y como es necesario, y abrace con deseo eterno las eternas: tal hombre, digo, dame, y yo audazmente lo proclamo sabio, a quien ciertamente las cosas saben como son, y a quien en verdad y seguridad le corresponde gloriarse, y decir, porque ordenó en mí la caridad. Pero ¿dónde está él, o cuándo estas cosas? Lo digo llorando, hasta que olemos, y no gustamos, mirando la patria, y no alcanzándola, suspirando, y saludando desde lejos. Oh verdad, patria de los exiliados, fin del exilio, te veo, pero no se me permite entrar retenido por la carne, ni soy digno de ser admitido, manchado por los pecados. Oh Sabiduría, que alcanzas de un extremo al otro con fuerza en establecer y contener las cosas; y dispones todas las cosas suavemente en bendecir y ordenar los afectos. Dirige nuestros actos, como nuestra necesidad temporal lo requiere; y dispone nuestros afectos, como tu verdad eterna lo requiere, para que cada uno de nosotros pueda gloriarse en ti con seguridad y decir, porque ordenó en mí la caridad. Tú eres la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, Cristo esposo de la Iglesia, nuestro Señor, sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LI. Cómo la esposa pide que se le acumulen los frutos de las buenas obras con las flores y fragancias de la fe; también sobre la esperanza y el temor.

1. Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor (Cant. II, 5). El amor ha crecido, porque los incentivos del amor han surgido más de lo habitual. Ves, ciertamente, cuánta abundancia no solo de ver, sino también de hablar hubo esta vez. La misma visión aparece con un rostro más sereno, y el discurso más agradable, y la conversación más larga y prolongada. No solo se deleitó con la conversación, sino que también se glorió en la alabanza. Además, fue refrescada por la sombra de aquel a quien deseaba, alimentada con fruto, bebida con cáliz. Pues no se puede pensar que salió sedienta de la bodega de vino, en la que se gloría de haber sido introducida recientemente; más bien

sedienta, porque quien bebe de mí, dice, aún tendrá sed (Ecli. XXIV, 29). Después de todo esto, cuando el esposo se retira como de costumbre, ella se declara desfallecer de amor, es decir, por amor. Pues cuanto más grata fue la presencia experimentada, tanto más molesta sintió la ausencia después. La sustracción de lo que amas es aumento del deseo; y lo que deseas más ardientemente, lo careces más dolorosamente. Por tanto, pide ser confortada mientras tanto con las fragancias de las flores y los frutos, hasta que regrese de nuevo, a quien soporta con gran molestia su demora. Y este es el orden de los discursos.

2. Ahora intentemos, con el espíritu de la verdad como guía, extraer el fruto espiritual que hay en ellos. Y si se recibe aquí hablando la Iglesia común de los santos, nosotros estamos designados en las flores y frutos; pero también cada uno convertido del mundo en todo el mundo. En las flores se muestra la conversación nueva y aún tierna de los principiantes, en los frutos la fortaleza de los que progresan y la madurez de los perfectos. Con estos rodeada, la madre peregrina y fructífera, para quien vivir es Cristo, y morir es ganancia; ciertamente soporta con más ecuanimidad la molestia de su dilación, porque, según la Escritura, se le da del fruto de sus manos, como de las primicias del espíritu, y sus obras la alaban en las puertas (Prov. XXXI, 31). Pero si según el sentido moral quieres asignarte ambos, tanto las flores como los frutos, en un alma; entiende la fe como flor, el acto como fruto. Y no te parecerá incongruente, creo, si adviertes cómo, al igual que la flor necesariamente precede al fruto, también la buena obra debe ser precedida por la fe. De lo contrario, sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. XI, 6), atestiguando Pablo, más aún enseñando él mismo: Todo lo que no es de fe, también es pecado (Rom. XIV, 23). Así que ni sin flor hay fruto, ni sin fe hay buena obra. Pero también la fe sin obras está muerta (Sant. II, 20); así como también la flor aparece inútilmente, donde no sigue el fruto. Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor. Por lo tanto, de las buenas obras en la fe no fingida recibe consuelo el alma acostumbrada a la quietud, cada vez que, como suele suceder, se le retira la luz de la contemplación. Pues ¿quién, no digo continuamente, sino siquiera por un tiempo, mientras permanece en este cuerpo, disfruta de la luz de la contemplación? Pero cada vez que, como dije, cae de la contemplativa, tantas veces se recoge en la activa, de allí ciertamente como de cerca más familiarmente regresará a lo mismo; porque estas dos son compañeras de habitación, y cohabitan juntas; pues María es hermana de Marta. Porque aunque cae de la luz de la contemplación, sin embargo, no permite en absoluto caer en las tinieblas del pecado, ni en la pereza de la ociosidad, ciertamente manteniéndose en la luz de la buena obra. Y para que sepas que también las obras son luz: Brille vuestra luz, dice, ante los hombres (Mat. V, 16): lo cual no hay duda de que fue dicho sobre las obras, que los hombres podían ver.

3. Sostenedme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor. Cuando está presente lo que se ama, el amor florece; languidece cuando está ausente. Esto no es otra cosa que una especie de tedio de un deseo impaciente, que necesariamente afecta intensamente la mente de quien ama vehementemente en ausencia de quien ama, mientras que, en la espera, considera cualquier prisa como lentitud. Por eso pide que se le acumulen los frutos de las buenas obras con los aromas de la fe, en los cuales, mientras el esposo se demora, pueda descansar. Os hablo de mi experiencia, de lo que he experimentado. Si alguna vez he sabido que algunos de vosotros han progresado gracias a mis consejos, entonces no me ha molestado, lo confieso, haber preferido el cuidado del discurso a mi propio ocio y descanso. Pues cuando, por ejemplo, después de un sermón, alguien iracundo se encuentra transformado en manso, el soberbio en humilde, el pusilánime en fuerte: además, el manso, el humilde, el fuerte, cada uno ha crecido en su gracia y se reconoce mejor que antes; y aquellos que quizás se habían enfriado y languidecían en el estudio espiritual, adormecidos y

dormitando, parecen haber revivido y despertado al ardiente discurso del Señor; y aquellos que, abandonando la fuente de la sabiduría, habían cavado para sí cisternas de su propia voluntad que no podían retener agua, y por eso, con el corazón seco, murmuraban ante cualquier mandato, sin tener en sí el humor de la devoción: estos, digo, cuando del rocío de la palabra y de la lluvia voluntaria que Dios ha reservado para su heredad, se prueban haber reflorecido en las obras de obediencia, hechos en todo voluntarios y devotos; no hay, os digo, razón para que la tristeza invada mi mente, como si por el estudio interrumpido de la contemplación placentera, cuando estoy rodeado de tales flores y frutos de piedad. Pacientemente me aparto de los abrazos de la estéril Raquel, para que de Lía me abunden los frutos de vuestros progresos. No me molestará en absoluto la interrupción del descanso [o, la tranquilidad perturbada] por el cuidado del discurso, cuando vea en vosotros germinar mi semilla, y de ella crecer los incrementos de los frutos de vuestra justicia. Pues la caridad que no busca lo suyo (I Cor. XIII, 5), ya hace tiempo me ha persuadido fácilmente de no preferir ninguno de mis deseos a vuestras utilidades. Orar, leer, escribir, meditar, y si hay otras ganancias del estudio espiritual, he considerado que estas son pérdidas por vosotros.

4. Sostenedme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor. Esto lo dijo la esposa a las jóvenes en ausencia del esposo, advirtiéndoles que progresaran en la fe y en las buenas obras hasta que él viniera, sintiendo que en ello estaría el beneplácito del esposo, la salvación de las hijas y su propia consolación. Sé que he explicado este pasaje más plenamente en el libro De la dilección de Dios, y bajo otro entendimiento: que el lector juzgue si es mejor o peor, si le place ver ambos. No seré juzgado por un prudente por la diversidad de sentidos, siempre que la verdad nos respalde en ambos; y la caridad, a la que las Escrituras deben servir, edificará a más personas, cuanto más verdaderos entendimientos extraiga de ellas para su obra. Pues, ¿qué desagrada en los sentidos de las Escrituras, que no experimentamos continuamente en los usos de las cosas? ¿En cuántos usos, por ejemplo, se emplea el agua sola para nuestros cuerpos? Así, cualquier palabra divina no estará fuera de lugar si produce diversos entendimientos, adaptados a las diversas necesidades y usos de las almas.

5. Sigue: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Y además, recuerdo haber discutido esto más ampliamente en el opúsculo mencionado; pero sigamos el orden del discurso. Está claro que el esposo está presente nuevamente, creo, para levantar con su presencia a la que languidece. Pues, ¿cómo no se recuperaría en su presencia, quien había sido abatida por su ausencia? Por lo tanto, no soporta la molestia de su amada: está presente, pues no puede demorarse cuando es llamado por tan grandes deseos. Y porque la encontró, mientras estuvo ausente, fiel en las obras y solícita en las ganancias, en aquello, ciertamente, que le había ordenado reunir flores y frutos; también esta vez ha regresado con una recompensa de gracia más propensa. Finalmente, con uno de sus brazos sostiene la cabeza de la que yace, preparando el otro para abrazarla, para acogerla en su seno. Feliz el alma que reposa en el pecho de Cristo y descansa entre los brazos del Verbo. Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. No dice: Me abraza; sino, me abrazará, para que sepas que no es ingrata a la primera gracia, sino que anticipa la segunda con acción de gracias.

6. Aprende a no ser lento ni perezoso en devolver la gracia, aprende a dar gracias por cada don. Considera diligentemente, dice, lo que se te presenta (Prov. XXIII, 1), para que ninguno de los dones de Dios quede sin la debida acción de gracias; ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños. Finalmente, se nos ordena recoger los fragmentos para que no se pierdan (Juan VI, 12); es decir, no olvidar los beneficios más pequeños. ¿Acaso no se pierde lo que se da al ingrato? La ingratitud es enemiga del alma, vaciamiento de méritos, dispersión de virtudes, pérdida de beneficios. La ingratitud es un viento abrasador, que seca para sí la fuente de la

piedad, el rocío de la misericordia, los flujos de la gracia. Por eso, la esposa, tan pronto como sintió la gracia de la izquierda, dio gracias, sin esperar la plenitud que está en la derecha. Pues cuando se menciona que la izquierda ya está bajo su cabeza, no sigue que también la derecha la haya abrazado de igual manera; sino que dice, me abrazará.

7. Pero, ¿qué pensamos que es la izquierda o la derecha del Verbo esposo? ¿Acaso la palabra del hombre tiene en sí partes corporales divididas y lineamientos distintos que distinguen entre izquierda y derecha? Cuánto más aquel que es el Verbo de Dios y Dios no admite en absoluto ninguna variedad, sino que es el que es (Éxodo III, 14), en su naturaleza ciertamente tan simple que no tiene partes, tan uno que no tiene números. Pues es la sabiduría de Dios, de la cual está escrito: Y su sabiduría no tiene número (Salmo CXLVI, 5). Pero si lo que es invariable, es necesario que sea incomprensible, y por lo tanto también inefable; ¿dónde, por favor, encontrarás palabras para asignar dignamente esa majestad, o hablar de ella propiamente, o definirla competentemente? Sin embargo, hablemos como podamos, lo que de alguna manera sentimos de ella por revelación del Espíritu Santo. Se nos enseña por la autoridad de los Padres y la costumbre de las Escrituras que es lícito usar similitudes congruentes de cosas conocidas; pero también no inventar palabras nuevas, sino tomar prestadas las conocidas, para que esas mismas similitudes sean digna y competentemente vestidas. De lo contrario, ridículamente intentarás enseñar lo desconocido por lo desconocido.

8. Por lo tanto, ya que por derecha e izquierda suelen designarse las adversidades y las prosperidades: me parece que en este lugar puede entenderse que la izquierda del Verbo es la amenaza del castigo; y la derecha, la promesa del reino. Sin embargo, cuando nuestra mente es oprimida servilmente por el temor al castigo: entonces, de ninguna manera se puede decir que la izquierda está bajo la cabeza, sino sobre la cabeza; ni puede el alma así afectada decir en absoluto que su izquierda está bajo mi cabeza. Pero si progresando, pasa de este espíritu de servidumbre a un afecto más digno de obediencia espontánea, de modo que se sienta más bien provocada por las recompensas que constreñida por los castigos, y más aún si es movida por el amor del bien mismo; entonces podrá decir sin duda que su izquierda está bajo mi cabeza: pues ha superado con una mejor y más excelente disposición del ánimo ese temor servil que está en la izquierda, y con deseos dignos también se ha acercado a la derecha, en la cual están todas las promesas, diciendo el Profeta al Señor: Delicias en tu derecha para siempre (Salmo XV, 11). Por lo cual, con cierta esperanza concebida, habla con confianza: Y su derecha me abrazará.

1444 9. Ahora bien, tú pareces conmigo, si así afectada y habiendo alcanzado este lugar de tanta suavidad, también le conviene tomar del salmo, para que diga ella misma: En paz me acostaré y dormiré; especialmente cuando hay una causa que sigue: Porque tú, Señor, me has hecho habitar en esperanza (Salmo IV, 9, 10). Lo cual es así. Mientras alguien es oprimido por el espíritu de servidumbre, tiene poco de esperanza, mucho de temor; no hay para él paz ni descanso, fluctuando ciertamente la conciencia entre la esperanza y el temor, y especialmente porque es más atormentado por el temor excesivo: pues el temor lleva consigo el castigo. Y por eso no puede decir: En paz me acostaré y dormiré, cuando aún no puede decir que está establecido singularmente en esperanza. Sin embargo, si poco a poco, por el incremento de la gracia, comienza a disminuir el temor y a aumentar la esperanza; cuando finalmente se llega a esto, que la caridad, levantándose con todas sus fuerzas en ayuda de la esperanza, expulse el temor: ¿no parecerá un alma así establecida singularmente en esperanza, y por lo tanto también en paz, acostarse y dormir ya?

10. Si dormís, dice, entre los cleros, las alas de la paloma estarán plateadas (Salmo LXVII, 14). Creo que esto se dice porque hay un lugar entre el temor y la seguridad, como entre la

izquierda y la derecha, es decir, la esperanza media, en la cual la mente y la conciencia, con el suave lecho de la caridad debajo, descansan suavemente. Y tal vez en las siguientes partes de este mismo cántico se designa este lugar, donde en la descripción del lecho de Salomón, entre otras cosas, tienes: En medio lo cubrió de caridad por las hijas de Jerusalén (Cant. III, 10). Pues quien se siente establecido singularmente en esperanza, ya no sirve en temor, sino que descansa en caridad. Finalmente, la esposa descansa y duerme, por quien se dice: Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis despertar a la amada, hasta que ella quiera. Gran y maravillosa dignación, que hace descansar al alma contemplativa en su seno, además de protegerla de las preocupaciones que la asedian, y protegerla de las inquietudes de las acciones y de las molestias de los negocios; y no permite que sea despertada, sino a su propia voluntad. Pero esto no debe abordarse en las estrecheces de terminar ya el sermón, sino que más bien se inicie otro desde aquí, para que el lugar deleitable no sea defraudado de la debida diligencia en el tratamiento. No porque entonces seamos suficientes para pensar algo por nosotros mismos como de nosotros mismos, especialmente en tan digna, tan excelente y completamente eminente materia; sino que nuestra suficiencia es de Dios, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LII. Del éxtasis, que se llama contemplación, en la cual el esposo hace descansar al alma santa, celando por su descanso.

1. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis despertar a la amada, hasta que ella quiera (Cant. II, 7). Se prohíbe a las jóvenes: pues a estas las llama hijas de Jerusalén, porque, aunque delicadas y blandas, y aún débiles en afectos y actos femeninos, se adhieren a la esposa con la esperanza de progresar y partir hacia Jerusalén: se les prohíbe, por tanto, molestar a la esposa dormida, para que no presuman despertarla de ninguna manera contra su voluntad. Pues por eso el dulcísimo esposo ha puesto su izquierda bajo su cabeza, según lo que se ha dicho antes, para que la haga descansar y dormir en su seno. Y ahora, como la Escritura prosigue de vez en cuando, él mismo, su guardián, vigila digna y benevolentemente sobre ella, para que no se vea obligada a despertar por las frecuentes y pequeñas necesidades de las jóvenes. Esta es la coherencia literal del texto. Pero esa invocación hecha por las gacelas y los ciervos del campo, no parece tener en absoluto ninguna razón de consecuencia razonable según la letra; tanto que toda ella se reivindica para la inteligencia espiritual. Pero sea como sea, por ahora es bueno que estemos aquí, y contemplemos por un momento la bondad, la suavidad, la dignación de la naturaleza divina. Pues, ¿qué has experimentado tú, hombre, en los afectos humanos más dulce que lo que ahora se te expresa del corazón del Altísimo? Y se expresa por aquel que escudriña las profundidades de Dios, y no puede ignorar lo que hay en él, porque es su Espíritu; ni puede hablar de otra cosa que lo que ha visto en él, porque es el Espíritu de verdad.

2. Finalmente, no falta en nuestro género quien haya merecido ser alegrado por este don, y así haya tenido en sí mismo la experiencia de este suavísimo misterio; a menos que, sin embargo, descreamos totalmente del lugar de la Escritura que tenemos ante nosotros, donde claramente se introduce al esposo celestial celando vehementemente por el descanso de una de sus amadas, solícito de guardar entre sus propios brazos a la que duerme, para que no sea perturbada de su dulcísimo sueño por alguna molestia o inquietud. No me contengo de alegría, porque esa majestad no se digna en absoluto inclinarse a nuestra debilidad con tan familiar y dulce compañía, y la Deidad suprema no desprecia entrar en nupcias con el alma exiliada, y mostrarle el afecto de un esposo capturado por el amor ardentísimo. Así, así no dudo que sea en el cielo, como leo en la tierra, y el alma ciertamente sentirá lo que contiene la página, salvo que no basta esta en absoluto para expresar cuánto podrá entonces captar,

pero ni siquiera cuánto ya puede. ¿Qué, crees, recibirá allí, quien aquí es donada con tanta familiaridad, que se siente abrazada por los brazos de Dios, acogida en el seno de Dios, custodiada por el cuidado y la atención de Dios, para que no sea despertada por nadie, hasta que voluntariamente despierte?

3. Vamos, pues, digamos si podemos, cuál es ese sueño en el que el esposo quiere que su amada duerma, y no permite en absoluto que sea despertada, sino a su arbitrio, no sea que cuando alguien lea en el Apóstol: Ya es hora de despertarnos del sueño (Rom. XIII, 11), o en el Profeta que Dios es invocado para iluminar sus ojos para que nunca duerma en la muerte (Salmo XII, 4), se turbe por la equivocación de los nombres, y no encuentre en absoluto qué dignamente pueda pensar sobre el sueño de la esposa que se menciona aquí. Pues ni siquiera es similar a esto lo que el Señor dice en el Evangelio sobre Lázaro: Lázaro, nuestro amigo, duerme, vamos a despertarlo de su sueño (Juan XI, 11). Esto lo decía sobre la muerte de su cuerpo, mientras que los discípulos pensaban que se refería a la dormición del sueño. Pero el sueño de la esposa no es la dormición del cuerpo, ni la placentera que suavemente adormece los sentidos de la carne por un tiempo, ni la horrenda que suele quitar la vida por completo. Mucho más, en verdad, está alejado de aquella en la que se duerme en la muerte, cuando, ciertamente, se persevera irrevocablemente en el pecado que es para muerte. Más bien, este tipo de sueño vital y vigilante ilumina el sentido interior, y al repeler la muerte, otorga vida eterna. Pues verdaderamente es un sueño, que sin embargo no adormece el sentido, sino que lo aparta. Es también una muerte, que no dudaría en decir, ya que el Apóstol alaba a algunos que aún viven en la carne: Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3).

4. Por lo tanto, yo tampoco absurdamente llamaría muerte al éxtasis de la esposa, que sin embargo no arrebata la vida, sino los lazos de la vida, para que pueda decir: Nuestra alma ha escapado como un pájaro del lazo de los cazadores (Salmo CXXIII, 7). Pues entre lazos se camina en esta vida, que ciertamente no se temen tantas veces como el alma es arrebatada de sí misma por alguna santa y vehemente meditación; si, sin embargo, se retira y vuela tan lejos en mente, que incluso trascienda este uso común y costumbre de pensar: pues en vano se tiende la red ante los ojos de los que tienen alas (Prov. I, 17). ¿Qué se temerá de la lujuria, donde ni siquiera se siente la vida? Pues al exceder el alma, aunque no la vida, ciertamente el sentido de la vida, es necesario que tampoco se sienta la tentación de la vida. ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Salmo LIV, 7.) ¡Ojalá yo caiga frecuentemente en esta muerte, para que escape de los lazos de la muerte, para que no sienta los halagos mortales de la vida lujuriosa, para que me asombre ante el sentido de la lujuria, ante el ardor de la avaricia, ante los estímulos de la ira y la impaciencia, ante las angustias de las preocupaciones y las molestias de los cuidados! Muera mi alma con la muerte de los justos, para que ningún engaño la atrape, ninguna iniquidad la deleite. Buena muerte, que no quita la vida, sino que la transfiere a mejor, buena, en la que no cae el cuerpo, sino que el alma se eleva.

5. Pero esta es de los hombres. Pero muera mi alma con la muerte también, si se puede decir, de los ángeles, para que excediendo la memoria de las cosas presentes, se despoje no solo de los deseos, sino también de las similitudes de las cosas inferiores y corporales, y tenga con ellos una conversación pura, con quienes hay similitud de pureza. Tal, creo, es el éxtasis que se llama contemplación. Pues no ser retenido por los deseos de las cosas viviendo, es virtud humana, pero no ser envuelto por las similitudes de los cuerpos al contemplar, es pureza angélica. Sin embargo, ambos son dones divinos, ambos son trascender, ambos son despojarse de uno mismo, pero uno está lejos, el otro no tan lejos. Bienaventurado quien puede decir: He huido lejos, y he permanecido en soledad (ibid., 8). No se contentó con salir,

sino que también se alejó, para poder descansar. Has traspasado los placeres de la carne, para que ya no obedezcas a sus concupiscencias, ni te dejes atrapar por sus seducciones: has progresado, te has separado, pero aún no te has alejado, a menos que también puedas volar sobre las fantasías que irrumpen por todas partes con la pureza de la mente. Hasta aquí no te prometas descanso. Te equivocas si piensas encontrar un lugar de descanso, un secreto de soledad, un sereno de luz, una morada de paz, antes de esto. Pero dame a quien haya llegado allí, y sin dudarlo confieso que descansa, quien con razón diga: Vuelve, alma mía, a tu descanso; porque el Señor te ha hecho bien (Salmo CXIV, 7). Y aquí verdaderamente en soledad está el lugar y en la luz la habitación, completamente según el profeta, un tabernáculo para sombra del día del calor, para refugio y escondite del torbellino y de la lluvia (Isa. IV, 6); de lo cual también el santo David: Me ha escondido, dice, en su tabernáculo en el día del mal, me ha protegido en el escondite de su tabernáculo (Salmo XXVI, 5).

6. Imagina, por tanto, que la esposa se ha retirado a esta soledad y allí, por la belleza del lugar, se ha dormido dulcemente en los brazos del esposo, es decir, ha entrado en éxtasis espiritual, cuando se prohíbe a las jóvenes despertarla hasta que ella misma lo desee. ¿Y cómo es esto? No se les prohíbe simplemente con una advertencia leve, como suele hacerse, sino con una conjuración completamente nueva e inusual, por las gacelas y los ciervos del campo. Este tipo de animales me parece que representan adecuadamente a las almas santas despojadas de sus cuerpos, así como a los ángeles que están con Dios, debido a la agudeza de su visión y la rapidez de sus saltos. Sabemos que ambas características son propias de ambos espíritus: pues fácilmente buscan lo más alto y penetran en lo más profundo. Su conversación en los campos claramente señala la libertad y agilidad de sus movimientos en la contemplación. ¿Qué significa entonces la conjuración hecha por estos? Sin duda, para que las inquietas jóvenes no se atrevan a llamar a la amada por una causa leve desde tan reverenda compañía, a la que sin duda se une tantas veces como se eleva en contemplación. Así, con la autoridad de estos, se les disuade de importunarla, ya que está claro que se la separa de su compañía por su impertinencia. Que las jóvenes consideren a quién ofenden cuando inquietan a la madre; y no confíen tanto en el amor materno como para no temer irrumpir en esa asamblea celestial sin gran necesidad. Pues deben pensar que hacen esto cada vez que son más molestas de lo justo para quien descansa en la contemplación. Está, ciertamente, en su voluntad tanto dedicarse a sí misma como atender a sus cuidados según lo juzgue necesario, ya que se le prohíbe ser despertada por ellas hasta que ella misma lo desee. El esposo sabe cuán ardiente es el amor de la esposa incluso hacia los prójimos, y que la madre se preocupa suficientemente por el progreso de sus hijas por su propio amor, y que de ninguna manera se les sustraerá o negará cuanto y cuantas veces sea necesario: por eso ha considerado seguro confiar esta disposición a su discreción. No es como aquellos que vemos marcados por la censura profética, que toman lo grueso y fuerte y desechan lo débil (Ezequiel 34, 3-4). ¿Acaso el médico busca a los sanos y no más bien a los enfermos? Si sucede, lo hace quizás como amigo, pero no como médico. ¿A quién enseñarás, buen Maestro, si rechazas a todos los ignorantes? ¿A quién, te pregunto, aplicarás la diligencia de la disciplina, si a todos los indisciplinados los rechazas o huyes de ellos? ¿En quién, te ruego, probarás tu paciencia, si solo admites a los mansos y excluyes a los inquietos?

7. Sin embargo, hay entre los aquí presentes quienes ojalá observaran con más atención este capítulo. Ciertamente pensarían cuánta reverencia se debe a los superiores, a quienes, al inquietarlos temerariamente, se hacen también odiosos a los ciudadanos del cielo: y quizás comenzarían a sernos un poco más indulgentes de lo habitual, y no se entrometerían ya tan irreverente y ligeramente cuando estamos en descanso. Rara vez se me concede una hora de descanso de los que vienen, como bien saben, incluso cuando ellos mismos me soportan con

toda paciencia. Sin embargo, expreso esta queja con más escrúpulo, no sea que algún pusilánime disimule por encima de sus fuerzas la paciencia de sus necesidades, mientras teme inquietarme. Por tanto, me abstengo, para no parecer dar un ejemplo de impaciencia a los débiles. Los pequeños del Señor son los que creen en Él; no permito que sufran escándalo por mi causa (Mateo 18, 6). No uso de este poder; más bien, que ellos me usen como quieran: solo que se salven. Me perdonarán si no me perdonan, y descansaré más bien en que no teman inquietarme por sus necesidades. Les complaceré en cuanto pueda, y en ellos serviré a mi Dios, mientras esté, con amor no fingido. No buscaré lo que es mío; ni lo que me es útil, sino lo que es útil a muchos, eso juzgaré útil para mí. Solo ruego que mi ministerio sea acepto y fructuoso para ellos, si acaso por esto encuentre en el día malo misericordia ante los ojos de su Padre y del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que con Él es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMO LIII. Que por montes y colinas se significan los espíritus celestiales, que el esposo salta en su venida a la tierra, o por el misterio de su Encarnación.

1. Voz de mi amado (Cantar de los Cantares 2, 8). Viendo la esposa la nueva modestia de las jóvenes, y su reverente temor, que de nuevo habían comenzado a no atreverse a entrometerse en su santo ocio, ni a ser molestas como ayer y anteayer a quien descansa en la contemplación: reconoce que esto le ha sucedido por el cuidado y obra del esposo; y exultando en espíritu, ya sea por el progreso de aquellas que son contenidas de una inquietud excesiva y superflua; ya sea por su futura y más libre tranquilidad; o incluso por la dignación y favor del esposo, tan celoso por esta misma tranquilidad suya, y defendiendo con tanto empeño sus dulcísimos ocios, o más bien sus ferventísimos estudios, dice que esto lo hace la voz de su amado, hecha por esta razón a ellas. Pues quien está al frente de otros con solicitud, rara vez, o nunca, descansa seguro en sí mismo, mientras siempre teme hacer penuria de sí mismo a los súbditos, y que no agrade a Dios, al preferir su propia tranquilidad y la dulzura de la contemplación a la utilidad común. Sin embargo, no poco gozo y seguridad se añade a veces al que descansa suavemente, cuando por un cierto temor y reverencia hacia él infundido divinamente en los corazones de los súbditos, entiende que su tranquilidad agrada a Dios, quien hace que ellos soporten sus necesidades con más ánimo equitativo, que atreverse temerariamente a perturbar los gratos ocios del padre espiritual. Pues el justo temor de los pequeños manifiestamente señala que han oído internamente una voz suya, sin duda amenazante y reprensiva, que habla en el profeta: Yo, que hablo justicia (Isaías 63, 1). Su voz es su inspiración, y la infusión de justo temor.

2. Habiendo, pues, oído esta voz, la esposa, gozosa y exultante, dice: Voz de mi amado. Es amiga, y se alegra por la voz del esposo. Y añade: He aquí que viene saltando por los montes, brincando por las colinas. Habiendo conocido por el oído la presencia del amado, inmediatamente dirige sus ojos curiosos a ver a quien había oído. El oído lleva a la vista, porque la fe viene por el oído (Romanos 10, 17), por la cual se purifican los corazones, para que Dios pueda ser visto: pues así tienes: Purificando por la fe los corazones (Hechos 15, 9). Ve, por tanto, venir a quien había oído hablar, observando también aquí el orden del Espíritu Santo, que está descrito en el Profeta así: Escucha, hija, y ve (Salmo 44, 11). Y para que adviertas con más certeza, no por casualidad, ni fortuitamente, sino más bien por estudio e industria, por aquella razón que hemos mencionado antes, el oído se ha puesto aquí antes que la vista; mira si no se encuentra este orden de palabras también observado por el santo Job, donde así habla a Dios: De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven (Job 42, 5). Pero también donde se recuerda que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en el día de Pentecostés, ¿no se describe que el oído precedió a la vista? Pues dice: De repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso; y más adelante: Y se les aparecieron lenguas

repartidas, como de fuego (Hechos 2, 2-3). Y aquí, por tanto, se refiere que el oído percibió primero la venida del Espíritu Santo, y luego la vista. Pero de esto basta; porque tú también, si te preocupas por dar atención a esta clase de investigación, podrás quizás encontrar en otros lugares de la Escritura algunos similares.

3. Consideremos ahora aquello que requiere una investigación más diligente, y tiene accesos más difíciles, para lo cual confieso que necesito totalmente la ayuda del Espíritu Santo, para poder poner en luz quiénes son esos montes o colinas, sobre los cuales la Iglesia vio al esposo celestial saltando alegremente, creo que cuando se apresuraba a la redención de aquella cuyo esplendor deseaba. Pues ciertamente he sentido esto sin duda, porque algo similar del Profeta me viene a la mente, previendo claramente en espíritu y expresando la venida del Salvador: En el sol puso su tabernáculo, y él, como esposo que sale de su tálamo. Se alegró como un gigante para correr el camino: su salida es desde el extremo del cielo, y su recorrido hasta el extremo de él (Salmo 18, 6-7). Este curso y recorrido es bien conocido; desde dónde, y hacia qué fue iniciado y completado, es bien conocido. ¿Qué, pues? ¿Pintaremos para nosotros, ya sea leyendo estas cosas en los salmos, o en el presente cántico, a un hombre gigante de estatura elevada, cautivado por el amor de alguna mujer ausente, y, mientras se apresura a los anhelados abrazos, saltando sobre los montes y colinas que vemos con masa corpórea sobresaliendo sobre la tierra plana con tanta altura, que algunos de ellos parecen haber elevado su cima por encima de las nubes? Pero no conviene imaginar tales fantasías corporales, especialmente tratando este cántico espiritual: ni tampoco nos es lícito en absoluto, quienes recordamos haber leído en el Evangelio, que Dios es espíritu, y a los que le adoran, en espíritu deben adorarle (Juan 4, 24).

4. ¿Quiénes son, pues, estos montes y colinas espirituales, para que luego reconozcamos consecuentemente, cómo y de qué manera el esposo (que es Dios, y por tanto es espíritu) daba saltos en ellos, o sobre ellos? Si pensamos en aquellos en los que el Evangelio relata que fueron dejadas las noventa y nueve ovejas, cuando el piadoso pastor vino a buscar en la tierra a una que se había perdido (Mateo 18, 12); sin embargo, la cosa sigue en la oscuridad, y el entendimiento vacila: mientras es difícil encontrar, aquellas beatitudes espirituales y supercelestiales (pues sin duda son ellas las ovejas mencionadas allí) qué otros montes o colinas espirituales tienen para habitar, o pastar en ellos. Sin embargo, si no existieran en verdad, la Verdad no lo habría dicho. Pero tampoco el Profeta mucho antes habría proclamado de la ciudad celestial de Jerusalén, que sus fundamentos están en montes santos (Salmo 86, 1), si no hubiera montes santos allí en verdad. Finalmente, que aquella morada celestial verdaderamente tiene, no solo montes espirituales, sino también vivos y racionales, escucha a Isaías: Los montes y colinas cantarán alabanzas delante de Dios (Isaías 55, 12).

5. ¿Quiénes son, pues, sino esos mismos habitantes del cielo, los espíritus, a quienes hemos dicho que el Señor llama ovejas, para que ellos sean los montes que son ovejas? A menos que te parezca absurdo, o que en los montes se pastoreen montes, o en las ovejas se pastoreen ovejas. Y según la letra ciertamente suena duro; pero según la inteligencia espiritual sabe dulce, si advertimos sutilmente, cómo el pastor de ambas ovejas, la sabiduría de Dios, Cristo, administra el mismo alimento de verdad de manera diferente en la tierra y en los cielos a sus rebaños. Pues nosotros, mortales hombres, mientras estamos en el lugar de nuestra peregrinación, necesitamos comer nuestro pan con el sudor de nuestro rostro, mendigándolo fuera en trabajo y fatiga; es decir, ya sea de hombres doctos, o de libros sagrados, o ciertamente contemplando las cosas hechas, entendiendo las cosas invisibles de Dios. Pero los ángeles, en toda plenitud, aunque no de sí mismos, sin embargo en sí mismos, con tanta facilidad como felicidad reciben, de donde también viven bienaventurados. Pues todos son

enseñados por Dios: lo cual ciertamente se promete con verdad que los elegidos de los hombres alcanzarán algún día, y aún no se les concede experimentar con segura felicidad.

6. Se alimentan, por tanto, en los montes los montes, o las ovejas en las ovejas, cuando ciertamente aquellas supremas substancias espirituales encuentran abundantemente dentro de sí mismas del Verbo de vida, de donde perpetúan su bienaventurada vida, siendo ellos mismos tanto montes, como ovejas: montes, por la plenitud o altura; ovejas, por la mansedumbre. Pues llenos de Dios, altos en méritos, colmados de virtudes, sin embargo, inclinan y someten sus elevados picos con toda humilde obediencia al imperio de la majestad que sobrepasa en mucho, como ovejas mansísimas caminando en todo al mandato de su pastor, y siguiéndolo a dondequiera que vaya. Y en estos, según el profeta David, verdaderamente montes santos, como la primera sabiduría creada de todas, los fundamentos de la ciudad del Señor desde el principio firmemente establecidos consisten (Salmo 86, 1); que ciertamente es una en el cielo y en la tierra, aunque en parte peregrina, y en parte reinante. Y de estos, no obstante, según Isaías, como de ciertos címbalos vitales bien sonantes, resuena continuamente la acción de gracias, y la voz de alabanza (Isaías 51, 3), llenando con voz suave e incesante, lo que recordamos poco antes del mismo Profeta, que los montes y colinas cantarán alabanzas delante de Dios: y también lo que aquel otro hablando al Señor Dios: Bienaventurados, dice, los que habitan en tu casa, Señor: por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo 83, 5).

7. Estos, pues: para volver a aquello de donde nos hemos desviado un poco, pero, como creo, necesariamente: ellos son los montes y colinas, en los cuales la Iglesia vio al esposo celestial saltando con admirable alegría, cuando se apresuraba a sus abrazos; no solo saltando, sino también brincando sobre ellos. ¿Quieres que te muestre estos saltos desde las letras de los profetas y apóstoles? No porque ahora comience a replicar todos los testimonios que sobre este asunto pueden ser encontrados por los ociosos (pues esto es largo, y no es necesario); sino que solo pongo aquellos que parecen brevemente y claramente afirmar lo que se dice de los saltos del esposo. Dice de él David que puso en el sol su tabernáculo, y él, como esposo que sale de su tálamo: se alegró como un gigante para correr el camino, desde el extremo del cielo su salida (Salmo 18, 6-7). He aquí cuán gran salto dio, desde el extremo del cielo a la tierra. Pues ciertamente no encuentro otro lugar donde haya puesto su tabernáculo en el sol, es decir, en la luz y en manifiesto haya dignado exhibir su presencia, él, habitante de la luz inaccesible, sino ciertamente en la tierra. Finalmente: En la tierra fue visto, y con los hombres conversó (Baruc 3, 38). En la tierra, digo, abiertamente, que es en el sol, puso su tabernáculo, el cuerpo, que de la carne de la Virgen dignó adaptarse a sí mismo, para que en él, siendo invisible, fuera visto; y así viera toda carne la salvación de Dios, cuando vino en carne.

8. Saltó, pues, en los montes, es decir, en aquellos espíritus supremos, cuando descendió hasta ellos, revelando dignamente el sacramento oculto desde los siglos, y el gran misterio de la piedad. Pero brincando sobre estos montes superiores y eminentes, los querubines y serafines, así como las dominaciones, principados y potestades, y también las virtudes, dignó descender hasta el orden inferior de los ángeles, como a colinas. Pero, ¿acaso se detuvo en ellos? Brincó también sobre las colinas. Pues no, dice, a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham tomó (Hebreos 2, 16), que ciertamente es inferior a los ángeles, para que se cumpliera la palabra que dijo el profeta mencionado, hablando así al Padre del Hijo: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Salmo 8, 6). Aunque esto ciertamente pueda entenderse dicho para la alabanza de la naturaleza humana, que el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, y predicho en razón a semejanza del ángel, sin embargo, dista poco del ángel por el cuerpo de tierra. Pero escucha al apóstol Pablo pronunciar abiertamente de él: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse:

sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre (Filipenses 2, 6-7); y de nuevo: Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gálatas 4, 4-5). Quien, pues, nacido de mujer, también nació bajo la ley, sin duda no solo brincó sobre los montes, es decir, las mayores y superiores beatitudes, sino también sobre los ángeles menores, descendiendo, que en comparación con los superiores, con razón se designan con el nombre de colinas. Sin embargo, quien es menor en el reino de los cielos, es mayor que cualquier portador de carne sobre la tierra, incluso si es el gran Juan Bautista (Lucas 7, 28). Pues aunque ciertamente confesamos que Dios hecho hombre, incluso en el hombre, preeminente sobre todo principado y potestad de manera incomparable; es cierto, sin embargo, que aunque precede en majestad, pero en debilidad sucumbió. Así, pues, saltó en los montes, y brincó sobre las colinas, cuando no solo a los superiores, sino también a los inferiores espíritus dignamente se mostró inferior. Y no solo a aquellos espíritus superiores, sino también a los que habitan casas de barro, se mostró sujeto, brincando y venciendo con humildad incluso la humildad de los hombres. Pues estaba sujeto a María y José, cuando tenía doce años, en Nazaret (Lucas 2, 51, 42): y en el Jordán se inclinó a las manos de Juan ya joven (Mateo 3, 13). Pero el día se inclina, y aún no apetece del todo descender de estos montes.

9. Sin embargo, si en esta ocasión quisiéramos explorar todos los encantos de estos, como nos deleita, investigar los secretos; es de temer que o el discurso carezca de la grata brevedad, o la amplia y excelente materia sea defraudada de la debida diligencia por la prisa. Detengámonos, pues, hoy ya, si te place, en estos montes; porque es bueno estar aquí, donde colocados en el lugar de pasto por el pastor Cristo junto con los santos ángeles, somos alimentados más alegre y abundantemente. Y nosotros también somos ovejas de su pasto. Rumiemos, pues, como animales puros del buen pastor, lo que con toda avidez hemos devorado en el sermón de hoy; en otro sermón percibiremos atentamente los restos del mismo capítulo, con la gracia del esposo de la Iglesia Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LIV. Cómo nuevamente por montes se significan ángeles y hombres, y por colinas demonios. También sobre el triple temor, por el cual cada uno debe temer no perder la gracia de obrar bien recibida de Dios.

1. Sobre el mismo capítulo que se trató en el sermón de ayer [o, el día anterior], voy a ofrecer otra interpretación que he reservado para hoy: ustedes juzguen y elijan lo mejor. No es necesario repetir lo anterior, que no creo que se haya olvidado en tan poco tiempo. Sin embargo, si algo se ha perdido, está escrito tal como se dijo, y se ha registrado con estilo, al igual que los demás sermones, para que sea fácil recuperar lo que se haya podido olvidar. Por lo tanto, reciban otra interpretación. He aquí que viene, dice, saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas (Cantar de los Cantares II, 8). Habla del Esposo: quien ciertamente saltó sobre los montes cuando, enviado por el Padre para evangelizar a los pobres, no despreció desempeñar el oficio de los ángeles, convirtiéndose en el Ángel del gran consejo, que era el Señor. Descendió a la tierra por sí mismo, quien solía delegar a otros: el Señor hizo conocer su salvación por sí mismo, reveló su justicia ante las naciones (Salmo XCVII, 2). Así pues, todos, según la sentencia de Pablo, son espíritus administradores, enviados para servir a aquellos que heredarán la salvación (Hebreos I, 14); quien estaba por encima de ellos, se hizo entre ellos como uno de ellos, disimulando la injuria, acumulando gracia. Pero escúchalo a él mismo. No vine, dice, para ser servido, sino para servir, y dar mi vida por muchos (Mateo XX, 28). Ciertamente, nadie más fue encontrado que hiciera esto, de

modo que todos los que parecieron servir, él los superó con devoción y servicios fieles. Buen servidor, que ofreció su carne como alimento, su sangre como bebida, su vida como precio. Verdaderamente bueno, que con espíritu alegre, ferviente en caridad, devoto en piedad, no solo salta sobre los montes, sino que también brinca sobre las colinas, es decir, supera y vence con la prontitud de servir, como aquel a quien Dios, su Dios, ungió con el óleo de la alegría por encima de sus compañeros (Salmo XLIV, 8): en quien ciertamente se regocijó singularmente como un gigante para correr su camino. Finalmente, superó a Gabriel y llegó antes a la Virgen, como atestigua el mismo arcángel, cuando dice: Salve, llena de gracia, el Señor está contigo (Lucas I, 28). ¿Qué? A quien dejaste en el cielo, ahora lo encuentras en el vientre. ¿De qué manera? Voló y voló más rápido sobre las alas del viento. Has sido superado, oh arcángel: te superó quien te envió.

2. O ciertamente saltaba sobre los montes, cuando en los ángeles aparecía a los padres de antaño: lo cual parece convenir más a la propiedad de la letra. No dice, saltando hacia los montes; sino, en los montes, para que él mismo parezca saltar en ellos, quien hace y da para que salten; así como habla en los profetas, obra en los justos, a estos les da palabras, a aquellos obras. Añade que algunos de ellos representaban su persona, de modo que cada uno de ellos hablaba, no como ángel, sino como el Señor. Por ejemplo, aquel ángel que hablaba con Moisés, decía, no, Yo del Señor, sino, Yo el Señor, y lo repetía con frecuencia. Saltaba, pues, en los montes, es decir, en los ángeles, en los cuales hablaba y mostraba su presencia a los hombres. Saltaba hacia los hombres, pero en los ángeles, no en sí mismo; no en su naturaleza, sino en la criatura sujeta. Porque quien salta, va de un lugar a otro: lo cual no se aplica a Dios. Por lo tanto, en los montes, es decir, en los ángeles, saltaba, quien en sí mismo no podía; y saltaba hasta las colinas, es decir, los patriarcas y profetas, y otros hombres espirituales de la tierra. Pero también brincaba sobre las colinas, cuando no solo a grandes y espirituales hombres, sino también a algunos del pueblo, incluso a algunas mujeres, se dignó hablar y aparecer en los ángeles. O bien, llama colinas a las potestades aéreas, que ya no se cuentan entre los montes, porque han caído de la altura de las virtudes por la soberbia; sin embargo, no se humillan hasta los valles bajos, ni se rebajan a los valles de los humildes por penitencia. De estos creo que se dice en los salmos: Los montes, como cera, se derritieron ante la presencia del Señor (Salmo XCVI, 5). Estos montes hinchados y estériles, colocados como en medio entre los montes de los perfectos y los valles de los penitentes, sin duda los superó, quien salta en los montes; y pasando por alto y despreciándolos, descendió a los valles, para que los valles abunden en trigo. Por otro lado, aquellos son condenados a la eterna aridez y esterilidad, como tienes la imprecación del profeta sobre ellos: Ni rocío, ni lluvia desciendan sobre vosotros. Y para que sepas que esto se dice bajo la figura de los montes de Gelboe a los ángeles que prevaricaron, Donde, dice, cayeron muchos heridos (II Samuel I, 21). ¡Cuántos en estos montes malditos del ejército de Israel cayeron desde el principio, y caen cada día! De los cuales también tienes en el mismo profeta, cuando dice al Señor: Como heridos que duermen en los sepulcros, de los cuales no te acuerdas más, y ellos han sido rechazados de tu mano (Salmo LXXXVII, 6).

3. No es, por tanto, de extrañar, si permanecen estériles e infructuosos estos, no montes celestiales, sino colinas aéreas, sobre los cuales ni rocío, ni lluvia descienden; ya que el autor de la gracia y el dador de bendiciones los supera, y desciende a los valles, para que con lluvia celestial riegue a los humildes que están sobre la tierra, y den fruto con paciencia, fruto del treinta, sesenta y ciento por uno (Mateo XIII, 8, 23; Lucas VIII, 15). Finalmente, visitó la tierra, y la embriagó: multiplicó para enriquecerla (Salmo LXIV, 10). Visitó la tierra, no el aire, porque la misericordia del Señor llena la tierra (Salmo XXXII, 5). Finalmente, Obró la salvación en medio de la tierra (Salmo LXXIII, 12); ¿acaso también en medio del aire? Esto

contra Orígenes, quien en el aire crucifica de nuevo al Señor de la gloria para los demonios con una mentira impúdica, cuando Pablo, consciente de este misterio, afirma que resucitando de entre los muertos ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Romanos VI, 9).

4. Sin embargo, no solo visitó la tierra, quien superó el aire, sino también el cielo, diciendo la Escritura: Señor, en el cielo está tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes (Salmo XXXV, 6). Hasta las nubes, pues, es el cielo que habitan los santos ángeles, a quienes el Esposo no superó, sino que salta en ellos, de modo que imprime en ellos dos huellas de sus pies, misericordia y verdad: de las cuales recuerdo haber discutido más plenamente en sermones anteriores (sermón 6). Desde las nubes hacia abajo es la morada de los demonios en este aire inferior y oscuro; en los cuales el Esposo no salta, sino que los supera y pasa, y no retienen en sí ninguna huella del Dios que pasa. Pues, ¿cómo hay verdad en el diablo, de quien en los Evangelios está la sentencia de la Verdad, que no permaneció en la verdad, sino que fue mentiroso desde el principio? Pero tampoco se le puede llamar misericordioso, quien no obstante desde el principio fue homicida, como lo demuestra la misma verdad del Evangelio (Juan VIII, 44). Por lo demás, tal padre de familia, tales sus domésticos. Por tanto, la Iglesia canta bellamente del Esposo, que habita en lo alto, y mira lo humilde en el cielo y en la tierra (Salmo CXII, 5, 6), no hace mención alguna de aquellos espíritus soberbios que se mueven en el aire, porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Santiago IV, 6).

5. Por lo tanto, lo ve saltando en los montes y brincando sobre las colinas, según la imprecación de David que dice: Todos los montes que están a su alrededor, es decir, alrededor de Gelboe, visite el Señor; pero pase de Gelboe (II Samuel I, 21). Al diablo, que se designa por Gelboe, de un lado y otro hay montes que el Señor visita; arriba los ángeles, abajo los hombres. En su castigo, ciertamente, obtuvo un lugar en este aire, medio entre el cielo y la tierra, al caer del cielo, para que vea y envidie, y se torture con la misma envidia, diciendo la Escritura: El pecador verá y se enojará, rechinará sus dientes y se consumirá (Salmo CXI, 10). ¡Qué miserable, cuando mira los cielos, en los cuales contempla innumerables montes resplandecientes con la claridad divina, resonando con alabanzas divinas, sublimes en gloria, abundantes en gracia! ¡Qué más miserable, cuando mira la tierra, que también tiene muchísimos montes del pueblo de adquisición, sólidos en fe, altos en esperanza, amplios en caridad, cultivados en virtudes, llenos de frutos de buenas obras, recibiendo diariamente la bendición como del rocío del cielo, como del salto del Esposo! ¿Con cuánto dolor y rencor mirará aquel ávido de gloria a estos montes tan gloriosos a su alrededor, cuando se ve a sí mismo y a los suyos incultos, tenebrosos, infecundos en todos los bienes, de modo que se siente ser el oprobio de los hombres y de los ángeles, quien reprochaba a todos, según aquello en los Salmos: ¿Este dragón que formaste para burlarse de él? (Salmo CIII, 26.)

6. Y esto, porque por su soberbia el Esposo los supera, saltando en los montes que están a su alrededor, como una fuente que asciende del medio del paraíso, regando todo, y llenando a todo ser viviente con bendición. Bienaventurados los que a veces, aunque sea raramente, merecen ser saciados con el torrente de este placer, en los cuales, aunque no fluya continuamente, al menos por horas salta el agua de la sabiduría y la fuente de vida, para que también en ellos se haga una fuente de agua que salte para vida eterna. Y ciertamente el ímpetu de este río alegra la ciudad de Dios, ciertamente de manera perenne y abundante. En nuestros montes que están en la tierra, ojalá a veces, como si se hiciera una inundación, no desprecie dar algunos saltos, para que suficientemente regados, también puedan destilar algunas gotas raras para nosotros, que somos los valles, para que no permanezcamos completamente áridos y estériles. Miseria, y pobreza, y hambre muy fuerte en aquella región, que nunca se humedece con tales saltos o instilaciones, pasando y superando aquella fuente

de sabiduría: Y porque no tuvieron sabiduría, dice, perecieron por su insensatez (Baruc III, 28).

7. He aquí que viene saltando en los montes, brincando sobre las colinas. Salta para brincar, quien no quiere llegar a todos; pues no en todos está el beneplácito de Dios. Hermanos, si, según la sabiduría de Pablo, estas cosas están escritas para nuestra corrección (I Corintios X, 11), observemos los saltos discretos y circunspectos del Esposo, cómo tanto entre los ángeles como entre nosotros, salta en los humildes y brinca sobre los soberbios: pues el Señor es excelso y mira lo humilde, y conoce de lejos lo alto (Salmo CXXXVII, 6). Esto, digo, atendamos, para que seamos cautos en prepararnos para los saltos salvadores del Esposo, no sea que, como de los montes de Gelboe, pase también de nosotros, si nos ve indignos de su visita. ¿Qué a los soberbios, tierra y ceniza? Y el Señor supera a los ángeles, aborreciendo su soberbia. Por lo tanto, el rechazo de los ángeles sea corrección para los hombres: pues está escrito para su corrección. Que el mal del diablo también coopere para mi bien, y lave mis manos en la sangre del pecador. ¿Cómo, dices? Escucha. Ciertamente al soberbio diablo se le lanza una maldición horrible y temible, diciendo el profeta David en espíritu sobre él bajo el tipo de Gelboe, como se mencionó antes: Los montes, dice, que están a su alrededor, visite el Señor, pero pase de Gelboe.

8. Ciertamente, al leer esto, volviendo mis ojos hacia mí, y mirando diligentemente, encuentro que estoy infectado con la misma peste, que el Señor en el ángel tanto aborreció, que por eso se apartó de él, mientras a todos los montes a su alrededor, ya sean de ángeles o de hombres, se dignaba con la gracia de su visita; y temblando y temiendo digo para mí mismo: Si así se trató con el ángel, ¿qué será de mí, tierra y ceniza? Él se enorgulleció en el cielo, yo en el estercolero. ¿Quién no consideraría más tolerable la soberbia en el rico que en el pobre? ¡Ay de mí! si tan duramente se castigó en aquel poderoso por haberse elevado su corazón, y no le sirvió de nada que la soberbia se reconozca como pariente de los poderosos; ¿qué se exigirá de mí, miserable y soberbio? Finalmente, ya pago las penas, ya sufro amargamente. No sin razón ciertamente desde ayer y anteayer me ha invadido esta languidez del ánimo, y esta torpeza de mente, una cierta inercia del espíritu inusual. Corría bien: pero he aquí una piedra de tropiezo en el camino; tropecé y caí. Se encontró soberbia en mí, y el Señor se apartó en ira de su siervo. De ahí esta esterilidad de mi alma, y la falta de devoción que sufro. ¿Cómo se ha secado tanto mi corazón, coagulado como leche, hecho como tierra sin agua? Ni siquiera puedo compungirme hasta las lágrimas; tal es la dureza del corazón. No me sabe el salmo, no me apetece leer, no me deleita orar, no encuentro las meditaciones habituales. ¿Dónde está aquella embriaguez del espíritu? ¿dónde la serenidad de la mente, y la paz, y el gozo en el Espíritu Santo? Por eso soy perezoso para el trabajo manual, somnoliento para las vigilias, precipitado para la ira, pertinaz para el odio, más indulgente con la lengua y el paladar, más lento y torpe para la predicación. ¡Ay! todos los montes a mi alrededor visita el Señor, pero a mí no se acerca. ¿Acaso no soy una colina de aquellas que el Esposo supera? Pues veo a uno de singular abstinencia, a otro de paciencia admirable, a otro de suma humildad y mansedumbre, a otro de mucha misericordia y piedad; a aquel frecuentemente excederse en contemplación, a este golpear y penetrar los cielos con la insistencia de sus oraciones, y a otros sobresalir en otras virtudes. A estos, digo, los considero todos fervientes, todos devotos, todos unánimes en Cristo, todos abundantes en dones celestiales y gracia, como verdaderos montes espirituales que son visitados por el Señor, y frecuentemente reciben al Esposo saltando en ellos. Pero yo, que no encuentro nada de esto en mí, ¿qué más puedo pensar de mí mismo que soy uno de los montes de Gelboe, que en su ira y enojo pasa por alto aquel visitador de todos los demás benignísimo?

9. Hijitos, este pensamiento quita la altivez de los ojos, concilia la gracia, prepara para los saltos del Esposo. Esto he transformado en mí por ustedes, para que también ustedes hagan lo mismo. Sean imitadores míos. No lo digo por el ejercicio de las virtudes, ni por la disciplina de las costumbres, ni por la gloria de la santidad (pues no me atrevería a atribuirme temerariamente nada digno de imitación en estos aspectos); sino que quiero que no se perdonen a ustedes mismos, sino que se acusen a sí mismos, cada vez que tal vez perciban que la gracia en ustedes se enfría un poco, o que la virtud languidece, como también yo me acuso a mí mismo por esto. Esto lo hace el hombre que es un cuidadoso observador de sí mismo, y un escrutador de sus caminos y estudios, y que siempre sospecha del vicio de la arrogancia para que no se infiltre. En verdad he aprendido que nada es tan eficaz para merecer, retener, recuperar la gracia, como ser hallado en todo tiempo ante Dios no pensando en alto, sino temiendo. Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso (Proverbios XXVIII, 14). Teme, pues, cuando la gracia te sonría, teme cuando se haya ido, teme cuando vuelva de nuevo; y esto es estar siempre temeroso. Que se sucedan en el ánimo estos tres temores, según se sienta que la gracia se digna estar presente, o se retira ofendida, o vuelve de nuevo apaciguada. Cuando está presente, teme no obrar dignamente de ella: pues esto advierte el Apóstol: Mirad, dice, que no recibáis en vano la gracia de Dios (II Corintios VI, 1); y a su discípulo: No descuides, dice, la gracia que está en ti (I Timoteo IV, 14); y de sí mismo decía: Porque la gracia de Dios en mí no fue en vano (I Corintios XV, 10). Sabía el hombre, teniendo el consejo de Dios, que despreciar el don es redundar en desprecio del dador, y no emplearlo para lo que fue dado; y juzgaba que esto era una soberbia intolerable: y por eso él mismo evitaba con sumo cuidado este mal, y enseñaba a evitarlo. Pero de nuevo hay aquí una trampa que no quiero que les pase desapercibida, de la cual el mismo espíritu de soberbia tanto más peligrosamente, cuanto más ocultamente, como tienen en el salmo, acecha como león en su cueva (Salmo X, 9). Pues si no puede impedir la acción, intenta la intención, sugiriendo y persuadiendo, para que te atribuyas a ti mismo el efecto de la gracia. Lo cual ciertamente no dudes que este género de soberbia es mucho más intolerable que el anterior. Pues, ¿qué más odioso que aquella voz, con la que algunos dijeron: Nuestra mano es excelsa, y no el Señor, hizo todas estas cosas? (Deuteronomio XXXII, 27.)

10. Si, por tanto, se debe temer mientras la gracia permanece; ¿qué, si se ha retirado? ¿no se debe temer mucho más entonces? Ciertamente mucho más; porque donde te falta la gracia, tú fallas. Escucha, pues, lo que dice el dador de la gracia. Sin mí, dice, nada podéis hacer (Juan XV, 5). Teme, pues, cuando la gracia se retira, como si fueras a caer de inmediato; teme y tiembla, con Dios, como sientes, enojado contigo; teme, porque te ha dejado tu guardia. Y no dudes que la soberbia está en la causa, aunque no aparezca, aunque no seas consciente de nada. Pues lo que tú no sabes, lo sabe Dios; y quien te juzga, él es. Pero tampoco quien se recomienda a sí mismo, ese es aprobado, sino a quien Dios recomienda (II Corintios X, 18). ¿Acaso te recomienda Dios, cuando te priva de la gracia? ¿O acaso quien da gracia a los humildes (Santiago IV, 6), se la quitará al humilde? Por lo tanto, la privación de la gracia es un argumento de soberbia. Aunque, sin embargo, a veces se retira la gracia, o se retrae, no por la soberbia que ya está, sino por la que estaría por venir, si no se retirara. Tienes un claro ejemplo de esto en el Apóstol, quien soportaba los aguijones de su carne a su pesar, no porque se enalteciera, sino para que no se enalteciera (II Corintios XII, 7). Pero ya sea existente, ya sea no aún, la soberbia siempre será la causa de la gracia retirada.

11. Si la gracia, una vez más propiciada, ha regresado, entonces hay que temer mucho más que pueda ocurrir una recaída, según lo dicho en el Evangelio: "Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor" (Juan 5, 14). Escuchas que recaer es peor que caer por primera vez. Por lo tanto, a medida que el peligro aumenta, también debe aumentar

el temor. Eres bienaventurado si llenas tu corazón con este triple temor: temer por la gracia recibida, más aún por la perdida, y mucho más por la recuperada. Haz esto, y serás una vasija en el banquete de Cristo, llena hasta el borde, conteniendo no solo dos medidas, sino tres, para que merezcas la bendición de Cristo, que convierte tus aguas en vino de alegría, y el amor perfecto expulsa el temor (1 Juan 4, 18).

12. Lo que digo es esto: el agua es temor, porque enfría el ardor de los deseos carnales. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría" (Salmo 110, 10); y tienes: "Él lo ha saciado con el agua de la sabiduría salvadora" (Eclesiástico 15, 3). Si el temor es sabiduría, y la sabiduría es agua; el temor es agua; finalmente: "El temor del Señor es fuente de vida" (Proverbios 14, 27). Por lo tanto, tu mente es la vasija. "Cada una de ellas contenía dos o tres medidas" (Juan 2, 6-7). Tres medidas, tres temores. "Y las llenaron hasta el borde" (Juan 2, 7). No un solo temor, ni dos, sino los tres juntos llenan hasta el borde. Teme a Dios en todo momento y con todo tu corazón, y habrás llenado tu vasija hasta el borde. Dios ama el don completo, el afecto pleno, el sacrificio perfecto. Por lo tanto, procura llevar una vasija llena a las bodas celestiales, para que también se diga de ti: "Porque lo llenó con el espíritu del temor del Señor" (Isaías 11, 3). Quien teme así, no descuida nada. ¿De dónde podría entrar la negligencia en la plenitud? De lo contrario, lo que aún puede contener algo, no está lleno. De la misma manera, no puede al mismo tiempo temer así y ser altivo. No hay lugar para admitir la soberbia, estando lleno del temor del Señor. Y así debe pensarse de los demás vicios, porque es necesario que todos sean excluidos por la plenitud del temor. Entonces, si has temido plena y perfectamente, la caridad dará sabor a tus aguas para la bendición del Señor. Sin caridad, el temor lleva consigo el castigo. Y ciertamente la caridad es el vino que alegra el corazón del hombre (Salmo 103, 15). Pero el amor perfecto expulsa el temor, para que donde había agua, comience a haber vino para alabanza y gloria del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMO LV. Cómo el hombre puede escapar del juicio de Dios mediante la verdadera penitencia.

1. "Mi amado es semejante a una gacela o a un cervatillo" (Cantar de los Cantares 2, 9). Depende del versículo anterior. Pues a quien había descrito saltando y apresurándose, lo compara consecuentemente con una gacela y un cervatillo. Apropiadamente, ya que este tipo de animales es veloz en la carrera y ágil en el salto. Además, el discurso es sobre el esposo, y el discurso es el esposo. Y el Profeta dice de Dios que "su palabra corre velozmente" (Salmo 147, 15); ciertamente congruente con este lugar, donde el esposo, que es la palabra de Dios, es descrito saltando y brincando, haciéndose por tanto semejante a una gacela y a un cervatillo. Y esta es la razón de la semejanza. Añade, sin embargo, para que ninguna parte de la semejanza quede vacía, que la gacela no solo se distingue por la rapidez en la carrera, sino también por la agudeza de la vista. Esto ciertamente se refiere propiamente a la parte de la narración donde se dice que el esposo aparece no solo saltando, sino también brincando; porque sin una mirada aguda y perspicaz no podría en absoluto, especialmente mientras corre, discernir sobre quién saltar y a quién brincar. De lo contrario, bastaría la comparación con el cervatillo para designar la velocidad del que se apresura; pues se sabe que este se mueve con un curso más rápido. Pero ahora, dado que este esposo, aunque ama ardientemente, parece precipitarse corriendo hacia los abrazos de su amada, sin embargo, sabe dirigir sus pasos, o más bien sus saltos, con prudente consideración, siendo cauteloso donde debe poner el pie: era necesario, por tanto, que junto con el cervatillo también se diera la semejanza de la gacela, para que a través de aquel se expresara el deseo de salvar, y a través de esta el juicio de elegir. Cristo, en efecto, es justo y misericordioso, salvador y juez: y porque ama, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad

(1 Timoteo 2, 4); y porque juzga, conoce a los que son suyos (2 Timoteo 2, 19), y él mismo sabe a quiénes ha elegido desde el principio (Juan 13, 18).

2. Por lo tanto, consideremos que estos dos bienes del esposo, a saber, la misericordia y el juicio, nos son recomendados por el Espíritu Santo en estos dos animales, para que, como testimonio de la integridad y perfección de nuestra fe, también nosotros, imitando al Profeta, cantemos al Señor misericordia y juicio (Salmo 100, 1). Yo, sin embargo, no dudo de que otras cosas sobre la naturaleza de estos animales puedan ser mostradas por aquellos que son curiosos y conocedores de tales cosas, que puedan ser aplicadas útil y congruentemente al esposo: pero estas, según creo, pueden ser suficientes para dar razón de la semejanza presentada. Sin embargo, el Espíritu Santo bellamente no dio la semejanza de un ciervo, sino de un cervatillo, en el que también hizo mención de los Padres, de los cuales Cristo según la carne, y recordó la infancia del Salvador. Pues como un cervatillo apareció el niño que nos ha nacido (Isaías 9, 6). Pero tú que deseas la venida del Salvador, teme el escrutinio del juez, teme los ojos de la gacela, teme a aquel que dice por el profeta: "Y sucederá en aquel día que yo escudriñaré a Jerusalén con lámparas" (Sofonías 1, 12). Tiene una vista aguda; nada quedará sin escrutar ante sus ojos. Escudriñará los riñones y los corazones (Salmo 7, 10), y el mismo pensamiento del hombre le confesará (Salmo 75, 11). ¿Qué es seguro en Babilonia, si Jerusalén permanece bajo escrutinio? Pues creo que en este lugar el profeta designó con el nombre de Jerusalén a aquellos que en este mundo llevan una vida religiosa, imitando con una conducta honesta y ordenada, en la medida de sus fuerzas, las costumbres de aquella Jerusalén celestial; y no como aquellos que son de Babilonia, devastando su vida en la perturbación de los vicios y la confusión de los crímenes. En efecto, los pecados de aquellos son manifiestos, precediendo al juicio, y no necesitan escrutinio, sino castigo. Pero mis pecados, que parezco monje y jerosolimitano, ciertamente son ocultos, disfrazados bajo el nombre y el hábito de monje: y por eso será necesario investigarlos con un examen sutil, y como si se trajeran lámparas, sacarlos de las tinieblas a la luz.

3. Podemos aportar algo también del salmo para confirmar lo que se dice sobre el escrutinio de Jerusalén. Pues dice bajo la persona del Señor: "Cuando tome el tiempo, yo juzgaré con justicia" (Salmo 74, 3). Dice, si no me equivoco, que examinará y juzgará los caminos de los justos y sus acciones. Es muy de temer cuando se llegue a esto, que bajo un examen tan sutil muchas de nuestras justicias, como se consideran, aparezcan como pecados. Sin embargo, hay una cosa, si nos juzgamos a nosotros mismos, ciertamente no seremos juzgados (1 Corintios 11, 31). Buen juicio, que me sustrae y esconde de aquel juicio divino y estricto. Realmente temo caer en las manos del Dios viviente; deseo ser presentado al rostro de la ira juzgado, no para ser juzgado. El hombre espiritual juzga todas las cosas, y él mismo no es juzgado por nadie (1 Corintios 2, 15). Por lo tanto, juzgaré mis males, y también mis bienes. Me esforzaré por corregir mis males con mejores acciones, lavarlos con lágrimas, castigarlos con ayunos, y con los demás trabajos de la santa disciplina. En los bienes pensaré humildemente de mí mismo, y, según el precepto del Señor, me consideraré un siervo inútil, que solo ha hecho lo que debía hacer (Lucas 17, 10). Me esforzaré por no ofrecer cizaña en lugar de granos, ni paja con los granos. Examinaré mis caminos y mis estudios, para que aquel que ha de escudriñar Jerusalén con lámparas, no encuentre en mí nada sin escrutar o sin discutir. Pues no juzgará dos veces lo mismo.

4. ¿Quién me dará poder seguir y perseguir todos mis delitos tan a fondo, que no haya que temer los ojos de la gacela, ni en nada tenga que avergonzarme ante la luz de las lámparas? Y ahora parezco, pero no veo: está presente el ojo al que todo está patente, aunque él mismo no es patente. Habrá un momento en que conoceré, como también soy conocido: pero ahora conozco en parte, no obstante no en parte; conocido, pero en su totalidad. Temo la mirada de

aquel explorador, que está detrás del muro. Pues esto es lo que la Escritura añade de aquel, a quien por la agudeza de la vista se asemejó a la gacela: "He aquí, él está detrás del muro, mirando por las ventanas, observando por las celosías". De esto veremos en su lugar. Por tanto, temo a este explorador oculto de los ocultos. La esposa no teme nada, porque no tiene conciencia de nada. ¿Qué temerá, pues, la amiga, la paloma, la hermosa? Pues enseguida tienes: "He aquí, mi amado me habla". No le habla de nada; y por eso temo la mirada, porque no tengo testimonio. ¿Qué escuchas de ti, oh esposa? ¿Qué te dice tu amado? "Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía" (Cantar de los Cantares 2, 9-10). Pero esto también lo reservaré para otro principio, y no lo acortaré con brevedad aquellas cosas que requieren diligencia; no sea que también por esto sea hallado culpable, si no os encontráis edificados en esta parte para la comprensión y el amor del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMO LVI. Que los pecados y vicios son como muros, interponiéndose entre Dios y el pecador.

1. "He aquí, él está detrás del muro, mirando por las ventanas, observando por las celosías" (Cantar de los Cantares 2, 9). Según la letra, parece decir que aquel que se veía venir con saltos, se había acercado hasta la morada de la esposa, y de pie detrás del muro miraba curiosamente por las ventanas y las rendijas, y modestamente no se atrevía a entrar. Según el espíritu, sin embargo, se entiende que se ha acercado igualmente, pero de otra manera, de la manera que convenía al esposo celestial actuar, y al Espíritu Santo decir. Pues nada que desdiga al autor o al narrador, admitirá el verdadero y espiritual entendimiento. Así que se acercó al muro, cuando se adhirió a la carne. La carne es el muro, y la aproximación del Esposo es la encarnación del Verbo. Por lo tanto, las celosías y las ventanas por las que se dice que mira son, creo, los sentidos de la carne y los afectos humanos, por los cuales experimentó todas las necesidades humanas. En efecto, "él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores" (Isaías 53, 4). Usó, pues, los afectos humanos y los sentidos corporales como agujeros y ventanas, para conocer las miserias de los hombres hecho hombre por experiencia, y hacerse misericordioso. Lo sabía también antes, pero de otra manera. Sabía ciertamente el poder de obedecer el mismo Señor de las virtudes, y sin embargo, según el Apóstol, "aprendió la obediencia por lo que padeció" (Hebreos 5, 8). De esta manera aprendió también la misericordia, aunque la misericordia del Señor es desde la eternidad. Esto también lo enseña el mismo Doctor de los gentiles, donde afirma que fue "tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, para hacerse misericordioso" (Hebreos 4, 15). ¿Ves cómo se hizo lo que era, y lo que sabía lo aprendió, y buscó para sí entre nosotros rendijas y ventanas, por las cuales explorar más diligentemente nuestras calamidades? Encontró, sin embargo, en nuestro muro ruinoso y lleno de rendijas tantos agujeros, como experimentó en su cuerpo de nuestra debilidad y corrupción.

2. Así, pues, el esposo estaba de pie detrás del muro, y mirando por las ventanas y las celosías. Y bien de pie, porque verdaderamente solo él permaneció en la carne, quien no sintió el pecado de la carne. Podemos también pensar fielmente que permaneció por el poder de la divinidad, quien por la debilidad de la carne sucumbió, diciendo él mismo: "El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26, 41). Pero creo que también aquello apoya esta sentencia, que el santo David en este misterio, como profeta del Señor y profetizando, hablaba del Señor; y ciertamente hablando de Moisés, pero mirando al Señor. Pues él es el verdadero Moisés, que verdaderamente vino por el agua, y no solo en el agua, sino en el agua y la sangre. Dice, pues, el profeta mencionado: "Dijo que los destruiría (hablaba al Padre), si no se hubiera interpuesto Moisés, su elegido, en la brecha delante de él, para apartar su ira, para que no los destruyera" (Salmo 106, 23). ¿De qué manera, pregunto, se interpuso Moisés

en la brecha? ¿Cómo, digo, o se interpuso, si fue quebrantado: o si se interpuso, cómo fue quebrantado? Pero yo te mostraré, si quieres, quién verdaderamente se interpuso en la brecha. No conozco a nadie más que pudiera hacerlo, sino a mi Señor Jesús, quien ciertamente vivía en la muerte, quien quebrantado en el cuerpo en la cruz, permanecía en la divinidad con el Padre; en uno con nosotros suplicando, en el otro con el Padre propiciando. Y estaba detrás del muro, mientras lo que yacía en él era manifiesto en la carne, y por lo que permanecía en él como detrás de la carne estaba oculto; ciertamente uno y el mismo hombre manifiesto, y Dios oculto.

3. Pero también creo que para cada uno de nosotros, que deseamos su venida, él está igualmente detrás del muro, mientras este cuerpo nuestro, que ciertamente es de pecado, oculta por ahora su rostro, e impide su presencia. En efecto: "Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor" (2 Corintios 5, 6). No porque estemos en el cuerpo, sino porque estamos en este cuerpo, que ciertamente es de pecado, y no está sin pecado. Y para que sepas que no son los cuerpos los que obstaculizan, sino los pecados, escucha la Escritura: "Nuestros pecados, dice, separan entre nosotros y Dios" (Isaías 59, 2). Y ojalá solo un muro del cuerpo me obstaculizara, y solo sufriera el obstáculo de lo que es pecado en la carne, y no hubiera muchas paredes de vicios interpuestas. Pues temo que además de lo que está en la naturaleza, haya añadido muchas cosas de mi propia iniquidad, por cuya interposición haya alejado demasiado al Esposo de mí; de modo que, si quiero decir la verdad, confieso que él está más bien detrás de los muros para mí, no detrás del muro.

4. Pero digo esto más claramente. El Esposo ciertamente está presente en todas partes de manera igual e indiferente, por la presencia divina de su majestad, y por la magnitud de su poder. Sin embargo, por la manifestación o inhibición de la gracia, se dice que está lejos o cerca de algunos, solo de los ángeles y los hombres, es decir, de las criaturas racionales. En efecto, "lejos de los pecadores está la salvación" (Salmo 118, 155). Y el santo David dice igualmente: "¿Por qué, Señor, te has alejado?" (Salmo 9, 1). Sin embargo, de los santos se aleja piadosamente por un tiempo y no del todo, sino en parte. Pero de los pecadores de quienes se dice: "La soberbia de los que te odian sube siempre" (Salmo 73, 23); y también: "Sus caminos están contaminados en todo tiempo" (Salmo 9, 5); está siempre, y muy lejos, y esto en ira, y no en misericordia. Por eso el santo ora a Dios y dice: "No te apartes en ira de tu siervo" (Salmo 26, 9); sabiendo que también en misericordia podría apartarse. Por lo tanto, el Señor está cerca de los santos y sus elegidos, incluso cuando parece estar lejos; y no igualmente a todos, sino a unos más, a otros menos, según la diversidad de méritos. Pues aunque el Señor está cerca de todos los que lo invocan en verdad, y está cerca de los que tienen el corazón atribulado; no obstante, no a todos quizás, de modo que puedan decir que "él está detrás del muro". Pero para la esposa, cuán cerca está, que solo un muro la separa. Por eso desea ser disuelta, y roto el muro intermedio, estar con aquel que está detrás del muro.

5. Pero yo, porque soy pecador, no deseo ser disuelto, sino que temo, sabiendo que "la muerte de los pecadores es pésima" (Salmo 33, 22). ¿Cómo no será pésima la muerte, donde no asiste la Vida? Temo salir, y tiemblo en el mismo umbral del puerto, mientras no confío en que esté cerca quien reciba al que sale. ¿Qué, pues? ¿Saldré seguro, si el Señor no guarda mi salida? ¡Ay! Seré presa de los demonios que me intercepten: no asistiendo quien redima, ni quien salve. Nada de esto había que temer para el alma de Pablo, a quien de la vista y el abrazo del Amado solo un muro le obstaculizaba, a saber, la ley del pecado, que encontraba en sus miembros. Esta es la concupiscencia de la carne, de la cual no pudo carecer en absoluto mientras estuvo en la carne. Este único muro interpuesto no peregrinaba lejos del Señor; por eso clamaba deseando: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos

7, 24). Sabiendo que por el atajo de la muerte llegaría inmediatamente a la vida. Por tanto, Pablo confesaba estar retenido por una sola ley, a saber, la concupiscencia, que soportaba en su carne insita inmóvil a su pesar; por lo demás: "Nada, dice, me es consciente" (1 Corintios 4, 4).

6. Sin embargo, ¿quién es semejante a Pablo, que no consienta a veces en esta concupiscencia para obedecer al pecado? Sepa, por tanto, aquel que ha consentido al pecado, que ha levantado para sí mismo otro muro, el mismo consentimiento perverso e ilícito: y no puede gloriarse quien es de esta clase, porque el Esposo está detrás del muro, cuando ya hay muros entre ellos, no un solo muro. Mucho menos si el consentimiento ha llegado al afecto, cuando un tercer muro también impide y bloquea el acceso al Esposo, a saber, el mismo acto del pecado. ¿Qué, si acaso la costumbre ha llevado el pecado al uso, o el uso incluso al desprecio? como está escrito: "El impío, cuando llega al fondo de los males, desprecia" (Prov. XVIII, 3). ¿No es cierto que si sales así, mil veces antes podrás ser devorado por los rugientes preparados para la presa, que llegar al Esposo, ya que no está bloqueado por un solo muro, sino por una gran cantidad de muros? El primero, la concupiscencia; el segundo, el consentimiento; el tercero, el acto; el cuarto, la costumbre; el quinto, el desprecio. Por lo tanto, esfuérzate con todas tus fuerzas en resistir a la concupiscencia inicial, para que no te arrastre al consentimiento; y toda la estructura de maldad se desvanecerá: y no habrá nada que impida al Esposo acercarse a ti, excepto el único muro del cuerpo, para que también tú puedas gloriarte diciendo de él, porque "he aquí, él está detrás del muro".

7. Pero también debes prever con toda vigilancia que siempre encuentre abiertas las ventanas y ciertos canceles de tus confesiones, por los cuales te mire benignamente desde dentro, ya que su mirada es tu progreso. Dicen que los canceles son más estrechos que las ventanas, como los que suelen adaptar quienes escriben libros, para recibir la luz en las páginas. Por eso creo que se les llama cancelarios a los que están destinados por oficio a escribir en pergaminos. Así pues, hay dos tipos de compunción, una en el dolor por nuestros excesos, y otra en la exultación por los dones divinos, cada vez que hago la confesión de mis pecados, que no se hace sin angustia del corazón; me parece que abro un cancel, es decir, una ventana más estrecha. Y no hay duda de que él, que está detrás del muro, el piadoso explorador, mira gustosamente a través de ella, porque Dios no despreciará un corazón contrito y humillado (Sal. L, 19). Finalmente, nos exhorta a esto mismo: "Di tú, dice, tus iniquidades primero, para que seas justificado" (Is. XLIII, 26). Pero si a veces, con el corazón dilatado en la caridad, por la consideración de la dignación y misericordia divina, me gusta liberar mi ánimo en voz de alabanza y acción de gracias, creo que no abro ya una ventana estrecha, sino amplísima al Esposo que está detrás del muro, por la cual, si no me equivoco, mira tanto más gustosamente cuanto más lo honra el sacrificio de alabanza. Está a mano aprobar ambas confesiones con las Escrituras; pero hablo a quienes conocen estas cosas, y no es necesario cargaros con lo superfluo, quienes apenas podéis indagar lo necesario. Tan grandes son los sacramentos de este epitalamio, y las alabanzas que en él se cantan a la Iglesia y a su esposo Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMO LVII. Sobre las visitas del Señor que deben observarse; por qué indicios o señales pueden ser percibidas.

1. "He aquí, mi amado me habla" (Cant. II, 10). Ved el progreso de la gracia, y advertid los grados de la dignación divina. Observad la devoción y diligencia de la esposa, que con ojo vigilante observa la llegada del esposo, y luego contempla todo de él con mayor atención. Él viene, se apresura, se acerca, está presente, mira, habla; y ninguno de estos momentos escapa

a la industria de la esposa, anticipando el conocimiento. Viene en los ángeles, se apresura en los patriarcas, se acerca en los profetas, está presente en la carne, mira en los milagros, habla en los apóstoles. O así: Viene con afecto y deseo de misericordia, se apresura con celo de socorrer, se acerca humillándose a sí mismo, está presente en los que están, mira a los futuros, habla enseñando y persuadiendo sobre el reino de Dios. Así es, pues, la venida del esposo. Bendiciones y riquezas de salvación con él, y todo lo que de él es abunda en delicias, ciertamente rebosando en sacramentos gozosos y saludables. Por lo demás, quien ama, vigila y observa. Y bienaventurada aquella a quien el Señor encuentre vigilante. No la pasará de largo, ni la dejará atrás, sino que se detendrá y le hablará, y le hablará amorosamente: hablará, en efecto, como amado. Así lo tienes: "He aquí, mi amado me habla". Bien amado, que viene a hablar amorosamente, no con reproches.

2. Pues no es de aquellos que con razón son reprendidos por el Señor, porque sabían discernir el aspecto del cielo, pero no conocieron el tiempo de su venida (Mat. XVI, 4). Esta, tan diligente, prudente y bien vigilante, vio venir de lejos, advirtió su prisa, y observó con gran vigilancia cómo saltaba sobre los soberbios, para acercarse a ella, humilde, por la humildad; y finalmente, cuando ya estaba de pie, y se ocultaba detrás del muro, no obstante, lo reconoció presente, y también percibió que miraba a través de las ventanas y los canceles; y ahora, como recompensa por tanta devoción y religiosa solicitud, lo escucha hablar. Pues si hubiera mirado y no hubiera hablado, esa mirada podría haber sido sospechosa, no fuera que más bien fuera de indignación que de amor. Finalmente, miró a Pedro, y no le dirigió palabra: y por eso quizás lloró él (Luc. XXII, 61, 62), porque al mirarlo, guardó silencio. Pero esta, como después de la mirada mereció también la palabra, no solo no llora, sino que se gloría con alegría clamando: "He aquí, mi amado me habla". Ves que la mirada del Señor, aunque siempre permanece igual en sí misma, no siempre tiene la misma eficacia; sino que se conforma a los méritos de cada uno a quienes mira, y a algunos les infunde temor, mientras que a otros les trae más bien consuelo y seguridad. Finalmente, mira la tierra, y la hace temblar, mientras que al mirar a María, infunde gracia. "Miró", dice, "la humildad de su sierva; he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones" (Luc. II, 48). Estas no son palabras de quien llora o tiembla, sino de quien se alegra. Igualmente, miró aquí a la esposa, y ella no tembló, ni lloró como Pedro, porque no tenía sabor a tierra, como él; sino que puso alegría en su corazón, testificando con la palabra con qué afecto la había mirado.

3. Finalmente, escucha las palabras que habla, cuán no son de quien se indigna, sino de quien ama. Sigue: "Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía". ¡Feliz conciencia, que merece oír esto de sí misma! ¿Quién, crees, entre nosotros es tan vigilante y observador del tiempo de su visita, explorando diligentemente cada momento de la llegada del esposo, que cuando venga y llame, inmediatamente le abra? Pues no se dice esto de la Iglesia para que no participemos todos nosotros, que juntos somos la Iglesia, de estas bendiciones suyas. En efecto, en esto hemos sido llamados todos en general e indistintamente, para que poseamos las bendiciones como herencia. Por eso se atrevía a decir al Señor: "He adquirido tus testimonios como herencia para siempre, porque son la alegría de mi corazón" (Sal. CXVIII, 111); esa, creo, herencia, por la cual se presumía hijo de su Padre, que está en los cielos. Pues si hijo, también heredero; heredero de Dios, coheredero de Cristo. En verdad, se gloría de haber adquirido una gran cosa con esta herencia, los testimonios del Señor. ¡Ojalá yo mereciera tener de mí al menos un testimonio del Señor! porque él no se regocija en uno, sino en muchos testimonios. Finalmente, dice de nuevo: "En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas" (Sal. CXVIII, 14). Y en verdad, ¿qué son las riquezas de la salvación, qué las delicias del corazón, qué la verdadera y cauta seguridad del

alma, sino los testimonios del Señor? Pues no es, dice, "quien se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda" (II Cor. X, 18).

4. ¿Por qué hasta ahora nos vemos privados de estas recomendaciones o testimonios divinos, y de la herencia paterna? Como si no nos hubiera engendrado voluntariamente con la palabra de verdad, así no recordamos haber sido recomendados por él de tal manera, ni haber obtenido de él ningún testimonio. ¿Dónde está lo que dice el Apóstol, que "el mismo Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom. VIII, 16)? ¿Cómo hijos, si carecemos de herencia? Nos acusa ciertamente de negligencia e incuria nuestra misma pobreza. Pues si alguno de nosotros entrega íntegra y perfectamente su corazón para vigilar de madrugada al Señor que lo hizo, y en presencia del Altísimo suplica (Eccli. XXXIX, 6), y al mismo tiempo con todos sus votos se esfuerza, según el profeta Isaías, en preparar los caminos del Señor, enderezar las sendas de su Dios (Is. XL, 3), a quien con el Profeta puede decir: "Mis ojos están siempre hacia el Señor" (Sal. XXIV, 15); y porque "ponía al Señor siempre delante de mí" (Sal. XV, 8): ¿no recibirá este la bendición del Señor, y la misericordia de Dios su salvador? (Sal. XXIII, 5). Será visitado frecuentemente, y nunca ignorará el tiempo de su visita, por más que quien visita en espíritu venga clandestino y furtivo, como amante vergonzoso. Así pues, el alma bien vigilante con mente sobria lo verá desde lejos, y luego descubrirá todo lo que en la llegada del amado mostramos que la esposa observó tan diligente como significativamente, porque él dice: "Los que madruguen para buscarme, me encontrarán" (Prov. VIII, 17). Pues también reconocerá el deseo del que se apresura: y cuando esté cerca, y cuando ya esté presente, lo sentirá de inmediato; pero también verá con ojo bienaventurado el ojo que la mira, como un rayo de sol que entra por las ventanas y las rendijas del muro: y finalmente escuchará voces de júbilo y amor, llamada amiga, paloma, hermosa.

5. ¿Quién es sabio y entenderá estas cosas, de modo que pueda también dignamente distinguirlas, y designar cada una, y definirlas para la comprensión de otros? Si se espera esto de mí, yo preferiría escucharlo de alguien experimentado, y que esté acostumbrado y ejercitado en tales cosas. Pero como cualquiera que es de esta clase, elige más bien ocultar con silencio lo que percibe en silencio, y guardar su secreto para sí mismo, considerándolo más seguro: digo yo, a quien por oficio le corresponde hablar, y no le es lícito callar, cualquier cosa que sea lo que de estas cosas tengo por experiencia propia o ajena, y lo que muchos pueden fácilmente experimentar, dejando ciertamente las cosas más altas para quienes puedan alcanzarlas. Si, pues, soy advertido, ya sea externamente por un hombre o internamente por el Espíritu, sobre guardar la justicia y mantener la equidad; tal consejo saludable será para mí, sin duda, un anuncio del inminente advenimiento del esposo, y una preparación para recibir dignamente al visitante celestial, indicándomelo el Profeta, diciendo que "la justicia irá delante de él" (Sal. LXXXIV, 14); y también dice a Dios así: "Justicia y juicio, dice, son la preparación de tu trono" (Sal. LXXXVIII, 15). No obstante, la misma esperanza sonreirá, si se oye un discurso sobre la humildad o la paciencia, o incluso sobre la caridad fraterna y la obediencia debida a los superiores; pero sobre todo sobre la búsqueda de la santidad y la paz, y la pureza del corazón, ya que la Escritura dice: "La santidad conviene a tu casa" (Sal. XCII, 5); y: "En paz está su lugar" (Sal. LXXV, 3); y: "Los limpios de corazón verán a Dios" (Mat. V, 8). Por tanto, cualquier cosa que se sugiera al alma, ya sea sobre estas o sobre otras virtudes, será, como dije, una señal para mí de que la visita del Señor de las virtudes se acerca a mi alma.

6. Pero también si el justo me corrige con misericordia, y me reprende, sentiré lo mismo, sabiendo que el celo del justo y la benevolencia preparan el camino para aquel que asciende sobre el ocaso (Sal. LXVII, 5). Buen ocaso, cuando el hombre se pone ante la corrección del

justo, y cae el vicio, y el Señor asciende sobre él, pisoteándolo y aplastándolo para que no se levante. Por tanto, no debe despreciarse la reprensión del justo, que es la ruina del pecado, la salud del corazón, y también el camino de Dios hacia el alma. Ni tampoco debe escucharse negligentemente cualquier palabra que edifique hacia la piedad, las virtudes, los buenos modales; porque también allí está el camino por el que se muestra la salvación de Dios (Sal. XLIX, 23). Y si llega una palabra grata y placentera, de modo que se escuche con deseo, ya no solo se debe creer que el Esposo viene, sino que se apresura, es decir, que viene con deseo. Pues es su deseo el que crea el tuyo; y que tú te apresures a recibir su palabra, es porque él se apresura a entrar; pues no nosotros lo amamos, sino "él", dice, "nos amó primero" (I Juan IV, 10). Y si también sientes que la palabra es ardiente, y que tu conciencia se quema en la recordación del pecado; recuerda entonces de quién dice la Escritura que "un fuego irá delante de él" (Sal. XCV, 3), y no dudes que él está cerca. Finalmente, el Señor está cerca de los que tienen el corazón contrito (Sal. XXXIII, 19).

7. Si, además, no solo te compunges con esa palabra, sino que te conviertes totalmente al Señor, jurando y determinando guardar sus juicios de justicia, también sabrás que él ya está presente, especialmente si sientes que ardes en amor por él. Pues de él lees ambas cosas, que el fuego va delante de él, y que él mismo es fuego. Moisés, en efecto, dice de él que "es fuego consumidor" (Deut. IV, 24). Sin embargo, difieren en que el fuego que se envía antes tiene ardor, pero no amor: calienta, pero no purifica, mueve, pero no promueve. Solo se envía para excitar y preparar, y al mismo tiempo para advertir qué eres por ti mismo, para que luego sepa más dulcemente lo que serás por Dios. Pero el fuego que es Dios, consume, pero no aflige, arde suavemente, se desola felizmente. Es, en verdad, un carbón desolador, pero que así ejerce su fuerza de fuego sobre los vicios, que en el alma exhibe la función de una unción. Por tanto, en la virtud en la que te transformas, y en el amor en el que te inflamas, entiende que el Señor está presente. Pues la diestra del Señor hace virtud (Sal. CXVII, 16). Pero esta transformación no se hace por la diestra del Altísimo (Sal. LXXVI, 11), sino en el fervor del espíritu, y en la caridad no fingida, de modo que diga quien es de esta clase: "Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió un fuego" (Sal. XXXVIII, 4).

8. Ahora bien, consumida por este fuego toda mancha de pecado, y la herrumbre de los vicios, si ya con la conciencia purificada y sanada sigue una cierta y repentina amplitud de mente, y una infusión de luz que ilumina el entendimiento, ya sea para el conocimiento de las Escrituras, o para el conocimiento de los misterios, de los cuales creo que uno se da para nuestro deleite, y el otro para edificar a los prójimos; es sin duda el ojo del que mira, sacando como luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía, según aquello del profeta Isaías: "Tu luz nacerá como el sol" (Is. LVIII, 10), etc. Pero ciertamente no se infunde este rayo de tanta claridad por puertas abiertas, sino por estrechas aberturas, mientras aún se mantiene este ruinoso muro del cuerpo. Te equivocas si esperas otra cosa, por más que avances en la pureza del corazón, cuando aquel principal contemplador dice: "Ahora vemos por espejo y en enigma, pero entonces cara a cara" (I Cor. XIII, 12).

9. Después de esta mirada de tanta dignación y misericordia, sigue una voz que insinúa suavemente la voluntad divina, que no es otra cosa que el mismo amor, que no puede estar ocioso, preocupándose y persuadiendo sobre las cosas de Dios. Finalmente, la esposa escucha que se levante y se apresure, sin duda para el beneficio de las almas. Pues esta es la verdadera y casta contemplación, que llena la mente que ha encendido vehementemente con el fuego divino, a veces con tanto celo y deseo de adquirir para Dios a quienes lo amen igualmente, que interrumpe con mucho gusto el ocio de la contemplación por el estudio de la predicación: y nuevamente, habiendo logrado sus deseos, regresa a veces con tanto más ardor a lo mismo, cuanto más fructuosamente recuerda haber interrumpido; y de nuevo, habiendo tomado el

gusto de la contemplación, vuelve con su acostumbrada alegría a buscar ganancias. Sin embargo, entre estas vicisitudes, la mente a menudo fluctúa, temiendo, y exasperándose vehementemente, no sea que a uno de estos, mientras sus afectos la distraen de un lado a otro, se adhiera más de lo debido; y así en cualquiera de ellos se desvíe, aunque sea un poco, de la voluntad divina. Y tal vez algo así sufría el santo Job, cuando decía: "Si duermo, digo, ¿cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde" (Job VII, 4): esto es: Y en reposo, me acuso de obra descuidada; y ocupado, no obstante, me acuso de reposo perturbado. Ves al hombre santo entre el fruto de la obra, y el sueño de la contemplación gravemente exasperado: y aunque siempre se ocupa en cosas buenas, siempre, sin embargo, como si hiciera penitencia de males, y busca con gemido la voluntad de Dios en cada momento. Pues el único remedio o refugio en tales casos es la oración, y el frecuente gemido a Dios; para que se digne mostrarnos continuamente qué, cuándo, y hasta qué punto quiere que hagamos. Tienes, según mi opinión, estas tres cosas, es decir, la predicación, la oración, la contemplación, recomendadas y designadas en tres vocablos. Pues con razón se llama amiga, quien busca diligente y fielmente las ganancias del esposo predicando, aconsejando, ministrando. Con razón paloma, quien no obstante gime y suplica en oración por sus delitos, no cesa de conciliarse la misericordia divina. Con razón también hermosa, quien resplandeciendo con deseo celestial, se viste del decoro de la contemplación celestial, en las horas, al menos, en que puede hacerlo de manera cómoda y oportuna.

10. Pero también observa si esto puede aplicarse al triple bien de un alma; es decir, a las tres personas que habitan en una misma casa, amigos del Salvador y muy cercanos a Él. Hablo de Marta sirviendo, María en contemplación, y Lázaro como gimiendo bajo la piedra, clamando por la gracia de la resurrección (Lucas 10, 38-42; Juan 11). Esto se dice porque la esposa se describe tan diligente y vigilante en observar los caminos del esposo, que no puede ignorar cuándo y con qué prisa viene a ella, y cuándo está lejos, cuándo cerca, y cuándo presente, sin que ninguna sorpresa la tome desprevenida para no saberlo: y porque por ello ha merecido no solo ser mirada con misericordia, sino también ser dignamente alegrada con las voces del amor, y regocijarse por la voz del esposo.

11. Nosotros también hemos añadido audazmente que cualquier alma de entre nosotros, si vigila de manera similar, será saludada como amiga, consolada como paloma, y abrazada como hermosa. Se considerará perfecta a toda alma en la que estas tres cosas concurran de manera congruente y oportuna, de modo que sepa gemir por sí misma, exultar en Dios, y al mismo tiempo ser capaz de ayudar a sus prójimos; agradando a Dios, siendo cauta consigo misma, y útil a los suyos. Pero, ¿quién es idóneo para esto? ¡Ojalá que en todos nosotros, si no todo en cada uno, al menos cada cosa en diferentes personas, como parece ser hoy, se conserve por largos tiempos! Tenemos a Marta, como amiga del Salvador, en aquellos que administran fielmente las cosas exteriores. También tenemos a Lázaro, como una paloma gimiendo, ciertamente los novicios, que recientemente muertos por los pecados, aún sufren por sus heridas recientes en su gemido bajo el temor del juicio; y como heridos durmiendo en los sepulcros, de los cuales nadie se acuerda más, así no se creen considerados, hasta que por la orden de Cristo, quitado el peso del temor, como la masa de una piedra opresora, puedan respirar en la esperanza del perdón. También tenemos a María contemplando en aquellos que, con el paso de un tiempo más largo, con la gracia de Dios cooperando, han podido progresar hacia algo mejor y más alegre; cuando ya, presumiendo de la indulgencia, no están tan preocupados por revolver dentro de sí la triste imagen de los pecados, sino que ciertamente se deleitan insaciablemente en meditar en la ley de Dios día y noche; a veces incluso contemplando con rostro descubierto la gloria del esposo con un gozo inefable, se transforman en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor.

3, 18). Ahora, ¿por qué el esposo exhorta a la esposa a levantarse y apresurarse, él que poco antes parecía defenderla para que no fuera despertada mientras dormía, lo veremos en otro discurso. Que él mismo esté presente, para que se digne abrirnos también la razón de este sacramento, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMON LVIII. Cómo el esposo exhorta a la esposa, es decir, a los hombres perfectos, al gobierno de los imperfectos. También sobre la poda de los vicios en ellos, para que las virtudes crezcan.

1. Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven (Cantar de los Cantares 2, 10). ¿Quién dice esto? Sin duda el esposo. ¿Y no es él quien poco antes prohibía tanto que se despertara a la amada? ¿Cómo es que ahora no solo ordena que se levante, sino que también se apresure? Me viene a la mente algo similar del Evangelio. Pues en aquella noche en que el Señor fue entregado, cuando había mandado a los discípulos que estaban con él, fatigados por largas vigilias, que durmieran y descansaran, en esa misma hora dijo: Levantaos, vamos, he aquí que se acerca el que me entrega (Mateo 26, 46). Ahora también, de manera similar, en un solo momento prohíbe que se despierte a la esposa, y la despierta: Levántate, dice, y ven. ¿Qué significa este cambio tan repentino de voluntad o consejo? ¿Pensamos acaso que el esposo actuó con ligereza, y quiso algo antes que pronto dejó de querer? De ninguna manera. Pero reconozcan las vicisitudes de la santa quietud y la necesaria acción que les he recomendado antes, si lo recuerdan, y no una sola vez; y porque en esta vida no hay abundancia de contemplación, ni duración del ocio, donde la utilidad del deber y del trabajo urge más apremiantemente. Por lo tanto, el esposo, según su costumbre, cuando siente que la amada ha descansado un poco en su seno, no duda en llevarla de nuevo a lo que parece más útil. Sin embargo, no como si fuera reacia: pues no haría en absoluto lo que prohibió que se hiciera; sino que ser llevada por el esposo es recibir de él el deseo de ser llevada, el deseo de buenas obras, el deseo de dar fruto al esposo; pues para ella vivir es el esposo, y morir es ganancia.

2. Y es un deseo vehemente, que no solo la incita a levantarse, sino también a levantarse apresuradamente: así lo tienes: Levántate, apresúrate, y ven. Y no poco la conforta el escuchar, ven, y no: Ve: entendiendo por esto que no es tanto enviada como llevada, y que el esposo vendrá con ella. ¿Qué consideraría difícil con él como compañero? Ponme, dice, junto a ti, y que la mano de cualquiera luche contra mí (Job 17, 3); también: Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo (Salmo 22, 4). Por lo tanto, no se despierta contra su voluntad, cuando primero se hace que quiera: lo cual no es otra cosa que la avidez infundida de la santa ganancia. También se anima a la obra encomendada, y se vuelve más alegre por la oportunidad del tiempo. Es tiempo de actuar, dice, oh esposa, porque el invierno ha pasado, cuando nadie podía trabajar. También la lluvia, que con su inundación cubría la tierra, impedía los cultivos, y ya sea mataba las siembras o prohibía sembrar; esa lluvia, digo, ha pasado, se ha ido y se ha retirado; las flores han aparecido en nuestra tierra, señalando ciertamente la llegada de la templada primavera, la conveniencia de trabajar, la proximidad de las cosechas y de los frutos. Luego añade, dónde y qué es lo primero que se debe trabajar: Ha llegado el tiempo de la poda (Cantar de los Cantares 2, 11-12). Por lo tanto, es llevada a cultivar las viñas: para que puedan responder con frutos más abundantes a los labradores, es necesario antes que nada desechar las ramas estériles, cortar las dañinas, podar las superfluas. Esto según la letra.

3. Ahora veamos qué se nos insinúa espiritualmente que debemos entender con este tipo de esquema casi histórico. Y ya les he dicho, y han escuchado, que las viñas son almas o

Iglesias, y no necesitan oírlo de nuevo. Por lo tanto, a revisar, corregir, instruir, salvar estas, se invita a un alma más perfecta, que sin embargo haya sido destinada a este ministerio, no por su propia ambición, sino llamada por Dios como Aarón. Ahora bien, ¿qué es la misma invitación, sino una cierta íntima estimulación de la caridad que piadosamente nos incita a emular la salvación fraterna, a emular la belleza de la casa del Señor, el incremento de sus ganancias, el incremento de los frutos de su justicia, la alabanza y gloria de su nombre? Por lo tanto, cada vez que quien tiene que gobernar almas, o dedicarse al estudio de la predicación por oficio, siente que su hombre interior es movido por estos afectos religiosos hacia Dios; tantas veces debe entender que el esposo está presente, tantas veces debe entender que es invitado por él a las viñas. ¿Para qué, sino para arrancar y destruir, y edificar y plantar?

4. Pero dado que para esta obra, como para toda cosa bajo el cielo, no todo tiempo es adecuado y apto, añade quien invita, que ha llegado el tiempo de la poda. Sabía que esto estaba presente quien decía: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación; no dando a nadie ninguna ofensa, para que nuestro ministerio no sea vituperado (II Cor. 6, 2-3). Sin duda, aconsejaba podar y cortar lo vicioso y superfluo, y todo lo que pudiera dar escándalo e impedir el fruto de la salvación, sabiendo que había llegado el tiempo de la poda. Por eso también decía a un fiel cultivador de viñas: Reprende, increpa, exhorta (II Tim. 4, 2); indicando en el primero y segundo de estos la poda o extirpación, en el último la plantación. Y esto es lo que el esposo dice por boca de Pablo sobre el tiempo de trabajar. Pero escucha lo que dice por su propia boca sobre la consideración de los tiempos, bajo otro esquema y nombre de cosas, cuando habla con la nueva esposa. ¿No decís vosotros, dice, que faltan cuatro meses para la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, porque ya están blancos para la siega (Juan 4, 35); también: La mies es mucha, pero los obreros pocos: rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mateo 9, 37-38). Así como allí mostraba que había llegado el tiempo de segar las cosechas de las almas, así también aquí anuncia que ha llegado el tiempo de podar las viñas igualmente inteligibles, es decir, las almas o Iglesias; tal vez queriendo distinguir entre ambas cosas por la diversidad de los vocablos, para que entendamos las mieses como los pueblos, y las viñas como las congregaciones de los santos que cohabitan.

5. Ahora bien, el tiempo invernal, que indica que ha pasado, parece designar aquel tiempo cuando el Señor Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, porque conspiraban contra él, queriendo matarlo. Por eso decía a algunos: Mi tiempo aún no ha llegado; pero vuestro tiempo siempre está preparado; y de nuevo: Subid vosotros a esta fiesta, yo no subo (Juan 7, 1-10). Sin embargo, después subió él también, no abiertamente, sino como en secreto. Desde entonces y hasta la venida del Espíritu Santo, cuando los corazones fríos de los fieles se calentaron, como por fuego, que el Señor envió a la tierra para este mismo propósito (Lucas 12, 49), fue invierno. ¿Negarías que fue invierno cuando Pedro se sentaba junto a las brasas, con el corazón no menos helado que el cuerpo? De hecho: Era frío, dice (Juan 18, 18). Un gran frío había congelado verdaderamente el corazón del que negaba. Sin embargo, no es de extrañar, ya que el fuego había sido apartado de él. Pues poco antes llevaba un gran celo, estando aún cerca del fuego, que con la espada desenvainada, para no perder el fuego, cortó la oreja del siervo. Pero no era tiempo de poda: y por eso escucha: Vuelve tu espada a su lugar. Era la hora y el poder de las tinieblas: y cualquiera de los discípulos que levantara la espada, ya sea de hierro o de palabra, o sería truncado por el hierro, y no ganaría a nadie, ni traería ningún fruto; o ciertamente sería obligado por la espada del temor a negar; y así más bien perecería él mismo, según la palabra del Señor que añadió inmediatamente, diciendo: Todo el que tome la espada, a espada perecerá (Mateo 26, 51-52). ¿Quién de los demás

podría permanecer impávido ante la temible imagen de la muerte, cuando el mismo príncipe temblaba y cedía, y quien había sido premunido con la voz confortadora de su emperador, y advertido para confortar a los demás? (Lucas 22, 32).

6. Sin embargo, ni él ni ellos se habían revestido aún de poder desde lo alto; y por eso no era seguro para ellos salir a las viñas, empuñar la azada de la lengua, y con la espada del Espíritu podar las vides, purgar los sarmientos, para que dieran más fruto. De hecho, el mismo Señor callaba en la pasión, y en muchas preguntas no respondía (Mateo 27, 12), hecho, según el Profeta, como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones (Salmo 38, 15). Pero decía: Si os digo, no creeréis; y si os pregunto, no me responderéis (Lucas 22, 67-68): sabiendo que aún no había llegado el tiempo de la poda, ni su viña respondería en absoluto a los trabajos invertidos, es decir, no daría ningún fruto de fe ni de buena obra. ¿Por qué? Porque era invierno en los corazones de los infieles, y ciertas lluvias invernales de malicia habían ocupado la tierra, más dispuestas a sofocar que a nutrir las semillas de la palabra; pero también frustrarían toda obra que se dedicara al cultivo de las viñas.

7. ¿Qué lluvias creen que estoy diciendo ahora? ¿Aquellas que vemos que las nubes esparcen sobre la tierra impulsadas por un espíritu turbulento? No es así. Sino aquellas que los hombres de espíritu turbulento elevan de la tierra al aire, poniendo su boca en el cielo, y su lengua pasando por la tierra, como una lluvia amarguísima, hace la tierra misma pantanosa y estéril, e inútil tanto para plantas como para siembras, no ciertamente estas visibles y corporales dadas para nuestros usos corporales, de las cuales a Dios no le importa en absoluto, como tampoco de los bueyes. ¿Pero cuáles? Ciertamente aquellas que la mano de Dios sembró y plantó, y no la del hombre; que podían germinar o enraizar en fe y caridad, y dar frutos de salvación, si fueran regadas con lluvias buenas y oportunas. En definitiva, son las almas, por las cuales Cristo murió. ¡Ay de las nubes que llueven tales lluvias sobre ellas, que hacen lodo, no dan fruto! Pues así como hay árboles buenos y malos, cada uno produciendo frutos diferentes según su disimilitud, buenos los buenos, y malos los malos: así también creo que hay nubes buenas, que llueven buenas lluvias; y malas, que llueven malas lluvias. Y mira si tal vez nos insinuó esta diferencia de nubes y lluvias, quien decía: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella (sin duda sobre la viña) lluvia (Isaías 5, 6). ¿Por qué crees que añadió significativamente, mías, sino porque hay nubes malas, que no son suyas? ¡Fuera, fuera, dicen, crucifícalo (Juan 19, 15). ¡Oh nubes violentas y turbulentas! ¡Oh lluvia tempestuosa! ¡Oh torrente de iniquidad, más apto para destruir que para fecundar! Ni menos mala ni menos amarga, aunque con menor ímpetu, fue la lluvia que siguió: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Cristo, rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Mateo 27, 42). La ventosa locuacidad de los filósofos no es una buena lluvia que trajo más esterilidad a las tierras que fertilidad. Mucho más las doctrinas perversas de los herejes son malas lluvias, que en lugar de frutos producen espinas y abrojos. También son malas lluvias las tradiciones de los fariseos, que el Salvador reprendió, y ellos mismas nubes malas. Y no pienses que hago injuria a Moisés, pues esa es una buena nube, no obstante, no todo lo que llueve, aunque sea ella, diré que es bueno para no contradecir a quien dice: Les di, es decir, a los judíos, preceptos no buenos (sin duda por Moisés) y justificaciones en las que no vivirán (Ezequiel 20, 25). Aquella observancia literal, por ejemplo, del sábado, que suena a descanso, no lo da; el rito impuesto de sacrificios, la prohibición de comer carne de cerdo, y algunas otras cosas similares, que Moisés considera impuras, es toda esta lluvia descendiendo de esa nube, pero no quiero que descienda alguna vez en mi campo o jardín. Ciertamente fue buena en su tiempo; si viene después del tiempo, ya no la considero buena. Toda lluvia, incluso suave y que desciende lentamente, si es intempestiva, es molesta.

8. Mientras, pues, estas aguas pestilentes ocuparon la tierra y prevalecieron sobre ella; las viñas no tuvieron su tiempo, ni hubo razón para que la esposa fuera invitada a podar las viñas. Sin embargo, al retirarse estas, la tierra apareció seca, y las flores aparecieron en ella, señalando que había llegado el tiempo de la poda. ¿Preguntas cuándo fue esto? ¿Cuándo crees, sino cuando la carne de Cristo refloreció en la resurrección? Y este es el primer y mayor flor que apareció en nuestra tierra. Pues Cristo es las primicias de los que durmieron (I Cor. 15, 20). Él, digo, es la flor del campo y el lirio de los valles Jesús (Cantar de los Cantares 2, 1), que se pensaba que era hijo de José de Nazaret (Lucas 3, 23), que se interpreta como flor. Este, pues, fue el primer flor que apareció, no el único. Pues también muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron juntos, que como ciertas flores muy luminosas aparecieron al mismo tiempo en nuestra tierra. De hecho, vinieron a la ciudad santa y aparecieron a muchos (Mateo 27, 52-53). También fueron flores los que primero creyeron del pueblo, las primicias de los santos. Sus milagros fueron flores, produciendo fruto de fe como flores. Pues después de que esa lluvia de infidelidad se fue un poco, o en parte, siguió inmediatamente la lluvia voluntaria que Dios segregó para su heredad, y las flores comenzaron a aparecer. El Señor dio benignidad, y nuestra tierra dio sus flores, de modo que en un día tres mil, en otro cinco mil del pueblo creyeron (Hechos 2, 41; 4, 4): tanto creció en breve el número de flores, es decir, la multitud de creyentes. Y el hielo de la malicia no pudo prevalecer contra las flores que aparecían, ni arrebatar, como suele, el fruto de vida que prometían.

9. Pues cuando todos los que creyeron se revistieron de poder desde lo alto, surgieron de entre ellos hombres que despreciaron las amenazas de los hombres, fuertes en la fe. Sufrieron ciertamente muchísimos contradictores; pero no cedieron, ni se retiraron, para no hacer y anunciar las obras de Dios. Pues según aquello en el salmo espiritualmente: Y sembraron campos, y plantaron viñas, e hicieron fruto de nacimiento (Salmo 106, 37). Con el paso del tiempo, la tempestad se calmó, y con la paz devuelta a las tierras, las viñas crecieron, se propagaron, se extendieron, y se multiplicaron sobre el número. Y entonces finalmente la esposa es invitada a las viñas, no ciertamente a plantar, sino a podar lo que ya estaba plantado. Oportunamente, pues: ya que esta obra requería tiempo de paz. ¿Cuándo, en efecto, sería posible en tiempo de persecución? De lo contrario, tomar en manos espadas de dos filos, hacer venganza en las naciones, increpaciones en los pueblos; atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grillos de hierro; y hacer en ellos el juicio escrito (Salmo 149, 6-9) (pues esto es podar las viñas): todo esto, digo, apenas se lleva a cabo en paz incluso en tiempo de paz. Y sobre esto es suficiente.

10. También podría concluirse el sermón, si antes hubiera advertido a cada uno de ustedes, según mi costumbre, sobre su propia viña. ¿Quién ha podado tan meticulosamente todo lo superfluo de sí mismo, que crea no tener nada digno de ser podado? Créanme, incluso lo podado vuelve a brotar, lo expulsado regresa, lo extinguido se reenciende, y lo adormecido se despierta de nuevo. No basta con podar una vez; hay que podar a menudo, o mejor dicho, si fuera posible, siempre; porque siempre encontrarás algo que deba ser podado, si no lo ignoras. Por mucho que progreses mientras estés en este cuerpo, te equivocas si crees que los vicios están muertos, y no más bien reprimidos. Quieras o no, el jebuseo habita dentro de tus fronteras (Jueces 1, 21); puede ser sometido, pero no exterminado. Sé, dice, que no habita en mí el bien. Es poco si no admite también que el mal está presente. Pues dice: No hago lo que quiero, sino lo que odio, eso hago. Y si hago lo que odio, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Romanos 7, 18-20). O te atreves a ponerte por encima del Apóstol (pues estas son sus palabras); o confiesas con él que tampoco estás libre de vicios. Finalmente, la virtud ocupa el término medio entre los vicios; por lo tanto, necesitas no solo

poda diligente, sino también circuncisión. De lo contrario, es de temer que, sin que lo sepas, se debilite poco a poco por los vicios que la rodean y la roen; o, si crecen demasiado, que sea sofocada. En tal peligro, el único consejo es observar diligentemente, y tan pronto como aparezcan las cabezas de los renacientes, cortarlas con severidad pronta. La virtud no puede crecer junto con los vicios. Por lo tanto, para que aquella florezca, no se debe permitir que estos crezcan. Elimina lo superfluo, y lo saludable surgirá. Lo que quites a la codicia, se añadirá a la utilidad. Dediquémonos a la poda. Pode la codicia, para que la virtud se fortalezca.

11. Hermanos, para nosotros siempre es tiempo de poda, como siempre es necesario. Confío en que para nosotros el invierno ya ha pasado. ¿Saben a qué invierno me refiero? A ese temor que no está en la caridad, que aunque inicia a todos en la sabiduría, no perfecciona a nadie; porque la caridad que viene después lo expulsa, como el verano al invierno. El verano es la caridad: que si ya ha llegado, o mejor dicho, porque ha llegado, como es justo que piense de ustedes, necesariamente ha secado toda lluvia invernal, es decir, toda lágrima de ansiedad que la amarga memoria del pecado y el temor del juicio antes arrancaban. Por lo tanto (lo digo sin dudar, aunque no de todos ustedes, ciertamente de la mayoría), esta lluvia ya ha pasado y se ha retirado: pues también aparecen las flores, indicadoras de una lluvia más suave. El verano también tiene sus lluvias suaves y abundantes. ¿Qué hay más dulce que las lágrimas de la caridad? La caridad llora, pero por amor, no por tristeza; llora por deseo, llora con los que lloran. No dudo que los actos de obediencia de ustedes, que observo con alegría, han sido abundantemente regados por tal lluvia, no oscuros por murmuración, no sombríos por tristeza, sino alegres y floridos con un cierto gozo espiritual. Así son, como si siempre llevaran flores en las manos.

1468 12. Por lo tanto, si el invierno ha pasado, la lluvia ha ido y se ha retirado; si finalmente han aparecido flores en nuestra tierra, y una cierta suavidad primaveral de gracia espiritual indica el tiempo de la poda: ¿qué queda, sino que de aquí en adelante nos dediquemos por completo a esta obra tan santa, tan necesaria? Examinemos, según el profeta, nuestros caminos (Lamentaciones 3, 40) y nuestros estudios, y que cada uno se juzgue a sí mismo haber progresado, no cuando no encuentre nada que reprochar, sino cuando reprenda lo que encuentre. Entonces no habrás escudriñado en vano, si adviertes que nuevamente es necesario el escrutinio: y tantas veces no te habrá engañado tu investigación, cuantas veces hayas considerado que debe repetirse. Si siempre haces esto cuando es necesario, siempre lo haces. Por lo tanto, recuerda siempre que necesitas la ayuda suprema y la misericordia del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LIX. Sobre los gemidos del alma que suspira por la patria celestial, y sobre la recomendación de la castidad y la viudez.

1. La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra (Cantar de los Cantares 2, 12). Ya no puedo disimular que, he aquí, por segunda vez, el que es del cielo habla desde la tierra: ciertamente tan dignamente, tan socialmente, como uno de la tierra. Este es el esposo: quien, al haber mencionado que las flores han aparecido en la tierra, añadió nuestra; y ahora, no menos: La voz, dice, de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. ¿Acaso carecerá de razón una expresión tan inusual, por no decir indigna, para Dios? En ninguna parte, creo, encontrarás que haya hablado así desde el cielo, en ninguna otra parte sobre la tierra. Observa, pues, cuán dulce es que el Dios del cielo diga, en nuestra tierra. Y ustedes, terrígenas e hijos de los hombres, escuchen; el Señor ha hecho grandes cosas con nosotros (Salmo 126, 3). Mucho tiene Él con la tierra, mucho con la esposa, a quien ha querido tomar de la tierra para sí. En la tierra, dice, nuestra. Esta expresión no denota dominio, sino compañía, familiaridad. Esto lo dice como

esposo, no como Señor. ¿Qué? ¡Es el Creador, y se considera a sí mismo compañero! El amor habla, que no conoce señorío. Es ciertamente un canto de amor, y no debe sostenerse con otra cosa que con palabras amorosas. Dios ama, y no lo tiene de otro, sino que Él mismo es de donde ama. Y por eso más intensamente, porque no tanto tiene amor, sino que Él mismo es eso. Pero a quienes ama, los tiene como amigos, no como siervos. Finalmente, el maestro se convierte en amigo: pues no llamaría amigos a los discípulos, si no lo fueran.

2. ¿Ves cómo el amor cede incluso a la majestad? Así es, hermanos; el amor no mira a nadie por encima, pero tampoco desprecia. Todos son vistos por igual por quienes se aman perfectamente, y en sí mismo equilibra a los altos y a los humildes; no solo los hace iguales, sino que los hace uno. ¿Todavía piensas que Dios está exento de esta regla del amor? Pero el que se une a Dios, es un espíritu con Él (1 Corintios 6, 17). ¿Por qué te sorprende esto? Él mismo se hizo como uno de nosotros. He dicho poco: no como uno, sino uno. Es poco ser igual a los hombres: es hombre. De ahí que reclame nuestra tierra para sí, pero como patria, no como posesión. ¿Por qué no habría de reclamarla? De ahí viene su esposa, de ahí la sustancia de su cuerpo; de ahí el mismo esposo; de ahí dos en una sola carne. Si una sola carne, ¿por qué no también una patria? El cielo es del Señor, dice, pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres (Salmo 115, 16). Por lo tanto, como hijo del hombre hereda la tierra, como Señor la somete, como Creador la administra, como esposo la comparte. Al decir, en nuestra tierra, ciertamente renuncia a la propiedad, pero no rechaza la sociedad. Y esto por el hecho de que el esposo ha usado una palabra tan benigna, al dignarse decir, en nuestra tierra. Ahora veamos lo demás.

3. La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. Y esto es un indicio de que el invierno ha pasado, anunciando igualmente que ha llegado el tiempo de la poda. Eso según la letra. De otro modo, la voz de la tórtola no suena muy dulce, pero significa cosas dulces. La misma ave, si la compras, no es de gran valor; si la examinas, no es de poco precio. Y su voz, más parecida a un gemido que a un canto, nos recuerda nuestra peregrinación. Escucho con gusto la voz de ese maestro: que no busca aplauso para sí, sino llanto para mí. Verdaderamente muestras ser una tórtola, si enseñas a gemir: y si quieres persuadir, debes esforzarte más en gemir que en declamar. Sin duda, el ejemplo es más eficaz que la palabra, tanto en muchas otras cosas como especialmente en este asunto. Darás a tu voz una voz de virtud, si lo que aconsejas, primero te lo has persuadido a ti mismo. La voz de la obra es más poderosa que la del discurso. Haz lo que dices, y no solo me corregirás más fácilmente, sino que también te librarás de un reproche no leve. Ya no te concernirá, si alguien dice: Atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos mismos no quieren moverlas ni con un dedo (Mateo 23, 4). Tampoco debes temer aquello: Tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo? (Romanos 2, 21).

4. La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. Mientras los hombres recibían por el culto a Dios solo recompensa en la tierra, y solo tierra, aquella que mana leche y miel, no se reconocían a sí mismos como peregrinos sobre la tierra, ni gemían como la tórtola recordando la patria; más bien, abusando del exilio como si fuera patria, se entregaban a comer manjares y beber vino dulce. Así, durante tanto tiempo, no se oyó la voz de la tórtola en nuestra tierra. Pero cuando se hizo la promesa del reino de los cielos, entonces los hombres entendieron que no tenían aquí una ciudad permanente, sino que comenzaron a buscar la futura con toda avidez; y entonces por primera vez sonó claramente en la tierra la voz de la tórtola. Pues mientras cada alma santa ya suspiraba por la presencia de Cristo, soportaba con molestia la dilación del reino, saludaba de lejos la patria deseada con gemidos y suspiros: ¿no te parece que hacía el papel de una tórtola gemebunda y castísima, cualquier alma que así lo hiciera en la tierra? Desde entonces y en adelante, la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. ¿Por

qué no me movería a lágrimas frecuentes y gemidos diarios la ausencia de Cristo? Señor, ante ti está todo mi deseo, y mi gemido no te es oculto (Salmo 38, 10). He trabajado en mi gemido, tú lo sabes; pero bienaventurado el que pudo decir: Lavaré mi lecho cada noche, regaré mi lecho con mis lágrimas (Salmo 6, 7). No solo a mí, sino a todos los que aman su venida, estos gemidos son conocidos. Esto es lo que Él mismo decía. ¿Acaso pueden los hijos del esposo llorar mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán (Mateo 9, 15); como si dijera: Y entonces se oirá la voz de la tórtola.

5. Así es, buen Jesús, han llegado esos días. Pues la misma creación gime y sufre dolores de parto hasta ahora, esperando la manifestación de los hijos de Dios. No solo ella, sino también nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción como hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8, 22-23): sabiendo esto, que mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (2 Corintios 5, 1-6). Ni son vanos los gemidos, a los que se responde tan misericordiosamente desde el cielo: Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor (Salmo 12, 5). También en el tiempo de los Padres se oyó esta voz de los que gemían; pero rara, y cada uno tenía su propio gemido. Por eso decía alguien: Mi secreto para mí, mi secreto para mí (Isaías 24, 16). Pero también el que decía: Mi gemido no te es oculto, ciertamente mostraba que estaba oculto, quien solo a Dios no le era oculto. Y por eso entonces no se podía decir: La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra; porque el secreto de unos pocos aún no había salido a la multitud. Pero cuando se proclamó abiertamente: Busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (Colosenses 3, 1), este gemido de tórtola comenzó a pertenecer a todos, y había una sola razón para gemir para todos, porque todos conocían al Señor, según lo que se lee en Jeremías: Y todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice el Señor (Jeremías 31, 34).

6. Sin embargo, si muchos gimen, ¿qué significa la expresión de uno solo? La voz de la tórtola, dice. ¿Por qué no de las tórtolas? Quizás el Apóstol lo resuelve, donde dice que el mismo Espíritu intercede por los santos con gemidos inefables (Romanos 8, 26). Así es. Se introduce a Él gimiendo, quien hace que los demás giman. Y aunque sean muchos los que escuches gemir así, una sola voz suena por los labios de todos. ¿Por qué no la de aquel que forma la voz en la boca de cada uno para las necesidades de cada uno? Finalmente, a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho (1 Corintios 12, 7). Su voz hace manifiesto a cada uno, y lo indica presente. Y escucha del Evangelio, que el Espíritu Santo tiene voz. El Espíritu, dice, sopla donde quiere, y oyes su voz; pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan 3, 8). Aunque él no sabía, quien enseñaba la letra que mata, el maestro muerto [es decir, Nicodemo]; nosotros sabemos, que hemos sido trasladados de la muerte a la vida por el Espíritu vivificante, probamos con certeza y experiencia diaria, iluminados por Él mismo, que nuestros deseos y gemidos vienen de Él y van hacia Él, y allí encuentran misericordia ante los ojos de Dios. ¿Cuándo haría Dios vana la voz de su Espíritu? Pero Él sabe lo que desea el Espíritu, porque intercede por los santos según Dios.

7. No solo los gemidos encomiendan a la tórtola; también la castidad la encomia. Por su mérito, fue digna de ser ofrecida como sacrificio por el parto virginal. Así lo tienes: Un par de tórtolas, o dos pichones de paloma (Lucas 2, 24). Y aunque en otros casos el Espíritu Santo suele ser designado por la paloma; sin embargo, como es un ave libidinosa, no convenía ofrecerla en sacrificio al Señor, salvo en esa edad, en la que no conocía la libido. Pero de la tórtola no se designa la edad, ya que se reconoce la castidad en cualquier edad. Finalmente, se contenta con un solo compañero; y al perderlo, ya no admite otro, reprochando la multiplicidad de matrimonios en los hombres. Pues aunque quizás la culpa

por incontinencia sea venial, sin embargo, tanta incontinencia es vergonzosa. Avergüenza que en el asunto de la honestidad la razón no pueda en el hombre lo que la naturaleza puede en el ave. Pues se puede ver a la tórtola en el tiempo de su viudez, cumpliendo diligente e infatigablemente la obra de la santa viudez. La verás siempre sola, la oirás siempre gimiendo; y nunca la verás posada en una rama verde, para que aprendas de ella a evitar las verdes y venenosas voluptuosidades. Añade que su conversación es más frecuente en las cumbres de los montes y en las alturas de los árboles: para que, lo que más conviene al propósito de la castidad, nos enseñe a despreciar las cosas terrenales y amar las celestiales.

8. De lo cual se deduce que la voz de la tórtola también es la predicación de la castidad. Pues al principio no se oyó esta voz en la tierra, sino más bien aquella: Crezcan y multiplíquense, y llenen la tierra (Génesis 1, 28). En vano ciertamente habría sonado esa voz de la castidad, aún no revelada la patria de los resucitados: en la cual los hombres, mucho más felices, ni se casan ni se dan en matrimonio, sino que son como los ángeles de Dios en los cielos (Lucas 20, 35-36). ¿Dirás que fue tiempo para esa voz cuando toda estéril en Israel estaba bajo maldición, cuando los mismos Patriarcas tenían varias esposas al mismo tiempo, cuando el hermano del difunto sin hijos estaba obligado por la ley a levantar descendencia? Pero, cuando resonó desde la boca de la tórtola celestial aquella recomendación de los eunucos, que se castraron por el reino de Dios (Mateo 19, 12); y también prevaleció en todas partes el consejo de otra tórtola castísima sobre las vírgenes (1 Corintios 7, 25), entonces por primera vez se pudo decir verdaderamente que la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra.

9. Por lo tanto, si en nuestra tierra han aparecido flores, y se ha oído la voz de la tórtola; ciertamente la verdad se ha comprobado tanto por la vista como por el oído. Pues la voz se oye, la flor se ve. La flor es un milagro, como nuestra interpretación anterior sostiene, que al unirse a la voz produce el fruto de la fe. Aunque la fe viene del oído, la confirmación viene de la vista. Sonó la voz, resplandeció la flor, y la verdad brotó de la tierra (Salmo 85, 12) por la confesión de los fieles, concurriendo igualmente la palabra y el signo en testimonio de la fe. Estos testimonios se han hecho muy creíbles, mientras la flor atestigua a la voz, el oído al ojo. Lo oído confirma lo visto, para que el testimonio de dos (hablo del oído y del ojo) sea válido. Por eso el Señor decía: Vayan, cuenten a Juan (hablaba a sus discípulos) lo que han oído y visto (Lucas 7, 22). Ni más brevemente ni más claramente se pudo indicar la certeza de la fe. La misma persuasión se hizo en breve también a toda la tierra, y con el mismo argumento conciso. Lo que han oído, dice, y visto. Oh palabra abreviada, sin embargo viva y eficaz. Sin duda afirmo que lo que he percibido con mis oídos y ojos. Resuena la trompeta de la salvación, brillan los milagros, y el mundo cree. Pronto se persuade lo que se dice, mientras se muestra lo que asombra. Tienes, además, que los apóstoles partieron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían (Marcos 16, 20). Tienes en el monte transfigurado con asombrosa claridad, y no obstante testificado por la voz celestial (Mateo 17, 2-5). Tienes en el Jordán igualmente la paloma designando, y la voz testificando (Mateo 3, 16-17). Así, estos dos, en todas partes juntos, la voz y el signo, concurren por la divina largueza para introducir la fe: para que el acceso a la verdad esté abierto al alma por ambas ventanas.

10. Sigue: La higuera ha producido sus brotes. No comamos de ellos: pues no son aptos para comer por su inmadurez. Tienen la apariencia de buenos higos, pero semejanza, no sabor, quizás designando a los hipócritas. No los desechemos, tal vez en otro momento los necesitemos. De lo contrario, caerán por sí mismos ligeramente y antes de tiempo, como la hierba de los tejados, que antes de ser arrancada se seca (Salmo 129, 6); lo cual creo que se dice de los hipócritas. Sin embargo, no sin razón se hace mención de ellos en el cántico nupcial. Sin duda serán, aunque no para comer, de alguna utilidad. Muchas cosas en las bodas

se procuran necesariamente además de los banquetes. Yo, en verdad, considero que esto no debe pasarse por alto, de modo que, sea lo que sea, no quiero discutirlo entre las limitaciones de este sermón; sino que lo pospongo para otro día y una hora más libre. Si será necesario, entonces podrán experimentarlo: solo que sus votos me obtengan la oportunidad y la capacidad para expresar lo que siento, para su propia edificación, en alabanza y gloria del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LX. Sobre la incredulidad de los judíos, con la que completaron la medida de sus padres al matar a Cristo.

1. La higuera ha dado sus brotes. (Cántico II, 13). Este pasaje depende de los anteriores. Pues había dicho que había llegado el tiempo de la poda, afirmándolo tanto por las flores que ya aparecían como por la voz de la tórtola que se escuchaba. Lo mismo afirma ahora por la producción de los brotes; porque no solo se toma experiencia del tiempo por las flores y la voz de la tórtola; también se toma por la higuera. Pues no es que el aire no sea más indulgente cuando la higuera ha dado sus brotes. La higuera no tiene flores, pero en lugar de flores envía brotes en el tiempo en que los demás árboles florecen. Y así como las flores aparecen y pasan, siendo inútiles, salvo que son precursores de ciertos frutos que vendrán; así también los brotes. Nacen, pero caen inmaduros, y dan lugar a los que madurarán, siendo ellos mismos poco aptos para comer. Y de aquí, como dije, el esposo toma experiencia del tiempo y argumento de persuasión, para que la esposa no se demore en ir a las viñas, porque no se pierde el trabajo que llega a tiempo. Y la letra ciertamente así

2. ¿Pero qué dice el espíritu? para que claramente en este lugar no miremos la higuera, sino al pueblo: pues a Dios le importa la gente, no los árboles. Verdaderamente el pueblo es la higuera, frágil en carne, pequeño en sentido, humilde en ánimo, cuyos primeros frutos, para aludir al nombre por el momento, son ciertamente groseros y terrenales. Pues no es del interés popular buscar primero el reino de Dios y su justicia (Mat. VI, 33); sino, como dice el Apóstol, pensar en las cosas del mundo, cómo agradar a las esposas, o ellas a los maridos. Tendrán tribulación en la carne estos (I Cor. VII, 33, 28); pero al final no negamos que alcanzarán los frutos de la fe, si tienen una buena confesión final, y especialmente si redimen las obras de la carne con limosnas. Por lo tanto, los primeros frutos del pueblo no son frutos, no más que los brotes de las higueras. Finalmente, si después hacen frutos dignos de penitencia (pues no es primero lo espiritual, sino lo animal [I Cor. XV, 46] se les dirá: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21.)

3. Sin embargo, no creo que sea libre interpretar este lugar como cualquier pueblo: uno se expresa significativamente. Pues no dijo, Produjeron, como si fuera de muchos; sino como de uno, dijo, la higuera ha dado sus brotes; y, según yo lo entiendo, es el pueblo de los judíos. ¿Cuánto parece hablar el Salvador en parábolas sobre esto en el Evangelio? como aquello: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña (Luc. XIII, 6) etc.; también: Mirad la higuera y todos los árboles (Luc. XXI, 29): y a Natanael se le dijo: Cuando estabas bajo la higuera, te vi (Juan I, 48). Y de nuevo maldice a la higuera, porque no encontró en ella fruto (Mar. XI, 13, 14). Bien la higuera, que aunque salió de la buena raíz de los patriarcas, nunca quiso crecer en altura, nunca quiso elevarse del suelo, nunca quiso responder a la raíz con la altura de sus ramas, la nobleza de sus flores, la fecundidad de sus frutos. Mal te va con tu raíz, árbol pequeño, torcido, nudoso. La raíz es santa. ¿Qué digno de ella aparece en tus ramas? La higuera, dice, ha dado sus brotes. No los has sacado de la noble raíz, semilla mala. Lo que hay en ella es del Espíritu Santo; y por lo tanto todo es sutil y suave. ¿De dónde te vienen

estos brotes? Y verdaderamente, ¿qué no es grosero en esa gente? Ni los actos, ni los afectos, ni el entendimiento, ni el rito que tuvo en el culto a Dios. Pues los actos estaban en las guerras, los afectos en las ganancias, el entendimiento en la grosura de la letra, el culto en la sangre de los animales y del ganado.

4. Pero alguien dice: ya que esa gente nunca dejó de producir tales brotes, entonces nunca hubo un tiempo de poda, porque se dice que hay un tiempo para ambas cosas. No es así. Decimos que las mujeres han procreado hijos, no cuando están de parto, sino cuando ya han dado a luz. Decimos también que los árboles han dado sus flores, no cuando comienzan a florecer, sino más bien cuando han terminado. Así también aquí se ha dicho, porque la higuera ha dado sus brotes, no cuando ha producido algunos, sino cuando ha llegado al final de la producción. Preguntas cuándo ocurrió tal complemento para ese pueblo. Cuando mató a Cristo, entonces se completó su maldad, según lo que él mismo les había predicho: Llenad la medida de vuestros padres (Mat. XXI, 32). Por lo cual, entregando ya su espíritu en la cruz: Consumado es, dijo (Juan XIX, 30). ¡Oh, qué consumación dio esta higuera maldita a sus brotes, y luego condenada a la eterna sequedad! ¡Oh, cuán peores son los últimos que los primeros! Comenzando por los inútiles, llegó a los perniciosos y venenosos. ¡Oh, afecto grosero y viperino, odiar al hombre, que sana los cuerpos de los hombres y salva las almas! ¡Oh, no obstante, entendimiento grosero y ciertamente bovino, que no entendieron a Dios ni en las obras de Dios!

5. Tal vez el judío se queje demasiado de mí por su difamación, porque digo que su entendimiento es bovino. Pero lea en Isaías, y oirá más que bovino. Conoció, dice, el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: Israel no me conoció; mi pueblo no entendió (Isa. I, 3). Ves que soy más suave contigo que tu profeta. Yo te comparé con los animales, él añade. Aunque el profeta no dijo esto en su persona, sino en la de Dios, que se proclama Dios a sí mismo y por sus obras: Aunque a mí, dice, no me creéis, creed a las obras: y si no hago las obras de mi Padre, no me creáis (Juan X, 38, 37); y sin embargo no vigilan para entender. Ni la huida de los demonios, ni la obediencia de los elementos, ni la vida de los muertos, pudieron alejar de ellos esta estupidez bestial y más que bestial: de la cual, no menos maravillosa que miserable ceguera, sucedió que se precipitaron en aquel crimen tan horrible y tan enormemente grosero, poniendo manos sacrílegas sobre el Señor de la majestad. Desde entonces se pudo decir que la higuera ha dado sus brotes, cuando ya las legítimas de ese pueblo comenzaron a ser como en el final sobre lo más alto: para que, según la antigua profecía, al llegar las nuevas, las viejas fueran desechadas (Lev. XXVI, 10). No de otra manera, ciertamente, que como los brotes caen y ceden a las buenas higueras que brotan. Mientras, dice, la higuera no dejó de producir sus brotes, no te llamé, oh esposa, sabiendo que no pueden salir juntas las mejores higueras. Pero ahora que han salido los que debían salir primero, ya no te invito intempestivamente, cuando se sabe que los buenos y saludables frutos están cerca, para eliminar los inútiles.

6. Pues las viñas, dice, floreciendo han dado su aroma; lo cual es igualmente indicio de fruto cercano. Este aroma ahuyenta a las serpientes. Dicen que cuando las viñas florecen, todo reptil venenoso se aleja del lugar, y de ninguna manera soporta el aroma de las nuevas flores. Lo cual quiero que nuestros novicios atiendan, y actúen con confianza, pensando en qué espíritu han recibido, cuyas primicias los demonios no soportan. Si así es el fervor del novicio, ¿qué será la perfección absoluta? Que se considere el fruto por la flor, y la virtud del sabor se estime por la fuerza del aroma. Las viñas floreciendo han dado su aroma. Y al principio así fue. A la predicación de la nueva gracia siguió la novedad de vida en aquellos que creyeron, que teniendo su conversación entre los gentiles buena. Eran el buen aroma de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 14, 15). Buen aroma, buen testimonio. Este aroma procede de

la buena obra como de la flor. Y puesto que con tal flor y tal aroma en los comienzos de la naciente fe las almas fieles, como ciertas viñas espirituales, aparecieron llenas, teniendo buen testimonio incluso de los que estaban fuera; no incongruentemente, creo, sentimos que se dijo de ellas, que las viñas floreciendo han dado su aroma. ¿Para qué? para que, provocados por él, incluso los que aún no creían, considerando sus buenas obras, glorificaran también ellos a Dios, y así comenzara a serles aroma de vida para vida. Por eso, pues, no sin razón se dice que dieron su aroma, quienes no buscaron su propia gloria, sino la salvación de otros por su buena opinión. De lo contrario, podrían haber considerado la piedad como ganancia, por ejemplo, por ostentación, por recompensa. Pero eso sería no dar aroma, sino venderlo. Ahora bien, porque hacían todo en caridad, claramente no vendieron el aroma, sino que lo dieron.

7. Sin embargo, si las viñas son almas, la flor es la obra, la opinión es el aroma: ¿qué es el fruto? El martirio. Y verdaderamente el fruto de la vid es la sangre del mártir. Cuando da, dice, a sus amados el sueño, he aquí herencia del Señor son los hijos, recompensa el fruto del vientre (Sal. CXXVI, 2, 3). Casi diría, fruto de la vid. ¿Por qué no diría sangre de uva purísima, sangre de inocente, sangre del Justo? ¿Por qué no mosto rojo, probado, precioso, ciertamente de la viña de Sorech [alias, Soreth.], exprimido en el lagar de la pasión? Finalmente, preciosa en la vista del Señor es la muerte de sus santos (Sal. CXV, 5). Esto por lo que se ha dicho, que las viñas floreciendo han dado su aroma.

8. Así, si preferimos que este lugar mire a los tiempos de la gracia, o si se prefiere referirlo a los Padres (pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isa. V, 7), el sentido será: Los profetas y patriarcas percibieron el aroma de Cristo que nacería y moriría en la carne, pero no dieron entonces su mismo aroma, porque no exhibieron en la carne lo que en espíritu presintieron. No dieron su aroma, ni publicaron su secreto, esperando que se revelara en su tiempo. ¿Quién ciertamente entonces podría captar la sabiduría en el misterio escondido, no exhibido en el cuerpo? Así, las viñas entonces no dieron su aroma. Pero lo dieron después, cuando a través de las sucesiones de generaciones dieron a luz al Cristo naciente de ellas según la carne por parto virginal a los siglos. Entonces ciertamente, digo, aquellas viñas espirituales dieron su aroma, cuando apareció la bondad y humanidad de nuestro Salvador Dios (Tit. III, 4.); y el mundo comenzó a tener presente a quien pocos aún presintieron ausente. Aquel hombre, por ejemplo, que tocando a Jacob, y sintiendo a Cristo: He aquí, dice, el aroma de mi hijo como el aroma de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido (Gen. XXVII, 27); cuando decía esto, tenía sus delicias para sí, y no las comunicaba a nadie. Pero cuando vino la plenitud del tiempo, en el que Dios envió a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gál. IV, 4, 5); entonces ciertamente el aroma que estaba en él se esparció por todas partes, tanto que desde los confines de la tierra la Iglesia, sintiéndolo, clamó: Tu nombre es como aceite derramado: y las doncellas corrieron en el aroma de este aceite (Cant. I, 2, 3). Así, esta viña dio su aroma, y en ese tiempo también lo dieron las demás, en las que este mismo aroma de vida existía. ¿Por qué no lo dieron, de las cuales Cristo según la carne? Se ha dicho, pues, que las viñas dieron su aroma, ya sea porque las almas fieles esparcen por todas partes una buena opinión de sí mismas; o porque los oráculos y revelaciones de los Padres se han hecho manifiestos al mundo, y su aroma ha salido a toda la tierra, diciendo el Apóstol: Manifiestamente grande es el misterio de la piedad, que fue manifestado en la carne, justificado en el espíritu, apareció a los ángeles, fue predicado a los gentiles, creído en el mundo, asumido en gloria (I Tim. III, 16).

9. Es sorprendente, si ni la higuera ni estas viñas tienen algo que edifique las costumbres. Yo creo que este lugar es también moral. Digo, pues, por la gracia de Dios que está en nosotros, que tenemos tanto higuera como viñas. La higuera, ciertamente, son aquellos que son más

suaves en las costumbres; las viñas, aquellos que son más fervorosos en espíritu. Todo aquel que se comporta entre nosotros de manera común y social, y no solo se comporta sin reproche entre los hermanos, sino que también se ofrece a todos con mucha suavidad en todo oficio de caridad, ¿por qué no diría que cumple el papel de la higuera de la manera más adecuada? Quien, sin embargo, debe haber dado sus brotes primero, y haberlos arrojado, el temor del juicio, que la caridad perfecta expulsa; y la amargura de los pecados, que debe ceder a la verdadera confesión y a la infusión de la gracia, y a la frecuente efusión de lágrimas, y otras cosas semejantes, que como brotes preceden a la dulzura de los frutos: que también vosotros podéis pensar por vosotros mismos.

10. Sin embargo, para añadir algo más de lo que se me ocurre, ved si tal vez también estas cosas pueden contarse entre los brotes, la ciencia, la profecía, las lenguas, y cosas semejantes. Pues estas cosas, como los brotes, tienen que desaparecer y ceder a las mejores, diciendo el Apóstol, porque la ciencia será destruida, y las profecías serán anuladas, y las lenguas cesarán. Incluso la fe misma será excluida por el entendimiento, y la visión debe suceder a la esperanza. Pues lo que uno ve, ¿qué espera? Solo la caridad no falla (Cor. XIII, 8), pero aquella con la que Dios es amado con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza (Luc. X, 27). Por eso no la contaría entre los brotes, ni siquiera diría que pertenece a la higuera, sino a las viñas. Ahora bien, los que son viñas, se nos muestran más severos que suaves, actuando con espíritu vehemente, celando por la disciplina, corrigiendo los vicios con gran severidad, adaptándose a sí mismos de la manera más adecuada aquella voz: ¿No odiaba yo, Señor, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? (Sal. CXXXVIII, 21). También: El celo de tu casa me ha consumido (Sal. LXVIII, 10). Y a mí me parece que aquellos sobresalen en el amor al prójimo, estos en el amor a Dios. Pero me gusta descansar bajo esta vid y bajo esta higuera, donde la sombra del amor de Dios y del prójimo. Sostengo a ambos cuando te amo, Señor Jesucristo, que eres mi prójimo, porque eres hombre, y has hecho misericordia conmigo; y no obstante eres sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXI. Cómo la Iglesia encuentra las riquezas de la divina misericordia en las heridas de Cristo, y sobre la fortaleza de los mártires que recibieron de Cristo.

1. Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven (Cant. II, 13). El esposo encomia su gran amor repitiendo las palabras de amor. Pues la repetición es expresión de afecto: y al instar nuevamente a la amada al trabajo de las viñas, muestra cuán solícito está por la salvación de las almas. Pues ya habéis oído que las viñas son almas. No nos detengamos innecesariamente en lo que ya se ha dicho. Ved lo que sigue. Sin embargo, en todo este trabajo, hasta donde recuerdo, nunca había llamado abiertamente esposa, sino ahora cuando se va a las viñas, cuando se acerca al vino de la caridad. Cuando venga y sea perfecta, hará el matrimonio espiritual; y serán dos, no en una carne, sino en un solo espíritu, diciendo el Apóstol: El que se une a Dios, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17).

2. Sigue: Mi paloma en las hendiduras de la roca, en las cavernas de la pared, muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos. Ama y sigue hablando amorosamente. La llama paloma de nuevo con ternura; la llama suya, y se la atribuye como propia: y lo que él solía ser rogado más fervientemente por ella, ahora en cambio él pide su vista y su conversación. Actúa como esposo; pero como es modesto, se avergüenza del público, y decide disfrutar de sus delicias en un lugar apartado, ciertamente en las hendiduras de la roca, y en las cavernas de la pared. Imagina, pues, que el esposo dice así: No temas, amiga, como si esta obra de las viñas a la que te exhortamos fuera a impedir o interrumpir el negocio del amor. Ciertamente habrá algún uso en ella para lo que ambos deseamos. Las viñas ciertamente tienen paredes, y estas

son lugares agradables para los modestos. Este es el juego literal. ¿Por qué no diría juego? ¿Qué tiene de serio esta serie de letras? Ni siquiera es digno de ser escuchado lo que suena afuera, si el Espíritu no ayuda a la debilidad de nuestra inteligencia interiormente. No permanezcamos, pues, afuera, no sea que parezcamos, ¡Dios no lo quiera!, recitar las lisonjas de amores vergonzosos, traed oídos castos al discurso que está en manos sobre el amor; y cuando penséis en los amantes, no debéis sentir hombre y mujer, sino Verbo y alma. Y si dijera Cristo y la Iglesia, es lo mismo; salvo que con el nombre de Iglesia no se designa una sola alma, sino la unidad de muchas, o más bien la unanimidad. Ni ciertamente penséis que las hendiduras de la roca, o las cavernas de la pared, son escondites de los que obran iniquidad, no sea que surja alguna sospecha de las obras de las tinieblas.

3. Otro ha interpretado este pasaje considerando los agujeros de la roca como las heridas de Cristo. Y con toda razón; pues la roca es Cristo. Buenas son las heridas que afirman la fe en la resurrección y la divinidad de Cristo. "¡Señor mío y Dios mío!", dice (Juan 20, 28). ¿De dónde proviene este oráculo, sino de los agujeros de la roca? En ellos el gorrión encuentra su hogar, y la tórtola su nido donde colocar sus polluelos (Salmo 83, 4); en ellos la paloma se protege y observa sin temor al halcón que revolotea. Por eso dice: "Mi paloma en los agujeros de la roca". La voz de la paloma: "En la roca me ha exaltado" (Salmo 26, 6); y también: "Ha puesto mis pies sobre la roca" (Salmo 39, 3). El hombre sabio edifica su casa sobre la roca, de modo que no teme las injurias de los vientos ni las inundaciones (Mateo 7, 24-25). ¿Qué no es bueno en la roca? En la roca soy exaltado, en la roca estoy seguro, en la roca me mantengo firme. Seguro del enemigo, fuerte ante la caída; y esto porque he sido exaltado de la tierra. Todo lo terrenal es incierto y caduco. Nuestra conversación debe estar en los cielos, y no tememos caer ni ser derribados. En los cielos está la roca, en ella está la firmeza y la seguridad. La roca es refugio para los erizos (Salmo 104, 18). Y en verdad, ¿dónde hay seguridad y descanso más seguros y firmes para los débiles, sino en las heridas del Salvador? Cuanto más seguro habito allí, más poderoso es Él para salvar. El mundo ruge, el cuerpo oprime, el diablo acecha: no caigo; pues estoy fundado sobre la roca firme. He cometido un gran pecado: la conciencia se turbará, pero no se perturbará, porque recordaré las heridas del Señor. Ciertamente fue herido por nuestras iniquidades (Isaías 53, 5). ¿Qué hay tan mortal que no pueda ser resuelto por la muerte de Cristo? Si entonces viene a mi mente un remedio tan poderoso y eficaz, ya no puedo ser aterrorizado por la malignidad de la enfermedad.

4. Y por eso está claro que erró aquel que dijo: "Mi iniquidad es mayor de lo que merezco perdón" (Génesis 4, 13). A menos que no fuera de los miembros de Cristo, ni perteneciera a Él por el mérito de Cristo, para presumir de lo suyo, decir que lo que es de Él es suyo; como si el miembro fuera cosa de la cabeza. Yo, sin embargo, confiadamente usurpo para mí lo que me falta de mí mismo de las entrañas del Señor, porque están llenas de misericordia; ni faltan los agujeros por los que fluyen. Le horadaron las manos y los pies, y el costado fue perforado con una lanza: y por estas grietas me es permitido succionar miel de la roca, y aceite de la piedra más dura; es decir, gustar y ver cuán suave es el Señor. Pensaba pensamientos de paz, y yo no lo sabía. ¿Quién ha conocido la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? Pero la llave que abre, el clavo que penetra, se ha convertido para mí en una manera de ver la voluntad del Señor. ¿Por qué no ver a través del agujero? Clama el clavo, clama la herida, que verdaderamente Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. El hierro atravesó su alma, y se acercó a su corazón, para que ya no ignore compadecerse de mis debilidades. El misterio del corazón se revela a través de los agujeros del cuerpo; se revela aquel gran sacramento de piedad, se revelan las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el sol naciente desde lo alto. ¿Por qué no se revelan las entrañas a través de las heridas? ¿En qué, si no en tus heridas, Señor, habría brillado más claramente que tú

eres suave y misericordioso, y de gran misericordia? Nadie tiene mayor misericordia que aquel que da su vida por los condenados a muerte y a la condenación.

5. Por tanto, mi mérito es la misericordia del Señor. No carezco de mérito, mientras Él no carezca de misericordia. Y si las misericordias del Señor son muchas, yo también soy abundante en méritos. ¿Qué importa si soy consciente de muchos pecados? Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Romanos 5, 20). Y si las misericordias del Señor son desde la eternidad y hasta la eternidad (Salmo 103, 17), yo también cantaré las misericordias del Señor para siempre (Salmo 89, 2). ¿Acaso mis justicias? Señor, recordaré solo tu justicia (Salmo 71, 16). Porque es también la mía; pues tú te has hecho para mí justicia de Dios. ¿Debo temer que no sea suficiente para ambos? No es un manto corto, que, según el profeta, no puede cubrir a dos (Isaías 28, 20). Tu justicia es justicia eterna (Salmo 119, 142). ¿Qué es más largo que la eternidad? Y te cubrirá a ti y a mí abundantemente la amplia y eterna justicia. Y en mí cubre la multitud de pecados; en ti, Señor, ¿qué sino los tesoros de piedad, las riquezas de bondad? Estos están guardados para mí en los agujeros de la roca. ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura en ellos, ocultos, pero en aquellos que perecen! ¿Por qué dar lo santo a los perros, o las perlas a los cerdos? Pero Dios nos lo ha revelado por su Espíritu, y también nos ha introducido en lo sagrado a través de los agujeros abiertos. ¡Cuánta multitud de dulzura, plenitud de gracia, y perfección de virtudes hay en ellos!

6. Iré a esas bodegas tan llenas, y siguiendo la advertencia del profeta, dejaré las ciudades y habitaré en la roca (Jeremías 48, 28). Seré como una paloma anidando en la cima del agujero, para que, colocado con Moisés en el agujero de la roca, cuando pase el Señor, merezca al menos ver sus espaldas (Éxodo 33, 22-23). Pues, ¿quién verá el rostro del que está de pie, es decir, la claridad inmutable, sino aquel que ya ha merecido ser introducido, no en lo sagrado, sino en el santo de los santos? Sin embargo, la contemplación de las espaldas no es vil ni despreciable. Que Herodes lo desprecie; yo no lo desprecio tanto más cuanto más despreciable se mostró a Herodes. También las espaldas del Señor tienen algo que ver que deleita. ¿Quién sabe si Dios se convertirá y perdonará, y dejará tras de sí una bendición? Será cuando muestre su rostro, y seremos salvos. Pero mientras tanto, que nos preceda en las bendiciones de dulzura, aquellas que suele dejar tras de sí. Ahora que muestre las espaldas de su dignación, para luego mostrar su rostro en la gloria de su dignidad. Sublime en el reino, pero suave en la cruz. Que me preceda en esta visión, que me complete en aquella. "Me llenarás", dice, "de alegría con tu rostro" (Salmo 16, 11). Ambas visiones son saludables, ambas son dulces; pero aquella en la sublimidad, esta en la humildad; aquella en el esplendor, esta en el palor.

7. Finalmente, dice: "Y las espaldas de su dorso en el palor del oro" (Salmo 68, 14). ¿Cómo no palidecer en la muerte? Pero mejor el oro pálido que el latón resplandeciente, y lo que es necedad de Dios es más sabio que los hombres. El oro es el Verbo, el oro es la Sabiduría. Este oro se descoloró a sí mismo, ocultando la forma de Dios, y mostrando la forma de siervo. Descoloró también a la Iglesia, que dice: "No me miréis que soy morena, porque el sol me ha descolorido" (Cantar de los Cantares 1, 5). Por tanto, también sus espaldas en el palor del oro, que no se avergonzó de la oscuridad de la cruz, no temió la quemadura de la pasión, no rehuyó el livor de las heridas. Incluso se complace en ellas, y desea que sus últimos días sean semejantes a estos. Por eso, finalmente, escucha: "Mi paloma en los agujeros de la roca", porque se ocupa con toda devoción en las heridas de Cristo, y en ellas se demora con meditación continua. De ahí la tolerancia del martirio, de ahí su gran confianza ante el Dios altísimo. No hay nada que el mártir deba temer al levantar su rostro exangüe y lívido hacia aquel por cuyo livor fue sanado, al representar gloriosamente la semejanza de su muerte, ciertamente en el palor del oro. ¿Qué temerá aquel a quien el Señor mismo dice: "Muéstrame

tu rostro"? ¿Para qué? A mi parecer, quiere mostrarse más. Así es: quiere ser visto, no ver. ¿Qué no ve Él? No necesita que alguien se le muestre, de quien nada no es visto, ni si se oculta. Por tanto, quiere ser visto, quiere que el rostro y los ojos del devoto soldado se eleven a sus heridas, para que de esto levante su ánimo, y con su ejemplo lo haga más fuerte para soportar.

8. En verdad, no sentirá lo suyo, mientras contemple sus heridas. El mártir está de pie, danzando y triunfante, aunque con todo el cuerpo lacerado; y mientras el hierro escudriña sus costados, no solo valientemente, sino también alegremente observa el sagrado flujo de sangre brotar de su carne. ¿Dónde está entonces el alma del mártir? Sin duda, en un lugar seguro, en la roca, en las entrañas de Jesús, ciertamente en las heridas abiertas para entrar. Si estuviera en sus propias entrañas, ciertamente sentiría el hierro que las escudriña; no soportaría el dolor, sucumbiría y negaría. Pero ahora, habitando en la roca, ¿qué maravilla si se ha endurecido como una roca? Pero tampoco es de extrañar si, exiliado del cuerpo, no siente los dolores del cuerpo. No lo hace el estupor, sino el amor. Pues el sentido se somete, no se pierde. Ni falta el dolor, sino que se supera, se desprecia. Por tanto, la fortaleza del mártir proviene de la roca, de allí ciertamente es capaz de beber el cáliz del Señor. ¡Y qué glorioso es este cáliz embriagador! (Salmo 23, 5). Glorioso, digo, y alegre no menos para el emperador que observa, que para el soldado que triunfa. Porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza (Nehemías 8, 10). ¿Por qué no alegrarse ante la voz de la confesión más fuerte? Finalmente, la requiere con deseo: "Que suene tu voz en mis oídos". Y no dudará en corresponder según su promesa: tan pronto como se haya confesado ante los hombres, también él lo confesará ante su Padre (Mateo 10, 32). Rompamos el discurso, pues no puede terminarse ahora; no sea que sea sin medida, si queremos abarcar todo lo que aún queda del capítulo propuesto en este solo discurso. Por tanto, lo que queda lo guardaremos para otro principio, para que de nuestro modo y palabra se alegre el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXII. Qué significa que el alma fiel habite "en los agujeros de la roca"; y qué "en las cavernas de la pared". Sobre la voluntad de Dios que debe ser investigada más que su majestad. Finalmente, sobre la pureza de mente necesaria para la predicación de la verdad.

1. Mi paloma en los agujeros de la roca, en las cavernas de la pared (Cantar de los Cantares 2, 14). No solo en los agujeros de la roca encuentra la paloma un refugio seguro; también lo encuentra en las cavernas de la pared. Pero si tomamos la pared no como un montón de piedras, sino como la comunión de los santos, veamos si acaso llamó cavernas de la pared a los lugares de los ángeles que cayeron por soberbia, lugares como vacíos dejados: pues deben ser llenados por los hombres, como ruinas que deben ser restauradas con piedras vivas. De donde el apóstol Pedro dice: "Acercándoos al piedra viva, también vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casas espirituales" (1 Pedro 2, 4-5). Y no creo que esté fuera de lugar si entendemos que la custodia de los ángeles hace las veces de pared en la viña del Señor, que es la Iglesia de los predestinados, cuando Pablo dice: "¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación?" (Hebreos 1, 14) y el Profeta: "El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen" (Salmo 34, 8). Y si es así, el sentido será que a la Iglesia, en el tiempo y lugar de su peregrinación, la consuelan dos cosas; del pasado, la memoria de la pasión de Cristo; del futuro, que se piensa y confía en ser recibida en la suerte de los santos. Ambas cosas, como si tuviera ojos delante y detrás, las contempla con deseo insaciable; y ambos son para ella refugio de la tribulación de los males y el dolor. Consolación completa, cuando no solo sabe qué esperar, sino también de dónde presumirlo. Expectativa alegre y no dudosa, que está firmada por la muerte de Cristo. ¿Por qué temer ante la magnitud del premio, si considera la dignidad del precio?

¡Cuán gustosamente visita con la mente los agujeros por los que fluyó para ella el precio de la sangre sacrosanta! ¡Cuán gustosamente recorre las cavernas, los albergues y las mansiones, que son muchas y diversas en la casa del Padre, en las que tiene que colocar a sus hijos según la diversidad de sus méritos! Y ahora, lo que por ahora puede, solo en la memoria descansa en ellos, revistiéndose ya con el ánimo de la morada celestial que está arriba. Pero llegará el momento en que llenará las ruinas, cuando habitará las cavernas tanto con el cuerpo como con la mente; cuando las moradas vacías, que dejaron los antiguos habitantes, ella misma iluminará con la presencia de su totalidad, y ya no aparecerá ninguna caverna en absoluto en la pared celestial, gozando de la feliz perfección e integridad de sí misma.

2. O, si prefieres eso, diremos que estas cavernas no se encuentran, sino que se hacen por las mentes estudiosas y piadosas. ¿De qué manera, preguntas? Con pensamiento y avidez. Pues la pared piadosa cede al deseo del alma, cede a la contemplación pura, cede a la oración frecuente. Finalmente, la oración del justo penetra los cielos (Eclesiástico 35, 21). No es que atraviese las vastas alturas de este aire corporal, como si fuera con cierto remo de sus alas al modo de un ave voladora, ni como si fuera una espada afilada perforará la sólida y elevada cima del firmamento: sino que hay cielos santos, vivos, racionales, que narran la gloria de Dios, que con cierta piedad favorable se inclinan voluntariamente a nuestros votos, y con sus afectos curvados al toque de nuestra devoción nos reciben en sus entrañas, siempre que golpeamos con intención digna. Porque al que llama se le abrirá. Por tanto, a cada uno de nosotros nos será permitido, incluso en este tiempo de nuestra mortalidad, cavar para nosotros mismos, en cualquier parte que queramos, cavernas en la pared superior; ahora revisitar a los patriarcas, ahora saludar a los profetas, ahora mezclarse con el senado de los apóstoles, ahora insertarse en los coros de los mártires; pero también recorrer con toda la agilidad de la mente los estados y mansiones de las virtudes bienaventuradas desde el ángel más pequeño hasta el querubín y el serafín, según lo lleve la devoción de cada uno. Entre quienes más se afectará, el Espíritu se lo inspirará, según quiera; si se detiene y llama, inmediatamente se le abrirá, y hecha como una caverna en los montes, o más bien en las mentes santas, descansará al menos un poco entre ellos. El rostro y la voz de toda alma que así actúe son gratos a Dios: el rostro, por la pureza; la voz, por la confesión. Porque la confesión y la belleza están en su presencia (Salmo 95, 6). Por eso se le dice a quien es así: "Muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos". La voz es admiración en el alma contemplativa, la voz es acción de gracias. Dios se deleita mucho en este tipo de cavernas de las que resuena para Él la voz de acción de gracias, la voz de admiración y alabanza.

3. Feliz la mente que se ha esforzado por cavar frecuentemente para sí misma en esta pared; pero más feliz la que cava en la roca. Aunque es posible cavar también en la roca; pero para esto se necesita una visión más pura de la mente, y una intención mucho más vehemente, incluso también méritos superiores de santidad. ¿Y quién es idóneo para esto? Sin duda, aquel que dijo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios" (Juan 1, 1-2). ¿No te parece que se ha sumergido en los mismos recintos del Verbo; y de los secretos de su pecho ha extraído una especie de médula sacrosanta de la sabiduría íntima? ¿Qué hay de aquel que hablaba sabiduría entre los perfectos, sabiduría en misterio escondida, que ninguno de los príncipes de este mundo conoció? (1 Corintios 2, 6-8). ¿No perforó uno y otro cielo con aguda, pero piadosa curiosidad, y finalmente, del tercero, este piadoso investigador lo extrajo? Pero no nos lo ocultó, comunicándolo fielmente a los fieles con las palabras que pudo. Pero oyó palabras inefables, que no le fue permitido hablar (2 Corintios 12, 2-4). No al hombre, pues se las decía a sí mismo y a Dios. Imagina, por tanto, a Dios consolando de este modo la caridad solícita de Pablo, y diciendo: ¿Por qué te angustias porque tu concepción no puede ser

captada por el oído humano? Que suene tu voz en mis oídos; esto es: Si lo que sientes no se puede revelar a los mortales, consuélate, sin embargo, porque tu voz puede deleitar los oídos divinos. ¿Ves el alma santa, ahora sobria por la caridad para nosotros, ahora excediéndose en pureza para Dios? (2 Corintios 5, 13). Mira también de santo David, no sea que él sea el mismo hombre, de quien con Dios, como de otro, habla: "Porque la meditación del hombre te confesará, y las reliquias de la meditación celebrarán fiesta para ti" (Salmo 75, 11). Por tanto, lo que de la meditación profética podía venir al medio por palabra y ejemplo del Profeta, el Profeta lo extendía inmediatamente en confesión pública, y de ello confesaba al Señor entre los pueblos, guardando el resto para sí y para Dios, y celebrando una fiesta en alegría y exultación. Esto es, por tanto, lo que quiso intimarnos con el versículo mencionado. Cualquier cosa que, con su meditación escrutadora y ávida, lograba extraer del arcano de la sabiduría, la parte que podía, la impartía con predicación solícita para la salvación de los pueblos; el resto que las multitudes no podían captar, lo gastaba en jubilosa alabanza a Dios. ¿Ves que nada se pierde en la santa contemplación, mientras lo que no puede gastarse en la edificación de las multitudes, es, sin embargo, una alabanza agradable y decorosa a Dios?

4. Dado que esto es así, está claro que hay dos tipos de contemplación: una sobre el estado, la felicidad y la gloria de la ciudad celestial, en la que la gran multitud de ciudadanos celestiales está ocupada ya sea en acción o en descanso; y otra sobre la majestad, eternidad y divinidad del mismo rey. Aquella en la muralla, esta en la roca. Pero cuanto más difícil es cavar esta última, más dulce es el sabor de lo que se extrae de ella. No temas lo que la Escritura advierte a los que investigan la majestad (Prov. XXV, 27). Solo lleva un ojo puro y simple; no serás oprimido por la gloria, sino admitido, a menos que busques no la gloria de Dios, sino la tuya propia. De lo contrario, cada uno es oprimido por su propia gloria, no por la de Dios, mientras que, inclinado hacia esta, no se le permite levantar el cuello hacia aquella, ciertamente pesado por la codicia. Una vez desechada esta, exploremos [o cavemos] con seguridad en la Roca, en la que están escondidos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Col. II, 3). Si aún dudas, escucha a la misma Roca: "Los que trabajan en mí, no pecarán" (Ecli. XXIV, 30). ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? (Sal. LIV, 7). Allí encuentra descanso el manso y simple, donde el astuto es oprimido, o el engañoso y codicioso de gloria vana. La Iglesia es una paloma, y por eso descansa. Paloma, porque es inocente, porque gime. Paloma, digo, porque recibe con mansedumbre la palabra implantada. Y descansa en la Palabra, es decir, en la roca: pues la roca es la Palabra. La Iglesia, por tanto, en las hendiduras de la roca, a través de las cuales mira y ve la gloria de su esposo; y no es oprimida por la gloria, porque no se la apropia. No es oprimida, porque no es investigadora de la majestad, sino de la voluntad. Pues en lo que respecta a la majestad, a veces se atreve a contemplarla, pero como admiradora, no como investigadora. Pero si alguna vez es arrebatada hacia ella por exceso, es el dedo de Dios, dignamente elevando al hombre, no la temeridad del hombre insolentemente penetrando en las alturas de Dios. Pues cuando el Apóstol recuerda haber sido arrebatado (II Cor. XII), para excusar su atrevimiento; ¿quién más de los mortales se atrevería a enredarse en este terrible escrutinio de la majestad divina con sus propios esfuerzos, e irrumpir importunamente en los secretos temibles? Por lo tanto, creo que los investigadores de la majestad deben ser llamados intrusos, no los que son arrebatados hacia ella, sino los que irrumpen. Estos, por tanto, son oprimidos por la gloria.

5. Por lo tanto, la investigación de la majestad es temerosa; pero la de la voluntad, tan segura como piadosa. ¿Por qué no habría de insistir con toda diligencia en investigar el sacramento de la gloria de la voluntad, a la que sé que debo obedecer en todo? Dulce gloria, que no procede de otra cosa que de la contemplación de su dulzura, que de la visión de las riquezas de su bondad y de su gran misericordia. Finalmente, vimos esta gloria, gloria como del

Unigénito del Padre (Juan I, 14). Todo lo que apareció de gloria en esta parte fue benigno y verdaderamente paternal. Esta gloria no me oprimirá aunque concentre todas mis fuerzas en ella: más bien, seré impreso por ella. Pues contemplando con el rostro descubierto, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18). Somos transformados cuando nos conformamos. Pero lejos esté que en la gloria de la majestad, y no más bien en la modestia de la voluntad, se presuma la conformidad de Dios con el hombre. Esta es mi gloria, si alguna vez escucho de mí: He encontrado un hombre según mi corazón. El corazón del esposo, el corazón de su padre. ¿Cómo es este? Sed misericordiosos, dice, como también vuestro Padre es misericordioso (Luc. VI, 36). Esta es la forma que desea ver, cuando dice a la Iglesia: Muéstrame tu rostro: forma de piedad y mansedumbre. Esta la levanta con toda confianza hacia la Roca; a la que es semejante: Acercaos, dice, a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no serán avergonzados (Sal. XXXIII, 6). ¿Cómo será confundido el humilde por el humilde, el santo por el piadoso, y el modesto por el manso? No, ciertamente, el rostro puro de la esposa no se apartará de la pureza de la roca, no más que la virtud de la virtud, la luz de la luz.

6. Pero como la Iglesia no puede aún acceder por completo a la roca para cavar (pues no todos los que están en la Iglesia pueden contemplar o comprender por sí mismos los misterios de la voluntad divina); por eso se muestra habitando no solo en las hendiduras de la roca, sino también en las cavernas de la muralla. Por lo tanto, en los perfectos, que se atreven a escudriñar y penetrar los secretos de la sabiduría con pureza de conciencia y agudeza de entendimiento, habita en las hendiduras de la roca. En lo demás, en las cavernas de la muralla: para que aquellos que no pueden o no se atreven a cavar por sí mismos en la roca, caven en la muralla, contentos con contemplar mentalmente la gloria de los santos. Si a alguno ni siquiera esto le es posible, ciertamente le propondrá a Jesús, y a este crucificado: para que él también, sin su propio esfuerzo, habite en las hendiduras de la roca, en las que no trabajó. Los judíos trabajaron en ellas, y él entrará en los trabajos de los infieles, para que sea fiel. Y no debe temer ser rechazado, quien es llamado a entrar. Entra, dice, en la roca, escóndete en el polvo de la tierra ante el temor del Señor y la gloria de su majestad (Isa. II, 10). Al alma aún débil e inerte (que, como alguien en el Evangelio confiesa de sí mismo, no puede cavar, y se avergüenza de mendigar) (Luc. XVI, 3), se le muestra el polvo donde puede esconderse, hasta que se fortalezca y progrese, para que también ella pueda cavar por sí misma hendiduras en la roca, por las cuales entre en el interior de la Palabra, con vigor y pureza del alma.

7. Y si entendemos el polvo como aquel que dice: Han cavado mis manos y mis pies (Sal. XXI, 17); no habrá duda de que en él se adquirirá más rápidamente la salud del alma herida, que en él habitará. Pues, ¿qué es tan eficaz para curar las heridas de la conciencia, y también para purificar la agudeza de la mente, como la meditación constante en las heridas de Cristo? Pero hasta que sea purificada y sanada perfectamente, no veo cómo podría aplicarse a ella lo que se dice: Muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos. ¿Cómo, en fin, se atrevería a mostrar su rostro, o a levantar su voz, a quien se le ordena esconderse? Escóndete, dice, en el polvo de la tierra. ¿Por qué? Porque no es hermosa de rostro, ni digna de ser vista. No será digna de ser vista, mientras no sea capaz de ver. Pero cuando, por habitar en el polvo de la tierra, haya progresado tanto en la sanación del ojo interior, que también ella pueda contemplar la gloria de Dios con el rostro descubierto; entonces, finalmente, lo que vea, lo hablará con confianza, agradando con su voz y su rostro. Necesariamente agradará el rostro que puede contemplar la claridad de Dios. Pues no podría hacerlo, si no fuera también clara y pura, transformada en la misma imagen de claridad que contempla. De lo contrario, retrocedería por la disimilitud, deslumbrada por el brillo inusual. Por lo tanto, cuando la pura

pueda contemplar la pura verdad, entonces el esposo deseará ver su rostro, y consecuentemente escuchar su voz.

8. Pues cuanto le agrada la predicación de la verdad con pureza de mente, lo muestra cuando inmediatamente añade: Porque tu voz es dulce. Porque si no agrada la voz si desagrada el rostro, lo demuestra cuando inmediatamente añade: Y tu rostro es hermoso. ¿Qué es la belleza del rostro interior, sino la pureza? En muchos, esta ha complacido sin la voz de la predicación; aquella sin esta, en nadie. La Verdad no se muestra a los impuros, la Sabiduría no se confía. ¿Qué, entonces, hablan de lo que no han visto? Lo que sabemos, dice, hablamos, y lo que hemos visto testificamos (Juan III, 11). Ve tú, y atrévete a testificar lo que no has visto, y a hablar lo que ignoras. ¿A quién llamo impuro? Al que busca alabanzas humanas, al que no ofrece el Evangelio sin costo, al que evangeliza para comer, al que considera la piedad como ganancia, al que no busca fruto, sino donación. Tales son impuros; y aunque no tienen de dónde ver la verdad por su impureza, tienen, sin embargo, de dónde hablar de ella. ¿Por qué actúan precipitadamente? ¿Por qué no esperan la luz; por qué presumen de la obra de la luz antes de la luz? Es vano para vosotros levantaros antes de la luz. La luz es pureza, la luz es caridad, que no busca lo suyo (I Cor. XIII, 5). Que esta preceda, y el pie de la lengua no se pondrá en lo incierto. La verdad no se ve con ojo soberbio, se revela al sincero. No hay razón para que la verdad se niegue a ser contemplada por un corazón puro, y por lo tanto tampoco a ser expresada. Pero al pecador dice Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? (Sal. XLIX, 16). Muchos, descuidando la pureza, intentaron hablar antes de ver; y o gravemente erraron, ignorando de qué hablaban, ni de qué afirmaban; o vilmente se despreciaron, mientras que enseñaban a otros, no se enseñaban a sí mismos. De este doble mal nos guarde siempre el Esposo de la Iglesia, Jesús Cristo nuestro Señor, quien es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXIII. Sobre la viña del hombre piadoso y sabio, es decir, su propia vida, o mente y conciencia, que debe ser cultivada seriamente; y sobre dos tipos de zorros, a saber, aduladores y detractores; y sobre las tentaciones de los monjes novicios.

1. Capturad para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas: porque nuestra viña ha florecido (Cant. II, 15). Está claro que no se fue a las viñas sin razón, cuando allí se encontraron zorras que las destruían. Esto es lo que dice la letra. Pero, ¿qué dice el Espíritu? Ante todo, ciertamente, para rechazar completamente de esta explicación el sentido común y usual de la letra, como inadecuado e insulso, y totalmente indigno de ser recibido en una Escritura tan santa, tan auténtica. A menos que alguien sea tan necio y de mente obtusa que considere un gran logro haber aprendido de ella, al igual que los hijos de este siglo, a cuidar las posesiones terrenales, a proteger y defender las viñas de las bestias que las atacan, no sea que se pierda el fruto del vino, en el que hay lujuria; y al mismo tiempo se pierda el trabajo y el gasto. Gran daño, ciertamente, para que por eso leamos el libro sagrado con tanto estudio y tanta veneración, porque se nos enseña en él a proteger las viñas de las zorras, no sea que, al cultivarlas, vaciemos en vano nuestras bolsas, si somos perezosos en custodiarlas. No sois tan rudos, ni tan carentes de gracia espiritual, como para pensar tan carnalmente. Busquemos, pues, estas cosas en el espíritu. Allí ciertamente encontramos, con sano entendimiento, y con un sentido igualmente digno, tanto las viñas florecientes como las zorras que las destruyen, en cuya captura o alejamiento se trabaja de manera más honesta y fructífera. ¿Dudáis acaso de que es mucho más necesario vigilar las mentes que los frutos; mucho más necesario estar atentos a evitar las iniquidades espirituales por causa de aquellas, que a capturar las zorras fraudulentas por causa de estas?

2. Pero ya debo demostrar cuáles son estas viñas espirituales, así como las zorras. Será vuestro deber, hijos, cada uno cuidar de su propia viña, cuando al escucharme advierta en qué debe cuidarse y de quiénes. Para el hombre sabio, su vida es su viña, su mente, su conciencia. Pues el sabio no dejará nada inculto o abandonado en sí mismo. No así el necio. En él encontrarás todo descuidado, todo yacente, todo inculto y sucio. No hay viña para el necio. ¿Cómo puede ser viña, donde nada plantado, nada trabajado aparece en ninguna parte? Toda la vida del necio se llena de espinas y cardos: ¿y es viña? Si alguna vez lo fue, ya no lo es, reducida ciertamente a la desolación. ¿Dónde está la vid de la virtud? ¿Dónde el racimo de la buena obra? ¿Dónde el vino de la alegría espiritual? Pasé por el campo del hombre perezoso, dice, y por la viña del hombre necio: y he aquí, todo estaba lleno de ortigas, y su superficie cubierta de espinas, y la pared de piedras estaba destruida (Prov. XXIV, 30, 31). Oyes al sabio burlándose del necio, porque los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia, que tal vez recibió por el lavacro de la regeneración, como aquella primera viña suya, plantada por Dios y no por el hombre, los ha convertido en no viña, por negligencia. En definitiva, no puede ser viña donde no hay vida. Pues considero que lo que el necio vive es más bien muerte que vida. ¿Cómo puede ser vida con esterilidad? ¿No se juzga muerta la madera seca y convertida en esterilidad? Y las ramas secas lo están. Y destruyó, dice, en granizo sus viñas (Sal. LXXVII, 47); mostrando que están privadas de vida, las que están condenadas a la esterilidad. Así, el necio, por el mismo hecho de vivir inútilmente, es un muerto viviente.

3. Solo al sabio le conviene tener, o más bien ser viña, quien tiene vida. Es un árbol fructífero en la casa de Dios, y por tanto un árbol viviente. Pues la misma sabiduría, por la cual se dice y es sabio, es árbol de vida para los que la abrazan (Prov. III, 18). ¿Por qué no viviría quien la abraza? Vive, pero por la fe. Pues el sabio es justo, y el justo vive por la fe (Hebr. X, 38). Y si el alma del justo es la sede de la sabiduría, como lo es; ciertamente es sabio quien es justo. Por tanto, ya sea que lo llames justo o sabio, nunca vivirá sin viña, porque nunca no vivirá. Pues para él, la viña es lo que la vida. Y buena viña del justo, o más bien buena viña el justo, para quien la virtud es la vid, la acción el sarmiento, el vino el testimonio de la conciencia, la lengua el lagar de la expresión. En definitiva: Esta es nuestra gloria, dice, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). ¿Ves que en el sabio nada está ocioso? El discurso, el pensamiento, la conversación, y si hay algo más de él, ¿por qué no todo es agricultura de Dios, edificación de Dios, y viña del Señor de los ejércitos? ¿Qué, en definitiva, puede perderse de él, cuando su hoja no cae?

4. Sin embargo, a tal viña nunca le faltarán infestaciones, nunca le faltarán insidias. Pues donde hay muchas riquezas, hay muchos que las consumen (Ecle. V, 10). El sabio estará solícito en guardar su viña no menos que en cultivarla, y no permitirá que sea devorada por las zorras. La peor zorra es el detractor oculto, pero no menos malvado es el adulador lisonjero. El sabio se cuidará de estos. Se esforzará, ciertamente en lo que le corresponde, en capturar a aquellos que hacen tales cosas; pero capturarlos con beneficios y servicios, con consejos saludables, y con oraciones por ellos a Dios. No cesará de amontonar carbones de fuego sobre la cabeza del maldiciente (Rom. XII, 20), y también sobre la del adulador, hasta que, si es posible, quite de su corazón tanto la envidia de aquel, como la simulación de este, cumpliendo el mandato del esposo que dice: Capturad para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas. ¿No te parece capturado aquel que, sonrojado de vergüenza, ciertamente avergonzado de su propio juicio, es testigo de su propia confusión y arrepentimiento; ya sea porque odió a un hombre digno de amor; ya sea porque amó solo de palabra y lengua a aquel de quien, aunque tarde, experimentó ser amado en obra y verdad? Capturado ciertamente, y capturado para el Señor, según lo que él mismo expresó: Capturad, dice, para nosotros. ¡Ojalá pudiera yo capturar a todos los que me adversan sin causa, para que los restituya o adquiera

para Cristo! Así, así sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma, vuélvanse atrás y sean avergonzados los que desean mi mal: para que yo también sea hallado obediente al esposo, y capture también yo las zorras, no para mí, sino para él. Pero que el discurso se vuelva a su principio, para que la serie de la explicación proceda en su orden.

5. Capturad para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas. Es un lugar moral; y según la disciplina de las costumbres ya hemos mostrado que estas viñas espirituales no son sino hombres espirituales, cuyos interiores, al estar todos cultivados, todos germinando, todos fructificando y dando a luz el espíritu de salvación, como se ha dicho del reino de Dios; así de estas viñas del Señor de los ejércitos podemos decir igualmente que están dentro de nosotros (Luc. XVII, 21). En definitiva, en el Evangelio se lee que el reino de Dios será dado a las naciones que produzcan sus frutos (Mat. XXI, 43). Estos son los que Pablo enumera, diciendo: El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Gál. V, 22, 23). Estos frutos son nuestros progresos. Son aceptos al esposo, porque él cuida de nosotros. ¿Acaso cuida Dios de los arbustos? El Hombre Dios ama a los hombres, no a los árboles, y considera nuestros progresos como sus frutos. Observa diligentemente el tiempo de estos, sonríe a los que aparecen, y se esfuerza solícitamente para que no se pierdan para nosotros cuando aparezcan; más bien, para que no se pierdan para él: pues se considera a sí mismo como nosotros. Por eso, previendo, manda que se capturen para él las zorras insidiosas, para que no arrebaten los frutos nuevos. Capturad, dice, para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas. Y como si alguien dijera: Temes prematuramente, aún no ha llegado el tiempo de los frutos: No es así, dice: porque nuestra viña ha florecido. Después de las flores no hay demora para los frutos; aún cayendo aquellas, estos brotan inmediatamente, inmediatamente comienzan a aparecer.

6. Esta parábola es del tiempo presente. ¿Veis a estos novicios? Han llegado recientemente, se han convertido recientemente. No podemos decir de ellos que nuestra viña ha florecido: está floreciendo. Por ahora, lo que veis aparecer en ellos es una flor: el tiempo de los frutos aún no ha llegado. La flor es la nueva conversión, la flor es la reciente fórmula de una vida más corregida. Han adoptado una apariencia disciplinada y una buena composición de todo el cuerpo. Me agradan, lo confieso, las cosas que se ven en el rostro: ciertamente, el cuidado exterior de los cuerpos es más descuidado, el discurso es más raro, el semblante más alegre, la mirada más modesta, el andar más maduro. Pero, como estas cosas han comenzado recientemente, deben considerarse flores por su misma novedad, y más una esperanza de frutos que frutos. No tememos por vosotros, hijitos, el fraude de los zorros, que se sabe que envidian más los frutos que las flores. Vuestro peligro viene de otro lado. Ciertamente temo la quemadura de las flores; no el robo, sino la quemadura por el frío. Sospecho del Aquilón y de las heladas matutinas, que suelen destruir las flores intempestivas, arrebatar los frutos. Por tanto, vuestro mal se despliega desde el norte. ¿Quién podrá resistir ante su frío? (Salmo CXLVII, 17). Si este frío invade el alma (como suele suceder, por la negligencia del alma con el espíritu dormido) y, lo que Dios no quiera, nadie lo detiene y penetra en su interior, desciende a las entrañas del corazón y al seno de la mente, sacude las afecciones, ocupa los caminos del consejo, perturba la luz del juicio, somete la libertad del espíritu: pronto, como suele suceder en el cuerpo de los febriles, surge una cierta rigidez del ánimo, el vigor se debilita, se finge un languor de las fuerzas, se intensifica el horror de la austeridad, el temor inquieta la pobreza, el ánimo se contrae, la gracia se retira, la vida se prolonga, la razón se adormece, el espíritu se extingue, el fervor del novicio se enfría, se agrava la tibieza fastidiosa, se enfría la caridad fraterna, la voluptuosidad halaga, la seguridad engaña, la costumbre llama de nuevo. ¿Qué más? Se disimula la ley, se abdica el derecho [o, se adjudica

el derecho], se proscribe lo justo, se abandona el temor del Señor. Finalmente, se entregan las manos a la impudencia; se presume aquel temerario, aquel vergonzoso, aquel muy vil, lleno de ignominia y confusión salto desde lo alto al abismo, del pavimento al estercolero, del trono a la cloaca, del cielo al lodo, del claustro al siglo, del paraíso al infierno. El principio y origen de esta peste, y con qué arte se evite o con qué virtud se supere, no es el momento de demostrarlo: eso será en otra ocasión; ahora sigamos con lo comenzado.

7. El discurso debe dirigirse a los más avanzados y firmes, a la viña que ya ha florecido, la cual, aunque no tiene que temer por las flores del frío, no está segura de los frutos ante los zorros. Debemos explicar más claramente qué son espiritualmente estos zorros, por qué se les llama pequeños, por qué se ordena principalmente capturarlos y no ahuyentarlos o matarlos: también se deben introducir los diversos tipos de estas bestias para un mayor conocimiento y precaución de los oyentes; no ciertamente con este discurso, para evitar el fastidio, y que nuestra devoción se perpetúe en la gracia y confesión de la gloria del gran Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXIV Sobre las tentaciones de los monjes avanzados, que sufren los zorros, o tentaciones más molestas para ellos. También sobre los herejes, zorros de la Iglesia, que deben ser capturados.

1. Cumplo mi promesa. Capturadnos los zorros pequeños, que destruyen las viñas: porque nuestra viña ha florecido (Cant. II, 15). Los zorros son tentaciones. Es necesario que vengan las tentaciones. ¿Quién será coronado, sino el que ha luchado legítimamente? (II Tim. II, 3.) ¿O cómo lucharán, si falta quien los ataque? Tú, pues, al acercarte al servicio de Dios, permanece en el temor y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1), seguro de que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12). Ahora bien, las tentaciones son diversas, según la diversidad de los tiempos. Y en nuestros inicios, como sobre las tiernas flores de las nuevas plantaciones, incide evidentemente el frío, del cual recordamos en otro sermón, y advertimos a los principiantes de este peligro (Arriba, serm. 63, n. 6). Ahora bien, las virtudes contrarias no se atreven a oponerse abiertamente a los estudios más santos de los que progresan, pero suelen acechar en secreto, como ciertos zorros fraudulentos; en apariencia virtudes, pero en realidad vicios. ¡Cuántos, por ejemplo, que han entrado en los caminos de la vida, han progresado hacia lo mejor, avanzando bien y con seguridad por las sendas de la justicia, he visto, por desgracia, ser vilmente suplantados por el fraude de estos zorros, y tarde lamentarse por los frutos de las virtudes sofocadas en ellos!

2. He visto a un hombre correr bien; y he aquí un pensamiento: ¿no fue un pequeño zorro? ¿Cuántos, dice, el bien que disfruto solo, si estuviera en mi patria, podría compartirlo con mis hermanos y parientes, conocidos y amigos? Me aman, y fácilmente accederían a mi persuasión. ¿Por qué esta pérdida? Voy allí, y salvo a muchos de ellos, y a mí mismo también. Y no hay que temer el cambio de lugar. Pues, mientras haga el bien, ¿qué importa dónde? salvo que allí sin duda es mejor, donde viva más fructuosamente. ¿Qué más? Va, y el pobre se pierde, no tanto exiliado a la patria, como regresando a la carne al vómito. Y el infeliz se perdió a sí mismo, y no ganó a ninguno de los suyos. He aquí un pequeño zorro, esta esperanza frustratoria que tuvo en la adquisición de los suyos. Tú también puedes por ti mismo encontrar o advertir otros similares a este en ti mismo, si no descuidas.

3. ¿Quieres que te muestre aún otro? También lo haré, y te mostraré un tercero, y un cuarto, si te encuentro vigilante para capturarlos, si acaso los adviertes en tu viña. A veces, a alguien que progresa bien, cuando siente que algo de la gracia suprema se le derrama más

abundantemente, le surge el deseo de predicar, no ciertamente a los padres y parientes, según aquello: No consulté enseguida con carne y sangre (Gál. I, 16); sino como más puro, más fructífero y más fuerte, en todas partes a extraños y a todos. Con mucha cautela. Ciertamente teme incurrir en la maldición profética, si oculta entre los pueblos los granos que recibió en secreto (Prov. II, 26): y actuar contra el Evangelio, si no predica sobre los tejados lo que oyó al oído (Mat. X, 27). Es un zorro, y más nocivo que el anterior, cuanto más oculto viene. Pero te lo capturo. Moisés dice primero: No ararás con el primogénito del buey (Deut. XV, 19). Pablo interpretando esto dice: No sea neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo (I Tim. III, 6): y de nuevo, Nadie, dice, toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios como Aarón (Heb. V, 4); también él: ¿Cómo predicarán, dice, si no son enviados? (Rom. X, 15.) Y sabemos que el oficio del monje no es enseñar, sino llorar. Con estas y otras semejantes recojo una red y capturo al zorro, para que no destruya la viña. De esto se desprende claramente y es seguro que predicar públicamente no conviene al monje, ni es conveniente para el novicio, ni es lícito para el no enviado. Por lo tanto, ir contra estas tres cosas, ¿cuánta demolición de la conciencia es? Así que cualquier cosa que se sugiera al alma, ya sea tu pensamiento o una insinuación por un ángel malo, reconoce al zorro engañoso, es decir, el mal bajo la apariencia de bien.

4. Pero mira otro. ¿Cuántos, fervientes en espíritu, han sido recibidos por la soledad del desierto desde los monasterios, y o bien los ha vomitado tibios, o los ha retenido contra la ley del desierto, no solo relajados, sino también disolutos? Y así apareció que había un zorro cuando se hizo tal devastación de la viña, es decir, un detrimento de la vida y la conciencia del hombre. Pensaba que, si vivía solo, percibiría mucho más abundantes frutos del espíritu, ya que en la vida común había experimentado tanta gracia espiritual. Y su pensamiento le pareció bueno; pero el resultado mostró que más bien ese pensamiento fue un zorro que demolía.

5. ¿Qué hay de eso que también nos inquieta tantas veces en esta casa, y tan gravemente, hablo de la notable y supersticiosa abstinencia de algunos que están entre nosotros, por la cual se hacen molestos a todos y todos a ellos? ¿Cómo no es esta misma discordia tan general, y su propia demolición de la conciencia, y, en lo que a él respecta, una gran demolición de esta viña que plantó la mano del Señor, es decir, de vuestra unanimidad? ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! (Mat. XVIII, 7.) Quien escandalice, dice, a uno de estos pequeños (Mar. IX, 41): es duro lo que sigue. ¿Cuánto más duras merece quien escandaliza a una multitud tan grande y tan santa? Llevará un juicio durísimo quienquiera que sea. Pero esto será en otra ocasión.

6. Ahora prestemos atención a lo que dice el Esposo sobre estos pequeños y astutos animales que demuelen las viñas. Los llamaría pequeños, no por malicia, sino por sutileza. Este género de animal es astuto por naturaleza, y muy dispuesto a dañar en secreto: y me parece que designa muy congruentemente ciertos vicios sutilísimos disfrazados con la apariencia de virtudes, de los cuales ya he expresado en parte la forma con ejemplos para conocimiento, aunque pocos. Pues no pueden dañar de otra manera, sino que se hacen pasar por virtudes con cierta similitud de virtudes. Son, pues, o vanos pensamientos de los hombres, o insinuaciones hechas por ángeles malos, ángeles de Satanás, que se transforman en ángeles de luz (II Cor. II, 14), preparando sus flechas en la aljaba, es decir, en secreto, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 2). Por eso creo que se les llama pequeños, porque mientras los demás vicios se presentan con cierta corpulencia, este género, por su sutileza, no puede ser fácilmente reconocido, y por lo tanto no puede ser evitado, salvo por los perfectos y ejercitados, y quienes tienen los ojos del corazón iluminados para discernir el bien y el mal, y especialmente para discernir los espíritus, que con el Apóstol pueden decir, que no ignoramos

las astucias de Satanás, ni sus pensamientos (II Cor. II, 11). Y mira si acaso por esto el Esposo ordena que no sean exterminados, ni ahuyentados, ni muertos, sino capturados: que estas bestias espirituales y engañosas deben ser observadas y examinadas con toda vigilancia y cautela, y así capturadas, es decir, comprendidas en su astucia. Por lo tanto, cuando se descubre el engaño, cuando se revela el fraude, cuando se demuestra la falsedad; correctamente se dice que ha sido capturado el pequeño zorro que demolía la viña. Finalmente, decimos que un hombre es capturado en el discurso, como tienes en el Evangelio, porque los fariseos se reunieron para atrapar a Jesús en su discurso (Mat. XXII, 15).

7. Así, el Esposo ordena capturar a los pequeños zorros que demuelen las viñas, es decir, ser descubiertos, convencidos, revelados. Solo este género de maldad tiene como propio que, una vez reconocido, ya no daña, de modo que reconocerlo es vencerlo. ¿Quién, sino un demente, sabiendo y conociendo una trampa descubierta, pone el pie en ella? Por lo tanto, basta con que sean capturados los que son de este tipo, es decir, si los revelas y los sacas a la luz; pues para ellos aparecer es perecer. No así los demás vicios. Vienen manifiestamente, dañan manifiestamente; capturan a los que saben, superan a los que resisten, ya que actúan con fuerza, no con engaño. Por lo tanto, contra estas bestias que atacan abiertamente no se necesita investigación, sino refrenamiento. Solo estos pequeños zorros, disimula los más grandes, porque una vez descubiertos ya no dañan, basta con sacarlos a la luz y capturarlos en su astucia. Pues tienen madrigueras. Por esta razón, estos zorros se ordenan capturar y se describen como pequeños. O por eso pequeños, para que vigilando atentamente los vicios nacientes en su mismo origen, mientras aún son pequeños, los captures inmediatamente, para que al crecer no dañen más y sean más difíciles de capturar.

8. Y si según la alegoría entendemos las viñas como las Iglesias, los zorros como las herejías, o más bien los mismos herejes: el sentido es simple, que los herejes deben ser capturados más bien que ahuyentados. Capturados, digo, no con armas, sino con argumentos, con los cuales se refuten sus errores; ellos mismos, si es posible, reconciliados con la Iglesia, devueltos a la verdadera fe. Pues esta es la voluntad de aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II, 4). Esto es lo que él mismo declara querer, quien no simplemente dice, capturad los zorros, sino, capturadnos los zorros. Por lo tanto, ordena que estos zorros sean adquiridos para él y para su esposa, es decir, para la Iglesia católica, cuando dice, capturadlos para nosotros. Así que un hombre de la Iglesia ejercitado y docto, si se dispone a disputar con un hombre hereje, debe dirigir su intención a convencer al errante, para convertirlo, pensando en lo que dice el apóstol Santiago: Porque quien haga volver al pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados (Sant. V, 20). Pero si no quiere volver, ni convencido después de la primera y segunda amonestación, como quien está completamente pervertido; será, según el Apóstol, evitado (Tit. III, 10). Desde entonces, mejor, como yo creo, es ahuyentado, o incluso atado, que permitido demoler las viñas.

9. No por eso debe pensar que no ha hecho nada quien ha vencido y convencido a un hereje, ha refutado las herejías, ha distinguido claramente lo verosímil de lo verdadero; ha mostrado con razón clara e irrebatible que los dogmas perversos son perversos; finalmente, ha reducido a cautiverio el entendimiento perverso que se levanta contra el conocimiento de Dios. Sin duda ha capturado al zorro, quien ha hecho tales cosas, aunque no para su salvación; y lo ha capturado para el Esposo y la Esposa, aunque de otra manera. Pues, aunque el hereje no se levante de su fango, la Iglesia, sin embargo, se confirma en la fe: y ciertamente el Esposo se regocija por los progresos de la Esposa. Porque la alegría del Señor es nuestra fortaleza (II Esdr. VIII, 10). Finalmente, no considera ajenas nuestras ganancias, quien se asocia tan

dignamente con nosotros, cuando ordena capturar los zorros, no para él, sino para nosotros con él. Capturad, dice, para nosotros. Es de notar lo que dice, para nosotros. ¿Qué hay más social que esta voz? ¿No te parece que dice esto, como un padre de familia, que no tiene nada por sí mismo, sino todo en común con su esposa e hijos y domésticos? Y quien habla es Dios, pero no lo dice como Dios, sino como Esposo.

10. Capturadnos los zorros. ¿Ves cuán socialmente habla, quien no tiene compañero? Podría haber dicho: Para mí, pero prefirió, para nosotros, deleitándose en la compañía. ¡Oh dulzura! ¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor! ¿Así que el más alto de todos se ha hecho uno con todos? ¿Quién hizo esto? El amor, ignorante de dignidad, rico en dignación, poderoso en afecto, eficaz en persuasión. ¿Qué más violento? El amor triunfa sobre Dios. ¿Qué, sin embargo, tan no violento? Es amor. ¿Qué es esta fuerza, te pregunto, tan violenta para la victoria, tan vencida para la violencia? Finalmente, se anonadó a sí mismo (Filip. II, 7), para que sepas que fue por amor que la plenitud se derramó, que la altura se igualó, que la singularidad se asoció. ¿Con quién, oh admirable Esposo, tienes tan familiar compañía? Con nosotros, dices, capturad. ¿Con quién contigo? ¿Con la Iglesia de los gentiles? Está formada por mortales y pecadores. Sabemos quién es ella. Pero tú, ¿quién eres, tan devoto, tan ambicioso amante de esta etíope? Ciertamente no otro Moisés, sino más que Moisés (Núm. XII, 1). ¿Eres tú aquel hermoso en forma más que los hijos de los hombres? (Sal. XLIV, 3.) Poco he dicho; eres el resplandor de la vida eterna, el esplendor y figura de la sustancia de Dios (Heb. I, 3); finalmente, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén (Rom. IX, 5).

ADVERTENCIA EN LOS DOS SIGUIENTES SERMONES.

Hemos asignado un lugar más oportuno a las cartas de Evervino, hasta ahora editadas aquí entre los sermones, entre las cartas de diversos a Bernardo. Véase Obras, tomo I col. 676. EDIT.

SERMON LXV. Sobre los herejes clandestinos, cuya religión preposterosa y el afán de ocultar sus misterios, así como la escandalosa convivencia con mujeres, critica.

1. Os he disputado dos sermones sobre un solo capítulo: preparo un tercero [o, me dispongo a editar], si no os cansa escuchar. Y lo considero necesario. Pues en lo que respecta a nuestra viña doméstica, que sois vosotros, creo haber hecho lo suficiente en dos sermones para su defensa contra las insidias de los zorros de triple género, que son aduladores, detractores, y ciertos espíritus seductores, hábiles y acostumbrados a inducir el mal bajo la apariencia de bien. Pero no así con la viña del Señor. Hablo de aquella que ha llenado la tierra, de la cual también somos parte: una viña muy grande, plantada por la mano del Señor, redimida con sangre, regada con la palabra, propagada con gracia, fecundada con el espíritu. Por lo tanto, al cuidar más de lo propio, he sido menos útil en lo común. Sin embargo, me mueve la multitud de los que la demuelen, la escasez de los que la defienden, la dificultad de la defensa. La dificultad la hace la ocultación. Pues aunque la Iglesia siempre desde su inicio ha tenido zorros, todos ellos, una vez descubiertos, fueron capturados rápidamente. El hereje combatía abiertamente (pues era hereje principalmente porque deseaba vencer abiertamente), y sucumbía. Así, pues, aquellos zorros eran fácilmente capturados. ¿Qué importa si, puesta la verdad en la luz, el hereje permanecía en las tinieblas de su obstinación, solo fuera, relegado, secándose? No obstante, el zorro era considerado capturado, condenado en su impiedad, y el impío enviado fuera, viviendo ya para la exhibición, no para el fruto. De esto, según el profeta, tenían pechos secos y vientre estéril (Ose. IX, 14); porque el error públicamente refutado no brota de nuevo, y la falsedad descubierta no germina.

2. ¿Qué haremos con estas zorras malvadas, para que puedan ser capturadas, aquellas que prefieren dañar antes que vencer, y ni siquiera quieren aparecer, sino reptar? Todos los herejes siempre han tenido una sola intención: captar la gloria de la singularidad del conocimiento. Esta sola herejía es más maligna y astuta que las demás, se alimenta de los daños ajenos, descuidando su propia gloria. Instruida, creo, por los ejemplos de los antiguos, que no podían escapar una vez descubiertos, sino que eran capturados de inmediato, es cauta al operar el misterio de la iniquidad con un nuevo tipo de maleficio, tanto más libre cuanto más oculto. Finalmente, han establecido, como se dice, escondites para sí mismos, han fortalecido para sí un discurso malvado. Jura, perjura; no reveles el secreto. Sin embargo, en otros casos no consienten ni siquiera jurar ligeramente, debido a aquello del Evangelio: No jures, ni por el cielo, ni por la tierra (Mat. V, 34, 35), etc. ¡Oh necios y tardos de corazón, llenos claramente del espíritu farisaico, colando el mosquito y tragando el camello! (Mat. XXIII, 24). ¿No se puede jurar, y se puede perjurar? ¿O en esto solo se permite ambos? ¿De qué lugar de los Evangelios me traen esta excepción, ustedes que, como falsamente se glorían, no pasan por alto ni una jota? Se ve que observan supersticiosamente lo del juramento, y presumen escandalosamente del perjurio. ¡Oh perversidad! Lo que se dispuso por precaución, a saber, no jurar; esto lo observan con tanto celo como si fuera un mandato: y lo que está sancionado con derecho inmutable, a saber, no perjurar, esto lo dispensan a su voluntad como si fuera indiferente. Dicen que no, pero para no publicar el misterio. Como si no fuera gloria de Dios revelar la palabra. ¿O envidian la gloria de Dios? Pero más bien creo que se avergüenzan de divulgarlo, sabiendo que es deshonroso. Pues se dice que hacen cosas nefandas y obscenas en secreto, ya que incluso las partes traseras de las zorras apestan.

3. Pero callo lo que negarían: que respondan a lo manifiesto. ¿Acaso, según el Evangelio, evitan dar lo santo a los perros y las perlas a los cerdos (Mat. VII, 6)? Pero esto es admitir abiertamente que no son de la Iglesia, quienes consideran perros y cerdos a todos los que son de la Iglesia. Pues sin excepción creen que debe sustraerse a todos los que no son de su secta aquello suyo, sea lo que sea. Sin embargo, aunque lo sientan así, no responderán, para no ser descubiertos, lo cual evitan de todas las maneras, pero no escaparán. Respóndeme, oh hombre, que sabes más de lo que conviene, y más de lo que se puede decir, desvarías. ¿Es de Dios, o no, el misterio que ocultas? Si lo es, ¿por qué no lo revelas para su gloria? Pues la gloria de Dios es revelar la palabra. Si no lo es, ¿por qué tienes fe en lo que no es de Dios, sino porque eres hereje? O bien revelen el secreto de Dios para la gloria de Dios; o nieguen el misterio de Dios, y no nieguen que son herejes; o ciertamente confiesen que son enemigos manifiestos de la gloria de Dios; quienes no quieren que se haga manifiesto lo que saben que será para su gloria. La verdad de la Escritura permanece: Gloria de los reyes es ocultar la palabra, gloria de Dios es revelar la palabra (Prov. XXV, 2). ¿No quieres tú revelar? Entonces no quieres glorificar a Dios. Pero tal vez no aceptas esta Escritura. Así es: se profesan emuladores solo del Evangelio, y solo de él. Respondan, pues, al Evangelio. Lo que digo, dice, en las tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los tejados (Mat. X, 27). Ya no se puede callar. ¿Hasta cuándo se mantiene oculto lo que Dios manda que se haga público? ¿Hasta cuándo está oculto vuestro Evangelio? Sospecho; no es de Pablo el vuestro: pues él confiesa que el suyo no está oculto. Y si, dice, mi Evangelio está oculto, está oculto para los que se pierden (II Cor. IV, 3). Mirad que no os diga a vosotros, entre quienes se encuentra oculto el Evangelio. ¿Qué más claro que perecéis? ¿O acaso tampoco aceptáis a Pablo? De algunos así he oído. Pues no todos entre vosotros estáis de acuerdo en todo, aunque todos discrepéis de nosotros.

4. Pero ciertamente las palabras, escritos y tradiciones de aquellos que estuvieron corporalmente con el Salvador, todos, si no me equivoco, los recibís con la misma autoridad

del Evangelio, sin distinción. ¿Acaso ellos mantuvieron oculto su Evangelio? ¿Acaso callaron la debilidad de la carne en Dios, el horror de la muerte, la ignominia de la cruz? Y ciertamente su sonido salió por toda la tierra (Sal. XVIII, 5). ¿Dónde está la forma y vida apostólica que proclamáis? Ellos claman, vosotros susurráis; ellos en público, vosotros en un rincón; ellos vuelan como nubes (Is. LX, 8), vosotros os escondéis en casas oscuras y subterráneas. ¿Qué semejanza mostráis con ellos? ¿Acaso que no lleváis a las mujeres con vosotros, sino que las encerráis? No es igual la compañía que la cohabitación, ambas son sospechosas. Pero, ¿quién de ellos podría sospechar algo siniestro, quienes resucitaban muertos? Haz tú lo mismo, y consideraré a la mujer que yace contigo como un hombre. De lo contrario, te apropias temerariamente de la dispensa de aquellos cuya santidad no tienes. Estar siempre con una mujer y no conocerla, ¿no es más que resucitar a un muerto? Lo que es menos no puedes; y lo que es más, ¿quieres que te lo crea? Cada día tu costado está junto al costado de una joven en la mesa; tu lecho junto al suyo en la habitación, tus ojos en los suyos en la conversación, tus manos en las suyas en el trabajo: ¿y quieres ser considerado continente? Supongamos que lo eres: pero yo no carezco de sospecha. Eres un escándalo para mí: quita la causa del escándalo, para que te pruebes verdadero, como proclamas, emulador del Evangelio. ¿No condena el Evangelio a quien escandaliza a uno de la Iglesia? Tú escandalizas a la Iglesia. Eres una zorra que destruye la viña. Ayudadme, compañeros, para que sea capturada; o más bien, capturadla para nosotros, oh santos ángeles. Es muy astuta, cubierta de iniquidad e impiedad. Claramente tan pequeña y sutil, que fácilmente elude la vista humana. ¿Acaso también la vuestra? Por eso esa voz a vosotros, como compañeros del esposo: Captadnos las zorras pequeñas (Cant. II, 15). Haced, pues, lo que se os manda; captadnos esta zorra tan astuta, que ya hace tiempo perseguimos en vano. Enseñad y sugerid cómo se puede descubrir el engaño. Pues esto es haber capturado a la zorra; porque mucho más daña un falso católico, que si apareciera como verdadero hereje. No es, sin embargo, del hombre saber lo que hay en el hombre, a menos que alguien haya sido iluminado por el Espíritu de Dios para esto, o informado por la industria angélica. ¿Qué señal daréis, para que se haga manifiesta esta pésima herejía, que ha aprendido a mentir no solo con la lengua, sino con la vida?

5. Y ciertamente la reciente devastación de la viña indica que ha estado presente la zorra: pero no sé con qué arte de fingir, este animal tan astuto confunde sus huellas, de modo que no es fácil para el hombre descubrir por dónde entra o sale. Y aunque la obra es evidente, no aparece el autor; así disimula todo lo que está a la vista. Finalmente, si preguntas por su fe, nada más cristiano; si por su comportamiento, nada más irreprochable: y lo que dice, lo prueba con hechos. Ves al hombre, en testimonio de su fe, frecuentar la iglesia, honrar a los sacerdotes, ofrecer su don, hacer confesión, participar en los sacramentos. ¿Qué más fiel? Ahora, en cuanto a la vida y costumbres, no engaña a nadie, no supera a nadie, no oprime a nadie. Además, sus rostros pálidos por los ayunos, no come pan ocioso, trabaja con sus manos para sustentarse. ¿Dónde está la zorra ahora? La teníamos: ¿cómo se escapó de nuestras manos? ¿Cómo desapareció tan repentinamente? Insistamos, investiguemos: por sus frutos la conoceremos. Y ciertamente la demolición de las viñas testifica la presencia de la zorra. Mujeres, dejando a sus maridos, y también hombres, abandonando a sus esposas, se unen a ellos. Clérigos y sacerdotes, dejando a los pueblos y las iglesias, se encuentran a menudo entre ellos, sin cortar el cabello y con barba, entre tejedores y tejedoras. ¿No es esta una grave demolición? ¿No son estas obras de zorras?

6. Pero tal vez no en todos estos casos se descubren tan manifiestamente: y si lo son, no hay de dónde probarlo. ¿Cómo los capturamos? Volvamos a la compañía y convivencia con mujeres, pues entre ellos no hay nadie que carezca de esto. Pregunto a uno de ellos. ¡Eh tú,

buen hombre! ¿Quién es esta mujer, y de dónde es para ti? ¿Es tu esposa? No, dice, pues no conviene a mi voto. ¿Entonces es tu hija? No. ¿Qué es entonces? ¿No es hermana, ni sobrina, ni al menos en algún grado de parentesco o afinidad contigo? En absoluto. ¿Y cómo es segura para ti esta continencia con ella? Ciertamente no te está permitido. La Iglesia prohíbe la cohabitación de hombres y mujeres en aquellos que han hecho voto de continencia. Si no quieres escandalizar a la Iglesia, expulsa a la mujer. De lo contrario, por este solo hecho, las demás cosas, que no son tan manifiestas, se vuelven sin duda creíbles.

7. Pero, ¿en qué lugar del Evangelio me muestras que esto está prohibido? Has mencionado el Evangelio; al Evangelio irás. Si obedeces al Evangelio, no harás escándalo: pues el Evangelio prohíbe claramente hacer escándalo. Pero tú lo haces, al no remover a esa mujer según lo establecido por la Iglesia. Eras sospechoso, pero ahora serás considerado manifiestamente tanto despreciador del Evangelio como adversario de la Iglesia. ¿Qué juzgáis, hermanos? Si es pertinaz y no obedece al Evangelio, ni accede a la Iglesia, ¿qué más puede tergiversar? ¿No os parece que el engaño ha sido descubierto y la zorra capturada? Si no remueve a la mujer, no remueve el escándalo; si no remueve el escándalo cuando puede hacerlo, se le considera transgresor del Evangelio. ¿Qué hará la Iglesia, sino remover a quien no quiere remover el escándalo, para que no sea semejante a aquel desobediente? Pues tiene el mandato en el Evangelio de no perdonar al ojo que escandaliza, ni a la mano, ni al pie; sino arrancarlo, cortarlo y echarlo fuera. Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano (Mat. XVIII, 6-9, 17).

8. ¿Hemos hecho algo? Creo que sí. Hemos capturado a la zorra, porque hemos percibido el engaño. Son manifiestos quienes se ocultaban como falsos católicos, verdaderos depredadores de lo católico. Pues mientras tomabas conmigo dulces alimentos (me refiero al cuerpo y sangre de Cristo), mientras caminábamos juntos en la casa de Dios, había lugar para persuadir, más bien oportunidad para seducir, según aquello de la Sabiduría: El hipócrita con su boca engaña a su amigo (Prov. XI, 9). Ahora, sin embargo, fácilmente, según la sabiduría de Pablo, después de una y otra amonestación, evitaré al hombre hereje, sabiendo que está pervertido quien tal es (Tit. III, 10, 11); y por tanto, cauteloso, preveré que no sea también un pervertidor. Así que es algo, según la palabra del Sabio, que los inicuos sean atrapados en sus propias trampas (Prov. XI, 6), especialmente aquellos inicuos que usan trampas como armas con cautela. Pues el conflicto y la defensa han desaparecido por completo de ellos. Este género es vil y rústico, sin letras, y completamente inofensivo. En definitiva, son zorras, y pequeñas; pero tampoco son defendibles aquellas cosas en las que se dice que piensan mal; ni tan sutiles como persuasivas, y eso solo para mujeres rústicas e ignorantes, y como ciertamente son todos, cuantos he experimentado que aún pertenecen a esta secta. Pues en todas sus afirmaciones, ya que son muchas, no recuerdo haber oído nada nuevo o inaudito, sino lo que es trillado, y hace tiempo ventilado entre los antiguos herejes, pero triturado y ventilado por los nuestros. Sin embargo, se debe decir, y diré, cuáles son esas necedades; en parte las que, respondiendo menos cautelosamente a los que se inquieren como católicos, ellos mismos han confesado; en parte las que, divididos entre sí, litigando, se han delatado unos a otros; en parte también las que algunos de ellos, regresando a la Iglesia, han revelado: no para responder a todas, pues no es necesario, sino solo para que se conozcan. Pero esto será obra de otro sermón, para alabanza y gloria del nombre del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXVI. Sobre los errores de los herejes acerca del matrimonio, el bautismo de los niños, el purgatorio, las oraciones por los difuntos y la invocación de los santos.

1. Captadnos las zorras pequeñas, que destruyen las viñas (Cant. II, 15). He aquí que voy hacia esas zorras. Son ellas las que se desvían del camino y vendimian la viña. No están contentas con abandonar el camino, a menos que también puedan desertar de la viña, añadiendo prevaricación. No les basta ser herejes, sino que también son hipócritas, para que el pecado sea en exceso pecaminoso. Estos son los que vienen con vestiduras de ovejas para desnudar a las ovejas y despojar a los carneros. ¿No te parece que ambas cosas se cumplen, donde se encuentra que tanto la fe de los pueblos como los sacerdotes de los pueblos han sido depredados? ¿Quiénes son estos ladrones? Son ovejas en apariencia, zorras en astucia, lobos en acción y crueldad. Son los que quieren parecer buenos, no serlo; no quieren parecer malos, sino serlo. Son malos, y quieren parecer buenos, para no ser los únicos malos; temen parecer malos, para no ser poco malos. Pues la malicia siempre ha dañado menos abiertamente, y nunca un bueno ha sido engañado, sino por la simulación de bondad. Así, pues, se esfuerzan por parecer buenos a los buenos para el mal; no quieren parecer malos, para que se les permita más malignar. Pues no es entre ellos cultivar virtudes, sino colorear vicios con un cierto barniz de virtudes. En definitiva, titulan la impiedad de la superstición con el nombre de religión. Definen la inocencia solo en no dañar abiertamente, reclamando para sí solo el color de la inocencia. Para cubrir la deshonestidad, se han señalado con el voto de continencia. Por lo demás, consideran que la deshonestidad solo debe ser reputada en las esposas: cuando es la única causa, que con la esposa, excusa la deshonestidad en el coito. Son hombres rústicos e ignorantes, y completamente despreciables: pero no se debe, os digo, tratar con ellos negligentemente. Pues avanzan mucho en la impiedad, y su palabra se extiende como cáncer (II Tim. II, 16, 17).

2. En definitiva, el Espíritu Santo no los ha descuidado, quien de ellos profetizó tan claramente, diciendo el Apóstol: Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus de error y a doctrinas de demonios, hablando mentiras en hipocresía, teniendo cauterizada su propia conciencia, prohibiendo casarse, absteniéndose de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias (I Tim. IV, 13). A estos, precisamente a estos se refería. Estos prohíben casarse, estos se abstienen de alimentos que Dios creó, de los cuales veremos después. Ahora bien, ved si no es propiamente burla de demonios y no de hombres, según lo que el Espíritu había predicho. Pregunta a ellos por el autor de su secta; no darán a nadie. ¿Qué herejía no ha tenido un propio hereje humano como líder? Los maniqueos tuvieron a Manes como príncipe y maestro, los sabelianos a Sabelio, los arrianos a Arrio, los eunomianos a Eunomio, los nestorianos a Nestorio. Así todas las demás pestes de este tipo, cada una se sabe que tuvo un maestro humano, de quien tomaron origen y nombre. ¿Con qué nombre o título los denominarás? Ninguno; pues su herejía no es de hombre, ni la recibieron por hombre. Sin embargo, lejos esté que por revelación de Jesucristo, sino más bien y sin duda, como el Espíritu Santo predijo, por la inmersión y fraude de demonios, hablando mentiras en hipocresía, prohibiendo casarse.

3. En hipocresía claramente hablan esto y con astucia de zorra, fingiendo que lo dicen por amor a la castidad, lo que más bien inventaron para fomentar y multiplicar la deshonestidad. Sin embargo, la cosa es tan evidente, que me maravillo de cómo pudo persuadirse alguna vez a un hombre cristiano, a menos que estos sean tan bestiales que no adviertan cómo se suelta toda inmundicia al condenar el matrimonio; o ciertamente tan llenos de malicia y absorbidos por la malignidad diabólica, que, advirtiendo, disimulan y se alegran en la perdición de los hombres. Quita de la Iglesia el matrimonio honorable y el lecho sin mancilla (Heb. XIII, 4); ¿no la llenas de concubinarios, incestuosos, seminífugos, afeminados, concubitores de hombres, y en definitiva de todo género de inmundos? Elige, pues, cualquiera de las dos, o

salvar a todos estos monstruos humanos, o reducir el número de los salvados a la escasez de los continentes. ¡Qué parco en uno! ¡Qué generoso en el otro! Ninguno de estos conviene al Salvador. ¿Qué? ¿Se coronará la deshonestidad? Nada menos conviene al autor de la honestidad. ¿Se condenará a la universalidad excepto a unos pocos continentes? Esto no es ser Salvador. La continencia es rara en la tierra, y no por tan poco beneficio la plenitud se vació a sí misma. ¿Y cómo de ella todos recibimos, si solo concedió a los continentes la participación de sí misma? No hay respuesta para esto. Pero tampoco para aquello, creo. Si hay lugar para la honestidad en los cielos, y no hay, sin embargo, consorcio entre lo honesto y lo deshonesto, como no hay sociedad entre la luz y las tinieblas: ciertamente ningún lugar queda para los inmundos en el lugar de la salvación. Si alguien piensa de otra manera, la voz apostólica lo reprenderá, afirmando sin ambigüedad: Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. V, 21). ¿Por dónde saldrá de la cueva esta insidiosa zorra? Creo que ha sido atrapada en la fosa, donde se ha hecho dos salidas, una por donde entra, otra por donde sale. Pues acostumbra hacerlo así. Mira, pues, cómo en ambos lados se le ha cerrado la salida. Si coloca solo a los continentes en los cielos, la salvación se pierde en gran parte; si coloca toda la inmundicia junto con los continentes, se pierde lo honesto. Pero más justamente se pierde ella misma, sin salir ni por aquí ni por allá, encerrada perpetuamente, y capturada en la fosa que hizo.

4. Sin embargo, algunos disienten de los demás y afirman que el matrimonio solo puede contraerse entre vírgenes. Pero no veo qué razón pueden aportar en esta distinción, salvo que cada uno, a su antojo, se esfuerza por desgarrar los sacramentos de la Iglesia, como si fueran las entrañas de una madre, con un diente venenoso. Porque lo que dicen sobre los primeros cónyuges, que eran vírgenes, ¿qué prejuicio, pregunto, tiene esto sobre la libertad del matrimonio, para que no se pueda contraer también entre no vírgenes? Pero murmuran que han encontrado algo en el Evangelio que creen que apoya su necedad. Creo que es aquello que el Señor dijo después de haber citado el testimonio del Génesis: "Y creó Dios al hombre a su imagen y semejanza, los creó varón y hembra"; luego añadió: "Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre" (Gen. I, 27; Mat. XIX, 4, 6). Dicen que Dios unió a estos porque ambos eran vírgenes, y ya no se les permitió separarse: pero no será de Dios una unión presumida de otra manera. ¿Quién te dijo que fueron unidos por Dios porque eran vírgenes? Porque la Escritura no lo dice. ¿Acaso no eran vírgenes?, dices. Lo eran; pero no es lo mismo ser unidos como vírgenes que ser unidos porque eran vírgenes. Aunque tampoco encontrarás dicho expresamente que eran vírgenes, aunque lo fueran. Ciertamente, se expresa la diversidad de sexos, no la virginidad, cuando se dice: "Los creó varón y hembra". Con razón. Porque la unión marital de los cuerpos no requiere integridad, sino aptitud de sexos. Por tanto, el Espíritu Santo, al instituirla, expresó el sexo y calló sobre la virginidad, y no dio ocasión a las astutas zorras de cazar la palabra. Lo cual habrían hecho gustosamente; aunque también en vano. ¿Qué si hubiera dicho: "Los creó vírgenes"? ¿Acaso por eso habrías sostenido inmediatamente que solo los vírgenes pueden unirse? Y sin embargo, ¿cómo habrías exultado solo por la ocasión de la palabra? ¿Cómo habrías despreciado las segundas y terceras nupcias? ¿Cómo habrías insultado a la Iglesia católica, que une con tanto gusto a prostitutas y proxenetas, cuanto más no duda en hacerlos pasar de lo vil a lo honesto? Quizás también habrías reprendido a Dios por ordenar al profeta que tomara una prostituta (Ose. I, 2): pero ahora falta la ocasión, y te complace ser hereje gratuitamente. Porque el testimonio que usaste para sostener tu error, se ha encontrado que vale más para destruirlo; no hace nada a tu favor, pero mucho en tu contra.

5. Ahora escucha lo que te confundirá por completo o te corregirá, y aplastará y destruirá tu herejía. La mujer está ligada a su marido mientras él vive; pero si su marido muere, queda

libre de la ley del marido; que se case con quien quiera, solo en el Señor (I Cor. VII, 39). Es Pablo quien concede a la viuda que se case con quien quiera: y tú, en cambio, ordenas: Ninguna se case excepto la virgen, y esto solo con un virgen, para que ni siquiera ella se case con quien quiera. ¿Por qué acortas la mano de Dios? ¿Por qué restringes la amplia bendición del matrimonio? ¿Por qué reclamas para la virgen lo que se ha concedido al sexo? Pablo no lo concedería si no fuera lícito. Pero digo poco, lo concede: también lo desea. Quiero, dice, que las jóvenes se casen (I Tim. V, 14): y no hay duda de que se refiere a las viudas. ¿Qué más claro? Por tanto, lo que concede, porque es lícito; también lo desea, porque es conveniente. ¿Lo que es lícito y conveniente, lo prohíbe el hereje? Nada persuadirá de esta prohibición, excepto que es un hereje.

6. Resta que también molestemos un poco a estos con el resto de la profecía apostólica. Se abstienen, como predijo él, de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias (I Tim. IV, 3): demostrando también aquí que son herejes, no porque se abstengan, sino porque se abstienen heréticamente. Porque yo también a veces me abstengo; pero mi abstinencia es satisfacción por los pecados, no superstición por impiedad. ¿Acaso reprendemos a Pablo por castigar su cuerpo y reducirlo a servidumbre? (I Cor. IX, 27). Me abstendré del vino, porque en el vino hay lujuria (Efe. V, 18); o si estoy enfermo, usaré un poco, según el consejo de Pablo (I Tim. V, 23). Me abstendré de las carnes, para que mientras nutren demasiado la carne, no nutran también los vicios de la carne. Procuraré tomar el pan con medida, para que no me canse de estar de pie para orar con el vientre lleno, y para que el profeta no me reproche también por haber comido mi pan en saciedad (Eze. XVI, 49). Pero ni siquiera me acostumbraré a embriagarme con agua simple, para que la distensión del vientre no llegue a la excitación de la lujuria. El hereje de otra manera. Desde luego, aborrece la leche y todo lo que se hace con ella: finalmente, todo lo que se genera por coito. Correcto y cristiano, si no es porque proviene del coito, sino para que no provoquen al coito.

7. Pero, ¿qué significa que se evite tan generalmente todo lo que se genera por coito? Esta observación tan marcadamente expresada de los alimentos me genera sospecha. Sin embargo, si nos presentas esto como una regla de los médicos, no reprobamos el cuidado de la carne, que nadie jamás odió, si no es excesivo. Si es de la disciplina de los abstinentes, es decir, de la escuela de los médicos espirituales; también aprobamos la virtud con la que domas la carne, frenas la lujuria. Pero si prescribes la beneficencia de Dios con la locura de Maniqueo, de modo que lo que Él creó y donó para ser recibido con acción de gracias, tú, no solo ingrato, sino también temerario censor, lo declares inmundo, y te abstengas de ello como si fuera malo; no alabaré tu abstinencia, sino que execraré tu blasfemia: más bien te llamaría inmundo a ti, que consideras inmundo algo. Todo es puro para los puros, dice el mejor evaluador de las cosas: y nada es inmundo, excepto para quien considera algo inmundo: Para los impuros e infieles nada es puro, sino que su mente y conciencia están contaminadas (Tit. I, 15). ¡Ay de vosotros que rechazáis los alimentos que Dios creó, juzgándolos inmundos e indignos de ser ingeridos en vuestros cuerpos: cuando por eso el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, os ha escupido como contaminados e inmundos!

8. No ignoro que se glorían de ser ellos solos el cuerpo de Cristo: pero que se lo persuadan a sí mismos quienes también tienen persuadido que tienen el poder de consagrar diariamente en su mesa el cuerpo y la sangre de Cristo para nutrirse en el cuerpo de Cristo y sus miembros. Desde luego, se jactan de ser sucesores de los apóstoles, y se llaman apostólicos, sin poder mostrar ninguna señal de su apostolado. ¿Hasta cuándo la lámpara bajo el celemín? Vosotros sois la luz del mundo, se dijo a los apóstoles: y por eso los apóstoles sobre el candelero, para que iluminen todo el mundo. Que avergüence a los sucesores de los apóstoles no ser la luz del mundo, sino del celemín, y las tinieblas del mundo. Digámosles: Vosotros sois las tinieblas

del mundo: y pasemos a otras cosas. Se dicen a sí mismos la Iglesia. Pero contradicen a quien dice: No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14-16). ¿Acaso creéis que la piedra cortada del monte sin manos, hecha monte, y llenando el mundo (Dan. II, 34, 35), está encerrada en vuestras cuevas? Y tampoco aquí debemos detenernos. Esa opinión misma rehúye ser publicada, contenta con su susurro. Cristo tiene, y siempre tendrá, su herencia íntegra, y su posesión hasta los confines de la tierra. Más bien se sustraen a esta gran herencia quienes intentan arrebatársela a Cristo.

9. Mirad a los detractores, mirad a los perros. Se burlan de nosotros porque bautizamos a los niños; porque oramos por los muertos; porque pedimos la intercesión de los santos. Se apresuran a proscribir a Cristo en todo tipo de personas y en ambos sexos, en adultos y niños, en vivos y muertos; aquí, prohibiendo a los niños por la imposibilidad de la naturaleza, allí, a los adultos por la dificultad de la continencia. Además, privan a los muertos de la ayuda de los vivos, y a los vivos, no obstante, de la intercesión de los santos que han fallecido. ¡Lejos de nosotros! El Señor no abandonará a su pueblo, que es como la arena del mar, ni se contentará con la escasez de los herejes, a quienes ha redimido a todos. Porque no es pequeña, sino verdaderamente copiosa su redención. ¿Qué número tienen estos en comparación con la magnitud del precio? Más bien se privan del precio quienes intentan anularlo. ¿Qué si el niño no puede hablar por sí mismo, por quien la voz de la sangre de su hermano, y de tal hermano, clama a Dios desde la tierra? También está y clama la madre Iglesia. Pero, ¿qué del niño? ¿No parece también a ti que anhela de alguna manera las fuentes del Salvador, clama a Dios, y con sus vagidos grita: Señor, sufro violencia, responde por mí? (Isa. XXXVIII, 14). Reclama la ayuda de la gracia, porque sufre violencia de la naturaleza [o, del origen; o, del pecado]. Clama la inocencia del miserable, clama la ignorancia del pequeño, clama la debilidad del que está sujeto. Así, pues, claman todas estas cosas, la sangre del hermano, la fe de la madre, la desolación del miserable, y la miseria del desolado: y se clama al Padre. Por lo demás, el Padre no puede negarse a sí mismo: porque es padre.

10. Que nadie me diga que no tiene fe, a quien la madre le imparte la suya, envolviéndole en el Sacramento, hasta que sea capaz de recibir, no solo con sentido propio, sino también con asentimiento, la fe desplegada y pura. ¿Acaso es corto el manto, para que no pueda cubrir a ambos? Grande es la fe de la Iglesia. ¿Acaso menor que la fe de la mujer cananea, que consta que pudo bastar tanto para su hija como para ella? Por eso oyó: ¡Oh mujer, grande es tu fe! hágase contigo como has pedido (Mat. XV, 28). ¿Acaso menor que la fe de aquellos que, bajando al paralítico por el techo, obtuvieron para él la salvación del alma y del cuerpo? Finalmente, tienes: Al ver su fe, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados; y poco después: Toma tu camilla y anda (Mat. IX, 2, 5, 6). Quien cree esto, fácilmente se persuadirá de que la Iglesia presume, no solo la salvación de los pequeños bautizados en su fe, sino también la corona del martirio para los niños asesinados por Cristo. Siendo así, los regenerados no sufrirán ningún perjuicio de lo que se ha dicho: Sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. XI, 6), ya que no están sin fe, quienes han recibido la gracia del bautismo como testimonio de fe. Ni tampoco de lo que también se ha dicho: Pero el que no crea, será condenado (Mar. XVI, 16). ¿Qué es creer, sino tener fe? Así que la mujer se salvará por la generación de hijos, si permanece en la fe con mansedumbre (I Tim. II, 15); y a los niños se les socorrerá por el lavacro de la regeneración; y los adultos que no puedan contenerse, se redimirán con el fruto del matrimonio; también las oraciones y sacrificios de los vivos beneficiarán a los muertos que lo necesiten y sean dignos, mediando los ángeles; y a los que ya han llegado, no les faltarán consuelos para los que aún viven, a través de Dios que está en todas partes, y en Dios nunca ausente por el afecto de la caridad de los ausentes. Porque Cristo murió y resucitó para ser Señor de vivos y muertos (Rom. XIV, 9). Por esto

también nació el niño, y progresó en cada etapa de la vida hasta ser hombre, para que no faltara a ninguna edad.

11. No creen que quede un fuego purgatorio después de la muerte; sino que el alma, una vez separada del cuerpo, pasa inmediatamente al descanso o a la condenación. Pregunten, pues, a quien dijo que hay un pecado que no se perdonará ni en este siglo ni en el futuro (Mat. XII, 32), por qué lo dijo, si no queda remisión o purificación de pecado en el futuro. Ahora bien, quienes no reconocen a la Iglesia, no es de extrañar que desprecien los órdenes de la Iglesia, no acepten sus instituciones, desprecien los Sacramentos, no obedezcan los mandatos. "Son pecadores," dicen, "los apostólicos, arzobispos, obispos, presbíteros: y por tanto, no son idóneos ni para dar ni para recibir sacramentos. ¿Nunca coincidirán estas dos cosas, ser obispo y pecador?" Es falso. Caifás era obispo: y sin embargo, ¡qué gran pecador, que dictaba sentencia de muerte contra el Señor! Si niegas que era obispo, te refutará el testimonio de Juan, quien también refiere que profetizó en testimonio de su pontificado (Juan XI, 51). Judas era apóstol: y aunque avaro y criminal, fue elegido por el Señor. ¿Dudas del apostolado de aquel a quien el Señor eligió? ¿No os elegí yo a los doce, y uno de vosotros es un diablo? (Juan VI, 71). Oyes que el mismo fue elegido apóstol, y resultó ser un diablo; ¿y niegas que pueda ser obispo quien es pecador? Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, y quienes no les obedecieron como obispos, fueron culpables de desobediencia, incluso al mismo Señor que mandaba, y decía: Haced lo que dicen (Mat. XXIII, 2, 3). Está claro, pues, que aunque escribas, aunque fariseos, aunque ciertamente grandes pecadores; por la cátedra de Moisés, también les corresponde lo que también dijo: Quien os escucha, a mí me escucha; y quien os desprecia, a mí me desprecia (Luc. X, 16).

12. Muchas otras cosas han sido persuadidas a este pueblo necio e insensato por espíritus de error, hablando en hipocresía mentira: pero no es necesario responder a todo. ¿Quién lo sabe todo? Además, sería un trabajo infinito, y no necesario. Porque en cuanto a estos, no se convencen con razones, porque no entienden; no se corrigen con autoridades, porque no las aceptan; no se inclinan con persuasiones, porque están subvertidos. Se ha probado: prefieren morir antes que convertirse. Su fin es la destrucción, su destino final es el fuego. En efecto, en el hecho de Sansón, con las colas de zorras encendidas, se prefiguró su destino (Jue. XV, 4, 5). A menudo los fieles, echando mano de algunos de ellos, los han llevado al medio. Preguntados por su fe, cuando sobre lo que se les sospechaba, negaban todo a su manera; examinados por el juicio del agua, fueron hallados mentirosos. Y cuando ya no podían negar, pues habían sido descubiertos, al no ser recibidos por el agua; tomando, como se dice, el freno con los dientes, tan miserable como libremente no confesaron, sino que profesaron su impiedad, afirmando abiertamente la piedad, y dispuestos a sufrir la muerte por ella. No menos dispuestos a infligirla quienes estaban presentes. Así que el pueblo, arremetiendo contra ellos, dio a los herejes nuevos mártires de su propia perfidia. Aprobamos el celo, pero no aconsejamos el hecho; porque la fe debe ser persuadida, no impuesta. Aunque sin duda es mejor que sean coaccionados por la espada, es decir, de aquel que no lleva la espada en vano, que permitirles arrastrar a muchos a su error. Porque él es ministro de Dios, vengador para ira contra el que hace mal (Rom. XIII, 4).

13. Algunos se maravillan de que no solo pacientemente, sino también con alegría, como parecía, fueran llevados a la muerte; pero quienes menos advierten cuán grande es el poder del diablo, no solo sobre los cuerpos de los hombres, sino también sobre los corazones, que una vez permitidos posee. ¿No es más que el hombre se eche mano a sí mismo que soportarlo de otro con gusto? Sin embargo, hemos experimentado frecuentemente que el diablo ha podido esto en muchos, que se han ahogado o colgado a sí mismos. Finalmente, Judas se ahorcó (Mat. XXVII, 5), sin duda instigado por el diablo. Sin embargo, considero mayor y

más admirable que pudo haberle inducido a entregar al Señor (Juan XIII, 2), que a colgarse a sí mismo. Por tanto, no tienen nada similar la constancia de los mártires y la obstinación de estos; porque el desprecio de la muerte en ellos lo obra la piedad, en estos la dureza del corazón. Y por eso el Profeta, quizás con la voz del mártir, decía: Se ha coagulado como leche su corazón, pero yo he meditado en tu ley (Sal. CXIII, 70): por lo que, aunque la pena pareciera la misma, la intención era muy diferente; en aquel endureciéndose el corazón contra el Señor, en este meditando en la ley del Señor.

14. Siendo así, no es necesario, como dije, decir muchas cosas en vano contra hombres muy necios y obstinados: basta con que se les haya dado a conocer para que sean evitados. Por lo tanto, para que sean descubiertos, deben ser obligados a abandonar a las mujeres, o salir de la Iglesia, como escandalizando a la Iglesia en la convivencia y cohabitación con mujeres. Es muy lamentable que no solo los príncipes laicos, sino también algunos, como se dice, del clero, e incluso del orden de los obispos, que más bien deberían perseguirlos, los toleren por ganancia, recibiendo de ellos regalos. Y dicen: ¿Cómo condenaremos a quienes no han sido convictos ni confesos? Frívolo argumento, no razón, sino excusa. Solo por esto, aunque no hubiera otra cosa, fácilmente los descubrirás si, como dije, separas a los hombres y mujeres que dicen ser continentes: y obligas a las mujeres a vivir con otras de su mismo sexo y voto; y a los hombres igualmente con hombres del mismo propósito. Por esto se consultará tanto el voto como la fama de ambos, cuando tengan testigos y guardianes de su continencia. Si no lo soportan, con toda justicia serán eliminados de la Iglesia, a la que escandalizan, no solo con una cohabitación notable, sino también ilícita. Por tanto, esto sea suficiente para descubrir los engaños de estas zorras, para dar conocimiento y cautela a la amada y gloriosa esposa de nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXVII. Del admirable afecto de amor de la esposa, que expresa por el amor de Cristo esposo.

1. Dilectus meus mihi, et ego illi (Cant. II, 16). Hasta ahora, las palabras del esposo. Que él mismo esté presente, para que podamos investigar dignamente, para su gloria y nuestra salvación, las palabras de su esposa. Pues no son tales que podamos considerarlas y discutirlas como es debido, a menos que él sea el guía de la palabra. Son tan suaves en gracia, tan fecundas en sentidos, y tan profundas en misterios. ¿A qué las compararé? A un banquete que destaca por una triple gracia: delicioso al gusto, sólido para el alimento, eficaz para la medicina. Así, digo, cada palabra de la esposa, y por lo que suena suavemente, acaricia el afecto; y por la abundancia de los sentidos, engorda y nutre la mente; y por la profundidad de los misterios, mientras más ejercita el entendimiento, más lo aterra, sanando de manera maravillosa el tumor de la ciencia inflada. Pues si alguno de esos que se creen sabios se entrega con curiosidad al escrutinio de estas cosas, cuando vea que las fuerzas de su ingenio sucumben y perciba que todo entendimiento es reducido a cautiverio, ¿no se verá obligado, humillado, a decir: "Maravillosa es tu ciencia, más allá de mí, fortalecida, y no puedo alcanzarla"? (Sal. CXXXVIII, 6). Y ahora, ¿cuánta suavidad no presenta el principio de sus palabras? Pues mira qué principio ha dado. Dilectus, dice, meus mihi, et ego illi. Parece una voz simple, porque suena suavemente; pero de esto se hablará después.

2. Ahora bien, comienza con el amor, prosigue con el amado, indicando que no sabe nada más que el amado. Está claro de quién habla: con quién no tanto. Pues no se le permite sentir lo mismo que con él, cuando él ya no está presente. Y no hay duda: parece que lo llama de nuevo, y como si gritara detrás de él: "Revertere", dice, "dilecte mi". De donde nos lleva a no conjeturar otra cosa, sino que, terminadas sus palabras, él de nuevo a su manera se ha

ausentado, y ella permanece, sin embargo, hablando de él, que nunca está ausente para ella. Así es: lo retuvo en la boca, quien no se apartaba del corazón, ni siquiera cuando se apartaba. Lo que sale de la boca, viene del corazón y de la abundancia del corazón habla la boca (Luc. VI, 45). Por lo tanto, habla del amado, como verdaderamente amada y verdaderamente digna de ser amada, porque ama mucho. Buscamos con quién: pues de quién, lo sabemos. Y no se nos ocurre, a menos que tal vez con las jóvenes, que no pueden estar lejos de la madre, cuando el esposo se ha ido. Pero mejor, creo, sentimos que habló consigo misma, y no con otro, especialmente porque la locución se encuentra truncada e incompleta, claramente insuficiente para dar entendimiento al oyente, por lo cual principalmente nos hablamos entre nosotros. Dilectus meus mihi, dice, et ego illi. ¿Nada más? La oración queda pendiente; más bien no queda pendiente, sino que falla. El oyente queda suspendido, no instruido, sino elevado.

3. ¿Qué es esto que dice, él mihi, y yo illi? No sabemos de qué habla, porque no sentimos lo que siente. Oh alma santa, ¿qué es él para ti, qué eres tú para él? ¿Cuál es, te pregunto, esta exhibición y devolución que discurre entre ustedes tan familiar y favorablemente? Él para ti, y tú a su vez para él. Pero ¿qué? ¿Lo mismo para él que él para ti, o algo diferente? Si hablas para nosotros, para nuestra comprensión, declara claramente lo que sientes. ¿Hasta cuándo nos mantienes en suspenso? ¿O según el profeta, tu secreto es para ti? (Isa. XXIV, 16). Así es: el afecto ha hablado, no el entendimiento, y por eso no es para el entendimiento. ¿Para qué entonces? Para nada, sino que, maravillosamente deleitada y afectada vehementemente por las palabras deseadas, al terminar él, no pudo callar del todo, ni tampoco expresar lo que sentía. Pues no habló para expresar, sino para no callar. De la abundancia del corazón habló la boca, pero no por la abundancia. Los afectos tienen sus voces, por las cuales se revelan incluso cuando no quieren: el miedo, por ejemplo, voces temerosas; el dolor, gemidos; el amor, voces alegres. ¿Acaso el lamento de los dolientes, o los sollozos y gemidos de los afligidos, las súbitas y feroces exclamaciones de los golpeados y los asustados, o los eructos de los saciados, los crea el uso, los excita la razón, los ordena la deliberación, o los forma la premeditación? Es cierto que no surgen por el asentimiento del ánimo, sino que estallan por el movimiento. Así, el amor ardiente y vehemente, especialmente el divino, cuando no puede contenerse dentro de sí, no atiende al orden, la ley, la serie o la escasez de palabras con que brota, con tal de que no sienta ningún detrimento de sí mismo. A veces no requiere palabras, a veces no requiere voces en absoluto, contento solo con suspiros. De ahí que la esposa, ardiendo en santo amor, y de manera increíble, ciertamente para capturar cualquier pequeña evaporación del ardor que sufre, no considera qué, cómo lo expresa: sino que, lo que sea que venga a la boca, urgida por el amor, no lo enuncia, sino que lo eructa. ¿Por qué no eructaría así, tan alimentada y tan llena?

4. Revisa el texto de este epitalamio desde el principio hasta aquí, y ve si alguna vez se le ha concedido tanta abundancia en todas las visitas y discursos del esposo como esta vez; y si alguna vez ha recibido de su boca no solo tantos, sino tan agradables discursos. ¿Qué maravilla, entonces, si ha hecho un eructo en lugar de una palabra? Y si te parece que ha hecho una palabra, considérala eructada y no adornada o preordenada. Pues la esposa no considera un robo apropiarse de la expresión del Profeta: "Eructó mi corazón una palabra" (Sal. XLIV, 2), ya que está llena del mismo espíritu. Dilectus meus mihi, et ego illi. No tiene consecuencia, falta a la oración. ¿Y qué? Es un eructo. ¿Qué buscas en un eructo, uniones de oraciones, solemnidades de palabras? ¿Qué leyes o reglas impones a tu eructo? No acepta tu moderación, no espera de ti composición, no requiere comodidad, no oportunidad. Surge por sí mismo desde lo más íntimo, no solo cuando no quieres, sino también cuando no sabes, estalla, arrancado más que emitido. Sin embargo, el eructo lleva un olor, a veces bueno, a

veces malo, según las cualidades contrarias de los vasos de los que asciende. En definitiva, el hombre bueno saca cosas buenas de su buen tesoro, y el malo, cosas malas (Mat. XII, 35). Buen vaso es la esposa de mi Señor, y buen olor me llega de ella.

5. Te doy gracias, Señor Jesús, que me has dignado admitir al menos para oler. Sí, Señor, pues también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos (Mat. XV, 27). Confieso que el eructo de tu amada me huele bien, y de su plenitud, aunque sea algo pequeño, lo recibo con gratitud. Me eructa la memoria de la abundancia de tu dulzura, y no sé qué inefable de tu dignación y amor he olido en esta voz: Dilectus meus mihi, et ego illi. Que ella, como es digno, se banquetee y exulte en tu presencia, y se deleite en la alegría: pero que así te exceda, que sea sobria para nosotros. Que ella, pues, se llene de los bienes de tu casa, y beba del torrente de tus delicias: pero, te ruego, que llegue a mí, pobre, al menos un tenue olor cuando ella haya sido saciada. Bien me eructó Moisés, y buen olor en su eructo, de la potencia creadora: "En el principio", dice, "creó Dios el cielo y la tierra" (Gen. I, 1). Bien Isaías: pues dio un suavísimo olor de la misericordia redentora, eructando así: "Entregó su alma a la muerte, y fue contado con los malhechores, y él llevó los pecados de muchos, e intercedió por los transgresores" (Isa. LIII, 12), para que no perecieran. ¿Qué huele tanto a misericordia? También buen eructo de Jeremías; buen eructo de David, quien dice: "Eructó mi corazón una buena palabra". Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y eructando llenaron todo de bondad. ¿Buscas el eructo de Jeremías? No lo he olvidado, ya lo preparaba. "Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor" (Lam. III, 26). Es suyo, no me equivoco; acércalo a tus narices; la suavidad de la justicia remuneradora que importa supera al bálsamo. Me quiere paciente por la justicia, esperar la recompensa en el futuro, no recibirla en el presente, porque la recompensa de la justicia, la salvación, no es del mundo, sino del Señor. "Si tarda", dice, "espéralo" (Habac. II, 3); y no murmures, porque es bueno esperar en silencio. Haré, pues, lo que aconseja; esperaré al Señor mi Salvador.

6. Pero soy pecador, y aún me queda un largo camino, porque la salvación está lejos de los pecadores. Sin embargo, no murmuraré: mientras tanto, me consolaré con el olor. El justo se alegrará en el Señor, experimentando con el gusto lo que yo siento con el olor. Lo que el justo contempla, el pecador espera; y la espera es olfato. Pues "la creación espera la manifestación de los hijos de Dios" (Rom. VIII, 19). Por lo demás, contemplar es gustar, y ver que el Señor es bueno. ¿O más bien el justo que espera y el que ya tiene, es bienaventurado? En definitiva, "la esperanza de los justos es alegría" (Prov. X, 28). Pues el pecador no espera nada. Y de ahí que sea pecador, porque retenido y contento con los bienes presentes, no espera nada en el futuro, sordo a aquella voz: "Espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección en el futuro" (Sofon. III, 8). Y por eso Simeón era justo, porque esperaba y ya olía a Cristo en espíritu, a quien aún no adoraba en carne. Y bienaventurado en su espera, porque por el olor de la espera llegó al gusto de la contemplación. En definitiva, dice: "Y vieron mis ojos tu salvación" (Luc. II, 25). También justo Abraham, quien también esperó para ver el día del Señor, y no fue confundido por su espera; pues vio y se alegró (Juan VIII, 56). Justos los apóstoles cuando escuchaban: "Y vosotros, como hombres que esperan a su señor" (Luc. XII, 36, 30).

7. ¿Por qué no justo también David, cuando decía: "Esperando esperé al Señor"? (Sal. XXXIX, 2). Él es el cuarto de mis eructadores mencionados, a quien casi había pasado por alto. No conviene, ciertamente. Este abrió su boca y atrajo el espíritu (Sal. CXVIII, 131), y saciado no solo eructó, sino que también cantó. ¡Buen Jesús! Cuánta suavidad infundió a mis narices y oídos en su eructo y canto sobre el óleo de alegría con que te ungió Dios, tu Dios, sobre tus compañeros: de mirra, y áloe, y casia de tus vestiduras, de las casas de marfil, de las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor (Sal. XLIV, 8-10). ¡Ojalá me dignes con

el encuentro de tan gran profeta y amigo tuyo en el día de solemnidad y alegría, cuando salga de tu tálamo, cantando su epitalamio en el salterio alegre con cítara, rebosante de delicias, rociado y rociando todo con tal polvo perfumado! En ese día, o más bien en esa hora: pues es hora si alguna vez lo es, y tal vez ni siquiera hora, sino la mitad de una hora, según aquello de la Escritura: "Se hizo silencio en el cielo como por media hora" (Apoc. VIII, 1): entonces mi boca se llenará de gozo, y mi lengua de exultación, mientras sienta cada uno, no digo salmos, sino versos individuales como eructos, y ciertamente fragantes sobre todas las especias. ¿Qué más fragante que el eructo de Juan, que me huele a la eternidad, generación, divinidad del Verbo? ¿Qué diré de los eructos de Pablo, cuánta suavidad llenaron el mundo? En definitiva, era buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 14, 15). Ciertamente no profiere palabras inefables para que las escuche, pero las ofrece para que las desee, y me plazca oler lo que no se me permite escuchar (II Cor. XII, 4). Pues no sé cómo, cuanto más se ocultan, más agradan, y más ávidamente anhelamos lo negado. Pero ya observa en la esposa algo similar: cómo, al igual que Pablo, en el presente capítulo, no revela el secreto, ni lo pasa por alto, concediendo algo como a nuestro olfato, que tal vez juzgó que no convenía al gusto por el momento, ya sea por nuestra indignidad o por incapacidad.

8. Dilectus meus mihi, et ego illi. No hay duda de que aquí arde un amor mutuo de dos; pero en el amor, la suma felicidad de uno, ciertamente, y la maravillosa dignación del otro. Pues no es entre iguales esta concordia o unión. Sin embargo, ¿quién se atrevería a conocer claramente lo que esta se gloría de haber recibido y devuelto a su vez, a menos que, con la máxima pureza de mente y santidad de cuerpo, haya merecido experimentar algo así en sí mismo? Es un asunto de afectos; no se alcanza por razón, sino por conformidad. ¡Cuán pocos son los que dicen: "Nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, nos transformamos en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor" (II Cor. III, 18).

9. Pero para que lo que se lee se reduzca a alguna forma de entendimiento, salvando ciertamente el secreto singular de la esposa, al que por ahora no se nos permite acceder, especialmente a tales como nosotros; ciertamente se debe añadir algo para nosotros, tanto más adecuado al sentido común cuanto más usual, que dé a las palabras consecuencia y entendimiento a los pequeños. Y a mí me parece suficiente para nuestra gruesa y de algún modo popular inteligencia, si al decir: Dilectus meus mihi, entendemos: Intendit; para que el sentido sea: Dilectus meus intendit mihi, et ego illi. Aunque, sin embargo, ni solo yo lo he sentido, ni primero, pues el Profeta antes que yo dijo: "Esperando esperé al Señor, y él me atendió". Tienes claramente la intención del Señor hacia el Profeta: tienes también la del Profeta hacia el Señor en lo que dice: "Esperando esperé". Pues quien espera atiende, y esperar es atender. El mismo sentido, casi las mismas palabras en el Profeta que en la esposa; pero en el Profeta transpuestas. Pues él primero puso lo que ella puso después, y viceversa.

10. Sin embargo, la esposa habló más correctamente, y no pretendiendo mérito, sino anteponiendo el beneficio, confesando que fue prevenida por la gracia del amado. Correctamente, sin duda. Pues ¿quién le dio primero y se le retribuirá? (Rom. XI, 35). En definitiva, escucha a Juan, qué siente sobre esto en su Epístola. "En esto está la caridad", dice, "no como si nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que él nos amó primero" (I Juan IV, 10). Sin embargo, el Profeta, aunque calló la prevención de la gracia, no negó la subsecuente: claramente no la calló. Pero recibe también en otro lugar una confesión igualmente cierta y manifiesta de él sobre esto. "Y tu misericordia", dice (hablaba al Señor), "me seguirá todos los días de mi vida" (Sal. XXII, 6). Escucha también sobre la prevención, de nuevo, su no menos cierta y manifiesta ciencia. "Mi Dios", dice, "su misericordia me precederá" (Sal. LVIII, 11); también al Señor: "Pronto", dice, "nos anticipen tus

misericordias, porque hemos sido hechos muy pobres" (Sal. LXXVIII, 8). Hermosamente la esposa, más tarde, si no me equivoco, pone estas mismas palabras no en el mismo orden, sino que sigue también el orden del Profeta, hablando de este modo: "Yo a mi amado, y mi amado a mí". ¿Por qué así? Pues para que entonces se pruebe más llena de gracia, cuando dé todo a la gracia, y asigne las primeras partes a él, y las últimas. De lo contrario, ¿cómo llena de gracia, si tiene algo que no es de gracia? No hay lugar para que entre la gracia, donde ya el mérito ha ocupado. Por tanto, ya la plena confesión de la gracia, señala la plenitud de la gracia en el alma del que confiesa. Pues si hay algo propio, en cuanto es, la gracia debe cederle. Falta a la gracia, lo que atribuyes a los méritos. No quiero mérito que excluya la gracia. Temo lo que es de mí, para ser mío, a menos que tal vez eso sea más mío, lo que me hace mío. La gracia me devuelve a mí mismo justificado gratuitamente, y así liberado de la servidumbre del pecado. En definitiva, donde está el espíritu, allí hay libertad.

11. ¡Oh insensata esposa Sinagoga, que despreciando la justicia de Dios, es decir, la gracia de su esposo, y queriendo establecer la suya, no se ha sometido a la justicia de Dios! Por esto, la pobre fue repudiada, y ya no es esposa, sino la Iglesia, a la que se dice: "Te desposé conmigo en fe; te desposé conmigo en juicio y justicia; te desposé conmigo en misericordia y compasiones" (Oseas II, 19, 20). No me elegiste tú a mí, sino que yo te elegí a ti; ni para elegirte encontré tus méritos, sino que te prevení. Así, pues, te desposé conmigo en fe, y no en las obras de la ley; y te desposé en justicia, pero justicia que es de fe, no de la ley. Resta que juzgues juicio recto entre mí y tú, juicio en el que te desposé, donde consta que no intervino tu mérito, sino mi beneplácito. Este es el juicio, que no exaltes tus méritos, no prefieras las obras de la ley, no jactes el peso del día y el calor, que más bien en fe y en justicia que es de fe, y también en misericordia y compasiones, se te conoce desposada.

12. La verdadera esposa reconoce estas cosas y confiesa ambas gracias: primero, la que es primera, por la cual fue prevenida; y después, la que sigue. Así dice ahora: Mi amado es para mí, y yo para él; atribuyendo el principio al amado. En lo sucesivo dice: Yo soy para mi amado, y mi amado es para mí; concediéndole igualmente la consumación. Ahora veamos qué dice: Mi amado es para mí. Si esto se entiende como hemos dicho, y como dice el Profeta: Esperando, esperé al Señor, y se inclinó hacia mí: en esta palabra siento algo no del todo pequeño, ni de prerrogativa mediocre. Pero no es adecuado imponer a oídos y mentes cansadas un asunto digno de toda alegría. Si no es gravoso, pospongámoslo, y no por mucho tiempo; que el sermón de mañana comience desde ahí. Solo oren para que la gracia y misericordia del esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos, nos guarde de las ocupaciones que se avecinan. Amén.

SERMON LXVIII. Cómo el esposo Cristo se inclina hacia la esposa Iglesia, y ella hacia él; y sobre el cuidado que Dios tiene de los elegidos. También sobre el mérito y la confianza de la Iglesia.

1. Escuchen ahora lo que ayer pospusimos, escuchen mi alegría que he sentido. Y es de ustedes: escuchen con alegría. En una palabra de la esposa sentí esto, y como un aroma escondido, hoy se los presento con más festividad, cuanto más oportunamente. La esposa habló y dijo que el esposo se inclina hacia ella. ¿Quién es la esposa y quién es el esposo? Este es nuestro Dios: y aquella, si me atrevo a decirlo, somos nosotros, junto con la multitud de cautivos que él conoce. Alegrémonos: esta es nuestra gloria; somos nosotros en quienes Dios se inclina. Sin embargo, cuánta disparidad. ¿Qué son los terrenales y los hijos de los hombres ante él? Según el profeta, son como si no fueran, y como nada y vacío son considerados por él (Isa. XL, 17). ¿Qué significa esta comparación entre tan desiguales? O ella se gloría en

exceso, o él ama en exceso. Qué admirable es que ella reclame su atención como propia, diciendo: Mi amado es para mí. Y no contenta con eso, sigue gloriándose, respondiéndole como de igual a igual, correspondiendo. Pues sigue: Y yo para él (Cant. II, 16). Insolente palabra, y yo para él. No menos insolente, mi amado es para mí: salvo que ambas juntas son más insolentes que cada una por separado.

2. ¡Oh, qué se atreve un corazón puro, una buena conciencia y una fe no fingida! Dice: Él se inclina hacia mí. ¿Es que esa majestad, a quien incumbe el gobierno y administración del universo, y el cuidado de los siglos, se transfiere solo a los asuntos, o más bien, a los ocios de este amor y deseo? Así es, ciertamente. Ella es la Iglesia de los elegidos, de quienes el Apóstol dice: Todo, dice, por los elegidos (II Tim. II, 10). Y ¿quién duda de que la gracia y misericordia de Dios está en sus santos, y su atención en sus elegidos? (Sab. IV, 15). Por lo tanto, no negamos la providencia a las demás criaturas: la esposa reclama el cuidado para sí. ¿Acaso Dios se preocupa por los bueyes? (I Cor. IX, 9). Y no hay duda de que podemos decir lo mismo de los caballos, camellos, elefantes y de todas las bestias de la tierra: igualmente de los peces del mar y las aves del cielo; finalmente, de todo lo que está sobre la tierra, salvo de aquellos a quienes se dice: Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros (I Pedro V, 7). ¿No te parece que estas palabras dicen, Presta atención a él, porque él te presta atención a ti? Y observa al apóstol Pedro (pues son sus palabras) si no ha observado también el orden de las palabras de la esposa. No dice: Echando toda vuestra ansiedad sobre él, para que él tenga cuidado de vosotros; sino, porque él tiene cuidado de vosotros: mostrando claramente, por tanto, que la Iglesia de los santos no solo es amada, sino que fue amada primero.

3. Es evidente que no le corresponde a ella la palabra que el Apóstol dijo sobre los bueyes: pues quien la amó, cuida de ella y se entregó por ella. ¿No es esta la oveja perdida, cuya atención fue preferida incluso sobre los rebaños celestiales? Finalmente, después de haberlos dejado, el pastor descendió a buscarla diligentemente, y no la devolvió, sino que la llevó de regreso: con ella y por ella introdujo nuevas fiestas de alegría en los cielos, invitando a los pueblos de los ángeles a la solemnidad (Luc. XV, 4-7, 10). ¿Qué entonces? ¿Se dignó llevarla sobre sus hombros y no cuidará de ella? Por eso no se avergüenza de decir: El Señor se preocupa por mí (Sal. XXXIX, 18). Ni se considera equivocada cuando dice: El Señor retribuirá por mí (Sal. CXXXVII, 8); y si hay algo más que parezca significar el cuidado de Dios por ella. De ahí que llame al Señor de los ejércitos su amado, y se gloríe de que él, que juzga todo con tranquilidad (Sab. XII, 18), se incline hacia ella. ¿Por qué no se gloriará? Ha oído que él le dice: ¿Puede una madre olvidar, para no compadecerse del hijo de su vientre? Y si ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti (Isa. XLIX, 15). Finalmente, los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16). ¿Y qué es la esposa, sino la congregación de los justos? ¿Qué es ella, sino la generación de los que buscan al Señor, que buscan el rostro del esposo? Pues él no se inclina hacia ella, y ella no hacia él. Por eso pone ambos, diciendo: Él para mí, y yo para él. Él para mí, porque es benigno y misericordioso; yo para él, porque no soy ingrata. Él para mí gracia sobre gracia, yo para él gracia por gracia; él para mi liberación, yo para su honor; él para mi salvación, yo para su voluntad; él para mí, y no para otro, porque soy su única paloma; yo para él, y no para otro: pues no escucho la voz de extraños; ni presto atención a los que me dicen: Aquí está Cristo; o: Allí está (Mar. XIII, 21). Esta es la Iglesia.

4. ¿Qué hay de cada uno de nosotros? ¿Creemos que hay alguien entre nosotros a quien se le pueda aplicar lo que se dice? ¿Qué dije, entre nosotros? Sin embargo, si alguien pregunta esto sobre cualquiera dentro de la Iglesia, no lo consideraría del todo censurable. Pues no es la misma razón para uno que para muchos. Finalmente, no por un alma, sino por muchas que deben ser reunidas en una sola Iglesia, en una única esposa, Dios hizo y soportó tantas cosas,

cuando obró la salvación en medio de la tierra. Ella es la más querida, una para uno, no adherida a otro esposo, no cediendo a otra esposa. ¿Qué no se atreverá a hacer ante un amante tan ambicioso? ¿Qué no esperará de aquel que la buscó desde el cielo, la llamó desde los confines de la tierra? No solo la buscó, sino que la adquirió. Añade también el modo de adquisición en la sangre del adquirente. Además, como suele ser, presume más porque, previendo el futuro, no ignora que el Señor la necesita. ¿Preguntas para qué? Para ver en la bondad de sus elegidos, para alegrarse en la alegría de su pueblo, para ser alabado con su heredad (Sal. CV, 5). No pienses que esto es poco: te digo que ninguna obra quedará perfecta si esto falla. ¿No depende el fin de todas las cosas del estado y consumación de la Iglesia? Quita esto, y en vano la criatura inferior espera la revelación de los hijos de Dios. Quita esto, y ni los patriarcas ni los profetas se consumarán, pues Pablo afirma que Dios proveyó para nosotros, para que no se consumaran sin nosotros (Heb. XI, 40). Quita esto, y la gloria de los santos ángeles cojea por la imperfección de su número, y la ciudad de Dios no se alegrará de su integridad.

5. ¿De dónde, entonces, se cumplirá el propósito de Dios, y el misterio de su voluntad, y aquel gran sacramento de piedad? ¿De dónde, finalmente, me darás infantes y lactantes, de cuya boca Dios perfeccionará su alabanza? (Sal. VIII, 3). El cielo no tiene infantes, la Iglesia los tiene, a quienes también dice: Leche os di a beber, no alimento (I Cor. III, 2). Y estos son invitados a completar la alabanza por el Profeta, diciendo: Alaben, niños, al Señor (Sal. CXII, 1). ¿Crees que nuestro Dios tendrá toda la alabanza de su gloria, hasta que vengan los que canten ante los ángeles: Nos alegramos por los días en que nos humillaste, los años en que vimos el mal? (Sal. LXXXIX, 15). Este tipo de alegría no la conocieron los cielos, sino por los hijos de la Iglesia; nadie se alegra así, quien nunca no se alegra. Oportunamente, después de la tristeza viene la alegría, después del trabajo el descanso, después del naufragio el puerto. La seguridad agrada a todos, pero más a quien temió. La luz es agradable para todos, pero más para quien escapa del poder de las tinieblas. Pasar de la muerte a la vida duplica la gracia de la vida. Esta es mi parte en el banquete celestial, y aparte de los mismos espíritus bienaventurados. Me atrevo a decir que la vida bienaventurada misma es ajena a mi bienaventuranza, a menos que se digne confesar que por la caridad disfruta de ella en mí, y por mí. Algo ciertamente parece haber añadido a aquella perfección, y no poco. Finalmente, los ángeles se alegran por el arrepentimiento del pecador. Si las lágrimas son delicias para los ángeles, ¿qué serán las delicias? Toda su obra es alabar a Dios: pero falta a la alabanza si faltan quienes digan: Pasamos por fuego y agua, y nos sacaste a refrigerio (Sal. LXV, 12).

6. Feliz, por tanto, en su universalidad la Iglesia, cuya gloria es desproporcionada a la causa, no solo por lo que ya se le ha hecho, sino también por lo que aún debe hacerse por ella. Pues, ¿por qué preocuparse por los méritos, si tiene una razón más firme y segura de gloriarse en el propósito de Dios? Dios no puede negarse a sí mismo, ni dejar de hacer lo que ya ha hecho, como está escrito, quien hizo lo que ha de venir (Isa. XLVI, 10). Hará, hará, y no faltará a su propósito Dios. Así que no hay que preguntar ya, con qué méritos esperamos los bienes, especialmente cuando oyes al profeta: No por vosotros, sino por mí lo haré, dice el Señor (Ezeq. XXXVI, 22). Basta para el mérito saber que los méritos no son suficientes. Pero, así como para el mérito es suficiente no presumir de los méritos, así carecer de méritos es suficiente para el juicio. Por lo demás, ninguno de los renacidos infantes carece de méritos, sino que tiene los méritos de Cristo. Sin embargo, se hacen indignos de ellos si no pueden unir los suyos, sino que los descuidan. Este es un peligro de la edad adulta. Por tanto, cuida de tener méritos; sabe que los que tienes, te han sido dados; espera el fruto, la misericordia de Dios: y habrás evitado todo peligro de pobreza, ingratitud, presunción. Pobreza perniciosa, penuria de méritos; pero la presunción del espíritu, riquezas engañosas. Y por eso, riquezas y

pobreza no me des, Señor, dice el Sabio (Prov. XXX, 8). Feliz la Iglesia, a la que no le faltan méritos sin presunción, ni presunción sin méritos. Tiene de qué presumir, pero no méritos: tiene méritos, pero para merecer, no para presumir. ¿No es acaso merecer no presumir? Por tanto, presume más seguro, cuanto menos presume: y no hay por qué avergonzarse en la palabra de gloria, a quien mucha materia de gloriarse. Las misericordias del Señor son muchas, y su verdad permanece para siempre.

7. ¿Por qué no se gloriará segura, en cuyo testimonio de gloria, la misericordia y la verdad se encontraron? (Sal. LXXXIV, 11). Ya sea que diga: Mi amado es para mí; ya sea que diga: Esperando, esperé al Señor, y se inclinó hacia mí; ya sea también: El Señor se preocupa por mí (Sal. XXXIX, 2, 18); o si hay otras voces semejantes que parezcan expresar un afecto divino y un favor singular hacia algo de manera similar: nada de esto considerará ajeno a sí misma, para quien la razón de presumir es la constitución del Señor, especialmente cuando no ve otra esposa, ni otra Iglesia, a la que puedan hacerse cosas que no pueden no hacerse. Por tanto, de la Iglesia está claro que no temerá aplicarse todas esas cosas. Se pregunta también de un alma, si es espiritual y santa, si le es lícito de alguna manera atreverse en tales cosas. Pues no todas las prerrogativas de aquella multitud católica, por la cual se hacen todas las cosas, una de la multitud se las arrogará a sí misma, por mucha santidad que tenga. Y por eso, más difícil, como yo lo siento, se encontrará, si es que se encuentra, cómo puede ser lícito. Por lo cual creo necesario intentar esto en otro sermón, y no entrar ahora en caminos de disputación escrupulosa, cuyo fin aún desconocemos, a menos que primero se ore sobre la palabra escondida al que abre, y nadie cierra, al esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos. Amén.

SERMON LXIX. Cómo toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios es derribada. Sobre la venida y permanencia del Padre y del Verbo en el alma amante, y sobre la familiaridad que de ahí se contrae entre Dios y el alma.

1. Mi amado es para mí, y yo para él (Cant. II, 16). Esta voz el sermón anterior la asignó a la Iglesia universal, por las promesas hechas por Dios a su vida presente y futura; sobre el alma se plantea la cuestión; porque una no puede arrogarse lo que la universalidad se atreve, ni de ningún modo aplicárselo a sí misma. Si no es lícito, debemos referirlo, por tanto, a la Iglesia, de modo que de ninguna manera a la persona; ni ahora esta, sino también las demás voces semejantes a esta, que hablan de cosas grandiosas, por ejemplo: Esperando, esperé al Señor, y se inclinó hacia mí (Sal. XXXIX, 2); y si hay otras que el sermón anterior mencionó. Si alguien piensa que es lícito, yo no lo niego; pero importa a quién: no a cualquiera. La Iglesia de Dios ciertamente tiene sus espirituales, que no solo actúan fielmente, sino también con confianza en él, hablando con Dios como con un amigo, testificándoles su conciencia de su gloria. ¿Quiénes son ellos? Eso está en manos de Dios; tú, sin embargo, escucha cómo debes ser, si quieres ser tal. Lo que digo, no como experto, sino como deseando experimentar. Dame un alma que no ame nada fuera de Dios, y lo que debe amarse por Dios; para quien vivir sea Cristo no solo sea, sino que ya lo haya sido por mucho tiempo; para quien sea estudio y ocio prever al Señor siempre ante sí; para quien caminar con cuidado con el Señor su Dios no sea solo una gran, sino una única voluntad y no le falte la capacidad: dame, digo, tal alma, y yo no niego que sea digna del cuidado del esposo, de la atención de la majestad, del favor del soberano, de la solicitud del gobernante: y si quiere gloriarse, no será insensata; solo que quien se gloría, gloríese en el Señor. Así, en lo que muchos se atreven, uno también se atreve, pero por otra razón.

2. Ciertamente, la multitud santa se hace confiada por las causas antes mencionadas, la santa alma por una doble razón. Primero, porque en la naturaleza simplísima del esposo, la

divinidad tiene como uno mirar a muchos, y como muchos a uno. Ni será múltiple para la multitud, ni raro para la escasez; ni dividido para la diversidad, ni restringido a uno; ni ansioso por las preocupaciones, ni perturbado o turbulento por las solicitudes. Así ciertamente atento a uno, que no está detenido; así a muchos, que no está distendido. Luego, porque probarlo es tan dulce como raro; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como raro probarlo; tan querido como

viste a Satanás caer del cielo como un rayo, lo cual es precipitado en un ímpetu de furia; y conociste la furia de Dios, finalmente no se acordó de su misericordia; porque cuando se enoja, se acordará de la misericordia, no cuando ya haya ardido hasta la furia. ¡Ay de los hijos de la desconfianza! también de aquellos que son de Adán, que nacidos hijos de ira, convierten para sí mismos la ira en furia, la vara en bastón, incluso en martillo, por obstinación diabólica. Finalmente, atesoran para sí mismos ira en el día de la ira (Rom. II, 5). Pero, ¿qué es la ira acumulada sino furia? Pecaron el pecado del diablo, y son abatidos por la sentencia del diablo. ¡Ay también, aunque más suavemente, de algunos hijos de ira, que nacidos en ira, no esperaron renacer en gracia! En efecto, muertos en lo que nacieron, permanecerán hijos de ira. Digo de ira, no de furia; porque, como se cree piadosamente y se lamenta humanamente, son muy leves las penas de aquellos que están sujetos a ellas por otras causas.

4. Por lo tanto, el diablo fue juzgado en furia, porque se encontró iniquidad en él para odio; pero el hombre para ira, y por eso es corregido en ira. Así, toda altura fue abatida, tanto la que infla como la que precipita, ciertamente por el Padre celoso por el Hijo. En ambos casos, en efecto, es una injuria al Hijo, tanto por el poder usurpado contra la virtud de Dios, que él mismo es; como por el conocimiento presumido de otra fuente que no sea la sabiduría de Dios, que igualmente él es. Señor, ¿quién es como tú? ¿Quién sino el esplendor y la figura de tu sustancia? ¿Quién, sino tu imagen? Solo en tu forma, solo no consideró el ser igual a ti como una usurpación, el altísimo Hijo del Altísimo (Filip. II, 6). ¿Cómo no ser igual? Incluso sois uno él y tú. Se sienta a tu derecha, no bajo tus pies. ¿Cómo se atreve alguien a usurpar el lugar de tu Unigénito? Que sea precipitado. Se pone un trono en lo alto; que sea subvertida la cátedra de pestilencia. ¿Y quién enseña al hombre el conocimiento? ¿No eres tú, oh llave de David, que abres a quien quieres, y cierras a quien quieres? ¿Y cómo sin la llave se intentaba la entrada, o más bien la irrupción, a los tesoros de la sabiduría y el conocimiento? El que no entra por la puerta, ese es ladrón y salteador. Pedro, por lo tanto, entrará, quien recibió las llaves. No obstante, no solo él: pues también a mí, si quiere, me introducirá, y excluirá a otro que tal vez quiera, en el conocimiento y poder que le fue dado desde lo alto.

5. ¿Y cuáles son estas llaves? El poder de abrir y cerrar, y la discreción entre los que deben ser excluidos y admitidos. Y no en la serpiente están los tesoros, sino en Cristo. Y por eso la serpiente no pudo dar el conocimiento que no tenía; pero quien lo tenía, lo dio. Pues él mismo no pudo tener el poder que no recibió; pero quien lo recibió, lo tuvo. Cristo dio (Mat. XVI, 19), Pedro recibió, ni inflado por el conocimiento, ni precipitado por el poder. ¿Por qué? Porque en ninguno de los dos se ensalza contra el conocimiento de Dios, quien no deseó nada de esto fuera del conocimiento de Dios, como aquel que actuó dolosamente ante él, para que se encontrara su iniquidad para odio (Sal. XXXV, 3). ¿Cómo, finalmente, fuera del conocimiento de Dios, quien se escribe apóstol de Jesucristo según la presciencia de Dios Padre? (I Pedro I, 1, 2). Y esto se ha dicho por lo que surgió del celo de Dios, que dirige contra los transgresores ángel y hombre (pues en ambos encontró depravación); cómo, a saber, en su ira y furia destruyó toda altura que se ensalzaba contra el conocimiento de Dios.

6. Ahora ya debemos recurrir al celo de la misericordia, es decir, el que no se dirige, sino el que se infunde; porque el que se dirige, como ya dijimos, es de juicio, y nos ha aterrorizado bastante con los ejemplos mencionados de los castigados tan gravemente. Por eso iré yo a un lugar de refugio de la faz de la furia del Señor, ciertamente a ese celo de piedad que arde suavemente, expiando eficazmente. ¿Acaso no expía la caridad? Y poderosamente. Leí que cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Pero digo: ¿Acaso no es idónea o suficiente para abatir y humillar toda altivez de ojos y corazón? Y sobre todo: pues no se ensalza, no se infla. Si, por lo tanto, el Señor Jesús se digna venir a mí, o más bien en mí, no en el celo de la furia,

y ni siquiera en la ira, sino en la caridad y el espíritu de mansedumbre, emulándome con la emulación de Dios: ¿qué hay tan de Dios como la caridad? En efecto, también es Dios: si, digo, viene en esta, en esto conoceré que no está solo, sino que también ha venido su Padre con él. Pues, ¿qué hay igualmente paternal? Por esto, ciertamente, no solo es llamado Padre del Verbo, sino también Padre de las misericordias (II Cor. I, 3), porque tiene innato el compadecerse siempre y perdonar. Si siento que se me abre el entendimiento para comprender las Escrituras, o que la palabra de sabiduría brota como de lo más íntimo, o que los misterios se revelan con luz infundida desde lo alto, o ciertamente que se me expande como un amplísimo seno del cielo; y que lluvias más abundantes de meditaciones fluyen desde lo alto en mi alma; no dudo que el esposo está presente. Pues estas son las riquezas del Verbo, y de su plenitud recibimos esto. Pero si al mismo tiempo se infunde en mí una cierta devoción humilde, pero rica en íntima aspersión, de modo que el amor de la verdad reconocida genera en mí un necesario odio a la vanidad y desprecio, no sea que el conocimiento me infle, o la frecuencia de las visitas me ensalce: entonces siento que se actúa conmigo de manera paternal, y no dudo que el Padre está presente. Si, además, perseveraré en responder siempre a esta dignación con afectos y actos dignos, en lo que está en mí, y la gracia de Dios no será vana en mí: también hará morada en mí tanto el Padre que nutre, como el Verbo que instruye.

7. ¿Cuánta crees que de esta morada entre el alma y el Verbo surge la gracia de la familiaridad, cuánta confianza sigue de la familiaridad? No hay, creo, que tal alma tema decir: Mi amado es mío; que, por el hecho de que siente que ama, y ama vehementemente, tampoco duda que es igualmente amada vehementemente, y de su singular intención, solicitud, cuidado, obra, diligencia y estudio, con que vigila incesantemente y ardientemente cómo agradar a Dios, reconoce indudablemente todas estas cosas en él, recordando su promesa: Con la medida con que midáis, se os medirá (Mat. VII, 2); salvo que la prudente esposa es más cauta en atraer la retribución de la gracia a su parte, sabiendo que ha sido más bien prevenida por el amado. De ahí que prefiera su obra: Mi amado, dice, es mío, y yo soy suya. Por lo tanto, reconoce lo que es propio de Dios; y no duda que es amada quien ama. Así es. El amor de Dios engendra el amor del alma, y su intención que precede hace al alma atenta, y la solicitud la hace solícita. Pues no sé por qué cercanía de naturaleza, cuando el alma pueda contemplar la gloria de Dios con rostro descubierto, pronto debe conformarse a él, y transformarse en la misma imagen. Por lo tanto, como te prepares para Dios, así debe aparecerte Dios. Con el santo será santo, y con el hombre inocente será inocente (Sal. XVII, 26). ¿Por qué no igualmente con el amante amante, y con el vacante vacante, y con el atento atento, y solícito con el solícito?

8. Finalmente, dice: Yo amo a los que me aman, y los que madrugan a mí, me encontrarán (Prov. VIII, 17). Ves cómo no solo te asegura de su amor, si tú lo amas: sino también de su solicitud, que tiene por ti, si te siente solícito de él. ¿Vigilas tú? él también vigila. Levántate en la noche al principio de tus vigilias, apresúrate incluso a anticipar las vigilias; lo encontrarás, no lo precederás. Temerariamente en tal negocio te atribuyes algo primero, o más; y ama más, y antes. Si esta alma sabe, más bien porque sabe, ¿te sorprende que se gloríe de que aquella majestad, como si no se preocupara de otras cosas, se dirija solo a ella, a quien ella sola, pospuestas todas las preocupaciones, se guarda con toda devoción? El discurso desea un fin; pero digo una cosa a los espirituales que están en vosotros, ciertamente maravillosa, pero verdadera: el alma que ve a Dios no lo ve de otra manera que si solo fuera vista por Dios. Por eso, con esa confianza dice que él se dirige a ella, y ella a él, no viendo nada más que a sí misma y a él. ¡Eres bueno, Señor, al alma que te busca! te encuentras, la

abrazas, te muestras como esposo, que eres Señor, más bien que eres sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXX. De por qué el esposo es llamado amado; y sobre la verdad, la mansedumbre y la justicia, y otras virtudes, que son los lirios entre los cuales se alimenta.

1. Mi amado es mío, y yo soy suya, que se alimenta entre los lirios (Cant. II, 16). ¿Quién le imputará ya presunción o insolencia, si dice que ha entrado en sociedad con aquel que se alimenta entre los lirios? Aunque se alimentara entre las estrellas, solo por el hecho de alimentarse, no sé qué grandeza podría parecer tener al tener tales amistades o familiaridad. Algo ciertamente innoble y humilde suena, alimentarse. Ahora bien, cuando se dice que se alimenta entre los lirios, la adición de la humillación aleja y rechaza más lejos la nota de temeridad. ¿Qué son los lirios? Según la palabra del Señor, hierba, que hoy es, y mañana se echa al horno (Mat. VI, 28-30). ¿Cuán grande es este que se alimenta de hierba, como uno de los corderos o terneros? Y ciertamente cordero, y ternero cebado. Pero tú tal vez has advertido más atentamente, que no se designa aquí alimento, sino lugar: pues no se dijo, alimentarse con lirios; sino, entre lirios. Sea. No come hierba como el buey; sin embargo, estar entre la hierba, y recostarse sobre la hierba como uno de la multitud, ¿qué eminencia puede tener? ¿Y qué gloria hay en tener a ese amado que hace esto? Y según la letra, ciertamente la modestia de la esposa y la cautela de su prudencia al hablar se muestra suficientemente, ciertamente disponiendo sus palabras con juicio, y moderando la gloria de las cosas con la modestia de las palabras.

2. Sin embargo, no ignora que es uno el que se alimenta, y el que alimenta; el que mora entre los lirios, y el que reina sobre las estrellas. Pero más gustosamente recuerda las cosas humildes del amado, por humildad ciertamente, como dije; pero más aún porque desde allí comenzó a ser amado, desde que también se alimenta. No solo desde allí, sino desde entonces. Pues quien en las alturas es Señor, en lo bajo es amado; reinando sobre las estrellas, y amando entre los lirios. Amaba también sobre las estrellas, porque en ningún lugar y nunca pudo no amar, porque es amor; pero hasta que descendió a los lirios, y se encontró alimentándose entre los lirios, no fue amado, ni hecho amado. ¿Qué? ¿no fue amado por los patriarcas y profetas? Lo fue: pero no antes de que se le viera también por ellos alimentarse entre los lirios. Pues no vieron, quien previeron; a menos que alguien esté tan sin espíritu, que piense que el que ve en espíritu, no ve nada. ¿De dónde entonces los Videntes, pues así fueron llamados los profetas (I Sam. IX, 9), si no vieron nada? De ahí es, que quisieron ver, a quien no vieron. Pues no podían querer ver en cuerpo, a quien no vieron en espíritu. Pero digo: ¿Acaso todos los profetas? Como si todos quisieran ver, o fuera de todos la fe. Pero en verdad quienes vieron, o fueron profetas, o aquiescentes a los profetas. Y creer también, es ver. Pues no solo quien ve por el espíritu de profecía, sino también quien ve por la fe, si alguien también dice que ve en espíritu, no me parece errar.

3. Así, pues, que dignarse descender a los lirios, y alimentarse entre los lirios aquel que alimenta a todos, lo hizo amado, porque no pudo ser amado antes de ser conocido. Y por lo tanto, cuando se hace mención del amado, también se menciona aquello que fue causa de la dilección y el conocimiento. Debe buscarse en espíritu esta alimentación entre los lirios: pues pensarla corporalmente es ridículo. Además, los mismos lirios son espirituales, si es que podemos, debemos demostrarlos. Creo que también debemos decir de qué se alimenta el amado entre los lirios, si de los mismos lirios, o de otras hierbas o flores escondidas entre los lirios. Y en esto me parece más difícil, que se dice que se alimenta, no que alimenta. Pues que alimenta no hay duda, ni es indigno de él: pero alimentarse, suena a indigencia, y ni siquiera espiritualmente parece fácil asignárselo sin injuria a la majestad. Y ciertamente no recuerdo

hasta ahora haber advertido en este cántico que se mencione alimento en alguna parte, aunque creo que recordáis conmigo que se menciona al que alimenta. Finalmente, alguna vez pidió que se le mostrara dónde alimenta y reposa al mediodía (Cant. I, 6). Y ahora, ciertamente, lo que aún no había dicho, se dice que se alimenta, pero no de manera similar pide que se le indique el lugar; sino que ella misma lo indica, asignando, entre los lirios. Conoce esto, no conoce aquello; porque no puede estar igualmente presente lo que eleva y está en lo alto, y lo que es humilde y sobre la tierra. Obra sublime, lugar sublime: ni acceso a él hasta ahora ni siquiera para la esposa.

4. Y por eso se anonadó a sí mismo hasta esto, para que él mismo, pastor de todos, se alimentara; y se encontró entre los lirios, y visto por la Iglesia, fue amado por la pobre indigente, hecho amado por la semejanza. No solo eso, sino también por la verdad, la mansedumbre y la justicia: porque por él se cumplieron las promesas, porque se perdonaron las iniquidades, porque los demonios soberbios junto con su príncipe fueron juzgados. Así apareció quien merecidamente debía ser amado, veraz por sí mismo, manso con los hombres, justo por los hombres. ¡Oh esposo verdaderamente digno de ser amado y abrazado con todas las fibras del corazón! ¿Qué ya duda la Iglesia en entregarse toda con toda devoción a tan fiel retribuidor, tan piadoso perdonador, tan justo defensor? Por cierto, el Profeta había anticipado, diciendo: Con tu belleza y hermosura avanza prósperamente. ¿De dónde esta belleza y hermosura? Creo, de los lirios. ¿Qué más hermoso que un lirio? Así nada más hermoso que el esposo. ¿Cuáles son, entonces, esos lirios, de los cuales es la belleza de su esplendor? Avanza, dice, y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia (Sal. XLIV, 5). Son lirios, lirios, digo, nacidos de la tierra, brillando sobre la tierra, sobresaliendo entre las flores de la tierra, fragantes sobre el olor de los aromas. Por lo tanto, entre estos lirios el esposo, y completamente de estos hermoso y bello. Pues de otro modo (lo cual ciertamente pertenece a la debilidad de la carne) no había en él belleza ni hermosura (Isa. LIII, 2).

5. Pero buen lirio es la verdad, conspicua por su blancura, sobresaliente por su fragancia; en efecto, es el resplandor de la luz eterna, el esplendor y figura de la sustancia de Dios (Sab. VII, 26). Lirio ciertamente, que para una nueva bendición nuestra tierra produjo, y preparó ante la faz de todos los pueblos, luz para revelación de los gentiles (Luc. II, 31, 32). Mientras la tierra estuvo bajo maldición, produjo espinas y abrojos. Pero ahora la Verdad ha brotado de la tierra con la bendición del Señor (Sal. LXXXIV, 12, 13, 2), ciertamente una flor del campo muy hermosa, y lirio de los valles. Reconoce el lirio por su blancura, que pronto en el mismo brote de la flor brilló de noche a los pastores, diciendo el Evangelio que el ángel del Señor se presentó junto a ellos, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor (Luc. II, 9). Bien del Señor, porque no es el resplandor del ángel, sino del lirio. Él estaba presente, pero aquello brillaba desde Belén. Reconoce el lirio también por su fragancia, que incluso a los que estaban lejos hizo más conocido. Y ciertamente apareció una estrella; pero los hombres sabios no la habrían seguido, si no fueran atraídos por una cierta fragancia íntima del lirio nacido. Y verdaderamente el lirio es la verdad, cuyo olor anima la fe, su resplandor ilumina el entendimiento. Levanta también ahora los ojos a la misma persona del Señor, que en el Evangelio dice: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Y ve cuán adecuadamente se compara la verdad con el lirio. Si no lo has advertido, advierte del medio de esta flor como varillas doradas que salen, y rodeadas de un blanquísimo florecimiento, dispuestas bellamente y con decoro en una corona: y reconoce la divinidad dorada en Cristo, coronada por la pureza de la naturaleza humana, es decir, Cristo en el diadema, con el que lo coronó su madre. Pues en lo que lo coronó su Padre, habita en luz inaccesible, y no podrías verlo en ella por ahora. Pero de esto en otro momento.

6. Ahora bien, el lirio es la verdad; también es la mansedumbre. Y bien se dice que el lirio es mansedumbre, teniendo el candor de la inocencia y el aroma de la esperanza, pues "hay un futuro para el hombre de paz" (Salmo 36, 37). El hombre manso es de buena esperanza, y no menos en el presente es un ejemplo luminoso de vida social. ¿Acaso el lirio, que brilla en su función, no exhala esperanza? Añade que así como la verdad brotó de la tierra, también lo hizo la mansedumbre. A menos que alguien dude que el Cordero, señor de la tierra, haya brotado de la tierra (Isaías 16, 1), aquel cordero que fue llevado al matadero y no abrió su boca (Isaías 53, 7). No solo la mansedumbre o la verdad brotaron de la tierra, sino también la justicia, como dice el profeta: "Rocíen, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y brote el Salvador, y la justicia germine al mismo tiempo" (Isaías 45, 8). Que la justicia sea un lirio, recordad la Escritura, porque "el justo florecerá como el lirio y florecerá eternamente ante el Señor" (Oseas 14, 6). Este lirio no es hoy y mañana se echa al horno, porque florecerá eternamente. Y florecerá ante el Señor, en cuya memoria eterna estará el justo, y no temerá malas noticias (Salmo 111, 7), es decir, aquellas noticias por las cuales se ordena a los pecadores ir al horno de fuego. Además, ¿a quién no le resplandece el candor de este lirio, sino a quien no le agrada? En definitiva, es un sol, pero no aquel que sale sobre buenos y malos. Pues quienes dirán: "El sol de justicia no ha salido para nosotros" (Sabiduría 5, 6), nunca vieron su luz. Sin embargo, la vieron todos los que escucharon: "Para vosotros, los que teméis a Dios, saldrá el sol de justicia" (Malaquías 4, 2). Por lo tanto, el candor de este lirio está entre los justos; su fragancia se difunde incluso hasta los inicuos, aunque no para su bien. En definitiva, hemos oído a los justos decir que "somos el buen olor de Cristo en todo lugar; pero para unos, olor de vida para vida, y para otros, olor de muerte para muerte" (2 Corintios 2, 15-16). ¿Quién, aunque sea el más malvado, no aprueba la opinión del justo, aunque no ame su obra? Y bienaventurado, si no se juzga a sí mismo en lo que aprueba. Sin embargo, juzga, aprobando el bien y no amándolo; por lo tanto, no es plenamente bienaventurado, sino miserable, condenado por su propio juicio. ¿Qué hay más miserable que aquel para quien el olor de vida no es un mensajero de vida, sino de muerte? Más aún, ni siquiera un mensajero, sino un portador.

7. Hay muchos otros lirios en el Esposo además de estos que nos han llegado del Profeta; hablo de la verdad, la mansedumbre y la justicia; y no será difícil para cualquiera de vosotros encontrar similares por sí mismo en el jardín de tan delicioso Esposo. Abunda y sobreabunda en tales cosas: ¿quién podría enumerarlas? En efecto, tantas virtudes, tantos lirios. ¿Cuál es el fin de las virtudes en el Señor de las virtudes? Si la plenitud de las virtudes está en Cristo, también lo está la de los lirios. Y tal vez por eso Él mismo se llamó lirio, porque está completamente rodeado de lirios, y todo lo que es suyo son lirios; su concepción, nacimiento, vida, palabras, milagros, sacramentos, pasión, muerte, resurrección, ascensión. ¿Qué de todo esto no es blanco y no exhala un aroma suavísimo? En la concepción resplandeció tal claridad de la luz celestial por la abundancia del Espíritu que sobrevino, que ni siquiera la Virgen santa lo habría soportado si no hubiera sido cubierta por la virtud del Altísimo. El nacimiento fue blanqueado por la virginidad incorrupta de la madre; la vida, por la inocencia; las palabras, por la verdad; los milagros, por la pureza del corazón; los sacramentos, por el misterio de la piedad; la pasión, por la voluntad de sufrir; la muerte, por la libertad de no morir; la resurrección, por la fortaleza de los mártires; la ascensión, por la manifestación de las promesas. ¡Qué buen olor de fe en cada uno de estos, llenando nuestros tiempos y entrañas, aunque no hayamos visto el candor! Y bienaventurados los que no vieron y creyeron (Juan 20, 29). Mi parte en esto es el olor de vida que procede de ellos. Infundido en mis narices por un instrumento adecuado de fe, y ciertamente más abundantemente por la multitud de lirios, alivia el exilio y renueva continuamente en mis entrañas el deseo de la patria.

8. Algunos de los compañeros del Esposo también tienen lirios, pero no en abundancia. Todos han recibido el Espíritu en medida, las virtudes y los dones en medida; solo Él no tiene medida (Juan 3, 34), quien lo tiene todo. Es una cosa tener lirios, otra no tener sino lirios. ¿A quién me darás de los hijos de la cautividad tan inocente y santo que haya podido ocupar toda su tierra con flores, y de este tipo de flores? Ni siquiera un niño de un día está sin mancha sobre la tierra (Job 14, 4-5, según la LXX). Grande es quien ha podido edificar tres o cuatro lirios en su tierra, en tanta densidad de espinas y abrojos, que son brotes envejecidos de la antigua maldición. Pero para mí, que soy pobre, me va bien si alguna vez logro liberar y cultivar un pequeño trozo de mi tierra de esta pésima cosecha, a saber, de iniquidades y vicios, de donde pueda producir al menos un lirio, si acaso se digna a pastar a veces conmigo aquel que se alimenta entre los lirios.

9. Pero he dicho poco, uno: de la penuria de mi corazón ha hablado mi boca. Uno solo no basta; al menos dos son necesarios. Hablo de la continencia y la inocencia: de las cuales una sin la otra no salvará. En vano invitaré al Esposo a cualquiera de estas dos, pues no se dice que se alimente de un lirio, sino entre lirios. Me esforzaré, por tanto, en tener lirios, para que no se queje de la singularidad de un lirio, quien no quiere alimentarse sino entre lirios, y así se aparte con ira de su siervo. Pongo, pues, en primer lugar la inocencia: y si puedo unirle la continencia, me consideraré rico en la posesión de lirios. Soy rey, sin embargo, si puedo añadirles una tercera, la paciencia. Y ciertamente pueden bastar aquellas; pero porque también pueden faltar en las tentaciones, ya que la vida del hombre sobre la tierra es una tentación (Job 7, 1): ciertamente es necesaria la paciencia, que sea como una tutora [o nodriza] y guardiana de ambas. Creo que si viene aquel amante de los lirios y así lo encuentra, no desdeñará ya alimentarse con nosotros, y hacer su Pascua con nosotros: donde habrá para él mucha suavidad en las dos, y gran seguridad por la tercera. Pero de qué manera se dice que se alimenta quien alimenta a todos, se verá después. Ahora bien, aparece que el Esposo no solo aparece entre los lirios, sino que nunca puede encontrarse fuera de los lirios, ya que todo lo que es de él, y él mismo es un lirio, el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXI. Sobre los lirios espirituales, es decir, las buenas obras, cuyo olor es la recta conciencia, el color la fama: y cómo el Esposo nos alimenta y se alimenta de nosotros. También sobre la unidad de Dios Padre con el Hijo, y del alma santa con Dios.

1. El final del sermón anterior, el principio de este. El Esposo es, por tanto, un lirio, pero no un lirio entre espinas, ya que no tiene espinas quien no cometió pecado. De hecho, declaró a la Esposa un lirio entre espinas; porque si ella misma dijera que no tiene espinas, se engaña a sí misma, y la verdad no está en ella. Pero él se confesó flor y lirio, no obstante, no entre espinas. Más bien: "Yo soy", dice, "la flor del campo y el lirio de los valles" (Cantar de los Cantares 2, 2, 1). Y no se menciona espinas, porque es el único entre los hombres que no necesita decir: "Me volví en mi aflicción, mientras se clavaba la espina" (Salmo 31, 4). Por lo tanto, nunca está sin lirios, quien siempre está sin vicios; porque es todo y siempre blanco, hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo 44, 3). Tú, pues, que escuchas o lees esto, procura tener lirios contigo, si deseas tener a este habitante de los lirios habitando en ti. Que tu obra, tu estudio, tu deseo: sean lirios, proteste un cierto candor moral de las cosas mismas, y su aroma. También tienen los modales sus colores, tienen sus aromas. Pues en los espíritus no es lo mismo el color y el aroma, no más que en los cuerpos. Por lo tanto, que la conciencia sea consultada sobre el color, la fama sobre el aroma. "Habéis hecho hediondo nuestro olor ante Faraón y sus siervos", dicen ellos (Éxodo 5, 21), hablando de la opinión. Ahora bien, la intención del corazón y el juicio de la conciencia dan color a tu obra.

Los vicios son negros, la virtud es blanca. Entre esta y aquellos, la conciencia consultada discierne. La sentencia del Señor sobre el ojo malo y el luminoso (Mateo 6, 22-23), porque entre el blanco y el negro fijó límites ciertos, y dividió la luz de las tinieblas. Por lo tanto, lo que sale de un corazón puro y una buena conciencia es blanco, y es virtud; si además le sigue una buena fama, es un lirio, pues no le falta el candor del lirio ni el aroma.

2. Ahora bien, la virtud, aunque no por ello mayor, se hace más hermosa y más ilustre. Pero si hay una mancha en la conciencia, tampoco lo que de ella procede carecerá de mancha. Pues si la raíz está en el vicio, también lo estará la rama. Y por lo tanto, cualquier cosa que la raíz viciada produzca de sí misma no sin la transmisión del vicio, por ejemplo, un discurso, una acción, una oración, aunque la fama parezca aplaudir, no es lo que debe llamarse un lirio; porque aunque el aroma parezca connivente, no lo es el color. ¿Cómo, pues, un lirio con una mancha de impureza? Ni ciertamente la fama podrá reivindicar para la virtud lo que la conciencia decolorada ha demostrado ser un vicio. La virtud estará contenta con el candor de la conciencia, donde no pueda seguir el aroma de la fama: pero el aroma de la fama no será suficiente para excusar el vicio de la conciencia descolorida. Sin embargo, el hombre de virtud siempre proveerá, en lo que le concierne, cosas buenas, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (Romanos 12, 17), para que verdaderamente sea un lirio.

3. Pero también hay un candor del alma por la indulgencia de Dios, diciendo él mismo por el profeta: "Si vuestros pecados fueran como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, y si fueran rojos como el carmesí, serán como lana blanca" (Isaías 1, 18). Y hay un candor que se pone aquel que se compadece con alegría. Pues si miras a aquel hombre alegre que el Profeta describe, que se compadece y presta (Salmo 111, 5), ¿no te parecerá que ha infundido un cierto candor de piedad en su rostro y en su obra por la misma alegría del alma? Así, por el contrario, si alguien da con tristeza y como por necesidad, no presenta un color blanco, sino sombrío, en su mano y en su frente. Y por eso Dios ama al dador alegre (2 Corintios 9, 7). ¿Acaso también al triste? En verdad, quien miró a Abel por el candor de su alegría, apartó su rostro de Caín, porque su rostro había caído (Génesis 4, 4-5), ciertamente por tristeza y envidia. Observa qué color tiene la tristeza o la envidia, que aparta de sí el rostro de Dios. Hermosamente y elegantemente en el color del beneficio se ha alabado el candor de la alegría con aquella voz del poeta: "Sobre todo, se añadieron rostros amables" (Ovidio, Metamorfosis, libro VIII). No solo el dador alegre, sino también quien da con sencillez (Romanos 12, 8), es amado por Dios. Y la sencillez es candor. Lo probamos por el contrario: pues la duplicidad es una mancha. Poco he dicho, es una mácula. ¿Qué es la duplicidad sino engaño? Pero quien actúa con engaño ante Dios, su iniquidad se encuentra para odio (Salmo 35, 3). Y por eso bienaventurado aquel a quien el Señor no imputa pecado, y en cuyo espíritu no hay engaño (Salmo 31, 2). Hermosamente el Señor ha señalado en pocas palabras ambas manchas, el engaño y la tristeza: "No seáis, dice, como los hipócritas, tristes" (Mateo 6, 16). Por lo tanto, el Esposo, siendo virtud, se complace en las virtudes; y siendo lirio, habita gustosamente entre los lirios; y siendo candor, se deleita en los blancos.

4. Y tal vez esto es lo que se dice que se alimenta entre los lirios, deleitándose en el candor y el aroma de las virtudes. Y ciertamente se alimentaba corporalmente en otro tiempo con María y Marta, recostándose también corporalmente entre los lirios (hablo de ellas, pues eran lirios), no obstante, refrescaba su espíritu con la devoción y las virtudes de las mujeres. Si en ese momento hubiera entrado un profeta, o un ángel, o cualquier otro ser espiritual, no ignorante de qué majestad se recostaba; ¿no testificaría, asombrado por la dignación y familiaridad que vería que tenía con almas puras y cuerpos castos, aunque terrenales y de sexo más débil: Porque lo vi no solo habitando, sino también alimentándose entre los lirios? Así, pues, según ambos aspectos, digo carne y espíritu, se encontró al Esposo alimentándose

entre los lirios. Sin embargo, creo que él también, a su vez, alimentaba, pero en espíritu. ¿Cómo alimentaba al ser alimentado? ¿Cómo, digo, fortalecía la timidez de las mujeres, alegraba la humildad, enriquecía la devoción? Pero si has visto que para él alimentarse es alimentar; ve también ahora, no sea que al revés alimentar sea para él alimentarse. "Señor, que me alimentas desde mi juventud", dice el santo patriarca Jacob (Génesis 48, 15). Buen padre de familia, que cuida de sus domésticos, especialmente en los días malos, para alimentarlos en el hambre, alimentándolos con el pan de vida e inteligencia, y así nutriéndolos para la vida eterna. Pero alimentando, así creo, no obstante, él mismo se alimenta, y ciertamente con los alimentos que le gusta comer, nuestros progresos. Pues el gozo del Señor es nuestra fortaleza.

5. Así, pues, tanto cuando alimenta se alimenta, como cuando se alimenta alimenta, al mismo tiempo reponiéndonos con su gozo espiritual, y alegrándose de nuestro progreso igualmente espiritual. Su alimento es mi penitencia, su alimento es mi salvación, su alimento soy yo mismo. ¿Acaso no come ceniza como pan? Pero yo, porque soy pecador, soy ceniza, para ser comido por él. Soy comido cuando soy reprendido, soy tragado cuando soy instruido, soy digerido cuando soy transformado, soy unido cuando soy conformado. No os maravilléis de esto: nos come y es comido por nosotros, para que nos unamos más estrechamente a él. No ciertamente de otra manera nos unimos perfectamente a él. Pues si como y no soy comido, parecerá que él está en mí, pero yo aún no en él. Pero si soy comido y no como; parecerá que él me tiene en sí, pero no está en mí; y no habrá una unión perfecta en uno solo de estos. Pero que me coma, para que me tenga en sí; y que sea comido por mí para que esté en mí: para que la conexión sea completa y firme, cuando yo esté en él y él, no obstante, esté en mí.

6. ¿Quieres que te muestre con un ejemplo lo que se dice? Levanta ahora tus ojos a una cierta conveniencia más sublime, pero similar a esta. Si el mismo Esposo estuviera en el Padre de tal manera que el Padre no estuviera en él; o si el Padre estuviera en él de tal manera que él no estuviera en el Padre: me atrevo a decir que incluso su unidad quedaría incompleta, si ya fuera unidad. Pero ahora, cuando él está en el Padre y el Padre en él; no hay donde la unidad cojee, sino que verdaderamente son uno él y el Padre. Así, pues, el alma, para la cual adherirse a Dios es bueno (Salmo 72, 28), no debe considerarse perfectamente unida a él, a menos que sienta que él permanece en ella y ella en él. No porque entonces se diga que es uno con Dios, como uno son el Padre y el Hijo: aunque quien se adhiere a Dios, un espíritu es (1 Corintios 6, 17). He leído esto, pero no he leído aquello. No lo digo de mí, que no soy nada, pero ciertamente nadie, a menos que esté demente, ya sea de la tierra o del cielo, usurpará para sí la voz del Unigénito: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10, 30). Y sin embargo, yo, aunque polvo y ceniza, confiado en la autoridad de la Escritura, no temo decir esto, que soy un espíritu con Dios: si alguna vez, sin embargo, estoy persuadido por ciertas experiencias, de que me adhiero a Dios al modo de uno de aquellos que permanecen en la caridad, y por lo tanto permanecen en Dios, y Dios en ellos, comiendo a Dios y siendo comidos por Dios. Pues creo que de tal adhesión se dice: "Quien se adhiere a Dios, un espíritu es". ¿Qué, entonces? Dice el Hijo: "Yo en el Padre, y el Padre en mí está" (Juan 14, 11), "y uno somos" (Juan 10, 30); dice el hombre: Yo en Dios, y Dios en mí está, y un espíritu somos.

7. Pero, ¿acaso el Padre y el Hijo, para ser uno en el otro y, por ende, uno, se consumen mutuamente, como Dios y el hombre se transfieren entre sí mediante una especie de mutua consumición, siendo así, aunque no uno, ciertamente un solo espíritu? ¡De ninguna manera! Pues no están presentes de la misma manera estos y aquellos, ni es la misma unidad la de ambos. [Finalmente, se te insinúa la diversidad de las unidades mediante uno y uno; ya que ni

al Padre y al Hijo se les puede aplicar uno, ni al hombre y a Dios uno. Si eres sabio, aprovecharás la ocasión para ser más sabio, advirtiendo prudentemente, allí por uno la unidad de sustancia o naturaleza; aquí por uno igualmente la unidad, pero por eso muy diferente, porque entre las sustancias y naturalezas, al hombre y a Dios, cada uno tiene su propia naturaleza y sustancia, mientras que del Padre y del Hijo se constata que son una sola. Ves que aquella no es unidad, si se compara con esta singular y suprema unidad. Pues, ¿cómo puede haber unidad donde hay número de naturalezas, diversidad de sustancias? Y sin embargo, se dice y es un solo espíritu con Dios, el alma que se adhiere a Dios; y la pluralidad de cosas no prejuzga esta unidad, que no se hace por confusión de naturalezas, sino por consenso de voluntades. Por esta razón también muchos corazones son uno, y muchas almas una, como está escrito: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma (Hechos IV, 32). Y esta es, por tanto, la unidad.

8. Sin embargo, ¿qué tiene que ver con aquella que no consiste en unión, sino que existe por eternidad? No es en absoluto una especie de mutua consumición, como esta, la que la hace, porque no se hace. Es. Pero tampoco es conjunción, ni casi composición, ni algo así, que no es de uno. Sin embargo, para el Padre y el Hijo, la naturaleza, la esencia, la voluntad no solo son una, sino uno. Esto es para ellos ser, lo que es ser naturaleza; esto querer, lo que es ser, o ser naturaleza. No hay, por tanto, que decir que la unidad, por la cual el Padre y el Hijo son uno, se hace de naturalezas o esencias, o voluntades, porque no son: no hay que decir que se hace, porque es. No es, en efecto, facticia, sino nativa. Están en sí mismos el Padre y el Hijo, no solo de manera inefable, sino también incomprensible, capaces y capaces de sí mismos al mismo tiempo: pero ciertamente tan capaces, que no son divisibles; tan capaces que no son participables. Pues como en el himno canta la Iglesia: «en el Padre todo el Hijo, y todo en el Verbo el Padre (Himno para el lunes 2 en Maitines).» El Padre está en el Hijo, en quien siempre se ha complacido; y el Hijo está en el Padre, de quien, así como nunca no ha nacido, así nunca ha sido separado. Por otra parte, por la caridad, el hombre está en Dios, y Dios en el hombre, diciendo Juan, que quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él (I Juan IV, 16). [Este es un cierto consenso, para que sean dos en un solo espíritu, o más bien un solo espíritu. ¿Ves la diversidad? No es lo mismo consustancial que consentible. Aunque, si has advertido, se te insinúa suficientemente por uno y uno, también la diferencia de las unidades; ya que ni al Padre y al Hijo se les puede aplicar uno, ni al hombre y a Dios uno. No se puede decir que el Padre y el Hijo son uno, porque aquel es Padre, y aquel es Hijo: sin embargo, se dice y son uno, porque una es completamente para ellos, y no cada uno su propia sustancia. Por el contrario, el hombre y Dios, porque no son de una sola sustancia o naturaleza; no pueden decirse uno, sin embargo, se dice con cierta y absoluta verdad que son un solo espíritu, si se adhieren entre sí con el pegamento del amor. Esta unidad no la hace tanto la coherencia de las esencias, como la connivencia de las voluntades.

9. Está claro, si no me equivoco, suficientemente no solo la diversidad, sino también la disparidad de las unidades, una en una, otra en diferentes esencias existentes. ¿Qué tan distante es de sí mismo, como la unidad de muchos y de uno? Así entre las unidades, como dije, distingue uno y uno, que por uno en el Padre y el Hijo se designa la unidad de esencia, por uno entre Dios y el hombre no esta, sino una cierta piedad de afectos consentidos. Con la adición, sin embargo, también el Padre y el Hijo se dicen santamente uno; por ejemplo, un solo Dios, un solo Señor, y cualquier otra cosa que se diga de cada uno, y no de otro. Pues no tienen diversa divinidad o majestad, no más que sustancia, o esencia, o naturaleza. En efecto, todas estas cosas, si las consideras piadosamente, no son diversas ni divididas en ellos, sino que son uno. He dicho menos: son uno y con ellos. ¿Qué es aquella unidad, por la cual muchos corazones son uno, y muchas almas una se leen? Ni debe considerarse, creo, con el

nombre de unidad, comparada con esta, que no une muchos, sino que señala uno singularmente. Por tanto, aquella es una unidad singular y suprema, que no consiste en unión, sino que existe por eternidad. Ni ciertamente esta espiritual consumición mencionada la hace, porque no se hace. Es. Mucho menos debe pensarse que la hace cualquier tipo de conjunción de esencias, o consenso de voluntades, porque no son. Una es para ellos, como se ha dicho, y esencia, y voluntad; para uno no hay consenso, no composición, no copulación, o algo así. Debe haber al menos dos voluntades, para que haya consenso; dos esencias igualmente, para que haya conjunción o unión por consenso. Nada de esto en el Padre y el Hijo, pues no tienen dos esencias, ni dos voluntades. Una es cada cosa para ellos; o más bien, como recuerdo haber dicho antes, estas dos cosas en ellos son uno, uno y con ellos son; y por tanto, permaneciendo entre sí de manera incomprensible, así inmutablemente, son verdaderamente y singularmente uno. Si alguien, sin embargo, dice que hay consenso entre el Padre y el Hijo, no lo discuto, siempre que no entienda unión de voluntades, sino unidad de voluntad.

10. Pero Dios y el hombre, porque existen y distan por sus propias voluntades y sustancias, sentimos que permanecen entre sí de manera muy diferente, es decir, no confundidos en sustancias, sino consentidos en voluntades. Y esta unión es para ellos comunión de voluntades, y consenso en caridad. Feliz unión, si la experimentas; ninguna, si la comparas. Voz del experimentado: Pero para mí, adherirme a Dios es bueno (Salmo LXXII, 28). Bueno, ciertamente, si te adhieres en todo sentido. ¿Quién es el que se adhiere perfectamente a Dios, sino aquel que permaneciendo en Dios, como amado por Dios, sin embargo, ha atraído a Dios en sí mismo amando recíprocamente? Por tanto, cuando el hombre y Dios se adhieren entre sí por todas partes (se adhieren, sin embargo, por todas partes, íntima y mutuamente enraizados en amor el uno al otro), por esto diría sin duda que Dios está en el hombre, y el hombre en Dios. Pero el hombre está en Dios desde la eternidad, como amado desde la eternidad, si es de aquellos que dicen que nos amó y nos gratificó en su amado Hijo antes de la constitución del mundo (Efesios I, 6, 4); Dios, sin embargo, en el hombre, desde que es amado por el hombre. Y si es así, el hombre está en Dios incluso cuando Dios no está en el hombre; pero Dios no está en el hombre que no está en Dios. Pues no puede permanecer en el amor, aunque tal vez ame por un tiempo no siendo amado; puede, sin embargo, no amar aún siendo amado. De lo contrario, ¿cómo se mantendrá, ya que él nos amó primero? (I Juan IV, 10.) Pero cuando ya también ama quien antes era amado, tanto el hombre está en Dios, como Dios en el hombre. Pero quien nunca ama, es evidente que nunca fue amado; y por tanto, ni él está en Dios, ni Dios en él. Estas cosas se han dicho para dar la diferencia entre aquella conexión, por la cual el Padre y el Hijo son uno, y aquella por la cual el alma adherida a Dios es un solo espíritu, no sea que porque se lee del hombre permaneciendo en caridad, que permanece en Dios, y Dios en él; y también del Hijo, que no obstante está en el Padre, y el Padre en él; se pensara que la prerrogativa del adoptado es igual a la del Único.

11. Con esto, por tanto, concluido, debemos volver a aquel que se alimenta entre los lirios, porque de allí se hizo esta excursión hasta aquí: si no en vano, ustedes juzgarán. Y ya había propuesto dos interpretaciones del mismo pasaje, ya sea que se alimenta de las virtudes de los que se visten de blanco, quien es virtud y blancura; o que recibe a los pecadores al arrepentimiento en su cuerpo, que es la Iglesia, para incorporarlos a sí mismo, se hizo pecado, quien no cometió pecado, para que se destruyera el cuerpo del pecado, al que alguna vez fueron plantados los pecadores, y fueran justicia en él justificados gratuitamente.

12. Aún propongo una tercera interpretación que se presenta; y creo que será suficiente no solo para la explicación del pasaje, sino también para el fin del discurso. La Palabra de Dios es verdad, y él mismo es el esposo. Ustedes saben esto; escuchen lo demás. Cuando se escucha, y no se obedece, queda vacío y hambriento de algún modo, completamente triste y

quejumbroso, porque ha sido pronunciado en vano. Pero si se obedece, ¿no te parecerá que la palabra ha crecido en una especie de corpulencia, porque a la palabra se le ha añadido obra, como si fuera alimentada por ciertos frutos de obediencia, frutos de justicia? De ahí que en el Apocalipsis dice: He aquí, estoy a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Apocalipsis III, 20). Este sentido parece ser aprobado también en el profeta por la sentencia del Señor, donde dice que su palabra no volverá a él vacía, sino que prosperará, y hará aquello para lo que la envió (Isaías LV, 12). No volverá, dice, a mí vacía o hambrienta, sino que, como prosperando en todo, se saciará con las buenas acciones de aquellos que en amor se aquietan en ella. Finalmente, en el uso del lenguaje, se dice que la palabra se ha cumplido, cuando ha sido llevada a efecto: lo cual, evidentemente, es tan vacío y macilento, y de algún modo hambriento, hasta que se completa con la obra.

13. Pero escucha de qué se alimenta él mismo. Mi alimento, dice, es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV, 34). La palabra del Verbo indica abiertamente que su alimento es la obra buena; si, sin embargo, lo encuentra entre los lirios, es decir, entre las virtudes. De lo contrario, si lo encuentra fuera, aunque bueno en sí mismo, parece alimento, no lo tocará aquel que se alimenta entre los lirios. Por ejemplo, no acepta la limosna de la mano del ladrón o del usurero; pero tampoco del hipócrita, que cuando da limosna, hace sonar la trompeta delante de sí, para ser glorificado por los hombres. Pero tampoco escuchará de ninguna manera la oración de aquel que ama orar en las esquinas de las calles, para ser visto por los hombres (Mateo VI, 2, 5). En efecto, la oración del pecador será abominable (Proverbios XXVIII, 9). También en vano ofrecerá su ofrenda en el altar, quien es consciente de que su hermano tiene algo contra él (Mateo V, 23, 24). Finalmente, no miró a las ofrendas de Caín (Génesis IV, 5), porque no caminaba rectamente con su hermano. Según el santo profeta, también aborrecía los sábados, las lunas nuevas, y los sacrificios de los judíos, de tal manera que manifestamente protestaba odiar su alma, y decía: Cuando venís ante mi presencia, ¿quién ha requerido esto de vuestras manos? Creo que esas manos no olían a lirios y por eso rechazaba la ofrenda de aquellos que están acostumbrados a alimentarse entre los lirios, y no entre las espinas. ¿Por qué no tenían manos espinosas, a las que decía: Vuestras manos están llenas de sangre (Isaías I, 13-15). Y las manos de Esaú eran peludas, semejantes a espinas; por lo tanto, no fueron admitidas para ministrar al Santo.

14. Temo que también entre nosotros haya algunos cuyos dones no acepte el esposo, porque no huelen a lirios. Pues si en el día de mi ayuno se encuentra mi voluntad, no es tal ayuno el que elige el esposo, ni le sabe bien mi ayuno, que no sabe a lirio de obediencia, sino a vicio de propia voluntad. Pero no solo sobre el ayuno, sino sobre el silencio, las vigilias, la oración, la lectura, el trabajo manual, finalmente sobre toda observancia del monje, donde se encuentra su propia voluntad en ella, y no la obediencia a su maestro, siento lo mismo. De ninguna manera consideraría esas observancias, aunque buenas en sí mismas, sin embargo, entre los lirios, es decir, entre las virtudes; sino que escuchará del profeta, quien es así: ¿Es tal el servicio que elegí, dice el Señor? y añadirá: En el día de tus bienes se encuentran tus voluntades (Isaías LVIII, 3-5). Gran mal es la propia voluntad, por la cual tus bienes no son buenos para ti. Por tanto, es necesario que se conviertan en lirios, los que son de este tipo, porque nada en absoluto, que esté contaminado por la propia voluntad, gustará aquel que se alimenta entre los lirios. La sabiduría es en todo lugar alcanzando por su pureza, y nada contaminado entra en ella (Sabiduría VII, 24, 25). Así, por tanto, el esposo ama alimentarse entre los lirios, es decir, entre corazones puros y limpios. Pero, ¿hasta cuándo? Hasta que aspire el día, y se inclinen las sombras. Este es un lugar sombrío y denso: no entremos en este bosque de profundo misterio, sino con la clara luz del día. Pues ya, discutiendo yo más allá,

se ha inclinado el día; mientras somos llevados a la fuerza de estos lirios. No he sido vencido por la prolijidad, a la que todo fastidio le quitaría el olor de las flores. Parece que queda poco del presente capítulo. Pero ese poco es muy oculto, como también lo son todas las cosas del cántico. Pero quien revela los misterios estará presente, como confío, cuando comencemos a llamar: y no cerrará la boca de los que hablan, él, que es más familiar en abrir lo cerrado, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXII. Qué es el día que aspira, y las sombras que se inclinan. Luego se exponen los diversos días de los hombres. Y que a los justos, como viven en la luz, les espera un día más claro; a los impíos, que se ocupan en las obras de las tinieblas, les espera una noche eterna.

1. Mi amado es mío, y yo soy suya, que se alimenta entre los lirios: hasta que aspire el día, y se inclinen las sombras (Cantar de los Cantares II, 16, 17). Solo queda por tratar la última parte de este capítulo, y dudo al mismo inicio, a cuál de las dos precedentes la uniré principalmente: pues puedo hacerlo indiferentemente a cualquiera de las dos. Ya sea que digas: Mi amado es mío, y yo soy suya hasta que aspire el día, y se inclinen las sombras, interponiendo solo, que se alimenta entre los lirios; o según el orden de la letra, que se alimenta entre los lirios, hasta que aspire el día, y se inclinen las sombras: no lo asignas inconvenientemente a cualquiera de las dos. Esto ciertamente importa, que si unes hasta al primero, debes entenderlo inclusivo; si al medio, es necesario que lo entiendas exclusivo. Sea, pues, que el esposo se designa alimentarse ya entre los lirios, cuando haya aspirado el día: ¿acaso cesará también de atender a la esposa, o ella a él? ¡De ninguna manera! Permanecerán para siempre entre sí, salvo que entonces más felizmente, cuando más intensamente; entonces más intensamente, cuando más libremente. Sea, por tanto, este hasta, como es aquel en Mateo, donde se narra que José no conoció a María, hasta que dio a luz a su hijo primogénito (Mateo I, 25): pues no la conoció después. O ciertamente como es aquel en el salmo: Nuestros ojos están hacia el Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros (Salmo CXXII, 2): pues no se apartarán, cuando comience a tener misericordia. O como también aquel del Señor a los apóstoles: He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20): pues no después no estará con ellos. Pero esto es así, si refieres hasta a mi amado es mío, y yo soy suya. Pero si prefieres referirlo a que se alimenta entre los lirios, será necesario entenderlo en otro sentido. Por lo demás, se mostrará más laboriosamente cómo entonces el amado deja de alimentarse, cuando haya aspirado el día. Pues si el día de la resurrección es ese, ¿por qué no mucho más le agradará alimentarse allí entre los lirios, donde habrá una mayor abundancia de ellos? Y para ajustar, por tanto, la secuencia de la letra, estas cosas se han dicho.

2. Ahora advierte conmigo, aunque en todo el reino resplandeciente de lirios, estando el esposo en medio y deleitándose, sin embargo, no hay razón para decir que se alimenta, según lo que antes acostumbraba. Pues, ¿dónde están ya los pecadores, que Cristo incorpore a sí mismo, mansos y mordidos como por ciertos dientes de disciplina más austera, con la aflicción de la carne, y la contrición del corazón? Pero tampoco exigirá ya el Verbo esposo alimento de algunos hechos u obras de obediencia, donde todo negocio será ocio, y solo en la contemplación y el afecto será la cosa. Y ciertamente su alimento es hacer la voluntad de su Padre; pero aquí, no allí. Pues, ¿qué hará hecho? Y se constata que entonces es perfecta. Finalmente, probar ya entonces es para todos los santos, cuál es la voluntad de Dios buena, y agradable, y perfecta. Y ciertamente después de lo perfecto, no queda nada por hacer. Resta de aquí en adelante disfrutar, no hacer; experimentar, no operar; vivir en ella, no ejercitarse en ella. ¿No es esta misma, la que con la más ferviente oración enseñados por el Señor, como

en el cielo, así también en la tierra pedimos que se perfeccione (Mateo VI, 10), para que ya deleite su fruto, no fatigue su acto? No será, por tanto, para el esposo Verbo alimento de obra, porque es necesario que cese toda obra, donde más plenamente por todos se percibe la sabiduría. Pues los que disminuyen en acto, la perciben (Eclesiástico XXXVIII, 25).

3. Pero veamos ahora si lo que decimos puede sostenerse, y según aquella interpretación, en la que algunos entienden que pastar entre los lirios es deleitarse con la blancura de las virtudes; pues tampoco nosotros hemos pasado por alto esta interpretación entre otras. ¿Diremos acaso que las virtudes no existirán, o que el esposo no las saboreará en ese momento? Sentir cualquiera de estas dos cosas es una locura. Pero mira si tal vez se deleita con ellas de otra manera; pues es evidente que se deleita, pero quizás más con la bebida que con el alimento. Ciertamente, en este tiempo y cuerpo, ninguna de nuestras virtudes estará tan purificada, ninguna tan dulce y pura, que sea apta para ser bebida por el esposo. Pero quien quiere que todos los hombres se salven, disimula muchas cosas, y de aquello que no puede tragar fácilmente por el momento, se esfuerza por extraer algo sabroso, como con cierta habilidad y esfuerzo de masticar. Habrá un momento en que la virtud será bebible, no será oprimida por el diente, ni fatigará al que mastica, o más bien no fatigará al que mastica, sino que deleitará al que bebe sin esfuerzo, como bebida, no como alimento. Finalmente, tienes la promesa en el Evangelio, porque "no beberé de este fruto de la vid", dice, "hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre" (Mateo 26, 29). Y no se menciona el alimento. Pero también se lee en el Profeta: "Como un poderoso embriagado de vino" (Salmo 77, 65); y allí no se encuentra nada sobre el alimento. Por lo tanto, la esposa, consciente de este misterio, cuando descubrió y declaró que el amado pastaba entre los lirios, estableció un límite hasta que él se dignara, o más bien reconoció y declaró el límite establecido, diciendo: "Hasta que despunte el día y se inclinen las sombras". Pues sabía que después él debía ser bebido más que alimentado con las virtudes. Parece convenir también la costumbre de que después de la comida se tome bebida según el uso. Por lo tanto, quien aquí come, allí beberá, entonces más dulcemente cuanto más seguro, tragando incluso aquello que ahora, de manera más escrupulosa y laboriosa, como masticando, se licúa.

4. Ahora ya enfoquémonos en considerar ese día y sus sombras, cuál es ese día, cuáles son esas sombras: de qué manera aspira ese día, en qué poder tienen esas sombras para inclinarse. Se ha dicho de manera significativa, "hasta que despunte el día", más bien de manera singular. Pues en este único lugar, si no me equivoco, encontrarás un día que aspira. Se dice que soplan las auras, no los tiempos. El hombre sopla, soplan los demás animales, a los que el aire recíproco les da vida continuamente. ¿Y qué es esto, sino el viento? También sopla el Espíritu Santo, y de ahí el espíritu. ¿De qué manera, entonces, un día que sopla, que no es ni viento, ni espíritu, ni animal? Aunque ni siquiera se dice que sopla, sino, lo que suena más significativo, que aspira. No menos fuera de lo común es decir "y se inclinan las sombras". Finalmente, con la salida de esta luz corporal y visible, las sombras no se inclinan, sino que se anulan. Por lo tanto, estas cosas deben buscarse fuera de los cuerpos. Y si encontramos que el día y las sombras son espirituales, entonces tal vez la inclinación de estas y la aspiración de aquel se iluminarán más fácilmente. Quien opina que ese día del que el Profeta dice: "Mejor es un día en tus atrios que mil" (Salmo 83, 11) es corporal, no sé qué ya no opinará como no corporal. También hay un día en mala significación, al que maldijeron los profetas (Job 3, 3; Jeremías 20, 14). Pero lejos de nosotros que sea de estos visibles que hizo el Señor. Por lo tanto, es espiritual.

5. ¿Quién dudará ya de que la sombra es espiritual, con la que María fue cubierta al concebir (Lucas 1, 35); y también aquella que se menciona en el profeta: "El Espíritu ante nuestro

rostro, Cristo el Señor, bajo su sombra viviremos entre las naciones" (Lamentaciones 4, 20)? Sin embargo, yo creo que en este lugar se designan más bien con el nombre de sombras las potestades contrarias, que no solo son sombras o tinieblas, sino que también son llamadas por el Apóstol "principados de las tinieblas de este mundo" (Efesios 6, 12), junto con aquellos de nuestro género que se adhieren a ellas, hijos de la noche, y no de la luz, ni del día. Estas sombras, ciertamente, no desaparecerán completamente cuando el día aspire, como vemos que las sombras corporales no solo no desaparecen, sino que perecen completamente ante la luz corporal. Por lo tanto, no serán del todo nada, pero sí más miserables. 1521 Serán, pero inclinadas y sometidas. Finalmente: "Se inclinará", dice, "y caerá" (sin duda el príncipe de las sombras), "cuando haya dominado a los pobres" (Salmo 9, 10). Por lo tanto, no se destruirá la naturaleza, sino que se quitará el poder; no perecerá la sustancia, sino que pasará la hora y el poder de las tinieblas. Se quitarán para que no vean la gloria de Dios; no se anularán, para que siempre sean quemadas. ¿Por qué no se inclinarán las sombras, cuando los poderosos sean depuestos de su trono y se conviertan en el escabel de sus pies? (Romanos 13, 12). Esto ciertamente debe suceder pronto. La última hora es; la noche ha pasado, el día se ha acercado. Aspirará el día, y expirará la noche. La noche es el diablo, la noche es el ángel de Satanás, aunque se transforme en ángel de luz. También la noche es el Anticristo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con la manifestación de su venida (II Tesalonicenses 2, 8). ¿No es el Señor el día? Día ciertamente iluminador y aspirante, que con el espíritu de su boca ahuyenta las sombras y destruye las apariencias con la manifestación de su venida. O si prefieres tomar la palabra inclinación simplemente, y pensar que inclinarse no es otra cosa que ser aniquilado: para no faltar también a este sentido, decimos que las sombras son las figuras y enigmas de las Escrituras, así como las locuciones sofísticas, las argucias de palabras y los argumentos implícitos, que todos ellos por ahora oscurecen la luz de la verdad. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando el día aspire, las sombras se inclinarán, porque cuando la plenitud de la luz ocupe todo, ninguna parte de las tinieblas podrá permanecer. Finalmente, cuando venga lo perfecto, entonces se anulará lo que es en parte (I Corintios 13, 9, 10).

6. Hasta aquí podría haber sido suficiente sobre esto, si se hubiera dicho que ese día sopla, y no que aspira. Ahora bien, por tan pequeño añadido, creo que aún se debe añadir algo, a saber, para investigar la razón de esta diversidad. Pues yo, para decir la verdad, hace tiempo que me convencí de que en el texto del sagrado y precioso discurso no hay ni una sola partícula vacía. Solemos usar esta palabra cuando deseamos algo intensamente; por ejemplo, cuando decimos: Él aspira a ese honor o a esa dignidad. Por lo tanto, se designa con esta palabra la maravillosa abundancia futura y la vehemencia del espíritu en ese día, cuando no solo los corazones, sino también los cuerpos serán espirituales en su género; y quienes sean hallados dignos, se embriagarán con la abundancia de la casa del Señor, y serán saciados con el torrente de su voluntad.

7. O de otra manera. Ya a los santos ángeles les ha amanecido el día santificado, soplándoles con el constante ímpetu de la corriente perpetua los secretos melifluos de la eterna divinidad. Finalmente: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmo 45, 5); pero la ciudad a la que se dice: "Como la morada de todos los que se alegran está en ti" (Salmo 86, 7). Pero cuando también a nosotros, que habitamos la tierra, nos sople, no solo será soplante, sino también aspirante, porque con su seno dilatado nos admitirá también a nosotros. O (para repetir un poco más alto y discutir más ampliamente) cuando el hombre fue formado del polvo de la tierra, el formador, como narra la historia veraz, "inspiró en su rostro aliento de vida" (Génesis 2, 7), convirtiéndose así en un día inspirante para él: y he aquí que la envidiosa noche astutamente se interpuso en este día, con una luz simulada. Pues mientras

prometía una luz de conocimiento más brillante, vertió inesperadas tinieblas de un mal consejo sobre la nueva luz, e introdujo en los comienzos de nuestra origen la oscura niebla de una transgresión dañosa. ¡Ay, ay! No supieron, ni entendieron, caminan en tinieblas sin saber, poniendo las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas. Finalmente, la mujer comió del árbol que la serpiente le había dado, que Dios había prohibido: y dio a su marido, y comenzó a amanecerles como de nuevo. Pues inmediatamente se abrieron los ojos de ambos, y se hizo un día conspirante, expulsando al inspirante, y sustituyendo al expirante. Conspiraron y se unieron en uno contra el Señor y contra su Cristo, con la astucia de la serpiente, las blandicias de la mujer, la debilidad del hombre. Por eso hablaban entre sí, el Señor y su Cristo: "He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros" (Génesis 3), lo que a la injuria de ambos se había sometido a los pecadores que se alimentaban de sí mismos.

8. En este día nacemos todos. Llevamos, pues, todos nosotros la marca de la antigua conspiración impresa en nosotros; 1522 Eva ciertamente vive en nuestra carne, cuya concupiscencia hereditaria la serpiente se esfuerza diligentemente en reclamar para su facción nuestro consentimiento. Por eso, como dije, los santos maldijeron este día, deseando que fuera breve y pronto se convirtiera en tinieblas (Job 3, 3; Jeremías 20, 14), porque es un día de contienda y contradicción, mientras no cesa en él la carne de desear contra el espíritu, y la ley de los miembros contradice con infatigable rebelión a la ley de la mente. Por lo tanto, el día se ha convertido en expirante. Desde entonces, ¿quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? (Salmo 88, 49). Que alguien lo diga por ira: yo, sin embargo, pienso que es por misericordia, para que los elegidos, por quienes todo se hace, no sean fatigados por mucho tiempo por la molesta contradicción, por la cual también ellos son llevados cautivos en la ley del pecado, que está en sus miembros. Sin duda, aborrecen y soportan con gran dificultad la vergonzosa cautividad y la triste contienda.

9. Apresurémonos, pues, a respirar de la antigua e iniqua conspiración, porque los días del hombre son breves (Job 14, 5). Antes bien, que nos reciba el día respirante, antes de que la noche suspirante nos absorba, envolviéndonos en las tinieblas exteriores de la eterna oscuridad. ¿Preguntas en qué consiste esta respiración? En que el espíritu comience a desear contra la carne. Si te opones a esto, respiras; si por el espíritu mortificas las obras de la carne, has respirado; si crucificas esta con sus vicios y concupiscencias, has respirado. "Castigo", dice, "mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea reprobado" (I Corintios 9, 27). Es la voz de quien respira, o más bien de quien ya ha respirado. Ve, y haz tú lo mismo (Lucas 10, 37), para que pruebes que has respirado, para que sepas que el día inspirante ha amanecido de nuevo para ti. Ni la noche de la muerte prevalecerá contra este día renacido; más bien, brilla en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron. Tanto no creo que la luz de la vida ceda al partir la vida, que pienso que a nadie más adecuadamente que a quien ha muerto así se le debe asignar aquella voz: "Y la noche será mi iluminación en mis delicias" (Salmo 138, 11). ¿Por qué no verá más claramente, liberado de la nube, o más bien de la escoria del cuerpo? Sin duda, será libre entre los muertos, y entre los ciegos verá. Pues así como antes, cuando todo ojo se oscurecía por toda Egipto, solo el pueblo que veía a Dios, es decir, el pueblo de Israel, veía claramente en medio de las tinieblas, diciendo la Escritura que "dondequiera que estaba Israel, había luz" (Éxodo 10, 23): así entre los hijos de las tinieblas, en la oscura niebla de la muerte, los justos brillarán y verán, tanto más claramente cuanto más despojados de las sombras de los cuerpos. Pues aquellos que antes no respiraron: porque no buscaron la luz del día inspirante, y el sol de justicia no se levantó para ellos: estos, digo, irán de tinieblas a tinieblas más densas, para que quienes están en tinieblas, se oscurezcan aún más; y quienes ven, vean más.

10. Donde tal vez no inadecuadamente se traerá también la palabra del Señor, que dijo, porque "al que tiene se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado" (Lucas 19, 26). Así es: y se añade en la muerte a los que ven, y a los que no ven se les quita. Pues cuanto menos y menos estos, tanto más y más aquellos ven, hasta que a estos los reciba la noche suspirante, y a aquellos el día aspirante; que son los últimos de ambos, la extrema ceguera, y la suprema claridad. Desde aquí ya no hay nada que quitar a los completamente vacíos, no hay nada que añadir a los llenos, excepto que estos no sé qué más lleno esperan recibir según la promesa hecha a ellos. Y la palabra de la promesa es esta: "Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo" (Lucas 6, 38). ¿No te parece que hay algo más lleno de alguna manera en lo que rebosa? Por lo tanto, escucharás pacíficamente pleno y más pleno, si recuerdas haber leído: "Por siempre y más allá" (Éxodo 15, 18). Por lo tanto, esa será la plenitud del día aspirante. Digo, añadirá a la medida de la plenitud inspirada, a la abundancia del día inspirante, operando en un peso sublime de gloria más allá de la medida, de modo que rebose en los cuerpos la adición superefluente de la clarificación. Por esta razón, no se dice soplante, sino aspirante, porque añade al inspirante, significando esto el Espíritu Santo por la preposición añadida, "ad"; porque a quienes ilumina interiormente, a estos adorna exteriormente, y los viste con la estola de gloria.

1523 11. Y esto es suficiente para dar razón de la palabra, que es Aspirante. Y si queréis saber, el día aspirante es el mismo Salvador que esperamos, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria (Filipenses 3, 20, 21). Pues también el inspirante es el mismo, según la operación por la cual primero nos hace respirar en la luz que inspira, para que también nosotros seamos día respirante en él, según que nuestro hombre interior se renueva de día en día, y se renueva en el espíritu de su mente a imagen de aquel que lo creó, hecho por lo tanto día de día, y luz de luz. Cuando, por lo tanto, dos días preceden en nosotros, uno ciertamente inspirante para la vida del cuerpo, otro respirante en la gracia de la santificación, y queda un tercero aspirante en la gloria de la resurrección: claramente se cumplirá en el cuerpo lo que precedió en la cabeza, un gran misterio de piedad, y el testimonio del profeta, que dice: "Nos vivificará después de dos días, en el tercer día nos resucitará, y viviremos en su presencia; conoceremos, y seguiremos para conocer al Señor" (Oseas 6, 3). Él es a quien los ángeles desean mirar, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXIII. Cómo Cristo vendrá a juzgar en forma humana, para que aparezca dulce a los elegidos; y cómo es menor que los ángeles, y al mismo tiempo más sublime que ellos.

1. Vuélvete; sé semejante, amado mío, a la gacela o al cervatillo de los ciervos (Cantar de los Cantares 2, 17). ¿Qué? ¿ahora va, ahora lo llamas? ¿Qué ha surgido de repente en tan poco tiempo? ¿Olvidó algo? Incluso olvidó todo lo que no es él, también a sí misma. Finalmente, aunque no carece de razón, no obstante ahora, como parece, no es dueña de su razón. Pero tampoco en su sentido parece haber vergüenza alguna, que tal vez tiene en sus costumbres. El amor intemperante hace esto. Sin duda, es él quien, triunfando y cautivando todo sentido de pudor en sí mismo, produce un descuido y una negligencia de toda modestia y oportunidad. Pues mira ahora cómo, apenas comenzando a ir, ya lo llama a volver. Incluso le pide que se apresure, y de hecho que corra como una de las bestias del bosque que corre velozmente, por ejemplo, la gacela o el cervatillo de los ciervos. Este es el tenor de la letra, y esta es la porción de los judíos.

2. Yo, sin embargo, como he recibido del Señor, buscaré en el profundo seno del sagrado discurso el espíritu y la vida; y esta es mi parte, que creo en Cristo. ¿Por qué no extraeré el

dulce y saludable banquete del espíritu de la letra estéril e insípida, como el grano de la paja, el núcleo de la cáscara, la médula del hueso? Nada tengo que ver con esta letra, que al ser probada sabe a carne, al ser tragada trae muerte; pero lo que está oculto en ella, es del Espíritu Santo. El Espíritu habla misterios, según el testimonio del Apóstol (I Corintios 14, 2); pero Israel, por el misterio velado, retiene el mismo velo del misterio. ¿Por qué, sino porque aún el velo está puesto sobre su corazón? Así que lo que suena la letra, es de él: lo que significa, es mío; y por lo tanto, para él es el ministerio de muerte en la letra, para mí la vida en el espíritu. Pues el espíritu es el que vivifica (Juan 6, 64): da, en efecto, entendimiento. ¿No es la vida el entendimiento? Dame entendimiento, y viviré, dice el Profeta al Señor. El entendimiento no permanece afuera, no se adhiere a la superficie, no palpa como ciego lo externo; sino que escudriña lo profundo, acostumbrado a arrancar y tomar para sí con toda avidez los más preciosos despojos de la verdad, y decir con el Profeta al Señor: "Me alegraré en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos" (Salmo 118, 144, 162). Sin duda, así el reino de la verdad sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mateo 11, 12). Pero aquel hermano mayor, que viniendo del campo mantuvo la forma del pueblo antiguo y terrenal, que por la herencia terrenal aprendió a amar la trilla, con la frente endurecida gime ansioso bajo el pesado yugo de la ley, y lleva el peso del día y del calor. Él, digo, porque no tuvo entendimiento, permanece afuera 1524 incluso ahora, y no quiere ni invitado por el padre entrar en la casa del banquete, privándose a sí mismo hasta ahora de la participación de la sinfonía, del coro, y del becerro engordado (Lucas 15, 25-30). Desdichado quien rehúsa experimentar cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Y estas cosas se han dicho para distinguir la parte de la Iglesia y la parte de la Sinagoga, para que la ceguera de esta se haga más manifiesta por la prudencia de aquella, y la felicidad de aquella sobresalga por la lamentable necedad de esta.

3. Ahora examinemos las palabras de la esposa, y tratemos de expresar los castos afectos del santo amor, de tal manera que no aparezca en el sagrado discurso nada carente de razón, nada indecoroso o inoportuno. Y si recordamos aquella hora en que el Señor Jesús (pues Él es el esposo) pasaba de este mundo al Padre (Juan XIII, 1), y al mismo tiempo lo que sentía entonces su Iglesia doméstica, esa nueva esposa, al verse abandonada como una viuda desolada en su única esperanza: hablo de los apóstoles, que habiendo dejado todo lo seguían, y permanecieron con Él en sus tentaciones; si pensamos en esto, no sin razón ni incongruencia, creo, parecerá que tanto como se entristeció por su partida, tanto se preocupó por su regreso, especialmente al estar así afectada y dejada. Por lo tanto, esta misma doble razón era para ella un motivo para recordar al amado, que, ya que no se le podía persuadir de que no fuera y ascendiera a donde estaba antes, al menos apresurara su prometido regreso. Pues lo que desea y pide que sea semejante a las gacelas, y a tales gacelas que parecen ser más ágiles en su carrera; es una indicación de un alma deseosa, para la cual nada es suficientemente rápido. ¿No pide esto diariamente cuando dice en la oración: Venga tu reino (Mateo VI, 10)?

4. Sin embargo, además de la agilidad, creo que también se expresa de manera significativa la debilidad, y ciertamente la del sexo en la gacela, la de la edad en el cervatillo. Por lo tanto, quiere que Él, según me parece, aunque venga con poder, no aparezca en la forma de Dios en el juicio; sino ciertamente en aquella en la que no solo nació, sino que también nació niño para nosotros, y eso solo de un sexo femenino más débil. ¿Por qué esto? Pues para que de ambos débiles se le recuerde ser misericordioso en el día de la ira, y recuerde en el juicio exaltar la misericordia sobre el juicio. Porque si observa las iniquidades, incluso de los elegidos, ¿quién podrá sostenerse? (Salmo CXXIX, 3). Las estrellas no son puras a sus ojos, y en sus ángeles encuentra maldad (Job IV, 18). Escucha, finalmente, lo que dice el santo y

elegido a Dios: Tú, dice, perdonaste la iniquidad de mi pecado. Por esto orará a ti todo santo en el tiempo oportuno (Salmo XXXI, 5, 6). Por lo tanto, incluso los santos necesitan orar por sus pecados, para que sean salvados por misericordia, no confiando en su propia justicia. Porque todos han pecado, y todos necesitan misericordia [En otras versiones se añade, de Dios]. Para que cuando se enoje, recuerde la misericordia, se le ruega que aparezca en el hábito de la misericordia, aquel del que el Apóstol dice: Y hallado en forma de hombre (Filipenses II, 7).

5. Es necesario, ciertamente. Porque si con esta moderación habrá tanta equidad en el juicio, tanta severidad en el juez, tanta sublimidad en la majestad, novedad en la misma apariencia de las cosas, que según el profeta no se puede concebir el día de su venida (Malaquías III, 2): ¿qué, crees, sería si ese fuego consumidor (hablo de Dios todopoderoso) viniera en aquella grandeza, fortaleza, pureza de su divinidad, para mostrar su poder contra la hoja que el viento arrastra, y perseguir la paja seca? (Job XIII, 25). Y es hombre, dice, ¿y quién lo verá? ¿Y quién se mantendrá para verlo? (Malaquías III, 2). Cuánto más nadie soportaría a Dios presentándose sin hombre, siendo inaccesible en claridad, inalcanzable en altura, incomprensible en majestad. Ahora bien, cuando se encienda brevemente su ira (Salmo II, 13), cuán grata aparecerá una cierta visión amable del hombre, ciertamente un firme fundamento de fe, una fortaleza de esperanza, un aumento de confianza: que ciertamente la gracia y la misericordia están en sus santos, y su mirada en sus elegidos (Sabiduría IV, 15). Finalmente, el mismo Dios Padre dio al Hijo el poder del juicio, y no porque sea suyo, sino porque es el Hijo del hombre (Juan V, 27). ¡Oh, verdaderamente Padre de misericordias! Quiere que los hombres sean juzgados por un hombre, para que en tanta trepidación y perturbación de los malos, la similitud de naturaleza brinde confianza a los elegidos. Esto lo predijo una vez el santo David, orando y profetizando a la vez: Dios, dice, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Salmo LXXI, 2). Pero tampoco disuena de esto la promesa hecha por los ángeles, quienes al ser asumido así hablaban a los apóstoles: Este Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo (Hechos I, 11), es decir, en esta misma forma y sustancia corporal.

6. Está claro por todo esto que la esposa tiene en sí un consejo divino, y no ignora el misterio de la voluntad suprema, que bajo la sombra de animales débiles e indefensos, la naturaleza más débil, o más bien inferior, porque ya no será débil, será presentada en el juicio, y con el afecto del que ora, y el espíritu del que profetiza lo anuncia; para que quien moverá el cielo y la tierra con su poder, ceñido de potencia contra los insensatos, y sin embargo dulce y manso, y como completamente desarmado aparezca por los elegidos. Aquí también se puede añadir esto, que para discernir a unos de otros, necesitará de algún modo, con los saltos del cervatillo, las luces de la gacela; para que pueda ver y discernir en tanta multitud y en tanta turbación, sobre quiénes debe saltar, y a quiénes debe pasar por alto, no sea que suceda que el justo sea pisoteado por el impío, cuando en su ira quebrante a los pueblos. Porque en cuanto a los impíos, es necesario que se cumpla la profecía de David, más bien la palabra del Señor hablando por su boca, que los desmenuzaré como polvo ante el viento, como lodo de las calles los borraré (Salmo XVII, 43); y también otra palabra, que por otro profeta había predicho, igualmente se conocerá cumplida entonces, cuando al regresar a los ángeles diga: Los pisoteé en mi furor, y los pisoteé en mi ira (Isaías LXIII, 3).

7. Pero si a alguien le parece más que debe entenderse así, que nuestro cervatillo debe más bien pasar por alto a los malos, y saltar sobre los buenos, no lo discuto: solo piense que los saltos se dispondrán para la discriminación de los buenos y los malos. Pues también por mí, si bien recuerdo, se dijo así en otro sermón, donde el mismo capítulo se encuentra puesto en otro lugar por el autor, y también expuesto por mí (Sermón 54). Pero allí según la

dispensación de la gracia, que en esta vida presente se da a unos, a otros no, por el justo juicio de Dios, pero oculto, se dijo que este cervatillo salta y pasa; aquí, sin embargo, según la última y variada retribución de los méritos. Y tal vez este sentido parece estar respaldado por el final de este capítulo, que casi había olvidado. Pues al decir: Sé semejante, amado mío, a la gacela y al cervatillo de los ciervos, añade, sobre los montes de Betel. Porque en la casa de Dios, que significa Betel, no hay montes malos. Por lo tanto, el cervatillo que salta sobre ellos no los pisotea, sino que los alegra, para que se cumpla la Escritura que dice: Los montes y las colinas cantarán alabanzas delante de Dios (Isaías LV, 12). Y ciertamente hay montes, que según el Evangelio la fe comparada con el grano de mostaza mueve (Mateo XVII, 19), pero no son montes de Betel. Porque cualquiera que sea de Betel, la fe no los mueve, sino que los cultiva.

8. Pero si los principados y potestades, así como los demás ejércitos de los espíritus bienaventurados, y las virtudes de los cielos son montes de Betel, para que entendamos dicho: Sus fundamentos están en los montes santos (Salmo LXXXVI, 1), ciertamente no es vil ni despreciable ese cervatillo que se ha visto aparecer sobre tan excelsos montes, hecho tanto mejor que los ángeles, cuanto más excelente nombre ha heredado que ellos (Hebreos I, 4). Pues, ¿qué si en el salmo leemos que fue hecho un poco menor que los ángeles? (Salmo VIII, 6). Porque no por eso no es mejor, porque es menor; ni el Apóstol y el Profeta hablaron cosas contrarias, ya que tienen el mismo Espíritu. Pues si fue por dignación que fue hecho menor, no por necesidad; nada en absoluto se prescribe a esta bondad, sino que se le atribuye. Finalmente, el Profeta testificó que fue hecho menor, no menor, exaltando la gracia, y rechazando la injuria. Pues la naturaleza rechaza la minoría, y la causa excusa la minoración. Ciertamente fue hecho menor, porque él mismo quiso: fue hecho menor por su voluntad, y por nuestra necesidad. Así ser hecho menor, fue misericordia. ¿Qué pérdida es esta? En verdad, se añadió a la piedad, lo que pareció perderse de la majestad. Aunque tampoco el Apóstol calló este gran misterio de gran piedad, sino que dijo: Pero vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, coronado de gloria y honor por el sufrimiento de la muerte (Hebreos II, 9).

9. Y hemos dicho esto sobre el nombre y la semejanza del cervatillo, para que lo adaptemos al esposo, según el discurso de la esposa, sin injuria a la majestad. ¿Qué digo, sin injuria a la majestad, cuando ni siquiera la debilidad quedó deshonrada? Es un cervatillo, es pequeño; también se le asemeja a la gacela, como hecho de mujer: sin embargo, sobre los montes de Betel, sin embargo, hecho más alto que los cielos (Hebreos VII, 26). No dice: Más alto que los cielos siendo o existiendo; sino, hecho más alto que los cielos: para que nadie piense que se dice de aquella naturaleza en la que es quien es. Pero también donde se le prefiere a los ángeles, se le testifica mejor hecho, y no se dice permaneciendo o existiendo mejor. De lo cual se muestra que no solo en lo que es desde la eternidad, sino también en lo que fue hecho en el tiempo, reclama para sí toda eminencia sobre todo principado y potestad, sobre toda criatura, como primogénito de toda creación. Así que lo que es necedad de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Corintios I, 25). Esto dice el Apóstol. Pero a mí no me parece errar, si alguien dice que también la sabiduría y la fortaleza de los ángeles deben ser preferidas repetidamente a la necedad y debilidad de Dios. Así, pues, este lugar presente se adaptará convenientemente a la Iglesia universal.

10. Ahora bien, en cuanto a lo que concierne singularmente a un alma (pues también una, si ama a Dios dulcemente, sabiamente, vehementemente, es esposa), cualquiera que sea espiritual puede advertir en sí mismo qué experiencia propia le responde de esto. Yo, en verdad, lo que sea que se me haya concedido experimentar de este tipo, no temeré decirlo en

público. Pues aunque tal vez sea vil cuando se escuche, y parezca despreciable, no me importa; porque quien es espiritual, no me despreciará; quien no lo es, no me entenderá. Sin embargo, si guardo esto para otro discurso, tal vez no faltarán quienes se edifiquen en lo que el Señor, mientras tanto, inspirado por la oración, inspirará, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXIV. Sobre las visitas del Verbo esposo, cuán ocultamente se hacen al alma santa, y esto Bernardo lo declara con humildad y modestia como ejemplo para la edificación de los suyos.

1. Vuelve, dice (Cantar de los Cantares II, 17). Está claro que no está presente a quien llama; sin embargo, estuvo presente no mucho antes: pues mientras aún se iba, parece ser llamado de nuevo. La llamada intempestiva es indicio de un gran amor de uno, de una gran amabilidad del otro. ¿Quiénes son estos cultivadores de la caridad, y seguidores tan incansables del negocio amoroso, cuyo amor inquieto persigue a uno, y urge al otro? Y a mí, ciertamente, como recuerdo mi promesa, me corresponde asignar este lugar al Verbo y al alma; pero para que esto se haga dignamente o al menos un poco, confieso que necesito la ayuda del mismo Verbo. Y ciertamente este discurso habría sido más adecuado para alguien más experimentado, y más consciente del santo y secreto amor; pero no puedo faltar a mi deber, ni a vuestros deseos en absoluto. Veo mi peligro, y no lo evito; vosotros me obligáis. Realmente me obligáis a caminar en cosas grandes y maravillosas sobre mí. ¡Ay! Cuánto temo que de repente escuche: ¿Por qué narras mis delicias, y tomas mi sacramento en tu boca? Sin embargo, escúchame, hombre que habla con temor, y no puede callar. Tal vez la misma trepidación excusará mi atrevimiento; más aún vuestra edificación, si se produce. Y tal vez estas lágrimas parecerán al mismo tiempo. Vuelve, dice. Bien. Se iba, es llamado de nuevo. ¿Quién me revelará el misterio de este cambio? ¿Quién me explicará dignamente el ir y venir del Verbo? ¿Acaso el esposo usa de ligereza? ¿De dónde, a dónde puede venir o ir de nuevo, quien llena todo? ¿Qué movimiento local puede tener quien es espíritu? ¿O qué movimiento, finalmente, de cualquier tipo le atribuyes a quien es Dios? Pues ciertamente es completamente inmutable.

2. Pero quien pueda entender esto, que lo entienda. Nosotros, sin embargo, caminando cauta y simplemente en la exposición del sagrado y místico discurso, sigamos la costumbre de la Escritura, que habla de la sabiduría oculta en misterio con nuestras palabras; insinúa a Dios con nuestros afectos, mientras lo figura; con similitudes conocidas de cosas sensibles, como con ciertos vasos de materia más vil, ofrece a las mentes humanas las cosas preciosas, desconocidas e invisibles de Dios. Sigamos, pues, también nosotros la costumbre del casto discurso, y digamos que el Verbo de Dios es el esposo del alma, como quiere, y viene al alma, y de nuevo la deja: solo que sintamos que estas cosas suceden por el sentido del alma, no por el movimiento del Verbo. Por causa del Verbo, cuando siente la gracia, reconoce la presencia: cuando no, se queja de la ausencia, y de nuevo busca la presencia, diciendo con el Profeta: Mi rostro te ha buscado; tu rostro, Señor, buscaré (Salmo XXVI, 8). ¿Por qué no buscaría? Pues ciertamente, al retirarse de sí mismo tan dulce esposo, mientras tanto no le agradará desear, ni siquiera pensar en algo más. Resta, pues, que busque diligentemente al ausente, que llame al que se va. Así, pues, el Verbo es llamado de nuevo, y es llamado de nuevo por el deseo del alma, pero de esa alma a la que una vez le ha concedido la dulzura de sí mismo. ¿Acaso no es el deseo una voz? Y poderosa. Finalmente: El deseo de los pobres, dice, ha escuchado el Señor (Salmo IX, 17). Por lo tanto, al irse el Verbo, una sola y continua voz del alma, su continuo deseo, como una sola y continua Vuelve, hasta que venga.

3. Y ahora dame un alma, a la que el Verbo esposo suela visitar frecuentemente, a la que la familiaridad le haya dado audacia, a la que el gusto le haya dado hambre, a la que el desprecio de todo le haya dado ocio: y yo a esta sin dudar le asigno la voz y el nombre de esposa; ni consideraría en absoluto que el lugar que está en manos le es ajeno. Pues tal es la que aquí se introduce hablando. Porque a quien llama de nuevo, sin duda prueba que ha merecido su presencia, aunque no su abundancia. De lo contrario, no lo habría llamado de nuevo, sino que lo habría llamado. Por lo tanto, la palabra de revocación es vuelve. Y tal vez por eso se retiró, para que lo llamara de nuevo con más avidez, lo retuviera con más fuerza. Pues a veces simulaba ir más lejos, no porque quisiera esto, sino porque quería escuchar: Quédate con nosotros, Señor, porque se hace tarde (Lucas XXIV, 28, 29). Y de nuevo en otra ocasión caminando sobre el mar, cuando los apóstoles navegaban y se esforzaban en remar, como queriendo pasar de largo, tampoco entonces quería esto, sino más bien probar la fe, y provocar la oración. Finalmente, como dice el evangelista: Se turbaron, y clamaron, pensando que era un fantasma (Marcos VI, 48, 49). Por lo tanto, esta piadosa simulación, más bien saludable disposición, que entonces el Verbo cuerpo a veces mostró corporalmente, no cesa el Verbo espíritu, a su manera espiritual, de actuar con el alma devota a él. Pasando quiere ser retenido, yendo quiere ser llamado de nuevo. Pues no es esta una palabra irrevocable. Va, y vuelve a su beneplácito, como visitando de madrugada, y probando de repente. Y su ir es de algún modo dispensatorio; su volver siempre es voluntario: pero ambos llenos de juicio. Pero en él está la razón de estos.

4. Ahora bien, está claro que en el alma se producen estas vicisitudes del ir y venir del Verbo, como dice: Voy, y vengo a vosotros (Juan XIV, 28); también: Un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis (Juan XVI, 17). ¡Oh poco y poco! ¡Oh poco largo! ¿Por qué, Señor, dices poco, que no te veremos? Sea salvo el dicho de mi Señor: es largo, y mucho, muy mucho. Sin embargo, ambos son verdaderos: poco para los méritos, y largo para los deseos [en otras versiones, no poco para los deseos]. Tienes ambos en el profeta: Si tarda, dice, espéralo, porque viniendo vendrá, y no tardará (Habacuc II, 3). ¿Cómo no tardará, si tarda, sino porque lo que es suficiente para el mérito, no es suficiente para el deseo? Pues el alma amante se mueve por los deseos, es llevada por los deseos, disimula los méritos, cierra los ojos a la majestad, los abre al placer, poniendo en la salvación, y actuando con confianza en ella. Finalmente, intrépida e impúdica llama de nuevo al Verbo, y con confianza repite sus delicias, llamando con la libertad acostumbrada, no Señor, sino amado: Vuelve, amado mío: y añade: Sé semejante a la gacela, y al cervatillo de los ciervos sobre los montes de Betel. Pero eso después.

5. Ahora bien, soportad un poco mi insensatez. Quiero hablar, pues también esto he acordado, de cómo se me trata en este asunto. No es conveniente, ciertamente. Pero me expondré para ser útil: y, si progresáis, consolaré mi insensatez; si no, confesaré mi insensatez. Confieso que también a mí ha llegado el Verbo, lo digo en insensatez, y muchas veces. Y aunque ha entrado a menudo en mí, no siempre he sentido cuando entró. Sentí su presencia, recuerdo que estuvo, a veces incluso pude presentir su entrada, pero nunca sentirla, ni siquiera su salida. Pues de dónde vino a mi alma, o adónde se fue dejándola de nuevo; y por dónde entró o salió; aún ahora confieso que lo ignoro, según aquello: No sabes de dónde viene ni adónde va (Juan 3, 8). Y no es de extrañar, porque a él se le dijo: Y tus huellas no serán conocidas (Salmo 76, 20). Ciertamente no entró por los ojos, porque no es colorido; ni por los oídos, porque no sonó; ni por la nariz, porque no se mezcla con el aire, sino con la mente; no contaminó el aire, sino que lo creó; ni por la boca, porque no es masticado ni bebido; ni lo descubrí por el tacto, porque no es palpable. ¿Por dónde, entonces, entró? ¿O acaso ni siquiera entró, porque no vino de fuera? Pues no es algo de lo que está afuera. Tampoco vino

de dentro de mí, porque es bueno, y sé que no hay bien en mí. Subí incluso por encima de mí mismo: y he aquí que el Verbo se alzaba sobre esto. También descendí como un curioso explorador a mi interior; y sin embargo, se encontró por debajo. Si miré afuera, descubrí que estaba más allá de todo lo exterior a mí; si miré adentro, también estaba en mi interior. Y reconocí que era verdad lo que había leído, que en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17, 28): pero bienaventurado es aquel en quien está él, quien vive en él, quien se mueve por él.

6. Preguntas, entonces, dado que sus caminos son completamente inescrutables, ¿cómo sé que está presente? Es vivo y eficaz: y tan pronto como entra en mí, despierta mi alma adormecida; la mueve, la ablanda, y hiere mi corazón, porque era duro como piedra y estaba enfermo. Comienza también a arrancar y destruir, a edificar y plantar, a regar lo árido, a iluminar lo oscuro, a abrir lo cerrado, a inflamar lo frío, y también a enderezar lo torcido y a allanar lo áspero; de modo que mi alma bendiga al Señor, y todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre. Así, pues, al entrar en mí a veces el Verbo esposo, nunca hizo conocer su entrada por señales, ni por voz, ni por apariencia, ni por paso. No se descubrió por ningún movimiento suyo, ni se deslizó en mis sentidos internos: solo por el movimiento del corazón, como he dicho antes, entendí su presencia; y por la huida de los vicios y la represión de los afectos carnales advertí el poder de su virtud; y por la discusión o reprensión de mis secretos admiré la profundidad de su sabiduría; y por la pequeña mejora de mis costumbres experimenté la bondad de su mansedumbre; y por la renovación y reforma del espíritu de mi mente, es decir, de mi hombre interior, percibí de alguna manera la belleza de su esplendor; y al contemplar todo esto junto, temí la multitud de su grandeza.

7. Pero como todo esto, cuando el Verbo se ha ido, comienza a yacer de inmediato en cierta languidez y frialdad, como si se le quitara el fuego a una olla hirviente; y esto debe ser para mí una señal de su partida, mi alma debe estar triste hasta que vuelva de nuevo, y mi corazón se caliente dentro de mí como de costumbre; y eso será una señal de su regreso. Teniendo, pues, tal experiencia del Verbo, ¿qué maravilla que yo también me apropie de la voz de la esposa al llamarlo de nuevo, cuando se ha ausentado, quien, aunque no con igual, sí con similar o al menos parcial deseo, me siento impulsado? Me será familiar, mientras viva, usar la palabra de retorno para el retorno del Verbo, que ciertamente es "vuelve". Y tantas veces como se escape, tantas veces lo repetiré; y no cesaré de clamar con ardiente deseo del corazón tras él, para que regrese y me devuelva la alegría de su salvación, me devuelva a sí mismo. Os confieso, hijos, que nada más me agrada mientras no está presente lo que solo me agrada. Y esto pido, que no venga vacío, sino lleno de gracia y verdad (Juan 1, 14): ciertamente a su manera, como ayer y anteayer. En lo cual me parece que se me puede mostrar la semejanza de la gacela y el cervatillo, cuando la verdad tiene los ojos de la gacela, y la gracia la alegría del cervatillo.

8. Ambas cosas son necesarias para mí: la verdad, ciertamente, de la que no puedo esconderme; y la gracia, de la que no quiero. De lo contrario, sin una de las dos, la visita no será plena, ya que la severidad de aquella sin esta puede parecer onerosa, y la alegría de esta sin aquella puede parecer disoluta. Amarga es la verdad sin el condimento de la gracia; así como sin el freno de la verdad, la devoción misma es ligera y sin medida, a menudo incluso insolente. ¿A cuántos no les ha aprovechado recibir la gracia, porque no recibieron al mismo tiempo el temperamento de la verdad? Pues por esto se complacieron más de lo debido en ella, mientras no temieron la mirada de la verdad, mientras no miraron a la madurez de la gacela, sino que se entregaron totalmente a la ligereza y alegría del cervatillo. De ahí que, en lo que querían exultar privadamente, fueron privados de la gracia, a quienes se les podría haber dicho, aunque tarde: Id, pues, aprended qué significa: Servid al Señor con temor, y

alegraos con temblor (Salmo 2, 11). Finalmente, un alma santa dijo en su abundancia: No seré movida para siempre; cuando de repente sintió el rostro del Verbo vuelto de ella, y no solo fue movida, sino también turbada (Salmo 30, 7-8); y así en la tristeza aprendió que necesitaba, junto con el don de la devoción, también el peso de la verdad. Por tanto, no en la sola gracia está la plenitud de la gracia, pero tampoco en la sola verdad. ¿De qué sirve saber lo que debes hacer, si no se te da también querer hacerlo? ¿Qué, si quieres, pero no puedes? ¿Cuántos he encontrado más tristes al conocer la verdad, y más aún porque ya no podían refugiarse en la excusa de la ignorancia, sabiendo y no haciendo lo que la Verdad exhortaba?

9. Dado que así son las cosas, ninguna de las dos es suficiente sin la otra. He dicho poco: tampoco es conveniente. ¿De dónde lo sabemos? Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado (Santiago 4, 17); también: El siervo que conoce la voluntad de su señor y no hace lo que es digno, será azotado con muchos azotes (Lucas 12, 47). Pero eso es por parte de la verdad. ¿Por la gracia qué? Está escrito: Y después del bocado, Satanás entró en él (Juan 13, 27). Habla de Judas, quien, habiendo recibido el don de la gracia, porque no caminaba en la verdad con el Maestro de la verdad, o más bien con la maestra Verdad, dio lugar al diablo en sí mismo. Escucha aún: Los alimentó con la grosura del trigo, y los sació con miel de la roca. ¿A quiénes? Los enemigos del Señor le mintieron (Salmo 80, 17, 16). Aquellos a quienes alimentó con miel y grosura, le mintieron y se hicieron enemigos; porque no unieron la verdad a la gracia. De los cuales en otro lugar tienes: Los hijos extraños me mintieron; los hijos extraños envejecieron, y cojeaban de sus caminos (Salmo 18, 46). ¿Por qué no cojeaban, contentos con un solo pie de gracia, y no añadiendo la verdad? Será, pues, su tiempo para siempre (Salmo 80, 16), como también el de su príncipe, quien tampoco permaneció en la verdad, sino que fue mentiroso desde el principio (Juan 8, 44), y por eso oyó: Perdiste tu sabiduría por tu esplendor (Ezequiel 28, 17). No quiero un esplendor que me quite la sabiduría.

10. Preguntas cuál es ese esplendor tan nocivo y pernicioso. El tuyo. ¿Aún estás sin entendimiento? Escucha más claramente. Privado, propio. No culpamos el don, sino el uso. Finalmente, si has notado, no se dijo que perdió la sabiduría en el esplendor, sino en su esplendor. Y, si no me equivoco, el esplendor de un ángel y de un alma es el mismo. Pues, ¿qué es esta o aquel sin sabiduría, sino materia ruda y deforme? Por eso, él no solo fue formado, sino también hermoso por ella. Pero la perdió cuando la hizo suya: de modo que no es otra cosa en su esplendor que en su sabiduría propia haber perdido la sabiduría. La propiedad es la causa. Que fue sabio para sí mismo, que no dio gloria a Dios, que no devolvió gracia por gracia, que no caminó en ella según la verdad, sino que la torció a su propia voluntad: eso es por lo que la perdió; más bien, eso es lo que la perdió. Pues tener así, es perder. Y si Abraham, dice, fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no ante Dios (Romanos 4, 2). Y yo: no estoy seguro, digo. Perdí lo que tengo no ante Dios. Pues, ¿qué tan perdido está lo que exilia fuera de Dios? ¿Qué es la muerte, sino la privación de la vida? Así, nada es la perdición, sino la alienación de Dios. ¡Ay de vosotros, que sois sabios a vuestros propios ojos, y prudentes ante vosotros mismos! (Isaías 5, 21). De vosotros se dice: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes (1 Corintios 1, 19). Perdieron la sabiduría, porque su sabiduría los perdió. ¿Qué no perdieron, quienes también están perdidos? ¿O acaso no están perdidos, aquellos a quienes Dios no conoce?

11. Además, las vírgenes necias, que no creo necias por otra razón, sino porque diciendo ser sabias, se hicieron insensatas; estas, digo, tienen que oír de Dios: No os conozco (Mateo 25, 12). Y también aquellos que usurparon la gracia de los milagros para su propia gloria, igualmente oirán: No os conozco (Mateo 7, 23): para que claramente se vea que la gracia no aprovecha donde no hay verdad en la intención; sino que más bien perjudica. Y ciertamente

ambas cosas están en el esposo. Pues: La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo, dice Juan Bautista (Juan 1, 17). Si, pues, el Señor Jesucristo (pues él es el Verbo de Dios, el esposo del alma) llama a mi puerta con una de estas sin la otra, ciertamente entrará no como esposo, sino como juez. ¡Dios no lo quiera, que esto no suceda! No entre en juicio con su siervo. Que entre pacífico, que entre alegre y jovial: que entre maduro y serio, quien con un rostro más severo de verdad en mí, mientras reprime la insolencia, purifique la alegría. Que entre como un cervatillo saltando, como una gacela circunspecta, que al disimular la culpa la salte, que al mirar con misericordia la pena la contemple. Que entre como descendiendo de los montes de Betel, festivo y espléndido, y como procedente del Padre, suave y amable, que no desdigne ser llamado y hecho esposo del alma que lo busca, siendo sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXV Dios debe ser buscado en el tiempo, modo y lugar adecuados. Y que ahora es el tiempo aceptable, en el cual cada uno puede encontrar a Dios a través de buenas obras, y obrar su salvación.

1. En mi lecho busqué de noche al que ama mi alma (Cantar de los Cantares 3, 1). No ha regresado el esposo a la voz y deseo de quien lo llama de nuevo. ¿Por qué? Para que crezca el deseo, para que se pruebe el afecto, para que se ejercite el negocio del amor. Ciertamente, pues, es disimulación, no indignación. Pero queda por ver si se busca, si acaso se encuentra al buscado, que no vino cuando fue llamado, diciendo el Señor: Todo el que busca, encuentra (Mateo 7, 8). Por lo tanto, la palabra de revocación es esta: Vuelve; asimílate, amado mío, a la gacela y al cervatillo de los ciervos (Cantar de los Cantares 2, 17). A esta voz, mientras no ha regresado, ciertamente por las razones que se han dicho: de aquí que esta que ama, hecha más deseosa, pronto se entrega con toda avidez a buscarlo. Y primero lo busca en el lecho, pero no lo encuentra. Se levanta de allí, recorre la ciudad, va y viene por las plazas y calles, y no se encuentra, ni aparece. Se interroga a quienes tal vez se encuentren, y no se reporta nada cierto. Ni es búsqueda de una sola calle, ni de una sola noche, y esta frustración, cuando dice que busqué por las noches. ¿Qué es este deseo y ardor, que levantándose de noche no se avergüenza en público, recorre la ciudad, pregunta abiertamente y por todas partes por el amado, y no puede ser apartada de rastrear sus caminos por ninguna razón, ni ser detenida por ninguna dificultad, ni ser retenida por el amor del descanso, ni por la vergüenza de la esposa, ni siquiera por el temor nocturno? Y sin embargo, en todo esto ha sido frustrada hasta ahora de su deseo. ¿Qué significa esta pertinaz y prolongada frustración, nodriza de tedios, fuente de sospechas, antorcha de impaciencia, madrastra del amor, madre de la desesperación? Si aún es disimulación, es demasiado molesta.

2. Sea que por ahora haya sido disimulado piadosa y útilmente, mientras la cuestión estaba solo en la vocación o revocación. Pero ahora que se busca, y se busca tan diligente e incansablemente, ¿qué puede aportar ya la disimulación? Si se trata de esposos carnales y amores vergonzosos, como la superficie literal parece haber insinuado; y si tales cosas pueden suceder entre ellos, no me concierne, ellos verán. Pero si debo responder y satisfacer, en la medida de mi capacidad, a las almas que buscan al Señor con sus mentes y afectos, ciertamente debe extraerse de la Sagrada Escritura, en la que confían tener vida, algo vital, algo espiritual; para que los pobres coman y se sacien, y vivan sus corazones. ¿Y qué es tan vida de los corazones, como mi Señor Jesucristo, de quien decía quien vivía por él, que cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria? (Colosenses 3, 4). Que él, pues, venga al medio, para que también a nosotros se nos pueda decir verdaderamente: En medio de vosotros está, a quien no conocéis (Juan 1, 26). Aunque no sé cómo no se conoce al esposo espiritual, quien sin embargo ha progresado tanto en el espíritu, que puede decir con el profeta: El espíritu ante nuestro rostro, Cristo el Señor

(Lamentaciones 4, 20); y con el Apóstol: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Corintios 5, 16). ¿No es él a quien la esposa buscaba? Él es verdaderamente el esposo, y amante, y amable. Él, digo, es verdaderamente el esposo; así como su carne es verdaderamente comida, y su sangre es verdaderamente bebida (Juan 6, 56): y todo lo que es de él, es verdaderamente, porque él no es otra cosa, sino la misma Verdad.

3. Pero este esposo, ¿por qué no se encuentra buscado, cuando se busca tan diligente e incansablemente, ahora en el lecho, ahora en la ciudad, o incluso en las plazas o calles; él mismo dice: Buscad, y encontraréis; y: El que busca, encuentra? (Mateo 7, 7, 8). También el profeta le habla: Bueno eres, Señor, para el alma que te busca (Lamentaciones 3, 25); y también el santo Isaías: Buscad al Señor mientras puede ser hallado (Isaías 55, 6). ¿Cómo, entonces, se cumplirán las Escrituras? Pues la que aquí se presenta buscando, no es una de aquellas a quienes él dice: Me buscaréis, y no me encontraréis (Juan 7, 34). Pero considerad que hay tres causas que por ahora se presentan, y suelen frustrar a los que buscan: cuando, a saber, no buscan en el tiempo adecuado, o no como conviene, o no donde conviene. Pues si todo tiempo es apto para buscar, ¿por qué dice el profeta, lo que ya he mencionado: Buscad al Señor mientras puede ser hallado? Habrá, sin duda, un tiempo cuando no podrá ser hallado; y por eso añade, que sea invocado mientras está cerca; porque vendrá el tiempo cuando ya no estará cerca. ¿De quién no será buscado entonces? A mí, dice, se doblará toda rodilla (Isaías 45, 24), etc. Sin embargo, no será hallado por los impíos, a quienes los ángeles vengadores ciertamente apartarán, y les impedirán ver la gloria de Dios. En vano clamarán también las vírgenes necias; de ninguna manera ya saldrá a ellas, con la puerta cerrada (Mateo 25, 10). Por tanto, aquellas deben considerar que se les dice: Me buscaréis, y no me encontraréis.

4. Sin embargo, ahora es el tiempo aceptable, ahora son los días de salvación (2 Corintios 6, 2); tiempo ciertamente tanto de buscar como de invocar, cuando a menudo, incluso antes de ser invocado, se siente su presencia. Escucha, pues, lo que promete. Antes de que me invoquéis, dice, diré: Aquí estoy (Isaías 65, 24). Y no pasó desapercibida esta bondad y facilidad del tiempo presente, a aquel que habla en el salmo: El deseo de los pobres ha escuchado el Señor, la preparación de su corazón ha escuchado tu oído (Salmo 9, 17). Si, pues, Dios se busca por las buenas obras, entonces mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos (Gálatas 6, 10): especialmente porque el Señor claramente predice que viene la noche, cuando nadie puede trabajar (Juan 9, 4). ¿Encontrarás entonces otro tiempo para buscar a Dios, para hacer lo que es bueno, en los siglos venideros, aparte de este, que Dios te ha establecido, en el cual se acuerda de ti? Y por eso son días de salvación, porque en ellos el mismo Dios, nuestro rey desde la antigüedad, ha obrado la salvación en medio de la tierra (Salmo 74, 12).

5. Y tú, pues, en medio del infierno espera la salvación, que ya se ha realizado en medio de la tierra. ¿Qué oportunidad de obtener perdón imaginas que llegará entre los fuegos eternos, cuando ya ha pasado el tiempo de la misericordia? No te queda sacrificio por los pecados, muerto en los pecados. El Hijo de Dios no es crucificado de nuevo; murió una vez, ya no muere más (Rom. VI, 9). La sangre que fue derramada sobre la tierra no desciende al infierno. Todos los pecadores de la tierra la bebieron: no hay nada de ella que los demonios puedan reclamar para apagar sus fuegos; ni tampoco los hombres compañeros de los demonios. Una vez descendió allí, no la sangre, sino el alma; y esta fue la porción de aquellos que estaban en prisión: Una sola visita, que entonces se hizo por la presencia del alma, mientras el cuerpo colgaba inerte sobre la tierra. La sangre regó la tierra seca, la sangre empapó la tierra y la embriagó; la sangre pacificó lo que está en la tierra y en los cielos, pero no lo que está en el infierno: salvo que, como dije, una vez su alma descendió allí, e hizo en

parte la redención, para que ni siquiera en ese momento faltara la obra de la caridad; pero no lo hará más. Por lo tanto, ahora es el tiempo aceptable y adecuado para buscar, en el cual claramente quien busca encuentra: si, sin embargo, busca donde y como debe. Y esta es la única causa que puede impedir que el esposo sea encontrado por quienes lo buscan, cuando no lo buscan en el tiempo oportuno. Pero eso no impide a la esposa, que lo invoca y busca en el tiempo oportuno. Pero tampoco lo busca con tibieza o negligencia o de manera superficial: pues lo busca con un corazón ardiente y completamente incansable, como es debido.

6. Resta ver sobre el tercer punto, a saber, que no busque donde no debe. En mi lecho busqué al que ama mi alma. ¿Acaso no debía buscarlo en el lecho, sino en la cama; ya que el mundo le es estrecho? Pero no temo el lecho pequeño, porque conozco al pequeño. En efecto, un niño nos ha nacido (Isa. IX, 6). Exulta y alaba, morada de Sion, porque grande en medio de ti es el Santo de Israel (Isa. XII, 6). Pero el mismo Señor es grande en Sion, y entre nosotros se encontró pequeño, entre nosotros se encontró débil; por un lado, yaciendo, por otro, yaciendo en el lecho pequeño. ¿Acaso no es el lecho pequeño el sepulcro? ¿Acaso no es el lecho pequeño el pesebre? ¿Acaso no es el lecho pequeño el vientre de la Virgen? Porque el vientre del gran Padre no es un lecho pequeño, sino una gran cama, de la cual al Hijo: Desde el vientre, dice, antes del lucero te engendré (Sal. CIX, 3). Aunque quizás ni siquiera se deba considerar dignamente como cama ese vientre, que es más bien lugar de gobierno que de reposo. Pues permaneciendo en el Padre, gobierna con el Padre todas las cosas. En efecto, la fe indudable sostiene que el Hijo no yace, sino que se sienta a la derecha del Padre; y él mismo afirma que el cielo es su trono, no su lecho (Isa. LXVI, 1): para que sepas que en los suyos, es decir, en los superiores, no tiene consuelo de debilidad, sino insignias de poder.

7. Con razón, por tanto, la esposa al referirse al lecho, dice suyo, porque todo lo que es débil en Dios, es manifiesto que no le pertenece por naturaleza, sino por nuestra causa. De nosotros asumió lo que por nosotros soportó: nacer, ser amamantado, morir, ser sepultado. Mía es la mortalidad del nacido, mía la debilidad del pequeño, mía la expiración del crucificado, mío el sueño del sepultado. Las cosas anteriores han pasado, y he aquí que todas son nuevas. En mi lecho busqué durante las noches al que ama mi alma. ¿Qué? ¿Lo buscabas en el tuyo, cuando ya se había retirado al suyo? ¿No viste al Hijo del Hombre ascendiendo donde estaba antes? Ya cambió el cielo por el sepulcro y el establo, ¿y tú aún lo buscas en tu lecho? Ha resucitado, no está aquí. ¿Por qué buscas en el lecho al fuerte, en el lecho al grande, glorificado en el establo? Ha entrado en las potestades del Señor, se ha revestido de belleza y fortaleza: y he aquí que se sienta sobre los querubines, quien yacía bajo la piedra. Desde ahora ya no yace, sino que se sienta: ¿y tú le preparas ayudas como si yaciera? O, para que la verdad sea más completa, o se sienta juzgando, o está de pie ayudando.

8. Así vosotras, oh buenas mujeres, ¿a quién, os pregunto, ofrecéis vigilias? ¿Para quién preparáis aromas, ungüentos? Si supierais cuán grande es, y cuán libre entre los muertos está este muerto al que vais a ungir, quizás vosotras le habríais pedido más bien ser ungidas por él. ¿No es este aquel a quien su Dios ungió con óleo de alegría más que a sus compañeros? (Sal. XLIV, 8). Seréis bienaventuradas si podéis gloriaros al regresar, y decir que de su plenitud hemos recibido (Juan I, 16). En verdad, así ha sucedido. Pues realmente regresan ungidas, quienes vinieron a ungir. ¿Por qué no ungidas con tan alegre anuncio de la nueva y fragante resurrección? ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas! (Rom. X, 15). Enviadas por el ángel, hacen la obra de evangelistas; y hechas apóstoles de los apóstoles, mientras se apresuran a anunciar por la mañana la misericordia del Señor, dicen: En el olor de tus ungüentos corremos. Desde entonces, pues, y en adelante, el esposo ha sido buscado en vano en el lecho; porque aunque la Iglesia lo conoció según la carne, es decir, según la debilidad de la carne, pero ahora ya no lo conoce.

En efecto, fue buscado después por Pedro y Juan en el sepulcro, pero no fue hallado. Mira tú, si entonces cualquiera de ellos pudo decir adecuadamente y con propiedad: En mi lecho busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé. Pues la carne que no era del Padre, yendo al Padre, primero por la gloria de la resurrección se despojó de toda debilidad, se ciñó de poder, se vistió de luz como de vestidura: en tal gloria y ornato convenía que se presentara a la vista del Padre.

9. Hermosamente, en verdad, la esposa dice: No al que amo yo, sino al que ama mi alma: lo cual verdaderamente y propiamente pertenece solo al alma esa dilección, con la que ama algo espiritualmente, por ejemplo, a Dios, al ángel, al alma. Pero también amar la justicia, la verdad, la piedad, la sabiduría, y otras virtudes, es de este tipo. Pues cuando el alma ama algo según la carne, o más bien lo desea, por ejemplo, comida, vestido, dominio, y cosas de este tipo que son corporales o terrenales, debe llamarse más bien amor de la carne que del alma. Y esto porque la esposa, menos usualmente, pero no menos propiamente, dice que su alma ama al esposo, mostrando así que el esposo es espíritu, y que ella lo ama no con amor carnal, sino espiritual. Y bien dice que lo buscó por las noches. Pues si según Pablo, los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan (I Tes. V, 7): así no absurdamente, creo, puede decirse que los que ignoran, de noche ignoran; y por tanto, los que buscan, de noche buscan. ¿Quién busca lo que tiene a la vista? Por cierto, el día hace manifiesto lo que la noche oculta, para que encuentres de día lo que buscaste de noche. Por tanto, es de noche mientras se busca al esposo; porque si fuera de día, se haría manifiesto, y no se buscaría. Y de esto es suficiente: a menos que tal vez esta pluralidad de noches signifique algo más que deba buscarse [o insinúe], porque no dijo noche, sino noches.

10. Y me parece, si no tienes algo mejor, que tal razón puede darse. Este mundo tiene sus noches, y no pocas. ¿Qué digo, que el mundo tiene noches, cuando casi todo él es noche, y siempre se mueve en tinieblas? La perfidia judía es noche, la ignorancia de los paganos es noche, la depravación herética es noche, incluso la conversación carnal o animal de los católicos es noche. ¿No es noche donde no se perciben las cosas del Espíritu de Dios? Pero también entre los herejes o cismáticos, cuantas sectas, tantas noches. En vano buscáis por estas noches el sol de la justicia y la luz de la verdad, es decir, al esposo; porque no hay comunión de la luz con las tinieblas. Pero alguien dice que la esposa no es tan necia, ni tan ciega, como para buscar la luz en las tinieblas, buscar al amado entre los que no lo conocen, y que no lo aman. Como si ahora dijera que busca por las noches, y no más bien que buscó, no dice: Busco; sino, busqué por las noches al que ama mi alma. Y el sentido es que, cuando era pequeña, pensaba como niña, razonaba como niña, y buscaba la verdad donde no estaba, errando, y no encontrando, según aquello en el salmo: Erré como oveja perdida (Sal. CXVIII, 176). En efecto, recuerda que entonces aún estaba en el lecho, como débil de edad y pequeña de entendimiento.

11. Si, sin embargo, lo construyes así: En mi lecho, entiendes, estando o yaciendo, busqué al que ama mi alma; no busqué en el lecho, sino estando en el lecho busqué, es decir: Cuando aún era débil e inválida, y completamente menos idónea para seguir al esposo dondequiera que fuera, seguirlo a las alturas y excelsitudes de su sublimidad, me encontré con muchos que, conociendo mi deseo, me decían: He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí está (Mar. XIII, 21): y ni aquí, ni allí estaba. Pero me encontré, y no para mi insensatez. Pues cuanto más me acerqué, y exploré más diligentemente, tanto más pronto y más ciertamente conocí que la verdad no estaba en ellos. Busqué, pues, y no hallé; y descubrí noches, que se mentían días.

12. Entonces dije: Me levantaré, y recorreré la ciudad; por las calles y plazas buscaré al que ama mi alma. Observa ahora, porque yace quien dice: Me levantaré. Muy bien, en verdad.

¿Por qué no se levantaría, al conocer la resurrección del amado? Sin embargo, oh bienaventurada, si has resucitado con Cristo, debes buscar las cosas de arriba; y no abajo, sino arriba debes buscar a Cristo, donde está sentado a la derecha del Padre (Col. III, 1-2). Pero recorreré, dices, la ciudad. ¿Para qué? Alrededor andan los impíos. Deja esto a los judíos, a quienes su propio profeta les profetizó esto, porque padecerán hambre como perros, y recorrerán la ciudad (Sal. LVIII, 7). Y si entras en la ciudad, según otro profeta, he aquí que están debilitados por el hambre (Jer. XIV, 18): lo cual ciertamente no sería, si en ella estuviera el pan de vida. Se levantó del corazón de la tierra, pero no permaneció sobre la tierra. Ascendió, pues, donde estaba antes. Porque el que descendió, es el mismo que ascendió, el pan vivo que descendió del cielo, el mismo esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXVI. Sobre la claridad del esposo, en la cual es coigual al Padre y se sienta a la derecha de su gloria: y cómo los buenos pastores deben ser solícitos, vigilantes y discretos en cuanto a pastorear las almas que les han sido confiadas.

1. Por las calles y plazas buscaré al que ama mi alma (Cant. III, 2). Aún piensa como niña. Creo que pensó que, al salir del sepulcro, inmediatamente se dirigió al público, para enseñar a los pueblos como solía, y sanar a los enfermos, y para manifestar su gloria en Israel, si acaso recibieran al resucitado de la muerte, quienes prometían recibirlo descendiendo de la cruz. Pero él había completado la obra que el Padre le había dado para hacer: lo cual ciertamente ella debió haber entendido al menos por la voz del que colgaba, aquella con la que inmediatamente antes de expirar dijo: Consumado es (Juan XIX, 30). Ya no había razón para que se creyera de nuevo a las multitudes, que ni siquiera así quizás iban a creer en él. Y se apresuraba al Padre, quien le diría: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal. CIX, 1). Pues más fuerte y divinamente, cuando sea exaltado de la tierra, atraerá todo hacia sí mismo. Pero ella pensó que debía buscarlo por las calles y plazas, ávida de disfrutar, pero ignorante del misterio. De nuevo, pues, frustrada, repite diciendo: Lo busqué, y no lo hallé; para que se cumpliera la palabra que dijo: Porque voy al Padre, y ya no me veréis (Juan XVI, 16).

2. Quizás ella diga: ¿Cómo, pues, creerán en aquel a quien no verán? Como si la fe fuera del ver, y no más bien del oír. ¿Qué mérito tiene creer lo que has visto? y no negar fe a tus propios ojos, ¿qué alabanza merece? Pero si lo que no vemos esperamos, por la paciencia lo aguardamos; y la paciencia es mérito. Bienaventurados, en efecto, los que no vieron, y creyeron (Juan XX, 29). Por tanto, para que no se anule el mérito de la fe, que se retire de la vista, dando lugar a la virtud. También es tiempo de que ya se retire a lo suyo. Preguntas, ¿a qué suyo? A la derecha del Padre. Pues no considerará como robo ser igual a Dios, siendo en forma de Dios (Filip. II, 6). Por tanto, ese es el lugar del Unigénito; en el cual toda su injuria parece ser rechazada. Que se siente, pues, al lado, no debajo, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. En esto aparecerá la igualdad de majestad, si no lo ves inferior al Padre, ni posterior. Pero ella, mientras tanto, no advierte nada de esto: sino que, como ebria de amor, corre de aquí para allá, busca con los ojos, a quien ya el ojo no alcanza, sino la fe. Pues no considera que Cristo deba entrar de otro modo en su gloria, sino que primero, con la gloria de la resurrección haciéndose manifiesta al mundo, se confunda la impiedad, exulten los fieles, se gloríen los discípulos, se conviertan los pueblos, y finalmente él mismo sea glorificado por todos, cuando con la presencia del resucitado a todos les haya quedado clara la verdad del que predicaba. Te equivocas, oh esposa. Es necesario que estas cosas sucedan, pero en su tiempo.

3. Ahora bien, mientras tanto, mira si acaso eso es más digno y más conforme a la justicia celestial; si no se da lo santo a los perros, y las perlas a los cerdos: si más bien, según la Escritura, se quita al impío, para que no vea la gloria de Dios (Isa. XXVI, 10); si no se frustra el mérito de la fe, que entonces ciertamente se reconoce más probada, cuando se cree lo que no se ve; si se guarda para los dignos, lo que se oculta a los indignos, para que los que están en inmundicia se ensucien aún más, y los justos se justifiquen más (Apoc. XXII, 11), si no duermen por el tedio. Los cielos y los cielos de los cielos se consumen y se confunden por su espera, si no el mismo Padre omnipotente se frustra ya más del deseo de su corazón; si no finalmente el Unigénito se retarda de alguna manera de su entrada en su gloria, lo cual es indignísimo, aunque sea por un momento. ¿Cuánto crees que debe estimarse cualquier gloria de los mortales, para que deba retenerlo siquiera un poco de aquella que le ha sido preparada por su Padre desde la eternidad? Añade que no es decoroso que se prolongue más la petición del mismo Hijo. ¿Qué petición digo? Aquella, por supuesto, en la que dice: Padre, glorifica a tu Hijo. Sin embargo, creo que él lo pidió, no como suplicante, sino como presciente. Se pide libremente lo que está en el poder del que pide recibir. Por tanto, la petición del Hijo es dispensatoria, no necesaria, ya que da con el Padre, todo lo que ha recibido del Padre.

4. Aquí también debe decirse que no solo el Padre glorifica al Hijo, sino que el Hijo glorifica al Padre: para que nadie diga que el Hijo es menor que el Padre, como si fuera glorificado por el Padre, cuando él mismo glorifica al Padre, diciendo el Hijo: Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Pero tal vez aún pienses que el Hijo debe ser sometido, porque parece recibir del Padre la gloria que luego devuelve al Padre. Escucha que no es así: Glorificame, dice, Padre, con la gloria que tuve, antes que el mundo fuera, contigo (Juan XVII, 1, 5). Si, pues, la gloria del Hijo no es posterior, ya que es desde la eternidad, el Padre y el Hijo se glorifican mutuamente en igualdad. Y si es así, ¿dónde está la primacía del Padre? Ciertamente hay igualdad, donde hay coeternidad. Y tanto es la igualdad, que una es la gloria de ambos, así como ellos son uno. Por lo cual me parece que al decir nuevamente: Padre, glorifica tu nombre, no pide otra cosa, sino que él mismo sea glorificado, en quien, y por quien el nombre del Padre sin duda sería glorificado: y recibió respuesta del Padre: Lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo (Juan XII, 28). La misma respuesta del Padre fue una gran glorificación del Hijo. Sin embargo, más abundantemente en las aguas del Jordán, y más augustamente se reconoce glorificado, tanto por el testimonio de Juan, como por la designación de la paloma, y por la voz del Padre diciendo: Este es mi Hijo amado (Mat. III, 14, 16, 17). Pero también en el monte, ante tres discípulos, fue glorificado no menos magníficamente, tanto por la misma voz que de nuevo descendió del cielo hacia él, como por la maravillosa y extraordinaria transfiguración de su cuerpo, como también por el testimonio de dos profetas, que allí aparecieron hablando con él (Mat. XVII, 2, 5).

5. Supera, pues, que según la promesa del Padre, una vez más sea glorificado, y esa será la plenitud de la gloria, a la cual no se le podrá añadir más. Pero, ¿dónde se dará esa bendición? No será, como se sospechó, en las plazas o en las calles, a menos que sea en aquellas de las que se dice: "Tus plazas, Jerusalén, serán pavimentadas con oro puro, y en todas tus calles se cantará aleluya" (Tob. XIII, 22). En verdad, en estas el Hijo recibió del Padre la gloria, a la cual no se podrá encontrar semejante, ni siquiera en los cielos. Pues, ¿a cuál de los ángeles se le ha dicho alguna vez: "Siéntate a mi derecha"? (Hebr. I, 13). No solo de entre los ángeles, sino que tampoco de los demás órdenes superiores de los bienaventurados se ha encontrado a alguien idóneo para alcanzar esta gloria sobreexcelente. A ninguno de ellos se le ha dirigido esa voz de gloria singular, a ninguno se le ha dado experimentar la eficacia de esa voz en sí mismo. Ya sean tronos, dominaciones, principados o potestades, ciertamente desean contemplarlo, no se atreven a compararse con él. Por lo tanto, a mi Señor singularmente le ha

sido dicho y dado por el Señor, sentarse a la derecha de su gloria, como en gloria coigual, en esencia consubstancial, por generación semejante, majestad no dispar, eternidad no posterior. Allí, allí lo encontrará quien lo busque, y verá su gloria: no la gloria como de uno de los demás, sino claramente la gloria como del Unigénito del Padre (Juan I, 14).

6. ¿Qué harás, oh esposa? ¿Crees que puedes seguirlo hasta allí? ¿O te atreves o puedes introducirte en este tan santo misterio, en este tan arcano santuario, para contemplar al Hijo en el Padre, y al Padre en el Hijo? No, ciertamente. Donde él está, tú no puedes venir ahora, pero vendrás después. Sin embargo, sigue, busca; que esa inaccesible claridad o sublimidad no te desanime de buscar, ni te haga desesperar de encontrar. Si puedes creer, todo es posible para el que cree (Marcos IX, 22). Cerca está, dice, la palabra en tu boca y en tu corazón (Rom. X, 8). Cree, y has encontrado. Pues creer es haber encontrado. Los fieles saben que Cristo habita por la fe en sus corazones (Efes. III, 17). ¿Qué hay más cercano? Busca, pues, con seguridad, busca con devoción. Bueno es el Señor para el alma que lo busca (Lament. III, 25). Busca con deseos, sigue con acciones, encuentra con fe. ¿Qué no encontrará la fe? Toca lo inaccesible, descubre lo desconocido, comprende lo inmenso, alcanza lo último; finalmente, de alguna manera, circunscribe la misma eternidad con su vastísimo seno. Con confianza diré, la eterna y bienaventurada Trinidad, que no entiendo, creo; y con fe sostengo, lo que no capto con la mente.

7. Pero alguien dice: ¿Cómo creerá sin que haya quien predique, si la fe viene por el oído, y el oído por la palabra de la predicación? (Rom. X, 14, 17). Dios proveerá esto. Y he aquí que ya están presentes quienes instruyan y formen a la nueva esposa, que se casará con el esposo celestial, sobre lo que es necesario, enseñen la fe, transmitan la forma de piedad y religión. Escucha, pues, lo que añade: Me encontraron los vigilantes, que custodian la ciudad. ¿Quiénes son estos vigilantes? Sin duda, aquellos a quienes el Salvador en el Evangelio proclama bienaventurados, si, cuando venga, los encuentra vigilantes (Luc. XII, 37). ¡Qué buenos vigilantes, que velan por nosotros mientras dormimos, como si fueran a rendir cuentas por nuestras almas! ¡Qué buenos guardianes, que vigilantes en espíritu, y velando en oraciones, exploran sagazmente las insidias de los enemigos, anticipan los planes de los malvados, descubren las trampas, eluden las redes, disipan las redes, frustran las maquinaciones! Estos son los amantes de los hermanos y del pueblo cristiano, que oran mucho por el pueblo y por toda la santa ciudad. Estos son, que muy solícitos por las ovejas del Señor que les han sido confiadas, entregan su corazón para velar de madrugada al Señor que los hizo, y suplican en presencia del Altísimo. Y vigilan, y suplican, sabiendo su insuficiencia en la custodia de la ciudad, y que si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Sal. CXXXVI, 1).

8. Además, cuando el Señor así lo manda: Velad y orad, para que no entréis en tentación (Marcos XVI, 38); está claro que sin este doble ejercicio de los fieles, y el celo de los guardianes, no puede estar segura la ciudad, ni la esposa, ni las ovejas. ¿Buscas la diferencia entre ellos? Son uno. Ciudad por la reunión, esposa por el amor, ovejas por la mansedumbre. ¿Quieres saber que la esposa es la ciudad? Vi, dice, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo de Dios, preparada como una esposa adornada para su esposo (Apoc. XXI, 2). Igualmente, esto te aparecerá claramente sobre las ovejas, si recuerdas, aquel primer guardián (hablo de Pedro), cuando primero le fueron confiadas las ovejas, cuán atentamente fue advertido al mismo tiempo sobre el amor. Lo cual ciertamente el sabio acreedor no habría hecho con tanto cuidado, si no se sintiera a sí mismo como esposo, respondiéndole esto desde lo más íntimo de su conciencia. Escuchad esto, amigos del esposo, si es que sois amigos. Pero he dicho poco, amigos: deben ser muy amigos, quienes son donados con el privilegio de tanta familiaridad. No en vano se repitió tantas veces: Pedro, ¿me amas? (Juan XXI, 15-17) en la

comisión de las ovejas. Y yo, en verdad, pienso que esto significaba, como si Jesús le hubiera dicho: A menos que tu conciencia te dé testimonio de que me amas, y me amas mucho y perfectamente, es decir, más que a tus cosas, más que a los tuyos, más que incluso a ti mismo, para que se cumpla el número de mi repetición, de ninguna manera asumas este cuidado, ni te entrometas con mis ovejas, por las cuales ciertamente mi sangre fue derramada. Un discurso terrible, y que puede incluso sacudir los corazones impávidos de cualquier tirano.

9. Por eso, atended a vosotros mismos, cualquiera que hayáis sido sorteados para la obra de este ministerio; atended, digo, a vosotros mismos, y al precioso depósito que os ha sido confiado. Es una ciudad: vigilad por su custodia y concordia. Es una esposa: esmeraros en su adorno. Son ovejas: dedicad atención a su pasto. Y estas tres cosas se dirán que pertenecen no incongruentemente a aquella triple pregunta del Señor. Además, la custodia de la ciudad, para que sea suficiente, será triple; contra la violencia de los tiranos, contra el fraude de los herejes, contra las tentaciones de los demonios. El adorno de la esposa, en buenas obras, y costumbres, y órdenes. Pero el pasto de las ovejas, en común, en los pastos de las Escrituras, como en la herencia del Señor; pero hay distinción en ellas. Pues hay mandamientos, que se imponen a las almas duras y carnales de la ley de vida y disciplina: y hay hierbas de dispensaciones, que se ofrecen a los débiles y pequeños de corazón por respeto a la misericordia: y hay sólidos y fuertes consejos, que se proponen a los sanos desde lo más íntimo de la sabiduría, y que tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal. A los pequeños, como a corderitos, se les da la leche de la exhortación como bebida, no como alimento. A esto, los buenos y solícitos pastores no cesan de engordar el rebaño con buenos y alegres ejemplos, y más con los suyos que con los ajenos. Pues si con los ajenos y no con los suyos; es una ignominia para ellos, y el rebaño así no progresa. Porque si, por ejemplo, yo que parezco llevar el cuidado de pastor entre vosotros, os presento la mansedumbre de Moisés, la paciencia de Job, la misericordia de Samuel, la santidad de David, y si hay tales ejemplos de los buenos, siendo yo mismo áspero e impaciente, y sin misericordia y nada santo: temo que el discurso resultará menos sabroso, y vosotros lo captaréis menos ávidamente. Pero esto lo dejo a la piedad suprema, para que lo que menos tenéis de nosotros, ella lo supla; y lo que está mal, ella lo corrija. Ahora bien, el buen pastor también cuidará de esto, para que según el Evangelio se encuentre teniendo sal en sí mismo (Marcos IX, 49); sabiendo que la palabra sazonada con sal tanto agradará a la gracia, como aprovechará a la salvación. Estas cosas, por ahora, sobre la custodia de la ciudad, y el adorno de la esposa, y también sobre el pasto de las ovejas, han sido dichas.

10. Sin embargo, quiero aún designar las mismas cosas un poco más claramente para aquellos que, mientras ansían demasiado ávidamente los honores, menos prudentemente se someten a cargas pesadas, exponiéndose a peligros: para que sepan a qué han venido, como está escrito: Amigo, ¿a qué has venido? (Mat. XXVI, 50). Si no me equivoco, para la sola custodia de la ciudad, para que se procure lo suficiente, se necesita un hombre fuerte, espiritual, fiel: fuerte para repeler las injurias, espiritual para descubrir las insidias, fiel que no busque lo que es suyo. Pero además, para honrar o corregir las costumbres, lo cual ciertamente pertenece al decoro de la esposa, ¿quién no reconocerá claramente que es necesaria la censura de la disciplina con mucha diligencia? Por eso, todo aquel a quien incumbe esta obra, debe arder con aquel celo, con el que encendido aquel principal celador de la esposa del Señor decía: Os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). Ahora, ¿cómo llevará a los pastos de los divinos discursos a los rebaños del Señor un pastor ignorante? Pero incluso si fuera docto, pero no bueno, se temería que no tanto nutra con doctrina abundante, como con vida estéril dañe. Por lo tanto, es difícil asumir esta carga sin ciencia y vida laudable. Pero he aquí, lo que no

alabamos, se indica un fin, donde no había fin. Son llamados a otra materia, y a la que ceder esto es indigno. Estoy angustiado por todas partes, y no sé qué soportaré más dolorosamente, si ser arrancado de esto, o ser extendido en aquello: excepto que en cualquiera de los dos, ambos son más molestos. ¡Oh servidumbre! ¡Oh necesidad! no hago lo que quiero, sino lo que odio, eso hago. Sin embargo, notad dónde terminamos, para que tan pronto como sea libre volver a ello, de allí comencemos de nuevo, en el nombre del esposo. De la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor, que sobre todo es Dios bendito por los siglos, Amén.

SERMON LXXVII. Sobre los malos pastores de la Iglesia; también cómo los bienaventurados en el cielo junto con los ángeles son de ayuda a los elegidos que aún peregrinan.

1. ¡Ea, estamos listos! Dijimos en el sermón de ayer, cómo quisiéramos tener en este camino que andamos, guías, no como los que tenemos. Experimentamos muy diferentes. No todos son amigos del esposo, los que hoy ves asistir a la esposa aquí y allá, y que, como se dice comúnmente, parecen guiarla. Muy pocos son los que no buscan lo que es suyo, de entre todos sus queridos. Aman las riquezas, y no pueden amar a Cristo al mismo tiempo; porque han dado la mano a Mammón. Observa cómo caminan pulcros y adornados, vestidos con variedad, como una esposa que sale de su cámara. ¿No es cierto que si vieras de repente a alguno de ellos acercándose de lejos, pensarías que es la esposa, más que el guardián de la esposa? ¿De dónde crees que proviene para ellos esta abundancia de bienes, el esplendor de las vestiduras, el lujo de las mesas, la acumulación de vasos de plata y oro, sino de los bienes de la esposa? De ahí que ella quede pobre, indigente y desnuda, con un rostro lamentable, descuidada, desaliñada, exangüe. Por esto, no es en este tiempo adornar a la esposa, sino despojarla; no es custodiarla, sino perderla; no es defenderla, sino exponerla; no es instruirla, sino prostituirla; no es apacentar el rebaño, sino matarlo y devorarlo, diciendo el Señor de ellos: "Que devoran a mi pueblo como si comieran pan" (Sal. XIII, 4; LII, 5); y: "Porque han devorado a Jacob, y han desolado su morada" (Sal. LXXVIII, 7), y en otro profeta: "Comen los pecados de mi pueblo" (Oseas IV, 8); como diciendo: Exigen el precio de los pecados, y no prestan la debida solicitud a los pecadores. ¿A quién me darás del número de los superiores, que no vigile más para vaciar los bolsillos de los súbditos, que para extirpar los vicios? ¿Dónde está el que orando doblegue la ira; el que predique el año agradable al Señor? Hablamos de cosas más leves; las más graves esperan un juicio más grave.

2. Sin embargo, en vano nos detenemos en estos o en aquellos, porque no nos escuchan. Pero incluso si tal vez se escribieran estas cosas que decimos, se dignarían leerlas; o si acaso las leyeran, se indignarían conmigo, aunque más correctamente lo harían consigo mismos. Por eso, dejemos a estos, no inventores de la esposa, sino vendedores; y busquemos más bien a aquellos, por quienes la esposa dice que se encontró. Y ciertamente, aquellos han heredado el lugar del ministerio, pero no el celo. Todos desean ser sucesores, pocos imitadores. ¡Oh, si se encontraran tan vigilantes para el cuidado, como corren al trono! Vigilarían ciertamente, guardando con solicitud lo que encontraron, lo que les fue confiado. Más bien, velarían por sí mismos, y no permitirían que se dijera de ellos: "Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se detuvieron" (Sal. XXXVII, 12). Una queja totalmente justa, y que no se refiere más justamente a ninguna otra época que a la nuestra. No es suficiente para nuestros vigilantes que no nos guarden, si no también nos pierden. Sumidos en un profundo sueño de olvido, no se despiertan ante ningún trueno de la amenaza del Señor, para temer siquiera por su propio peligro. De ahí que no perdonen a los suyos, quienes no se perdonan a sí mismos, pereciendo y haciendo perecer.

3. Pero, ¿quiénes son esos vigilantes, por quienes la esposa dice que se encontró? Sin duda, los apóstoles y los hombres apostólicos. Verdaderamente, estos son los que custodian la ciudad, es decir, la misma que encontraron. La Iglesia, y tanto más vigilantes, cuanto ahora la ven en mayor peligro, ciertamente por el mal doméstico e interno, como está escrito: "Y los enemigos del hombre serán los de su propia casa" (Miqueas VII, 6). Porque no abandonan a su protección aquella por la que resistieron hasta la sangre, sino que la protegen y la custodian día y noche, es decir, en su vida y en su muerte. Y si es preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15), no dudo yo que también tanto más poderosamente lo hagan en la muerte, cuanto más fortalecido está su principado en ella (Sal. CXXXVIII, 17).

4. Así afirmas esto, dice alguien, como si lo hubieras visto con tus propios ojos; pero están ocultos a las vistas humanas. A lo cual yo respondo: Si consideras fiel el testimonio de tus ojos, el testimonio de Dios es mayor. Dice en verdad: "Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes: todo el día y toda la noche, perpetuamente no callarán" (Isa. LXII, 6). Pero dices que esto se dijo de los ángeles. No lo niego: todos son espíritus ministradores (Hebr. I, 14). Pero, ¿quién me prohíbe pensar lo mismo también de estos, que en poder ya no son inferiores a los mismos ángeles, pero en afecto y misericordia quizás son más cercanos a nosotros, cuanto más cercanos por naturaleza? Añade también la tolerancia de las mismas pasiones y miserias, en las que nosotros aún nos encontramos por un tiempo. ¿No operará nada más de misericordia por nosotros o de solicitud en las mentes santas, el hecho de que también recuerdan haber pasado por ellas? ¿No es esa su voz: "Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a un lugar de refrigerio"? (Sal. LXV, 12). ¿Qué? ¿ellos pasaron, y nos dejarán en medio de los fuegos o las olas, y no se dignarán siquiera extender la mano a los hijos en peligro? No es así. Bien se te trata, oh madre Iglesia, bien se te trata en el lugar de tu peregrinación: del cielo y de la tierra viene tu ayuda. Los que te custodian no dormitan, ni duermen. Tus guardianes son los santos ángeles, tus vigilantes son los espíritus y las almas de los justos. No se equivocan quienes sienten que fuiste encontrada por ambos espíritus, custodiada por ambos. Y hay una razón para esta solicitud en cada uno: para estos, que sin ti no se consuman; para aquellos, que a menos que de ti se restauren a su plenitud. Pues, ¿quién no sabe que, al caer Satanás del cielo y sus cómplices, el número de la multitud celestial se redujo en una parte no pequeña? De ti, pues, todos esperan la consumación, unos del número, otros de su deseo. Reconoce, por tanto, la voz en el salmo: "Me esperan los justos, hasta que me retribuyas" (Sal. CXLI, 8).

5. Y es de notar, que no se dice que ella los encontró a ellos, sino que ellos la encontraron a ella, y como yo sospecho, destinados a este mismo propósito. Pues, ¿cómo predicarán, si no son enviados? Finalmente, tienes al que habla en los Evangelios: "Id, he aquí que yo os envío" (Luc. X, 3); y: "Id, predicad el Evangelio a toda criatura" (Marcos XVI, 15). Así es. Ella buscaba al esposo, y el esposo no la ignoraba. Sin duda, quien la había despertado para que lo buscara, y le había dado un corazón para los preceptos, y la ley de vida y disciplina, siempre que hubiera quien instruyera y enseñara el camino de la prudencia. Y envió al encuentro de ella a plantadores y regadores, que la nutrieran y confirmaran en toda certeza de la verdad, esto es, que le indicaran y aseguraran sobre el amado; porque la verdad es lo que busca, y lo que verdaderamente ama su alma. Y en verdad, ¿cuál es el verdadero y fiel amor del alma, sino aquel por el cual se ama la verdad? Soy compuesto de razón, soy capaz de verdad; pero ojalá no lo fuera, si faltara el amor de la verdad. De estos ramos es ese fruto, y yo soy la raíz. No estoy seguro del hacha, si me encuentro sin él. En ese don de la naturaleza, sin duda, resplandece el distintivo de la imagen divina, por el cual se destaca sobre los demás seres animados. De ahí que mi alma se atreva a elevarse a los dulces y castos abrazos de la

verdad, y así descansar en el amor de ella con toda seguridad y suavidad, si encuentra gracia en los ojos de tan gran esposo, para que la considere digna de alcanzar esta gloria; más bien, él mismo la presente a sí mismo sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. ¿Cuánto crees que es el riesgo, o qué pena merece, tener ocioso un don tan grande de Dios? Pero esto será en otra ocasión.

6. Ahora bien, la esposa no encontró al que buscaba; y fue encontrada por aquellos a quienes no buscaba. Que escuchen esto aquellos que no temen entrar en los caminos de la vida sin guía ni maestro; siendo para sí mismos en el arte espiritual tanto discípulos como maestros. Esto no es suficiente: también acumulan discípulos para sí, siendo ciegos guías de ciegos. ¡Cuántos se han desviado peligrosamente del camino recto por esto! Sin duda, ignorando las astucias de Satanás y sus pensamientos, sucedió que quienes comenzaron en el espíritu, fueron consumados en la carne, llevados vergonzosamente, caídos de manera condenable. Que vean, por tanto, aquellos que son así, cómo caminan con cautela, y tomen ejemplo de la esposa, que no pudo llegar de ninguna manera a aquel a quien deseaba, hasta que se encontró con aquellos cuyo magisterio usaría para conocer al amado, ciertamente para aprender el temor del Señor. Da la mano al seductor quien se niega a darla al maestro. Y quien deja a las ovejas en los pastos sin guardián, no es pastor de ovejas, sino de lobos.

7. Ahora veamos de la esposa, cómo dice que fue encontrada. Me parece que ha usado inusitadamente la palabra "encontrada". Pues lo dice como si la Iglesia hubiera venido de un solo lugar. Pero viene del Oriente y del Occidente, según la palabra del Señor (Mateo VIII, 11), y de todos los confines de la tierra. Pero nunca se ha congregado en un solo lugar, donde pudiera ser encontrada por los apóstoles o por los ángeles para ser llevada o dirigida a aquel a quien ama su alma. ¿Fue encontrada antes de ser reunida? No; porque ni siquiera existía. Por lo tanto, si hubiera dicho que fue reunida, congregada, o ciertamente, lo que más compete al término Iglesia, convocada por los predicadores, habría pasado simplemente, sin dudar en nada. Pues son colaboradores de Dios, a quien oyeron hablar: "El que no recoge conmigo, desparrama" (Mateo XII, 30). Pero tampoco me parecería fuera de lugar si alguien dijera que fue fundada o edificada por ellos. Pues esto lo hicieron junto con aquel que en los Evangelios dice: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mateo XVI, 18); y: "Porque está fundada sobre roca firme" (Mateo VII, 25). Ahora bien, al no hablar de nada de esto, sino afirmando que fue encontrada, nos hace dudar un poco, y nos lleva a sospechar que hay algo oculto que debe ser examinado con más atención.

8. Confieso que quería pasar por alto y evitar este escrutinio, para el cual no me sentía suficiente. Sin embargo, recordando en cuántas dudas y oscuridades, con ustedes elevando sus corazones, me he sentido ayudado incluso más allá de mi esperanza, me avergüenzo de mi desconfianza: y reprendiendo mi temor, me atrevo a abordar lo que temía evitar. Confío en que vendrá la ayuda habitual: y si no, al menos entre oyentes benevolentes no será inútil lo que intenté. Pero esto tendrá su comienzo en el siguiente sermón; pues aquí cerramos el presente. Que el mismo esposo de la Iglesia, Jesucristo, nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, les conceda no solo retener en la memoria lo que se dice, sino también amarlo ardientemente y cumplirlo eficazmente. Amén.

SERMON LXXVIII. Que la esposa, es decir, la Iglesia de los elegidos, fue predestinada por Dios antes de los siglos, y prevenida por Él para que lo buscara y se convirtiera.

1. En la palabra "encontrada", si bien recuerdo, nos detuvimos y vacilamos, escuchando con escrúpulo que la esposa dijera que fue encontrada por sus predicadores. Las causas de nuestra

vacilación y duda fueron expresadas por nosotros, y se vio que había algo que buscar; pero no al final del sermón, donde ya estábamos limitados, pudo explicarse lo que se buscaba. ¿Qué queda, sino que ahora paguemos la deuda? En la explicación del gran sacramento: hablo de lo que el Doctor de los gentiles interpretó, en Cristo y en la Iglesia, el santo y casto matrimonio (Efesios V, 32); es la obra de nuestra salvación: en ella, digo, tres cooperan entre sí; Dios, el ángel, el hombre. Y Dios, ¿por qué no habría de obrar y cuidar de las bodas de su amado Hijo? Él mismo, y con toda voluntad. Y ciertamente por sí mismo sería suficiente, y sin la ayuda de estos; pero ellos sin Él no pueden hacer nada. Por lo tanto, al haberlos asociado a la obra de este ministerio, no buscó consuelo para sí, sino progreso para ellos. Pues a los hombres les otorgó méritos en la obra, según aquello: "El obrero es digno de su salario" (Lucas X, 7): y porque "cada uno recibirá según su propio trabajo" (1 Corintios III, 8), ya sea quien planta en la fe, o quien riega lo que ha sido plantado. Y cuando usa el ministerio de los ángeles para la salvación del género humano, ¿no hace que los ángeles sean amados por los hombres? Pues que los ángeles amen a los hombres, se puede advertir especialmente porque los ángeles no ignoran que las antiguas pérdidas de su ciudad serán reparadas por los hombres. Y ciertamente no convenía que el reino de la caridad se rigiera por otras leyes que por los piadosos afectos mutuos de aquellos que van a reinar juntos, y por afectos puros entre sí y hacia Dios.

2. Hay, sin embargo, mucha diferencia en el modo de obrar, según la dignidad de cada obrero. Dios, por supuesto, hace lo que quiere con la sola facilidad de querer, sin esfuerzo, sin movimiento, sin perjuicio de lugar o tiempo, o causa, o persona. Pues es el Señor de los ejércitos, que con tranquilidad juzga todas las cosas (Sabiduría XII, 18). Es también la Sabiduría que dispone todas las cosas suavemente (Sabiduría VIII, 1). Por otro lado, el ángel no obra sin movimiento, tanto local como temporal, sin esfuerzo, sin embargo. Pero el hombre no está libre ni del esfuerzo del alma, ni del movimiento del cuerpo y del alma al obrar. Finalmente, se le ordena trabajar su propia salvación con temor y temblor (Filipenses II, 12), y comer su pan con el sudor de su rostro (Génesis III, 19).

3. Con esto explicado, observa ahora conmigo que en esta obra tan magnífica de nuestra salvación hay tres cosas que Dios se atribuye, y en las cuales precede a todos sus ayudantes y cooperadores; la predestinación, la creación, la inspiración. De las cuales la predestinación, no digo desde el origen de la Iglesia, sino ni siquiera desde el principio del mundo tuvo principio, no desde aquel tiempo o aquel: es antes de los tiempos. Pero la creación es con el tiempo; la inspiración ya ocurre en el tiempo, donde y cuando Dios quiere. Ciertamente, según la predestinación, nunca la Iglesia de los elegidos no estuvo con Dios. Si el incrédulo se maravilla de esto, que escuche algo que le maraville más; nunca dejó de ser grata, nunca dejó de ser amada. ¿Por qué no hablar audazmente del misterio que aquel mensajero de los consejos celestiales me ha revelado desde el corazón de Dios? Hablo de Pablo, quien, como muchas otras cosas, tampoco temió divulgar este secreto de las riquezas de su bondad: "Nos bendijo", dice, "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos eligió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia en amor"; y añade: "Quien nos predestinó para adopción de hijos por medio de Jesucristo en Él, según el propósito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo aceptos en el Amado Hijo suyo" (Efesios I, 3-6). No hay duda de que estas cosas se dicen con la voz de todos los elegidos: y ellos son la Iglesia. En aquel profundo seno de la eternidad, antes de que saliera a la luz y a la obra de esta creación, ¿quién de los bienaventurados espíritus pudo encontrarla de alguna manera, sino aquel a quien la misma eternidad, Dios, quiso revelarla?

4. Pero incluso cuando ya al mandato del Creador apareció en estas formas visibles y hechas, no fue inmediatamente encontrada por ningún hombre o ángel, porque no era reconocida, sombreada por la imagen del hombre terrenal, y cubierta por la oscuridad de la muerte. Sin lo cual, ciertamente, nadie de los hijos de los hombres ha entrado en esta vida, excepto uno, que entra sin mancha. Es Emmanuel, quien, sin embargo, siendo de nosotros, por nosotros se revistió de nuestra maldición, y de la semejanza, no de la verdad, de nuestro pecado. Pues así tienes que apareció en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne (Romanos VIII, 3). De lo demás, uno es el acceso para todos, tanto para los elegidos como para los reprobados. No hay distinción. Todos pecaron, y todos llevan el velo de su vergüenza. Por esto, aunque ya creada en las cosas creadas, la Iglesia no podía ser encontrada o reconocida por ninguna criatura, ocultándose de manera maravillosa tanto dentro del seno de la bienaventurada predestinación, como dentro de la masa de la miserable condenación.

5. Sin embargo, lo que la Sabiduría predestinante había ocultado desde la eternidad, y lo que el Poder creador no había revelado desde el principio; la gracia visitadora lo reveló en su tiempo, según la operación que por eso llamé inspiración, porque del espíritu del esposo fue infundido algo en los espíritus humanos para la preparación del Evangelio de la paz, es decir, para preparar el camino al Señor, y al Evangelio de su gloria a los corazones de todos, cuantos estaban predestinados a la vida. En vano habrían trabajado los vigilantes en predicar, si esta gracia no hubiera precedido. Ahora bien, viendo que la palabra corre rápidamente, y que los pueblos de las naciones se convierten al Señor con toda facilidad, que tribus y lenguas concurren a la unidad de la fe, y que los confines de la tierra se reúnen en una sola madre católica; reconocieron las riquezas de la gracia, que desde los siglos estaban ocultas en el secreto de la predestinación eterna, y se alegraron de haber encontrado a aquella que el Señor había elegido como esposa para sí antes de los siglos.

6. De lo cual, creo, queda claro que no es inútil que la esposa haya testificado que fue encontrada por estos; sino porque reconocía que fue reunida por ellos, no elegida; conocida, no convertida. A aquel, ciertamente, debe atribuirse la conversión de cada uno, a quien todos tienen que decir aquello del salmo: "Conviértenos, Dios, nuestro salvador" (Salmo LXXXIV, 5). Pero no tan fácilmente le atribuiría la voz de "encontrada", como la de "convertida". En verdad, así es. No es encontrar para el Señor, sino prevenir, y la prevención excluye el hallazgo. Pues, ¿qué puede encontrar quien nunca no ha conocido? "El Señor conoce a los que son suyos", dice alguien (2 Timoteo II, 19). ¿Y qué dice Él mismo? "Yo sé a quiénes he elegido desde el principio" (Juan XIII, 18). Claramente, a quien desde la eternidad ha conocido, ha elegido, ha amado, ha creado, no era razonable que por el mismo fuera testificada como encontrada. Sin embargo, diría con confianza que fue preparada por Él para ser encontrada. Pues, quien vio, dio testimonio: y sabemos que su testimonio es verdadero (Juan XIX, 35). "Vi", dice, "la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, preparada por Dios como una esposa adornada para su esposo" (Apocalipsis XXI, 2): y es uno de los vigilantes que guardan la ciudad. Pero escucha al mismo preparador de ella, como señalándola con el dedo a los vigilantes, pero bajo otro tropo. "Levantad vuestros ojos", dice, "y ved los campos, porque ya están blancos", es decir, preparados, "para la siega" (Juan IV, 35). Desde esto, el padre de familia invita a los obreros a la obra, cuando ya ha sentido que todo está tan preparado, que sin mucho trabajo suyo pueden gloriarse y decir que "somos colaboradores de Dios" (1 Corintios III, 9). ¿Qué van a hacer? Sin duda, buscarán a la esposa, y al encontrarla, le indicarán sobre el amado. Pues no buscarán su propia gloria, sino la del esposo, porque son amigos del esposo. Y por esto no trabajarán mucho con ella: está presente, y ya lo busca con toda devoción; en tanto ha sido preparada su voluntad por el Señor.

7. Finalmente, antes de que ellos (los vigilantes) digan algo, ella pregunta sobre el amado, y previene a sus predicadores, siendo ella misma prevenida, preguntando y diciendo: "¿Habéis visto al que ama mi alma?" (Cantar de los Cantares III, 3). Bien, por tanto, se testificó a sí misma como encontrada por aquellos que guardan la ciudad, que ya se conocía y había sido prevenida por el Señor de la ciudad, para que ellos la encontraran así, no la hicieran. Así fueron encontrados Cornelio por Pedro, y Pablo por Ananías, pues ambos fueron prevenidos por el Señor y preparados. ¿Qué más preparado que Saulo, quien ya había clamado con mente y voz suplicante: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hechos IX, 6). No menos Cornelio, quien con sus limosnas y oraciones, inspiradas por el Señor, mereció llegar a la fe (Hechos X, 4). También Felipe encontró a Natanael; pero el Señor ya lo había visto cuando estaba bajo la higuera: ¿no fue esta visión del Señor una preparación? Y Andrés, igualmente, se dice que encontró a su hermano Simón, pero ya previsto y conocido por el Señor, para que fuera llamado Cefas, como fuerte en la fe (Juan I, 45, 48, 41, 42).

8. Leemos de María que fue encontrada en estado, teniendo del Espíritu Santo (Mateo I, 18). Creo, sin embargo, que la esposa del Señor tiene algo similar en esta parte a su madre. Pues si no hubiera sido encontrada teniendo del Espíritu Santo, de ninguna manera habría preguntado tan familiarmente a sus descubridores sobre aquel cuyo Espíritu es. No soportó que ellos dijeran para qué habían venido; ella misma habló, y de la abundancia del corazón: "¿Habéis visto al que ama mi alma?" Sabía que bienaventurados son los ojos que han visto, y admirando a aquellos que habían visto, decía: ¿Sois vosotros a quienes se ha concedido ver en la carne a la Sabiduría, en el cuerpo a la Verdad, en el hombre a Dios? Muchos dicen, "He aquí está aquí, y he aquí está allí": pero yo creo más seguro dar fe a vosotros, que comisteis y bebisteis con Él, después de que resucitó de los muertos. Y esto se ha dicho sobre lo que la esposa preguntó a los vigilantes. Si no es suficiente, se completará en otro sermón. Ahora bien, de esto se hace especialmente claro que fue prevenida por el Espíritu Santo; y encontrada y conocida por aquellos que guardan la ciudad, que verdaderamente es ella a quien Dios conoció y predestinó antes de los siglos, y preparó como delicias eternas para su amado Hijo en los siglos eternos, para que sea santa e inmaculada en su presencia, floreciendo como un lirio, y floreciendo eternamente ante el Señor, Padre de mi Señor Jesucristo, esposo de la Iglesia, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXIX. Sobre el amor tenaz e indisoluble, con el que el alma retiene al esposo: también sobre el regreso del esposo al final de los tiempos para salvar a la Sinagoga de los judíos.

1. ¿Habéis visto al que ama mi alma? (Cantar de los Cantares III, 3). ¡Oh amor precipitado, vehemente, ardiente, impetuoso, que no permites pensar en otra cosa que en ti, desprecias lo demás, desprecias todo excepto a ti, contento contigo mismo! Confundes los órdenes, ignoras el uso, desconoces la medida; todo lo que parece ser de oportunidad, de razón, de pudor, de consejo o de juicio, lo triunfas en ti mismo, y lo reduces a cautiverio. He aquí que todo lo que piensa esta, y lo que dice, suena a ti, huele a ti, y nada más: así te has adueñado de su corazón y de su lengua. Dice: "¿Habéis visto al que ama mi alma?" Como si estos supieran lo que ella piensa. ¿A quién ama tu alma, de quién preguntas? ¿Y no tiene nombre? ¿Quién eres tú, y quién es él? Y esto lo digo por la singularidad del discurso, y la notable descuido de las palabras, por lo cual esta escritura presente aparece bastante diferente de las demás. Por lo tanto, en este epitalamio no deben pesarse las palabras, sino los afectos. ¿Por qué así, sino porque el amor santo, que es la única materia de todo este volumen, no debe ser estimado por palabra o lengua, sino por obra y verdad? El amor habla en todas partes: y si alguien desea adquirir conocimiento de lo que se lee, que ame. De lo contrario, en vano se acerca a

escuchar o leer el cántico del amor quien no ama: porque de ninguna manera puede comprender el discurso encendido un corazón frío. Pues así como quien no conoce el griego no entiende al que habla en griego, ni al que habla en latín quien no es latino, y así con los demás; así la lengua del amor será bárbara para quien no ama, y será como metal que resuena, o címbalo que retiñe (1 Corintios XIII, 1). Pero estos (hablo de los vigilantes) porque también han recibido del Espíritu para amar, saben lo que dice el Espíritu, y conociendo bien las voces del amor, tienen a mano responder en la misma lengua, es decir, con los oficios del amor y la piedad.

2. Finalmente, la instruyen brevemente sobre lo que busca, para que diga: "Un poco después de haber pasado de ellos, encontré al que ama mi alma". Bien "un poco", porque le hicieron un verbo abreviado, entregándole el Símbolo de la fe. Y lo que sigue es así. Era necesario que la esposa pasara por ellos, por quienes conocería la verdad; pero sin embargo, también debía pasar de largo. Pues si no hubiera pasado de ellos, no habría encontrado al que buscaba. Y esto mismo no dudes que fue aconsejado por ellos. Pues no se predicaban a sí mismos, sino a su Señor Jesús, quien sin duda está por encima de ellos, y más allá. Por eso dice: "Pasad a mí, todos los que me deseáis" (Eclesiástico XXIV, 26). No bastaba pasar, sino que también se le enseña a pasar de largo. Pues había pasado aquel a quien buscaba. No solo había pasado de la muerte a la vida, sino que había pasado a la gloria. ¿Por qué no habría de pasar también ella por lo mismo? De lo contrario, no podría alcanzar a quien no seguía por las mismas huellas a dondequiera que hubiera ido.

3. Y para que lo que digo sea más claro, si mi Señor Jesús hubiera resucitado de entre los muertos, pero no hubiera ascendido a los cielos, no se podría decir de Él que ha pasado, sino solo que ha transitado; y por lo tanto, la esposa que lo busca solo debería transitar, no pasar. Ahora bien, puesto que ya resucitando había transitado, y añadió pasar, al ascender; con razón también ella se mostró no solo transitando, sino pasando, ya que lo siguió con fe y devoción hasta los cielos. Por lo tanto, creer en la resurrección es transitar, creer también en la ascensión es pasar. Y tal vez (como recuerdo haber dicho un día mientras trataba [Serm. 1 en la fiesta de Pascua]) conocía aquello, pero no conocía esto. Así que, instruida por aquellos sobre lo que le faltaba, a saber, que quien había resucitado también había ascendido; ella también ascendió, es decir, pasó, y encontró. ¿Por qué no habría de encontrar, alcanzando con la mente [o, con la fe], donde Él está con el cuerpo? Apenas los había pasado. Y bien los pasó: pues tanto a ellos, como a los demás miembros suyos que están sobre la tierra, nuestra cabeza los precedió y trascendió con dos pasos, como ya dijimos, la resurrección y la ascensión. Porque Cristo es las primicias. Si Él precedió; también nuestra fe. ¿Dónde no lo seguiría ella? Si ha ascendido al cielo, allí está ella; si ha descendido al infierno, está presente; y si tomara sus alas al amanecer, y habitara en los confines del mar, allí, dice, tu mano me guiará, y me sostendrá tu diestra (Salmo 138, 8-10). ¿No es acaso según esto que el omnipotente y sumamente bueno Padre del esposo nos resucitó, y nos hizo sentar a su diestra [en los celestiales]? Y esto por lo que dijo la Iglesia, porque los he pasado; ya que también se ha pasado a sí misma, permaneciendo en la fe, a donde aún no ha llegado en realidad. Creo que también está claro por qué prefirió decir que se ha pasado, más que transitado. Y pasemos a lo que sigue.

4. Lo he tomado, y no lo soltaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, y en la alcoba de la que me dio a luz. Así es, desde entonces y en adelante no falta la raza cristiana, ni la fe de la tierra, ni la caridad de la Iglesia. Vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon contra ella, y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca (Mateo 7, 25). Pero la roca es Cristo. Así que ni con la verbosidad de los filósofos, ni con las argucias de los

herejes, ni con las espadas de los perseguidores pudo esta, ni podrá alguna vez separarse del amor de Dios que está en Cristo Jesús (Romanos 8, 39): tan fuertemente sostiene a quien ama su alma, tan bueno es adherirse a Dios. Es bueno el pegamento, dice Isaías (Isaías 41, 7). ¿Qué hay más tenaz que este pegamento, que ni las aguas lavan, ni los vientos disuelven, ni las espadas cortan? En efecto, muchas aguas no podrán apagar el amor (Cantar de los Cantares 8, 7). Lo he tomado, y no lo soltaré. Y el santo patriarca: No te soltaré, dice, hasta que me bendigas (Génesis 32, 26). Así, ella no quiere soltarlo, y tal vez más que el patriarca no lo quiere, porque ni siquiera por la bendición: ya que él, habiendo recibido la bendición, lo soltó, pero ella no así. No quiero, dice, tu bendición, sino a ti. ¿Qué tengo yo en el cielo, y qué he deseado de ti sobre la tierra (Salmo 72, 25). No te soltaré, ni siquiera si me bendices.

5. Lo he tomado, y no lo soltaré. Y tal vez él no quiere menos ser tomado, cuando dice: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Proverbios 8, 31): y prometiendo dice: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 28, 20). ¿Qué hay más fuerte que este vínculo, que está asegurado por la voluntad tan vehemente de ambos? Lo he tomado, dice. Pero no obstante, ella a su vez es sostenida por aquel a quien sostiene, a quien en otro lugar dice: Has sostenido mi mano derecha (Salmo 72, 24). Quien es sostenida y sostiene, ¿cómo puede caer ya? Sostiene con la firmeza de la fe, sostiene con el afecto de la devoción. Pero no podría sostener por mucho tiempo, si no fuera sostenida. Sin embargo, es sostenida por el poder y la misericordia del Señor. Lo he tomado, y no lo soltaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, y en la alcoba de la que me dio a luz. Grande es la caridad de la Iglesia, que ni siquiera a la sinagoga rival envidia sus delicias. ¿Qué hay más benigno que estar dispuesta a compartir con la enemiga a quien ama su alma? Sin embargo, no es de extrañar, porque la salvación viene de los judíos (Juan 4, 22). Que el Salvador regrese al lugar de donde salió, para que el resto de Israel sea salvo. Que las ramas no sean ingratas a la raíz, ni los hijos a la madre. Que las ramas no envidien a la raíz lo que de ella tomaron: ni los hijos a la madre, lo que de sus pechos succionaron. Así pues, que la Iglesia sostenga firmemente la salvación que Judea perdió, ella la ha tomado, hasta que la plenitud de los gentiles entre, y así todo Israel sea salvo. Que quiera venir la salvación común para todos, que así es tomada por todos, sin que a cada uno se le disminuya nada. Sin duda, esto hace, y más. ¿Qué más? Que también desea para ella el nombre de esposa, y la gracia. Verdaderamente, esto es más que la salvación.

6. Increíble caridad, si no fuera el mismo discurso que ha hablado, el que hiciera fe. Porque dijo, si te has dado cuenta, que quería introducir a quien sostenía, no solo en la casa de su madre, sino también en la alcoba, lo cual es indicio de prerrogativa. Bastaba para la salvación, si entrara en la casa: pero el secreto de la alcoba señala la gracia. Hoy, dice, ha venido la salvación a esta casa (Lucas 19, 9). ¿Cómo no será salvación para los de casa, con el Salvador entrando en la casa? Pero quien merece recibir en la alcoba, tiene su secreto aparte. La salvación es para la casa; las delicias se guardan en el tálamo. Lo introduciré en la casa de mi madre, dice. ¿En qué casa, sino de la que antes había predicho a los judíos: He aquí, vuestra casa os será dejada desierta? (Lucas 13, 35.) Hizo lo que dijo, como también tienes su testimonio en el profeta: Dejé mi casa, abandoné mi heredad (Jeremías 12, 7): y ahora ella promete devolverlo, y restaurar la salvación perdida de la casa de su madre. Y si esto parece poco, escucha qué bien añade: Y en la alcoba de la que me dio a luz. Quien entra en el tálamo, es el esposo. ¡Grande es el poder del amor! El Salvador había salido indignado de su casa y heredad: y ahora, por la gracia de esta, se inclina a regresar no solo como Salvador, sino también como esposo. Bendita tú del Señor, hija, que apaciguas la indignación, y restauras la heredad. Bendita tú a tu madre, por cuyo beneficio se aparta la ira, regresa la salvación, regresa quien le diga: Yo soy tu salvación (Salmo 35, 3). No basta esto;

que añada y diga: Te desposaré conmigo en fe, te desposaré conmigo en juicio y justicia, te desposaré conmigo en misericordia y compasiones (Oseas 2, 19, 20). Pero recuerda que quien concilia estas amistades, es la esposa. ¿Cómo entonces cede el esposo, y este esposo, a otra, no digo desea? No es así. La buena hija desea ciertamente a él para su madre, pero no para cederle, sino para compartirlo. Uno basta para dos, salvo que ya no eran dos, sino una en él. Porque él es nuestra paz, quien hace de ambos uno, para que haya una esposa, y un esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMON LXXX. Sobre la imagen o el Verbo de Dios, y el alma que es a imagen, sutil disertación: y sobre el error de Gilberto de Poitiers, obispo.

1. Algunos de vosotros, según he sabido, llevan con menos ánimo de lo debido que ya por varios días, mientras me deleita adherirme al asombro y admiración de los sacramentos, el sermón que ministramos ha sido o nulo, o condimentado con muy poca sal moral. Esto, ciertamente, es inusual. Pero, ¿acaso se puede revisar lo que se ha dicho? No procedo, a menos que primero repase todo. Vamos, decidme, si recordáis, ¿desde qué lugar de la Escritura comenzó esta defraudación, para que de nuevo comience desde allí? Es mi deber reparar los daños, más bien del Señor, de quien todo presumimos. ¿Desde qué principio, entonces, se debe repetir? ¿Acaso desde: En mi lecho busqué de noche al que ama mi alma? (Cantar de los Cantares 3, 1.) Si no me equivoco, desde allí. Desde entonces y en adelante, mi única preocupación ha sido, disipando la densa oscuridad de estas alegorías, poner en luz las secretas delicias de Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, volvamos a investigar los aspectos morales. Pues no me será perezoso lo que os sea conveniente. Y esto se hará de manera congruente, si lo que se ha dicho en Cristo y en la Iglesia, lo asignamos igualmente al Verbo y al alma.

2. Pero alguien me dice: ¿Por qué unes estos dos? ¿Qué tienen en común el alma y el Verbo? Mucho en todo sentido. Primero, porque hay tal afinidad de naturalezas, que este es imagen, y aquella es a imagen. Luego, porque la afinidad la atestigua la semejanza. Pues no solo fue hecha a imagen, sino a semejanza. ¿En qué es semejante, preguntas? Escucha primero sobre la imagen. El Verbo es verdad, es sabiduría, es justicia: y esta es la imagen. ¿De quién? De la justicia, la sabiduría y la verdad. Porque esta imagen es justicia de justicia, sabiduría de sabiduría, verdad de verdad, como luz de luz, Dios de Dios. Ninguna de estas cosas es el alma, porque no es imagen. Sin embargo, es capaz de las mismas, y deseosa de ellas, y tal vez por eso es a imagen. Una criatura excelsa, en capacidad de majestad, y en deseo de rectitud, llevando un distintivo notable. Leemos que Dios hizo al hombre recto (Eclesiastés 7, 30), lo cual también lo prueba la gran capacidad, como se ha dicho. Porque lo que es a imagen, debe concordar con la imagen, y no participar en vano del nombre de imagen, del mismo modo que la imagen misma no es llamada imagen solo de nombre o en vano. Tienes, en verdad, sobre aquel que es imagen, que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses 2, 6). Donde ciertamente se insinúa su rectitud en la forma de Dios, y su majestad en la igualdad: para que, al compararse rectitud con rectitud, y grandeza con grandeza, aparezca que lo que es a imagen y la imagen se corresponden mutuamente, así como la imagen también responde en ambos aspectos a aquel de quien es imagen. Porque él es, de quien escuchasteis al santo David cantando en los salmos, ahora: Grande es nuestro Señor, y grande su poder (Salmo 146, 5); ahora: Recto es nuestro Señor Dios, y no hay iniquidad en él (Salmo 92, 16). De este Dios recto y grande tiene su imagen, para que también ella sea recta y grande: lo tiene el alma, que es a imagen.

3. Pero digo: ¿No tiene entonces la imagen algo más que el alma que es a imagen, porque también a esta le asignamos grandeza y rectitud? Y mucho. Esta lo ha recibido a medida,

aquella a igualdad. ¿No es esto más? Observa también otra cosa. A esta le ha conferido ambas cosas la creación o la dignación; a aquella, la generación. Y esto es sin duda más magnífico. Pero tampoco nadie negará que es más eminente, que siendo de Dios para esta, para aquella es de Dios ambas cosas, es decir, de la sustancia de Dios. Porque su imagen es consustancial a Dios, y todo lo que parece impartirse a su misma imagen, es sustancial para ambos, no accidental. Aún observa una cosa más, en la que la imagen no poco sobresale. La grandeza y la rectitud (estas dos cosas que por naturaleza se distinguen entre sí) en la imagen son una. Y no solo esto: son una también con la imagen. Porque para la imagen no solo es recto ser lo que es grande, sino también es grande y recto ser lo que es. No así para el alma. Y su grandeza, y su rectitud son diferentes de ella, diferentes entre sí. Porque si, como enseñé antes, el alma es grande en cuanto es capaz de lo eterno; es recta en cuanto desea lo supremo: aquella que no busca ni piensa en lo que está arriba, sino en lo que está sobre la tierra, claramente no es recta, sino curva, aunque no por eso deja de ser grande, permaneciendo ciertamente así capaz de eternidad. Porque nunca dejará de ser capaz de ella, aunque nunca la haya alcanzado, para que sea como está escrito: Sin embargo, el hombre pasa en imagen (Salmo 38, 7); en parte, para que la eminencia del Verbo aparezca de su misma integridad. Porque, ¿cómo podría el Verbo caer de lo grande o lo recto, que así lo tiene, que es lo que tiene? O en parte, para que si se despojara totalmente, no quedara esperanza de salvación. Porque si dejara de ser grande, también dejaría de ser capaz. Pues de la capacidad, como dije, se estima la grandeza del alma. Pero, ¿qué podría esperar, de lo que no fuera capaz?

4. Así pues, por la grandeza, que retiene incluso perdida la rectitud, en imagen pasa el hombre, cojeando como con un solo pie, y hecho hijo ajeno. Porque de tales creo que se dijo: Los hijos ajenos me mintieron, los hijos ajenos envejecieron, y cojean de sus caminos (Salmo 17, 48). Bien llamados hijos ajenos: porque hijos, por la grandeza retenida; ajenos, por la rectitud perdida. Y no habría dicho, cojean, sino: Cayeron, o algo similar, si hubieran despojado totalmente la imagen del hombre. Ahora bien, según la grandeza, en imagen pasa el hombre; pero en cuanto a la rectitud, como cojeando, se turba y se aparta de la imagen, diciendo la Escritura: Sin embargo, en imagen pasa el hombre; pero también se turba en vano. En vano completamente: porque sigue: Atesora, y no sabe para quién lo reunirá (Salmo 38, 7). ¿Por qué no sabe, sino porque inclinándose a estas cosas bajas y terrenales, atesora para sí tierra? Completamente ignora de lo que confía a la tierra, para quién lo reunirá, si para la polilla que lo destruye, o para el ladrón que lo excava; para el enemigo que lo saquea, o para el fuego que lo devora. Y de ahí la voz lamentable para el hombre miserable que se inclina, y se recuesta en las cosas que están en la tierra: Me he hecho miserable, y me he encorvado hasta el fin; todo el día anduve contristado (Salmo 37, 7). En sí mismo experimenta la verdad de aquella sentencia del Sabio: Dios hizo al hombre recto, pero él se ha enredado en muchos dolores (Eclesiastés 7, 30). Y enseguida la voz de burla hacia él: Inclínate para que pasemos (Isaías 51, 23).

5. Pero, ¿de dónde hemos llegado aquí? Sin duda, de allí, cuando queríamos enseñar que lo recto y lo grande (con este doble bien habíamos definido la imagen) no es uno en el alma, ni con el alma, como en el Verbo y con el Verbo enseñamos con igual fiel afirmación que son uno. Y de la rectitud, ciertamente, de lo que se ha dicho, está claro que es diferente y del alma, y de la grandeza del alma: puesto que incluso no existiendo, el alma permanece, y es grande. Pero, ¿de dónde se demostrará la diversidad de la grandeza y del alma? Porque no puede ser de donde se mostró la diversidad de la rectitud y del alma, ya que no como de la rectitud, así también de su grandeza puede ser privada el alma. Sin embargo, su grandeza no es el alma. Porque aunque el alma no se encuentra sin su grandeza, sin embargo, ella misma se encuentra también fuera del alma. ¿Preguntas dónde? En los ángeles. Porque de allí son

grandes los ángeles, de donde se comprueba la grandeza del alma, a saber, de la capacidad de la eternidad. Y si por eso se estableció que el alma es diferente de su rectitud, porque puede carecer de ella: ¿por qué no igualmente está claro que es diferente también de su grandeza, que no puede reclamar como propia? Así pues, ya que ni aquella está en toda, ni esta está solo en el alma, está claro que ambas son indiferentemente diferentes de ella. Además, ninguna forma es aquello de lo que es forma. Pero la grandeza es forma del alma. Porque no por eso no es forma, porque es inseparable de ella. Esto son todas las diferencias sustanciales, esto no solo las propias propiamente, sino también algunas propias, esto también innumerables otras formas. Por lo tanto, su grandeza no es el alma, no más que su negrura es el cuervo, que su blancura es la nieve, que su risibilidad o racionalidad es el hombre: aunque no encuentres nunca al cuervo sin negrura, ni a la nieve sin blancura, ni al hombre que no sea risible y racional. Así también el alma, y la grandeza del alma, aunque inseparables, son diferentes entre sí. ¿Cómo no diferentes, cuando esta es en el sujeto, aquella es sujeto y sustancia? Solo la naturaleza suprema e increada, que es la Trinidad Dios, reclama para sí esta simplicidad pura y singular de su esencia, para que no se encuentre en ella ni esto y aquello, ni aquí también y allí, ni siquiera de un modo y de otro. Porque permaneciendo en sí misma, es lo que tiene, y lo que es, siempre y de un solo modo es. En ella se reducen a uno muchas cosas, y a lo mismo las diversas, para que no tome pluralidad de la numeración de las cosas, ni sienta alteración de la variedad. Contiene todos los lugares, y ordena cada cosa en sus lugares sin estar contenida en los lugares. Los tiempos pasan bajo ella, no para ella. No espera lo futuro, no recuerda lo pasado, no experimenta lo presente.

6. Aléjense de nosotros, amadísimos, aléjense los novatos, no dialécticos, sino herejes, que impíamente disputan que la grandeza, por la cual Dios es grande, y asimismo, la bondad, por la cual es bueno, pero también la sabiduría, por la cual es sabio, y la justicia, por la cual es justo, finalmente la divinidad, por la cual es Dios, no son Dios. Dicen que Dios es por la divinidad, pero que la divinidad no es Dios. Quizás no se digna Dios a ser aquello que es tan grande que hace a Dios. Pero si no es Dios, ¿qué es? O es Dios, o algo que no es Dios, o nada. Ciertamente no concedes que sea Dios, pero tampoco, creo yo, concederás que sea nada, ya que confiesas que es tan necesaria para Dios, que no solo sin ella no puede ser Dios, sino que ella es. Pero si es algo que no es Dios: o será menor que Dios, o mayor, o igual. Pero, ¿cómo puede ser menor, siendo Dios? Queda que confieses que es mayor, o igual. Pero si es mayor, ella es el sumo bien, no Dios; si es igual, hay dos sumos bienes, no uno: lo cual el sentido católico rechaza. Ya sobre la grandeza, bondad, justicia y sabiduría, sentimos lo mismo en todo que sobre la divinidad: son uno en Dios, y con Dios. Pues no es bueno por otra cosa que por lo que es grande, ni justo o sabio por otra cosa que por lo que es grande y bueno, ni finalmente es todas estas cosas a la vez por otra cosa que por lo que es Dios, y esto también no sino por sí mismo.

7. Pero dice el hereje: ¿Qué? ¿Niega que Dios es por la divinidad? No, pero afirmo que la misma divinidad, por la cual es, es Dios no obstante, para no consentir que haya algo más excelente que Dios. Pues digo que es grande por la grandeza, pero que es él mismo, para no poner algo mayor que Dios; y confieso que es bueno por la bondad, pero no otra que él mismo, para no parecer que he encontrado algo mejor que él; y sobre las demás cosas de este modo. Seguro y con gusto prosigo sin tropiezo, como dicen, en la opinión de aquel que decía: «Dios no es grande sino por la grandeza que es lo que él mismo. De lo contrario, esa sería una mayor grandeza que Dios.» Este es Agustín, el más fuerte martillo de los herejes. Por tanto, si algo puede decirse propiamente de Dios, se dirá más recta y congruentemente: Dios es grandeza, bondad, justicia, sabiduría, que: Dios es grande, bueno, justo o sabio.

8. Por lo cual no sin razón recientemente en el concilio que el papa Eugenio celebró en Reims, tanto a él como a los demás obispos les pareció perversa y totalmente sospechosa aquella exposición en el libro de Gilberto, obispo de Poitiers, donde comentaba sobre las palabras de Boecio sobre la Trinidad, muy sanas y católicas, de este modo: «El Padre es verdad, es decir, verdadero; el Hijo es verdad, es decir, verdadero; el Espíritu Santo es verdad, es decir, verdadero. Y estos tres juntos no son tres verdades, sino una verdad, es decir, un verdadero.» ¡Oh oscura y perversa explicación! Cuánto más verdaderamente y sanamente hubiera dicho lo contrario: El Padre es verdadero, es decir, verdad; el Hijo es verdadero, es decir, verdad; el Espíritu Santo es verdadero, es decir, verdad. Y estos tres son un verdadero, es decir, una verdad. Lo cual habría hecho, si se hubiera dignado imitar al santo Fulgencio, quien dijo: «Una sola verdad del único Dios, más aún, una sola verdad, un solo Dios no permite que se una el servicio y culto del creador y la criatura.» Buen corrector, quien hablaría muy verazmente sobre la verdad, quien piadosa y católicamente sentiría sobre la verdadera y pura simplicidad de la sustancia divina, en la cual no puede haber nada que ella misma no sea, y ella misma es Dios. Aunque en algunos otros lugares ese libro del mencionado obispo pareció desviarse más manifiestamente de la rectitud de la fe; de los cuales, por ejemplo, aún pongo uno. Pues diciendo el autor, «Cuando se dice, Dios, Dios, Dios, pertenece a la sustancia:» nuestro comentarista añadió, «No lo que es, sino por lo que es.» Lo cual está lejos de que la Iglesia católica asienta, que sea la sustancia, o alguna cosa en absoluto por la cual Dios sea, y que no sea Dios.

9. Pero ya no hablamos contra él; pues quien en la misma asamblea, humildemente aquiesciendo a la sentencia de los obispos, condenó tanto estas como otras cosas encontradas dignas de reprensión con su propia boca; sino por aquellos que aún se dice que transcriben y leen ese libro, promulgado allí contra la prohibición apostólica, persistiendo contenciosamente en seguir al obispo, en quien él mismo no permaneció, y prefiriendo tener como maestro del error que de la corrección. No solo por esto, sino también por ustedes, aprovechando la ocasión de la diferencia entre la imagen y el alma, que fue hecha a imagen, creí que valía la pena hacer esta digresión: para que si acaso algunos han bebido alguna vez de las aguas furtivas, que parecen más dulces (Prov. IX, 17), al tomar el antídoto, lo vomiten, y purificado el estómago de la mente, al acercarse a lo que según nuestra promesa queda por decir sobre la semejanza, ya en alegría beban más puramente no de lo nuestro, sino de las fuentes del Salvador, el esposo de la Iglesia Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXI. De la conveniencia y semejanza del alma con el Verbo según la identidad de esencia, y la inmortalidad de la vida, y la libertad del albedrío.

1. Se ha preguntado antes sobre la afinidad del alma con el Verbo, y esto ciertamente de manera necesaria. Pues, ¿qué convenio hay entre tanta majestad y tanta pobreza, para que, al modo y amor de los esposos, como si de igual a igual, se refiera que se abrazan aquella sublimidad y esta humildad? Pues si verdaderamente lo decimos, es una confianza muy alegre; si falsamente, es una audacia muy punible. Por eso, pues, se debía investigar sobre la conveniencia de estos: la cual ya se ha encontrado en mucho, pero no toda. Pues, ¿quién, aunque sea muy torpe, no ve cuán de cerca se miran la imagen y lo que es a imagen? De los cuales ciertamente uno al uno, y el otro al otro, el sermón, si recuerdan, asignó ayer. No solo de la imagen, sino también de la semejanza se demostró allí la proximidad, salvo que la misma semejanza en qué o en cuáles principalmente consiste aún no ha sido declarada por nosotros. Vamos, ya atendamos a esta declaración, para que cuanto más plenamente el alma reconozca su origen, tanto más se avergüence de tener una vida degenerada; más bien, lo que encuentre viciado por el pecado en la naturaleza, se esfuerce por reformarlo con diligencia;

para que dignamente, por el don de Dios, gobernándose según su género, se acerque confiadamente a los abrazos del Verbo.

2. Atienda, pues, de esta divina nobleza de la semejanza que tiene en sí aquella simplicidad natural de su sustancia, por la cual es para ella lo mismo ser que vivir, aunque no lo mismo que vivir bien, o vivir felizmente, para que sea semejanza, no igualdad. Grado cercano, sin embargo, grado. Pues no son de una misma excelencia o de igual altura, tener esto de ser lo mismo que vivir, y también tener esto de ser lo mismo que vivir felizmente. Por tanto, si aquello es del Verbo por la sublimidad, esto es del alma por la semejanza, salvada ciertamente la eminencia del Verbo, es evidente la afinidad de las naturalezas, evidente la prerrogativa del alma. Y para que lo que se dice sea más claro, solo a Dios le es lo mismo ser que ser feliz: y esto es lo primero y purísimo simple. Lo segundo es semejante a esto, a saber, tener lo mismo ser que vivir; y esto es del alma. Desde esto, aunque en grado inferior, se puede ascender, no solo a vivir bien, sino también a vivir felizmente: no porque entonces sea lo mismo ser que ser feliz para aquel que haya llegado allí; en cuanto así se gloríe por la semejanza, que sin embargo por la disparidad tenga siempre, de donde todos sus huesos digan: Señor, ¿quién como tú? (Salmo XXXIV, 10). Buen grado del alma, desde el cual, y solo desde él, se asciende a la vida bienaventurada.

3. Pues hay seres vivientes, y de estos dos géneros, los que sienten, y los que no sienten. Ahora bien, los sensibles son preferidos a los insensibles, y a ambos la vida, por la cual se vive y se siente. No estarán igualmente en un mismo grado la vida y el viviente; mucho menos la vida, y las cosas que están sin vida. La vida es el alma viviente ciertamente, pero no por otra cosa que por sí misma; y por tanto no tanto viviente, como vida, para hablar propiamente de ella. De ahí que infundida al cuerpo lo vivifica, para que el cuerpo por la presencia de la vida, no sea vida, sino viviente. De donde se desprende, que ni siquiera al cuerpo vivo le es lo mismo vivir que ser, ya que puede ser y no vivir. Mucho menos las cosas que carecen de vida, alcanzarán este grado. Pero tampoco todo lo que se llama vida, o es, podrá alcanzar inmediatamente esto. Hay vida de los animales, y también de los árboles, una vigorosa por el sentido, la otra carente de él. Pero a ninguna de ellas le es lo mismo ser que vivir: ya que, según la opinión de muchos, antes en los elementos, que aquellas en los miembros, o estas en las ramas existieran. Pero según esto, cuando dejan de vivificar, cesan de vivir, pero no de ser. Se disuelven y se descomponen, como no solo atadas, sino también unidas. Pues no es cada una de estas una sola cosa simple; sino que consta de muchas. Y por eso no se reduce a la nada, sino que se descompone en partes, para que cada una vuelva a su principio; por ejemplo, el aire al aire, el fuego al fuego, y los demás de este modo. Por tanto, a tal vida no le es lo mismo ser y vivir, que es y cuando no vive.

4. Ahora bien, nada de esto, a lo que no le es lo mismo ser que vivir, podrá alguna vez avanzar o emerger para vivir bien y felizmente: ya que no pudo llegar a este grado inferior. Solo, la que se conoce que está en él, el alma del hombre, en esa dignidad fue creada, vida de vida, simple de simple, inmortal de inmortal, para que no esté lejos del grado supremo, donde ciertamente es lo mismo ser que vivir felizmente, en el cual solo está el bienaventurado, y solo el poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores. Por tanto, recibió en su condición el alma, aunque no ser, sin embargo poder ser feliz; acercándose por tanto al grado supremo, cuanto es posible, no alcanzándolo sin embargo. Pues ni siquiera a ella, como dijimos antes, le será alguna vez lo mismo ser que ser feliz, ni cuando sea feliz. Confesamos la semejanza, rechazamos la igualdad. Por ejemplo, Dios es vida, y el alma es vida; semejante ciertamente, pero desigual. Ahora bien, semejante, porque es vida, porque se vive a sí misma, porque no solo viviente, sino también vivificante, así como él es todas estas cosas. Desigual, sin embargo, cuanto de creador a creado. Desigual, porque, así como no sería si no fuera creada

por él, así no viviría si no fuera vivificada por él. No viviría, digo, sino con vida espiritual, no natural. Pues con vida natural, incluso la que no vive espiritualmente, necesariamente vive inmortalmente. Pero, ¡qué clase de vida, en la cual sería mejor no haber nacido, que no morir de ella! Es más bien muerte: y por eso más grave, porque es del pecado, no de la naturaleza. En fin, la muerte de los pecadores es pésima (Salmo XXXIII, 22). Así pues, el alma que vive según la carne, viviente está muerta; ya que para ella sería mejor no vivir en absoluto, que vivir así. De la cual ciertamente nunca resucitará de una muerte vital, sino por la palabra de vida, más bien por el Verbo vida, viviente y vivificante.

5. Sin embargo, el alma es inmortal, y en esto no obstante semejante al Verbo, pero no igual. Pues en tanto sobresale la inmortalidad de la Deidad, que el Apóstol dice de Dios: Que solo él tiene inmortalidad (I Tim. VI, 16). Lo cual creo que se dice porque solo Dios es por naturaleza inmutable, quien dice: Yo soy el Señor, y no cambio (Malaquías III, 6). Pues la verdadera e íntegra inmortalidad no admite tanto el cambio, como tampoco el fin, ya que todo cambio es una cierta imitación de la muerte. Pues todo lo que se cambia, mientras pasa de un ser a otro, de algún modo necesariamente muere lo que es, para que comience a ser lo que no es. Pero si tantas muertes como cambios, ¿dónde está la inmortalidad? Y a esta vanidad fue sujeta la misma criatura no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza (Rom. VIII, 20). Sin embargo, el alma es inmortal; ya que como es vida para sí misma; así como no hay a dónde caiga de sí, tampoco hay a dónde caiga de la vida. Pero como consta que se cambia por sus afectos; reconozca así que es semejante a Dios en la inmortalidad, para que sepa que le falta no poca parte de la inmortalidad, cediendo solo la absoluta y perfecta inmortalidad, a aquel en quien no hay mudanza, ni sombra de variación. No obstante, no se ha descubierto una dignidad menor del alma en la presente discusión, que parece acercarse al Verbo por una doble cercanía de naturaleza, por la simplicidad de la esencia, y la perpetuidad de la vida.

6. Pero aún surge una cosa que no pasaré por alto: pues no hace menos insigne ni menos semejante al Verbo al alma, y quizás incluso más. Esta es la libertad del albedrío, claramente algo divino resplandeciendo en el alma, como una gema en el oro. De esta manera, le es inherente entre el bien y el mal, y también entre la vida y la muerte, pero también entre la luz y las tinieblas, y el conocimiento del juicio, y la opción de elegir; y si hay otras cosas, que de manera similar alrededor del estado del alma parecen mirarse mutuamente. No obstante, entre ellas un cierto árbitro censor (ese es el ojo del alma) juzga y discierne, como árbitro en discernir, así en elegir libre. De donde también se llama libre albedrío, porque se le permite moverse en estas cosas según el arbitrio de la voluntad. De ahí que el hombre es capaz de merecer. Pues todo lo que hagas bueno o malo, que ciertamente no hacer era libre, se reputa con mérito. Y, para que con mérito se alabe, no solo a aquel que pudo hacer el mal, y no lo hizo, sino también a aquel que pudo no hacer el bien, y lo hizo; así tampoco carece de mérito malo aquel que pudo no hacer el mal, y lo hizo, como aquel que pudo hacer el bien, y no lo hizo. Donde no hay libertad, tampoco hay mérito. Por eso los animales carentes de razón, no merecen nada; porque así como carecen de deliberación, también carecen de libertad. Son guiados por el sentido, llevados por el impulso, arrastrados por el apetito. Pues no tienen juicio, con el cual se juzguen o se gobiernen, pero ni siquiera el instrumento del juicio, es decir, la razón. De ahí que no son juzgados, porque no juzgan. Pues, ¿con qué razón se les exigirá una razón, que no han recibido?

7. Esta fuerza de la naturaleza solo el hombre no la sufre, y por eso solo entre los seres animados es libre. Y sin embargo, interviniendo el pecado sufre una cierta fuerza también él, pero de la voluntad, no de la naturaleza, para que ni así se prive de la libertad innata. Pues lo que es voluntario, es libre. Y ciertamente por el pecado se hizo que el cuerpo que se

corrompe, agravara el alma; pero por amor, no por peso. Pues que el alma ya no pueda levantarse por sí misma, que pudo caer por sí misma, la voluntad es la causa, que debilitada y yacente por el amor corrompido y vicioso del cuerpo corrupto, no admite el amor de la justicia. Así de algún modo extraño y perverso la misma voluntad, cambiada en peor por el pecado, se hace necesidad: para que ni la necesidad, siendo voluntaria, pueda excusar la voluntad; ni la voluntad siendo seducida, pueda excluir la necesidad. Pues es esta necesidad de algún modo voluntaria. Es una cierta fuerza favorable, oprimiendo con halago, y halagando oprimiendo: de donde la voluntad culpable, una vez que ha consentido al pecado, ya no puede por sí misma ni excusarse de ninguna manera. De ahí aquella voz quejumbrosa como gimiendo bajo el peso de esta necesidad: Señor, dice, sufro violencia, responde por mí. Pero nuevamente sabiendo que no se quejaría justamente contra el Señor, cuando su propia voluntad era más bien la causa, atiende a lo que añadió a continuación: ¿Qué diré, o qué me responderá, cuando yo mismo lo he hecho? (Isaías XXXVIII, 14, 15). Era oprimido por el yugo, no obstante, de una cierta servidumbre voluntaria; y era por la servidumbre ciertamente miserable, pero por la voluntad inexcusable. Pues es la voluntad, que cuando era libre, se hizo esclava del pecado, consintiendo al pecado: es la voluntad no obstante, que se mantiene bajo el pecado, sirviendo voluntariamente.

8. Mira lo que dices, me dice alguien. ¿Acaso llamas voluntario a lo que ya se sabe que es necesario? Es verdad que la voluntad se entregó a sí misma: pero no se retiene a sí misma; más bien es retenida y no queriendo. Bien, al menos concedes esto, que es retenida. Pero retén vigilante que es la voluntad la que dices que es retenida. Por tanto, ¿llamas voluntad a la que es retenida no queriendo? No ciertamente la voluntad es retenida no queriendo. Pues la voluntad es para el que quiere, no para el que no quiere. Pero si queriendo es retenida, ella misma se retiene. ¿Qué, pues, dirá, o qué le responderá, cuando ella misma lo ha hecho? ¿Qué ha hecho? Se hizo esclava: de donde se dice: Quien hace pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). Por eso, cuando pecó (pecó, sin embargo, cuando decidió obedecer al pecado), se hizo esclava. Pero se hace libre, si ya no hace. Hace, sin embargo, reteniéndose en la misma servidumbre. Pues no es retenida no queriendo: pues es voluntad. Por tanto, porque queriendo, se hizo esclava no solo una vez, sino que también se hace. Con razón, por tanto, lo que debe recordarse a menudo, ¿qué le responderá, cuando ella misma lo ha hecho, ella misma también lo hace?

9. Pero no me harás, dices, dejar de lado la necesidad que padezco, que experimento en mí mismo, contra la cual lucho constantemente. ¿Dónde, te pregunto, sientes esta necesidad? ¿No es en la voluntad? No deseas con poca firmeza lo que deseas necesariamente. Deseas mucho lo que no puedes dejar de desear, ni luchas mucho contra ello. Donde hay voluntad, hay libertad. Lo que digo es sobre la libertad natural, no sobre la espiritual, con la cual, como dice el Apóstol, Cristo nos ha liberado (Gálatas IV, 31). Pues de esa misma libertad dice: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Corintios III, 17). Así, el alma, de una manera extraña y mala, está sujeta a esta necesidad voluntaria y malamente libre, y es a la vez esclava y libre: esclava, por la necesidad; libre, por la voluntad: y lo que es más sorprendente y más lamentable, es culpable por ser libre, y esclava por ser culpable, y por tanto, esclava por ser libre. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de la calumnia de esta vergonzosa servidumbre? Miserable, pero libre. Libre, porque soy hombre; miserable, porque soy esclavo. Libre, porque soy semejante a Dios; miserable, porque soy contrario a Dios. Oh guardián de los hombres, ¿por qué me has puesto contrario a ti? Me has puesto, ya que no me prohibiste. De lo contrario, yo mismo me puse, y me he vuelto una carga para mí mismo (Job VII, 20). Justamente, para que tu enemigo sea también mi enemigo; y quien te resiste, me resista también a mí. Yo, que me he vuelto contrario a ti, yo que me he vuelto contrario a mí

mismo, y encuentro en mis miembros lo que contradice a mi mente y a tu ley; ¿quién me librará de mis propias manos? Pues no hago lo que quiero, sino que me lo prohíbo a mí mismo, no otro, y lo que odio, eso hago (Romanos VII, 15), pero me lo impongo a mí mismo, no otro. Y ojalá esta prohibición y esta compulsión fueran tan violentas que no fueran voluntarias; tal vez así podría excusarme: o al menos fueran tan voluntarias que no fueran violentas; ciertamente así podría corregirme. Pero ahora no hay salida para el miserable, a quien la voluntad, como dije, hace inexcusable, y la necesidad, incorregible. ¿Quién me librará de la mano del pecador, y de la mano del que actúa contra la ley y del iniquo? (Salmo LXX, 4).

10. ¿Quién pregunta de quién me quejo? De mí mismo. Yo soy ese pecador, ese sin ley, ese iniquo. Pecador, porque he pecado; sin ley, porque persisto voluntariamente en actuar contra la ley. Pues mi voluntad es la ley en mis miembros, rebelándose contra la ley divina. Y puesto que la ley del Señor es la ley de mi mente, como está escrito: La ley de su Dios está en su corazón (Salmo XXXVI, 31); por esto, mi propia voluntad se encuentra contraria a mí mismo, lo cual es la máxima iniquidad. ¿Quién no es iniquo, quien lo es consigo mismo? ¿Quién es malo consigo mismo, dice, a quién será bueno? (Eclesiástico XIV, 5) Confieso, no soy bueno, porque no hay bien en mí. Sin embargo, me consolaré, porque esta es también la voz de los santos: Sé que no hay bien en mí, dice. Sin embargo, distingue lo que dice: En sí mismo. Interpretando en su carne, debido a la ley contradictoria que hay en ella. Pues tiene una ley también en su mente, y es mejor. ¿No es buena la ley de Dios? Si es malo por una ley mala, ¿cómo no será bueno por una buena? ¿Es mala la suya que está en su carne, y por eso es malo por la mala; y no es bueno por la buena? No es así. La ley de su Dios está en su mente, y así en su mente, que es también de su mente. Él mismo es testigo que dice: Encuentro otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente. ¿Acaso es suyo lo que es de su carne, y no suyo lo que es de su mente? Yo digo más. ¿Por qué no decir lo que el mismo maestro dice? Pues sirviendo con la mente a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado; muestra claramente qué es más suyo, cuando considera el mal que está en la carne tan ajeno a él, que dice: Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Y por eso quizás dijo significativamente otra ley encontrada en sus miembros, porque la consideraba ajena y casi adventicia. Por lo cual me atrevo a decir algo más, no sin razón: que Pablo ya no es malo, por el mal que tiene en la carne; más bien es bueno, por el bien que tiene en la mente. ¿No es bueno quien consiente en la ley de Dios, porque es buena? Pues, aunque también confiese servir a la ley del pecado, lo hace con la carne, no con la mente. Pero cuando con la mente sirve a la ley de Dios, y con la carne a la ley del pecado; ¿qué crees que debe imputarse principalmente a Pablo, tú lo verás. Pues confieso que estoy fácilmente persuadido de que lo que es de la mente es más valioso que lo que es de la carne, no solo para mí, sino también para el mismo Pablo, como ya se ha dicho, quien dice: Si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Romanos VII, 18, 23, 25, 20).

11. Pero sobre esta libertad basta. En el librito que escribí sobre la Gracia y el Libre Albedrío, se leen diversas disputas sobre la imagen y semejanza; pero, según creo, no son contrarias. Habéis leído aquellas, habéis escuchado estas: dejo a vuestro juicio cuál preferís [otras probables], o si sabéis algo mejor que ambas, en esto me alegro y me alegraré. Pero sea como sea que se presenten aquellas, tenéis ahora en mente tres cosas principales: simplicidad, inmortalidad, libertad. Y creo que ya os ha quedado claro que el alma, por la semejanza innata y noble que resplandece en estas, tiene no poca afinidad con el Verbo, el esposo de la Iglesia Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXII. Cómo el alma, permaneciendo semejante a Dios, por el pecado se ha hecho disímil en simplicidad, inmortalidad y libertad.

1. ¿Qué os parece? ¿Podemos ya regresar al orden de exposición del que nos desviamos; porque está clara la proximidad del Verbo y el alma, para demostrar lo cual se hizo la misma digresión? Podríamos, según me parece, si no sintiera que aún queda un poco de duda en lo que se ha dicho. No quiero robar nada. No paso de largo de lo que creo útil para vosotros. ¿Y cómo me atrevería a hacerlo, especialmente con lo que recibo para vosotros? Conozco a un hombre que alguna vez, mientras hablaba, retenía y reservaba para sí algo de lo que el Espíritu le sugería, no con un ánimo infiel, pero sí menos confiado, para tener algo que decir en otra ocasión; y he aquí que una voz le dijo, al menos así le pareció: "Mientras retengas esto, no recibirás otra cosa." ¿Qué si lo hubiera retenido, no por prever su propia escasez, sino por envidia a los progresos de sus hermanos? ¿No se le quitaría justamente incluso eso que parecía tener? Que Dios haga esto lejos de vuestro siervo, como siempre lo ha hecho. Que me conceda siempre abundar esa fuente inagotable de sabiduría salvadora, como sin envidia os he comunicado, y he vertido todo lo que hasta ahora ha tenido a bien infundirme. Si yo os defraudo, ¿de quién no temeré ser defraudado? Ni siquiera de Dios.

2. Hay, pues, en lo que se ha dicho algo que, temo, podría dar lugar a tropiezo si no se allana. Y, si no me equivoco, hay entre los presentes quienes se han sentido inquietos por lo que quiero decir. ¿Recordáis que aquella triple semejanza del Verbo, que asignamos al alma, o más bien que advertimos que estaba marcada en ella, nos pareció que también estaba inseparablemente en ella? Esto podría parecer a algunos que contradice ciertos testimonios de las Escrituras, como por ejemplo, aquel en los salmos: El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 13, 21); y también aquel: Cambiaron su gloria en la semejanza de un becerro que come hierba (Salmo CV, 20), y lo que se dice abiertamente en persona de Dios: Pensaste inicuamente que sería como tú (Salmo XLIX, 21): y muchos otros, que parecen afirmar concordemente que la semejanza de Dios en el hombre fue borrada después del pecado. ¿Qué diremos entonces a esto? ¿Que esas tres cosas no están en Dios, y por tanto hay que buscar otras en las que asignar semejanza? ¿O que están en Dios, pero no en el alma, y ni siquiera así se encuentra semejanza en ellas? ¿O que están en el alma, pero pueden no estar, y por tanto no son inseparables? ¡De ninguna manera! Están en Dios, y en el alma, y siempre están; y no hay razón para que nos arrepintamos de haber dicho algo de esto, ya que todo está apoyado en una verdad indudable y absolutamente cierta. Pero lo que la Escritura habla de la disimilitud hecha, no habla porque esta semejanza haya sido borrada, sino porque otra ha sido superpuesta. Claramente, el alma no se despojó de su forma nativa, sino que se revistió de una extraña. Aquella fue añadida, no esta perdida: y la que sobrevino pudo oscurecer la innata, pero no exterminarla. Finalmente: Se oscureció su insensato corazón, dice el Apóstol (Romanos I, 21); y el profeta: ¿Cómo se oscureció el oro, se cambió el buen color? (Lamentaciones IV, 1.) Lamenta el oro oscurecido, pero oro al fin; el color óptimo cambiado, pero no arrancado el fundamento del color. Permanece en el fundamento la simplicidad completamente inquebrantable, pero no aparece cubierta por la duplicidad de la astucia humana, la simulación, la hipocresía.

3. ¡Qué incongruente es mezclar la duplicidad con la simplicidad! ¡Qué indigno es confiar tal estructura a tal fundamento! El astuto se había revestido de esta astucia cuando se presentó como consejero para engañar, simulando ser amigo. También los habitantes del paraíso, seducidos por él, se habían revestido de esta manera, cuando intentaron cubrir su vergonzosa desnudez, tanto con la sombra del árbol frondoso, como con taparrabos de hojas, y con palabras excusatorias (Génesis III). ¡Cuán ampliamente desde entonces y en adelante el virus

hereditario de la hipocresía ha infectado a toda la posteridad! ¿A quién darás de los hijos de Adán que quiera, no digo, sino que al menos soporte ser visto tal como es? Pero, sin embargo, la simplicidad general persiste en toda alma junto con la duplicidad original, para que la confusión aumente con la comparación: igualmente persiste la inmortalidad, pero oscura y sombría, al irrumpir la tenebrosa niebla de la muerte corporal. Pues, aunque no se priva de la vida, el beneficio de la vida ya no basta para reivindicar su cuerpo. ¿Qué, que ni siquiera retiene para sí su propia vida espiritual? El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). ¿No es que, al incurrir en esta doble muerte, aquella inmortalidad que retiene, se vuelve bastante oscura y miserable? Añade que el apetito de las cosas terrenales, que son todas para la destrucción, densifica las tinieblas, de modo que en un alma que vive así no se puede ver más que un pálido rostro y una imagen de muerte. ¿Por qué no, siendo inmortal, busca y desea cosas inmortales y eternas, para que aparezca lo que es, y viva lo que ha sido hecha? Sin embargo, saborea y busca lo contrario, y conformándose con la mortalidad por una conducta degenerada, mancha el brillo de la inmortalidad con un color negro de costumbre mortal. ¿Por qué no hará el apetito de lo mortal al inmortal semejante a lo mortal, disímil a lo inmortal? Quien toca la pez, dice el Sabio, se ensuciará con ella (Eclesiástico XIII, 1). Al disfrutar de lo mortal, se reviste de mortalidad, y con la similitud de la muerte que incide, decoloró la vestidura de la inmortalidad, no la despojó.

4. Observa a Eva, cómo su alma inmortal introdujo en su gloria de inmortalidad el engaño de la mortalidad, al desear cosas mortales. ¿Por qué, siendo inmortal, no despreció y pasó por alto las cosas mortales y transitorias, contentándose con las semejantes a ella, inmortales y eternas? Vio, dice, el árbol que era hermoso a los ojos, y agradable a la vista, y deseable para comer (Génesis III, 6). No es tuya, oh mujer, esa suavidad, esa delectación, esa belleza: y si es tuya en parte del barro, no es solo tuya, sino común a todos los animales de la tierra. Lo tuyo, lo que verdaderamente es tuyo, viene de otro lugar, y es otra cosa: pues es eterna de eternidad. ¿Por qué imprimes a tu alma otra forma, o más bien deformidad ajena? En verdad, lo que se deleita en poseer, también teme perder: y el temor es un color. Este, al teñir la libertad, la cubre, y sin embargo la hace disímil a sí misma. ¡Cuán dignamente no desearía nada más que su origen, donde nada temería, y por tanto defendería su libertad innata del temor servil, permaneciendo en su vigor y belleza! ¡Ay! No es así. El mejor color ha cambiado. Huyes y te escondes: oyes la voz del Señor Dios, y te ocultas. ¿Por qué esto, sino porque temes a quien amas, y la apariencia de libertad ha sido excluida por la forma servil?

5. Pero también esa necesidad voluntaria, y la ley contraria impuesta a los miembros, de la que hablé en el sermón anterior, pesa sobre la misma libertad, y la criatura libre por naturaleza, por su propia voluntad, mientras seduce, la somete a servidumbre, llenando su rostro de ignominia, de modo que sirve con la carne a la ley del pecado, y no queriendo. Porque, por tanto, descuidó defender la nobleza de su naturaleza con la probidad de sus costumbres; por el justo juicio del Creador, se hizo no que fuera despojada de su propia libertad; pero sí que se revistiera, como con un manto, de su confusión (Salmo CVIII, 29). Y bien como con un manto, donde con una vestidura como duplicada, permaneciendo la libertad por la voluntad, la conversación servil no obstante demuestra la necesidad. Esto es lo que se puede advertir sobre la simplicidad, esto sobre la inmortalidad del alma: y nada te aparecerá en ella, si lo consideras bien, que no esté cubierto con un manto de semejanza y disimilitud. ¿No es un manto, donde no innata, sino adherida, y como cosida con una aguja de pecado, está la simplicidad con el engaño, la inmortalidad con la muerte, la necesidad con la libertad? Pues la duplicidad del corazón no prescribe a la simplicidad de la esencia; la muerte no a la inmortalidad de la naturaleza, ni la voluntaria del pecado, ni la necesaria del cuerpo; la necesidad de la servidumbre voluntaria no a la libertad del albedrío. Así, los males

adventicios de la naturaleza, mientras no suceden, sino que se añaden, afean ciertamente, no exterminan; perturban, no derriban. De ahí que el alma sea disímil a Dios, de ahí que sea disímil a sí misma; de ahí que comparada a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas; de ahí que se lea que cambió su gloria en la semejanza de un becerro que come hierba; de ahí que los hombres, como zorros, tienen madrigueras de duplicidad y engaño, y porque se hicieron semejantes a los zorros, serán parte de los zorros; de ahí que según Salomón, un mismo destino tiene el hombre y el animal (Eclesiastés III, 19). ¿Por qué no saldrá de manera similar, quien vivió de manera similar? Al modo bestial se inclinó a las cosas terrenales, con muerte bestial dejará la tierra. Escucha otra cosa. ¿Qué maravilla si obtenemos un destino similar, quienes también tenemos una entrada similar? ¿De dónde, sino de la semejanza bestial, proviene a los hombres ese ardor tan intemperante en el coito, ese dolor tan desmedido en el parto? Así, el hombre en la concepción y el nacimiento, en la vida y la muerte, fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas.

6. ¿Qué, que la criatura libre no gobierna su apetito subordinado como señora, sino que lo sigue y obedece como sierva? ¿No se asimila y se cuenta en esto con los demás animales, que la naturaleza no llamó a la libertad, sino que los creó en servidumbre para servir a su vientre, obedecer a su apetito? ¿No se confunde merecidamente al ser considerado o pensado semejante a Dios? Por eso dice: Pensaste inicuamente que sería como tú; y añade: Te reprenderé, y te pondré delante de tu rostro (Salmo XLIX, 21). No es propio del alma que ve, pensar que Dios es semejante a ella, al menos al alma como la mía, pecadora e iniqua. Tal es reprendido: Pensaste inicuamente, dice; y no dice: Pensaste, alma; o, pensaste, hombre, que sería como tú. Pero, si el iniquo es puesto ante su rostro, y se le coloca contra un rostro enfermo y podrido de su hombre interior, para que no pueda disimular o declinar la impureza de su conciencia, sino que vea, aunque no quiera, las inmundicias de sus pecados, contemple la deformidad de sus vicios; ya no podrá pensar que Dios es semejante a él, sino que, como desconfiando por la gran disimilitud que verá, creo que exclamará, y dirá: Señor, ¿quién es semejante a ti? (Salmo XXXIV, 10.) lo cual se dice por esa disimilitud voluntaria y reciente. Pues permanece la primera semejanza: y por eso aquella más desagrada, porque esta permanece. ¡Oh cuánto bien esta, y cuánto mal aquella! Sin embargo, de la mutua comparación, cada cosa en su género resalta más.

7. Cuando el alma percibe en sí misma una distancia tan grande entre las cosas, ¿por qué no habría de clamar, situada entre la esperanza y la desesperación: Señor, ¿quién es como tú? Se siente arrastrada a la desesperación por tan gran mal; pero es devuelta a la esperanza por tan gran bien. De ahí que cuanto más se desagrada a sí misma por el mal que ve en ella, más ardientemente se siente atraída hacia el bien que igualmente percibe en sí misma, y desea llegar a ser para lo que fue creada: simple y recta, temerosa de Dios y apartándose del mal. ¿Por qué no podría apartarse de aquello a lo que pudo acercarse? ¿Por qué no podría acercarse a aquello de lo que pudo apartarse? Sin embargo, digo que ambos movimientos deben atribuirse a la gracia, no a la naturaleza, ni siquiera a la industria. En efecto, la sabiduría vence a la malicia (Sab. VII, 30), no la industria ni la naturaleza. No falta ocasión para presumir: su conversión es hacia el Verbo. No es ociosa la noble afinidad del alma con el Verbo, de la que ya llevamos tres días tratando, y la perseverante similitud es testigo de esa afinidad. Dignamente admite en su sociedad al Espíritu semejante en naturaleza. Y ciertamente, por razón de la naturaleza, lo semejante busca lo semejante. La voz del que busca: Vuélvete, Sunamita; vuélvete, para que te contemplemos (Cant. VI, 12). Contemplará al semejante, quien no veía al disímil; pero también se ofrecerá a ser contemplado. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2).

Supón, entonces, que esa pregunta surge más de la dificultad que de la imposibilidad: Señor, ¿quién es como tú?

8. O, si prefieres, es la voz del que admira. Admirable y asombrosa es esa semejanza que acompaña a la visión de Dios, o más bien, que es la visión de Dios; pero yo digo que es en la caridad. Esa caridad es la visión, esa semejanza. ¿Quién no se asombraría de la caridad de Dios, que desprecia y llama de nuevo? Con razón se acusa al impío, que fue mencionado antes, de usurpar para sí la semejanza de Dios, cuando al amar la iniquidad, no puede amarse a sí mismo ni a Dios: pues así está escrito: El que ama la iniquidad, odia su propia alma (Sal. X, 6). Por tanto, una vez eliminada la iniquidad, que causa esa disimilitud parcial, habrá unión de espíritu, visión mutua y amor mutuo. Porque cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será abolido; y habrá entre ambos un amor casto y consumado, un conocimiento pleno, una visión manifiesta, una unión firme, una sociedad indivisible, una semejanza perfecta. Entonces el alma conocerá como es conocida (I Cor. XIII, 10, 12); entonces amará como es amada; y el esposo se regocijará sobre la esposa, conociendo y siendo conocido, amando y siendo amado, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXIII. Cómo el alma, por más corrompida que esté por los vicios, aún puede regresar a la semejanza del esposo, es decir, de Cristo, a través de un amor casto y santo.

1. En la medida en que la hora regular que nos hemos fijado para hablar lo permitió, se han dedicado estos tres días [o dos días] a demostrar la afinidad entre el Verbo y el alma. ¿Qué utilidad hay en todo este esfuerzo? Pues bien, esta: hemos enseñado que toda alma, aunque esté cargada de pecados, atrapada en vicios, cautivada por seducciones, prisionera en el exilio, encarcelada en el cuerpo, adherida al barro, hundida en el lodo, aferrada a los miembros, clavada en las piernas, distraída por los negocios, contraída por los temores, afligida por los dolores, errante por los errores, ansiosa por las preocupaciones, inquieta por las sospechas, y finalmente extranjera en la tierra de los enemigos, según la voz del profeta, contaminada con los muertos, contada entre los que están en el infierno (Baruc III, 11); aunque, digo, así condenada y así desesperada, hemos enseñado que puede advertir en sí misma no solo de dónde respirar en la esperanza del perdón, en la esperanza de la misericordia; sino también de dónde atreverse a aspirar a las bodas del Verbo, no temer entrar en un pacto de sociedad con Dios, no temer llevar el yugo suave del amor con el Rey de los ángeles. ¿Qué no se atrevería a hacer ante aquel cuya imagen se ve a sí misma como insigne, cuya semejanza conoce como ilustre? ¿Qué, digo, temería de la majestad, a la que se le da confianza por el origen? Solo debe cuidar de preservar la nobleza de la naturaleza con la honestidad de vida, o más bien, debe esforzarse por embellecer y adornar con ciertos colores dignos el decoro celestial que le es inherente originalmente.

2. ¿Por qué habría de dormitar la industria? En verdad, la naturaleza misma es un gran don en nosotros: si no cumple con sus funciones, ¿no se turbará todo lo que queda de la naturaleza en nosotros, no se cubrirá todo como con una especie de herrumbre de antigüedad? Eso sería una injuria al autor. Y ciertamente, el mismo autor, Dios, quiso que el emblema de la nobleza divina se conservara perpetuamente en el alma, para que siempre tuviera en sí misma, por el Verbo, un recordatorio de permanecer con el Verbo, o de regresar si se hubiera apartado. No apartada como migrando de lugares o caminando con los pies, sino apartada (como es propio de una sustancia espiritual) moviéndose con sus afectos, o más bien defectos, alejándose de sí misma hacia lo peor, haciéndose disímil a sí misma por la depravación de vida y costumbres, volviéndose degenerada: sin embargo, esa disimilitud no es la abolición de la naturaleza, sino un vicio que, en comparación consigo mismo, eleva el bien de la naturaleza, pero lo desfigura

con su unión. Ahora bien, el regreso del alma, su conversión al Verbo, es para ser reformada por él, conformada a él. ¿En qué? En la caridad. Pues dice: Sed imitadores de Dios, como hijos amados; y andad en amor, como también Cristo os amó (Efes. V, 1, 2).

3. Tal conformidad casa al alma con el Verbo, cuando a aquel a quien es semejante por naturaleza, se muestra igualmente semejante por voluntad, amando como es amada. Por lo tanto, si ama perfectamente, se ha casado. ¿Qué hay más agradable que esta conformidad? ¿Qué más deseable que la caridad, por la cual, no contenta con la enseñanza humana, tú, alma, te acercas confiadamente al Verbo, te adhieres constantemente al Verbo, interrogas familiarmente al Verbo, y consultas sobre todo, tanto como tu intelecto lo permita, tanto como tu deseo sea audaz? Verdaderamente, este es un contrato de matrimonio espiritual y santo. Poco he dicho, es un abrazo. Un abrazo, ciertamente, donde el mismo querer y el mismo no querer hacen un solo espíritu de dos. No hay que temer que la disparidad de personas haga cojear en algo la conveniencia de las voluntades, porque el amor no conoce reverencia. El amor se denomina por amar, no por honrar. Que honre quien teme, quien se asombra, quien se estremece, quien admira: todas estas cosas están ausentes en el amante. El amor se basta a sí mismo, el amor, cuando llega, atrae y cautiva en sí todos los demás afectos. Por eso, lo que ama, ama, y no conoce otra cosa. Aquel que merece honor, asombro y admiración: sin embargo, prefiere ser amado. Son esposo y esposa. ¿Qué otra relación o conexión buscas entre esposos, aparte de ser amado y amar? Este vínculo supera incluso lo que la naturaleza ha unido más estrechamente, el vínculo de los padres con los hijos. De hecho, por esto, dice, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa (Mat. XIX, 5). Ves cuán poderoso es este afecto en los esposos, no solo sobre otros afectos, sino incluso sobre sí mismo.

4. Además, este esposo no solo ama, sino que es amor. ¿Acaso es honor? Que alguien lo discuta: yo no lo he leído. Pero he leído que Dios es caridad (I Juan IV, 16); y no que es honor o dignidad, he leído. No porque Dios no quiera honor, quien dice: Si yo soy padre, ¿dónde está mi honor? Pero eso lo dice el Padre. Pero, si se presenta como esposo, creo que cambiará su voz y dirá: Si yo soy esposo, ¿dónde está mi amor? Pues antes habló así: Si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? (Mal. I, 6.) Por lo tanto, Dios exige ser temido como Señor, ser honrado como padre, y ser amado como esposo. ¿Qué de estos es superior, qué sobresale? Sin duda, el amor. Sin este, el temor tiene castigo, y el honor no tiene gracia. El temor es servil mientras no sea liberado por el amor. Y el honor que no proviene del amor, no es honor, sino adulación. Y ciertamente, solo a Dios honor y gloria: pero Dios no aceptará ninguno de estos, si no están condimentados con la miel del amor. Este se basta a sí mismo, este agrada por sí mismo, y por sí mismo. El amor no requiere causa ni fruto fuera de sí mismo. Su fruto es su uso. Amo porque amo; amo para amar. El amor es algo grande, si, sin embargo, regresa a su principio, si es devuelto a su origen, si se vierte en su fuente para tomar siempre de ella, de donde fluya continuamente. El amor es el único de todos los movimientos, sentidos y afectos del alma, en el que la criatura puede, aunque no de manera igual, responder a su Creador, o devolverle algo similar. Por ejemplo, si Dios se enoja conmigo, ¿acaso me enojaré yo con él de la misma manera? No, sino que temeré, temblaré, y pediré perdón. Así, si me reprende, no será reprendido por mí, sino que será justificado por mí. Ni, si me juzga, lo juzgaré yo a él, sino que lo adoraré: y al salvarme, no busca ser salvado por mí, ni necesita ser liberado por nadie, él que libera a todos. Si domina, me corresponde servir; si manda, me corresponde obedecer, y no exigir recíprocamente servicio u obediencia del Señor. Ahora bien, veamos cómo es diferente con el amor. Porque, cuando Dios ama, no quiere otra cosa que ser amado: pues no ama por otra razón que para ser amado, sabiendo que son bienaventurados por ese amor quienes lo aman.

5. El amor es algo grande; pero hay grados en él. La esposa está en el más alto. También los hijos aman, pero piensan en la herencia: mientras temen perderla de alguna manera, reverencian más a aquel de quien esperan la herencia, y lo aman menos. Me resulta sospechoso el amor al que parece apoyar la esperanza de obtener algo más. Es un amor débil, que tal vez, si se quita la esperanza, se extingue o disminuye. Es un amor impuro, que también desea otra cosa. El amor puro no es mercenario. El amor puro no toma fuerzas de la esperanza, ni siente las pérdidas de la desconfianza. Este es el amor de la esposa, porque eso es lo que es la esposa. La cosa y la esperanza de la esposa es solo amor. En esto abunda la esposa, en esto está contento el esposo. Ni él busca otra cosa, ni ella tiene otra cosa. Por eso él es esposo, y ella es esposa. Este es propio de los esposos, que nadie más toque, ni siquiera el hijo. De hecho, clama a los hijos: ¿Dónde está mi honor? y no. ¿Dónde está mi amor?, dice; reservando la prerrogativa para la esposa. Pero también se ordena al hombre honrar a su padre y a su madre (Deut. V, 16), y no se menciona el amor: no porque los padres no deban ser amados por los hijos, sino porque muchos hijos están más inclinados a honrar a sus padres que a amarlos. Sea que el honor del rey ame el juicio: pero el amor del esposo, o más bien el esposo Amor, solo requiere la reciprocidad y la fidelidad del amor. Por lo tanto, es lícito amar a la amada. ¿Por qué no amaría la esposa, y la esposa del Amor? ¿Por qué no sería amado el Amor?

6. Con razón, renunciando a todos los demás afectos, se dedica completamente y con todo su ser al amor, que tiene que responder al amor con amor. Porque incluso cuando se entrega completamente al amor, ¿qué es esto en comparación con el flujo perenne de esa fuente? No fluyen con la misma abundancia el amante y el Amor, el alma y el Verbo, la esposa y el esposo, el Creador y la criatura, no más que el sediento y la fuente. ¿Qué, entonces? ¿Se perderá por esto, y se vaciará por completo el voto de la que va a casarse, el deseo del que suspira, el ardor del que ama, la confianza del que presume, porque no puede correr igual que el gigante, competir en dulzura con la miel; en suavidad con el cordero, en blancura con el lirio, en claridad con el sol, en caridad con aquel que es caridad? No. Porque, aunque la criatura ama menos, ya que es menor; sin embargo, si ama con todo su ser, no falta nada donde está todo. Por eso, como dije, amar así es haberse casado: porque no puede amar así, y ser poco amada, para que en el consentimiento de dos se mantenga íntegro y perfecto el matrimonio. A menos que alguien dude de que el alma es amada primero y más por el Verbo. Sin duda, es prevenida en el amor, y superada. ¡Feliz la que mereció ser prevenida en la bendición de tanta dulzura! ¡Feliz la que ha tenido el don de experimentar el abrazo de tanta suavidad! Que no es otra cosa que amor santo y casto, amor suave y dulce; amor de tanta serenidad como de sinceridad; amor mutuo, íntimo y fuerte, que no une a dos en una sola carne, sino en un solo espíritu, haciendo de dos ya no dos, sino uno, como dice Pablo: El que se une al Señor, un espíritu es (I Cor. VI, 17). Y ahora escuchemos más bien a ella sobre estas cosas, a la que la unción y la frecuente experiencia han hecho fácilmente maestra de todo. A menos que tal vez reservemos esto mejor para el comienzo de otro sermón, para no restringir una cosa buena entre las estrecheces de este que ya está casi por terminar. Y si lo aprueban, termino incluso antes del final, para que, hambrientos, nos reunamos a tiempo mañana para las delicias del alma santa, con las que merece disfrutar con el Verbo, y del Verbo, su esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXIV. Que el alma que busca a Dios es prevenida por él: y qué es esa búsqueda en la que ya ha sido prevenida por él.

1. En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma (Cant. III, 1). Gran bien es buscar a Dios. Yo considero que esto no es secundario en los bienes del alma. Es el primero en los dones, el último en los progresos. No se acerca a ninguna virtud, no cede a ninguna. ¿A cuál

se acerca, que ninguna precede? ¿A cuál cede, que es más bien la consumación de todas? ¿Qué virtud puede atribuirse a quien no busca a Dios, o cuál es el término de quien busca a Dios? Buscad, dice, su rostro siempre (Sal. CIV, 4). Creo que ni siquiera cuando se haya encontrado, se dejará de buscar. No con pasos de pies, sino con deseos se busca a Dios. Y ciertamente, la feliz invención no extingue el deseo santo, sino que lo extiende. ¿Acaso la consumación del gozo es la consumación del deseo? Más bien es aceite para él: pues es la misma llama. Así es. Se llenará de alegría; pero no habrá fin del deseo, y por lo tanto tampoco de la búsqueda. Pero tú piensa, si puedes, en este estudio de buscar sin necesidad, y en el deseo sin ansiedad. Lo primero lo excluye la presencia, lo segundo la abundancia.

2. Ahora vean por qué he dicho esto antes. En verdad, para que toda alma entre ustedes que busca a Dios, no convierta un gran bien en un gran mal para sí misma, sepa que ha sido prevenida en él, y buscada antes de buscar. Pues de grandes bienes suelen surgir no pequeños males, cuando hechos ilustres de los dones del Señor, usamos los dones como si no fueran dados, no damos gloria a Dios. Así, en verdad, quienes parecían ser los más grandes por la gracia recibida, por no devolverla, son considerados los más pequeños ante Dios. Pero yo les perdono. He usado palabras más moderadas, máximo y mínimo; pero no he expresado lo que siento. He envuelto la distinción, la desnudaré: debí haber dicho óptimo y pésimo. Porque verdaderamente y sin duda, uno es tanto peor cuanto mejor es, si lo que es mejor se lo atribuye a sí mismo. Sin duda, esto es lo peor. Pero si alguien dice: ¡Dios no lo quiera! reconozco que por la gracia de Dios soy lo que soy; pero busca captar un poco de gloria por la gracia que ha recibido; ¿no es un ladrón y un salteador? Que escuche quien es así: Te juzgo por tus propias palabras, siervo malo (Luc. XIX, 22). ¿Qué hay más malo que un siervo usurpando para sí la gloria de su señor?

3. En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma. El alma busca al Verbo, pero que primero ha sido buscada por el Verbo. De lo contrario, una vez salida o expulsada de la presencia del Verbo, no volverá su ojo para ver el bien, si no es buscada por el Verbo. Como si nuestra alma fuera otra cosa que un espíritu que va y no regresa, si se le deja a sí misma. Escucha a la fugitiva y extraviada, lo que lamenta y lo que pide. He errado, dice, como oveja perdida: busca a tu siervo (Sal. CXVIII, 176). Oh hombre, ¿quieres regresar? Pero si la cosa está en la voluntad, ¿por qué pides ayuda? ¿Por qué mendigas de otro lo que tienes en abundancia para ti? Es evidente que quiere, pero no puede: pero es un espíritu que va y no regresa, aunque esté más lejos quien ni siquiera quiere. Aunque no diría que esa alma está completamente expuesta o abandonada, que desea regresar y pide ser buscada. ¿De dónde le viene esta voluntad? De ahí, si no me equivoco, que ya ha sido visitada y buscada por el Verbo. Y no es una búsqueda ociosa, que ha obrado la voluntad, sin la cual no podría haber retorno. Pero no basta con ser buscada una vez: tan grande es la languidez del alma, y tan grande la dificultad en el regreso. Porque, ¿qué si quiere? La voluntad yace, donde no hay facultad. Pues: Querer está presente en mí, dice, pero no encuentro cómo realizar el bien (Rom. VII, 18). ¿Qué, entonces, busca aquel que introdujimos del salmo? No busca otra cosa que ser buscado: lo que no buscaría, si no hubiera sido buscado; y nuevamente no buscaría, si hubiera sido buscado suficientemente. Lo que también pide: Busca, dice, a tu siervo; para que quien dio el querer, dé también el realizar por su buena voluntad.

4. Sin embargo, no me parece que el lugar presente pueda convenir a un alma de este tipo, que aún no ha recibido la segunda gracia, deseando ciertamente, pero sin poder acercarse a quien ama su alma. Pues, ¿cómo puede convenirle lo que sigue allí, levantarse y recorrer la ciudad, y también buscar al amado por las calles y plazas (Cant. III, 2), cuando ella misma necesita ser buscada? Que lo haga quien pueda: solo recuerde que fue buscada primero, así

como amada primero; y de ahí proviene tanto lo que busca como lo que ama. Oremos también nosotros, amadísimos, para que estas misericordias nos anticipen pronto, porque nos hemos vuelto muy pobres: lo cual no digo de todos vosotros. Pues sé que muchos de vosotros caminan en el amor con el que Cristo nos amó, y buscan a Él con sencillez de corazón. Pero hay algunos, lo digo con tristeza, que aún no nos han dado ningún indicio de esta tan saludable anticipación, y por ello tampoco de su salvación: hombres que se aman a sí mismos, no al Señor; y buscan lo que es suyo, no lo que es del Señor.

5. Busqué, dice ella, a quien ama mi alma. Sin duda, te provoca a esto la benignidad de quien anticipa, quien te buscó primero y te amó primero. De ninguna manera buscarías si no hubieras sido buscada primero, así como no amarías si no hubieras sido amada primero. No en una sola bendición, sino en dos has sido anticipada, en amor y en búsqueda. El amor es la causa de la búsqueda; la búsqueda es el fruto del amor y la certeza. Has sido amada, para que no sospeches que has sido buscada para el castigo; has sido buscada, para que no te quejes de haber sido amada en vano. Ambas dulzuras tan amistosas descubiertas te dieron audacia, alejaron la vergüenza, persuadieron el regreso y movieron el afecto. De aquí el celo, de aquí este ardor de buscar a quien ama tu alma; porque ciertamente, habiendo sido buscada, podías buscar, y ahora, habiendo sido buscada, puedes buscar.

1561 6. Pero no olvides de dónde has venido aquí. Y para que transfiera a mí lo que se dice, pues es más seguro, ¿eres tú, oh alma mía, quien dejando a tu primer esposo, con quien te había ido bien, hiciste nula la primera fe, yendo tras tus amantes? Y ahora, habiendo fornicado con ellos cuanto quisiste, quizás incluso despreciada por ellos, ¿te atreves impúdica y descarada a querer volver a aquel a quien orgullosa despreciaste? ¿Qué? ¿Buscas la luz siendo digna de escondrijos, y corres al esposo, más digna de azotes que de besos? Es sorprendente si no ofendes al juez en lugar del esposo. Feliz quien haya escuchado a su alma responder a esto: No temo, porque amo; lo que no haría en absoluto si no fuera amada. Así que también el amor. Nada debe temer la amada. Teman las que no aman. ¿Por qué no sospecharían continuamente enemistades? Yo, en verdad, amando, no puedo dudar de que soy amada, no más que de amar. Ni puedo temer el rostro cuyo afecto he sentido. ¿En qué? En que no solo me buscó, sino que también me afectó, y por ello me hizo segura de la búsqueda. ¿Por qué no respondería en la búsqueda, a quien respondo en el afecto? ¿Acaso se enojará el buscado, quien incluso disimuló el desprecio? Más bien no rechazará al que busca, quien también busca al que desprecia. El espíritu del Verbo es benigno, y me anuncia benignamente, insinuando y persuadiendo sobre el celo y deseo del Verbo, que ciertamente no puede estar oculto para él. Escudriña las profundidades de Dios, consciente de los pensamientos de paz que piensa, y no de aflicción. ¿Por qué no animarme a buscar, habiendo experimentado la clemencia y persuadida de la paz?

7. Hermanos, ser persuadido de esto es ser buscado por el Verbo; ser persuadido es ser encontrado. Pero no todos comprenden esta palabra. ¿Qué haremos con nuestros pequeños, hablo de aquellos que aún están comenzando entre nosotros, pero no son insensatos, ya que tienen el principio de la sabiduría, sujetos unos a otros en el temor de Cristo? ¿Cómo les haremos creer que estas cosas son así con la esposa, cuando ellos mismos aún no han sentido que tales cosas se hagan con ellos? Pero los envío a uno a quien no deben dejar de creer. Lean en el libro lo que no ven en el corazón de otro, no lo creen. Está escrito en los profetas: Si un hombre deja a su esposa, y ella se va y se casa con otro hombre, ¿volverá él a ella? ¿No será esa mujer contaminada y mancillada? Pero tú has fornicado con muchos amantes: y sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor, y yo te recibiré (Jer. III, 1). Son palabras del Señor: no es lícito suspender la fe. Crean lo que no experimentan, para que algún día merezcan obtener el fruto de la experiencia de la fe. Creo que está suficientemente claro qué significa ser

buscado por el Verbo, y cuál es esta necesidad no del Verbo, sino del alma, excepto que quien lo ha experimentado, lo conoce más plenamente y más felizmente. Resta que en el siguiente tratado enseñemos a las almas sedientas a buscar a quien las ha buscado, o más bien aprendamos de aquella que en este lugar se introduce buscando a quien ama su alma, el esposo del alma, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXV. De las siete necesidades por las cuales el alma busca el Verbo: que finalmente reformada se acerca a contemplar y disfrutar de su dulzura.

1. En mi lecho busqué a quien ama mi alma (Cant. III, 1). ¿Para qué? Se ha dicho, y repetirlo es superfluo: sin embargo, por algunos que no estuvieron presentes cuando se trató, digo algo brevemente, y que tal vez ni siquiera a aquellos que estuvieron presentes les molestará escuchar. Pues no se pudo decir todo entonces. El alma busca el Verbo, al cual consentir para corrección, por el cual ser iluminada para el conocimiento, en quien apoyarse para la virtud, por el cual ser reformada para la sabiduría, a quien conformarse para la belleza, con quien casarse para la fecundidad, por el cual disfrutar para la alegría. Por todas estas razones el alma busca el Verbo. No dudo que haya muchas otras: pero estas por ahora se presentan. Sin embargo, si a alguien le interesa, fácilmente podrá advertir otras y otras en sí mismo. Pues muchas son nuestras aversiones, muchas e infinitas las necesidades del alma, y no hay número para las ansiedades. Pero el Verbo abunda más ricamente en bienes, como Sabiduría que vence la malicia, venciendo en bienes los males. Y ahora reciban la razón de estas que he mencionado. Y primero, lo que es primero, vean cómo consiente para la corrección. Leemos al Verbo hablando en los Evangelios: Sé concordante, dice, con tu adversario mientras estás con él en el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al verdugo (Mat. V, 25). ¿Qué más aconsejable? Es consejo del Verbo, si no me equivoco, que se declara adversario, que se opone a nuestros deseos carnales mientras dice: Siempre erran de corazón (Sal. XCIV, 10). Tú, pues, que escuchas esto, si temeroso comienzas a querer huir de la ira venidera, creo que estarás ansioso de cómo consentir a este adversario, que parece amenazarte tan terriblemente. Pero esto es imposible, a menos que disientas de ti mismo, a menos que te opongas a ti mismo, a menos que con lucha grave y vigilante te pelees incansablemente contra ti mismo; finalmente, a menos que te despidas de la costumbre envejecida y de la afección innata. Eso es ciertamente difícil. Si lo intentas con tus fuerzas, será como si intentaras detener el ímpetu de un torrente con uno de tus dedos, o volver a hacer retroceder el Jordán. ¿Qué harás? Busca el Verbo al cual consentir, haciendo él que consientas. Huye a aquel que se opone, por quien te hagas tal que ya no se oponga, para que te halague quien amenazaba, y sea más eficaz para cambiar la gracia infundida que la ira intensa.

2. Esta es la primera necesidad, creo, por la cual el alma comienza a buscar el Verbo. Pero si ignoras lo que quiere aquel a quien ya consientes con la voluntad, ¿no se dirá también de ti que tienes celo de Dios, pero no según ciencia? (Rom. X, 2). Y para que no pienses que esto es leve, recuerda que está escrito, porque el que ignora será ignorado (I Cor. XIV, 38). ¿Quieres saber qué aconsejo en esta necesidad? Lo mismo que en la primera. Con mi consejo también ahora irás al Verbo, y él te enseñará sus caminos, no sea que queriendo, pero ignorando el bien, mientras corres, suceda que te extravíes, y te pierdas en un camino sin camino, y no en el camino. Pues el Verbo es luz. La declaración de sus palabras ilumina, y da entendimiento a los pequeños. Bienaventurado eres, si tú también dices: Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mis caminos (Sal. CXVIII, 130, 105). Y no poco ha progresado tu alma, cuya voluntad ha sido cambiada, cuya razón ha sido iluminada, para que el bien tanto lo quiera como lo conozca. En uno recuperó la vida, en el otro la vista. Pues queriendo el mal estaba muerta, y desconociendo el bien estaba ciega.

3. Ya vive, ya ve, ya está en el bien, pero con la ayuda y obra del Verbo. Está de pie con la mano del Verbo levantada como sobre dos pies, devoción y conocimiento. Está, digo, pero crea que se le dice: El que se cree estar de pie, mire que no caiga (I Cor. X, 12). ¿Crees que puede estar de pie por sí misma, quien no pudo levantarse por sí misma? No lo creo. Pues ¿qué? Los cielos fueron firmados por la palabra del Señor (Sal. XXXII, 6), y ¿la tierra estará sin el Verbo? ¿Por qué entonces si podía estar de pie por sí misma, oraba el hombre de la tierra: Confírmame, diciendo, en tus palabras? (Sal. CXVIII, 28). Finalmente, también lo había probado. Esa misma voz fue suya: Me empujaron con violencia para que cayera, pero el Señor me sostuvo (Sal. CXVII, 13). ¿Preguntas quién es ese impulsor? No es uno solo. El diablo es impulsor, el mundo es impulsor, el hombre es impulsor. ¿Quién es este hombre preguntas? Cualquiera de sí mismo. No te sorprendas. Hasta tal punto el hombre es impulsor de sí mismo, y su propio precipitador, que no hay nada que temer de otro impulsor, si él mismo contiene sus propias manos. Pues ¿quién, dice, podrá haceros daño, si sois celosos del bien? (I Pedro III, 13). Tu mano, tu consentimiento. Si, con el diablo sugiriendo, o el mundo persuadiendo lo que no conviene, retienes tu consentimiento y no das tus miembros como armas de iniquidad, ni permites que el pecado reine en tu cuerpo mortal; te has probado celoso del bien, al que la malicia en absoluto dañó: mira si más bien te ha beneficiado. Pues está escrito: Haz el bien, y tendrás alabanza de ello (Rom. XIII, 3). Se han confundido los que buscaban tu alma, pero tú cantarás: Si no me dominaron, entonces seré inmaculado (Sal. XVIII, 14). Has dado claramente la insignia de un celoso del bien, si con el consejo del Sabio te compadeces de tu alma (Eclo. XXX, 24), si con toda custodia guardas tu corazón (Prov. IV, 23), si según el Apóstol te mantienes casto (I Tim. V, 22). De lo contrario, aunque ganes todo el mundo, pero sufras detrimento en tu alma, no te consideramos en absoluto celoso del bien, ya que ni siquiera el Salvador (Mat. XVI, 26).

4. Pues siendo tres los que amenazan al que está de pie; de estos, el diablo empuja con la malicia de la envidia, el mundo con el viento de la vanidad, el hombre a sí mismo con el peso de su corrupción. El diablo empuja, pero no derriba, si le niegas tu ayuda, tu consentimiento. Finalmente, tienes: Resistid al diablo, y huirá de vosotros (Jac. IV, 7). Este es quien empujó envidioso a los que estaban de pie en el paraíso y los derribó, pero consintiendo, no resistiendo. Este es quien se precipitó a sí mismo del cielo orgulloso sin que nadie lo empujara: para que sepas que mucho más el hombre está inminente a su propia caída, a quien el peso de su propia sustancia grava. También el mundo es impulsor, porque está puesto en el maligno. Empuja a todos, pero solo derriba a sus amigos, es decir, a los que le son afines. No quiero ser amigo del mundo, para no caer. Pues quien quiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios (Jac. IV, 7), que ciertamente no hay caída más grave. De lo cual queda claro, cuán es el hombre el principal impulsor de sí mismo, quien puede caer por su propio impulso sin el ajeno, no puede caer por el ajeno sin el propio. ¿A cuál de estos principalmente se debe resistir? Sin duda a este, que cuanto más molesto, más interior, solo puede derribar, cuando sin él los otros no pueden hacer nada. No sin razón el Sabio prefirió al que domina su ánimo al conquistador de ciudades (Prov. XVI, 32). Esto mucho te concierne: Necesitas virtud, y no cualquiera, sino la que te reviste desde lo alto. Pues ella, si es perfecta, fácilmente hace al ánimo vencedor de sí mismo, y así lo hace invicto ante todo. Es ciertamente el vigor del ánimo que no cede para defender la razón. O, si prefieres, el vigor del ánimo que permanece inmóvil con la razón o por la razón. O así: Vigor del ánimo, que en sí mismo, todo lo obliga o dirige a la razón.

5. ¿Quién subirá al monte del Señor? Quien intente subir a la cima de este monte, es decir, a la perfección de la virtud, sabrá ciertamente cuán ardua es la ascensión, y cuán vano es el esfuerzo sin la ayuda del Verbo. Feliz el alma, que ante los ángeles ha proporcionado gozo y

milagro de sí misma, para que escuche de ellos hablando: ¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias, apoyada en su amado? (Cant. VIII, 5). De lo contrario, se esfuerza en vano, si no se apoya. Ciertamente también apoyándose contra sí misma se fortalecerá, y hecha más fuerte que sí misma obligará por la razón a todo: ira, miedo, deseo, y gozo, como si fuera un carro del ánimo, el buen auriga lo guiará; y reducirá a cautiverio todo afecto carnal, y el sentido de la carne al mandato de la razón en el servicio de la virtud. ¿Por qué no todas las cosas serán posibles para quien se apoya en aquel que todo lo puede? ¡Qué voz de confianza: Todo lo puedo en aquel que me fortalece! (Filip. IX, 13.) Nada hace más clara la omnipotencia del Verbo, que el hecho de que hace omnipotentes a todos los que en él esperan. Finalmente, todas las cosas son posibles para el que cree (Marc. IX, 22). ¿No es Omnipotente, a quien todas las cosas son posibles? Así el ánimo, si no presume de sí mismo, sino que es fortalecido por el Verbo, podrá ciertamente dominarse a sí mismo, para que no le domine toda injusticia. Así, digo, apoyado en el Verbo, y revestido de virtud desde lo alto, ninguna fuerza, ningún engaño, ninguna seducción podrá ya derribar al que está de pie, ni someter al que domina.

6. ¿Quieres no temer al impulsor? No venga a ti el pie de la soberbia, y la mano del que empuja no te moverá. Allí cayeron los que obran iniquidad (Sal. XXXV, 13). Allí cayeron el diablo y sus ángeles, quienes aunque no empujados desde fuera, fueron expulsados, y no pudieron estar de pie. Finalmente, no permaneció en la verdad, quien no se apoyó en el Verbo, quien confió en su propia virtud. Y por eso quizás quiso sentarse, porque no pudo estar de pie. Pues decía: Me sentaré en el monte del testamento (Isa. XIV, 13). Sin embargo, Dios juzgando de otra manera, ni estuvo de pie, ni se sentó, sino que cayó, diciendo el Señor: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). Por tanto, quien está de pie, si no quiere caer, no confíe en sí mismo, sino que se apoye en el Verbo. El Verbo habla: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Así es: Ni levantarnos al bien, ni estar en el bien podemos sin el Verbo. Tú, pues, que estás de pie, da gloria al Verbo, y di: Puso sobre la roca mis pies, y dirigió mis pasos (Sal. XXXIX, 3). Por cuya mano te levantas, es necesario que por su virtud seas sostenido. Esto por lo que dije, necesitamos el Verbo, en quien apoyarnos para la virtud.

7. Ahora ya veamos sobre lo que también mencioné, que por el Verbo somos reformados a la sabiduría. El Verbo es virtud, el Verbo es sabiduría. Tome, pues, el alma de la virtud virtud, y de la sabiduría sabiduría, y atribuya ambos dones al único Verbo. De lo contrario, si de otro lugar se arroga a sí misma uno u otro, o ambos; niegue también al mismo tiempo el río de la fuente, o el vino de la vid, o la luz que surge de la luz. Fiel es el dicho: Si alguno, dice, carece de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente, y no reprocha; y se le dará (Jac. I, 5). Esto dice él. Yo, en verdad, no pensaría de otra manera sobre la virtud. La virtud es pariente de la sabiduría. La casa de Dios es la virtud, que debe contarse entre los dones óptimos, descendiendo también ella desde lo alto del Padre del Verbo. Y si alguien piensa que es en todo lo mismo que la sabiduría, no lo niego, pero en el Verbo, no en el alma. Pues lo que en el Verbo, por la singular simplicidad de su naturaleza divina, es uno, no tiene el mismo efecto en el alma, sino que para sus varias y diversas necesidades, como si fueran diferentes, se acomodan para ser participadas. Según esta razón, ciertamente es una cosa ser guiado por la virtud, y otra ser gobernado por la sabiduría; una cosa es dominar en virtud, otra deleitarse en suavidad. Aunque la sabiduría es poderosa, y la virtud es suave; sin embargo, para dar a cada uno sus propias significaciones, el vigor demuestra la virtud, la sabiduría la placidez del ánimo con cierta suavidad espiritual. Creo que esta fue designada por el Apóstol, donde después de muchas exhortaciones pertenecientes a la virtud, añadió lo que es de la sabiduría: En suavidad, en el Espíritu Santo (II Cor. VI, 6). Por tanto, estar de

pie, resistir, repeler la fuerza con fuerza, que ciertamente se cuentan entre las partes de la virtud, es honor, pero es trabajo. Pues no es lo mismo defender laboriosamente tu honor, que poseerlo en quietud. No es lo mismo ser guiado por la virtud, que disfrutar de la virtud. Lo que la virtud elabora, la sabiduría disfruta; y lo que la sabiduría ordena, delibera, modera; la virtud lo ejecuta.

8. Escribe la sabiduría en el ocio, dice el Sabio (Eclesiástico XXXVIII, 25). Por lo tanto, los negocios de la sabiduría son el ocio, y cuanto más ociosa es la sabiduría, más ejercitada está en su género. Por el contrario, la virtud ejercitada es más clara, y tanto más probada cuanto más diligente. Y si alguien define la sabiduría como el amor a la virtud, no me parece que se desvíe de la verdad. Donde hay amor, no hay trabajo, sino sabor. Y tal vez la sabiduría se denomina por el sabor, porque al acercarse a la virtud, como un condimento, la hace sabrosa, que por sí misma se sentía de alguna manera insípida y áspera. No consideraría reprochable si alguien define la sabiduría como el sabor del bien. Perdimos este sabor desde casi el mismo origen de nuestro género. Desde que el veneno de la antigua serpiente infectó el paladar del corazón prevaleciendo el sentido de la carne, el alma comenzó a no saborear el bien, y el sabor nocivo a infiltrarse. Finalmente, los sentidos del hombre y sus pensamientos son propensos al mal desde la juventud (Génesis VIII, 21), es decir, desde la insensatez de la primera mujer. Así, la insensatez de la mujer excluyó el sabor del bien, porque la malicia de la serpiente rodeó la insensatez de la mujer. Pero de donde la malicia pareció vencer por un tiempo, desde allí se duele de haber sido vencida para siempre. Pues he aquí que nuevamente la sabiduría llenó el corazón y el cuerpo de la mujer, para que quienes fuimos deformados en insensatez por una mujer, seamos reformados a la sabiduría por una mujer. Y ahora la sabiduría vence continuamente a la malicia en las mentes a las que ha entrado, exterminando el sabor del mal, que aquella introdujo, con un sabor mejor. Al entrar la sabiduría, mientras infatua el sentido de la carne, purifica el intelecto, sana y repara el paladar del corazón. Con el paladar sano, ya saborea el bien, saborea la misma sabiduría, en la cual entre los bienes no hay ninguno mejor.

9. ¡Cuántas cosas buenas se hacen, y no saben a quienes las hacen! ya que no son impulsados a ellas por el sabor del bien, sino por la razón, o por alguna ocasión cualquiera, o por necesidad: y al contrario, a muchos de los que hacen, no les saben mal, sino que son inducidos a ellas, o por miedo, o por el deseo de alguna cosa, más que por el sabor del mal. Pero aquellos que han pasado al afecto del corazón, o son sabios, y se deleitan en el mismo sabor del bien; o son malignos, y se complacen en la misma malicia, incluso sin ninguna esperanza de otro beneficio que los adule. ¿Qué es la malicia sino el sabor del mal? Bienaventurada la mente que se ha reivindicado totalmente para sí el sabor del bien y el odio al mal. Esto es reformarse a la sabiduría, esto es experimentar felizmente la victoria de la sabiduría. Pues, ¿en qué se comprueba más evidentemente que la sabiduría vence a la malicia, que cuando, excluido el sabor del mal, que no es otra cosa que la misma malicia, se siente que un cierto sabor íntimo del bien ocupa con toda suavidad lo más íntimo de la mente? Así, corresponde a la virtud soportar valientemente las tribulaciones: a la sabiduría, alegrarse en las tribulaciones. Fortalecer tu corazón y esperar en el Señor, es de la virtud; gustar y ver que el Señor es bueno, es de la sabiduría. Y para que más claramente resplandezca el bien de cada uno por su propia naturaleza; la modestia del ánimo prueba al sabio, la constancia muestra al hombre de virtud. Y bien después de la virtud la sabiduría; porque la virtud es como un fundamento estable, sobre el cual la sabiduría edifica su casa. Era necesario que precediera el conocimiento del bien; porque no hay sociedad entre la luz de la sabiduría y las tinieblas de la ignorancia. Era necesario también la buena voluntad; porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría (Sabiduría I, 4).

10. Ahora bien, si en el cambio de voluntad se ha revelado la vida al alma, en la instrucción la salud, en la virtud la estabilidad, en la sabiduría finalmente la madurez; resta que le encontremos la belleza, sin la cual no puede agradar al que es hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Finalmente, escucha que el rey deseará tu belleza (Salmo XLIV, 3, 12). Cuántos bienes del alma hemos enumerado, dones del Verbo, la buena voluntad, la ciencia, la virtud, la sabiduría, y de ninguno de estos se lee que el Verbo rey desee, sino solo: El rey deseará, dice, tu belleza. Dice el Profeta: El Señor ha reinado, se ha vestido de belleza (Salmo XCII, 1). ¿Por qué no desearía un vestido similar para su imagen y esposa? Tanto más querida para él, cuanto más se asemeje a él. ¿En qué, entonces, está la belleza del alma? ¿Quizás en lo que se llama honestidad? Pensemos esto por ahora, si no se nos ocurre algo mejor. Sobre la honestidad, que se interrogue la conversación exterior: no porque de ella provenga la honestidad, sino a través de ella. Pues en la conciencia está su habitación y origen. En efecto, su claridad es el testimonio de la conciencia. Nada más claro que esta luz, nada más glorioso que este testimonio, cuando la verdad resplandece en la mente, y la mente se ve en la verdad. Pero, ¿cómo? Pura, modesta, temerosa, circunspecta, no admitiendo en absoluto nada que anule la gloria de la conciencia que atestigua: en nada consciente de sí misma, por lo que se avergüence de la presencia de la verdad, por lo que se vea obligada a apartar el rostro como confundida y rechazada por la luz de Dios. Esto ciertamente, esto es la belleza que sobre todos los bienes del alma deleita los divinos aspectos; y nosotros la llamamos y definimos honestidad.

11. Pero cuando la caridad de esta belleza haya llenado más abundantemente el interior del corazón, es necesario que salga afuera, como una lámpara oculta bajo el celemín, más bien como una luz que brilla en las tinieblas, incapaz de ocultarse. Por lo tanto, el cuerpo recibe la imagen de la mente resplandeciente, y como si estallara con ciertos rayos suyos, y la difunde por los miembros y sentidos, de modo que toda acción, palabra, mirada, paso, risa (si es que hay risa) mezclada con gravedad, y llena de honestidad, resplandezca desde allí. Los movimientos, gestos y usos de estos y otros miembros y sentidos, cuando aparezcan serios, puros, modestos, totalmente libres de insolencia y lascivia, ajenos tanto a la ligereza como a la pereza, acomodados a la equidad, diligentes en la piedad; la belleza del alma será evidente, si no hay engaño en su espíritu. Pues puede suceder que todo esto se simule, y no se mueva de esta manera por la abundancia del corazón. Y para que más resplandezca esta belleza del alma, definamos, si te place, la misma honestidad, en la que hemos considerado ubicarla: La nobleza de la mente, solícita en guardar con buena conciencia la integridad de la fama. O, según el Apóstol: Proveer cosas buenas, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (II Corintios VIII, 21). Bienaventurada la mente que se viste de este decoro de castidad, y de una especie de candidato de celestial inocencia, por el cual se reivindica la gloriosa conformidad, no del mundo, sino del Verbo, del cual se lee, que es el resplandor de la vida eterna (Sabiduría VII, 26); el esplendor y figura de la sustancia de Dios (Hebreos I, 3).

12. Desde este grado ya se atreve quien es de esta clase, a pensar en las bodas. ¿Por qué no habría de atreverse, viéndose a sí misma apta para el matrimonio, cuanto más semejante se ve? No le asusta la altura, que la semejanza asocia, el amor concilia, la profesión casa. La forma de la profesión es esta: Juré y resolví guardar los juicios de tu justicia (Salmo CXVIII, 106). Siguiendo esto, los apóstoles decían: He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido (Mateo XIX, 27). Similar es aquello que, dicho en el matrimonio carnal, significó el matrimonio espiritual de Cristo y la Iglesia: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán dos en una sola carne (Efesios V, 31, 32): y en el Profeta la gloria de la casada, Pero para mí, el unirme a Dios es bueno, poner mi esperanza en el Señor Dios (Salmo LXXII, 28). Por lo tanto, el alma que veas adherirse al Verbo con todos

sus votos, dejando todo por el Verbo, vivir para el Verbo, regirse por el Verbo, concebir del Verbo lo que dará a luz para el Verbo; que pueda decir: Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia (Filipenses I, 21): considera que es esposa, casada con el Verbo. Confía en ella el corazón de su esposo, sabiendo que es fiel, quien ha despreciado todo por él, considera todo como basura, para ganarse a él mismo. Tal conocía, de quien decía: Este es un vaso de elección para mí (Hechos IX, 15). Verdaderamente piadosa madre y fiel a su esposo el alma de Pablo, cuando decía: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19).

13. Pero observa que en el matrimonio espiritual hay dos tipos de parto, y de esto también diversas proles, pero no adversas: cuando las santas madres dan a luz almas espirituales ya sea predicando, o meditando inteligencias. En este último género a veces se excede, y se aparta incluso de los sentidos corporales, de modo que no se siente a sí misma quien siente el Verbo. Esto sucede, cuando la mente, atraída por la dulzura inefable del Verbo, de alguna manera se roba a sí misma, más bien es arrebatada y se escapa de sí misma, para disfrutar del Verbo. De manera diferente se afecta la mente fructificando en el Verbo, de manera diferente disfrutando del Verbo. Allí la necesidad del prójimo solicita, aquí la suavidad del Verbo invita. Y ciertamente la madre se alegra en la prole; pero en los abrazos de la esposa es más feliz. Queridos son los hijos; pero los besos deleitan más. Es bueno salvar a muchos; pero excederse y estar con el Verbo, es mucho más placentero. Pero, ¿cuándo esto, o por cuánto tiempo esto? Dulce comercio; pero breve momento, y rara experiencia. Esto es lo que antes, después de otras cosas, recuerdo haber dicho, que el alma busca el Verbo, para disfrutarlo con alegría.

14. Quizás alguien quiera preguntarme también, ¿qué es disfrutar del Verbo? Respondo: Que busque más bien a quien lo ha experimentado para que se lo pregunte. O si también a mí se me diera experimentar, ¿crees que podría expresar lo que es inefable? Escucha al experimentado: Si nos excedemos en la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Corintios V, 13). Esto es: Otra cosa tengo con Dios, solo con Dios como testigo; otra cosa tengo con vosotros. Aquello se me permitió experimentar, pero no hablar: así que esto lo condesciendo a vosotros, para que yo pueda decirlo, y vosotros podáis entenderlo. Oh, quienquiera que seas curioso de saber qué es esto, disfrutar del Verbo; prepárale no una cosa, sino la mente. No lo enseña la lengua, sino la gracia. Se oculta a los sabios y prudentes, y se revela a los pequeños. Grande, hermanos, grande y sublime virtud es la humildad, que merece lo que no se enseña, digna de obtener lo que no puede aprenderse, digna de concebir del Verbo, y sobre el Verbo, lo que no puede explicar con sus propias palabras. ¿Por qué esto? No porque así lo merezca, sino porque así ha placido ante el Padre del Verbo, esposo del alma, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO LXXXVI. Sobre la cautela y la modestia de la esposa que busca el Verbo; y sobre la recomendación de la modestia.

1. No hay razón para que se me pregunte ya por qué busca el alma el Verbo: eso se ha indicado suficientemente arriba. Vamos, prosigamos con lo restante del presente capítulo, al menos lo que concierne a las costumbres. Donde ahora advierte primero la modestia de la esposa, que no sé si algo más grato puede advertirse en las costumbres de los hombres. Esta, antes que nada, me complace de alguna manera tomarla en mis manos, y como si fuera una flor hermosa, arrancarla del lugar, y ofrecérsela a nuestros jóvenes. No porque no deba ser retenida con todo empeño también en una edad más avanzada, que ciertamente es el ornamento de todas las edades; sino porque la gracia de la modestia tierna resplandece más y

más bellamente en la edad más tierna. ¿Qué hay más amable que un joven modesto? ¡Qué hermosa y espléndida joya de costumbres en la vida y el rostro del joven! ¡Qué verdadero y nada dudoso anuncio de buena esperanza, indicador de buena índole! Es una vara de disciplina para él, que, amenazando los afectos vergonzosos, cohibe los movimientos de la edad resbaladiza, y reprime los actos insolentes. ¿Por qué huye tanto del lenguaje obsceno y de toda depravación? Es hermana de la continencia. Ningún indicio tan manifiesto de la simplicidad de la paloma: y por eso también testigo de la inocencia. Es una lámpara de la mente casta que brilla continuamente, para que nada turbio o indecoroso intente residir en ella, que no lo delate inmediatamente. Así, es la eliminadora de los males, y la defensora de la pureza innata, gloria especial de la conciencia, guardiana de la fama, decoro de la vida, sede de la virtud, primicia de las virtudes, alabanza de la naturaleza, y emblema de toda honestidad. El mismo rubor de las mejillas, que tal vez haya traído el pudor, ¡cuánta gracia y decoro suele aportar al rostro sonrojado!

2. Tanto es el bien genuino del alma la modestia, que incluso quienes no temen hacer el mal, sin embargo, se avergüenzan de que se vea, dice el Señor: Todo el que hace el mal, odia la luz (Juan III, 20). Pero también los que duermen, duermen de noche; y los que se embriagan, de noche se embriagan (I Tesalonicenses V, 7): ocultando, sin duda, las obras de las tinieblas, y dignas de ocultarse en las sombras. Sin embargo, hay una diferencia, que la vergüenza de las cosas ocultas de deshonra, que la modestia de estos no se avergüenza de tener, sino de revelar, la modestia de la esposa no las cubre en absoluto, sino que las escupe, las rechaza. Por eso dice el Sabio: Hay una vergüenza que lleva al pecado, y hay una vergüenza que lleva a la gloria (Eclesiástico IV, 25). La esposa busca el Verbo con modestia, ciertamente, porque en el lecho, porque por las noches; pero esta modestia tiene gloria, no pecado. Busca esto para la purificación de la conciencia, busca el testimonio, para poder decir: Esta es mi gloria, el testimonio de mi conciencia (II Corintios I, 12). En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma (Cantar de los Cantares III, 1). La modestia, si te das cuenta, se señala tanto por el lugar como por el tiempo. ¿Qué es tan amigo del ánimo modesto como el secreto? Por lo tanto, el secreto lo tiene tanto la noche como el lecho. Finalmente, al querer orar se nos manda entrar en el aposento (Mateo VI, 6), ciertamente por el bien del secreto. Esto, en efecto, por precaución, para que la alabanza humana no robe el fruto de la oración, frustre su efecto. Pero se te enseña no obstante la modestia con esta sentencia. ¿Qué es tan propio de la modestia, como evitar las propias alabanzas, evitar la jactancia? Es evidente que señaladamente y por modestia se ha ordenado a los que oran buscar el secreto el hijo del pudor y maestro [alias, ministro]. ¿Qué es tan indecoroso, especialmente para el joven, como la ostentación de la santidad? Aunque de esta edad principalmente se toma un comienzo de religión apto y oportuno, dice Jeremías: Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su juventud (Lamentaciones III, 27). Buena recomendación de la oración futura, si precedes con la modestia, diciendo: Soy joven y despreciado, no he olvidado tus justificaciones (Salmo CXVIII, 141).

3. No solo el lugar, sino también el tiempo debe observar quien quiera orar por sí mismo. El tiempo de ocio es más conveniente y más adecuado; pero especialmente cuando el profundo sueño nocturno impone silencio, entonces ciertamente la oración asciende más libre y más pura. Levántate en la noche, dice, al principio de tus vigilias, y derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor tu Dios (Lamentaciones II, 19). ¡Cuán segura asciende la oración de noche, con solo Dios como testigo, y el santo ángel, que la recibe para presentarla en el altar celestial! ¡Cuán grata y luminosa, coloreada con el rubor modesto! ¡Cuán serena y apacible, no turbada por ningún clamor o ruido! ¡Cuán finalmente pura y sincera, no salpicada por el polvo de la preocupación terrenal, no tentada por la alabanza o adulación del

espectador! Por esto, pues, la esposa no menos modestamente que cautelosamente, buscaba el secreto del lecho y de la noche, queriendo orar, es decir, buscar el Verbo. Pues es uno. De lo contrario, no oras correctamente, si al orar buscas algo más que el Verbo, o lo que no buscas por el Verbo, ya que en él están todas las cosas. Allí están los remedios de las heridas, allí los auxilios de las necesidades, allí la reparación de las deficiencias, allí las abundancias de los progresos, allí finalmente todo lo que conviene recibir o tener a los hombres, todo lo que es adecuado, todo lo que es necesario. En vano, pues, se pide algo más que el Verbo, cuando él mismo es todo. Pues incluso si parece que pedimos estas cosas temporales, cuando es necesario, si el Verbo es la causa, como ciertamente es digno, no buscamos aquellas, sino más bien esto, por lo que pedimos otras cosas. Lo saben aquellos que han acostumbrado dirigir todo el uso de estas cosas para merecer el Verbo.

4. No obstante, no nos cansemos de escudriñar aún los secretos de este lecho y tiempo, si tal vez en ellos se oculta algo espiritual que sea útil sacar a la luz. Y si te place sentir que el nombre del lecho figura la debilidad humana, y las tinieblas nocturnas la ignorancia igualmente humana; es consecuente y bastante congruente, que la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, el Verbo, se busque más intensamente contra ambos males originales. Pues, ¿qué es más conveniente que oponer la virtud a la debilidad, la sabiduría a la ignorancia? Y para que no quede ninguna duda en los corazones más simples sobre esta interpretación, escuchen lo que el santo Profeta dice sobre estos: El Señor le ayudará en el lecho de su dolor, has cambiado todo su lecho en su enfermedad (Salmo XL, 4). Y eso es sobre el lecho. Ahora, sobre la noche de la ignorancia, ¿qué es más manifiesto que lo que dice en otro salmo: No saben ni entienden, caminan en tinieblas? (Salmo LXXXI, 5) expresando con certeza la misma ignorancia en la que nacieron, de todo el género humano. Esta es, creo, de la que el bienaventurado Apóstol se confiesa nacido y se gloría de haber sido rescatado, diciendo: Él nos libró del poder de las tinieblas (Colosenses I, 13). Por eso también decía: No somos hijos de la noche ni de las tinieblas (I Tesalonicenses V, 5); y también a todos los elegidos: Como hijos, dice, de la luz caminad (Efesios V, 8).